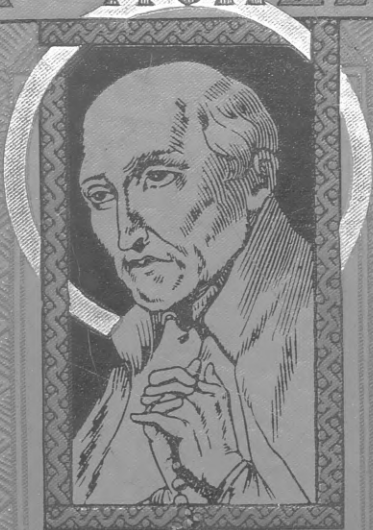


P. NONELL



S. Alonso Rodriguez

A. Riquelme

F. JORBA

ritmo

Valentin Sergeev

332





VIDA
DE
SAN ALONSO RODRIGUEZ





B. MAURA, C^{tes}

MADRID, 1885.

SAN ALONSO RODRIGUEZ

VIDA
DE
SAN ALONSO RODRIGUEZ
COADJUTOR TEMPORAL
DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

por
EL P. JAIME NONELL

de la misma Compañía

~~~~~  
CON LICENCIA  
~~~~~



BARCELONA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE VDA. É H. DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1888

VIII

20

AL SEÑOR DON JUAN

DE LA

LIBRERÍA DE LA

QUEDAN RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD

LIBRERÍA DE LA

LIBRERÍA DE LA

LIBRERÍA DE LA



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DE LA VIDA DE SAN ALONSO RODRIGUEZ.

	PÁGS.
PRÓLOGO..	13
CAPÍTULO PRIMERO.—Patria de Alonso.—Sus padres, nacimiento y primera niñez.—Su devocion á la Santísima Virgen, y favores que de ella recibe. . . .	19
CAP. II.—Trata Alonso en Segovia con el Beato P. Pedro Fabro; y en Alcalá, estudiando gramática, con el H. Francisco de Villanueva.	26
CAP. III.—Muere el padre de Alonso y llámale su madre á Segovia para ponerle al frente de la casa.—Dedicase al comercio de paños.—Contrae matrimonio.	36
CAP. IV.—Fúndase colegio de la Compañía en Segovia.—Comunica Alonso con el P. Luis de Santander, Rector del Colegio.. . . .	43
CAP. V.—Tocado Alonso por Dios con varias adversidades, se da á la consideracion de las verdades eternas.—Hace confesion general.—Es arrebatado al cielo el día de la Asuncion de la Virgen.—Deja su profesion de mercader y vuelve á morar en su propia casa.—Muéresele el hijo, y poco después la madre.—Vision de san Francisco acompañado de otros Santos.—Su penitencia y oracion en este tiempo.	49
CAP. VI.—Ejercítase en la oracion mental, especialmen-	

te en la contemplacion de Jesús crucificado, en la cual recibe favores extraordinarios.—Añade nuevas penitencias á las pasadas.	61
CAP. VII.—Revélale Dios la sublevacion de los moriscos de las Alpujarras. - En una vision le muestra las horrendas tentaciones que entrado en la Compañía había de padecer.	70
CAP. VIII.—Pide Alonso la Compañía, y no es admitido. —Pasa á Valencia, en donde por consejo del Padre Santander se dedica á los estudios.	75
CAP. IX.—El demonio en figura de estudiante y de ermitaño quiere engañarle.—Noticia de la villa y ermitas de San Mateo.—Hácele conocer el engaño el P. Santander.—Es admitido en la Compañía por el P. Antonio Cordeses.	82
CAP. X.—Empieza el noviciado en Valencia.—Pasa á Mallorca.—Breve noticia del Colegio de Montesion.—Virtudes que ejercita durante el noviciado.	92
CAP. XI.—De las asperezas con que castigaba su cuerpo y cómo buscaba en todas las cosas la mortificacion de sí mismo.	101
CAP. XII.—De la mortificacion de sus sentidos que usó desde el noviciado.	107
CAP. XIII.—Alonso en su noviciado llega al grado supremo de contemplacion y comunicacion con Dios.	115
CAP. XIV.—Hace los votos del bienio.—Empieza la lucha de las tentaciones y los trabajos en la oración.—Aparicion de la Santísima Virgen en el camino de Bellver.	125
CAP. XV.—Continúan y toman mayor fuerza las tentaciones impuras, y atorméntanle los escrúpulos.—Clama á Dios y es consolado.—Dos maneras de union del alma con Dios.	139
CAP. XVI.—Emprende el infierno la lucha con nuevo furor.—Dan á Alonso el cargo de portero del Colegio.—Libra al P. Juan Aguirre de caer cautivo.—Ejercicios con que se santifica en la portería.—Rara presencia de Dios.	146

CAP. XVII.—Continúa la materia del capítulo pasado.— Conciliábulo de los demonios contra Alonso.— Acométenle á media noche.—Padece martirios de amor.—Consuélale el cielo.—Apriétanle los escrú- pulos y los dolores en el cuerpo.—Temor de ser despedido de la Compañía.—Manifiesta Dios su santidad con señales extraordinarias.—Combate decisivo.—Victoria de Alonso.	161
CAP. XVIII.—De la grande estima de los trabajos que sacó Alonso de las horrendas tentaciones que pa- decía.	172
CAP. XIX.—Medios que usaba para vencer las tentacio- nes del maligno espíritu.	180
CAP. XX.—Ejemplos de mortificacion interior. Cómo se han de haber los enfermos en sus enfermedades, y descuidar de sí y fiarse de Dios.	187
CAP. XXI.—Bienes que trae al alma la presencia de Dios.—Ejercicio que de ella tenía Alonso.—Des- cuido que de sí mismo ha de tener el religioso en todas las cosas.	195
CAP. XXII.—Hace la incorporacion en la Compañía.— Devociones y ejercicios de oracion en que se ocu- paba.—Celo apostólico con que procuraba la sal- vacion de sus prójimos.	204
CAP. XXIII.—Con sus oraciones libra de una grave afliccion al P. Juan Aguirre ausente.—Muerte del P. Bartolomé Coch.—Ve Alonso abiertos los cie- los para recibir el alma de este Padre.—Calma de repente la furia de un huracan.—Regalos de la Santísima Virgen.—Escribe á un novicio una carta llena de celestial doctrina.	217
CAP. XXIV.—Dos maneras de conocerse el hombre á sí mismo.—Seis profundos abismos que descubría en el hombre.—Infúndele Dios el conocimiento propio.—Huye las honras y abraza los menospre- cios.	232
CAP. XXV.—De ocho grados por los cuales Dios le su- bió al ejercicio del más puro amor divino.	244

CAP. XXVI.—Amor y compasion que tenía de sus pró- jimos.	253
CAP. XXVII.—Aparécese Cristo Nuestro Señor, de quien aprende la perfeccion de la fina modestia.— Repréndele la Santísima Virgen una falta inadver- tida de esta virtud.—Medios que toma Alonso para observarla con perfeccion.—Dos casos singulares con dos enfermos.—Es arrebatado al cielo el día de la Asuncion de la Virgen.	268
CAP. XXVIII.—Carta de Alonso á sus dos hermanas Juliana y Antonia.	280
CAP. XXIX.—Avisa al P. Rico acerca de un sermón que había predicado.—Vocaciones de Jerónimo y de Antonio de Moranta.—Congregacion de caballe- ros y artesanos.—Pláticales Alonso en ella, y á la comunidad en el refectorio.—Infúndele Dios un vivo conocimiento de lo que pasa á la hora de la muerte.—Casos ocurridos con un congregante es- colar y una prima del mismo.	291
CAP. XXX.—Vocacion de Salvador Costurer.—Una con- version notable.—Revelacion de la feliz travesía del P. Pedro Juste, y de que se salvarían todos los que estaban en la Compañía, si en ella persevera- ren.—Predice la entrada de Jerónimo Crespín en la Compañía.	306
CAP. XXXI.—Ve Alonso en el cielo el alma del H. Die- go Ruiz recién muerto.—Llega á Mallorca la arma- da del rey enviada contra Argel.—Enfermedad contagiosa entre los soldados.—Asísteles Alonso. —Desgraciado éxito de la jornada.—Consuela Dios á Alonso con una notable vision y profecía.	319
CAP. XXXII.—Deja de ser primer portero.—Prémiale Dios Nuestro Señor el ejercicio de la obediencia que había practicado en la portería.—Grados por donde subió á la cumbre de la perfeccion de esta virtud.—Actos heroicos que de ella ejercitó.	331
CAP. XXXIII.—Pacificacion de la villa de Sóller, y con-	

	version de D. Bartolomé Valperga obtenidas por Alonso.	348
CAP. XXXIV.	—Ve glorioso al P. Juan Rico. — Llega á Mallorca Pedro Claver. Su comunicacion con el santo Hermano.—Descúbrele el Señor el misterio de su amor en el Santísimo Sacramento.—Cómo se preparaba para comulgar.—Cómo daba gracias después de la comunión.—Muerte de D. Guillermo Moranta.	362
CAP. XXXV.	—Aflígenle los demonios, y Jesús y María le consuelan.—Tentaciones acerca de la predestinacion.—Conocimiento de las penas del infierno.—Es regalado de Dios en una enfermedad.—Entrada en la oración.—Hiédese á sí mismo.—Consuela á una señora afligida.—Obtiene que no abandone la Compañía un novicio tentado.	379
CAP. XXXVI.	—Alcanza que un predicador haga más fruto con sus sermones.—Predicacion del Padre Blanch. — No puede excusar la presencia de Dios.—Fruto que saca de la vista de las sagradas imágenes.—Favores que recibe de Jesús sacramentado.—Testimonio del H. Onofre Serra.—Carta al Padre Antonio Miron.—Es asegurado de su perseverancia final.—Procura conocer y evitar sus faltas.	394
CAP. XXXVII.	—Cae en poder de piratas la nave Velina.—Es tenido Alonso por iluso.—Asegúrale Dios que no ha sido ni será en adelante engañado.	410
CAP. XXXVIII.	—Carta de las hermanas de Alonso á su santo hermano, y de este á ellas y á su confesor el P. Pablo Maldonado.	422
CAP. XXXIX.	—Trabajos que en Argel padecen los Padres y Hermanos cautivos, y provecho que de ellos sacan.—Fruto que hacen en los demás cautivos cristianos y en los renegados.—Carta de Alonso exhortando á la paciencia á sus Hermanos cautivos.	433
CAP. XL.	—Ejercita raras y heroicas mortificaciones.—Escribe una carta al P. General Claudio Aquaviva.	

—Devocion del P. Jerónimo Lopez al H. Alonso. Acométele el demonio con pensamientos de vanagloria.—Prevé los funestos resultados de un tratado entre España é Inglaterra.—Favores que recibe del cielo.—Curacion milagrosa de Catalina Simonet.	454
CAP. XLI.—Rescate de los Padres y Hermanos cautivos.—Arriban á Mallorca.—Lucha del H. Anglada con sus padres.—Carta de Alonso á este Hermano.—Libertad del P. Bailo y del H. Alcover.	468
CAP. XLII.—Algunas cartas que por este tiempo escribió.	489
CAP. XLIII.—Pruébase la virtud de Alonso.—Inteligencia del misterio de la total resignacion de la propia voluntad divina.—Nuevos temores de estar iluso.—Tres ejercicios para conseguir la resignacion.—Admirables efectos de ella.—Eficacia de las oraciones de Alonso.—Muere el Virey, y ve Alonso su alma en brazos de la Virgen.—Remedia á un necesitado.—El P. Mateo Reguer.—Algunos pormenores de la vida de Alonso en este tiempo.	505
CAP. XLIV.—Alcanza de Dios que sus dos hermanas vayan al cielo sin pasar por el purgatorio.—Su santa vida y preciosa muerte.—Vélas Alonso en el cielo.—Nuevas luces acerca de la perfecta resignacion.—Mándale la Virgen que escriba.—Temores de faltar á la obediencia.—Elogio de Alonso por el P. Juan Torrens.—Fragmento de una carta del Padre Colin.	526
CAP. XLV.—Ofrécele el Señor nuevas ocasiones de ejercitar la resignacion de su alma en Dios. Ve á la Compañía resplandeciente como el sol entre las estrellas.	545
CAP. XLVI.—Derribanle los demonios de una escalera abajo.—Elogio del P. Francisco Colin.—Sequía y hambre remediada por las oraciones de Alonso.—Alcanza sentencia favorable en un pleito del Colegio.—Consuela á un afligido devoto suyo.—Ejercicios de las virtudes, especialmente de la obediencia.	554

CAP. XLVII.—Amor á los trabajos.—Privanza con Jesús y María.—Es llevado al cielo.—Predestinacion de los del Colegio.—Un castigo de la poca confianza en Dios.—Es sensiblemente martirizado por los demonios.—Trabajos interiores y exteriores.—Revelacion de la llegada del P. Julian.—Muerte del H. Puigdorfila, cuya alma ve Alonso en el cielo.—La Compañía y la Inmaculada Concepcion.	573
CAP. XLVIII.—Extiéndese por España la fama de la santidad de Alonso y venéranse como reliquias sus cosas.—Acuden muchos en sus necesidades á buscar remedio en las oraciones del Hermano.—Elogio que de él hace D. Carlos Coloma.—Revélale Dios que después de muerto hará muchos milagros en Mallorca. Despido del H. Colin.—Curacion del P. Ripoll.	589
CAP. XLIX.—Último año de la vida de Alonso.—Su postrera enfermedad y santa muerte.—Exequias.—Entierro del santo cuerpo.	611
CAP. L.—Obra Dios por la intercesion del Santo muchos milagros. Elígelo Mallorca por su especial Patron.—Principios del culto de Alonso.—Su beatificacion y solemne canonizacion.	631
APÉNDICE. NÚM. I.—Cartas del P. Francisco de Corral, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Segovia al P. Juan Mateo Marimon, Rector del de Mallorca sobre la fe de bautismo de san Alonso Rodriguez.	641
NÚM. 2.—Predicacion del beato Pedro Fabro en Segovia.	644
NÚM. 3.—Carta del P. Pablo Maldonado al P. Juan Torrens acerca de la vida de Alonso en Segovia.	653
NÚM. 4.—Relacion de las fiestas hechas en Mallorca en honor de la Concepcion Inmaculada de la Virgen Santísima en el año 1615.	655
NÚM. 5.—Acta del Consejo general de Mallorca adoptando como á especial Patron al V. H. Alonso.—Fiestas que en su beatificacion hizo Mallorca.	666



PRÓLOGO



ARA que la narracion de las cosas tan admirables y extraordinarias, que se han de escribir en esta historia, no impida con su misma novedad y grandeza el fruto que de su lectura se pretende, no será fuera de propósito indicar aquí brevemente las causas que de parte de Dios y de su siervo Alonso existieron para que con tanta liberalidad se comunicase el cielo á un hombre mortal, y con tan singulares favores le enriqueciese. Es Dios en todas sus obras admirable, pero en sus Santos maravillosísimo, y se complace en hacer resaltar en ellos sus divinos atributos con mucha mayor perfeccion que en la fábrica del mundo y en el gobierno de toda esta inmensa máquina del universo.

Hace ostentacion de su omnipotencia esforzando al hombre flaco para que haga rostro, no diré á reyes y emperadores, sino á todo el poder del infierno, y con él pelee, y reporte de él la más gloriosa victoria. Manifiesta su sabiduría encaminando al hombre ignorante y ciego por vías y sendas extraordinarias y de los mismos hombres sabios ignoradas. Pero en donde parece que sale de sí es en la manifestacion de su inmensa caridad y amor, y de la suavidad y dulzura con que regala á sus escogidos, poniendo sus delicias en estar con los hijos de los hombres y en tra-

tar con ellos como un padre con su hijo, como un hermano con su hermano, como un amigo con su amigo, como un esposo con su esposa, embriagándola con el exquisito vino de su amor, y haciéndola gozar las castas delicias de la más íntima familiaridad y de la unión más estrecha. Llenas están las historias de los Santos antiguos y modernos de estos que podríamos llamar excesos del amor de Dios para con el hombre, y llena está de ellos desde el principio hasta el fin la de nuestro bienaventurado Alonso.

Á tan singulares mercedes de Dios N. S. correspondió fidelísimamente su siervo con una liberalísima y total entrega de sí mismo á la voluntad y beneplácito de su Dios; y en esta misma correspondencia resaltan dos milagros tan patentes y manifiestos, que ninguno de cuantos conocieron á Alonso y trataron con alguna intimidad con él, pudo negarlos, ni aun ponerlos en duda, y lo mismo sucederá á los que leyeren atentamente sus obras.

El primer milagro, que podemos llamar exterior y corporal, consiste en haber conservado Dios hasta la edad de más de ochenta y seis años la vida de Alonso, esto es, de un hombre que anduvo con el arco tirante todo el tiempo que vivió en la Compañía, que fueron más de cuarenta y seis años: porque todo este tiempo anduvo persiguiéndose con continua mortificación, y negándose en todo su voluntad, y contradiciendo á su apetito; y esto con tan solícita vigilancia y con valor tan incansable, que podemos decir con verdad que en más de cuarenta años no se le ofreció ocasion de darse á sí mismo algun pesar ó disgusto que no la aprovechase; y por el contrario, no hubo cosa de su consuelo ó gusto, de que buenamente y sin nota pudiese privarse, que no se abstuviese de ella. En tan largo tiempo no se le notó que oliese una flor, ni que alargase la mano para tomarla ó cogerla; ni en verano se puso á tomar el fresco, ni en invierno se acercó á la lumbre ó se

puso al sol para calentarse, si no fué en los postreros años de su vida, cuando los Superiores, compadecidos de sus achaques y de su vejez, se lo mandaban. Nadie le vió jamás hablar con otro ni escucharle para su entretenimiento: todas sus conversaciones y palabras iban siempre enderezadas á procurar la mayor gloria de Dios y bien de los prójimos. Iba siempre tan recogido en su interior, tan absorto en Dios y tan puesto en su presencia, que ni dentro ni fuera de casa, ni en la ciudad ni en el campo, ni en la mesa ni en la recreacion, tomaba otro entretenimiento que tratar con Dios ó de cosas de Dios. En veinticinco años que cuidó de la portería, á los de fuera nunca habló de las cosas de casa, ni refirió á los de casa nuevas de los de fuera, á no ser de cosas de edificacion que cediesen en alabanza y gloria de Dios N. S.; ni aun de cosas indiferentes se le oyó nunca tratar.

Puédese decir con verdad que toda su vida religiosa fué una fervorosa y continua oracion, y un continuo y fervoroso ejercicio de todas las virtudes. En la oracion era tan continuo, que apenas durante su breve sueño la interrumpía; pues, como se verá en el decurso de su historia, no pocas veces aun durante el sueño corporal, estaba en altísima oracion su alma unida y arrebatada á su Dios, negociando con la Divina Majestad y con los Santos cosas de mucho servicio y gloria divina. Y si vemos todos los días que hombres muy robustos y de buena salud, en el vigor de la edad juvenil si por alguna causa se recogen á estudiar por algun tiempo con mayor empeño y con alguna continuidad, ó bien se ponen por solo un mes á hacer los ejercicios espirituales padecen menoscabo en su salud y fuerzas corporales, y tal podrá ser la continuacion de aquellos ejercicios mentales que pongan en peligro su vida; el haber durado Alonso cuarenta y seis años en aquella tension de todas sus potencias, ciertamente no parece cosa natural sino milagrosa. Añádanse á esto las rigurosas penitencias con que

afligía su carne, las agudas y continuas enfermedades que padecía en su cuerpo, las sequedades espirituales con que Dios ejercitaba su alma, las horrendas luchas que sostuvo contra el infierno, y los terribles tormentos con que por divina permission le martirizaron material y sensiblemente los demonios: ¿quién no ve que fué particular providencia de Dios la conservacion de la vida de Alonso para aumento de méritos y de gloria eterna?

El otro milagro es espiritual, y no menos público que el primero, y bien advertido y no poco admirado de cuantos conocieron en vida y trataron á Alonso; y es, que en tan largo tiempo como vivió en religion, y en tantas ocasiones como no pueden menos de ofrecerse al que vive en comunidad y en compañía de otros hombres, nadie jamás advirtió en él cosa menos ordenada, palabra, gesto ó accion que pudiese tildarse de falta: y habiendo sido tantos años portero y tratado con tanta gente de fuera de casa, no hubo uno solo que se acordase haber notado en él cosa alguna que justamente se pudiera reprender, ni una inconsideracion en el hablar, ni señal de impaciencia en el responder, ni aspereza en el tratar, ni ligereza en sus movimientos, ni precipitacion en el andar, ni falta de compostura ó la menor señal de cólera ó de impaciencia en el rostro, siendo así que para ver de causar en el santo portero alguno de esos primeros movimientos, solían algunos chicuelos traviesos, que estudiaban en el Colegio, tocar adrede la campana de la portería más recio y más aprisa de lo que era necesario y puesto en razon. ¿Quién le oyó jamás palabra de queja, ó que aun de lejos oliese á murmuracion? Su lengua siempre se ocupó en cosas de gloria y alabanza de Dios y provecho y edificacion de los prójimos: en todas ocasiones los que le hablaban y trataban salían de su trato y conversacion con alto aprecio y estima de su virtud, y le veneraban como á santo, y se admiraban de lo endiosado que andaba siempre. Ninguno de los que con él vivían

en el Colegio recordaba haber visto que Alonso, ni estando sano ni enfermo, hubiese gustado cosa alguna que se le diese de comida ó de bebida, que pudiese causarle alguna comodidad ó servirle de regalo; y mucho menos vieron en él ninguna señal de disgusto ó de queja por faltarle alguna cosa, por más que fuese necesaria, ó por haberle dado otra ruin y mala.

Procedió con tan encendido fervor y tan continua presencia de Dios el tiempo de su vida religiosa, que no parecía hombre sujeto á pasiones ni á las debilidades que tan inseparables son de la naturaleza humana: jamás se quejó de estar cansado: nunca habló de sus enfermedades y dolores, con ser agudos y continuos, si no es en los casos en que la regla le obligaba á dar cuenta de ellos al Superior, ó al médico, ó al enfermero; y entonces exponía su estado brevemente y sin ninguna ponderacion ó exageracion: no se quejaba del frío ni del calor, ni de las variaciones del tiempo. Estas cosas practicadas con tanto fervor de espíritu y con tanta constancia y continuidad por espacio de cuarenta y seis años, y durante el tiempo de su ancianidad, sin duda son tan extraordinarias, que rayan en milagrosas: y atendida la providencia ordinaria y lo inmenso de la divina liberalidad, cosa rara sería que Dios no se hubiese mostrado larguísimo en favorecer, regalar y enaltecer á su fidelísimo siervo Alonso con gracias y favores no comunes y con regalos celestiales, como efectivamente lo hizo, segun se verá en el decurso de esta historia. Fueron aquellos tantos y tan singulares, que su misma alteza los haría casi increíbles, si no constasen por documentos tan fidedignos y auténticos, que seria no poco temerario y aun irracional el negarles la autoridad.

Los principales documentos que nos han servido para la composicion de esta historia son las obras espirituales del Santo, que recientemente publicamos, y las informaciones que en Segovia y Mallorca se tomaron poco después de la

muerte del bienaventurado siervo de Dios para el proceso en órden á su beatificacion y canonizacion. Y porque después de la publicacion de sus Obras Espirituales han aparecido algunas cartas que entonces no conocíamos, se publicarán estas ahora, á fin de que no queden los devotos del Santo defraudados del rico tesoro que en ellas se encierra.

Plegue á Dios que la lectura de esta historia atraiga á las almas deseosas de la perfeccion á la imitacion de las heroicas virtudes con que supo Alonso santificarse, admirando de paso la largueza de la divina liberalidad, que con tanta profusion de dones y de gracias enriqueció aquella alma privilegiada.





CAPÍTULO PRIMERO

PATRIA DE ALONSO.—SUS PADRES, NACIMIENTO, Y PRIMERA NIÑEZ.—SU DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN, Y FAVORES QUE DE ELLA RECIBE

1531 - 1540



uy celebrada fué en otro tiempo la ciudad de Segovia, capital de la provincia de este nombre, en Castilla la Vieja, no solo por los beneméritos hijos que con su valor, saber y virtud la ilus-

traron, y por su intervencion en los sucesos más notables del reino, sino tambien por los raros monumentos del arte que la embellecen. Ocupan entre ellos el primer lugar el alcázar y el acueducto. El alcázar ó palacio de los reyes, es una verdadera joya del arte que se conserva incólume entre los restos de la antigua grandeza de aquella ciudad: su primera fundacion se debe al rey Alfonso VI, que deseoso de oponer un muro á los ímpetus de los moros,

quiso dotar á Segovia de una fortificacion semejante á la de Toledo. El magnífico acueducto es el monumento más memorable que de la antigüedad conserva España, no solo por la sublimidad de su fábrica, sino tambien porque hasta nuestros días no ha dejado de prestar el servicio para que fué construído, dominando todas las visicitudes, y haciéndose superior á los irresistibles estragos de los siglos. Pero lo que particularmente en el siglo xvi dió á Segovia mayor nombradía fueron sus tan célebres fábricas de paños; pues de ellas se surtían todos los mercados de Europa y de América:—las lanas segovianas eran transportadas á las regiones más remotas, y los mercaderes extranjeros visitaban aquella ciudad para admirar las numerosas ganaderías trashumantes, el rico producto de sus sedosos vellones, y las operaciones de los esquileos y lavaderos: y si se exceptúan los muchos caballeros de nobles linajes que tenían sus casas en Segovia, los más honrados de sus ciudadanos se dedicaban á las especulaciones sobre la riqueza pecuaria y á la fabricacion de las lanas, que les producían seguras y no poco cuantiosas ganancias.

Una de las familias que por aquellos tiempos se dedicaban en Segovia al comercio de lanas y paños, era la de nuestro Alonso. Llamábase su padre Diego Rodriguez, y María Gomez su madre. Tuvieron siete hijos varones y cuatro hijas: de los varones fué el segundo Alonso, el cual nació el día del glorioso Apóstol de España Santiago, á 25 de Julio del año, segun la opinion más fundada y más comun, de 1531. Digo «segun la opinion más fundada y más comun,» porque no convienen los autores y escritores de la vida del Santo en el año de su nacimiento. En una breve relacion de la vida y vir-

tudes del H. Alonso impresa en Mallorca sin nombre de autor el año de 1627, diez después de la muerte del siervo de Dios, se dice que nació en 1530. El P. Juan Mateo Marimon y el P. Francisco Colin no fijan nada en este particular, contentándose con decir que nació cerca de los años del Señor de 1530. Los demás autores de la vida del Santo escriben haber nacido Alonso en 1531, fecha que se lee tambien en el decreto de beatificacion, aunque en el proceso no fué posible presentar la fe de bautismo (1).

Y no parece sino que hubo de ser particular providencia de Dios el que se hubiese extraviado el libro de bautismos de la parroquia de Santa Colomba, cuyos feligreses eran los padres de Alonso. Porque si bien es verdad que el no constar jurídicamente del bautismo del santo Hermano, y el no vivir, al formarse el proceso de beatificacion, ninguna persona que pudiese como testigo de vista deponer de la celebracion de aquel acto, ofreció serias dificultades para la incoacion del proceso; tambien es cierto que el haber recurrido para la averiguacion de tan importante hecho á la pública fama y bien fundada opinion de santidad que habían dejado en Segovia los padres de Alonso, y sus hermanos habían conservado, sirvió no solamente para ilustrar el punto de que se trataba, sino tambien para venir en conocimiento de la grande cristiandad y de las prácticas religiosas de aquellos honrados esposos.

Puso fuera de toda duda el bautismo del siervo de Dios el hecho de su admision é incorporacion en la Compañía de Jesús, á la cual precedían, mayormente

(1) Véase el Apéndice, núm. 1.

en aquellos tiempos, las más escrupulosas investigaciones acerca del linaje y antigüedad en la profesion de la fe católica de los padres de los que pedían ser recibidos en ella, y de la calidad de bautizados y de ejemplares cristianos que de los candidatos se exigía. Por lo que toca á la fe y costumbres de los padres de Alonso, de las declaraciones que hicieron los numerosos y fidedignos ciudadanos de Segovia que se presentaron como testigos, resultó que fueron cristianos viejos, limpios de toda mácula en materia de fe y de costumbres, fervorosos católicos, celosísimos observantes de los preceptos de Dios y de los mandamientos de la santa Iglesia, que frecuentaban los actos del culto divino, y que tal era la pública voz, fama y opinion de toda la ciudad, sin que jamás se hubiese oído cosa en contrario. Decíase además que á persuasion de algunos varones doctos y espirituales comenzaron á frecuentar los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía, práctica que en aquellos tiempos estaba muy olvidada.

Criaron á sus hijos en el santo temor de Dios y en la devocion á su santísima é inmaculada Madre, de cuyas soberanas excelencias y prerogativas les hablaban con tal encarecimiento, que infundieron en el tierno corazon de sus hijitos un amor verdaderamente filial á aquella celestial Señora. Sobresalió á los demás en este amor nuestro Alonso, y esto en tal manera, que aún no sabía hablar, y al oir el nombre de María, ya manifestaba con la alegría de su rostro y con pueriles gestos el gozo que experimentaba en su corazon: y aun antes de haber llegado al uso de la razon, le llevaban los ojos las imágenes de la Virgen; y si podía haber á las manos alguna, la escondía y guardaba en el pecho, y no había modo de

quitársela sin muchos llantos. Lo mismo hacía con las oraciones de la Virgen, como lo refiere él con las siguientes palabras: «Siendo desde niño, que creo no tenía juicio de razon, devoto de Nuestra Señora la Virgen María, á tanto que si podía haber alguna oracion de Nuestra Señora, luégo se la metía en el seno.» Y esto dice que lo hacía por el encarecimiento con que había oído á sus padres hablar de las grandezas de la Madre de Dios. Y más abajo añade: «Vino á crecer tanto este amor á Nuestra Señora, que un día hablando con ella, la dijo estas palabras: que más la amaba él á ella, que no ella á él: Y Nuestra Señora le respondió: «Eso no, que más te amo yo á tí.» Esta confianza, por no decir atrevimiento, con la Santísima Virgen había alcanzado ya en tan tierna edad el niño Alonso; atrevimiento que mereció la maternal correccion de la Señora. En este mismo tiempo, anterior al del uso de la razon, y, segun escribe el P. Janin, siendo de solos cuatro años de edad, le sucedía otra cosa, que fué presagio de lo que el niño había de ser: porque algunas veces se le hallaba absorto y fuera de sí, con los ojos abiertos y fijos en algun punto, dando grandes voces y llamando á la Virgen María que le ayudase. Procuraban sus padres hacerle volver en sí con voces y gritos, pero era en vano: tirábanle de los cabellos y aun dábanle de bofetones, y apenas podían con estas diligencias hacer que saliese de su pasmo y enajenacion de los sentidos. Causábale este enajenamiento una vision maravillosa. Veía subir de sus entrañas una cosa muy pequeña á modo de un granito de mostaza, y levantarse poco á poco hasta las nubes, y crecer continuamente hasta hacerse (como él decía) una grande isleta: llegada ya á las nubes, movíase al rededor

y extendíase de manera que iba comunicándose á todas partes, como suele una densa nube extenderse, y poco á poco enrarecerse hasta desaparecer. Esta vision ó sueño, por haberle sucedido muchas veces y siempre de la misma manera, no puede negarse haber sido cosa superior, con la cual Dios quiso significar la pequeñez de su principio, y el perpetuo y continuo movimiento de su alma después que se convirtió á Dios, con que sin parar fué creciendo en la virtud hasta extenderse por todas partes la fama de su santidad y la gloria de su nombre.

Con estos favores tan inusitados prevenía el cielo al niño Alonso en tan temprana edad, como preludio de los muchos otros tan estupendos, con que había de ilustrarle en lo restante de su vida. Frecuentaba por este tiempo las escuelas de primeras letras, siendo modelo de recogimiento y devocion á sus condiscípulos, como atestigua Juan de Toro Asenzo, caballero segoviano, que lo había oído de su padre, compañero y condiscípulo de Alonso. De sus progresos en la escuela dan testimonio sus libros escritos con una limpieza y elegancia de caracteres muy superior á otros de aquella época. Conforme iba adelantando en años, iba tambien creciendo en él la piedad y temor santo del Señor, que se le pegaba de los buenos ejemplos de sus virtuosos padres, y la devocion á la Reina Inmaculada de los ángeles, que aprendía no sólo de los de su familia, sino tambien de la misma Señora, que desde entonces le tenía escogido para uno de sus más queridos y regalados hijos y devotos, á quien había de distinguir con tantas muestras de maternal cariño, como después le distinguió. Fué tambien desde niño muy devoto del seráfico patriarca San Francisco, cuyo perfecto imitador fué cuando seglar en la profesion

de mercader, y siendo ya religioso en el amor de la pobreza y humildad, en la ardentísima caridad y amor de Dios y en todas las demás virtudes.

Las prendas naturales del niño Alonso, la viveza de su ingenio, la docilidad con que oía á sus mayores y la veneracion con que los trataba, la modestia y compostura de su exterior, superior á sus años, le atraieron de un modo especial el cariño de sus padres y aun cierta predileccion sobre su hermano mayor Diego, como se irá viendo por las muestras que de este particular amor le fueron dando. No menores se las dió el cielo, que ya en este tiempo empezó á poner en el alma del niño Alonso los primeros fundamentos de la sublime santidad á que le plugo levantarle, como se dirá en los capítulos siguientes.





CAPÍTULO II

TRATA ALONSO EN SEGOVIA CON EL BEATO P. PEDRO FABRO (I), Y EN ALCALÁ, ESTUDIANDO GRAMÁTICA, CON EL H. FRANCISCO DE VILLANUEVA

1541 - 1545

UENÍA el niño Alonso diez años de edad, cuando ordenó la divina Providencia que tuviese por primer padre y maestro de espíritu á uno de los varones más espirituales y más diestros en la direccion de las almas entre los muchos que por aquellos tiempos existían en la Compañía. Estaba en Alemania el Dr. D. Pedro Ortiz, á donde había sido llamado desde Roma por el emperador Carlos V para asistir á la dieta de Worms. Á instancias del Doctor le había dado San Ignacio por compañero en esta expedicion al P. Pedro Fabro; el cual además de trabajar con el Dr. Ortiz en la refutacion de los errores heréticos, esforzaba la fe y la piedad de los católicos dando á muchos ilustres señores de la corte del Emperador los Ejercicios de San Ignacio, en cuyo ministerio ninguno de los primeros compañeros de San Ignacio, como el mismo Santo confesaba, le hacía ventaja, ni aun le igualaba. Hubo de volverse á Es-

(1) Véase el Apéndice, núm. 2.

pañá el Dr. Ortiz, y ordenó San Ignacio á Fabro que le acompañase en aquel viaje. Obedeció Fabro, y como con el largo trato que en Paris y en Roma había tenido con Ignacio, había aprendido más que medianamente la lengua española, podía predicar en ella y dar misiones, como lo hizo. Después de tres meses de salidos de Ratisbona, llegaron á Madrid, desde donde escribió el Padre Fabro una carta fechada en 27 de Octubre de 1541 á los Padres de Roma, dándoles por menudo cuenta de su viaje desde Monserrat á Madrid.

De aquí pasaron á Galapagar, beneficio curado del Dr. Ortiz, lugar entre Madrid y Segovia, en donde tuvieron que detenerse por algun tiempo. No estuvo ocioso el varon apostólico. Su estancia en Galapagar fué una mision casi continua, solo interrumpida por las que dió en otros lugares no distantes de aquel, siendo uno de ellos la ciudad de Segovia. Sea por recomendacion del Dr. Ortiz, sea por la devocion de Diego Rodriguez, ó por otra causa cualquiera, el tiempo que duró la mision de Segovia, el P. Fabro y otro sacerdote que le acompañaba se hospedaron en la casa de los padres de Alonso. Así puso la divina Providencia en contacto casi inmediato aquellas dos almas, santa la una y tan llena del espíritu de devocion, que la pegaba á cuantos tenían la dicha de tratarla, y destinada la otra á ser levantada al más subime grado de la perfeccion evangélica. Aparece aún más claro lo providencial de este hecho, en el que tuvo lugar después de la mision. Admirado Diego Rodriguez de la laboriosidad de los misioneros, y viéndolos rendidos de cansancio, les suplicó que tomasen algun descanso para reparar las fuerzas debilitadas con el trabajo de los sermones y las largas horas de confesona-

rio; para lo cual les ofreció una casa de campo que fuera de la ciudad poseía, en donde pudiesen con todo sosiego y quietud descansar de las fatigas de la mision. Admitió el P. Fabro el ofrecimiento, no tanto para atender al reparo de las fuerzas corporales, cuanto para vacar á los ejercicios del espíritu con la paz y tranquilidad de que durante su largo viaje apenas había podido gozar. A fin de que los misioneros pudiesen con más libertad y con menos estorbos dedicarse á sus ejercicios espirituales, no permitió Diego que estuviesen allí con ellos más que los criados necesarios para servirles. Solo con el niño Alonso se hizo una excepcion: pues deseoso su padre de que aprendiese virtud y buenas costumbres con el trato de los predicadores, le envió allá; encargándole además que les sirviese en todo cuanto se ofreciere.

Cuán grata fuese al hijo la obediencia que le impuso su padre, sin dificultad puede inferirse de la inclinacion de su ánimo á la devocion y á tales personas, en las cuales tantos ejemplos de virtud y apostólico celo había visto durante la mision (1). No fué menos agradable á los huéspedes la compañía de un niño de diez años, que llevaba pintado en su rostro el candor de la inocencia, unido á un trato apacible y franco, mayormente advirtiendo, (como naturalmente hubo de advertir aquel devotísimo amante de la Reina de los ángeles, el P. Fabro), en el niño Alonso una devocion tan tierna y cordial á esta Señora, devocion que, como hemos visto, se le adelantó al uso de la razon, ó se despertó juntamente con

(1) «Túvolo á gran dicha siempre el H. Alonso, dice el P. Juan Torrens, haber habitado con aquellos santos en el *rafal*, (casa de campo) de su padre, porque ya desde niño era santo.»

él. ¡Qué ratos tan deliciosos pasarían el maestro y el discípulo! El maestro destilando en aquel inocente y bien dispuesto corazon, como gotas de licor celestial, el suave vino de la piedad y amor de Dios, y el discípulo empapándose en aquel suave rocío de que tan sedienta estaba su alma, prevenida de Dios con bendiciones de dulzura, y predestinada para ser morada y modelo de toda virtud, y objeto de las divinas complacencias, y á la cual más tarde habían de distinguir el mismo Jesucristo y su Madre santísima con tantos y tan especiales favores y regalos del cielo.

Del P. Fabro oyó Alonso en aquellos días de recogimiento frecuentes y fervorosas explicaciones de los misterios de la fe y de la doctrina cristiana; de él aprendió el modo de rezar con devocion el rosario de Nuestra Señora y de servir al sacerdote en la celebracion del santo sacrificio de la misa, y la manera de confesarse con provecho de su alma y de evitar las recaídas en las faltas, y otras muchas prácticas de piedad, conforme á la disposicion propia de sus pocos años: en una palabra, recibió Alonso en su niñez los ejercicios espirituales de San Ignacio acomodados á sus años y á su capacidad, y recibiólos del primer compañero que juntó Dios al santo autor de los Ejercicios y fundador de la Compañía.

Cuán honda impresion hubieron de causar en el alma de Alonso las espirituales enseñanzas de aquel ilustre maestro de la perfeccion evangélica, lo demuestran la memoria que de estos santos días conservó Alonso siempre fresca hasta la muerte, el reputar este beneficio por uno de los más señalados que en su niñez recibió de la mano del Señor, y por el cual le rindió gracias todos los días de su vida, y el haber sido durante su vi-

da religiosa sus devociones más favoritas las que de los labios de aquel varon apostólico aprendió, pues, como se verá en el decurso de esta historia, fué tan devoto del santo rosario que de tanto pasarlo llegaron á hacérsele callos en los dedos índice y pulgar de la mano derecha con el roce de las cuentas, y siempre se le halló pronto para ayudar á misa, lo cual hacía con tanta devocion, que los sacerdotes que deseaban celebrar el santo sacrificio con fervor de espíritu, tenían cuidado de escoger para decir misa una hora en que pudiese ayudársela Alonso.

Otro insigne maestro de espíritu deparó Dios al niño Alonso para consolidar las virtudes que en su alma había plantado el Beato Fabro. Á principios del año de 1543 llegó de Coimbra á Alcalá de Henares un insigne discípulo de Ignacio, á quien estando en Roma había recibido en la Compañía, recién aprobada, el mismo santo Fundador, á pesar de que tenía treinta y dos años de edad, y no sabía más que leer y escribir; ni poseía otras prendas naturales que las de juicio recto, entendimiento penetrante y una voluntad decidida de promover la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas. Llamábase Francisco de Villanueva: llegó á Alcalá apenas concluído su noviciado, durante el cual solos dos meses había estado bajo la disciplina de San Ignacio, por cuya orden le dió el mes de ejercicios el P. Alonso Salmeron. Villanueva es aquel varon extraordinario, que tanta admiracion causó á los doctores y personas graves de la Universidad de Alcalá, los cuales acudían á oír á un hombre sin letras, que mientras aprendía los rudimentos de la gramática, hablaba de Dios y de las cosas eternas con un espíritu superior y una ciencia no adquirida en

el estudio, y con una fuerza de conviccion irresistible.

De su boca estaba pendiente dos y tres y más horas el P. Fr. Pascual Mancio, de la órden de Santo Domingo, hombre doctísimo y catedrático de teología, confesando haber oído de Villanueva una teología que no había aprendido en los libros en que estudiaba. Y Bartolomé de Torres, catedrático de teología en Sigüenza, habiendo un día hablado con el H. Villanueva, dijo: «Treinta años ha que ando entre Escoto, Durando y Santo Tomás, y nunca he topado en ellos razon tan fuerte que de una manera ú otra no la sepa soltar y deshacer; mas á las razones del Doctor Villanueva (así le llamaba por gracia) no las hallo solucion, y me atan de piés y de manos. Tenía el H. Villanueva especial gracia de dar los ejercicios de San Ignacio, con cuyo ministerio es indecible el número de buenos ingenios y doctísimos varones que, aun sin ser sacerdote, ganó para Dios y para el estado religioso. Sola su presencia y las pláticas familiares, en que no sabía tratar sino de Dios y de la hermosura de la virtud y fealdad del vicio, bastaba para reformar y enfervorizar á los que andaban más olvidados de sí y de la salvacion de sus almas.

Deseoso San Ignacio de que se ordenase, para que pudiese emplear mejor los dones con que el cielo le enriquecía, recién llegado á Alcalá Villanueva, le mandó que estudiase en aquella universidad. En cumplimiento de esta órden de su Padre dió principio á los estudios de gramática en Octubre de 1543, siendo ya de treinta y cuatro años de edad: entró á vivir en el colegio de los gramáticos, no desdeñándose de formar parte de una comunidad de niños un hombre tan hecho y que tenía por discípulos en el espíritu á muchas de las personas más

graves y doctas de aquella Universidad; antes alegrábase de que se le ensanchase el campo para ejercitar el celo con sus compañeros. Viendo en el colegio la demasiada soltura y perdicion de los estudiantes, comenzó con amor y blandura á traerlos al camino de la virtud; y á pocos días fué tal el recogimiento y compostura de los colegiales, que mudanza tan pública y notoria admiró á toda la Universidad. Cosa fué muy notada de muchos, que todos aquellos colegiales, fuera de uno ó dos, se entraron religiosos, siendo uno de ellos el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de San Jerónimo, que después fué confesor de Felipe II y Obispo de Tarazona, el cual solía decir que el principio de su bien había sido el P. Villanueva. Haríame interminable y me apartaría demasiado de mi propósito, si quisiera tocar aquí siquiera ligeramente las numerosas conquistas espirituales que hizo de personas ilustres y doctas, y las muestras que dió de tener infundidas del cielo la ciencia teológica y la discrecion de espíritus y el arte divino de ganar almas para Dios.

La fama de Villanueva y de la reforma que hizo en los gramáticos complutenses no tardó en llegar á Segovia. Estaba todavía muy fresca la memoria de la misionada allí dos ó tres años antes por el P. Pedro Fabro, que tantos bienes trajo á aquellos ciudadanos; y aunque era mucho y muy admirable lo que la fama publicaba de Villanueva, nada de esto se les hacía increíble, al recordar lo que en un hermano suyo é hijo de una misma Compañía por sus propios ojos vieron el corto tiempo que entre ellos vivió. Mucho más fácil de creer hubo de hacérsele á Diego Rodriguez, que como testigo ocular de la vida privada de Fabro, tan en armonía con la pú-

blica, y por la relacion que le haría Alonso de las santas ocupaciones en que se emplearon los misioneros durante su recogimiento en la casa de campo, no hallaba sino suma conformidad entre lo que de Villanueva se refería y lo que en Fabro él mismo había admirado. Al saber la reformation obrada por Villanueva entre los gramáticos complutenses, creyó que lejos de correr peligro la inocencia de sus dos hijos mayores con la compañía de aquellos estudiantes, habían de hallar en Alcalá ejemplos de santidad que imitar en sus condiscípulos, y maestro de virtudes y cristianas costumbres en aquel discípulo de San Ignacio.

Determinóse, pues, á enviar á Alcalá á sus dos hijos Diego y Alonso, no tanto para que aprovechasen en el estudio de las letras, cuanto para que aprendiesen el ejercicio de la virtud en la escuela de aquel maestro de ella: y ó sea que confiase en el celo de Villanueva, ó que hiciese valer los méritos de la hospitalidad dada á un hermano suyo en religion, se los remitió directamente á aquel varon de Dios, recomendándoselos y pidiéndole los enderezase por el camino de la virtud. Cuánto influyesen en el ánimo de Alonso los santos ejemplos de su maestro, y cuánto hubieron de moverle á la práctica de la virtud sus enseñanzas y fervorosas exhortaciones, puede inferirse de lo bien dispuesto que traía su inocente corazon, cuidadosamente cultivado ya poco antes por mano tan experta como la del P. Fabro. Y si á la edad de diez años en unos cuantos días que con este Padre trató, aprovechó tanto, que tuvo materia de agradecimiento para toda la vida, reconociendo por singular favor de Dios el trato y la comunicacion con aquel varon santo, ¿quién podrá decir lo que adelantaría ahora en el

camino de la perfeccion, cuando la mayor edad le daba mayor aptitud (1), y el trato con su segundo maestro fué de mucho mayor duracion que el que con el primero pudo tener? Mayormente constando, como consta, que Villanueva procedía con mucha eleccion en el cultivo de las almas; y así como se desentendía luégo de los que hallaba poco capaces para grandes empresas del servicio de Dios, así se aplicaba con mayor solicitud y constancia á adelantar á los que veía dotados de buena disposicion y de grandes alientos para volar y perseverar en el camino de la virtud. ¿Con qué esmero, pues, no se ocuparía en la formacion y adelantamiento del jovencito Alonso, que la Providencia ponía en sus manos, para consolidar los fundamentos del sublime edificio de santidad, que en aquella alma privilegiada más tarde había de levantar? Si el magisterio de Villanueva hubiese causado en el espíritu de Alonso la profunda impresion que en él produjo por su novedad el del P. Fabro, no se puede dudar que en la relacion de su vida, que en el tiempo de su estado religioso escribió, ó en las que de palabra hizo á sus compañeros y Superiores, no hubiera dejado de contar el fruto espiritual nada escaso que su alma sacó de la comunicacion con Villanueva; pero lo connaturales que eran á su espíritu las enseñanzas de este maestro, y la conformidad de ellas con las recibidas del P. Fabro, hubieron de hacer que apenas él mismo se diese cuenta de los progresos que en la virtud iba haciendo, y que en su vida religiosa impresionado más vivamente por los otros favores tan extraordinarios que

(1) Segun el P. Marimon «sería Alonso de trece ó catorce años entonces.» Vida ms. Lib. I, § 5.

continuamente del cielo recibía, quedasen las gracias ordinarias como amortiguadas en su memoria por la abundante luz con que en ella resplandecían las otras tan raras y singulares. Así que Alonso en la religion al hablar de este período de su vida, se contentaba con decir sencillamente que á los pocos años de haber conocido y tratado en Segovia con dos Padres misioneros de la Compañía, había comunicado con el H. Villanueva en Alcalá el tiempo que allí había estudiado gramática. Y sin duda esta noticia era bastante á los contemporáneos de Alonso, para venir en conocimiento del singular beneficio que Dios en esto le había hecho, segun era grande la fama de que gozaba el P. Villanueva dentro y fuera de la Compañía, de varon lleno de los dones de Dios y de expertísimo maestro de la ciencia del espíritu.





CAPÍTULO III

MUERE EL PADRE DE ALONSO Y LLÁMALE SU MADRE Á
SEGOVIA PARA PONERLE AL FRENTE DE LA CASA.—DE-
DÍCASE AL COMERCIO DE PAÑOS.—CONTRAE MATRIMONIO

1546-1558

CON tan próspero viento proseguía Alonso su rápido viaje hacia el puerto de la santidad, cuando un imprevisto contratiempo vino á entorpecer el curso de su feliz navegacion. Un año hacía que había empezado su gramática y frecuentaba la escuela de virtud abierta en Alcalá por el H. Villanueva, cuando la triste noticia de la muerte de su padre fué á interrumpir por entonces sus estudios y á privarle de las santas enseñanzas de su maestro en el espíritu (1). La madre de Alonso, viuda, con once hijos de poca edad, sin una sola persona de la familia que estuviese en edad de ponerse al frente del negocio, del cual dependía la subsistencia de tan numerosa casa, no podía dejar de prever para sí y para aquellas prendas de su corazon un triste

(1) El último documento que se halla firmado por Diego Rodríguez, lleva la fecha de 26 de Agosto de 1545: su muerte parece hubo de suceder ó hácia fin de este año ó á principios del siguiente.

porvenir. Pasados los primeros momentos de estupor que suelen embargar á una esposa, al verse madre de tantos hijos y privada del apoyo de un marido, que con su trabajo é industria suministre medios para su educacion y sustentacion, pensó en suplir de alguna manera tan irreparable pérdida y en buscar un remedio contra los males que presentía y que para su corazon de madre tan dolorosos eran.

El hijo mayor, Diego, y el segundo, Alonso, estaban en Alcalá dando principio á su carrera literaria. Uno de ellos, ó los dos, habrían de abandonar sus estudios para ponerse al frente del comercio y continuar el negocio que su difunto padre tenía puesto en buen estado. Parece natural que siendo Diego el de mayor edad, había de ser el escogido para cargo de tanta responsabilidad é importancia; pero la buena viuda no discurrió así. La docilidad de Alonso, su carácter amable, su laboriosidad, y más que todo su trato edificante y su arraigada piedad, cualidades que ella tenía bien conocidas y admiraba en su hijo, hacían que le amase con un cariño especial, y le daban esperanzas de que con el tiempo llenaría Alonso con satisfaccion el vacío dejado en aquella numerosa familia por la pérdida de un padre solícito, y en su corazon por la de un esposo muy querido. Y no se engañó la buena madre. Dejando á Diego en Alcalá para que prosiguiese sus estudios, llama á Alonso á Segovia. «Hijo mío, le dice, Dios nuestro Señor se ha llevado á tu padre. Ya ves cómo queda tu madre, cómo quedan tus hermanitos. Yo no puedo atender á la vez á su crianza, á vuestros estudios y al negocio de tu padre, que proporcionaba recursos para satisfacer á estas obligaciones. Este último cuidado he pensado encomendár-

telo á tí, hijo mío, á quien juzgo más á propósito para él que á Diego, tu hermano: él continuará sus estudios; tú tendrás que renunciar á ellos y quedarte en casa para hacer compañía á tu madre, y para ayudarla en la crianza de tus hermanitos y continuar el negocio de tu padre. Hagamos de nuestra parte lo que sepamos y podamos; y la Providencia, hijo mío, no nos abandonará.» Enternecido el corazón de Alonso con las razones de la triste madre, ni supo qué oponer á ellas, ni tuvo palabras para manifestar que se sujetaba rendido á sus disposiciones.

El recuerdo de Alcalá, el ver que ya no le sería posible seguir una carrera, ni gozar de la dulce compañía y provechosa doctrina de su amado maestro el H. Villanueva, al principio hubieron de causarle profunda pena, y no poca extrañeza el verse preferido á su hermano mayor para cargo tan delicado; pero la voluntad de una madre sumergida en un mar de tristeza y de dolor en los principios de su viudez, y que olvidada de sí, solo se desvivía por el bien de sus hijos, fué para el obediente y respetuoso hijo argumento poderosísimo á que más debía rendirse con obras conformes á la confianza que de él hacía, que no con palabras que su lengua pronunciase.

Quedóse, pues, en Segovia Alonso, y su hermano Diego continuó sus estudios en Alcalá. «Llegó á ser jurista, dice el P. Marimon (1), y aun á tener cargos y casa honrada; pero con la vida, que no fué larga, acabaron las esperanzas de mejorar y subir la casa é hijos de la viuda, que había gastado no poco en los estudios y grado de su nuevo letrado. Dejó muchas prendas de su salvación, por ser mozo ejemplar y que conservó siem-

(1) Vida ms., Lib. I, § 5.

pre la buena crianza de sus padres.» El nuevo género de vida y las ocupaciones actuales de Alonso, más propias de un hombre formal y experimentado, que de un jovencito de quince años, que hasta el presente no se había ocupado en ningún negocio serio, hubieron de impedirle el que tratase única y exclusivamente de su adelantamiento en la virtud y en las letras, como en vida de su padre hacía. Otro jóven que hubiese recibido una formación menos sólida que Alonso en la piedad y en la virtud, hubiera corrido no leve peligro de olvidar en gran parte, si no del todo, los principios religiosos aprendidos en la niñez. Con harta frecuencia lloran las madres, á las cuales una prematura viudez ha colocado en estado semejante al de la de Alonso, los funestos cambios verificados en sus jóvenes hijos, que al verse libres del freno con que la mano de un padre prudente les dominaba y dirigía, haciéndose insensibles á la ternura y á las lágrimas de una cariñosa madre, se abandonan á la corriente del vicio, deslustrando el buen nombre y reputación de la familia, y reduciéndola á veces á la miseria con el despilfarro de sus haciendas.

Por dicha de María Gomez fué muy diferente de la de tales hijos pródigos la conducta de su Alonso; y halló en él no un díscolo que aumentara sus penas con la licencia en el vivir, sino un apoyo firme que la sustentaba, y un respeto y veneración que le calmaba los sinsabores de una vida tan afanada como debía de ser la suya.

Durante la menor edad de Alonso estuvo la madre al frente del comercio, y ella era la que firmaba las actas y los documentos de la casa; pero al llegar á los veintitres años, empezó ya el hijo á intervenir en los contratos

juntamente con su madre, y firmaba las escrituras en nombre de ella. La primera firma que se encuentra de Alonso como mercader, está concebida en estos términos: «Por ella» (esto es, por mi madre)—«ALONSO RODRIGUEZ.» Cuánto la ayudase en la educacion santa y piadosa de sus hermanitos, no es difícil de comprender. Cinco hijos y cuatro hijas menores en edad que Alonso le dejó al morir Diego Rodriguez: y si hemos de juzgar de la cristiana educacion que en su niñez recibieron, por la vida intachable, y aun santa, que vivieron en su mayor edad los que á ella llegaron, no podremos menos de confesar que aquella primera educacion fué del todo esmerada y sólidamente cristiana, cual la que en vida de su padre habían recibido de él Diego y Alonso. Porque sin hablar de los otros hijos menores que Alonso, (de los cuales nada se dice en el proceso de beatificacion, y que los biógrafos del Santo suponen haber muerto en edad temprana), las tres hermanas, una de las cuales llegó á casarse y vivió algunos años en el estado de matrimonio, y las otras dos que llegaron á la ancianidad, vivieron con tal pureza de vida, que al morir la primera, estando el H. Alonso encomendándola fervorosamente al Señor, vió entrar su alma en el cielo; y de las otras dos, de cuya santidad se hablará en otro lugar de esta historia, tuvo revelacion Alonso, antes de la muerte de ellas, no solo de que se salvarían, sino de que habían de entrar en el cielo sin pasar por el purgatorio. No creo que pueda alegarse argumento más convincente ni más elocuente testimonio de la prudencia y paternal solicitud con que procedió Alonso en la educacion de sus hermanitos, y de lo perfectamente que supo hacer las veces de padre de familia en su casa: de lo cual tambien se dedu-

ce cuán acertada estuvo su madre en la preferencia que en este cargo dió á Alonso sobre su hermano mayor Diego.

El mismo Alonso, cuando años adelante se recogió á vida más fervorosa que la que ahora las múltiples y serias ocupaciones le permitían, y cuando, siendo ya religioso, lloraba su vida pasada, por materia de su llanto y por causa de la necesidad que tenía de humillarse y confundirse, alegaba ordinariamente el haberse engolfado en las cosas del mundo, el haber vivido mucho tiempo olvidado de Dios, esto es, no ocupado todo en cosas exclusiva y directamente enderezadas al divino servicio, y finalmente la masa corrupta é inclinada al pecado que heredó el hombre de Adán su primer padre. Este era el tema constante de sus lágrimas, este el motivo de su penitencia, esta la materia de su confusion y vergüenza: todo lo cual, según era profundo el conocimiento que de aquellas miserias le había Dios comunicado, y muy extraordinaria la luz que de la infinita grandeza y bondad divina le había infundido el cielo, le hacía prurum-pir en llanto tan amargo, como suelen otros penitentes al considerar la gravedad y malicia de las ofensas que contra la divina Majestad han cometido. Engolfarse en los negocios del mundo llamaba él al cumplimiento de sus deberes. Porque deber suyo era el trabajar seriamente por la conservacion y aumento de los intereses materiales, de cuya prosperidad estaba colgado el sustento y bienestar de su numerosa familia, aunque para cumplir con tan estrecha obligacion, hubiese de cerceñar notablemente el tiempo que, según su deseo, hubie-ra dedicado á los ejercicios de devocion.

Y esta aplicacion era tanto más necesaria, cuanto que

la falta de una mano fuerte y experimentada se dejó sentir desde luégo en el negocio en que se ocupaba la casa de Rodriguez, la cual iba decayendo, en vez de sostenerse ó de prosperar. Contribuía no poco á este constante desmedro la misma honradez de Alonso y el sumo cuidado con que evitaba la menor injusticia en sus tratos. En la informacion hecha en Segovia en 1628, atestigua Simon de Palacios, que siendo niño, le mandaban sus padres á comprar en la tienda de Alonso, y no en otra, por lo escrupuloso, dice, que era en no engañar á nadie, mayormente á los niños: de suerte, añade, que más bien perdía en su negocio, que no ganaba. Al ver la madre el mal estado de su casa, y á Alonso en edad competente para tomar estado, pues tenía ya 27 años, segun escriben los Bolandos, con la esperanza de reparar algun tanto las pérdidas pasadas, creyó prudente proponer á Alonso que tratase de contraer matrimonio con alguna jóven, con cuyo dote se aliviasen las cargas de la familia. Como instase una y otra vez la madre, condescendió á sus ruegos Alonso, y tomó por esposa á una virtuosa doncella, que se llamada María Juarez, y se pasó á vivir de su casa, que estaba en la parroquia de Santa Columba, situada en la plaza del Azoquejo, á otra, perteneciente á la parroquia de Santa Eulalia, sita en la calle del Mercado, que tal vez en aquellos tiempos era punto más á propósito para la venta de los productos de la industria en que trataba Alonso, por el mayor concurso de mercaderes.





CAPÍTULO IV

FÚNDASE COLEGIO DE LA COMPAÑÍA EN SEGOVIA.—COMUNICA ALONSO CON EL P. LUIS DE SANTANDER, RECTOR DEL COLEGIO

1559 - 1561

DESDE que Alonso salió de la escuela del P. Villanueva en Alcalá no es creíble que hubiese tenido ocasion de tratar las cosas de su espíritu con Padres de la Compañía; y aunque en su vida de mercader y en el estado de matrimonio nunca dejó de mostrarse fervoroso cristiano y honrado comerciante, como afirman varios conciudadanos suyos en el proceso de beatificación, es de creer que las muchas y graves obligaciones que sobre él pesaban, le tendrían más engolfado en las cosas del mundo, (según su modo de hablar), de lo que él hubiera deseado, atendido sus primeros fervores de durante la niñez. Iba aproximándose el día que Dios había prefijado para desatarle de los lazos que le tenían preso en el mundo; y muy de antemano la divina Providencia fué disponiendo las cosas de tal suerte, que llegado el momento de la necesidad, tuviese Alonso el remedio preparado. Siendo niño, le ofreció ocasion en su propia casa de tratar con un santo. Cuando fué algo mayor, le sacó de su casa y llevó á Alcalá para que co-

municase con un varon extraordinario, y esto no por unos pocos días, sino muy de asiento durante el espacio de un año entero. Ahora que se llega el tiempo en que Alonso, libre de los vínculos de la carne y sangre, ha de reanudar sus antiguas tareas espirituales por tantos años interrumpidas, dispone Dios que vayan á Segovia los Padres de la Compañía, no uno ó dos y de paso por algunos días, sino en mayor número para fundar en aquella ciudad un Colegio, y vivir y trabajar en ella de asiento.

Vivían en Segovia muchas personas distinguidas que habían conocido y tratado á San Ignacio. Habíanle conocido unos en Segovia mismo, en donde el Santo había estado, hospedándose en las casas de D. Gonzalo de Cayres, caballero principal, en las cuales años adelante se veneraba y enseñaba el aposento en que vivió San Ignacio (1). Otros le habían tratado en Roma, siendo entre estos digno de especial memoria el Sr. D. Luis de Mendoza, segoviano, grande admirador y amigo del santo fundador, y muy devoto de la Compañía, á la cual dió de las posesiones que tenía en Italia una iglesia con su casa y huerto que poseía en Tívoli, y aun manifestó deseos de querer entrar en ella. Estaba en correspondencia epistolar con San Ignacio, y se conservan varias cartas de las que el Santo le escribió (1). Otro fué don Hernando de Solier, arcipreste de la santa iglesia catedral de Segovia, que tambien había comunicado muy particularmente con el Santo. Era en aquel tiempo Obis-

(1) De la Historia manuscrita del Colegio de Segovia.

(2) Véase una reseña de ellas en el Tomo IV de las Cartas de San Ignacio, pág. 143, nota.

po de esta ciudad D. Francisco de Santa María, de la orden de San Jerónimo, el cual deseaba tener en su ciudad episcopal un Colegio de la Compañía de Jesús, que á la vez que formase á la juventud en piedad y en letras, le ayudase con su cooperacion á llevar la carga del ministerio pastoral que pesaba sobre sus hombros. Escribióse sobre el particular á San Francisco de Borja, entonces comisario de la Compañía en España, el cual á su vez deseaba tambien que la ciudad de Segovia participase del fruto espiritual que por medio de la Compañía Dios nuestro Señor se dignaba hacer en tantas otras de España. Ofreció en un principio alguna dificultad la dotacion del Colegio. En el entretanto que esta se buscaba, fueron enviados á Segovia dos Padres y tres Hermanos, los cuales habitaron en una casita alquilada, situada junto á la iglesia de San Martin, viviendo de las limosnas que de muy buena gana les hacían las personas arriba mencionadas y otras principales, eclesiásticas y seglares. Empezaron los Padres á ejercitar los ministerios, primero en la capilla del hospital de Pedro Lopez de Medina, y después en su propia casa, en una capillita que para el efecto aderezaron.

Viendo San Francisco de Borja que no se contentaba la ciudad con solos ministerios espirituales, sino que insistía en tener Colegio para la enseñanza de las letras, determinó que se diese á la casa el nombre de Colegio, y envió por primer Rector al P. Luis de Santander con otros tres Hermanos para abrir las clases. Llegaron los cuatro á Segovia á primeros de Junio del mismo año de 1559. Era el P. Santander varon de levantado espíritu, (con el cual trató las cosas del suyo la santa Madre Teresa de Jesús cuando estuvo en Segovia) y de raros

talentos de púlpito que admiraron muchas ciudades de España, y dejó en todas ellas bien sentada su fama de hombre verdaderamente apostólico. Á poco de haber llegado á Segovia, predicó en la iglesia mayor con tanto fervor y celo, que cautivó los corazones de los segovianos. Fué luégo predicando en otras iglesias, y siempre con igual ó mayor aceptacion y con no menor fruto de los oyentes. Renovóse muy pronto la frecuencia de Sacramentos caída en desuso, y reformáronse las costumbres tan visiblemente, que en poco tiempo cambió totalmente el aspecto de la ciudad. No contribuyeron poco á esta mudanza los catecismos que por las calles y plazas hacían los otros Padres: era espectáculo digno de verse una muchedumbre compuesta de más de tres mil niños, agrupados al rededor de los Padres, oyendo la explicacion del catecismo, sin contar la concurrencia de hombres y mujeres de todas edades y de toda condicion, que movidos por la novedad del caso y por el deseo de instruirse en las obligaciones del cristiano, iban á escuchar á los catequistas. Los historiadores de la Compañía no dudan asegurar que ninguna ciudad de España se había esmerado tanto en el recibimiento hecho á los Padres de la Compañía, ni conmovido tan hondamente con sus ministerios apostólicos, como la ciudad de Segovia: sacerdotes y seglares, nobles y plebeyos, todos se esforzaban é iban como á porfía en proveerles de lo necesario y en aprovecharse de sus exhortaciones, sobresaliendo entre todos los ya mencionados D. Luis de Mendoza, racionero que entonces era de aquella santa iglesia catedral, y el arcipreste D. Hernando Solier.

Cuánta parte cupiese á la familia de Alonso en este movimiento religioso operado en Segovia, no es difícil

adivinarlo, segun era grande y reconocida su antigua honradez y cristiandad. De la familia toda en general consta que desde entonces empezó á confesarse y á tratar las cosas de su espíritu con los Padres de la Compañía y á gobernarse por sus consejos, especialmente por los del P. Santander. Alonso en particular recordaría aquellos días felices de su niñez, en que había gozado de la compañía del Beato Fabro y del P. Villanueva. Estos recuerdos no podían menos de herir vivamente su corazon, y de atraerle ahora al trato y comunicacion de los Padres, en quienes veía una imagen exacta de aquellos á quienes en su primera edad había conocido. Á quien más parece que se inclinó Alonso, fué al P. Santander y más tarde al P. Juan Bautista Martinez: con ellos trató las cosas de su espíritu, y quedó tan satisfecho de su direccion, que más adelante, cuando el Padre Santander fué trasladado á Valencia, Alonso emprendió un viaje á aquella ciudad por solo el deseo de comunicar con él las cosas de su alma, y regirse por su consejo en el nuevo género de vida que iba á emprender. De todo lo cual se dirá más extensamente en su propio lugar.

No parece que pueda dejarse de reconocer una especial providencia en la ida de los Padres de la Compañía á Segovia y su residencia fija en ella precisamente en estos tiempos. Tenía Dios destinado á Alonso para la Compañía de Jesús, y ya en su niñez le hace beber el espíritu de ella en dos de sus más puras fuentes y más cercanas á su origen. Ahora cuando después de tantos años de una vida dedicada al comercio, va á verificarse en Alonso un cambio tan radical, tan lleno de dificultades y tan imprevisto por los mismos que en él han de intervenir, como es pasar del estado de casado al de re-

ligioso de la Compañía, Dios le depara un insigne varon de la misma, del cual usará como de instrumento, para dirigirle con seguridad por el áspero camino de la tribulacion y por el tan delicado de la vocacion religiosa, hasta colocarle con sus manos en el puerto de la Compañía. Esto hace espontáneamente exclamar con el Real Profeta: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.*





CAPÍTULO V

TOCADO ALONSO POR DIOS CON VARIAS ADVERSIDADES, SE DA Á LA CONSIDERACION DE LAS VERDADES ETERNAS.—HACE CONFESION GENERAL.—ES ARREBATADO AL CIELO EL DÍA DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN.—DEJA SU PROFESION DE MERCADER Y VUELVE Á MORAR EN SU PROPIA CASA.—MUÉRESELE EL HIJO, Y POCO DESPUÉS LA MADRE.—VISION DE SAN FRANCISCO ACOMPAÑADO DE OTROS SANTOS.—SU PENITENCIA Y ORACION EN ESTE TIEMPO

1562 - 1565

EL tratar Alonso (1) de las diversas trazas que usa Dios Nuestro Señor para llamar á su servicio las almas que ocupadas en los negocios del mundo andan olvidadas del de su eterna salvacion, dice: «Unas veces toca Dios á las almas interiormente, en medio de los trabajos que les da, moviéndolas al menosprecio del mundo y á la enmienda de la vida enseñándolas á aborrecer lo presente menospreciándolo, y amar lo celestial; y esto en muchos santos y siervos de Dios ha acaecido en sus persecuciones y en sus enfermedades, despertándolos en ellas al conocimiento de sí y

(1) Obras espirituales, tomo III, pág. 418.

S. A. RODRIGUEZ.

de su Dios, y de la gravedad de sus pecados, por los cuales Dios los castigaba, para que despertando al conocimiento de sus males, se enmienden: y por este camino saca Dios á muchos de la mala vida, y hacen penitencia, y vienen á alcanzar con la gracia de Dios gran santidad.»

Esta fué precisamente la traza que usó Dios con su siervo Alonso. Estaba, como él mismo escribe (1) «engolfado en las cosas del mundo,» es á saber, en el cuidado de su familia, en la conservacion y aumento de su hacienda, en el comercio y fabricacion en que se ocupaba; y si bien es verdad que todos estos cuidados son en sí lícitos, y para un padre de familia, obligado á mirar por su propio bienestar y por el de sus hijos, muy justos y loables; y si se guarda en ellos la debida moderacion, pueden ejercitarse estos oficios sin ofensa de Dios Nuestro Señor: sin embargo ocupan el corazon, y le atraen á sí, y le inquietan y le dividen, impidiéndole que se entregue del todo á Dios y que trate con sosiego y quietud el negocio de la propia santificacion. Y como el Señor tenía destinado á Alonso para que fuese varón santo y perfecto, y maestro y dechado de la más encumbrada santidad, quiso librarle de los lazos con que estaba atado al mundo, y que le impedían correr con ligereza por el camino de la perfeccion.

Hallándose, pues, Alonso ocupado en las cosas del mundo y bien olvidado de darse del todo á la virtud y santidad, tocóle Dios con algunos trabajos para despertarle y para desasirle de todo lo que pudiera serle estorbo para el negocio de su santificacion. El primer golpe

(1) Obras espirituales, Memorial, núm. 1.

que recibió fué la muerte de una hija, que era la lumbré de sus ojos (1). Sintió en extremo pérdida tan dolorosa el tierno corazón de Alonso; si bien, como hombre cristiano y de fe viva, se consolaba con la seguridad de que la muerte de una hija de tan tierna edad más bien podía llamarse vuelo á la patria bienaventurada y á la compañía de los ángeles, que destierro de la vida, y tránsito á una region de sombras y eterna oscuridad.

Á esta pérdida sucedió otra mucho más sensible. Empezó á enfermar su mujer, y después de haber estado mucho tiempo sepultada en la cama sin hallar alivio ni en la virtud de las medicinas ni en el arte de los médicos, en lo cual gastó Alonso gran parte de su hacienda, vino á acabar su vida, dejando en solitaria viudez á su esposo y en triste orfandad á su hijo de tierna edad, único fruto de bendicion que de su matrimonio á Alonso le quedaba (2). Hallábase ahora solo, con un hijo privado del cariño maternal, tanto más necesario para su desarrollo corporal y para la formacion de su alma en las buenas y cristianas costumbres que suelen mamarse con la leche, cuanto es más débil y á más peligros está expuesta la poca edad y la inexperiencia de la niñez: y aunque es verdad que no faltaba á Alonso amor para dedicarse con solicitud paternal á la educacion de su hijo; sin em-

(1) Así lo escriben el P. Colin y D. Diego de Colmenares, natural de Segovia y cura de la parroquia de San Juan de aquella ciudad. En investigaciones recientemente hechas no se ha hallado el nacimiento de tal hija, sino solo el de un hijo en 1560 y de otro en 1562.

(2) La muerte de María Juarez parece que hubo de suceder muy poco tiempo después del nacimiento del segundo hijo en 1562; pues entonces tenía Alonso la edad de 31 ó 32 años, en la cual dice que le tocó Dios con algunos trabajos, siendo el mayor la muerte de su esposa. (Memorial, núm. 1.)

bargo el negocio de su industria, que con la enfermedad y muerte de su mujer había desmerecido no poco, y era el único medio que tenía para atender á su porvenir y al de su hijo, absorbía toda su atencion y requería el empleo de todas sus fuerzas.

Estos hubieron de ser los pensamientos que turbaron el espíritu de Alonso á los primeros golpes de la adversidad. Pero Dios N. S. en su adorable providencia los dirigía á un fin que estaba por entonces escondido á los ojos del atribulado viudo. Estos contratiempos que vinieron á perturbar el tranquilo y apacible curso de la vida de Alonso, fueron una voz elocuente que le enseñaron la inconstancia de los bienes de esta vida, el deleznable y frágil apoyo en que estriban las humanas esperanzas más sólidamente fundadas, y lo poco que hay que fiar en la lozanía de la más robusta y florida juventud y en los halagos de la más risueña fortuna.

Y este era precisamente el fruto saludable y la provechosa enseñanza que pretendía Dios Nuestro Señor al visitar á Alonso con la adversidad. El notable cambio ocurrido en su hacienda y en su familia se prestaba á serias consideraciones. Véase en su juventud privado de los objetos de su cariño, y notablemente desmedrado en su fortuna; consideraba cuán vanos y sin sustancia son los planes más bien meditados y las trazas mejor combinadas, con que los hombres se forjan un porvenir lleno de felicidad y de bienestar, sin tener en cuenta que el leve soplo de un viento contrario puede dar con toda esa fábrica de aire en el suelo; lastimábase de su propio engaño, en el cual tantos años había vivido buscando con tanto afan los bienes perecederos de la tierra, teniendo puestos en ellos su aprecio y su estima, al paso que

olvidado de Dios, no formaba el verdadero concepto de las riquezas espirituales, ni buscaba con el ardor, que ellos se merecen, los tesoros del cielo que para siempre han de permanecer. Alzó los ojos al cielo, y cayó en la cuenta de lo descaminado y desacertado que había vivido hasta el presente. «¡Desventurado de mí, exclamaba, que he perdido los mejores años de mi vida como hechizado por el brillo falaz de los bienes de este mundo miserable, y olvidado de los goces del cielo, sólidos y verdaderos, que han de durar por toda la eternidad! ¡Ay de mí, que he abandonado el único camino que á ellos conduce, y que con tanto fervor había emprendido en los tiempos felices de mi niñez!» Penetróle tan íntimamente esta luz del cielo, que andaba como absorto en la profunda consideracion de las cosas eternas. Aterrábale la gravedad y malicia del pecado cometido contra la infinita majestad de un Dios omnipotente; estremeciase á la sola idea de que podía ser arrojado á las eternas llamas, con que la divina justicia castiga las ofensas contra ella cometidas; temblábanle las carnes al ponderar la estrecha y rigurosísima cuenta que al fin de sus días había Dios de pedirle de todas sus acciones, de todas sus palabras y de todos sus más recónditos pensamientos. La continua meditacion de tan terribles verdades le traía como enajenado y fuera de sí, perdido el color de su rostro, flaco y macilento, con exterior más bien de austero penitente, que de hombre ocupado en tratos y ganancias temporales. Lloraba día y noche su pasada ceguedad, y la que él llamaba «mala vida,» con amarguísimas lágrimas de dolor y de arrepentimiento, y derramábalas con tal abundancia, especialmente en la soledad de la noche, que como otro David, regaba con ellas su lecho, sin ser en su mano el contenerlas.

Quiso luégo hacer confesion general de toda su vida: para la cual tomó algunos días para ir escudriñando los secretos de su alma hasta el más sutil pensamiento y la palabra más liviana; y con la abundancia de luz, que el cielo en este tiempo le comunicaba, y con el conocimiento de Dios y de la gravedad y malicia del pecado, que con sus meditaciones había alcanzado, formaba cabal concepto de las cosas, y con mucho sosiego y paz las iba escribiendo en un papel. Continuó este menudo exámen hasta tanto que estuvo bien satisfecho de que no le quedaba cosa por escribir. Excitóse á contricion y á lágrimas de haber ofendido á un Dios de infinita bondad, á quien ya tanto conocia, y «Luégo, (son sus propias palabras) (1), hizo la confesion general, con la contricion tan llorada, de toda la vida con el P. Bautista Martinez, de la Compañía de Jesús, en Segovia, con mucho sosiego, hasta que no halló más que escribir, examinándolo todo por algunos días. Y así se confesó con gran sosiego, creciendo en sí el andar velando sobre el cuidado de su alma por que no se ensuciase más, y en el gran cuidado de servir á Dios, y propósito de no le ofender jamás.»

Cuán del agrado de la soberana Reina de los cielos fuesen estos fervores del nuevo penitente, que desde su más tierna niñez tan devoto suyo se había manifestado, y de la cual había recibido ya las singulares mercedes, que en otro lugar quedan referidas, lo mostró la que es consoladora de los afligidos con un extraordinario favor que le dispensó en este tiempo, con el cual alentó el corazon de Alonso para que pasase adelante en el camino

(1) Memorial, núm. 3.

comenzado. Cuenta el Santo el hecho en el número 5 del Memorial, y pasó de esta manera.

Un día de la gloriosa Asuncion de la Santísima Virgen al cielo, habiéndose prevenido mucho antes con gran cuidado y diligencia para celebrarla con provecho y alegría espiritual, luégo en amaneciendo se fué á la iglesia de la Compañía: confesóse, y puesto en altísima contemplacion del Santísimo Sacramento, perseveró en ella largo rato. Acercóse finalmente á la sagrada mesa; retiróse á dar gracias del soberano beneficio que acababa de recibir, y absorto en este santo ejercicio, quedó súbitamente arrobado en espíritu, y hallóse transportado en el cielo: estaba su alma en las manos de la Virgen María, la cual tenía á un lado el ángel de la guarda de Alonso, y al otro á San Francisco, y ella en medio de los dos teniendo en sus virginales manos el alma de su siervo, la cual presentaba al Padre Eterno. Este rapto fué tal, que no sabía decir si entonces su alma estaba en el cuerpo ó fuera de él, por la grande prontitud con que fué arrebatado y fuera del todo de sus sentidos: y llegó á tanto, que después andando por las calles, no podía volver bien en sí. «Aquesto, añade Alonso, le sucedió un año algo más ó menos después que se recogió; el tiempo que duró no se acuerda bien: parece que no fué mucho.» Con ser muchísimos los favores de este género que en lo restante de su vida recibió, y con haber perdido la memoria de muchos de ellos, de este que acabamos de referir nunca pudo olvidarse. Así lo confesó él mismo al P. Juan Torrens, muy poco tiempo antes de morir. El regalo y contento que recibió en este rapto, decía que no había lengua que lo pudiese explicar.

Cuán opuesto fuese el nuevo género de vida emprendido por Alonso á su oficio de mercader, no hay para que encarecerlo. Y si cuando se ocupaba todo en trabajar por que su casa prosperase, nunca pudo alcanzar aquel desahogo que de su asidua aplicacion podía prometerse, no es difícil de comprender que ahora favorecido con tan soberanas mercedes, despegado ya de todo amor de ganancias y medros temporales, y atento solo á granjear bienes eternos y nuevos tesoros de gracias y de virtudes, notase un continuo decrecimiento en los bienes de fortuna. En una palabra, no era Alonso para negocios mundanos, sino para empresas muy superiores. Así lo entendió el Santo. Abandonando, pues, la profesion que hasta ahora había ejercido, y la casa en que había morado desde que hubo contraído matrimonio, volvió á su antiguo domicilio y á la compañía de su madre y de sus hermanos. Retiróse con su hijito á un departamento de la casa, en el cual recogido se entregaba á sus favoritos ejercicios de oracion y penitencia. Ibale Dios Nuestro Señor disponiendo para mayores cosas, y á este fin acabó de desatarle de todos los lazos que le impedían el libre vuelo de su espíritu.

Considerando un día las innumerables miserias á que están sujetos los hombres en esta vida mortal, y los muchos y grandes peligros de perder la eterna á que están expuestos, puso los ojos en su hijito, que á la sazón tenía tres años, y en quien se concentraba todo el amor de su corazon: holgábase al contemplar el candor de la inocencia que resplandecía en su rostro; penetrando más en lo interior, veía en él una alma pura como un ángel del cielo; y aunque se sentía con ánimo de velar, como verdadero padre, por la conservacion de la inocencia de

aquella amada prenda; sin embargo, echando una mirada hacia lo porvenir, se estremecía á la sola idea de que aquel templo del Espíritu Santo podía por el pecado trocarse en morada del demonio. Andando en estos pensamientos, y sofocando las voces del cariño paternal, levanta los ojos al cielo, y «Señor, dice, yo os ruego que si este niño os ha de ofender, antes os le llevéis de esta vida.» Fué acepto á los ojos de Dios tan heroico sacrificio del padre. Repitiendo iba esta misma peticion un día y otro día, cuando una noche estando acostado con él, le vió en sueños amortajado á su lado. La salud y robustez del niño quitaron al padre toda sospecha de lo que podía significar aquella vision; pero el suceso demostró que no había sido un vano sueño. Un mes poco más ó menos había transcurrido, cuando enfermó el niño: agravóse en breve tiempo, y á los pocos días murió. Después de referir este hecho, añade Alonso (1): «Parece que Dios oyó su oracion; pues en tiempo tan seguro de su salvacion lo sacó Dios de este mundo, y lo llevó al descanso de la bienaventuranza, en donde es cierto que goza de Dios.»

Aunque no dejó de ser muy sensible al paternal corazon del padre la temprana muerte de su hijo, único humano consuelo que en su viudez le quedaba; con todo hubo de templar en gran manera su dolor la certidumbre en que estaba de que su alma inocente y pura vivía una vida bienaventurada entre los coros de los ángeles; que para un corazon que tanto sabía apreciar las cosas del cielo y tan descarnado estaba del amor de las de la tierra, bastaba esta consideracion para su tranquilidad y

(1) Memorial, núm. 16.

sosiego. Á la muerte del hijo siguióse no mucho después la de la virtuosa madre, en cuya postrera enfermedad manifestó Alonso su reconocimiento al especial cariño que toda su vida le había manifestado, y á los grandes sacrificios que por él y por sus hermanos había hecho. Servíala noche y día con tierna solitud, consolábala en las aflicciones que suelen turbar las almas más puras en aquellos solemnes momentos, y ejercitaba con ella todos los oficios de un hijo amante y respetuoso. Ayudábanle en esto sus hermanos, especialmente Juliana y Antonia, que vivían en casa recogidas y entregadas del todo al ejercicio de la virtud y á la santificacion de sus almas.

Por este mismo tiempo, esto es, «estando en su casa ya viudo,» como dice él en el número 2 del Memorial, recibió del cielo una merced muy particular. Estaba un día sumergido en la consideracion de los pecados y deshaciéndose en lágrimas de dolor, cuando he aquí que «Tuvo, dice, una vision en sueños de Cristo Nuestro Señor y de otros Santos, (que serían como doce), entre los cuales venía San Francisco, del cual era muy devoto; y aunque no traía divisa alguna particular, conoció que era San Francisco. El cual apartándose de los otros Santos, se fué para él, y le preguntó por qué lloraba. Oyendo estas palabras, fué tan grande el sentimiento de sus pecados que nuevamente le vino, que delante del Santo empezó á llorar amarguísimamente, y hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, le respondió: «¿Cómo no quieres que llore, conociendo bien la gravedad de mis pecados, que solo un pecado venial cometido contra Dios merece ser llorado toda la vida?» Y con esto desapareció la vision.» Quedóle esta tan fuertemente impresa en el alma, que en su ancianidad confesaba Alon-

so que aún le duraba fresca la memoria de esta visita: conoció tambien por ella de un modo particular la malicia del pecado; y así desde entonces le concibió tal horror, que cuantas veces se veía en peligro de algun pecado, pedía á Dios con fervor y muy de veras, que le hiciese padecer no ya todos los tormentos que pueden darse en esta vida, sino las mismas penas del infierno, antes que le dejase caer en un pecado venial, cuánto más mortal.

Tan vivo conocimiento y tan intenso dolor de sus pecados no se quedó en estériles afectos y en teóricas consideraciones. Cuando la penitencia interior es verdadera, no puede contenerse, sino que sale á lo exterior, é inclina á actos de mortificacion corporal, los cuales en los nuevamente convertidos á Dios suelen ser tan vigorosos como el fervor de su espíritu, y están expuestos á pasar los límites de la discreta y santa prudencia, si les falta el freno y la direccion de un experimentado maestro. No le faltaba esta direccion á Alonso, y él se atenía á ella con exactitud. Permittedsele en este tiempo ayunar solo el viernes y sábado de cada semana en memoria de la pasion de Cristo nuestro Redentor, y en honor de la Santísima Virgen. Rezábale además el rosario entero cada día; y se confesaba y recibía el Santísimo Sacramento cada semana, dando principio á esta práctica de comulgar cada semana un sábado, en el cual cayó la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves; circunstancia que nunca pudo olvidar por la mucha devocion que á esta Señora profesaba, y á la cual ella correspondía con favores singulares y extraordinarios. Uno de ellos fué, que rezando el rosario solía ver delante de sí en el aire á cada *Padre nuestro* una muy linda rosa encarnada, y á

cada *Avemaría* otra blanca de igual belleza y fragancia. Ofrecía cada una de ellas á su madre y señora la Virgen María, y veía cómo ella daba muestras de aceptarlas, y de ser muy de su agrado la devoción de su siervo é hijo. Así lo testificaron muchos años después sus hermanas Juliana y Antonia, á quienes Alonso lo había referido.





CAPÍTULO VI

EJERCÍTASE EN LA ORACION MENTAL, ESPECIALMENTE EN LA CONTEMPLACION DE JESÚS CRUCIFICADO, EN LA CUAL RECIBE FAVORES EXTRAORDINARIOS. — AÑADE NUEVAS PENITENCIAS Á LAS PASADAS

1565-1567

TRES años pasó el fervoroso penitente en estos ejercicios de llorar sus pecados y de rezar varias devociones, principalmente el santo rosario, y con las penitencias corporales, que hemos dicho (1). A medida que iba concibiendo odio y detestacion del pecado, y purificando más y más su alma con las lágrimas de la penitencia, se iba insinuando insensi-

(1) En el número 12 del Memorial dice terminantemente el Santo, que en el ejercicio del dolor y arrepentimiento y llanto de sus pecados, que es la vía purgativa, estuvo algun tiempo, «que sería por espacio de tres años;» después de los cuales se ejercitó en la consideracion de la vida, muerte, pasion y resurreccion de Cristo N. S. «algunos años, que es la vía iluminativa.» De las cuales palabras se deduce, que la «luz tan particular» de que habla al fin del número 1 del Memorial, no ha de referirse al «conocimiento de la mala vida,» etc., de que da cuenta al principio del mismo número, sino á lo que escribe luego «que le parecía que veía en espíritu que los tales coloquios bajaban del cielo á él,» etc. Estuvo, pues, unos seis años el Santo en Segovia, después que se recogió, tres antes que recibiese esta luz tan particular, y como otros tres después que la hubo recibido.

blemente en su corazon el amor de Dios y el dolor de haber ofendido á un Señor de infinita bondad: pues él mismo escribe (1) que, aunque eran amarguísimas y abundantes las lágrimas, pero « las derramaba con tanto consuelo, (como que salían, añade, del amor que había cobrado ya á su Dios, y de dolor de haberle ofendido), que se derretía en amor de Dios, y lágrimas y dolor de haberle ofendido, todo junto en un tiempo, tratando con Dios grandes coloquios de amor y de dolor de haberle ofendido, que le parecía que veía en espíritu claramente como que los tales coloquios bajaban del cielo á él, hiriendo su corazon de amor de Dios y de dolor de haberle ofendido, y él se los tornaba á él con grande amor retornado.» Advierte el Santo, que todavía estuvo en Segovia tres años después que Dios le dió esta luz tan particular.

Ayudóle á crecer en este amor de Dios y dolor de sus pecados un nuevo ejercicio que practicaban sus hermanas Juliana y Antonia; y era que además de rezar vocalmente el rosario, se detenían en piadosas consideraciones en cada uno de los misterios de Cristo Nuestro Señor y de la Santísima Virgen que en él se recuerdan. Esta era la oracion mental que por consejo de su director tenían las hermanas de Alonso, y de que en los ratos de espiritual conversacion que con su hermano tenían, le dieron conocimiento. No fué necesaria más exhortacion para que el devoto hermano pusiera en práctica la leccion recibida de sus santas hermanas. Y así empezó á considerar detenidamente los pasos de la vida, pasion y resurreccion de Cristo N. S. por el orden

(1) Memorial, núm. 1.

con que en los quince misterios del santo rosario se contienen. Y aunque en todos ellos hallaba pasto sabroso y abundante para su espíritu; pero de un modo particular (1) « en el discurso de los misterios de la pasion de Cristo N. S. tenía tanta entrada, y tan grandes visitas y aprovechamiento, y tan grande compasion de los trabajos de Cristo, que tuvo por bien entregarse más en este ejercicio de la pasion que no en los otros.» Movíanle particularmente « el paso del *Ecce Homo*, el de la cruz á cuestras cuando llevaban á nuestro Redentor con pregon y vocería á crucificar; y tambien cuando se vieron en el camino el Hijo y la Madre, y se miró el uno al otro; y el misterio cuando le enclavaron en la cruz y lo levantaron en alto, y lo que allí pasó la Madre y el Hijo; tambien el descendimiento del Señor, y cómo le recibió su bendita Madre, y lo que pasaría con él.»

Poníase delante de Cristo Nuestro Señor crucificado (2), echando la vista de su entendimiento y consideracion en él, mirándole desde los pies hasta la cabeza cuál estaba lleno de llagas y tormentos y lo mucho que este Señor por sus pecados padecía, considerándole puesto en la cruz, lleno de dolores y tormentos, corriendo sangre por todas partes de su bendito cuerpo, coronado de una corona de espinas y enclavado en la cruz: y después de haberle visto tan afeado y llagado, y corriendo sangre por sus pecados, hablaba con él con grande humildad y reverencia de esta manera: «¿Qué es la causa, dulce Jesús y Dios mío, de esos tantos trabajos que padeces? ¿Qué es la causa, amado mío y

(1) Memorial, núm. 3.

(2) Tomo III, pág. 364.

Señor mío, por que tengas esa corona de espinas en tu santa cabeza, que tanto te atormenta y te da tantos y tan grandes dolores? ¿Qué es la causa, amores de mi alma, por que lloras con tanta abundancia de lágrimas en esa cruz? ¿Qué es la causa, Dios de mi corazon, por que esa vuestra bendita boca está tan amargada de hiel y vinagre? ¿Qué es la causa, Señor de mis entrañas, por que vuestro sacrosanto rostro está tan afeado y amarillito, siendo alegría de los ángeles? ¿Qué es la causa, rey del cielo, por que vuestros oídos están tan atormentados y bañados en sangre, y vuestra nariz tan afilada y perdida la color? ¿Qué es la causa, Dios de mi alma, por que vuestras santas manos están con tan grandes dolores enclavadas en la cruz? ¿Qué es la causa, amado mío de mi alma, por que vuestro santo costado y Corazon esté abierto y herido con la lanza? ¿Qué es la causa, Hijo del eterno Padre, por que vuestros santos pies están tan atormentados y enclavados con tan gran crueldad en esa cruz? ¿Qué es la causa, santísimo Jesús, por que vuestro santo cuerpo esté todo hecho una llaga y lleno de tormentos desde los pies hasta la cabeza? ¿Qué es la causa, amores de mi alma, por que así estáis tan desamparado de todo consuelo divino y humano en esa cruz, siendo vos el consolador de los desconsolados? ¿Qué es la causa, espejo en que yo me miro, por que así os blasfeman y deshonoran los judíos, siendo vos Dios verdadero y bondad infinita? ¿Qué es la causa, lumbre de mis ojos, por que así os tengan á la vergüenza desnudo en esa cruz? Respondedme á estas preguntas que os he hecho, Dios mío y Señor mío.»

He aquí la respuesta que el Salvador Cristo Jesús daba al alma de su devoto siervo:

«Escúchame, pues, alma querida, que sin hablar te responderé allá dentro de tu corazón. Sabrás que tú eres la causa de todos estos trabajos que padezco, porque tú me has parado tal cual me ves. Tú me has coronado de espinas y puesto en esta cruz con tus pecados; tú eres el que me has dado á beber hiel y vinagre; tú eres la causa de mis muchas lágrimas; tú me has enclavado en la cruz; tú me has alanceado con tus pecados; tú me has afeado y azotado y atormentado y escupido y deshonrado; por tu causa lloro y padezco: tuya es la culpa, y yo tomo sobre mí la pena que tú merecías.»

«Considera, pues, alma querida, los muchos males que me has hecho, siendo yo tu Criador y tu Señor; pues me has puesto de la manera que me ves. Considera qué merece, quien así me pára, para que llores tus pecados y alcances perdon de ellos. Considera tu gran maldad, crueldad y desamor y desagradecimiento, y mi tan grande amor para contigo. ¡Que así hayas parado á tu Dios, á tu Señor, á tu Rey, á tu Criador y á tu Salvador, al que te ha hecho tantos bienes y mercedes!»

«Mírame, pues, bien desde los pies hasta la cabeza en esta cruz, para que conozcas tu maldad, tus pecados, tus desagradecimientos. Lloro, pues, amargamente el gran mal que has hecho y cometido contra tu Dios y Señor. ¡Que así haya puesto la criatura á su Criador, y que así le haya tratado tan desvergonzadamente con tan gran crueldad! ¡O desventura! ¡O crueldad nunca vista ni oída! ¡O maldad tan grande, que hasta ahí pudo llegar, á poner las manos en su Señor, y con todo, que no te aborrezca, sino que te esté esperando, los brazos abiertos para con grande amor recibirte, si te vuelves á él, pidiéndole perdon de corazón!»

«Pues ¿quién no muere de amor, se decía, de un tan buen Dios? ¿Quién no se consume de dolor y pena de haberle ofendido? ¿Quién no llora de noche y de día sus pecados, dando voces y clamores interiores del corazón á las puertas de su misericordia, pidiendo de tantos males perdon?»

Y echado y postrado á los pies de Cristo, le hablaba de esta manera, mirándole á él y mirándose á sí:

«¡Que tú, Dios mío y Señor mío, llores y derrames tantas lágrimas en esa cruz por mí, y que yo te haya puesto de esa manera, y te haya sido tan desleal! ¡O amado mío y querido mío! ¡O Señor de mi corazón, que á tanto haya llegado mi maldad! O Hijo del Eterno Padre y telas de mi corazón, ¿por qué te has puesto en esa cruz? O gloria mía y sabiduría del Padre, o amado de mi alma, o Dios de mis entrañas y Señor mío, o querido de mi alma y deseo de mi corazón, o lumbre de mis ojos y rey de gloria, ¿cómo he sido tan desvergonzado y atrevido contra vos y tan cruel? Perdonadme, Redentor de mi alma, y gloria mía, y todo mi bien, que á mí me pesa de todo corazón de haberos así puesto con mis grandes y muchos pecados. Piedad, mi dulce Jesús; tened misericordia de mí, Señor, tened misericordia de mí. Tarde te conocí y á tí me volví, amores de mi alma. ¿Por qué te he dejado tantas veces, Señor mío? ¿Por qué te he vuelto las espaldas tantas veces, espejo en que yo me miro? ¿Por qué te he ofendido tanto tiempo y te he sido tan desleal? ¡O telas de mi corazón! ¡O amado de mi alma! ¡O querido mío y Señor mío! ¡O todo mi bien y alegría! ¿Qué diré? ¿qué hablaré? ¿qué confesaré delante de tí sino la verdad, diciendo: Pequé, lumbre de mis ojos, contra el cielo y contra tí, no soy digno de llamarme hijo tuyo?»

«¡O Dios mío y Señor mío! ¡que á tí te haya yo tratado de esa manera, mi Señor! ¡Que tan mala paga y tantos malos servicios haya yo hecho al que á mí me ha hecho tantos bienes y mercedes! ¡Que así haya tratado la criatura al Criador! ¡Cómo, alma mía, no te consumes y deshaces de lágrimas de dolor de haber ofendido á tu Dios y Señor? Derribate y échate á sus pies y dile: vésme aquí, Dios mío, haz de mí á tu voluntad, que de eso me gozaré yo; porque no puede ser sino bueno todo lo que tú hicieres de mí; que á mí me pesa de haberte ofendido de entrañas y de corazón.»

Estos eran los coloquios de amor y de dolor que tenía Alonso con Jesús crucificado: y tal fué el don de lágrimas que por este tiempo comunicó el cielo al fervoroso penitente, que cual otro Pedro, todo el día andaba llorando, sin poderse contener, tanto en su casa, como fuera de ella cuando andaba por la ciudad; y del continuo y copioso llanto tenía inflamados los ojos, quemados los lagrimales, y abiertos en ellos unos á manera de surcos, por donde manaban las lágrimas. Así lo depusieron en el proceso de beatificación y canonización del siervo de Dios (1) ocho testigos de vista, que trataron á Alonso en Segovia por este tiempo.

Tal era la materia predilecta de las meditaciones de Alonso: para esta oracion tomaba dos horas cada mañana y un cuarto de hora para dar gracias, después de lo cual oía misa; otro tanto tiempo daba por la tarde á la oracion y á la contemplacion de Cristo crucificado: y penetrábase tan vivamente de la luz que en la oracion retirada recibía, que, como él mismo dice, continuamen-

(1) *Responsio ad noviss. animadv.* § 2.

te entre día andaba tratando con su Dios con fervoroso espíritu. Este espíritu de oracion avivó más y más en Alonso el de la mortificacion. Vistióse un áspero cilicio que le ceñía el cuerpo desde el cuello y hombros hasta más abajo de la cintura por detrás y por delante; porque no le sufría el corazon ver el cuerpo de su amado Jesús cubierto de dolores desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, y el suyo propio careciendo de ellos. Con lo cual se iba disponiendo aquella bendita alma para recibir nuevos y más aventajados favores de su amado. Guiado por el Espíritu de Dios, (que él por sí no lo supiera, ni aun cayera en la cuenta del camino por donde Dios le quería llevar) después que en el paso del misterio se había ejercitado con discursos para sentirle bien, cesaba el discurso; y enardecido en el amor de Cristo, cebábase su alma en este Señor, contemplando lo que padecía por ella; y herida de amor, el Señor la metía dentro de su Corazon sacratísimo, en donde le comunicaba grandes secretos de su pasion y de los muchos y grandes trabajos que por ella pasaba (1).

Pues ¿quién sabrá decir, exclama Alonso, ni declarar lo que le comunicaba de sus virtudes y cosas espirituales? Dábale á sentir en sí mismo, no solamente en el alma, sino tambien en el cuerpo, sus trabajos; de tal manera que desde los pies hasta la cabeza se sentía Alonso estar crucificado con Cristo, comunicándole el Señor de sus trabajos, que sentía él en sí realmente con grandes abrasamientos de divino amor; y con aquella comunicacion y con la vehemencia de este amor quedaba su alma estrechamente unida con Cristo crucificado, y transfor-

(1) Memorial, núm. 3.

mada y transfigurada en él. Á este grado tan subido y excelente de comunicacion con Dios fué levantado Alonso en los primeros años de su conversion. Con tan soberanos favores quería Dios adormecer y extinguir en aquella alma todo el amor de las cosas del mundo, y atraerla á sí para que se emplease únicamente en su santo servicio (1).

(1) Véase el Apéndice, núm. 3.





CAPÍTULO VII

REVÉLALE DIOS LA SUBLEVACION DE LOS MORISCOS DE LAS ALPUJARRAS.—EN UNA VISION LE MUESTRA LAS HORRENDAS TENTACIONES QUE ENTRADO EN LA COMPAÑÍA HABÍA DE PADECER

1568

EL considerar Alonso cuán olvidados viven los hombres de los grandes tesoros encerrados en el conocimiento de las verdades eternas y de Cristo crucificado y muriendo de amor por ellos, sentía encenderse en su pecho un celo vehemente de la salvacion de los prójimos, celo que le impelía á rogar fervorosamente por ellos y á suplir con oraciones lo que su condicion de seglar y de hombre sin letras le impedía hacer con obras apostólicas. Oraba con crecido afecto un día del año 1568 encomendando á Dios las necesidades de la universal Iglesia y en particular las de España, y después de su oracion, se fué á descansar, fijo su pensamiento en la materia que acababa de tratar en la oracion (1). Estando ya durmiendo muy entrada la noche, mostróle Dios en sueños numerosas cuadrillas de

(1) Memorial, núm. 59.

hombres armados, que discurriendo por el reino de Granada, cuyas ciudades había en otro tiempo recorrido Alonso, andaban con grandes disensiones y revueltas, y unos con otros como que se mataban ó andaban buscándose para matarse. Fué luégo llevado en espíritu á un templo anchuroso y capaz, y entrando en él, vió dos grandes bestias de extraña corpulencia, que estaban con las cabezas encima del altar como cuando están comiendo en el pesebre, como que el altar les servía de pesebre. Lastimóle sobremanera tan triste espectáculo, mayormente cuando alzando los ojos y fijándolos en el retablo del altar, vió en él una imagen de nuestra Señora la Virgen María, de bulto, grande y de extraña hermosura y devocion; y comenzó á llorar amargamente la desolacion de la casa de Dios, el agravio hecho á su Señora y amada Madre, y la destruccion de aquel reino, y tomó á su cargo aplacar la ira del Señor con oraciones continuas y ásperas penitencias. No le dió por entonces el Señor conocimiento claro de lo que aquella vision significaba, hasta que al cabo de dos años se lo dieron los graves sucesos que tuvieron lugar en las Alpujarras, en donde se rebelaron los moriscos, deseosos de sacudir el yugo de las severas leyes que para reprimir su natural inquieto é indómito se vió forzado á imponerles el Rey D. Felipe II. Y si bien á los principios se tuvo en poco aquella sublevacion, mas después tomó tales proporciones, que puso en cuidado al Rey más poderoso del mundo, y dió harto que entender á sus más hábiles ministros y esforzados capitanes. El Rey en persona se trasladó á Córdoba, puso al frente de sus tropas á sus más acreditados guerreros, y el prestigio de D. Juan de Austria y las disensiones surgidas entre los rebeldes pusieron fin á la sublevacion á fines de 1570.

Lo representado en la profanacion del templo fué desgraciadamente tanta verdad, que en algunos lugares aportillaron aquellos apóstatas las iglesias, rompieron los retablos y las pilas bautismales, derramaron por el suelo el óleo santo, pisotearon con sus inmundos pies las formas consagradas, limpiaron en los corporales las espaldas teñidas en sangre cristiana, que en grande copia sacrílegamente habían vertido; pues fueron más de tres mil los mártires, á quienes por la fe de Cristo quitaron los rebeldes la vida con exquisitos géneros de tormentos. Porque á unos abrieron por en medio y los quemaron vivos; á otros, cubiertos de pez y otras materias combustibles, los asaron al fuego y los ahorcaron; á otros sujetaron á mucho más terribles tormentos para saciar su sed de venganza y apagar con la sangre de cristianos el odio que contra la ley de Cristo encerraban en sus corazones. En fin, en todas las Alpujarras y en Sierra Nevada, donde aquellos foragidos habitaban, apenas quedó cristiano á quien no persiguiesen, ni templo, vaso y vestidura sagrada que no profanasen, ni lugar en donde no ejercitasen crueldades tan inauditas, que con razon las lloró amargamente Alonso clamando á Dios por el remedio. Oyó el Señor á su afligido siervo, y con la gloriosa victoria, con que coronó los esfuerzos de los cristianos, quedó Andalucía, y en especial Granada, limpia de gente tan perniciosa y abominable.

La vision que acabamos de referir fué de peleas y de victorias ajenas; con la que se sigue quiso Dios apercibirle para las propias (1). Vió una noche en sueños que sobre sí, en el aire, en una como isleta á la altura de

(1) Memorial, núm. 19.

una grande torre, se juntaba gran multitud de pájaros negros del tamaño de tordos, tan apiñados que formaban como una nube muy espesa y oscura: venía luégo sobre ellos otro pájaro lindo y hermoso, del tamaño de una paloma grande, el cual traía en el pecho escrito con letras de plata el nombre de Jesús con estas tres letras: *I H S*. Esta hermosa ave se arrojó en medio de los pájaros negros, y con sus uñas despedazaba á los que estaban junto á ella: y era tan grande el destrozo que hacía en ellos, que los pedazos de estos caían en gran multitud por el aire; y como los otros vieron tan grande estrago, unos por una parte y otros por otra desampararon todos el campo, y se fueron precipitadamente. Luégo pasado un buen rato, tornaron los pájaros negros á juntarse en el mismo punto: vino segunda vez el ave hermosa con las letras de plata con el nombre de Jesús estampadas en el pecho, é hizo lo mismo que la primera vez, despedazándolos, hasta que todos huyeron. Mas fué tanta su pertinacia, que tercera vez, después de un buen rato volvieron los pájaros negros á juntarse; mas como se hubieron juntado, tornó el ave hermosa con el nombre de Jesús de plata en el pecho, desbaratándolos, y matando y despedazando muchos, hasta que huyeron y dejaron el campo, cayendo por él tantos pedazos de los muertos y destrozados, que parecía una lluvia de cabezas, alas y piernas.

Contó fielmente Alonso esta vision á su confesor, el cual consideradas todas las circunstancias del hecho, y no ignorando que Dios Nuestro Señor suele muchas veces representar en sueños á sus siervos por semejanzas y figuras las cosas por venir, interpretó este sueño, diciendo que por él se significaba que Alonso sería de la

Compañía de Jesús, que en ella padecería gravísimas tentaciones contra la castidad, y que saldría vencedor de ellas. Cuán verdadera fué esta interpretacion, se verá en el decurso de esta historia. El mismo Alonso, que por este tiempo no se curaba de penetrar el secreto que este sueño encerraba, algunos años después, comparando los hechos que en su persona tuvieron lugar con esta vision de los pájaros. «Parece, dijo (1), que estos pájaros negros significaban los demonios, que después me persiguieron para que perdiese la castidad; el pájaro hermoso, que traía en el pecho el nombre de Jesús, significaba al mismo Jesús; el estar esta hermosa ave en medio de ellos despedazándolos, significaba como este Señor había de pelear por mí y vencer á mis enemigos, guardándome de pecar, hasta alcanzar victoria de ellos; la plata de las letras del nombre de Jesús, que traía el ave escritas en el pecho, significa la castidad que en mi alma había de guardar Jesús, para que no la perdiese, porque no hay castidad segura, si Dios no la defiende.» Con esta declaracion atribuyó á Cristo, su capitan, la gloria de las victorias alcanzadas de los demonios sus enemigos, el tiempo que, como diremos, trajo guerra abierta con ellos.

(1) Memorial, núm. 19.





CAPÍTULO VIII

PIDE ALONSO LA COMPAÑÍA, Y NO ES ADMITIDO.—PASA Á VALENCIA, EN DONDE POR CONSEJO DEL P. SANTANDER SE DEDICA Á LOS ESTUDIOS

1569-1570

LUEGO que á los primeros golpes de la adversidad cayó Alonso en la cuenta de cuán vanos y delezna- bles son los bienes de este mundo, empezó á sentir en su corazon impulsos de emplear su vida toda en granjear las riquezas celestiales, que conocía ser las únicas durables é imperecederas, sólidas y macizas, y dignas de que en atesorarlas se ocupe el corazon humano. Crecía en él esta inclinacion á medida que se aumentaba en su mente el conocimiento de las miserias del mundo y el de la grandeza de los bienes eternos. Ahora ilustrado con la vision de que se acaba de hablar en el capítulo pasado, ya no dudó de que era tiempo de poner por obra su antiguo pensamiento. Su humildad le hacía creerse indigno de la dicha de formar parte de una Compañía, á la cual se sentía vivamente inclinado. La memoria de los primeros maestros que cultivaron su espíritu en la niñez, las grandes virtudes que veía resplandecer en los moradores del Colegio de Segovia, y

mayormente los dones de Dios que acababa de admirar en su director el P. Santander, eran como otras tantas voces, que si bien por una parte le parecía que le invitaban á la imitacion de tan ilustres ejemplos, por otra le repelían como diciéndole: «¿Cómo has de atreverte á vivir en compañía de tales santos? ¿No sería esto querer oscurecer con tus tibiezas é imperfecciones el esplendor de tantas virtudes como brillan en estos varones de Dios?»

En esta lucha entre el impulso interior hacia la Compañía y las voces de la humildad que le hacía considerarse indignísimo de ella, animáronle á dar los primeros pasos en su pretension aquellas palabras que había pronunciado el P. Martinez después de oído el relato de su última vision: «Esto significa que Alonso será de la Compañía.» Determinado, pues, á probar fortuna, con la aprobacion de su confesor, pidió formalmente el ser recibido en ella. Si su admision hubiese dependido exclusivamente del P. Martinez, conocedor de la vision tenida por Alonso é intérprete de ella, no es de creer que hubiese sido desatendida tan justa peticion. Pero negocio tan grave como es el decidir si una vocacion al estado religioso es en verdad inspiracion de Dios ó veleidad del hombre, no se confía en la Compañía á uno solo, siquiera sea el más discreto y de más experiencia en estas cosas tan delicadas, sino que se encomienda á cuatro personas de las más autorizadas, para que se trate tan importante asunto con toda la madurez y consejo que requiere. Examinado Alonso por los Padres que en el Colegio estaban nombrados para este oficio, tuvo que oír la sentencia que él tanto se temía. Su falta de letras y su edad de 38 años, demasiado avanzada para adquirirlas

con el estudio, le hacían inepto para la dignidad sacerdotal, y por consiguiente para el ejercicio de los ministerios espirituales propios del Instituto de la Compañía: la debilidad de sus fuerzas, enflaquecidas con las penitencias y austeridades y por la continua contemplacion de las cosas celestiales, le imposibilitaban para los trabajos domésticos, en que se ocupan los Hermanos Coadjutores. Todo esto lo reconocía Alonso; y esta conviccion unida á su humildad, que le hacía tenerse por indigno de tal gracia, le tranquilizaron, y le quitaron todo pensamiento de insistir de nuevo en su demanda.

Pero tenía formada la resolucion de abandonar el mundo, y en ella jamás titubeó un punto: la única dificultad consistía en saber qué género de vida había de abrazar para servir en ella con toda perfeccion á Dios Nuestro Señor. Da cuenta á sus hermanos, y en particular á Juliana y Antonia, del propósito que había concebido de desatarse de todo lazo de familia y de todo cuidado de cosas temporales: díceles que es ya llegado el tiempo de ponerlo por obra; que no sabe todavía qué género de vida particular abrazará; que se dirigirá á Valencia á comunicar sus deseos con el antiguo director de su espíritu, para guiarse por su direccion y consejo; que cuando con el P. Santander haya resuelto acerca del particular, se lo notificará; entretanto que rueguen á Dios dirija sus pasos y que continúen las dos hermanas en el recogimiento y en el servicio de Dios, como hasta ahora habían perseverado, hasta que vuelvan á juntarse en el cielo, para nunca jamás separarse por toda la eternidad. Sin dificultad se comprenderá la profunda impresion que hubo de causar este razonamiento de Alonso en el corazon de sus dos hermanas: iban á quedarse las

pobres sin arrimo humano en este mundo, privadas de la compañía del que toda su vida habían reconocido como á padre, y ahora tenían por maestro en la vida espiritual y por estímulo para correr por ella con los admirables ejemplos que de continuo en él veían. Hicieron por amor de Dios tan penoso sacrificio, y se entregaron con nuevo fervor en brazos de la divina Providencia. Hizo en ellas Alonso cesion solemne de todo lo que tenía, reservando solamente para sí un modesto viático, y puestas en orden las demás cosas de la casa, salió de ella y de su patria, hecho pobre por Cristo, en busca del Padre Santander, y en direccion á Valencia. Todo esto pasaba á principios del año de 1559 ó á fines de 1558.

Llegado al término de su viaje, vase en derechura al Colegio de la Compañía, pregunta por el P. Rector, y pide para avistarse con él. No poco sorprendido quedó el P. Santander al ver á su antiguo penitente Alonso en Valencia, no pudiendo adivinar la causa que á emprender tan largo viaje le había movido, aunque sí sospechando en él algun intento propio de su fervor y del vehemente deseo de servir á Dios y de santificarse, que tantas veces había advertido en él los largos años que le trató en Segovia. Dióle cuenta Alonso de lo que le había acontecido en el último año desde que se habían separado, especialmente de la vision de los pájaros negros, de cómo el P. Martinez se la había interpretado de su vocacion á la Compañía, del resultado poco favorable de su peticion de ser recibido en ella, de cómo al ver cerrada esta puerta, había determinado servir á Dios lejos de su patria y de su familia; que para proceder en todo con la debida direccion y acierto había venido á consultar al que era tan conocedor de su espíritu, y por

lo tanto podría aconsejarle con conocimiento de causa lo que le convenía. Holgóse el Padre de entender los buenos deseos de Alonso, y mucho más de que antes de ejecutarlos, buscase con tanta solicitud quien le enderazase por el nuevo camino, tanto más expuesto á engaños, ó á rodeos por lo menos, cuanto son mayores los bríos del inexperto caminante, si le falta guía segura y experimentada que le encamine. Díjole que él encomendaría á Dios aquel negocio, y encargó á Alonso que hiciese otro tanto, para que el Señor le iluminase sobre la resolucion que se hubiese de tomar.

El relato que le hizo Alonso de su última vision, y la interpretacion del P. Martinez, que tambien á él parecía obvia y natural, casi no le permitían dudar de ser cosa de Dios la vocacion de Alonso á la Compañía. Por otra parte los soberanos favores con que el cielo había regalado á aquella alma privilegiada, el alto don de oracion y el ejercicio de las sólidas virtudes que en Alonso había reconocido los años que le trató en Segovia, y por fin las dotes naturales de recto juicio y experiencia de las cosas, de que había dado muestra todo el tiempo que estuvo al frente de su familia, le inducían á esperar que en la Compañía podría ser si no hombre eminente en letras, pero sí operario celoso que trabajase en bien de las almas, supliendo abundantemente con su santidad la falta de ciencia, que segun lo avanzado de su edad no podía adquirir. Creyó, pues, que debía Alonso estudiar lo preciso para estar en disposicion de recibir las sagradas órdenes, y una vez ordenado de presbítero, ocuparse en los ministerios con los prójimos, sea como sacerdote seglar, sea entrando en la Compañía de Jesús, conforme él deseaba, pues su admision no dejaría de facilitar-

sele una vez estuviese revestido de la dignidad sacerdotal. Comunicó este su parecer con Alonso, el cual se rindió con toda humildad y sujecion al consejo del Padre Santander: y ya no pensó en otra cosa más que en ponerlo por obra, empezando para ello de nuevo el estudio de la gramática, que cuando niño le fué necesario interrumpir por la muerte de su padre. No fueron pocas sin embargo ni de poco momento las dificultades que para ejecutar este propósito se le ofrecían. El haber hecho cesion de sus bienes antes de salir de su casa, le privaba de los medios de subsistencia en los años de sus estudios. El tener que asistir á clase juntamente con los niños gramáticos un hombre de treinta y ocho años, ya poco menos que inhábil para los ejercicios de aquel estudio propio de la edad infantil, naturalmente se le había de hacer duro de llevar. Pero todo lo venció la fuerza de voluntad de que Alonso se hallaba dotado; y la esperanza, siquiera lejana, de poder entrar en la Compañía, todo se lo dulcificaba. Sustentóse al principio por espacio de algunos meses de la limosna que recogía de algunas familias y de los conventos.

El P. José Ramohí en carta de 16 Diciembre de 1618 escrita desde Valencia al P. Marimon, Rector de Mallorca, hablando del P. Pedro Juste, que á la sazón lo era del de Valencia, dice: «Solo se acuerda de cuando el Hermano Alonso pedía la Compañía, y que él algunas veces le dió limosna, que se solía dar en nuestro Colegio, algo mayor de la que se daba á los demás estudiantes pobres, por su mucha virtud, devocion y recogimiento. Era entonces estudiante teólogo en este Colegio» (de Valencia). Más tarde se le buscó y halló colocacion en una casa particular.

Vivía en Valencia un honrado mercader, llamado Hernando de Conchillos, el cual tenía un hijo y una hija de tierna edad, cuya educacion cristiana deseaba sobremanera. Era amigo del P. Santander, y con él había tratado este asunto, que como á buen padre le preocupaba. Propúsole el Padre á Alonso para acompañar á su hijo á la escuela y dar lecciones de leer y escribir á su hija: y en vista de los elogios que de su virtud y prudencia le hizo, aceptó el caballero la propuesta del Padre Santander. Fuése, pues, Alonso á vivir en casa de D. Hernando, y á encargarse de la educacion de sus dos hijos; y aprovechó la ocasion de ejercitar su celo con aquellas almas inocentes, enseñándoles el santo temor de Dios y la práctica de las virtudes cristianas, en las cuales con las exhortaciones de su maestro, y mucho más con el continuo ejemplo que de él recibían, echaron tan sólidos fundamentos, que siendo de más edad, ambos abandonaron el mundo, entraron en religion, vivieron en ella una vida muy ejemplar, y murieron en opinion de santidad. Tambien estuvo un tiempo en casa de la Sra. Marquesa de Terranova por ayo de su hijo D. Luis de Mendoza. Con estas ocupaciones juntaba el cuidado de sus estudios, repasando la gramática y aprendiendo algo de retórica, y de continuar los ejercicios de oracion, de penitencia y de devocion que había comenzado en Segovia, añadiéndose ahora los de la humildad y paciencia: porque algunos muchachos libres y traviesos, más diferentes de él en los intentos y condicion que en la edad, hacían continuamente burla de él, al verle tan entrado en años ocuparse en estudios de niños; sin que fuese parte para contenerles su modesto porte y aspecto venerable, que componía á los más sensatos y se hacía respetar de ellos.



CAPÍTULO IX

EL DEMONIO EN FIGURA DE ESTUDIANTE Y DE ERMITAÑO
QUIERE ENGAÑARLE.—NOTICIA DE LA VILLA Y ERMITAS
DE SAN MATEO.—HÁCELE CONOCER EL ENGAÑO EL PA-
DRE SANTANDER.—ES ADMITIDO EN LA COMPAÑÍA POR
EL PADRE ANTONIO CORDESES

1570

DOR este tiempo en que proseguía estudiando en Valencia, el enemigo de las almas, cual si sintiese la guerra que Alonso le había de hacer, si al cabo lograba ó verse ordenado de sacerdote, ó recibido en la Compañía como él tan de veras deseaba, le armó un lazo tanto más peligroso, cuanto más oculto estaba bajo las apariencias de virtud.

Arrimóse á Alonso un estudiante sumamente parecido á él en todo lo que con los ojos del cuerpo podía verse. Era una misma la edad de entrambos, unos mismos los estudios, igual el adelanto que en ellos hacían, frecuentaban la misma clase; en la modestia y compostura exterior el uno parecía espejo del otro, ambos eran estudiantes pobres, ambos vestían un traje acomodado á su condicion. Tanta semejanza entre los dos y tanta desemejanza entre ellos y los demás condiscípulos hizo

que Alonso y el otro estudiante naturalmente se juntasen y se tratasen; y creciendo con el trato el mutuo conocimiento, llegaron á trabar estrecha amistad. Comunicaban entre sí no solamente las cosas de sus estudios, sino tambien los intentos que en ellos tenían, los sucesos de su vida pasada, los planes que tenían para lo porvenir, las devociones que practicaban, la oracion que hacían, en una palabra, todos los secretos del alma, que solamente en el seno de una íntima, antigua y pura amistad suelen depositarse. Llegadas las vacaciones, desapareció el compañero y fué á parar á una villa del reino de Valencia, de la cual creo conveniente dar aquí alguna noticia.

Á veinte leguas de Valencia y á diez de Castellon de la Plana, se halla la villa de San Mateo, perteneciente en lo civil á la provincia de Castellon, y en lo eclesiástico á la diócesis de Tortosa, de cuya ciudad dista nueve leguas. Está situada en el extremo septentrional de un llano y alegre valle á la derecha de la rambla llamada de Cervera. Al abrir los cimientos para el engrandecimiento de la villa, después de rescatada del poder de los moros por el Rey D. Jaime I de Aragon, que la cedió á los templarios para que la poblasen, se encontró una lápida que tenía esculpida la imágen del Apóstol San Mateo, cuyo nombre desde entonces tomó la villa. En ella celebró su primer capítulo general la órden de Montesa en 1230, y el Rey D. Pedro IV de Aragon las cortes generales del reino de Valencia en 1369 y 1370, en las cuales se puso fin al cisma del antipapa Luna.

En las afueras de la villa se hallaban en otro tiempo siete ermitas, segun se lee en el acta de visita del Ilustrísimo Sr. Ros de Medrano, de fecha 18 de Agosto

de 1817, la más antigua que se encuentra en el archivo de la parroquia. De estas ermitas las tres no existen hoy, y estas son las llamadas de Santa María Magdalena, del Santo Sepulcro y de Santa Bárbara: de la de Santa Waldesca, distante media hora de la villa á la parte oriental, solo queda un espacio cerrado por cuatro paredes sin techo: consérvanse solamente la de S. Cristóbal, sita en el monte más elevado hacia el Oriente, distante de S. Mateo una hora; la de S. Bernabé, á hora y media al poniente en la llamada «Masía d' en Coll;» y finalmente la de S. Antonio Abad, situada en una montaña á tres cuartos de legua de la poblacion en la parte oriental. La de Sta. Bárbara y de S. Antonio tenían habitacion para ermitaño. En esta última vivía en 1584 un ermitaño, de nacion portugués, llamado Sebastian, el cual oyó varios sábados cómo un coro de ángeles cantaba la *Salve* á la Reina del cielo; y habiendo publicado este hecho maravilloso, practicadas las oportunas diligencias, fué hallada una imagen de Nuestra Señora escondida debajo del altar de S. Antonio. La novedad del hecho y las gracias obtenidas por la invocacion de Nuestra Señora de los Ángeles, dieron celebridad á la ermita, que muy pronto se vió transformada en un grande santuario con una bonita y espaciosa iglesia, cuyo precioso camarín está adornado de buenas pinturas, y con una casa capaz de hospedar á los muchos devotos que concurren al santuario, en donde hasta hoy se venera la imagen encontrada en aquel tiempo.

Volviendo ahora á nuestro Alonso, sucedióle que en tiempo de vacaciones del año 1570, el segundo de sus estudios, recibió del estudiante su amigo y confidente una cariñosa carta, en que le participaba cómo se había

ido á San Mateo á pasar aquellos meses que se concedían de tregua á sus trabajos literarios; y que para robustecer su espíritu, enflaquecido por la distraccion del estudio, se había retirado á una ermita distante de la poblacion, (que sería la de S. Antonio), en donde apartado del trato y comunicacion con los hombres, vacaba tranquilo á la oracion en aquella soledad. Terminaba la carta pintándole cuán á propósito sería para él aquel retiro, no solo para descansar de sus tareas escolares, sino tambien para gozar de las dulzuras del recogimiento, que sabía ser tan del gusto de su alma: así que le rogaba que se fuese allá con él á pasar algunos días para mutuo consuelo de los dos amigos. No fué necesario más para que Alonso aprovechase esta ocasion de ver á su compañero y tratar con él lo que en Valencia trataban: y obtenida licencia de sus amos, sin decir nada al P. Santander, sale de Valencia y se dirige á San Mateo.

Llegado á la ermita, recibióle el compañero con indelicibles muestras de alegría; ofrecióle hospedaje en la misma ermita en que él moraba, y procuró agasajarle con todas las demostraciones de cariño que puede hacer una buena voluntad privada de recursos materiales, que en aquel retiro y en un estudiante pobre ciertamente no abundaban. Pero lo que faltaba de regalos corporales se suplía con los del espíritu. Pasaban los días en ejercicios de devocion y pláticas espirituales, que era el alimento y el descanso más apetecido de Alonso. El tema de sus más ordinarias conversaciones eran las ventajas de la soledad y recogimiento; en lo cual mostró el nuevo ermitaño todo el vigor de su natural elocuencia, diciendo mil alabanzas de la vida eremítica, y procurando con suave artificio atraer á ella á su huésped y arnigo.

Ponderaba la tranquilidad que en ella se goza para darse sin estorbos al trato y comunicacion con Dios, y á los ejercicios de mortificacion y penitencia; poníale delante los ejemplos de los grandes santos y varones espirituales, que en el yermo, lejos del bullicio de las ciudades, habían llevado una vida más angélica que humana; encarecíale los peligros que trae consigo el trato con los prójimos, y cuánto impide la comunicacion con Dios y el ejercicio de la virtud; y decíale otras razones á este tenor: por remate de su plática le aconsejó que tomase para sí la otra ermita que allí cerca le había preparado, para que estando vecinos el uno al otro, pudiesen animarse mutuamente á la práctica de la virtud, y á perseverar en el nuevo género de vida que iban á emprender. Sería esta ermita la de Sta. Bárbara, única que con la de S. Antonio tenía habitacion para ermitaño, y solo distaba de esta un cuarto de hora.

Produjeron estas razones no pequeña perplejidad en el ánimo de Alonso, de suyo inclinado al recogimiento y á la soledad; mayormente considerando que ya su edad de cuarenta años no era para continuar los estudios, ni las obligaciones de servir en casa ajena á propósito para el retiro y tranquilidad que él buscaba. Mas considerando por otra parte que debía volver á Valencia, siquiera para despedirse de sus amos y agradecerles lo mucho que le habían favorecido, y mucho más aún para consultar á su confesor y padre espiritual, sin cuya direccion y consejo no se atrevía á tomar semejante resolucion, dijo á su compañero que deseaba antes practicar estas diligencias, y una vez practicadas, vería de volverse á la ermita. Satisfacíale á esto el compañero, diciéndole que después de tomado el hábito de ermitaño podría hacerlo;

pero Alonso firme en su propósito, quiso volverse. Insiste el ermitaño una y otra vez, importúnale, hácele fuerza para que se quede: entonces Alonso procuró escabullirse como pudo, y casi huyendo de la importunidad del amigo, se partió para Valencia, en donde su primer cuidado fué ir á dar al P. Santander conocimiento de todo lo sucedido: refirióle la batería que le habían dado, la perplejidad en que se vió, la traza con que se había escapado, y sin embargo acabó diciendo que llevado del amor á la soledad, estaba casi resuelto á volverse á la ermita. Muy sospechoso pareció al Padre el caso de Alonso. Á un hombre que hasta entonces aun en las cosas más mínimas é insignificantes no se atrevía á dar un paso sin el consejo de su director, verle ahora emprender aquel viaje sin su conocimiento, invitado por una persona ruda y de antecedentes algo misteriosos; el cambio obrado en Alonso, que con tanto ardor deseaba ser recibido en la Compañía, y actualmente se sentía atraído á un género de vida diametralmente opuesta á la que hasta ahora había pretendido, y que con señales extraordinarias había mostrado Dios ser su divina voluntad que emprendiese; finalmente el mismo carácter de Alonso, cuyo pulso tenía bien tomado el Padre, y sabía que su fervor necesitaba guía y freno, sin lo cual corría no poco peligro: todo esto fué para el P. Santander claro indicio de que era Alonso víctima inconsciente del engaño del enemigo de las almas. Oída, pues, la relacion del suceso, le dijo el Padre: «¿Cómo os habéis ido sin decirme nada?» Alonso por toda respuesta le dijo que se había de tornar allá. «Mucho me temo, dice, que no os perdáis.»—«¿Por qué?» preguntó Alonso conmovido. «Porque queréis hacer vuestra voluntad,»

respondió el Padre. Sintióse vivamente herido Alonso con estas últimas palabras, y tan trocado interiormente, que sin ser más en su mano, levantóse de la silla en que estaba sentado, se arrojó á los pies del Padre, y le dijo: «Desde ahora digo que no quiero hacer mi voluntad en todos los días de mi vida, y yo me pongo en manos de Vuestra Reverencia para que haga de mí á su voluntad.»

Declaróle el Padre los bienes que trae consigo la vida de comunidad y cuán perfectamente se ejercita en ella la abnegacion de la voluntad propia y del propio juicio; y Alonso conociendo el engaño en que había caído, instó por que se le recibiese sin demora siquiera en el grado de Coadjutor temporal, temeroso de ser otra vez engañado del enemigo, si tenía que emplear algunos años más en el estudio. Reflexionando luego sobre lo ocurrido, recordó que en todo el tiempo que había tratado con aquel su amigo, al parecer tan santo y en el exterior tan compuesto y edificante, nunca le había visto confesarse ni comulgar; consideraba cuán insensiblemente se había introducido en su corazon haciéndose en todo semejante á él, acomodándose á las buenas inclinaciones que sentía y á los santos deseos de su alma, pero que todo esto no había sido más que entrar con la de Alonso para salir con la suya. De aquí concibió un temor tan grande á los engaños de Satanás, que le duró toda la vida; y tanto más se le acrecentaba, cuanto eran más extraordinarios los muchos regalos y favores no comunes que del cielo recibía.

Temiendo el P. Santander los mismos peligros que Alonso, si había este de continuar algunos años más en los estudios, le recomendó que suplicase á la Santísima

Virgen le obtuviese de su Hijo el ser recibido en su Compañía. Hízolo Alonso con el fervor que puede suponerse, y sintió en su interior que había sido oída su oracion, y que era voluntad de Dios que entrase en la Compañía. Dió cuenta de esto al Padre, el cual determinó negociar inmediatamente la admision del pretendiente en ella. Dispuso la Providencia que mientras esto sucedía, esto es, en Enero de 1571, se hallase reunida en Valencia la congregacion de la provincia, y en ella el Padre Provincial Antonio Cordeses, uno de los primeros que en Barcelona entró en la Compañía, y uno de los más aventajados sujetos que tuvo en aquellos tiempos la Provincia de Aragon: gobernó varias Provincias de España con admirable prudencia y mansedumbre, y señalóse principalmente en el trato y comunicacion con Dios, tanto que más de una vez los que iban á tratar con él cosas tocantes á su oficio, le hallaron suspenso y arrobado en Dios y sin sentido para las cosas de la tierra. Presentó el P. Santander á Alonso al P. Provincial para que le declarase su pretension. Examinóle detenidamente el P. Cordeses, sondeó aquel espíritu extraordinario, y no tardó en reconocer la mano de Dios en los dones singulares de que se hallaba enriquecida aquella alma, y lo mucho que en ella había de obrar el Espíritu del Señor. Juntó luego los Padres de quienes se suele tomar parecer en semejantes ocasiones, los cuales, lo mismo que los de Segovia, hallaron dificultad en admitir para Coadjutor á un hombre de tan avanzada edad y de fuerzas tan extenuadas. Oído su parecer, dijo el Padre Cordeses: «Yo, Padres, he hablado con Alonso y examinado su vida y sus deseos: y en verdad que le tengo de recibir, porque entiendo que ha de servir mucho á la

Compañía, y ha de ilustrarla con sus ejemplos y virtudes.» Acataron los Padres la determinacion del P. Provincial, constándoles, como les constaba, que le asistía el Espíritu de Dios en semejantes ocasiones, por otros hechos análogos de personas tenidas por inhábiles para la Compañía, que admitidas en ella por el P. Cordeses, habían con los hechos demostrado lo acertado que estuvo el Padre al admitirlos, como ahora sucedió con Alonso.

No puede con palabras explicarse el gozo que inundó el corazon del candidato al comunicársele la noticia de su admision, por la cual tanto tiempo había suspirado. Cada día que se tardaba el cumplimiento de su deseo, le parecía un año, y no anhelaba otra cosa sino trasladarse al Colegio y dar principio á su noviciado. Empezólo por fin el día 31 de Enero de 1571. Pero la noche misma en que pasó á vivir en el Colegio, estando en su aposento, que daba á la calle y estaba poco levantado del nivel de ella, oyó á deshora que desde la calle golpeaban las puertas de la ventana: fué Alonso á ver quién llamaba, y no sin sorpresa vió que era su antiguo compañero, el ermitaño, que venía no ya manso y humilde, como antes, sino feroz y orgulloso, y á grandes voces y con no menor coraje empezó á darle en rostro con su infidelidad á la palabra que le había dado de volverse á la ermita á vivir en su compañía, y á afearle sus intentos de entrar en religion; y con esto le manda imperiosamente que al punto se vuelva con él á San Mateo. Como Alonso le vió á tal hora y con tales fieros, quedó no poco sorprendido y maravillado de tan extraña mudanza; y considerando que el ermitaño, aun cuando acertara á estar en Valencia aquella noche, no podía humanamente saber

lo que él tenía tratado, entendió que era el demonio el que antes en figura y traje de estudiante, y ahora en hábito de ermitaño, quería impedirle la entrada en la Compañía: y así sin responderle palabra, invocando el auxilio del cielo, cerró la ventana, y estuvo toda la noche con harto temor y sobresalto.





CAPÍTULO X

EMPIEZA EL NOVICIADO EN VALENCIA. — PASA Á MALLORCA. — BREVE NOTICIA DEL COLEGIO DE MONTESION. — VIRTUDES QUE EJERCITA DURANTE EL NOVICIADO

1571 - 1572

ENTRÓ, pues, Alonso en la Compañía de Jesús el día 31 de Enero de 1571, como hemos dicho, y empezó su noviciado en el Colegio de San Pablo de la ciudad de Valencia, y allí mismo lo continuó, como refiere el P. Juan Mateo Marimon, ó, como escribe el P. Francisco Colin, fué enviado al Colegio de Gandía, en donde entonces estaba el noviciado de la Provincia. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que al verse Alonso libre del impedimento de los estudios y del servicio de sus amos, y mayormente del peligro de caer en los lazos que le tendía con tanto disimulo el enemigo de la humana naturaleza; y al considerarse alistado ya en la milicia de su amado Jesús, cosa que con tanto anhelo había deseado, propuso con todas sus fuerzas corresponder á tan insigne beneficio, y trabajar con todo ahinco en la santificacion de su alma. Renovó los antiguos fervores de Segovia con tanta más facilidad, cuanto que lejos de hallar estorbo para ellos, todo

lo que ahora veía eran ejemplos de Padres y Hermanos que le ayudaban no solamente á continuar sus antiguos ejercicios de virtud, sino á perfeccionarse y crecer cada día más y más en ellos. Y dió tan buena cuenta de sí, que no acostumbrando los Superiores sacar del noviciado á los Hermanos antes de cumplidos los dos años ó á lo menos uno, al H. Alonso á los seis meses de novicio le creyeron bastante maduro y aprovechado en las virtudes para enviarlo á un Colegio, y á un Colegio que estaba en sus principios cuando son más frecuentes las ocasiones de ejercitar la pobreza, la humildad y la mortificación, y hay más peligro de que se enfríe el espíritu, por no estar todas las cosas en aquella sazón y con aquella disposición que exigen la observancia y la disciplina regular.

Diez años hacía que habían tomado asiento en la isla de Mallorca los Padres de la Compañía. La caridad de los mallorquines les había suministrado para lugar de su residencia unas casitas situadas junto á una capilla dedicada á la Presentación de la Santísima Virgen en el templo, que por esta causa se llamaba de Montesión: esta capilla era sumamente pequeña, pues no medía más que treinta y seis palmos de largo y otros tantos de ancho, con lo cual excusado es decir que no era suficientemente capaz para el ejercicio de los ministerios de la Compañía. Para ejercitar, pues, el de la predicación, érales forzoso á los Padres salir á otras iglesias de la ciudad: y para leer un curso de filosofía, que se empezó en 1562 y se terminó en 1565, fué necesario que el lector, P. Matías Borrás, tomase una cátedra de la Universidad. En 1568 entró á gobernar aquel Colegio el P. Bartolomé Coch, y desde luego comenzó á tratar de

dar al edificio forma de colegio, á fin de que en él se pudiesen tener las clases y ejercitarse los ministerios de confesar y predicar. Para lo primero ensanchó el primitivo local añadiéndole algunas casas contiguas, y con esta providencia pudo ya en 1570 abrir tres clases de gramática y retórica, que se vieron al momento frecuentadas por buen número de estudiantes. El año siguiente de 1571 emprendió la grandiosa fábrica del templo, que aún hoy día subsiste, confiando que la divina Providencia no dejaría de facilitar recursos para llevar á cabo la obra, como en efecto sucedió.

Tal era el estado del Colegio de Mallorca en el año de 1571, y á 10 de Agosto, día de San Lorenzo, del mismo año, como se lee en la Historia manuscrita del Colegio de Montesion, llegaron á él, enviados de Valencia por el P. Provincial Antonio Cordeses, los PP. Matías Borrásá (que terminado su curso de filosofía, había vuelto á tierra firme) y Bernardo Crespin, y el H. Alonso Rodriguez. Recibiéronle con singular consuelo los pocos Padres y Hermanos que allí residían, por la noticia que tuvieron de su religiosa y edificante vida, y como si presintiesen que aquel humilde Hermano Coadjutor había de ser la vida y el alma de aquella comunidad, y había de atraer sobre ella, y sobre la ciudad de Palma, y sobre toda la isla, las bendiciones del cielo; y él se dió bien pronto á conocer en el fervor con que se adelantó á los demás en la práctica de las virtudes religiosas.

Ocupáronle en los oficios domésticos propios de su grado: y en los tiempos que le quedaban libres, que eran muchos, por lo reducido de la comunidad, ayudaba á la fábrica de la iglesia, y acompañaba á los Padres cuando

salían de casa á ejercitar los ministerios. Estas eran sus ocupaciones exteriores: y cuanto eran ellas ordinarias y sin lustre alguno á los ojos de los hombres, tanto era extraordinario y de crecido mérito á los ojos de Dios el espíritu interior con que el fervoroso novicio las vivificaba y ennoblecía. Tenía muy fija en la memoria la palabra, que arrojado á los pies del P. Santander le había dado de no hacer jamás su propia voluntad en todos los días de su vida: y en cumplimiento de ella andaba con toda vigilancia para no perder ocasion alguna que se le ofreciese de negarla y sujetarla á la de otros. De aquí le nacía aquella gran solicitud en cumplir todas las reglas aun las que parecen más insignificantes, en rendir su voluntad á la de cualquiera, aunque no tuviese sobre él más que sombra de superior, y aun á sus iguales, acechándose siempre para que ninguno de sus propios quererese se cumpliese: y era en esto tan escrupuloso, que á los demás parecía nimiedad y como que naciese de un espíritu sobradamente apocado y tímido. No faltaría quien de una manera ú otra le diese á entender esta opinion que de él se tenía, arguyendo de tal manera de obrar en una persona de la edad y experiencia de las cosas del mundo que tenía el novicio, menos capacidad, y por lo mismo menor aptitud, para la religion que con tanto júbilo de su alma había abrazado. Unido esto al recuerdo de la negativa recibida en Segovia la primera vez que pidió la Compañía, y al de lo ocurrido en Valencia, donde no habían faltado tampoco dificultades para su admision, produjo en el fervoroso novicio serios temores de que le habían de despedir de la religion como sujeto inhábil para ella.

Fué sin duda este uno de los mayores aprietos en que

se vió Alonso. Dando en 1606 cuenta de las cosas que habían pasado por su espíritu (1), explica este suceso con las siguientes palabras: «Le ha acontecido á esta persona, que ha vivido algunos años con temor no le despidiesen de la Compañía; y pensando entre sí qué cosa le podría dar más pena en esta vida, halla que era el despedirle de la Compañía. Y como esta persona en sus trabajos acudiese á Dios á pedirle favor, viniéndole á la memoria si algunos no venían en que se quedase, y él desease tanto vivir en ella, vivió en estos temores pares de años: y acudió Dios á consolarle, oyendo una voz que decía: «Basta que lo quiera yo,» como quien dice: «Si todo el mundo lo contradijere, basta que lo quiera yo, para que se haga lo que yo quiero y no lo que ellos.» Y como esta persona estimase tanto el estar en la Compañía y (vivir en ella) mucho tiempo, ordenó Dios de cumplirle sus buenos deseos, porque ya ha más de treinta y cinco años que está en ella. Gloria sea al Señor. Lo mismo escribe en las memorias de 1607 y 1608: y en esta última reconoce la especial merced que le hacía el Señor en conservarle en la Compañía, siendo así que otros dos entrados juntamente con él no habían perseverado. Estos temores, que tanto angustiaban su corazón, eran también un continuo aguijón que le estimulaba á servir á Dios con toda fidelidad para no hacerse indigno de la gracia de la perseverancia en su vocación, cuya pérdida hubiera sido para él la mayor de las calamidades que le podían suceder en esta vida: aquí se redoblaba su solicitud en no cometer la más mínima falta en la observancia de las reglas y en las prescrip-

(1) Memorial, núm. 50.

ciones de los Superiores, y en abrazarse con todos los ejercicios de humildad, de mortificacion y de abnegacion de su propia voluntad y juicio, y de todas las demás virtudes religiosas.

Ayudábale á conservarse y á crecer cada día en el fervor la continua contemplacion de la pasion de Cristo nuestro Señor que había comenzado á tener en Segovia cuando estaba en su casa, y le había durado todo el tiempo que vivió en Valencia ocupado en sus estudios, y ahora ejercitaba en el noviciado en un grado más propio de un varon perfecto que de un principiante en la vida religiosa. ¿Á qué alteza de contemplacion no subiría en este tiempo aquella alma privilegiada, que en el bullicio del siglo, antes de resolverse á entrar en religion, estaba ya transfigurada y transformada en Cristo crucificado, participando de sus dolores y trabajos por la grandeza del amor en que se abrasaba? Cuán sólidos fuesen los fundamentos de todas las virtudes religiosas que echó en los dos años del noviciado, lo dan bien claramente á entender los rápidos progresos que en ellas hizo y el excelentísimo grado de perfeccion en que dentro de poco tiempo las poseyó. Bien convencido Alonso de que la soledad y recogimiento son medios eficacísimos para evitar las faltas y conservar la limpieza del alma, se impuso como ley inviolable el no salir de su cámara sino llamado por la obediencia, ó forzado por la necesidad, ó movido de la caridad: el andar vagueando por la casa y siendo testigo de lo que pasa en ella, tenía por cosa desedificante y propia de hombre que tiene poco cuidado de sí y que no teme ponerse á peligro de quebrantar el silencio con los que topa y de faltar á otras reglas. Cuando salía de su cámara, iba tan ocupado y embebido

en Dios como si no hubiese en todo lo criado más que Dios y él; de lo cual le procedía el andar con tan gran recogimiento interior y exterior, que era como un espejo de edificacion á todos.

Para esto en su retiro ya se apercibía, dando traza y órden cómo se había de haber al andar por fuera, para que ni hiriese ni fuese herido, ni cayese ni hiciese caer á otro. Allí trataba despacio con Dios, y aprendía de él (como discípulo de tan sabio maestro y que de tan buena gana enseña), cómo se había de conservar en la verdadera paz de los hijos de Dios, cómo había de vencer las tentaciones y á la astuta carne y al mundo con ella hasta llegar á ser señor de todos sus enemigos; cómo había de alcanzar las virtudes y desarraigar los vicios y dar contento á Dios; cómo había de alcanzar la humildad y la paciencia, sufriendo con gran caridad y amor las faltas de sus prójimos, y cómo finalmente alcanzaría en gran perfeccion el odio y aborrecimiento de sí mismo y el fino amor de Dios, que es la cumbre de la perfeccion. Así pertrechado, salía á lo que se le llamaba: y si veía en alguno algo que no le pareciese bien, procuraba él no hacerlo, por más que el demonio con pretexto de que siendo siervo de Dios el que aquello hacía, pretendiese inducirle á que hiciese lo mismo; y por el contrario, cuando en alguno veía alguna cosa que le agradaba, fijábala en su corazon y memoria para ver de alcanzarla, si carecía de ella: y como tenía tan limpios los ojos de su intencion, siempre veía en los demás cosas buenas con que medrar y aprovechar, y las tomaba de todos, y las plantaba en su alma para ponerla hermosa y que pareciese bien á los ojos de Dios, siéndole todas las cosas como estímulo para llevarle á lo bueno y apar-

tarle de lo malo. De aquí le venía aquella santa costumbre de mirar en cada uno de los de casa la virtud en que más resplandecía y de nombrarles por ella, diciendo (1): «Ya viene el humilde; ya viene el herido del amor de Dios; ya viene el que continuo asiste con Dios; ya viene el mortificado; ya viene el vencedor de sí mismo; ya viene el amador de los prójimos; ya viene el obediente; ya viene el paciente; ya viene el gran guardador del silencio y refrenador de su lengua; ya viene el que jamás enoja á nadie, y sufre á sus hermanos sus faltas, y no les reprende; ya viene el modesto en todas las cosas; ya viene el que á todos sirve y está sujeto, y no quiere ser servido; ya viene el llano y simple como paloma, y prudente como serpiente; ya viene el resignado; ya viene el abstinente; ya viene el que no hace caso de sí; ya viene el gran guardador de todas las reglas; ya viene el gran guardador de la pobreza; ya viene el casto y puro como ángel; ya viene el sosegado en el andar y en el hablar con grande consideracion; ya viene el que se fía de su Dios en todos sus trabajos y necesidades con grande seguridad; ya viene el que vive en viva fe; ya viene el pacífico; ya viene el prudente; ya viene el piadoso y compasivo; ya viene el que siempre vive en temor de Dios; ya viene el fuerte y gran vencedor de tentaciones y de todos los demonios, mundo y carne; ya viene el gran celador de la gloria y honra de Dios; ya viene el puro y limpio como ángel; ya viene el ángel de la tierra, que andando con el cuerpo en la tierra, todo lo demás trae con Dios en el cielo.»

»Y cuando veas venir alguno de tus Superiores, dirás:

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 448.

ya viene el abrasado del amor de Dios, el serafín; porque ellos siempre hacen con todos obras seráficas de gran caridad: y semejantemente, porque de esta manera todos con sus virtudes incitan y mueven á grande aprovechamiento á los que miran sus virtudes; particularmente á la gran caridad de sus santos Superiores, que siempre se ejercitan en obras de gran caridad, teniendo con tanta caridad y amor tan grande cuidado de sus súbditos para que sean santos y se salven, y á los cuerpos que no les falte nada de lo necesario, como padres con sus hijos muy queridos.»

»Siente, pues, de todos bien, y de tí mal, presentando delante de tí sus bienes, y deshaz sus males, si algunos vieres, excusándolos; y de tí deshaz tus bienes, no sabiendo si contentan á Dios, y crimina tus males, no declinando á desconfianza sino á menosprecio de tí, trayéndolos delante de tí para tener á los otros por buenos mirando sus virtudes, y á tí ten por malo viendo tus vicios, andando siempre encerrado y metido en la celda de tu conocimiento, y así verás en los otros bienes que alabar, y en tí males que llorar; y así á tus ojos serás tú malo, y los otros buenos, abajándote tú y levantando á los otros, y así creerás que todos son buenos y mejores que tú y que más agradan á Dios; y así cualquier cosa que vieres ú oyeres á personas de buena fama, pensarás que se hace con buena intencion, aunque parezca al contrario, porque muchas veces nuestro juicio se engaña, y así creerás bien y juzgarás bien de los otros, y de tí mal. Esto te ayudará para alcanzar grande humildad y grande paz, y no murmurarás de ninguno ni dirás mal sino de tí con verdad.» Hasta aquí Alonso.



CAPÍTULO XI

DE LAS ASPEREZAS CON QUE CASTIGABA SU CUERPO, Y
CÓMO BUSCABA EN TODAS LAS COSAS LA MORTIFICACION
DE SÍ MISMO

EN los capítulos pasados dijimos cómo desde el principio de su conversion castigaba Alonso su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios, lo cual practicado con aquel fervor de espíritu que el Señor le comunicaba en la contemplacion de su sagrada passion, fué no pequeña parte para debilitarle las fuerzas corporales hasta el punto de que por falta de ellas se le creyese incapaz de poder soportar los trabajos de la Compañía, en la cual pedía ser recibido. Ahora al verse ya dentro de ella, se le acrecentaron tanto los deseos de macerar su carne, que si no se los hubiese enfrenado y moderado la discrecion y prudencia de los Superiores, en poco tiempo hubiera acabado con su salud y su vida, ó hubiera Dios tenido que conservársela con un milagro no interrumpido. Aguijoneábale y prometíale fuerzas la continua contemplacion de su Señor crucificado, en que día y noche se ocupaba; y así excogitaba siempre nuevos modos de conformar su cuerpo con el de su Redentor, que veía colgado en una cruz, y cubierto de llagas y atormentado con indecibles dolores desde la planta

de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Prohibieronle los Superiores toda mortificación para la cual no se le hubiese concedido licencia; y Alonso hizo una lista de las que deseaba practicar, y la presentó al Superior. Quitó este de ella todo lo que le pareció excesivo é incompatible con sus débiles fuerzas y con el trabajo mental y corporal en que se ocupaba, y le mandó que al cabo de un mes se presentase de nuevo á pedir permiso para las que había de hacer el mes siguiente, y que así lo hiciese todos los meses. Fué tan constante en cumplir esta orden del Superior, que en todo el tiempo que vivió en la Compañía, siendo así que fué tan largo, ni una sola vez se olvidó de presentarse al principio de cada mes á renovar el permiso para hacer sus penitencias: y cuando por enfermedad estaba impedido de presentarse en persona al Superior para este efecto, enviaba al enfermero.

Hacia Alonso ya en su noviciado los actos de virtud con tal intensidad y tan grande esfuerzo, que parecían engendrar hábito, y hábito tal, que le había de durar todo el tiempo de su vida. En el ejercicio de muchas virtudes se nota esta eficaz y decidida voluntad, con que desde el principio de su vida religiosa lo emprendió; pues los propósitos que de practicarlas hizo en el noviciado, estos mismos conservó y puso por obra durante su prolongada vida, aunque tan llena de trabajos y enfermedades. En lo que ahora de su penitencia vamos tratando, se echa bien de ver el tesón con que la emprendió. Pocos meses antes de morir, siendo ya de ochenta y seis años de edad, y estando tan debilitado y sin fuerzas, que apenas las tenía para incorporarse en la cama cuando recibía en ella la sagrada comunión, no

dejaba de tomar las tres disciplinas que se le permitían: y ya que estas eran pocas para satisfacer los deseos de su corazón, pidió al Superior que le permitiese trocar el instrumento que usaba con otro más áspero; y se quejaba de los brazos, cuya flaqueza no le dejaba darse tan recio como él quisiera: y sin embargo, según testimonio del enfermero que le asistía y oyó algunas veces el ruido de la disciplina, era tal el rigor con que se azotaba, que se creyó obligado á dar de ello parte á los Superiores, para que moderasen su fervor. Lo mismo le sucedió en los ayunos. No había víspera de fiesta de la Virgen Nuestra Señora, que no enviase á pedir permiso para ayunar, aun estando muy enfermo, conforme á la santa costumbre que desde su primer año de noviciado había siempre conservado. Un año antes de morir, solo por darle algun alivio en los agudos dolores que padecía, tuvieron que concederle los Superiores que ayunase la víspera de Todos los Santos, por el grande y vehemente deseo que tenía de honrar á los cortesanos del cielo, como si presintiese que al año siguiente en aquel mismo día había de ser recibido por ellos en los eternos tabernáculos para vivir en su compañía una vida bienaventurada y sin fin.

Ya que no podía practicar todo el número de penitencias que necesitaba para satisfacer su hambre de atormentarse, procuró suplir la cortedad del número con la intensidad de los actos, y no dejar pasar ocasion alguna independiente de su voluntad que de afligirse se le presentase, recibiendo como gracia de Dios lo que sin faltar á la obediencia no podía él procurarse. Azotábase tan ásperamente, que los que oían el ruido de los golpes se creían obligados á avisar de ello á los Superiores: y

aunque él para no ser oído, buscaba para hacer sus penitencias lugar y tiempo tal, que se hallase libre de testigos, permitía Dios que casi nunca le faltasen, á fin de que pudiesen los Superiores estar enterados de lo que Alonso hacía, é irle á la mano. Para recuperar lo que por esta parte le parecía perder, se dió á tomar como penitencia las enfermedades mismas que padecía, los remedios (á veces más penosos que la misma enfermedad), que los médicos y enfermeros le mandaban tomar, las negligencias ó descuidos que en su servicio se hacían, y otras cosas por este tenor. Al principio atormentaba su cuerpo para hacerse viva imagen de Cristo atormentado: más adelante, cuando Dios le metió en el abismo del propio conocimiento, se vió tal y concibió contra su cuerpo un odio y aborrecimiento tan entrañable, que le perseguía como á su mortal enemigo y merecedor de todo maltratamiento. Cuando las moscas, mosquitos, pulgas y otros animalejos le molestaban, lejos de echarlos de sí, se gozaba de que le ayudasen á vengarse de su tan odiado enemigo. Cuando el frío en invierno y el calor en verano le causaban incomodidad, no tomaba reparos contra ellos, antes alegrábase y recibía aquel tormento como venido de la mano de Dios, que compadecido de la necesidad que sentía Alonso de vengarse de sí mismo, le daba medios de hacer lo que le negaban los Superiores. Con este afán iba en busca de ocasiones de padecer cosas adversas y repugnantes á la sensualidad, con mucha mayor solicitud que los hombres inmortificados y aníantes de su regalo huyen todo lo que les puede causar molestia y enfado, y buscan lo que les puede dar alivio y placer.

De este deseo de mortificarse y perseguirse le nació

aquella guerra que desde el noviciado declaró á todos los sentidos de su cuerpo, que consideraba como otras tantas puertas abiertas al enemigo de su alma para entrar por ellas y arrastrarla á la perdicion. Empezó esta lucha en el noviciado con su acostumbrado fervor, y no solo no se entibió en él en ningun tiempo, sino que creció todos los días de su vida hasta el de su gloriosa y santa muerte. Reuniré aquí los hechos más señalados de toda su vida, para que vistos en su conjunto den mejor á conocer la firmeza con que propuso en el noviciado la total mortificacion de sí mismo, y la constancia con que procuró poner por obra toda su vida, lo que propuso y practicó en el noviciado. «Iba siempre el Hermano Alonso, dice el P. Marimon, Lib. II, § 20, con tanta vigilancia en disgustarse y perseguirse en todo, y en escoger para su mayor humildad y mortificacion lo peor para sí, que no dejaba pasar lance alguno sin aprovecharlo. Hacíase todo ojos para ver estas ocasiones, velando con gran cuidado para alcanzar la perfecta mortificacion en todas cosas. Se supo de él mismo, que todas las veces que se podía ir á un mismo lugar por dos partes, y sin nota de singularidad podía ir por la peor y más trabajosa, siempre iba por ella, para dar á su cuerpo aquel trabajo y disgusto. Había al principio en el Colegio unas fuentes viejas y en ellas unos cañitos que daban el agua para lavar las manos, el uno de ellos echaba el agua con dificultad, y causaba enfado al que se servía de él; y el Hermano Alonso en más de treinta años nunca se sirvió del bueno, cuando sin nota de singularidad y advertencia de los otros podía servirse del ruin. Cuando estaba en pie, de ordinario estribaba sobre un pie solo, y este el más lastimado, para sentir aquella pena. Si se sentaba en las

quietes, ó en sermones y pláticas, ó en su aposento, no se arrimaba á la pared ó al respaldo, para negar aquel poco de gusto ó descanso á su cuerpo, si ya no hubiese alguno que lo advirtiese y se lo avisase, como sucedió algunas veces que algunos Padres lo advirtieron, y se lo avisaron. Esto mismo guardaba en todas cuantas cosas había de usar en su aposento, por casa y fuera de ella, en el comer, vestir y habitacion, sin perder ocasion alguna de las muchas que en su grande deseo de perseguirse se le ofrecían y se le venían á las manos cada día y cada hora. Preguntóle una vez su enfermero, ¿de qué se le había ocasionado aquella tan continuada destilacion que padecía, y otras tantas enfermedades? Respondió el H. Alonso: «Dios Nuestro Señor ha sido servido de visitarme y regalarme de esta manera, para que yo me aproveche; creo que fué alguna ocasion haber vivido yo algunos años en un aposento muy desabrigado al cierzo, y yo por tener alguna materia de padecer, nunca lo dije al Superior. Pero es lo que Dios se sabe: todo esto importa poco, sino servir y agradar á Dios. Muchos con más salud y fuerzas han muerto en este Colegio, sin tener el aposento tan desabrigado como el mío; y yo soy vivo. Plegue al Señor sea para servirle más. Créame, Hermano carísimo, no hay mejor cosa que dejarse en las manos de Dios; que tanto más cuidará él de nuestras cosas, cuanto nos olvidaremos más de ellas nosotros.»





CAPÍTULO XII

DE LA MORTIFICACION DE SUS SENTIDOS QUE USÓ DESDE
EL NOVICIADO

DEJANDO para otro lugar el hablar de propósito de la modestia de la vista que observó Alonso, solo diré aquí que á imitacion de Job, hizo pacto con sus ojos de no mirar á ninguna mujer, y lo cumplió con toda exactitud los cuarenta y seis años que estuvo en Mallorca: cosa muy rara y maravillosa en un hombre que en tantas ocasiones anduvo dentro y fuera de casa. No contento con apartar su vista de lo nocivo ó á lo menos de lo peligroso, mortificó este sentido privándole de todo lo que podía serle apacible y gustoso, y apartando sus ojos de las cosas inútiles y vanas. Con haberse ofrecido en Mallorca el largo tiempo que allí residió muchas ocasiones de ver curiosos espectáculos, «nunca, dice el P. Marimon (1), ha ido á ver ninguno de ellos, ni dado la más mínima señal de desearlo ni de pensar en ello. Hanse hecho alardes y muestras generales de toda la caballería del reino y compañías de la ciudad, formándose campos de diez y doce mil hombres en ocasio-

(1) Lib. II. § 28 y siguientes.

nes de temerse los años pasados las armadas del turco, y saliendo casi todos á ver lo mejor y más rico y lucido de toda la isla, el H. Alonso se estaba en el rincon de su portería tratando con su Dios. Han venido á este puerto y ciudad muchas armadas de galeras, de galeones y galeazas, y con ellos mucha y muy lucida gente, príncipes y señores, desde que vino el Señor Don Juan de Austria: y las armadas que se han juntado aquí desde el año 1601 contra Argel y otras partes; y el H. Alonso ni dió un paso fuera de casa, ni subió un escalon para desde la azotea ver siquiera aquella majestad y grandeza que se hacía en la entrada; y si acaso pasaba por el mirador de la Seo ó estaba en parte donde pudiese ver aquellos tan ricos y fuertes bajeles, bajaba los ojos y les negaba el gusto y contento que tan fácilmente pudiera darles. En más de cuarenta años que han pasado desde que se comenzó la fortificacion de esta ciudad, habiendo habido por razon de ella tantas mudanzas, y siendo tan de ver obra tan magnífica, y no menos el modo de hacerse trabajando muchas veces juntos seiscientos y más hombres, el H. Alonso no ha ido á verla, ni acompañando á otro que pasase por ella, se puso á mirarla ni advertir lo que se hacía, ni habló de esta ni de otras obras magníficas, como son la iglesia mayor, la lonja y otras semejantes: y se cree que no las miró en su vida. Riqueza de vestidos, joyas y vajilla de oro y plata si no es que estuviese adornando algun altar, ó sirviendo para cosas del culto divino, para levantar el espíritu á aquella riqueza y soberanía del cielo, ni ponía sus ojos en ellas, ni hablaba de ellas una palabra. Siendo el H. Alonso portero, y después de haberlo sido, con ocasion de las escuelas de latinidad, se han representado muchas co-

medias y tragedias de cosas sagradas; y con venir los estudiantes que representaban, muy rica y curiosamente vestidos, abriéndoles el H. Alonso la puerta de la portería por su oficio, estaba con tanta modestia que no les miraba; y pudiendo fácilmente verlos y oírlos cuando representaban, nunca lo hizo. Lo mismo fué en los campos, huertos y jardines curiosos, que nunca iba á verlos; y si por alguna ocasion le enviaban los Superiores acompañando algun Padre, teniéndolos presentes, no los miraba, á no ser por excusar la inurbanidad, si los presentes le hablasen de aquello y les hubiese de responder. Solo una vez en su vida pidió licencia al Superior de salir al campo, y fué porque supo que otro Hermano tenía necesidad de aquella salida y de comunicar algunas cosas de su espíritu con él... Cuando los Superiores le mandaban ir á una heredad del Colegio, se mortificaba en no mirar las cosas que eran más de ver y apacibles á la vista: negaba á sus ojos mirar los árboles cargados de fruta, apartábalos de las vides que con sus muchos y grandes racimos alegraban al que los miraba, negábase el gusto que pudiera tomar en mirar las yerbas y flores hermosas, las aguas claras y corrientes, los montes llenos de olivos, y así sacrificaba á Dios todo lo que pudiera apetecer su vista. Pensaba que los ojos no eran suyos sino de Dios, y que convenía ofrecerlos á Dios con aquella ligera mortificacion, en penitencia de que muchas veces suelen rebelarse contra el alma y sirven al demonio para vencernos.» Hasta aquí el P. Marimon.

Guardábase con cuidado de escuchar conversaciones seglares y vanas nuevas del siglo, y de oír sus propias alabanzas, y otras cosas semejantes que suelen pasar inadvertidas entre personas que se tienen por espirituales.

Las nuevas seculares y vanas no las oía, para cumplir la regla que dice: «Nuevas seculares y vanas no se contarán en casa:» porque el religioso, decía, ha renunciado al siglo, y no es bien que trate y huelgue de las pláticas de los seglares; y sin duda es vicio de ociosos el entretenerse en tales nuevas. En la recreacion y quiete que se suele tener en la Compañía una hora después de la comida, donde están todos juntos y tienen licencia de hablar cosas espirituales, que fomenten la caridad, estaba siempre el H. Alonso con tal modestia, composición y alegría, que componía con ella á todos los que le miraban. Callaba muy de ordinario, porque estaba muy en la presencia de Dios, y oía con gusto lo que se decía de ordinario á gloria de Dios, como eran ejemplos de Santos, historias eclesiásticas que trataban de la dilatacion de nuestra santa fe entre herejes é infieles. Procuraba siempre que se hablase de cosas espirituales y de Dios y por amor de Dios. Cuando se entraba en alguna plática de cosas indiferentes, y mucho más si se decía algo que estuviese menos en su lugar, como si se introducían disputas de letras con alguna porfía, sentíalo mucho el Hermano Alonso, y luégo se dormía: pero en comenzándose á hablar de Dios, luégo despertaba, y escuchaba con alegría lo que se decía. Y era esto tan ordinario, que habiéndole dado los Superiores cargo de asistir á la quiete de los Hermanos estudiantes filósofos, que la tenían aparte con los novicios, solían estos cuando veían dormir al H. Alonso, concertarse y empezar á contar ejemplos de algun Santo ó hablar de cosas de Nuestro Señor para que se despertase, y al punto estaba despierto. Y si volvían á hablar de algunas nuevas, de cosas indiferentes que habían oído, ó de sus lecciones ó cosas de le-

tras, luégo volvía á dormirse, como si no le despertaran: y así decían los Hermanos que tenían en su mano el despertar y hacer dormir al H. Alonso en la quiete cuantas veces quisiesen.

Peleó con tanta fortaleza toda su vida contra su gusto, que nunca le dió cosa que él apeteciese, pudiéndose la negar buenamente; y muchas veces le procuró disgustos y pesares, triunfando gloriosamente de sí mismo. Tuvo un modo tan maravilloso en moderar y refrenar este sentido, que se puso en breves palabras unas leyes, con las cuales comprendió casi todo lo que los varones espirituales han dicho de esta mortificacion; y él las guardaba exactísimamente y con tanta prudencia, que en ninguna cosa parecía singular ni pesado. Las reglas con sus mismas palabras, son las siguientes:

«1.^a Si te quitan lo que amas, quiere Dios que disimules y calles por su amor vencíendote: y si te dan lo que no quieres, es tambien voluntad del mismo Señor que disimules y calles tomándolo: y lo mismo usarás, aún con mayor prontitud, en la mesa.—2.^a Si te falta algo, calla y hazte mudo para tí: pero si faltare algo al que está á tu lado, avisa luégo al que sirve, para guardar la regla que así lo manda.—3.^a No despliegues el pañizuelo hasta que lo haga el que está á tu lado; ni seas el primero en empezar á comer ni á beber.—4.^a De lo que te dieren en la mesa deja algo siempre, y esto de lo mejor, y que te diere más gusto, y estuviere más limpio.—5.^a No pongas más sal en ninguna cosa, que no sirve sino para mover el gusto y dar sabor, y esto no importa.—6.^a Comerás con sosiego y con los bocados pequeños y despacio, ocupándote mucho más en Dios que en la comida.—7.^a Dejarás de comer cuando alguno cogie-

re el pañizuelo, y no seas jamás el postrero, llegue donde llegare la comida: mortificate.—8.^a No mires en la mesa á ninguno, ni menos lo que se distribuye á los otros. Solo mirarás si falta algo al que estuviere á tu lado para cumplir con la caridad y con la obediencia de la regla.—9.^a En entrando en el refectorio, levantarás el corazón á Dios, y presentándote á tí mismo y á todos los que han de comer, y todo lo que se ha de comer.—10.^a Después de sentado, rezarás un *Padre nuestro* y *Ave María* ofreciendo los dos á la Madre de Dios, para que los ofrezca á su unigénito Hijo por las almas del purgatorio, para que el Señor se digne llevarlas al convite de la gloria y á tí te dé gracia que en todas las cosas le sirvas con perfeccion, y que allí no comas un bocado ni bebas una sola gota ni más ni menos de lo que su Majestad quiere y como él lo quiere para gloria y honra suya.—11.^a Además de lo dicho, te mirarás mucho en la modestia como quien asiste y come delante de Dios y para mejor servir á tan grande Señor.»

Estas reglas y leyes que él mismo se puso para moderar y mortificar su gusto, guardó el H. Alonso tan perfectamente, que no se halló quien en tantos años le hubiese advertido la menor falta en ellas.

No fué menos admirable en la mortificacion del olfato, privándose de oler las cosas agradables á este sentido y gozándose en oler las que le eran molestas. En más de cuarenta años no se le advirtió haber tomado vez alguna en la mano rosa, clavel, flor de azahar ni otra semejante para aplicarla á su olfato: ni oler manzana alguna, membrillo ú otra fruta, negando este pequeño consuelo á su sentido. Tenía por muy grande desorden el de algunos que se precian de varones espirituales

y religiosos, que no reparaban en usar lienzos y ropa perfumada ó rociada con agua de rosas ó de mirto, usan de alcorzas con rebozo de necesidad, y en sus relicarios ponen ámbar, con que á los mismos seglares huelen mal. No solo dejó de oler flores y frutas, sino que nunca quiso tener en su aposento rosa, manzana ni otra cosa olorosa: así porque le parecía desdecir de la pobreza el apropiarse una rosa, manzana ú otra cosa de tan poco valor como estas, como por no sentir aquel suave olor que echaban en su celda. Decía que la celda del religioso es sepultura del hombre vivo, y una cárcel del cuerpo para que esté en ella libre el espíritu, y no convenía tener en ella esos idolillos y estorbos que cautivasen el mismo espíritu. Más, que el aposento es camino y vía para el cielo, y este camino no debe estar sembrado de flores y rosas, sino de espinas y trabajos; y pues Cristo entró en él tan espinado y trabajado, siendo casa y solar propio, cuanto más conviene que nosotros entremos por el camino y senda estrecha que es la que nos lleva á la vida. Gozaba muchas veces el H. Alonso la inmensa suavidad y fragancia de los ungüentos de Cristo, y así corría por la senda de sus virtudes, y con una mortificacion tan continua y larga negaba cuanto su cuerpo y en particular este sentido apetece.

En la segunda parte fué tambien grande la mortificacion del H. Alonso, sufriendo no solamente con paciencia, sino tambien con gozo y alegría los olores malos y pesados. Servía con mucha voluntad y caridad á los enfermos en todos los ministerios, y tanto con más voluntad, cuanto eran más trabajosos y viles. Visitaba con gusto y servía á los enfermos en los hospitales; holgaba

de visitar los pobres encarcelados y ayudarles en todo lo que podía. Cuando su oficio y ocupacion no lo impedían, pedía licencia al Superior para ello, y cuando por su edad ya no podía serles de provecho su trabajo, visitaba muy á menudo los enfermos, consolábalos y animábalos, rogando al Señor por su salud y vida. En ninguna de estas y semejantes ocasiones dejó de mostrar grande gusto y alegría de mortificarse en este sentido del olfato; y aun aprovechaba algunas veces ocasiones en que afligirlo estando en lugares y ocasiones muy á propósito en que lo pudiese mortificar. Los demonios tambien en las peleas que con ellos tuvo le hicieron padecer mucho en este sentido: mas todo lo que le daba trabajo y pena él lo recibía de muy buena gana.





CAPÍTULO XIII

ALONSO EN SU NOVICIADO LLEGA AL GRADO SUPREMO DE
CONTEMPLACION Y COMUNICACION CON DIOS

Dios Nuestro Señor no se deja vencer de su criatura en liberalidad, ni difiere para la otra vida toda la paga de que se hace merecedora el alma que con fervor le sirve. Hemos visto con cuánto ahinco trabajó Alonso durante su noviciado en el ejercicio de las virtudes propias de un principiante en la vida religiosa: y si á los principios de su conversion ya fué tan abundantemente regalado de Dios con visitas del cielo, con un don altísimo de contemplacion y con la transformacion de su alma en Cristo crucificado, segun que hemos referido, ¿quién podrá decir la dulcedumbre de celestiales consuelos, con que sería recreado el espíritu de este siervo tan fiel y cuidadoso en el divino servicio? Fueron tan extraordinarios los favores que durante su noviciado recibió del Señor, que en un santo que hubiese empleado toda su larga vida en la práctica de las más heroicas virtudes, serían cosa digna de grande admiracion: y en la vida admirable del H. Alonso aun causaría extrañeza leer que hubiese recibido en los postreros años de su santísima vida el levantado don de oracion

que ya en los principios de su vida religiosa le había sido comunicado, segun él mismo asegura, cuando en el número 18 de su Memorial, al ir á empezar el relato de la terrible lucha que sostuvo con el infierno inmediatamente después de concluído su noviciado, dice que por esta prueba pasó «después de haber sido tan regalada de Dios,» como ha explicado en los números anteriores. Nadie podrá contar cosas tan soberanas mejor que el mismo que las experimentó. Oigamos, pues, de su boca el grado altísimo de oracion á que fué levantado.

«Después, dice, de haber pasado esta persona (a) por el ejercicio y consideracion y ponderacion de la gravedad de los pecados, y dolor y pesar sumo de haber ofendido á su Dios, y haberlos llorado amargamente algun tiempo, que sería por espacio de tres años, lo cual es el ejercicio de la *vía purgativa*; y después de haberse ejercitado tambien en la consideracion de la vida y muerte, pasion y resurreccion de Cristo Nuestro Señor algunos años, que es la *vía iluminativa* de los aprovechantes; fué levantado á la consideracion de las perfecciones divinas de Dios Nuestro Señor, por donde halla union del alma con Dios Nuestro Señor por el camino del amor. Con el cual ejercicio su corazon se inflamaba y encendía en el amor de Dios en gran manera (b), lo cual salía del gran conocimiento que Dios allí le daba de sí mismo con la consideracion de la infinita bondad y amor de Dios, el cual con amor infinito ama al alma, y con la consideracion del ser infinito de su Dios lleno de infinitas perfecciones, y con la consideracion de los

(a) camina á la union con Dios;
(b) por qué consideraciones;

muchos y grandes beneficios que le ha hecho y hace siempre, considerando quién los ha hecho y hace, y quién es el que los ha recibido y recibe: y sacando y viendo el alma por esta y otras consideraciones divinas el conocimiento y amor de Dios, y el conocimiento verdadero de sí misma, se viene por aquí á abrasar en el amor de Dios ya conocido.»

«Por este camino de los discursos (*c*) da el entendimiento pasto á la voluntad, que es la postrera potencia del alma, que se ocupa toda ella en el amor de Dios ya conocido, y enciéndese en el amor y deseo de padecer grandes trabajos por tan buen Señor. Tanto más altamente sube el alma á su Dios y á su conocimiento, cuanto más ella se abate á sí misma y se humilla: y así esta persona se ponía delante de su Dios, diciéndole con el afecto del corazón, ó con la boca (*d*): «Señor, conózcate á tí, y conózcame á mí:» y en ese punto era (*e*) levantada sobre todo lo criado, y puesta con su Dios á solas como en otra region, adonde Dios le comunicaba gran luz del conocimiento de Dios y de ella misma, que venía á conocer á su Dios no ya por discursos, sino en sí mismo; no por razones, sino por clara luz del cielo: y á la medida que el alma aquí delante de Dios se humillaba (*1*), á esa medida Dios la levantaba al conocimiento de sí mismo, y á esa medida se abrasaba en el amor de su Dios ya conocido; y á la medida del amor que crecía en ella, crecía como de recudida en el alma otro

(*c*) por qué grados;

(*d*) por qué ejercicio;

(*e*) llega al conocimiento de Dios por un grado altísimo de contemplacion.

(*1*) Primera señal del buen espíritu: humildad.

más alto conocimiento de sí misma: y así andaba Dios con el alma á porfía, Dios á levantarla, y ella á abajarse y humillarse, y avergonzarse delante de Dios: y acontecióla venir á crecer en ella tanto este conocimiento de Dios, y de ahí el amor de Dios en ella sin discurso alguno, y grande familiaridad y amistad del uno con el otro, que casi parecía, que se le quería descubrir el Señor como á los bienaventurados.»

«Otras veces con solo decir «¡Señor!» (poniendo los ojos del alma y de la fe en Dios con grande afecto;) otras diciendo (*f*): «¡O amado mío, o querido mío, tú todo mío y yo todo tuyo!» se hallaba tan arrebatado y puesto en el infinito ser de Dios, abrasado de su infinito amor y anegado en este fuego infinito de Dios, abrasándola toda este infinito fuego de amor de Dios. Pues ¿á dónde llegaría el amor que se le pega al alma metida en tan gran fuego de amor? ¿Quién sabrá decir la grandeza de este amor? Solo lo sabe gustar el que pasa por ello, y no contar, por ser todo ello puro espíritu mental (*g*). Por el cual camino viene el alma á ser semejante á los tronos, y con el conocimiento de su Dios y de sí misma á los querubines, alcanzando con este ejercicio el amor seráfico, siendo semejante á los serafines, con el cual viene el alma á unirse por amor con Dios (*h*). Entonces el alma ama á Dios y le goza, porque está absorta y anegada en el amor en Dios.»

«Esta es alta union y transformacion del alma en Dios, y llega á tanto que cada uno da al otro todo lo

-
- (*f*) arrobamiento;
(*g*) semejanza con los ángeles;
(*h*) union, y transformacion espiritual del alma con Dios por vía de amor;

que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es, diciendo el alma á su Dios: «Mi amado es para mí, y yo soy para él: tú todo mío, y yo todo tuyo,» apartando el alma todo su corazon y voluntad de las cosas terrenales y carnales, por ponerse toda en su Dios, estando á solas con él, en silencio y soledad de los dos á solas (1). Y en llegando á este estado, ya no hay trabajo con la voluntad para hacerla que quiera lo que Dios quiere por amarguísimo que sea por su amor, por haber gustado ya tanto de Dios y conocerle ya tanto, y así lo difícil le es fácil por el grande amor con que le ama.»

«Lo que resta ahora, es que puesta esta mesa tan alta de las perfecciones divinas, como se ha dicho, de tantos y divinos manjares, el alma coma de ellos lo que más gusto le diere, los cuales tienen tan gran gusto y sabor, que saben al mismo Dios. ¡O convite del cielo! Dios es el que convida al alma, y la comida de amor que le da, es á sí mismo. ¡O amor soberano, o amor del cielo, o amor bendito, o amor precioso, o amor alto y divino, que llega á tanto que el que convida á esta mesa se da á sí mismo al alma en comida! Aquí come á su dulce Dios; él se da todo de amor á ella en comida, y ella abrasada de amor, recibe este presente de su amado. ¡Cómo se cebará en él, siendo tan lindo, sabroso y hermoso! Métele dentro de su corazon, y aposéntale dentro de sus entrañas, porque la pureza del corazon ve á Dios, *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (2); y la devocion y amor grande le come y se ceba

(1) Segunda señal del buen espíritu: paz.

(2) Matth., v. 8.

en él; anégase toda el alma en su amado, y él está todo en ella, y ella toda en él está entregada; ella es toda de su amado, y él es todo de ella por el camino del amor. ¡Qué coloquios más dulces que la miel tendrá el alma con su amado! ¡Cómo le hablará sin ruido de palabras, sino con los deseos abrasados del corazon! Aquí descansa el alma y se huelga, aquí se goza, aquí ama á su Dios, aquí es consolada y enseñada, y alaba y bendice á tan gran Señor con acto continuado del corazon.»

(1) «Vése gozando de su amado como en otra region olvidada de todas las cosas de la tierra y de sí misma por estar toda ocupada en el actual amor de Dios presente y conocido, viniendo por aquí á estar muerta á todas las cosas de esta vida y viva á solo Dios (i), y así viene el alma á estar endiosada: y como el alma está bien ejercitada en este amor de Dios, viene á alcanzar un tan alto estado de perfeccion del amor de Dios, que casi siempre está amando á su Dios con un acto continuo continuado de amor, trayendo siempre el corazon en su Dios: *Ego dormio et cor meum vigilat* (2). Los que han llegado á este estado tan dichoso, y Dios les ha hecho esta merced, oran con gran descanso y con gran suavidad, y sin fatiga de pecho ni de cabeza, y están con su Dios los dos á solas, y llega á tanto que en lo que otros se fatigan, estos descansan (3): porque así como un hombre, que está de algun trabajo cansado y fatigado, el mejor remedio que tiene, es irse á descansar á la cama, y allí se alivia su cansancio; así suele acontecer á esta

(1) Tercera señal del buen espíritu: mortificacion.

(i) endiosamiento del alma;

(2) Cant., v. 2.

(3) Cuarta señal del buen espíritu: descanso en la oracion.

persona, porque la metió Dios por este camino: porque cuando está cansada y fatigada de algun trabajo corporal, el mejor y mayor remedio y alivio que tiene, es irse á tratar con Dios, y no solo en lo corporal pero en los trabajos espirituales tambien, y allí halla en su Dios enseñanza y remedio, y allí se halla con gran suavidad, que más parece que fué á descansar que á otra cosa, porque parece que se halla allí con su Dios, descansando el cuerpo y orando el alma, segun es la suavidad y descanso con que ora.»

«Entre otros ejercicios hay tres del amor de Dios, que usaba esta persona (*j*): el uno es, cuando el alma toda se ocupaba en el grande conocimiento y amor de Dios sin discurso alguno, porque ya habían pasado: por el cual conocimiento viene el alma á tan grande admiracion de las perfecciones divinas y de su amor, por ser ellas el mismo Dios, que de admirada y enamorada de Dios viene á perder los sentidos y arrebatarese, estando anegada en Dios.»

«El segundo ejercicio que tenía esta persona es (*k*), que con el grande amor con que amaba á este Señor, tenía las entrañas y corazon todo abierto de amor, para apresentar en él á su amado, y esto es como cuando abrimos una ventana para que éntre por ella el sol, y como le dan lugar, él luégo se entra: así el alma se dispone con el gran deseo que tiene del amado, *Sicut cervus desiderat fontes aquarum* (1), así le recibe dentro de sí; este amor sale de Dios y va al alma y ella que le recibe, le

(*j*) oracion sin discurso.

(*k*) amor retornado.

(1) Ps. XLI, 2. La Vulgata dice: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum.*

vuelve á su Dios, y se llama este amor *amor retornado*.»

«El tercer ejercicio de este amor es (1), cuando el alma se vuelve como un niño de teta en la presencia de su Dios, amándole como hace el niño con su madre, amándola y consolándose con ella, y echándose en su regazo, adonde el niño está alegre y contento, particularmente cuando ella le tiene en sus brazos y se huelga con él, y le dice requiebros de madre, y el niño á ella á su modo de niño; ella le ama con amor tierno, y el niño tiene en ella todo su consuelo y alegría; él está en ella y ella está con él, y gusta de él en gran manera porque es su niño, y él se recrea con ella porque es su madre, y ella le da su pecho, y pasan entre los dos coloquios de amor más dulces que la miel, por ser gustosos los coloquios de los niños, y así son muy amados.»

«Así en su manera espiritualmente pasa entre Dios y el alma niña: las cuales le dan á Dios gran gusto, y estos simples y niños son con los que más trata Dios, *Cum simplicibus ratiocinatio ejus* (m): y á estos tales les parece, cuando Dios se lo comunica espiritualmente, que se hallan en el regazo de Dios, como le aconteció á esta persona, hablando dulcemente con su Dios, amándole dulcemente y hablando con él palabras amorosas al modo de niño de teta y con simplicidad de niño: este regazo de Dios, adonde el alma niña se halla, es el infinito ser de Dios en el cual está el alma. Háse el alma de esta manera con Dios, cuando ella está anegada en el ser infinito de Dios, como le acontecía á esta persona, que

(1) regalos de amor.

(2) Prov. III, 32. La Vulgata dice *sermocinatio ejus*.

(m) regazo de Dios en que descansa el alma.

allí despedía por todas partes todas cuantas cosas le podían venir estando contemplando á su Dios, porque cuantas cosas allí se le ofrecieren por altas que parezcan las desecha de sí, porque ninguna cosa que se comprende no es Dios, porque Dios no se puede comprender si no es por sí mismo; y así bien puede crecer el alma en el conocimiento de Dios, y del conocimiento en el amor de Dios: y entonces conocerá más claro cuán incomprendible es Dios, gozando más de él, cuando tiene más conocimiento de Dios.»

«Pues ¿en qué manera de objeto goza de Dios el alma, cuando está atenta á él en la oracion (n)? Respóndese que el objeto es ignorancia infinita de Dios, la cual por cuanto es ignorancia sin término, despidе por todas las partes, altas y bajas, y laterales, de un lado y de otro, todo cuanto se le ofrece y ofrecérsele puede imaginable, que no sea Dios, persuadiéndose que cosa alguna que se le ofrezca, la cual pueda la imaginativa imaginar y la inteligencia comprender, no es Dios: y así queda nuestra mente toda desnuda de todas las criaturas y toda revestida de ignorancia infinita de Dios, la cual por ser ignorancia infinita, priva al alma de toda comprension así de toda criatura como del Criador.»

«Á esta ignorancia llaman los contemplativos *niebla*, sobre la cual sube el alma levantada y traída del rayo de la divina ignorancia, no para que comprenda, mas para que conozca que Dios es suave: y así conoce por gusto lo que no comprende por inteligencia; y cuanto á Dios menos comprende y más ignora, más dulce le halla el alma. Los ojos del cuerpo ven lo que tienen delan-

(n) niebla espiritual.

te y no lo que tienen detrás; pero los ojos del alma, como es espíritu, no solo ven lo que tienen delante, pero lo que tienen detrás y á un lado y á otro: y así el alma que está encerrada y metida en Dios, en aquel abismo infinito del ser increado de Dios goza y ve y conoce á su Dios por todas partes, con aquella luz tan grande que allí Dios le comunica para que le conozca y le goce, pero no le comprende, porque por sí solo es comprendido. Y cuando el alma ha despedido de sí todas las cosas comprensibles, entonces se queda con Dios incomprendible (*ñ*): entonces el alma goza de Dios á sus solas, y con grande luz y gozo gusta de él, por no haber más de Dios y ella entre los dos.»

Todas estas son palabras de Alonso. En este pasaje, como nota el P. Colin «comprendió el Santo, desde el primer paso de la vida purgativa hasta el último de la union y transformacion en Dios, los puntos más levantados de conocimiento y amor divino, que distinguen en sus tratados místicos San Dionisio, San Bernardo, Gilberto abad, San Buenaventura, Gerson y otros más modernos.»

(*ñ*) fruicion y gozo de Dios, que él comunica al alma aun en esta vida.





CAPÍTULO XIV

HACE LOS VOTOS DEL BIENIO.—EMPIEZA LA LUCHA DE LAS TENTACIONES Y LOS TRABAJOS EN LA ORACION.—APARICION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN EN EL CAMINO DE BELLVER

1573-1576

DABIENDO Alonso terminado el bienio del noviciado el último día de Enero de 1573, y pudiendo por consiguiente hacer los votos el primero de Febrero; no deja de llamar la atención el que no se consagrara á Dios hasta el 5 de Abril del mismo año, dos meses después de concluido el tiempo ordinario de los dos años. El P. Juan Mateo Marimon explica este retardo por la dificultad de las comunicaciones entre la isla de Mallorca y la península; y cierto, no puede negarse que en aquellos tiempos eran no poco difíciles, ya por los peligros de caer en manos de los corsarios del África, que infestaban el Mediterráneo, ya por la navegación en buque de vela, que dependía de la inconstancia de los vientos. Esta explicación sin embargo no parece del todo satisfactoria. Y la razón es, porque precisamente el P. Matías Borrásá había vuelto de Valencia (donde estaba el P. Provincial Antonio Cordeses), á Mallorca el 10 de Febrero de este año de 1573. La ocasión de la

ida del P. Borrás á Valencia fué la que aquí diré. El 30 de Setiembre del año anterior de 1572 había fallecido en Roma el P. General Francisco de Borja. Convo-cáronse la Congregacion general para elegirle sucesor, y las provinciales para nombrar los que habían de formar parte de ella: la provincial de Aragon se tuvo en el Colegio de Valencia al principio de 1573; y para asistir á ella fué elegido procurador del Colegio de Mallorca el citado P. Matías Borrás. Pudo por consiguiente este Padre volver á Mallorca con la autorizacion del P. Cordes para los votos de nuestro novicio; y si no hubiese existido más dificultad que la de las comunicaciones, el H. Rodriguez los hubiera podido hacer el mismo mes de Febrero.

Yo me inclino á creer que realmente hubo dificultad en concederle los votos, como la hubo en Valencia en admitirle en la Compañía, y ya la había habido en Segovia hasta el punto de creerle inútil para ella. Porque si en la admision á los votos en la Compañía no hubiese de atenderse más que la santidad y fervor de espíritu del candidato, no hay duda que Alonso hubiera sido juzgado dignísimo entre los más dignos; pues al fin de su noviciado había subido tan alto, como hemos dicho, en el camino de la perfeccion religiosa. Pero siendo la Compañía legion de guerreros, que además del vigor del espíritu necesitan robustez de fuerzas corporales para soportar los trabajos propios de su vocacion, el carecer de ellas puede ser señal de que Dios no llama á esta religion al sujeto á quien no se las concede. Y esta falta de fuerzas fué precisamente la que cerró á Alonso las puertas de la Compañía en Segovia, y le dificultó su entrada en ella en Valencia, donde fué menester la luz

particular que del cielo tuvo el P. Cordeses, para que fuese el pretendiente recibido en la Compañía. Y que no faltase entre los PP. de Montesion quien se opusiera á que el H. Rodriguez fuese admitido ahora á los votos del bienio (como más tarde á la incorporacion en la Compañía), parece deducirse claramente de los números del Memorial antes citados, en los cuales da cuenta Alonso de los temores que de ser despedido tuvo muchos años, y de lo que para tranquilizarle en este punto le respondían del cielo: pues la respuesta que le daba el Señor cuando acudía á él con el trabajo para pedirle remedio, era esta: «Basta que lo quiera yo» como quien dice, añade Alonso, «Si todo el mundo lo contradijere, basta que lo quiera yo, para que se haga lo que quiero yo, y no lo que ellos.» Esto escribe en el núm. 50; y casi lo mismo dice en el 70, en el cual confiesa además que «se temía de algunos algo.» Y no les faltaba razon á los que así sentían: porque el crecido fervor, con que andaba el novicio, lejos de contribuir á la recuperacion de las fuerzas del cuerpo, no podía menos de ir las consumiendo cada día más. Pero al fin se hizo lo que Dios había prometido á su siervo, y no lo que los hombres con el santo intento de servir á Dios querían impedir. El P. Cordeses firme en su primera resolucion, inspirada del cielo, y deseoso de tener en la Compañía un santo que la ilustrase con sus virtudes más que la sirviese con su trabajo, antes de partirse para Roma á la celebracion de la Congregacion General, dispuso que Alonso hiciese los votos.

Hízolos en efecto el 5 de Abril de 1573, día de la Dominica segunda después de Pascua de Resurreccion, en manos del P. Bartolomé Coch, Rector del Colegio. Y pa-

rece digno de notarse, que así como en la pérdida del P. Pedro Fabro Dios Nuestro Señor consoló á San Ignacio, y por él á todos sus hijos, con la próxima entrada en la Compañía del santo Duque de Gandía, que tanto la había de acrecentar y enaltecer con sus raras virtudes; así tambien pudo ahora la Compañía hallar un lenitivo en su dolor por la muerte de su santo General, Francisco de Borja (que, como hemos dicho, había fallecido en 30 de Setiembre del año anterior de 1572), en la adquisicion del H. Alonso, que fué tan semejante al santo Duque en el estado de vida en el siglo, y mucho más en las virtudes y santidad; y en haber bebido, como él, el primer espíritu de la Compañía en la pura fuente del B. Pedro Fabro, y casi en un mismo tiempo; y finalmente en el espíritu de oracion, de humildad, de mortificacion y de celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas en que ambos se distinguieron, y que cada uno ejercitó segun la condicion de su grado, el uno desde la altura de las más elevadas dignidades en la Compañía, y el otro desde el humilde y oscuro retiro de la portería de un Colegio.

Al verse Alonso favorecido de Dios con el singular beneficio, por que tanto suspiraba y de que se juzgaba tan indigno, de ser ya verdadero religioso de la Compañía de Jesús, y al considerar las nuevas y formales obligaciones que en presencia de Dios y de la Santísima Virgen y de toda la corte del cielo había contraído de tender á la perfeccion propia del instituto que acababa de abrazar, redobló su fervor y propuso correr su carrera con paso de gigante. Sentía en su corazon nuevos impulsos de entregarse más y más á su Dios, y el Señor que le infundía aquellos ardientes deseos, no pretendía

dejárselos sin cumplir, sino antes satisfacérselos mucho más abundantemente de lo que Alonso mismo pudiera pensar.

Hasta ahora el santo Hermano no había pasado de la que él llama «niñez espiritual;» y aunque tanto había trabajado cuando novicio, y aun antes de serlo, en el ejercicio de las virtudes; mas comparado su trabajo con la grandeza de las divinas consolaciones de que era inundado, había sido más bien *patiens divina* y regalado del cielo, que no guerrero esforzado que á punta de espada gana su corona: en una palabra, hasta ahora había estado Alonso en la que más tarde llamaba «primera union» de las dos que tiene el alma con su Dios, en la cual union «Casi todo es obra de Dios, dice (1), porque la lleva sobre sus hombros, comunicándola grandes consuelos, como quien la previene para cosas muy duras, aunque ella por entonces no lo entiende, hasta después. Estas refecciones y ayudas de costa de grandes visitas y consuelos les da Dios porque los ha de probar después, para que puedan llevar la cruz sobre sus hombros (como lo hizo el Señor), y el trabajo que les enviará probándolos (para probarlos)... Así se ha Dios con los suyos cuando los quiere levantar á grande perfeccion, regalándolos con muchas visitas y favores del cielo, para que pasen de ahí á cosas más altas y perfectas: porque después de los regalos prueba Dios al alma hasta que llegue al monte de Dios que es la perfeccion, al cual no se va por regalos y consuelos, sino por desconsuelos, por borrascas y tempestades, y trabajos.»

Lo que enseñó Alonso años adelante, practicó Dios

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 438.

ahora con él, ó por mejor decir, lo que ahora Dios Nuestro Señor practicó con él, enseñó más tarde Alonso, porque el libro en que principalmente, por no decir únicamente, aprendió, fué él de su propia experiencia. Dió, pues, el Señor licencia al enemigo de la humana naturaleza para que tentase á Alonso: y empezó este el fuego atacando la virtud que por una parte era la más amada de Alonso, y por otra creía el enemigo ser el punto menos invulnerable por donde podría abrirse paso para la más completa victoria: esta virtud era la castidad. Comienza á excitar en la memoria del siervo de Dios recuerdos de cosas pasadas, que había visto ú oído, representando á su imaginacion objetos impuros y provocativos al mal, y esto con tal viveza, que cuanto más se esforzaba Alonso en apartarlos de sí, más fijamente se le grababan, y cuanto más huía de ellos, con mayor insistencia le seguían. No poco sorprendido quedó el buen Hermano al experimentar en su interior cambio tan notable. Diez años habían transcurrido desde que comenzó á recogerse y á tratar de servir á Dios con toda perfeccion; y ni en los seis que permaneció en Segovia, ni en los dos que estudió en Valencia, ni finalmente durante su noviciado en Mallorca, había sentido cosa semejante. Nadado había su espíritu en un mar de dulzura celestial; había sido regalado con soberanas ilustraciones de las cosas divinas, y favorecido con visiones de Santos, y aun arrebatado al cielo. Con la abundancia de las celestiales consolaciones, que redundaban del alma en el cuerpo, las pasiones y desordenados apetitos habían quedado adormecidos y sin fuerzas; y Alonso en medio de tanta paz y quietud, no oyendo los bramidos de aquellas malas bestias, creía que estaban muertas para no re-

sucitar jamás. Pero no era así: para sojuzgar y destruir estos monstruos, hay que luchar con ellos, y no un día ó dos, sino uno y muchos años: y Alonso hasta ahora no había entrado en la pelea, porque no era aún llegado el tiempo de ella.

Angustiábale sobremanera ver que los tiros se asestaban contra una virtud de la cual acababa de hacer voto perpetuo al Dios de su corazón, de quien tantas muestras de ternura y de cariño había recibido; contra una virtud tan delicada, que á cualquier hálito impuro se empaña y deslustra, y que una pequeña negligencia y el menor descuido pueden arruinarla; contra una virtud, cuya conservacion es empresa superior á las fuerzas humanas, y no está en mano del hombre evitar los ataques que contra ella dirigen los inmundos espíritus. «¿Si será que Dios castiga en mí alguna falta pasada que yo no recuerdo? ¿Si mi buen Jesús, y mi amadísima madre la Virgen Santísima, me habrán abandonado, ofendidos por mis infidelidades é imperfecciones? ¿Si será verdad que no era yo para un estado de vida angelical, en que no puede vivirse sin una pureza que imite la de los espíritus bienaventurados? ¿Si habré entrado en la Compañía sin verdadera vocacion, y solo por condescendencia de los Superiores á mis importunas súplicas?»

Así discurriría el soldado bisoño é inexperto, como principiante que era en este género de luchas; mas el Señor, que quería hacer de él un fuerte guerrero y un experimentado capitán, con este ejercicio, penoso en verdad y sembrado de mil peligros, le iba adiestrando para la pelea y robusteciendo para más vigorosa resistencia. Repetían sus ataques los enemigos, y se aumentaban los sobresaltos en el corazón de Alonso; inducían-

le aquellos al mal, y él acudía á sus dulces amores Jesús y María en demanda de auxilio; hacíanle fuerza para que consintiese en lo que ellos querían, y él resistíase á hacer lo que le proponían para su perdicion. Ordenaba Dios que se concediese á su soldado una breve tregua, y en ella le consolaba como dándole el parabien por la victoria, y le apercibía para nuevos combates.

Hablando el siervo de Dios de lo que pasa en el alma en estas primeras escaramuzas, y de cómo se ha el Señor con ella, trae una semejanza sumamente propia con que lo pinta muy al vivo. «Estos trabajos, dice (1), al principio se sienten mucho, aunque no sean muy grandes, por ser cosa nueva para el alma: y hace con ella el Señor como con niños. Vemos algunas veces que las madres á sus muy amados niños de teta, gustando de verlos llorar, dánles un bofetoncillo, y ellos luégo hacen pucheritos llorando: y la madre que tanto los ama, gusta de verlos llorar, y dale más, sin herirle ni dañarle, y el niño llora luégo fuerte; y gustando la madre de esto, acállale luégo, tomándole en sus manos, abrazándole, besándole y llegándole á su rostro, lé acalla, dándole luégo sus pechos de la dulce leche: y así el niño, como ve que le regala la madre, luégo calla y se olvida del trabajito pasado. Así pasa que nuestro padre y señor, como nos ve niños de teta y nos ama tanto, gusta de dar licencia á Satanás para que seamos tentados y perseguidos flacamente, que son como unos bofetoncillos que nos da para gustar de ver cómo nos habemos en nuestros pequeños trabajos, que como nuevos en ellos nos parecen grandes. Míranos cómo hacemos pucheritos,

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 318.

como niños, de lloros de tristeza y afliccion que nos combate; pero perseverando en la pelea y oracion con Dios (como el niño, que no se aparta de su madre llorando), y él no pudiendo con su grande amor sufrir más verlos así llorar y estar desconsolados, los visita con su paternal amor, y luégo desaparecen las tinieblas de las tentaciones de Satanás, y él los abraza, él los consuela, él los esfuerza é hinche sus corazones de inmensa alegría, allegándolos á sí, adó con el grande amor y consuelo que de él reciben, duermen en silencio y sosiego en el pecho del Señor, tratándolos como á niños, porque son flacos, hasta que sean más fuertes y los trate como á hombres, dándoles mayores trabajos que sufrir por su amor, para que con ellos se hagan más verdaderos hijos del Señor, no los regalando ya como á niños, sino tratándolos como á perfectos hombres. Y así es de notar, para consuelo de los tentados, que el demonio siempre tienta y persigue á los amigos de Dios y no á los que ya son suyos; y que esta guerra es grandísima señal de que el alma está en gracia de Dios.»

Con esta hermosa y tierna semejanza pone Alonso de manifiesto la amorosa condicion de Dios Nuestro Señor, que se solaza con las almas como una tierna madre con su niño; la alteza de las divinas consolaciones y la suavidad de los regalos celestiales, de que rebosaba su corazon, cuando pasada la pelea, el Señor se lo henchía de inmenso gozo, y le allegaba á sí, y le abrazaba, y le recostaba en su pecho, en donde con sosiego y silencio, á manera de un niño en el regazo de su madre, reposaba y dormía el sueño del amor; finalmente lo nuevos que le fueron aquellos primeros ensayos, y lo mucho que sintió los trabajos, aunque en comparacion de otros

que le esperaban, no eran muy grandes. Pero con las alternativas de trabajos y de consuelos, de lucha y de tregua, de oscuridad y de luz, se iba gradualmente apercibiendo más y más para librar nuevas batallas y alcanzar nuevos y más gloriosos laureles.

Por otra prueba no poco sensible pasó en este tiempo; y fué (1), que siendo así que desde que empezó en Segovia el ejercicio de la oracion, había tenido grande entrada en ella y recibido las extraordinarias mercedes que se han referido antes, después se mudaron los tiempos de tal suerte, que en la oracion de la mañana, luego que se arrodillaba, sobreveníale una cierta manera de enfermedad muy grande é incógnita, que le daba grandísimo trabajo y pena: no solo su espíritu, sino todo el cuerpo, estaba con una desazon, con un tormento y pesadumbre tal, que no pudiendo permanecer de rodillas, por más esfuerzos que hiciese, de pura flaqueza y desmayo se dejaba caer en tierra, y allí se estaba tendido casi muerto porfiando como podía. Oracion tan peleada era para él pesada cruz: toda se le iba en padecer, y cuanto más porfiaba, tanto más crecía el trabajo; de tal suerte que le parecía que si durara un poco más el tiempo de la oracion, se le acabara la vida. Y lo singular es que esta enfermedad tan extraña le daba en lo exterior y en lo interior, todo en un momento, en el mismo principio de la oracion, y en un punto se le quitaba al fin de ella. Nunca la acortó ni un momento por esta causa, sino que peleaba y se vencía por amor de Dios con grande perseverancia.

Acabado el tiempo de la oracion, se levantaba; y no

(1) Memorial, núm. 37.



VISTA DE BELVER.

solamente no sentía trabajo, sino que entre día, fuera de la oracion, era muy visitado de Dios; y como si no hubiese pasado trabajo alguno, así se hallaba ligero y pronto para las cosas de su oficio y el ejercicio de la virtud. Y acontecióle algunas veces tener muchas cosas que hacer, y se lo hallaba todo como ya hecho, sin causarle ningun cansancio, antes con cierto bienestar en el cuerpo, que parece que Dios quería consolarle hasta corporalmente por la constancia con que en su cuerpo y alma había llevado con paciencia los trabajos. Duró esta tempestad, como él la llama, por espacio de ocho ó diez años, esto es, todo el tiempo que duró la terrible lucha de que hemos empezado á hablar.

Hizo por este tiempo (1) la Sacratísima Reina del cielo á su siervo Alonso un singularísimo favor, que hubo de infundir en su pecho no poco aliento para sostener las terribles luchas que le habían de sobrevenir. Hablo de la aparicion en el camino de Bellver. El hecho pasó de esta manera. Á una milla de la ciudad de Palma, levántase un montecillo, en cuya cumbre D. Jaime el

(1) Las pinturas de la aparicion de Bellver, tanto las antiguas como las modernas, representan á Alonso de una edad muy avanzada; lo cual naturalmente hace creer que la aparicion hubo de haber tenido lugar en los últimos años de la vida del Santo. Pero esto no fué así. En efecto: segun el P. Colin, las hijas de D. Pedro de Pax eran todavía niñas cuando el P. Borrásá acompañado del H. Alonso, iba á Bellver á confesar á su tía doña Juana de Pax. (Véase el capítulo XXIV de esta historia.) Por otra parte consta que doña Praxedes, segunda hija de don Pedro, contrajo matrimonio con don Francisco Dalmacio de Rocaberti en 1584. Deduciendo, pues, de esta fecha los años necesarios para que á dicha Señora se la pueda llamar niña, naturalmente vamos á parar al primer rectorado del P. Matías Borrásá, que duró desde 1573 á 1576, como consta de la Historia manuscrita de Montesion.

segundo, rey de Mallorca, edificó una fortaleza de hermosa traza y para aquellos tiempos inexpugnable: tiene tan hermosas vistas, que de ellas recibió el nombre de Bellver. Extinguida la dinastía de los reyes particulares de Mallorca, quedó la custodia del castillo confiada á un alcaide: y si alguna vez ha salido de su estado normal, á excepcion de la época en que se hospedaron en él don Juan I y doña Violante, ha sido para albergar algun prisionero por delitos políticos, como sucedió con don Gaspar Melchor de Jovellanos, que escribió la historia artística de Bellver y su descripcion topográfica. Por los años de 1570 había sido alcaide del castillo un caballero mallorquin, llamado Pedro de Pax, muy noble y rico, y procurador de la real hacienda en aquella isla. Murió su esposa doña Catalina Brugués, dejándole cuatro hijas de poca edad, es á saber; doña Isabel, que después fué condesa de Zavellá, doña Praxedes, más tarde vizcondesa de Rocaberti en el Principado de Cataluña, doña Margarita que casó con un noble mallorquin, y doña Catalina, que murió doncella. Como negocios graves llamasen á D. Pedro á la corte, determinó recoger á sus cuatro hijas en el castillo, para que en él se criasen bajo la direccion de su hermana doña Juana, persona de edad y de maduro juicio, de notable recogimiento, y doncella tan virtuosa que mereció en vida varios favores del cielo, y seis años después de su muerte fué hallado incorrupto su cadáver, cuando fué trasladado á un magnífico sepulcro de jaspe, que le mandó labrar su hermano en una capilla de la iglesia de San Francisco de la ciudad de Palma.

Confesábase esta Señora con los Padres de la Compañía, y con su direccion criaba y educaba á sus cuatro

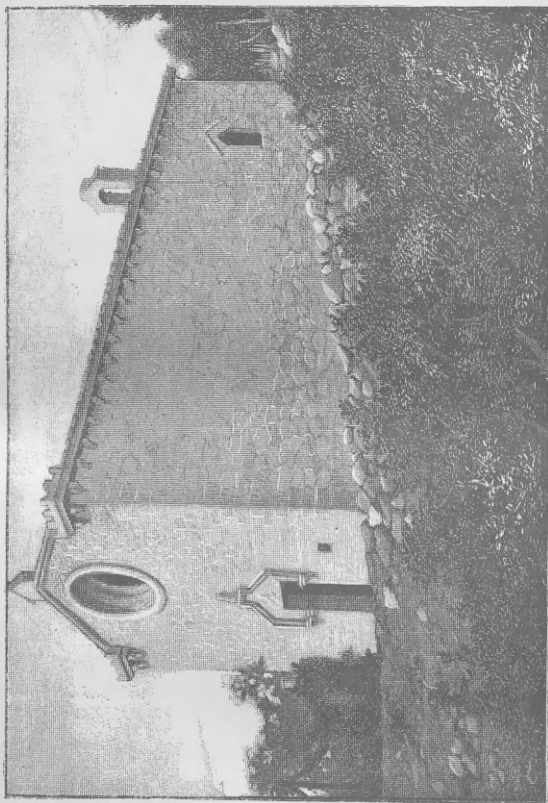
sobrinas en aquel alcázar; y para que guardasen mejor el recogimiento, subían los Padres, cuando era necesario, á decirles misa y á confesarlas; y algunas veces solía acompañar al Padre el H. Alonso Rodriguez. Yendo, pues, un día en compañía del P. Matías Borrásá, que fué Rector del Colegio por primera vez desde 1573 hasta 1576, como fuese tiempo de grandes calores (1), y anduviese el Hermano fatigado por su ordinaria falta de fuerzas, al subir de la cuesta, que es algo áspera y dificultosa, sintiéndose sobremanera cansado, se sentó sobre una piedra, que estaba junto al camino: caía por su rostro el sudor en grande abundancia; mas él todo absorto en Dios y ocupado en abrazar con alegre ánimo aquel trabajo y todos los del mundo, si fuera menester, no cuidaba de enjugarlo (2). Iba el Padre algo desviado de Alonso, y subía tambien rezando cuando, súbitamente, estando el Hermano bien descuidado de este suceso, vino á él vertiendo suavidad y dulzura celestiales la Serenísima Reina de los ángeles á aliviarle el cansancio, y con un blanquísimo y finísimo lienzo, que en sus virginales manos traía, se puso á limpiar el sudor que corría por el rostro venerable de su amado Alonso. Quedó el bendito Hermano no menos corrido que gozoso con tan soberano favor; subió ligero y sin fatiga lo que faltaba de la cuesta; y entrado en el castillo, recogióse á un rincon todo el tiempo que el P. Rector estuvo con-

(1) En la relacion que hizo de esta aparicion el P. Juan Torrens, dice que tuvo lugar en invierno. (Bolandos, nota *d* á la vida escrita por el P. Janin, lib. II, cap. XII.) En la Iglesia de Montesion en Febrero se celebran anualmente Cuarenta Horas en memoria de la aparicion de Bellver. El Santo dice terminantemente que era en tiempo de grandes calores.

(2) Memorial, núm. 31.

fesando á doña Juana, y allí estuvo absorto en la consideracion de la celestial fineza recibida, por la cual dió gracias á la soberana señora en la misa que el Padre luégo celebró. Cuenta la tradicion que la Sacratísima Virgen ofreció el lienzo empapado en sudor á su querido Alonso, y que este no se atrevió á aceptarlo, por no tener, dícese, licencia del Superior. En el lugar de la aparicion levantóse en otro tiempo una pequeña columna con un cuadro que la representaba, en conmemoracion de tan singular beneficio. En estos últimos años se ha construído en el mismo lugar una elegante capilla, dentro de la cual al lado del evangelio se conserva el antiguo y más modesto monumento. Á este santuario acude piadoso y devoto el pueblo balear á implorar de su benéfico protector Alonso remedio para sus necesidades, y á manifestar su amor y veneracion al santo portero y á la Reina del cielo, que se dignó santificar aquel sitio con su presencia.





NUEVA CAPILLA DE BELLVER.



CAPÍTULO XV

CONTINUÁN Y TOMAN MAYOR FUERZA LAS TENTACIONES IMPURAS, Y ATORMÉNTANLE LOS ESCRÚPULOS. — CLAMA Á DIOS Y ES CONSOLADO.—DOS MANERAS DE UNION DEL ALMA CON DIOS

1776 - 1779

HASTA aquí las tentaciones que padecía Alonso fueron de las que él llama comunes, porque fácilmente son vencidas, y su novedad causa en la pobre alma mayor impresion, que peligro su fuerza. Pero creciendo la licencia dada por Dios al demonio, fueron tambien más rudas las acometidas del infierno para derribar al siervo de Dios. Presentábansele á su imaginacion figuras torpísimas con tal viveza, que por más esfuerzos que hiciese no podía apartarlas de sí; y con tal insistencia le perseguían, que de día y de noche, estando solo ó acompañado, en oracion ó en el trabajo, no le dejaban descansar un momento. Resistía Alonso con todas las fuerzas de su alma; pero aunque la voluntad repugnaba á toda sombra de pecado, la carne miserable no era insensible á las sugestiones diabólicas: no había consentimiento libre en el mal, pero había involuntario sentimiento de él: y el confundir estas dos co-

sas, tan fáciles de distinguir cuando el alma está en luz y en tranquilidad, le sumergió en un mar de escrúpulos, que le hicieron doblemente pesada la carga de su cruz. Examinaba su conducta en el momento de la tentacion; y por una parte bien creía tener conciencia de haber resistido con todas sus fuerzas, pero por otra no le parecía que pudiesen compadecerse con una completa resistencia ciertas circunstancias del hecho que examinaba. Si quería confesar el acto como pecaminoso, le ocurría que iba á mentir; si no lo confesaba, pensaba hacer una confesion sacrílega. ¡Qué fatiga, qué angustia para una alma enamorada de Dios, que por todos los bienes de la tierra y del cielo, ni por el temor de todos los males de la tierra y del infierno, no cometerá ni el más mínimo pecado venial, verse en la duda, al parecer muy fundada, de si ha ofendido á su Dios, y si le ha ofendido gravemente!

Si buscaba remedio en su confesor ó director espiritual, no le hallaba; si llamaba en su socorro á los Santos del cielo, no era oído; si invocaba á su tierna madre la Santísima Virgen, no conocía sensiblemente su proteccion; si acudía á su Dios y se guarecía dentro del Sacratísimo Corazon de su amado Jesús, ningun alivio hallaba en él: y de todos se veía desamparado. Clamaba, daba voces y sentidas quejas; mas todo en vano. «¿Dónde está mi Dios, decía (1), dónde mi consolador, dónde el amado de mi alma? ¿Dó están aquellos dulcísimos abrazos espirituales, que me solías dar? ¿Dónde aquellos coloquios más dulces que la miel, que con tu siervo solías tener? ¿Dónde aquellas altas visitas que me hacías; aquel

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 301.

abrasadísimo amor que me descubrías, aquel levantarme hasta los cielos y descubrirme secretos tan maravillosos? ¿Dónde aquel beso de paz y el sí del desposorio, que no hay seso humano que baste á descubrir por palabras el gozo y alegría que producía en mi alma? ¿Cómo pasan ahora las cosas tan de otra manera? ¿Quién no temblará, quién no se afligirá, quién no se angustiará y entristecerá con tal cambio? ¿Cómo no temeré, pues me veo en tan gran peligro de perder á mi Señor, que le conozco ser santísimo é infinitamente bueno, de cuya mano he recibido sinnúmero de mercedes?»

Así exclamaba el afligido Alonso envuelto en la oscuridad de sus dudas y perplejidades, y acosado de continuo por el tentador, que sin cesar lanzaba mil impuras saetas en su castísimo corazón. Y para que en tan rudo combate no desfalleciese el valeroso soldado de Cristo, antes saliese de él más robusto y denodado, aunque muchas veces no eran oídos sus clamores, pero de cuando en cuando acudía el Señor en socorro de su atribulado siervo. Hallábase un día con un gran escrúpulo, como él mismo refiere (1), el cual en gran manera le atormentaba, sin poder hallar remedio; porque por más exámen que hacía, no podía descubrir la verdad para descansar, pues la cosa ya le parecía de una manera, ya de otra; y como era de peso, estaba muy afligido y con gran temor no estuviera en desgracia de Dios: y todo esto pasaba en cama estando acostado. Sucedió que con el gran trabajo se durmió, y estando en la fuerza del primer sueño, sintió sobre sí un grande ruido, y despertó, y súbitamente con el despertar le vino una grande luz y conocimiento

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 102.

con que vió claramente como todo el escrúpulo pasado era falso: y su alma quedó en paz y sosegada; y con ser la hora que era, el ruido no le inquietó.

No se contentaba el enemigo con perturbarle con dudas de la vida presente, sino que hallando abierta la puerta de los escrúpulos, y el espíritu de Alonso perplejo y turbado, trajo á su memoria cosas de la vida pasada, que con tan amargas y copiosas lágrimas había llorado, y con tan exquisita diligencia examinado, y confesado generalmente con suma sinceridad y llaneza en Segovia. Representábele que no lo había dicho todo con aquella exactitud que exige el Sacramento, añadiendo á unas cosas y quitando á otras; que algunas tal vez no estaban declaradas; que había omitido circunstancias que mudaban la especie del pecado, y había omitido ó explicado mal otras para aminorar su culpa, llevado de la vergüenza y del temor, con lo cual eran nulas sus confesiones; y añadía otras cosas á este tenor, de todo lo cual resultaba haber sido mal hecha aquella confesion y no haberle sido perdonados sus pecados. Oigamos al mismo Alonso cómo refiere la grandeza de este trabajo, y cómo acudió el Señor á consolarle.

«Un día, dice (1), tratando con Dios muy á solas los dos cómo le serviría como él tanto deseaba, y mirando su vida pasada, de la cual él tenía grande pena, la cual le daban sus pecados y descontentaban mucho, estando con su Dios á solas con grande elevacion y profunda oracion anegado en su Dios en espíritu mental, y conociéndose y mirándose á sí mismo, temiendo su mala vida tan llorada, oraba á su Dios con unos muy espesos

(1) Memorial, núm. 23.

gemidos con el deseo de ser perdonado; los cuales gemidos eran muy inenarrables, como los que dice San Pablo *secundum Deum*: que la grande tristeza y afliccion y deseo de contentar á su Dios, que tenía en su corazon, era la causa de ellos; pidiendo á Dios con estos gemidos inenarrables que no le desamparase, no le dejase, que le ayude porque no se pierda, sino que sirva á su Majestad de veras: porque como conocía bien su mala vida pasada, sabía bien que había de menester al Señor que le ayudase y perdonase: y como Dios oyese sus grandes clamores y gemidos, estando toda el alma empapada de angustias y penas, quiso, como suele, consolar y visitar á esta persona, al que tanto tiempo ha sus pecados había llorado y tenían tan triste: porque estando anegado y escondido en alta oracion en el abismo infinito de su Dios, al cual daba voces y gemidos inenarrables interiores del alma, pidiendo á su Dios que le perdonase y diese su gracia, á tanto que parece que los cielos (á manera de hablar) henchía de ellos, derramados por el infinito ser de Dios, estando toda en Dios tratando el negocio de su salvacion, y visto el Señor los grandes deseos de su corazon y sus grandes clamores y gemidos tan grandes, tuvo su Majestad por bien de visitarle, como suele hacer á los que perseveran llamándole y sirviéndole. Y fué; que metida en este fervor de oracion tan grande con su Dios, oyó una voz en alto clara que le decía: «Tus pecados te son perdonados;» y esto fué por tres veces, en alto, una tras otra: y fueron de tanta virtud en el alma estas tres voces y buenas nuevas, que súbitamente se le quitó toda la tristeza y afliccion y angustia que tenía, y fué mudada súbitamente como en otra, y así fué llena de tan grande consuelo súbitamente, cual jamás había tenido.»

«Llegó á tanto esta comunicacion de Dios en esta persona, y mudanza tan grande, que le parecía que en aquel punto fué llena de Dios y de su gracia, viniendo el Señor á ella con tan nueva y alegre visita al alma, que estaba llena de desconsuelo y tristeza: y así le parecía que toda estaba llena de Dios: la cual visita tan grande le duraría ocho días, que le parecía que de verdad podía decir con San Pablo: «Vivo yo, mas no yo; sino vive Cristo en mí:» y esto porque le parecía que todas las obras que de ella salían, las obraba por entonces Dios en ella: y desde este punto vivió en grande paz y consuelo. Por donde se ve cómo consuela y visita Dios á los que padecen por su amor, y les pesa de haberle ofendido, y ponen por obra el servirle de veras: y no paró en esto pero de una vez la dió otras muchas cosas Dios Nuestro Señor, y la dejó enriquecida.»

Aquí empezó á entender por experiencia propia el atribulado Alonso las dos maneras que hay de union del alma con Dios, nacida la una del amor que á Dios cobra el alma, cuando se siente atraída á él con la abundancia de sus divinas y soberanas consolaciones, gustando cuán suave y sabrosa es la dulzura de su amor; y la otra adquirida por el alma en el padecer grandes trabajos por aquel Dios que tan bueno y amable se le ha mostrado.

Explica este punto Alonso con las palabras siguientes (1): «Es de notar que hay dos géneros de union del alma con Dios. En la oracion, cuando se ejercita en estar actualmente amando á Dios; pero no la llamaremos á esta la más perfecta, por no haber sido probada su

(1) Memorial, núm. 21.

perfeccion con el toque de la tribulacion. Pero la que se alcanza con la gracia de Dios con el ayuda de la oracion en el tiempo de la tribulacion y prueba, por ser probada llamaremos más perfecta: y esta union siempre crece en los trabajos en el alma, si ella los vence; y así crece en más perfeccion, y si no, no: y así hemos de estimar en más los desconsuelos que los consuelos, lo adverso que lo próspero; y entonces le va mejor, cuando le parece va peor, es á saber, cuando le vienen cosas contrarias para vencerlas por Dios, y tiene ocasion para alcanzar más alta santidad y perfeccion probada. No se ha de estimar la santidad por regalos y consuelos, sino por padecer mucho por Dios, venciendo con gran pelea todos los vicios y pasiones, que nos inquietan y desasosiegan, y entristecen el alma, hasta que sea señora de ellos y tenga verdadera paz; porque no hay cosa más preciosa en la tierra que el amor atribulado de los justos que se han vencido á sí mismos: esta es la mayor union del alma con Dios y la mayor victoria, vencerse uno á sí mismo. «Muertos estáis, y vuestra vida está escondida en Cristo.»





CAPÍTULO XVI

EMPRENDE EL INFIERNO LA LUCHA CON NUEVO FUROR.—
DAN Á ALONSO EL CARGO DE PORTERO DEL COLEGIO.—
LIBRA AL P. JUAN AGUIRRE DE CAER CAUTIVO.— EJER-
CICIOS CON QUE SE SANTIFICA EN LA PORTERÍA.— RARA
PRESENCIA DE DIOS

1580-1584

QOMUNES y medianas llama Alonso á las tentacio-
nes que hemos referido en los dos capítulos
pasados, y supremas á las que ahora vamos á
contar. Aquellas no pasaban de simples recuerdos ó de
formas imaginarias que provocaban al mal; estas pasan
más adelante, porque al ver Dios Nuestro Señor que su
siervo peleaba tan valerosamente, y alcanzaba del in-
fierno tan gloriosos triunfos, y enjoyaba su alma con tan
hermosas virtudes, dió larga licencia al enemigo para
que redoblase sus esfuerzos y con más poderosa artille-
ría atacase aquella invencible fortaleza. Lleno de coraje
Satanás al verse tantas veces derrotado por un hombre
frágil y deleznable, resuelve aprovecharse de toda la li-
cencia que se le da, para borrar su ignominia, segun sus
dañados intentos, mas segun los de Dios, para hacer más
vergonzosa su derrota, y más ilustres las victorias y más
espléndidas los coronas del invicto soldado. Ordena,

pues, Lucifer á sus infernales satélites que tomando figura corpórea capaz de impresionar los sentidos humanos, se presenten al lugar donde está su odiado enemigo. Preséntanse en efecto los malignos espíritus en forma sensible, en figuras las más provocativas, y á manera de enjambre rodean al siervo de Dios, espantado de tal acompañamiento; pónensele delante haciendo mil gestos torpísimos para encender en él el fuego de la pasión y arrancar de su voluntad siquiera sea un acto de consentimiento en el mal que le proponen. Sentía el casto varón arder su carne en la infernal llama de la concupiscencia, sin que estuviese en su mano extinguirla ni templa-la. Para atizarla más y más los impuros espíritus, hacen danzas escandalosas á su alrededor, títanle del brazo para que tome parte en ellas, dánle empujones; en una palabra, emplean todos los medios que su diabólica malicia les sugiere para contrastar aquella roca firme é inmóvil, que ya que no puede con la fuga escapar de tan molesta compañía, hace esfuerzos de gigante para mantener firme su voluntad en Dios y en el amor de la pureza. Desátanse aquellas lenguas infernales en maldiciones contra Alonso, y sus bocas impuras vomitan mil soeces y horribles blasfemias contra Dios Nuestro Señor, contra la Santísima Virgen, y contra todo el cielo: y á la verdad no era el menor de los tormentos para el fino enamorado de Jesús y de su Madre purísima el oír aquel lenguaje del infierno.

Lo horrendo y peligroso de estos asaltos ni el mismo que los padecía encuentra modo como explicarlos. Véase flaco, y sin fuerzas que oponer á tan porfiada y rabiosa batería: hallábase en la refriega solo, tan desconsolado y tan desamparado sensiblemente de todo auxilio divino y

humano, que le parecía no haber Dios para él, sino solo demonios: los cuales al ver lo inútil de sus poderosos esfuerzos para derribar la virtud de Alonso, se arrojaban sobre él, y le apretaban el pescuezo con tal rabia, que se creía casi muerto y ahogado: y en este momento acabábaseles la licencia, le soltaban, y huían corridos, avergonzados, vomitando de nuevo mil blasfemias; y echando espumarajos de rabia y de coraje, se precipitaban en los antros infernales á devorar la pena de su vergonzosa derrota. Quedaba vencedor Alonso cuantas veces se repetía esa trágica escena, que eran innumerables, y luégo era recreado con visitaciones celestiales, que daban nuevo vigor y nueva vida á su alma atribulada. Pero si bien el espíritu se robustecía con la lucha, el cuerpo sucumbía al trabajo y á la fatiga, perdiendo continuamente de sus fuerzas, á medida que crecían los trabajos interiores; y en todo el exterior macilento y desfigurado, y en la lucha del espíritu que se dejaba traslucir en todo lo de fuera, se echaba de ver el trabajo espiritual que absorbía y consumía sus fuerzas.

Fué tan notorio este cambio en Alonso, que los Superiores creyeron necesario ocuparle en algun oficio, cuyo desempeño le forzase á distraerse algo y á impedirle aquel continuo andar ensimismado: y así le encargaron la portería del Colegio, por ser la oficina más concurrida de personas de fuera, no solo por la mucha gente que acudía á ella por razon de los ministerios que los Padres ejercitaban, sino principalmente por el gran número de estudiantes que frecuentaban las clases: porque además de la gramática y retórica, desde el año 1574 se enseñaba ya la filosofía en el Colegio. Aceptó el obediente súbdito el nuevo cargo con sumision y humildad,

agradeciendo la caridad de los Superiores que le procuraban aquel alivio, aunque toda esta solicitud no fué de ningun provecho para el piadoso fin que ellos se proponían: porque las acometidas del enemigo se sucedían unas á otras con la misma frecuencia en la portería que fuera de ella; la pelea interior continuaba con la misma persistencia é intensidad que cuando se ocupaba en otros oficios domésticos: y al tiempo en que se veía libre del combate sensible con los demonios, le sobrevenían los escrúpulos, que le daban continua batería, y contribuían á debilitarle más y más las fuerzas corporales.

En esta escuela práctica de la adversidad era Alonso altamente enseñado del cielo, y venía en conocimiento del riquísimo tesoro que está encerrado en los trabajos sufridos por Dios. Dirigía á su Señor humildes quejas, y hacíale con toda sencillez y candor amorosas preguntas; y el Señor con su grande amabilidad y mansedumbre se dignaba satisfacer á sus cuestiones.

«¿Qué te mueve, decía (1), Dios mío de mi corazón, á dar á tus siervos tantos trabajos, y consentir que sean tan fuertemente tentados y de tantas maneras? ¿Qué fin es el tuyo, mi Señor, pues dices que tanto los amas?» Podrá responder al alma este Señor: «Escucha de veras, alma y querida mía, el fin que me mueve es, porque la amo con amor grande; es por hacerla rica; es por hacerla hermosa; es por hacerla graciosa; es por hacerla linda; es por hacerla virtuosa; es por hacerla santa; es por limpiarla de las manchas de los pecados; es por darla en que merezca grande gloria en compañía de los cortesanos del cielo; es por labrarla tan altamente, que sea pues-

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 201.

ta entre los coros de los ángeles en el edificio del cielo; es para levantarla á grande alteza de vida; es para hacerla tal, que me contente mucho, porque de esta manera vestida y alindada con la vestidura y librea de Cristo, y hermo세ada, goce conmigo en mi reino. Y porque en el camino de la cruz se viene á hermo세ar tanto, la meto dentro de él, ayudándola con este gran tesoro de los trabajos.»—«¿Cómo decís, Señor mío, que por aquí se hermo세a tanto? (respondía al Señor,) porque yo veo á los crucificados con trabajos, flacos, amarillos, angustiados, llenos de tormentos, menospreciados, feos del gran trabajo, y de mala color, que apenas hay quien los quiera mirar á la cara de feos; que parece que hieden á todo el mundo, segun su ruin exterior?» — «¡Oh alma, si tú entrases en el consistorio de la sabiduría de Dios! Porque allá dentro verías maravillas escondidas á los ojos del mundo, que tienen dentro de sí los trabajos; allí verías los arreos del alma, porque la riqueza no está en la carne, sino en el espíritu; allí verías cómo Dios con su gran sabiduría rige y gobierna las almas que se ponen y se dejan en sus manos, y cómo con su gran sabiduría las mete en el mar amargo de la tribulacion para que ayudándolas él, alcancen grandes y muchas y sólidas virtudes; allí verías la hermosura que la pone la paciencia en los mismos trabajos, cómo la da gran resplendor la hermosa fe, cómo la agracia tanto la grande esperanza en su Dios, cómo la adorna y viste y atavía la preciosa caridad; cómo la hace preciosa á Dios la grande humildad de corazon ganada en los trabajos; cómo la resignacion: todo ganado con la gracia de Dios en el ejercicio de la preciosa cruz de los dichosos trabajos, que Dios con su gran sabiduría escoge para sus escogi-

dos en esta vida, para darles después en la otra el premio de sus trabajos con gran gloria; y allá dentro de este consistorio las mete el Amado, y las enseña cómo se han de haber en estas guerras y trabajos y ganar las victorias de sus enemigos, estando á solas con ellas y sin ruido de palabras; y cómo se han de ejercitar en las virtudes, peleando y orando; y cómo se han de haber con cada virtud en particular, para ganarla; cómo han de conocer los vicios, dando de todo gloria á Dios, cuya es. Y así como el alma peleando contra los vicios, y vencíendolos, y ganando las virtudes, viene á ser tan hermosa; al contrario la carne, como la contradicen tanto y la vencen, se viene á poner amarilla y fea; porque siempre pelean contra ella, haciéndola mal, quitándola lo que la da gusto, y haciéndola tragar lo que le es amargo y desabrido: y con tantas contradicciones viene á enflaquecerse y á ponerse fea, amarilla y desfigurada, y arruinada del todo; y así va perdiendo la carne (con tantas persecuciones como le dan), la color del rostro, fuerzas, y toda su hermosura, y ponerse fea; y al contrario el espíritu, por el camino que la carne pierde, se va ganando y enriqueciéndose el alma; y contenta de cada día más á Dios, vencíendose; y viene á ser señora de su carne, persiguiéndola siempre, vengándose de ella, para que así siempre haga la voluntad de Dios, negándose.»

Así se desahogaba el atribulado corazon de Alonso con su Dios: y con las enseñanzas que recibía en esta familiar comunicacion con la divina Majestad, se esforzaba para volver de nuevo á la pelea y aumentar el número de sus victorias. No se le mostraba menos propicia la Santísima Virgen, con la cual tenía Alonso ya en este tiempo tal valimiento, y trataba con ella con una

confianza tan filial, como se verá en el caso siguiente. Vivía en el Colegio de Mallorca desde el año de 1568 el P. Juan Aguirre, el cual desde que llegó el H. Alonso, había penetrado la gran virtud del novicio, y le había cobrado una estimacion proporcionada al concepto que de su santidad había formado. Llevaba Dios á este buen Padre por el mismo camino que á Alonso, esto es, de los trabajos, mayormente de los interiores del espíritu: probábale tambien con escrúpulos y perplejidades y temores, que le causaban no pequeña molestia, y para su tranquilidad hallaba un poderoso remedio en la comunicacion con el H. Alonso. Sucedió, pues, que siendo Rector del Colegio por segunda vez el P. Bartolomé Coch (de 1576 á 1579), fué llamado á tierra firme el P. Aguirre: en cumplimiento de su obediencia, pasó al puerto de Sóller para embarcarse, y llegó allá á tiempo que estaba un bergantin para hacerse á la vela dentro de pocos días. Mientras estaba el Padre esperando la salida del buque, tuvo Alonso revelacion de que si el Padre se embarcaba, había de ser preso y cautivado por los moros. En este punto, como Alonso le amaba mucho, y los dos eran grandes amigos, empezó á derramar lágrimas de compasion ante la Virgen Santísima, y á rogar fervorosamente por él: y era tan grande la fuerza con que oraba, y la confianza que con la Madre de Dios sentía, que le dijo: «No te dejaré, Señora, si le cautivan, hasta que le traigas á mi aposento.» Dice Alonso (1), que salía esta libertad del grande amor á la Madre de Dios y de la grande confianza que tenía en ella. Hizo esta oracion por la tarde. Á la mañana del día siguiente recibe

(1) Memorial, núm. 29.

el P. Rector carta de un vecino de Sóller, en que le avisaba que mirase lo que hacía en enviar al P. Aguirre en aquella embarcacion, porque andaban moros por allí, y corría peligro de caer en sus manos el barco y de quedar cautivos los que en él iban. El P. Coch, recibido el aviso y dudando de lo que había de hacer, al llegar á la quiete, manifiesta á los Padres lo que ocurre: «El Padre Aguirre, dice, está todavía en Sóller: yo dudo si le dejaré partir en aquella embarcacion, en vista del aviso que acabo de recibir: dejo la resolucion á la mayoría de votos.» Todos fueron de parecer que no se embarcase el Padre, sino que volviese al Colegio. Escríbele el Padre Rector que se vuelva luego, porque no le parecía segura aquella navegacion. Vuelve el Padre al Colegio: emprende su viaje el bergantin, y lo mismo fué salir del puerto de Sóller, que caer en manos de corsarios, los cuales cautivaron á todos los que iban en él; y como después se averiguó, sucedió tan triste acontecimiento en el mismo tiempo en que llegaba libre al Colegio el P. Aguirre.

Ya en otra ocasion había librado Alonso al mismo Padre de una grande afliccion espiritual que le traía muy congojado. Refiere el suceso en el número 11 del Memorial con estas palabras: «Ayudando á misa á un Padre, que se llamaba Juan Aguirre, siervo de Dios, un día á este Padre dando en la iglesia á la gente la comunión, se le cayó en el suelo por desgracia una forma consagrada; y él, como era muy escrupuloso, sintiólo mucho y dióle gran pena y afliccion. Después de pasado este día, dijo misa en la capillita dentro de casa, y ayudándole (Alonso) y queriéndole Dios consolar, que lo había bien menester, sucedió que en el discurso de la

misa vió (Alonso), que le servía á ella, en espíritu súbitamente sin pensar él en tal cosa, á nuestro Señor Jesucristo cómo abrazaba al Padre y le besaba en el carrillo: y visto esto, avisó al Superior de ello; y él le dijo que se lo dijese al Padre, y él se lo dijo; y fué tan grande el consuelo que recibió, que le duró días en abundancia, y se convirtió la tristeza y angustia en gozo y consuelo.»

Con estas alternativas de regalos del cielo y de acometidas del infierno iba Alonso adiestrándose en el manejo de las armas espirituales, cobrando aliento para volver al combate con la proteccion de la Virgen y de su santísimo Hijo, y creciendo cada día en la adquisicion de las virtudes propias de un perfecto religioso; para lo cual le ayudaba grandemente la perfeccion con que se esmeraba en cumplir el oficio de portero que los Superiores, con el intento que hemos dicho, le habían encargado. El espíritu de fe con que lo ejercitaba, la paciencia con que sufría las incomodidades que le acompañan, y la interior mortificacion con que reprimía su carácter vivo y fuerte, lo declara con estas palabras en el número 159 del Memorial:

«El ejercicio que tenía en la portería, era el siguiente: Lo primero, en tocando alguno la campana, levantando el corazon á Dios, decíale: «Señor, abriros he yo á Vos por amor de Vos:» y abría.»

«El segundo ejercicio era, cuando tocaban, hacía interiormente actos de alegría en el camino como que iba á abrir á su Dios, y que la campana como si la tocara él, y en el camino iba diciéndole: «Ya voy, Señor.»

«El tercer ejercicio, que era de mortificacion interior, que de que tocaban recio y aprisa, naturalmente el in-

terior del corazon se alborotaba; y le reprimía fuertemente, sosegándole hasta que no se alborote: y esta es una mortificacion muy saludable, porque si falta esta, es no caminar adelante; sino que con la gracia de Dios delante de Dios se hace fuerza, como al mal caballo á poder del freno y espoladas le hace el caballero hacer lo que quiere; y de esta mortificacion sacó gran fruto: y así, de que llegaba á la puerta, iba sosegado, y abría como si no hubieran tocado más de una vez y mansamente. Hallábase esta persona muchas veces muy cansado el cuerpo, que con trabajo se movía, y en el hombre interior un admirable descanso.»

«El cuarto punto y ejercicio era, que como se acostumbró tanto que iba á abrir á Cristo, en un punto se hallaba con él, que le iba á abrir con grande regocijo y alegría; á semejanza de cuando alguno viene de fuera, y le reciben con gozo y alegría; y le pareció á esta persona cuando iba á abrir (porque él entonces no se acordaba de hombres, sino que iba á abrir á su Dios), que le parecía cuando iba á abrirle, sin imaginar él tal cosa, que le veía venir con innumerables ángeles y la Virgen Santísima tambien con él. Más: de que había de buscar alguno que le pedían y no le podía hallar, estando cansado en lo exterior, y á cabo de gran rato si le hallaba, le hablaba como si no le hubiera buscado, sino que allí luégo le hubiera hallado, dándole el recado.»

De la exactitud en el cumplimiento de su oficio hablan con encarecimiento los que fueron testigos de vista de ella. «Parece, dice el P. Rafael Garau (1), que siem-

(1) El P. Garau frecuentaba por este tiempo las escuelas de Montesion. Entró en la Compañía en 19 de Agosto de 1587.

pre estaba arrebatado, y casi de ordinario, cuando no le tocaban la campanilla, estaba de rodillas. Una vez me acuerdo que estando yo bien tarde en nuestra portería en un confesonario de madera que había, á cuyas espaldas estaba el aposento del H. Rodriguez, pensando el Hermano estar solo, se puso en cruz, y daba tales suspiros y tan devotos, que me movió á que sacase la cabeza, y le vi como arrebatado. Su exterior era mortificadísimo y tan macilento que los estudiantes seculares le llamaban «el Hermano *del cap de mort*» esto es, de la cabeza de muerto. La modestia en la vista era singularísima cuando iba por las calles y en casa. Si cuando abría la ventanita de la portería, advertía que la que la tocaba era mujer, era cosa notable ver la presteza con que volvía los ojos á la otra parte para no verla. Y yo me acuerdo haberlo notado algunas veces estando presente. Tambien le vi y oí hablar con grande devocion y ponderacion de Nuestro Señor, unas veces en públicas conferencias de la Congregacion de estudiantes, otras veces con particulares personas: y advertí que muchos caballeros principales venían á nuestro Colegio solo para que les hablase de Nuestro Señor: y para ello pedían á los Superiores que por un rato le quitasen las llaves, para gozar más de espacio de su santa conversacion. Y como guardaba tanto silencio ó hablaba solo de Nuestro Señor y de cosas necesarias, con haber estado tanto tiempo en aquel Colegio de Mallorca y en el oficio de portero casi siempre, aprendió muy pocas palabras ma-

Enseñó muchos años teología en el colegio de Barcelona, desde el cual escribió en 1618 una relacion de lo que había observado en el H. Rodriguez.

llorquinas, como *Qué voleu* (qué quereis) y otras precisamente necesarias para cumplir con su oficio.»

«Era tan puntual y advertido en las obediencias, que aunque le mandasen una cosa que hubiera de hacer de un cabo de año á otro, puntualmente se acordaba de hacerlo. Y como por razon de ser portero había de tañer la campanilla con que se hace señal al entrar ó salir de las escuelas, era cosa notable y advertida de todos que jamás faltó á tocar en acabando de dar el último golpe de las horas. Estando yo en la primera probacion en un aposento apartado de la casa, una tarde tuve una grande afliccion, y acertando á pasar cerca de allí el H. Rodriguez y llamándole yo, él disimuló y fué á pedir licencia: y luégo con mucha caridad volvió á preguntarme si había menester alguna cosa: y que no me había respondido antes por no tener licencia, por estar yo en primera probacion (1). Finalmente siempre he oído decir á muchísimos Padres que por espacio de más de cuarenta años estuvieron con el Hermano y anduvieron notando con particular advertencia sus acciones, que jamás le pudieron advertir cosa que fuese culpa ni aun imperfeccion.» Hasta aquí el P. Garau.

Todo el tiempo que le quedaba libre en la portería lo empleaba en oracion que hacía delante de una imágen de la Purísima Concepcion, ó de la de Cristo atado á la columna, que estaba junto á la portería (2), ó bien de

(1) Llámase en la Compañía «primera probacion» unos días que los novicios al entrar en el noviciado pasan recogidos en un aposento antes de ponerse en comunicacion y trato con los demás: y segun una regla ninguno puede hablar con los que están en esta primera probacion fuera de los señalados por el Superior. (*Reg. 27. ex comm.*)

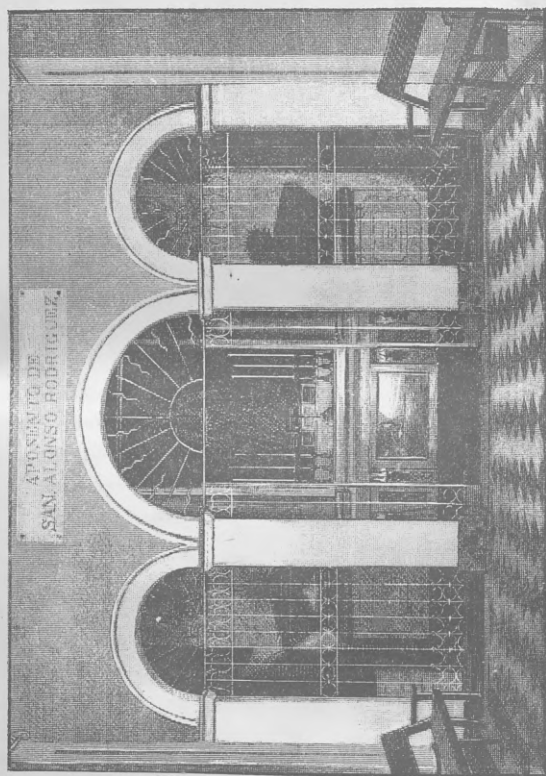
(2) Actualmente se halla este cuadro en la capilla de las re-

un grande Crucifijo que había en un cuarto contiguo á la misma. Allí se le veía unas veces de rodillas y otras puestos los brazos en cruz, y ordinariamente derramando sus ojos dos fuentes de lágrimas de ternura y devoción. Levantábase dos horas antes que la comunidad, hasta que se lo impidió su edad avanzada, y empleaba aquel tiempo en tratar y comunicar sus cosas con Dios. Era cosa rara ver la puntualidad con que se despertaba, aunque estuviese parado el reloj ni pudiese por otro medio alguno saber qué hora era. Preguntado cómo se lo hacía para despertarse siempre con tanta exactitud á aquella hora, respondió: «Paréceme que me llama el ángel de mi guarda.»

En un papel, que se halló escrito de su puño y letra, léense las siguientes leyes que se impuso en el desempeño de su oficio (1). «Llegado á la puerta, dice, harás cuenta que entra tu Dios: á él abre y recibe. Y si te enviaren con algun recado, harás cuenta que te envía Dios y no el hombre; y como cosa de tu Dios, la despacharás luego con la alegría y amor que se debe á tan buen Señor, inclinando siempre tu voluntad á la suya. Cuando hayas negociado y vuelvas con la respuesta, harás cuenta que la vuelves á tu Dios con la alegría y amor posible, poniendo los ojos del ánima en Dios, como quien habla con él y no con el hombre, y así le darás la respuesta. Y si quisiere irse, has de hacer cuenta que abres la puerta á tu Dios, que quiere salir, y no al hombre. Y

liquias en la iglesia de Montesion, junto con otro menor con la imagen del *Ecce-Homo*: están el uno á un lado y el otro al otro del altar de las reliquias levantado en el aposento en que murió el Santo.

(1) P. Colin. Vida de Alonso, fol. 14.



CAPILLA DE LAS RELIQUIAS.

con este afecto, junto con grandes muestras de amor y humildad, le abrirás la puerta y te despedirás de él.»

Ayudábale á cumplir su oficio con tanta perfeccion la continua presencia de Dios, la cual había alcanzado ya en el alto grado que demuestra el siguiente caso. En una conferencia espiritual propuso una vez el ya mencionado P. Aguirre si era posible andar siempre en la presencia de Dios, y cómo podia esto alcanzarse (1). Respondió el P. Rector, que presidía á la conferencia, que si la pregunta se había de tomar en todo su rigor, el andar de continuo en la presencia de Dios es cosa más de ángeles ó de almas bienaventuradas, que de hombres mortales; que lo más que acá se podía hacer era referir todas las obras á Dios con frecuentes actos de pureza de intencion, y que esto podía llamarse llevar continua presencia de Dios. No quedó con esta explicacion del todo satisfecho el P. Aguirre: y como solía comunicar las cosas de su espíritu con el H. Alonso, deseó saber lo que en este punto él sentía. Preguntóselo al día siguiente, y el Hermano con toda simplicidad le respondió: «Decir que no se puede andar siempre en la presencia de Dios, será teniendo ojo á solas las fuerzas del hombre; mas con el favor y gracia divina, digo que no solamente es posible la continua presencia de Dios, sino tambien fácil y suave.»—«Vamos á la experiencia, dijo el Padre. Dígame por su vida, Hermano, ¿anda siempre en la presencia de Dios? ¿Cuánto tiempo cesará de tenerla en todo un día?» Pensólo un poco Alonso, y juzgando que sería á gloria de Dios responder en esto la verdad á un Padre que con tanta intimidad le trataba,

(1) P. Colin. Vida de Alonso, fol. 18.

respondió con una blanda sonrisa: «Paréceme que algun *Credo*.» Quedóse grandemente admirado el Padre, y tuvo por muy cierto que no era imposible lo que él había propuesto en la conferencia (1).

(1) Segun se dice en el número 29 del Memorial, el embarque del P. Aguirre y lo que le sucedió con Alonso con ocasion de él, tuvo lugar siendo Rector el P. Bartolomé Coch. Este Padre fué Rector tres veces: la primera, de 1568 á 1573; la segunda, de 1576 á 1579; la tercera, de 1585 á 1587, en el cual á 22 de Julio murió. No pudo ser el embarque del P. Aguirre en el primer rectorado del P. Coch, porque en 1575 se hallaba todavía en Mallorca dicho P. Aguirre, segun se lee en la Historia manuscrita del Colegio, fol. 18. Tampoco pudo ser en el tercer rectorado del P. Coch: porque en la misma Historia en el catálogo de los Padres que en 1583 residían en el Colegio ya no se nombra al P. Aguirre. Luego hubo este de salir de Mallorca en el segundo rectorado del P. Coch, esto es, entre 1576 y 1579. Y como el P. Aguirre fué el que hizo la pregunta á Alonso acerca de la continuidad de la presencia de Dios, síguese que Alonso poseía aquel don tan singular ó antes de 1576, ó á lo menos entre el año de 1576 y el de 1579, esto es, á los cinco años ó algo más de su vida religiosa.





CAPÍTULO XVII

CONTINÚA LA MATERIA DEL CAPÍTULO PASADO. — CONCILIÁBULO DE LOS DEMONIOS CONTRA ALONSO. — ACOMÉTENLE Á MEDIA NOCHE.—PADECE MARTIRIOS DE AMOR. — CONSUÉLALE EL CIELO.—APRIÉTANLE LOS ESCRÚPULOS Y LOS DOLORES EN EL CUERPO.—TEMOR DE SER DESPEDIDO DE LA COMPAÑÍA.—MANIFIESTA DIOS SU SANTIDAD CON SEÑALES EXTRAORDINARIAS.—COMBATE DECISIVO.— VICTORIA DE ALONSO

EURIOSOS los demonios al ver burladas sus esperanzas y sin resultado los medios aplicados para derribar la virtud de Alonso, juntóse á consejo un bando de ellos para deliberar sobre la manera de dar un asalto general y rendir aquella plaza inexpugnable. «Ya veis, compañeros, diría el caudillo de aquella turba infernal, cuán vergonzoso sería para nosotros, acostumbrados á alcanzar ilustres victorias, queuviésemos que vernos vencidos como hasta aquí por un miserable hombrecillo: las derrotas pasadas lejos de acobardarnos, no han de servir sino para alentar nuestro valor y aguzar nuestro entendimiento á fin de descubrir un plan de ataque que nos asegure la victoria. Diga, pues, y proponga cada uno de vosotros los ardides, que por experiencia conozca ser más idóneos, para doblegar aquella voluntad tan pertinaz, y hacerle consentir una

vez siquiera en el mal, y que se aparte de su Dios.» Mostró el Señor á Alonso lo que de él se trataba en el seno de los antros infernales: veía aquella congregacion de espíritus malignos, que tenían jurada su perdicion; oía sus razonamientos y el plan de campaña que uno por uno iban sucesivamente proponiendo á los demás, y entendió el acuerdo final que tomaron. Este fué, que á la media noche, cuando Alonso estuviese en la fuerza del sueño y no pudiese recibir auxilio de ningun hombre, entrasen todos súbitamente y con grande estruendo y alboroto, para despertarle, aterrorizarle y entristecerle; y arrojándosele encima en el momento de su mayor turbacion y espanto, arrancarían indefectiblemente un sí de su voluntad y un consentimiento en el mal (1).

¡Cuál quedaría, dice el siervo de Dios, el que veía todo esto! Los demonios no le veían á él, ni sospechaban que pudiese tener conocimiento de lo que se trataba; pero Dios se lo dió, para que advertido se aperciese á la pelea. Hízolo así Alonso, acudiendo en estos tan horrendos y peligrosos trabajos á la Virgen Inmaculada, para que rogase á la Santísima Trinidad y á su Hijo bendito, que antes le diesen á padecer todas las penas del infierno con su gracia, que él no ofendiese á su Dios, pues tanto le amaba; y encomendábase mucho á la Virgen para que cada hora del día fuese su amparo y defensa con todos los cortesanos del cielo. De aquí es de creer que tuvo principio aquella práctica que conservó toda su vida, y recomendó siempre á otros, la cual refiere con estas palabras (2): «Á nuestra Señora la Virgen María reza el

(1) Memorial, núm. 18.

(2) Memorial, núm. 60.

oficio de su santa Concepcion, suplicándola ruegue á su santísimo Hijo por la santísima limpieza con que ella fué concebida, antes santa que nacida, que ruegue á su bendito Hijo que le guarde limpio de pecados como ángel, para que agrade á Dios. Tambien la reza doce *Salves* y doce *Avemarias* en memoria de su santísima limpieza, enderezadas á las veinte y cuatro horas del día y de la noche, y rogándola que cada hora de estas veinte y cuatro horas ruegue á su Hijo le guarde de todo pecado.»

Así armado y apercebido este esforzado atleta con el escudo de la oracion y las armas de la confianza en Dios y en su Madre Inmaculada, aguardaba la hora del combate. Acostábase en cama y dormíase; al punto de la media noche, segun lo habían acordado, salen del abismo de las tinieblas los espíritus del mal, diríjense al aposento en donde está profundamente dormido el siervo de Dios, entran (dice él mismo) (1) «con grande estruendo y alboroto, como ellos lo saben bien hacer: y como él está durmiendo, despierta al gran ruido y alboroto todo espantado y temblando y despeluzados los cabellos de miedo que en él pusieron; y empiezan á disparar sus saetas de las tentaciones, que ellos saben que sentiría más, y por allí le dan cruel batería. El siervo de Dios acude, como mejor puede, á llamar á su Dios y á Santa María; pero parecele (como le dan tan grandes apretones, y no es remediado), que no le oyen; aflíjese en gran manera; resiste y pelea todo lo que puede, con determinacion de morir antes que ofender á su Dios ni volverle las espaldas: él pelea, no queriendo consentir;

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 295.

y ellos contra él, apretándole que quiera y que consienta en lo que ellos quieren: y como la porfía es tan grande, y la pelea es tan reñida, es tan grande y estupenda la fuerza que hacen al siervo de Dios, que tiene necesidad de hacer él á sí mismo mayor fuerza para no consentir, y para vencer á la fuerza de sus enemigos; y como va fuerza contra fuerza apretando á la voluntad del siervo de Dios, dándole garrote fortísimamente para que consienta; y el alma, como está en este vaso de barro del cuerpo, y le dan tan grandes apretones, viene á hacerse tanta fuerza á la resistencia, que viene á punto de reventar (quebrándose el vaso de barro, que es el cuerpo), y morir; pero Dios que no quiere que por entonces muera, sino que padezca, en este punto que parece se acaba la vida reventando, quitándoles Dios la licencia, súbitamente se van, y le dejan por un buen rato.»

«Quiere Dios que descanse y se apareje para más pelear, para que salga buen maestro y diestro. ¡Qué cansado que queda! ¡Qué de trasudores en todo su cuerpo, aunque sea en medio del invierno! ¡Qué de molimiento y fatiga tan grande que le queda! Vuelve sobre sí, y empieza á aparejarse para más pelear: y el aparejo es humillarse delante de su Dios y de la Virgen María, pidiéndoles humildemente que le ayuden en la pelea, porque por su gloria está aparejado á padecer y morir. Aunque ya está medio muerto del gran trabajo en cuanto al cuerpo, pero animoso y fuerte en cuanto al alma, para volver por la honra de su Dios, contradiciendo á sus enemigos: y así de cansado vuélvese á dormir un poco, y apenas ha descansado algo, cuando vuelve el infierno de demonios sobre él: unos le espantan, otros le

ahogan; otros le traen imágenes muy feas y cosas malas que desee; otros tentaciones perversas; unos se abrazan con él, otros le andan al rededor haciendo actos malos y feos, que todo lo ve él; unos toman figuras de una manera, y otros de otra, y todo va enderezado á que ofenda á su Dios y le deje; otros maldiciéndole porque no consiente; otros ve que andan blasfemando de Dios delante de su cara; unos le toman y hacen con él mil géneros de peleas para derribarle.»

«Mas cuál estará el alma en este tiempo ¿quién lo sabrá decir? Ni ellas por cierto, por la grandeza del trabajo; porque es tan grande el que pasa, que menor trabajo es morir para ella; porque el morir, muchas veces se ha visto á punto de ello, y el morir el cuerpo poco hay que tener pena, si el alma vive; pero en esta guerra está el alma en tanto peligro de morir por el pecado mortal, que la pone de miedo en más trabajo y cuidado y pena, que si hubiese de morir mil veces, de miedo que tiene no venga á descontentar á Dios y perderse.»

Hasta aquí Alonso: el cual confiesa (1) que «por espacio de cuatro años fué tan reciamente tentado, como se ha dicho:» y parecería cosa increíble que un hombre pudiese resistir tantos trabajos, si no constase de los grandes favores divinos con que le esforzaba el cielo en medio de ellos (2). Comunicábale en efecto el Señor gran don de oracion por este camino de cruz; y algunas veces era llevado á tan alto estado, que le parecía estar entre los coros de los ángeles y de los santos en el cie-

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 298.

(2) *Ibid.* pág. 299.

lo, gozando al parecer algunas reliquias de la gloria, abrasada el alma en el amor de su Criador en verdadera pureza mental sin mezcla de imaginacion, y de una vista gozaba en Dios de muchas cosas. Especialmente después de cada pelea padecida por Dios, á do él enderezaba todos sus trabajos, eran tan grandes las visitas con que Dios le visitaba, y tan grandes los consuelos con que le consolaba, que no podía sufrir la grandeza de ellos, y muchísimas veces daba voces á su Dios, diciéndole: «Señor, ¿qué me quieres? Déjame un poco, que me muero del grande consuelo,» no pudiendo sufrir la grandeza de la visita de Dios sino con particular favor suyo.

La abundancia de estas divinas consolaciones correspondía á la grandeza del tormento que el siervo de Dios padecía: el cual era tan terrible, que ni él halla modo de explicarlo, ni aunque él lo supiera decir con palabras, pudiéramos nosotros entenderlo. La expresion de Alonso que á mi juicio más propiamente significa la terribilidad de sus padecimientos, es la que usa cuando dice que no le quedaba en medio de la pelea más que «el no del consentimiento,» esto es, que el límite que puso Dios al enemigo, al darle licencia para probar á su siervo, fué que no le privase de su libertad, que no forzase en cierto modo su voluntad, sino que quedándole luz suficiente en el entendimiento para discernir entre el bien y el mal, pudiese su libre albedrío abrazar el extremo que quisiese. Y ¿quién podrá decir en tal materia, y tratándose de una virtud tan odiada del inmundo espíritu, hasta dónde llegó la malicia diabólica con la grande licencia que de Dios tenía? Y ¿quién podrá comprender el terrible martirio en que se vió aquella alma tan fina enamorada de

Dios, al verse tantas veces en el más inminente peligro de perder su gracia y amistad? Martirio le llama él, y no martirio cualquiera, sino más horrendo que el que padecieron los antiguos mártires sacrificados por los tiranos. En efecto: «¿Qué cosa es martirio, dice Alonso (1), sino dar la vida y perderla por Cristo con grandes tormentos y trabajos? Pues este tal (él mismo) la ha dado por él, por no ofenderle, con los más horrendos trabajos espirituales que no se pueden pensar, más de doscientas veces. Porque peleando por Dios, se ha visto hasta el postrer punto de morir, solo por no ofender á Dios; que si condescendiera con los demonios, no fuera atormentado. Y así yo creo que uno de los mayores martirios que las almas enamoradas de Dios pasan, es este: porque creo que hasta aquí puede llegar la pena y trabajo, padeciéndolo todo por no descontentar el alma al que tanto ama, y el amor le hace estar firme y dar mil vidas por el amado.» Y antes había dicho: «En las tentaciones ha sido más de doscientas veces mártir: porque por menos trabajo tuviera serlo todas veces como los mártires, que serlo de los demonios, de los cuales pasaba más trabajo, creo, que ellos de los gentiles, por más que pasaran. Y ellos en ellos algunas veces eran recreados de Dios, y después; y este (él mismo) no lo era hasta después de la victoria... Tuviera por grande dicha que los demonios le ahogaran, como lo procuraban, mil veces, antes que pasar tales trances y horrendos trabajos, los cuales no puede saber sino el que mucho ama á Dios, y sabe el peligro tan grande de perderle... Lo que le valía mucho, y de lo que á los demonios les pesaba mucho, era de unos

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 691.

actos vehementes que arrojaba, diciendo: «Hasta el día del juicio pasaré esto y más por amor de Dios y mi Señor Jesucristo: á lo cual ellos me maldecían, injuriaban y afrentaban de enojados, y blasfemaban de Dios.» En estos términos se expresaba Alonso cuando en 1591 dió cuenta de este su martirio al P. Bolicher, su confesor. Y el hablar con tanta ponderacion un hombre que no solía encarecer sus cosas, significa que realmente hubo de ser terribilísimo su martirio.

«Lo peor de estos trabajos espirituales, añade, fué, el tener ocho ó diez años de escrúpulos, los cuales atormentan el alma, trayéndola toda ocupada en tristeza y pena. Después de las tentaciones era atormentado de grandes desmayos, dolor de estómago, dolor de espalda y pecho, que parece que me traían á la muerte, si duraran: tormento en la lengua, tumorcillos, que se me abrasaban como vivas brasas, como tormento de purgatorio, sin alguna materia, y aun dura ahora más de catorce años, muy á menudo abierto todo el cuerpo, empapado en gran tormento.» Este continuo martirio, no solamente del espíritu, sino tambien del cuerpo, traía al invicto atleta tan macilento, tan desfigurado, tan enflaquecido, que más tenía figura de cadáver, que de hombre vivo: así que la gente le llamaba «el oleado.»

Para colmo de su pena añadíase á todo este mar de tribulaciones el temor de ser despedido de la Compañía, «el cual duró, dice, pares de años,» y le congojaba sobremanera. Y era tanto más fundado este temor ahora que cuando era novicio, cuanto que tenía en este tiempo más quebrantada la salud y más enflaquecidas las fuerzas corporales con el trabajo de la tribulacion; todo lo cual, unido al bajo concepto que tenía de sí mismo, ha-

cía que realmente se creyese indigno de pertenecer á la Compañía, y el mismo concepto podían formar de él los Padres del Colegio que no conocían las superiores virtudes y elevada santidad de su alma.

Muy diferente concepto formaban del Hermano los que conocían el interior de su espíritu. Á principios del año de 1583 fué á hacer la visita del Colegio de Mallorca el P. Antonio Ibañez, Provincial de Aragon, que hallándose próximo al fin de su provincialato, y no habiendo podido visitar en persona á aquellos Padres en los primeros años de él, no quiso ahora privarles de aquel consuelo. Desde que llegó á la isla, que fué á 17 de Enero, y hubo hablado al atribulado portero Alonso, concibió tan alta estima de su santidad (como varon que era de elevado espíritu), que todas las veces que el Hermano entraba en su cuarto á darle algun recado, él con disimulo y sin que lo advirtiese Alonso, se ponía de pié y se quitaba el bonete, y en esta postura permanecía todo el tiempo que hablaba con el portero (1).

Y no dejaba Dios de manifestar con señales exteriores y milagrosas la santidad que en el interior de su siervo se escondía. Estaba una vez ayudando á misa, la cual oía entre otras personas una devota mujer, llamada Catalina Sansaloni, persona de vida muy ejemplar, y que gozaba fama de santidad (2). Esta mujer vió que del cuerpo del H. Alonso salían unas vivísimas luces, á manera de hachas, que subían al cielo. Admirada de lo que había visto, y reconociendo en aquellas luces una señal de la santidad del Hermano, dió cuenta de ello á su confesor:

(1) P. Colin. fol. 135.

(2) Memorial, núm. 10.

llamábase este Vicente Mas, varon muy espiritual y de levantada oracion, que después entró en la Cartuja de Valldemosa, á tres leguas de la ciudad de Palma, y allí vivió y murió santamente, y tuvo siempre grande opinion de la santidad de Alonso. Contó después el P. Vicente al H. Rodriguez lo que le había referido aquella Señora, y él lo oyó sin sentir ni el más ligero movimiento de soberbia ó vanagloria.

Otra vez estando tambien ayudando á misa, al tiempo que se daba la sagrada comunion á la gente, cada vez que el sacerdote daba la hostia á los que comulgaban, veía en ella «un hermosísimo niño en cueros, son sus palabras (1), y advirtió que en los muslitos tenía unas arruguitas que los niños suelen tener de gorditos:» hubo en aquella misa gran número de comuniones, y en cada una veía en la sagrada hostia al santo niño. Con este favor quedó muy confuso y avergonzado: y en cosas semejantes sentía tanta vergüenza, que no sabía dónde meterse, y sentíase movido á profunda humildad.

Animado con tales favores, cuatro años perseveró Alonso invencible en tan recia batalla, cuyo remate fué un acto vehemente, con el cual dejó vencidos y completamente derrotados á sus enemigos. Vinieron estos una noche, segun lo determinado en el infernal consejo, á hacer la última tentativa: apretaron esta vez tanto al siervo de Dios, que no pudiendo hacer otra cosa, se puso á clamar á Dios con los que él llamaba «gemidos inenarrables,» es decir, arrojando á Dios su peticion con tales y tantos gemidos y clamores, que le parecía que

(1) Memorial, núm. 9.

estos gemidos, que de sí salían, llenaban los aires y los cielos y hasta el mismo Dios, de la misma manera que los rayos del sol con inconcebible velocidad y sin ningún impedimento hinchén de luz y resplandor todo el mundo. Clamaba con esta vehemencia el valiente luchador, cuando los demonios desesperados de poderle rendir, «Tomaron por remedio, dice (1), espantarle, diciendo que le habían de perseguir tanto, que no le dejarían espacio para dormir, de lo cual él moriría: pero como oyese esto, con el amor que tenía á su Dios se determinó con todo su corazon de antes morir, aceptando el morir de buena gana. Y luégo en este punto todas las furias infernales huyeron, y le dejaron libre.» «Pagóle Dios los largos trabajos que había pasado: porque en el mismo instante soltó el Señor la represa, y le hinchió de tantos dones, que por muchos días le parecía que no era él el pasado, sino que otro vivía en él, que le regía, como si por Dios fuese regido. Y así vivió en grande paz» (2).

Este fué el glorioso fin de la porfiada lucha del inferno contra Alonso, tan gráficamente delineada en la vision de las aves negras, que en el capítulo séptimo describimos, y cuya misteriosa significacion comprendió ahora perfectamente Alonso, al ver cumplido en su persona tan al pie de la letra lo que en aquella imagen muchos años antes se le había representado, y al recordar la interpretacion que de ella le dió su confesor el Padre Juan Bautista Martinez.

(1) Memorial, núm. 20.

(2) Obras Espirituales. Tomo III, pág. 330.



CAPÍTULO XVIII

DE LA GRANDE ESTIMA DE LOS TRABAJOS QUE SACÓ ALONSO
DE LAS HORRENDAS TENTACIONES QUE PADECIÓ

DEMOS creído muy conveniente extendernos en el relato de la gravísima tentacion que por tan largo tiempo afligió el espíritu de Alonso, porque á nuestro parecer es uno de los hechos culminantes de su vida y sumamente importante para ilustrar su historia. La biografía de un hombre ha de tener por objeto darle á conocer con toda perfeccion por medio de sus hechos: y si el hombre de quien se trata es un santo, no basta referir las maravillas que Dios en él ó por él ha obrado, lo cual suele ser independiente de la voluntad del hombre y aun muchas veces no pretendido por él; sino que es necesario además escribir lo que el hombre cooperó de su parte con el auxilio de la divina gracia, para que pueda proponerse á la imitacion de los fieles. La vida de Alonso desde su conversion hasta que hubo hecho los votos religiosos después de los dos años de noviciado, fué una serie casi no interrumpida de hechos, en los cuales más resplandecía la bondad y largueza del Señor, que la virtud y robustez de espíritu de su siervo; pero en la tempestad que contra él levantaron las potestades del infierno, hizo ostentacion Alonso de las exce-

lentísimas virtudes que en aquel penoso ejercicio iba adquiriendo y elevando á una subidísima perfeccion. No dejaba, es verdad, el cielo de distinguirle con muy singulares favores; pero estos ya se le hacían ó como premio de victorias pasadas ó como apercibimiento para las peleas que habían de venir. Resumiendo, pues, la vida de Alonso hasta el momento presente, puede reducirse á estos dos capítulos generales: primero, Dios Nuestro Señor preparó á Alonso para grandes pruebas con soberanas mercedes y muy extraordinarios regalos celestiales: segundo, Alonso padeció con heroica fortaleza y perseverancia horribles trabajos por amor de Dios. Y como en esto segundo consiste el adelantamiento en la virtud, y ello es la prueba de la verdadera santidad; ninguna cosa supo en adelante encarecer con tanto peso de razones, ni con tanta elocuencia y fuerza de persuasion aconsejar á otros que practicasen, como el padecer todos los géneros de trabajos posibles para agradar á Dios y adquirir las sólidas virtudes: y este fué sin duda uno de los frutos más dignos de notarse que sacó Alonso de la tempestad pasada, esto es, un claro conocimiento y una profunda conviccion de la preciosidad de los trabajos padecidos por Dios; de donde le nació aquel hambre insaciable de padecer y de mortificarse, que en adelante formó como el carácter peculiar y distintivo de su vida: pues lo restante de ella puede decirse tambien que se redujo de parte de Alonso á padecer adversidades, á vencerse, á mortificarse; y de parte de Dios, á colmarle de favores extraordinarios, en premio del amor con que por él padecía.

Fué tal la estima que cobró á los trabajos, que ora los llama «comida espiritual del alma,» ora «mina de oro y

plata.» «Así como el cuerpo, dice (1), se mantiene y sustenta con lo que come y bebe, y si no comiese, se moriría; así al contrario el mantenimiento del alma y su comida no es de cosas corporales, sino de cosas espirituales; y su mantenimiento y comida es el ejercicio de los actos de las virtudes: esta es su comida con la cual vive el alma, y crece y medra, con la gracia de Dios; pero para esto ha menester el alma tener de comer, y comer, para vivir; y la comida y mantenimiento es, que Dios la envíe muchos trabajos, y con los muchos actos interiores que ella hace delante de Dios abrazándolos por amor de Dios, crece el alma en la santidad, y se mantiene y vive vida santa: y si no hace estos actos de las virtudes, no medra, porque no come. No bastaría al cuerpo para mantenerse y vivir tener bien de comer, sino que ha de comer: y si este tal no come, aunque tenga más de comer, se morirá, si no come: así el alma, para que ella viva santamente, ha menester tener de comer para mantenerse, y su mantenimiento es tener muchos trabajos; y mientras más, está más rica, si se sabe aprovechar, porque tiene bien que comer; pero si no come, ¿cómo vivirá? Su comer es el abrazar los trabajos y las injurias y las afrentas, menosprecios y deshonoras, y enfermedades, y todos los trabajos que de la mano de Dios le vengán; y si resiste á esto enojándose ó vengándose con los que le dan esta comida, no podrá vivir, sino que se ha de hacer fuerza á tragar esta comida que de la mano de Dios viene, para que viva en el alma la gracia de Dios, que es vida del alma.»

Y en otra parte (2) dice: «Mina de oro son los trabajos:

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 478.

(2) *Ibid.* pág. 539.

y el que más trabaja en esta mina, más oro saca, y es más rico: y el trabajar es delante de Dios mortificarse y vencerse, y con los actos interiores del corazon, hablando con Dios, decirle: «Señor, Dios mío, dispon de estos mis trabajos que tengo, y de mí, aquello que sea para tu mayor gloria, y yo te sirva mejor:» y con el corazon hacer actos de amar los trabajos, y padecerlos por amor de Dios; y sacarás de esta mina grandes tesoros y riquezas para el alma y para el cuerpo.»

Desenvolviendo más el mismo pensamiento (1), añade: «El que tiene una grande mina de oro ó de plata, lo que ha de hacer para hacerse rico es darse prisa trabajando, sacando la plata y el oro: y á la medida del trabajar es el medrar y el hacerse rico. El alma para hacerse rica de virtudes y santidad, la mina donde ha de sacar el oro y la plata de las virtudes, es en las adversidades y tentaciones y trabajos que Dios la envía, trabajando ella con la oracion y la mortificacion, vencién-dose á sí misma por Dios, haciéndose fuerza en los trabajos peleando.»

En la página 499 del mismo tomo encarece el valor de los trabajos con las palabras siguientes: «Es cosa tan alta y preciosa el padecer por Cristo, que si alguna cosa hubiera en el mundo más noble y más preciosa y provechosa que la tribulacion, esa diera Dios á su Hijo: y pues á él, siendo unigénito, le dió más á padecer en esta vida, que á ninguna criatura ni á todas juntas; claro es que la tribulacion es la cosa más noble, preciosa y provechosa. Más: si fuese un hombre sin mácula de pecado, como Adan en el estado de la inocencia, y pudiese vi-

(1) *Ibid.* pág. 489.

vir sin manjar corporal, y le concediese Dios que comunicase con los ángeles, como la Magdalena; no podía con esto adquirir para sí tanto merecimiento, como adquiriría con una pequeña adversidad padecida por amor de Dios. Más: si todos los Santos que están en el cielo juntos rogasen por una persona, no la alcanzarían tanto merecimiento, como se merece en una tribulacion padecida con paciencia por amor de Dios. Por este camino del padecer trabajos por Dios, peleando y venciénose, viene á vaciarse el alma de sí misma y de todo su amor propio, para aposentar á Cristo en su corazon.»

«Estos trabajos son el ejercicio de las virtudes: y por aquí viene el alma á alcanzar gran santidad é imitacion del Hijo de Dios crucificado. Por aquí alcanza la verdadera paz del alma, y la continua oracion. Por aquí la sólida union del alma con su Dios, y la continua presencia de Dios, y la pureza y limpieza del alma. Por aquí la familiaridad humilde con Dios. Por aquí la perfecta caridad y amor de Dios y del prójimo. Por aquí la seráfica corona de gloria. Por aquí grandes tesoros y riquezas espirituales, que en grande abundancia suele Dios comunicar á las almas atribuladas, y regalos y secretos del cielo que á las tales descubre Dios, y regalos tantos y tan grandes, que solo Dios y la tal alma que la regala Dios, lo saben: porque son tales y tan grandes, que no los puede saber contar, sino gustar; porque pasan entre Dios y el alma á sus solas. Pues ¿qué diré de los coloquios y amores y abrazos y besos tan tiernos que pasan entre los dos? Y como el alma está tan enamorada de Dios, no reina en ella otra cosa sino solo contentar á Dios con gran estima, y menosprecio de sí misma de verdad, y de todas las cosas del

mundo, por emplearse toda en contentar á Dios y hacer su voluntad, olvidándose de sí y de todas las cosas terrenales y carnales, por traer siempre en su corazon á Dios, buscando siempre la gloria de Dios y el celo de la salvacion de las almas.»

»Todos estos bienes vienen al alma por el camino de la preciosa tribulacion y trabajos, si el alma se sabe aprovechar de ellos, padeciéndolos por amor de Cristo. «Por muchas tribulaciones hay que entrar en el reino de Dios.» Las dos personas que en este mundo hubo más amadas de Dios, fueron Jesucristo y su Madre: y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores ni más atribuladas, que estas dos. Consolaos los atribulados, pues mientras más lo fuéredes, más semejantes seréis á Jesucristo y á su Madre: consolaos, porque no hay sacrificio más agradable á Dios, que el corazon atribulado; y á los que Dios más ama y quiere levantar á más santidad, los carga más de trabajos; para que abrazándolos ellos por Dios, vengan á alcanzar más santidad y mayores coronas de gloria.»

»Es cosa tan preciosa á los ojos de Dios el padecer por su amor, que si los ángeles del cielo pudiesen tener envidia de los hombres que padecen trabajos por Dios, lo harían, segun valen tanto delante de Dios. Es tan grande é infinita la hermosura de Dios, que con tanta fuerza enamora, que si por un punto de tiempo se descubriese su vista á los demonios que arden en el infierno, le amarían ardentísimamente, sin poder hacer otra cosa, en medio de los tormentos, y se les volverían dulcísimos; para que se vea lo mucho que debemos arros-

trar á padecer acá trabajos por Dios, para gozar allá eternamente de tan gran gloria.»

Interminable me haría si quisiera traer aquí los numerosos pasajes en que se deshace en alabanzas del valor de los trabajos; dejándolos, pues, por evitar prolijidad, me contentaré con citar uno, en el cual da á conocer cómo se regalaba su corazon con este precioso tesoro, y cómo se desconsolaba, cuando se veía privado de esta saludable comida. Dice así (1): «¡Oh mi dulcísimo Jesús, amores de mi alma y telas de mi corazon! ¿Quién, Señor, habrá que no quiera muy de buena gana padecer penas y tormentos por tu amor, pues tú por el mío tantas pasastes, Dios mío? Oh penas, ¿á dónde os habéis ido? que yo os espero para que hagáis morada en mi corazon: porque yo con ellas me recreo, y me iré al Corazon de mi Jesús crucificado á hacer morada en él con ellas. Oh tormentos, ¿qué hacéis, que no venís sobre mí, que os aguardo, los brazos abiertos, para gozar de vosotros con mi Jesús atormentado? Oh deshonoras, ¿por qué me olvidáis, que yo no os olvido á vosotras, por lo mucho que os amo, para verme con ellas abajado con mi Jesús y humillado? Oh millares de muertes afrentosas, ¿cómo no venís sobre mí, pues tanto os deseo continuo para hacer sacrificio de mí á mi dulce Jesús?»

«Venid, pues, todos los géneros de trabajos, que en el mundo hay, sobre mí, porque este es mi consuelo, padecer por Jesús; esta es mi alegría, seguir á mi Señor y consolarme con el consolador crucificado; este es mi contento, este es mi deleite, vivir con Jesús, andar con Jesús, tratar con Jesús; padecer con él y por él, este es mi regalo.»

(1) Obras espirituales, tomo II, pág. 149.

«Por tanto, consuélennme todas las criaturas persiguiéndome, porque este es mi consuelo. No haya quien se apiade de mí, para que más pura y sin consuelo lleve la cruz con mi Señor desconsolado, para que viva y acabe en cruz con él en compañía suya, y padeciendo acabe en su amor, muriendo por él. Amen.»





CAPÍTULO XIX

MEDIOS QUE USABA PARA VENCER LAS TENTACIONES DEL MALIGNO ESPÍRITU

LA horrenda tribulacion que por tan largo tiempo padeció Alonso fué no solamente mina de oro en que su alma se enriquecía de sólidas virtudes, y campo de batalla en que alcanzaba cada día nuevas y más ricas coronas y más gloriosos laureles, sino tambien una escuela en la cual iba aprendiendo la táctica que había de usar para derrocar y vencer á su enemigo. Antes de entrar en la lucha, cuando estaba en pleno dominio de sí mismo y libre de la turbacion que suele acompañar al estruendo de las armas, se escudaba, como con escudo impenetrable, con una firme determinacion de primero padecer no solamente las penas todas de esta vida y la muerte misma, sino tambien los tormentos del infierno en cuanto á la pena, antes que ofender á Dios consintiendo en cosa que fuese pecado, ni siquiera venial: y repetía estos actos lo más á menudo y con la mayor vehemencia que le era posible, á fin de que contraído el hábito de hacerlos, espontáneamente y sin dificultad los repitiese durante el trabajo y tentacion. «Señor, decía, no tan solamente este trabajo que de presente tengo, quiero sufrir por tu amor, pero mucho más

hasta el día del juicio lo acepto de pasar.» Y aun siguiendo más adelante con la fuerza del amor, levantaba su corazón al cielo, ponía la tentación y trabajos entre su alma y Dios, y dábale gracias por la merced que le hacía en guardarle y pelear con él, y en dar licencia á Satanás para que le persiguiese, y á él ocasión de padecer algo por su amor. Y asegura que de estos actos recibe el tentador tal pesar y enojo contra el alma, que brama y echa espumarajos de coraje, y si pudiese, á bocados la despedazaría. De aquí subía á considerar cómo todos los trabajos y todos los géneros de tentaciones vienen de la mano de Dios, y no de las criaturas, porque estas no pueden hacer nada sin Dios, ni más de cuanto Dios les permite; y que Dios todo lo dirige al bien del alma y al ejercicio de las virtudes, para enriquecerla y alindarla con ellos, y hacerla más agradable á sus divinos ojos.

Y el modo que tenía de hacer este ejercicio era (1), que estando en la obra del padecer, levantaba el corazón á Dios y le decía: «Señor, yo te hago gracias, alabo y bendigo por la merced tan grande que me haces en darme este trabajo para que le sufra por tu amor,» ó bien: «Señor, amaros he yo más y más por esta merced que me hacéis en darme este trabajo para que yo lo padezca por vuestro amor.» Y en la memoria escrita en Enero de 1610 dice que «Este por ventura es el más altísimo remedio para imitar á Cristo, vencéndose el hombre á sí mismo, mundo y demonios, y alcanzar victoria de sí mismo, perfeccion y santidad. Y en tantas peleas como había tenido en esta vida con los demonios y

(1) Memorial, núm. 142.

con el mundo y con la carne, y con tan grandes, santos y diversos ejercicios con que había peleado con la gracia de Dios, pero de ninguno estaba más satisfecho que de este.»

Con esto queda robustecida el alma con una grande seguridad y viva confianza en Dios de que en medio de los trabajos y tentaciones no la desamparará, sino que siempre estará con ella, peleando en su favor y dándole fuerza para resistir. Á la medida que se avivaba en el corazon de Alonso esta ilimitada confianza en Dios, crecía la desconfianza de sí mismo, porque en el trabajo conocía su gran flaqueza é ignorancia; y postrado en el divino acatamiento, con el conocimiento experimental que de su nada tenía, rogábale con toda humildad que le enseñase cómo se había de haber para pelear con el enemigo y para volver por la honra de su Señor; reconocía delante de Dios su propia miseria, menospreciábase, tenía por cosa la más vil y baja y mala del mundo; y no pudiendo el soberbio demonio sufrir que se humillase tanto, se iba corrido y afrentado, y furioso por ver que salía vencedor el que él pensaba destruir y derribar.

Cuando en el momento de despertar le traía el tentador la representacion mala, ocupábase él en alguna buena consideracion en que solía hallar más devocion y entrada con Dios Nuestro Señor; y volviendo unas veces la espalda al demonio, no le daba oídos, ni respondía á cosa alguna de cuantas le traía; otras veces le menospreciaba y hacía burla de él como de mentiroso, vilísimo y malo, que quiere dar de lo malo que tiene, y como sucio, ensuciar el alma; y para más deshonorarle con palabras de menosprecio, le decía: «Anda allá, sucio, vil, bajo, malo: enmudece, soberbio; que no haré cuenta de tí, más que de un muladar y de una bestia; y con la gra-

cia de mi dulce Jesús, yo te tendré siempre debajo de mis pies cautivo;» ó bien hacía burla de él de esta manera: «Pueseres pecador, decíale, como yo, pide á Dios misericordia y perdon de tus pecados, que yo se lo pido muy de veras; pésete de haberle ofendido, y propon de verdad de no le ofender jamás: di en el principio de tu conversion un fervoroso *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci*, suplicándole que te perdone, que él te perdonará, si de verdad te pesa, y le pides perdon, y propones la enmienda.» Y cuando acudía el enemigo mientras Alonso estaba rezando ú orando mentalmente, sin ponerse á razones con él, le mandaba con imperio que pronunciase con él las palabras santas que él decía, alabando y bendiciendo á Dios, pidiendo mercedes y favor á la Virgen María y á los Santos, y rezando el *Padre nuestro* ó *Ave-maria*: de lo cual se corría mucho el demonio, no pudiendo, como soberbio que es, sufrir que le mandase aquellas cosas, y así huía. Otras veces le decía: «Ven, y adora la santa Cruz y al Señor Jesús, que con tan grande amor en ella murió por salvarnos: hinca las rodillas, y di con gran devocion: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum.*»

Con este valor y esfuerzo, y con este dominio sobre las potestades del infierno peleaba el siervo de Dios: y para templar sus armas y cobrar nuevos alientos para el combate, acudía á Cristo Nuestro Señor crucificado, echábase con profunda humildad á sus pies, y con vergonzosa reverencia se los besaba, y con el pensamiento devoto los regaba con lágrimas, pidiéndole su favor: ponía la boca encima de los agujeros de los clavos, y metía la lengua dentro del agujero, y decíale: *Domine, adjuva me*, «ayúdame, Señor:» luégo imaginaba con viva apre-

hension cómo estando así á sus pies llorando y pidiéndole favor, el Señor con su abrasada caridad derramaba sobre él toda su sangre, lloraba sobre él de amor que le tenía, padecía por él crudos tormentos, y daba su vida por él para consuelo suyo, para que no desmayase, sino que creciese en la confianza de quien tanto le amaba, que le sacaría libre y sin herida de las manos de los sayones. Con tales prendas esperaba en la fidelidad de tan buen Dios que no le dejaría caer: y con este santo ejercicio quedaba su alma ocupada dulce y sosegadamente con su Dios, y sin ninguna ansia ni inquietud, como quien conocía cuánto gusta el demonio de que el alma esté inquieta, triste, desabrida, desconsolada y afligida; y así huía Alonso de todo esto, y procuraba poseer inalterable paz, quietud, consuelo, tranquilidad y alegría del corazón, para que todo resultase en gloria de Dios y para hacer pesar al demonio.

Pero el ejercicio favorito de Alonso y más apreciado y estimado de él en este tiempo cuando arreciaba la tentacion, era irse á grande prisa á Cristo, entrarse por la puerta de su santísimo costado abierto de amor, y encerrarse dentro de su sacratísimo Corazon y habitar en él. Allí metido en aquel divino Corazon no solamente gozaba de completa seguridad, pues quedaban burlados y vencidos los enemigos que iban á combatirle, sino que aquel lugar de refugio se le convertía en una escuela, en la cual recibía las más sublimes y provechosas enseñanzas. Allí sin estruendo ni ruido de palabras le enseñaba el maestro del cielo el ardentísimo amor con que le amaba, para que en todos sus trabajos y tentaciones supiese esperar en él y fiarse de su Dios; allí le descubría lo mucho que padeció por él, para que apren-

diese á padecer tambien por Cristo, y la manera como había de padecer; allí le daba á conocer la grande majestad del que padecía y la vileza del hombre por quien padecía; manifestábale los grandes é inmensos beneficios que le había hecho sin merecer él ninguno, para que de todo sacase amor, humildad y agradecimiento, para servirle y amarle y padecer muy de veras por su amor. Allí le enseñaba á abrazarse con la cruz de los trabajos, á conocerse, y á menospreciarse á sí mismo y todas las cosas del mundo, y amar lo celestial; desengañábale con claras y vivas razones cómo el camino de la cruz de los trabajos es el camino del cielo, y el camino verdadero y sin peligro de errar; allí por fin le enseñaba no solamente á vencer todas las tentaciones y trabajos, sino á imitar su santísima vida negándose, tomando la cruz, y siguiéndole, para que así le recibiese por hijo querido, crucificado como él, y después le diese la herencia y tesoro del cielo ganado con cruces, trabajos y tentaciones padecidas por su amor en la tierra.

Y no paraban en solas enseñanzas los regalos que de aquel sacratísimo Corazon recibía Alonso, sino que se le comunicaba el Señor en un modo muy singular, y era que mirando al Señor enclavado en la cruz (1), herida su alma de amor de Cristo, con la fuerza del amor atraía al Señor á sí, y le metía dentro de sus entrañas y corazon, así como cuando el iman atrae el hierro. En esta asistencia y presencia de Cristo, comunicábale este Señor de lo que él es y de lo que tiene, como es amor, trabajos y virtudes, dándole á que sintiese en realidad en sí sus grandes trabajos, y estando en el alma de

(1) Memorial, núm. 4.

Alonso comunicándosele tanto, que el alma venía á estar transformada en Cristo crucificado y como endiosada: y esta sensible presencia y transformacion le solía durar muchos días seguidos, particularmente cuando recibía el Santísimo Sacramento del altar.

«Por esta comparacion del fuego, dice (1), se entenderán estas dos sensibles transformaciones del alma en Dios: porque se ha Dios con el alma devota como el fuego con el hierro; y es que como está el hierro en el fuego, se le comunica el fuego; y viene á comunicársele tanto, si el fuego es grande, que el hierro viene á estar hecho un fuego, y así el hierro es fuego y hierro; y fuego, por comunicacion, no por naturaleza. De la misma manera cuando el Señor mete el alma dentro de su Corazon, que todo es fuego de amor, viénela á abrasar en su amor; y con el amor tan grande que la comunica, viene á estar, por comunicacion de Cristo y su gracia, endiosada y unida y transformada en él, ahora sea cuando el Señor se la mete dentro de sí, ahora sea cuando el alma por la grandeza del amor que le tiene se le mete dentro de sus entrañas y corazon, de lo cual el alma saca gran fruto. Y ha venido á ser esta presencia de Cristo Nuestro Señor en ella tan grande, que de que andaba por las calles iba tan absorto en Cristo crucificado, que no veía las gentes sino como á manera de sombras. Aquesta union y presencia de Cristo crucificado tan perfecta, experimentó á cabo de ocho ó diez años que estuvo en Mallorca.»

(1) Memorial, núm. 4.



CAPÍTULO XX

EJEMPLOS DE MORTIFICACION INTERIOR.—CÓMO SE HAN DE HABER LOS ENFERMOS EN SUS ENFERMEDADES, Y DESCUIDAR DE SÍ Y FIARSE DE DIOS

POR este tiempo sucedió al H. Alonso un caso en que demostró cuánto había aprovechado en el ejercicio de la mortificacion interior. Yacía enfermo en la cama un Padre, llamado Pedro Navarro y Hosta, á quien Alonso llama Pedro Horta, que era el nombre con que en Mallorca comunmente era conocido. Visitábase durante su enfermedad un penitente suyo, gran bienhechor del Colegio, y tenía nuestro portero orden del Superior de abrirle la puerta é introducirle en casa para que viese á su confesor enfermo. Presentóse un día el caballero acompañado de cierto amigo suyo, que tambien deseaba ver y saludar al P. Hosta. Alonso, que no tenía licencia de abrir más que al penitente del Padre, con toda cortesía y buen modo les rogó que aguardasen unos momentos, que pronto volvería. Vase al P. Rector, dícele cómo está en la portería el amigo del enfermo acompañado de otro caballero, que tambien desea verle, y pregúntale si es su voluntad que abra á los dos. Respóndele el P. Rector que no le parecía bien que entrase el compañero, y así que despida á los dos.

Obedeció Alonso, y con buenos términos despidió á entrambos. Notó el enfermo que su amigo no le había visitado en el tiempo que acostumbraba, de lo cual en la siguiente visita se le quejó amigablemente, y él se sinceró del cargo que se le hacía contando con toda sencillez lo que con el portero le había acontecido. Sintiólo en extremo el bueno del Padre: y como ignorase la negativa del P. Rector, atribuyó la conducta del portero á su excesivamente escrupulosa exactitud en el cumplimiento de las órdenes de los Superiores.

Entró después de esto Alonso en la cámara del enfermo: el cual en cuanto le vió, con ser de su condicion natural muy manso y apacible, ahora con el mal humor de la enfermedad, enojóse mucho con él, y le reprendió ásperamente porque había negado la entrada á su penitente.

Oyó Alonso en silencio y con humildad aquella reprension, que el cumplimiento de la obediencia le había acarreado: y aunque pudiera fácilmente defenderse con decirle que tal había sido la orden del P. Rector, no quiso excusarse, sino aprovechar aquella ocasion, que Dios le ofrecía de vencerse y mortificar su amor propio. Y aún pasó más adelante: porque determinó vengarse santamente del que le reprendía, rogando mucho y con todo el fervor posible por él á Dios Nuestro Señor. Y no contento aún con esto, iba pidiendo á todos los de casa que encomendasen al Señor al Padre enfermo con la misma solicitud que podía hacerlo un hijo para con su querido padre. Era tan grave la enfermedad del P. Hosta, que unos días antes de que sucediese el hecho que estamos relatando, el Señor se lo había representado á Alonso muerto y amortajado, dándole á entender que

muy en breve había de morir. Á los pocos días de haberse puesto Alonso á encomendarle á Dios tan de veras, y á interesar á los demás del Colegio para que hiciesen lo mismo, «le tornó á ver, dice (1), á deshora muerto, y no como antes, sino como hombre muerto de cuatro días, muy desfigurado y muy hinchado el rostro: de la cual vista, continúa, se le ofreció que cuatro días había de haber que había de ser muerto; pero que por las oraciones de tantos le habían alargado la vida por algunos años que después vivió» (2).

Otro ejemplo de heroica mortificacion interior refiere en el número 28 de su Memorial. Estaba Alonso enfermo padeciendo agudísimos dolores: y aunque interiormente se conformaba con la divina voluntad y los sufría con admirable paciencia; empero la vehemencia del dolor le hacía algunas veces dar gemidos, y desahogaba su pena pronunciando con un tono lastimero el dulcísimo nombre de Jesús. Escandalizado el enfermero, que tenía cargo de él, de sus gemidos, que tomaba como quejas y faltas de paciencia, le dió una buena repension por ello. «La cual, escribe Alonso, escuchó el enfermo sin responder palabra, estimándola en su corazon mucho; y se la agradeció más que muchas buenas obras, que en muchos años había recibido de él, aceptándola con alegre corazon, estimándola como si le hiciera algun grande beneficio, amándole más que antes como á bienhechor.»

(1) Memorial, núm. 41.

(2) Murió el P. Hosta, segun se lee en la Historia manuscrita del Colegio de Montesion, á los 28 de Febrero de 1588. Habiendo vivido algunos años después del hecho que acabamos de referir, y siendo ya Alonso portero cuando el hecho ocurrió, síguese que hubo de suceder cuando Alonso empezó á desempeñar el cargo de portero.

No dejaré de contar aquí otra cosa que le pasó en esta enfermedad, y fué una leccion que le dió el cielo de la confianza que en Dios ha de tener el hombre, cuando es visitado de él con enfermedades. Fué el caso, que entre día le visitó el médico, y dijo que si por la noche no le calmasen los dolores, ó si se le acrecentasen, que le llamasen á cualquier hora que fuese, que iría. Era muy amigo de los Padres el médico, y vivía no lejos del Colegio: arreciaron los dolores, y á altas horas de la noche creyeron los Padres que era necesario llamarle: acude al instante, examina el estado del doliente, y receta una medicina para calmar el dolor. Buscáronse aprisa los diversos ingredientes con que se había de confeccionar la medicina; pero como fuese preciso á aquellas horas de noche recorrer varios puntos de la ciudad para reunirlos todos, pasóse algun tiempo antes no se tuvieron en casa y no se hubo preparado el remedio: y entretanto no remitían un punto de su acerbidad los dolores del paciente. Mas lo mismo fué estar dispuesta la medicina, que quitársele súbitamente el dolor y el mal, sin que fuese menester aplicársela. Á lo cual dijo el médico: «En las enfermedades de los Santos de nada sirve la ciencia médica.» Al terminar la relacion de este acontecimiento, reflexiona así el santo enfermo (1): «Parece que no quiso Dios darle salud por medicinas, sino por sí mismo; y que esto sirviese de reprehension para el enfermo, que por ventura quisiera Dios que se dejase á su providencia de padre. Y como se vió sano, quedó tan corrido y avergonzado de ver que se había buscado á sí, que de vergüenza no osaba alzar los ojos á Dios. Y para que en

(1) Memorial, núm. 27.

las visitas no se elevase, acaba el alma las batallas con humildad, ordenándolo Dios así para que no pierda con soberbia lo ganado: porque perece todo el bien que se hace, si no es guardado con humildad.»

Quedó Alonso tan enseñado con esta leccion del cielo, que de allí en adelante en las continuas y molestas enfermedades que hasta su muerte padeció, jamás buscó remedio ó alivio humano; solo se aprovechaba de ellas para la santificacion de su alma, ejercitando la paciencia, la conformidad con la voluntad divina y la resignacion completa del alma en su Dios. Esto practicaba él en sí, y esto enseñaba á los demás. De aquí vino en conocimiento de lo que él llamaba: «Gran medicina del cielo para los enfermizos,» especialmente religiosos, que era dejarse regir de sus Superiores en las enfermedades, y obedecerles. «¿Qué es la causa, pregunta (1), por que los enfermizos tarde ó nunca tienen salud en la religion? La causa es clara: y es, porque más se fian de su amor propio y parecer, que no de Dios y de la obediencia: y así estos tales van engañados é ilusos; y si se dejasen á la obediencia, que es dejarse al cuidado de Dios, les iría á su cuerpo y á su alma prósperamente; y si no, no: porque fiel es Dios; que él tomará á su cargo á los que se fian de él.» Y á este propósito cuenta un caso que le pasó con un religioso enfermizo.

Vino el tal á ser tan cuidadoso de su salud, que le parecía que no era para cosa; y si le iban con algun recado encargándole algo, todo era resistir y rechazar lo que se le proponía y responder con enojo; de condicion que parecía que no le habían de mandar nada: todo lo

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 355.

encaminaba á su salud, ni parecía era de provecho sino para buscar la salud en el comer, y en el beber, y en todo lo demás, y en no hacer cosa de trabajo, como inhabilitado: y así perseveró algun tiempo en este buscarse á sí mismo y cuidado excesivo de su salud. Queríale Alonso; dolíase de su enfermedad espiritual; pero sabido su humor, no se atrevía á hacerle oposicion, creyendo que lo tomaría mal, como ya lo había experimentado; y sentíalo mucho más porque con el cuidado que el enfermo tenía de su salud, daba harto que hacer en la casa. Así, pues, se determinó de haberlas con Dios encomendándoselo á menudo y con mucho fervor, para que le encaminase á aquello que fuese á mayor gloria suya y bien del alma del enfermo. Clamaba á Dios Alonso, como quien pelea con él; y parecíale que Dios le respondía: «Déjale, que no hará nada,» como quien dice: «Déjale, que todo el mundo no le podrá apartar de buscarse á sí,» esto es, «Aunque yo le toque que se deje á sí, no lo hará, por amar tanto su salud, y quererse á sí mismo.» Tanto luchó Alonso, que por fin plugo á Nuestro Señor tocar al enfermo para que se determinase á hacer algo y trabajar. Vino á una mudanza tan grande, que ya no parecía el mismo que antes estaba enfermo, y trabajaba con grande edificacion en lo que la obediencia le ordenaba.

No se contentaba Alonso con enseñar á los demás la doctrina de la completa resignacion del alma en Dios por medio de la obediencia en las enfermedades corporales, sino que la practicaba él en su propia persona con tal perfeccion, que rayaba en heroísmo, como lo demostró entre otros casos en el siguiente. Hallábase una vez enfermo y muy abatido y de mal humor con la acer-

bilidad de los dolores que padecía: ordenóle el Superior que tomase cierta medicina para recobrar la salud, y él, aunque estaba de mala gana, se rindió á la obediencia y tomó la medicina, la cual le vino á arruinar tanto y á darle tanto trabajo, que á crecer este un poco más y pasar adelante, le pareció que pondría en peligro su vida; mas en premio de su obediencia y de la resignacion con que pasó por aquel aprieto, proveyó el Señor que cobrase, hasta que convalació y se puso del todo bueno. Al cabo de poco tiempo repitióle la misma dolencia, y el Superior en vista del buen efecto que aquella medicina le produjo la primera vez, ordenóle la misma. Sospeché Alonso que sería la misma que la pasada, la cual le puso en el apuro, que hemos dicho, y en su interior sintió repugnancia á tomarla é impulso de manifestar al Superior el aprieto en que antes le había puesto; pero desconfiando de sí mismo, fué á tratar el negocio con Dios Nuestro Señor en la oracion, porque él por sí no sabía salir de la duda y conocer lo que sería más perfecto, si tomar la medicina por obediencia, conforme á la orden del Superior, ó ponerse á peligro de perder la vida no repugnando á la obediencia ni representando lo que contra ella se le ofrecía (1). Estando, pues, tratándolo con Nuestro Señor, puesto ante el acatamiento de la Divina Majestad, fueron tan fervorosos y vehementes los actos de obediencia que hizo, que estando todo ocupado y engolfado en su Dios, súbitamente vió venir sobre sí una vivísima luz y un clarísimo conocimiento, el cual le daba á sentir y conocer que aquel acto de obediencia de tomar la medicina, aunque fuese á costa de su vida, ha-

(1) Memorial, núm. 65.

bía de ser tan agradable á Dios, que no se puede bien explicar la grandeza del valor y merecimiento que delante de Dios tendría. Con esto rompió con todas las dificultades y repugnancias, y se echó al cuerpo la medicina con grande fervor de espíritu y deseo de obedecer. «Y creo, dice, que fué de más merecimiento (este acto), que cuantas buenas obras hubiese hecho en toda su vida: para que se vea lo mucho que vale delante de Dios obedecer á Dios en el hombre hasta dar la vida por obediencia, imitando á Cristo Nuestro Señor que en más estimó la obediencia que la vida.»





CAPÍTULO XXI

BIENES QUE TRAE AL ALMA LA PRESENCIA DE DIOS.—EJERCICIO QUE DE ELLA TENÍA ALONSO.—DESCUIDO QUE DE SÍ MISMO HA DE TENER EL RELIGIOSO EN TODAS LAS COSAS

DAMOS hablado en el capítulo dieciseis del raro don de presencia de Dios que el cielo había comunicado á Alonso. Veamos ahora los bienes que de este santo ejercicio sacaba su alma, y las diferentes maneras y diversos grados de presencia de Dios que ejercitó. En los números 39 y 40 de su Memorial da cuenta de este ejercicio con estas palabras: «Gran cosa es la humildad y resignacion en las manos de Dios, del cual ejercicio viene el alma á recibir de Dios un gran dón, el cual es sentir á su Dios dentro de sí y fuera de sí presente en todas las cosas criadas con grande continuacion. Esta presencia de Dios trae consigo un particular conocimiento de Dios; y de esta compañía y presencia de Dios tan continua nace un amor ardentísimo de Dios, y unos grandes deseos de entregarse toda el alma en su servicio, y una gran limpieza del alma á imitacion de los ángeles: porque hace advertir esta presencia de Dios al alma, la cual trae cabe sí dentro de sí, lo que ha de hablar, pensar y obrar, para que vaya todo segun Dios y para gloria suya, y no de otra manera.»

«Cuando es de la Santísima Trinidad, es nuestro natural tal que se descuida; pero no se puede descuidar el alma que la despierta el Señor que está cabe ella y en ella. En fin en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced de grande agradecimiento al Señor que la da sin merecerla: dala el Señor, cuando quiere. También suele ser esta presencia sensible de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre, y el sentirlos es con grande provecho del alma que los trae presentes: con la cual presencia el alma se humilla mucho y crece en el amor y devoción de estos Señores; y de aquí le viene al alma no se tener por eso en más, pareciéndola que ella es la que menos sirve á Dios de cuantas hay en el mundo; y cualquier flaqueza que hace le atraviesa las entrañas de pesar, pero saca de ello humildad y conocimiento de sí.»

«Más: se suele ejercitar esta persona en tres maneras de presencia de Dios. La una por vía de memoria, con un cuidado grande de no hacer cosa que desagrade á Dios, pareciéndola que siempre la está mirando, andando ella con su Dios con grandes deseos de contentarle, y con grande desprecio de todo lo que no la allega á Dios. Esta presencia de Dios interior suele ser tan grande que no puede olvidarse ni dejar de acordarse de aquel Señor que dentro de sí siente.»

«La segunda presencia de Dios es por vía de entendimiento, conociendo el alma sin discurso alguno (porque ya han pasado), cómo Dios está dentro de su alma: con el cual conocimiento viene á sentir el alma á su Dios presente á sí, haciéndola Dios esta merced de comunicársele de esta manera. Este sentir á Dios tan presente no es por vía de imaginación, sino que es una certidumbre espiritual que la han dado, sensible, que está

Dios en el alma y en todo lugar. Esta presencia de Dios se dice *intelectual*, y suele durar mucho; y mientras más adelante va el alma en el servicio de Dios, más sensible es esta presencia de Dios y más continua, y más se le comunica Dios, si ella se dispone con la gran mortificación: y esta presencia de Dios es advirtiéndolo y sintiéndolo y cayendo en la cuenta cómo Dios está en ella y con ella; y es tan grande el gusto que Dios tiene en que andemos con él, que de que acontece que el alma por justos respetos se olvida algo con algún negocio necesario, es cosa maravillosa que, sin darse cato de ello el alma, siente á Dios presente delante de sí, supliendo él la falta de ella; de lo cual se halla avergonzada de ver el cuidado que tiene Dios de que no se aparte de él: y esto ha experimentado esta persona muchas veces, que sin darse cato ni buscarlo ella, el mismo Señor sensiblemente se le ha puesto delante, como se pondría un hombre súbitamente delante de otro, sin darse cato el otro de ello.»

«La tercera presencia de Dios es por los grandes afectos que están en ella de amor de Dios, que ha ganado el alma del conocimiento de Dios de la pasada presencia; la cual es de la manera de como un cuerpo, cuando tiene una grande calentura, ya tiene y siente en sí el gran calor de ella, pero no sabe sino que la siente; así Dios, en cuanto Dios, siéntele el alma en sí y en todas las cosas y criaturas, cuando Dios la da este sentimiento de sí, y le es de grande fruto; del cual Señor tiene certidumbre que está en ella, pero no le ve: de manera que de que Dios es servido, da al alma este sentimiento de sí y certidumbre de su presencia no solo en el alma y cuerpo, pero también en todas las cosas, para

que siempre le ande amando y bendiciendo, no solo por vía de sentimiento, pero por vía de conocimiento amoroso á su Dios.»

«Tanto cuanto es mayor el amor que el alma tiene á su Dios, tanto es mayor la presencia sensible que tiene á su Dios por vía de memoria y entendimiento y de voluntad: porque el amor no puede olvidarse de la cosa amada, y el amor causa en el alma más luz y conocimiento de la cosa amada: que mientras es mayor el amor, más cerca de sí tiene presente al que ama. Esta presencia interior que tiene el alma de su Dios suele ser tan grande, que no puede olvidarse, al parecer, de lo que tanto ama, ni dejar de acordarse de aquel Señor que dentro de sí siente. Este amor es causa que el alma esté tan ocupada en Dios y en el ejercicio de su amor, que si alguna vez se distrae algo, el corazon no se distrae; porque siempre hace su oficio de amor de Dios: lo cual experimenta el alma, porque volviendo sobre sí, ve cómo su corazon está con acto continuado amando á su Dios. «Yo duermo, pero mi corazon vela.» Con el cual ejercicio sensible y amoroso de su Dios todo su cuidado y estudio y diligencia es contentar á Dios: y así Dios tendrá gran cuidado de todas sus cosas, así de las del alma como de las del cuerpo, por lo cual no tiene el alma de que tener pena, cuidando de ella y de sus cosas, pues el suyo no es otro sino de contentarle. Dijo Cristo Nuestro Señor á una Santa: «Hija, ten cuidado de mí, y yo lo tendré de tí.» Hasta aquí Alonso.

El cuidado de contentar á Dios, que del continuo andar en su presencia sacaba, vino á engendrar en él un total descuido de sí mismo y de las cosas que á él tocaban: descuido que tiene por muy necesario á todo reli-

gioso, pues tantos son los que en la religion se ocupan en tener cuidado de él y de sus cosas, no solamente las que miran á la conservacion y bienestar del cuerpo, sino tambien las que pertenecen al aprovechamiento espiritual de su alma. Y este descuido lo ha de tener el religioso no solo en las enfermedades, sino en todos los actos y circunstancias particulares de la vida. Hé aquí cómo declara el bendito Hermano su pensamiento en el número 22 del Memorial :

«Hásele ofrecido, dice, á esta persona algunos años ha un ejercicio delante de Dios Nuestro Señor, el cual se le ha ofrecido con gran certidumbre que el religioso que le guarde tanto más medrará, cuanto más le guardará; en el cual esta persona se ejercita, y es el ejercicio que se dé muy de veras á no tener cuidado de su cuerpo, sino que se descuide de sí del todo después de haber propuesto su necesidad, y después de haberlo encomendado á Dios; y después, aunque le parezca que tiene necesidad y conviene avisar, no se crea, sino dejarse como muerto después de haber informado de su necesidad al Superior, porque Dios y su Superior tendrán cuidado de él: porque descuidándose él de su cuerpo, todo su cuidado sea de su alma que vale más que el cuerpo, y de ser muy cuidadoso de noche y de día de contentar á Dios; y si esto hace, Dios hará por él grandes cosas, teniendo gran cuidado de su alma y de su cuerpo.»

«El blanco donde hemos de mirar y caminar es el espíritu. Temo no se engañe alguno en esto, con capa de caridad y espíritu no tenga más estima del cuerpo y se pierda por ahí el espíritu; y pensando ser espiritual sea carnal, yendo engañado: y si Dios da luz para conocer esta pérdida, verá cuánta razon tendrá de dolerse el siervo

de Dios mucho más que de los dolores corporales, de la pérdida de lo más precioso, que es el espíritu, y no repararíamos á poner la carne á cualquier riesgo. ¡Ay, Dios mío! que el amor de la carne y bien me quiero so color de virtud nos ciega y enloquece de tal manera, que no caemos en la cuenta cómo nos engaña, y el demonio que la ayuda so color de virtud y grande necesidad á que procuremos para el cuerpo tal y tal cosa, engañándonos; y todo esto cesaría, si nouviésemos más cuenta de la carne que se tiene con un cuerpo muerto: y así había de ser, pues nuestro Superior y Dios tienen harto cuidado de nosotros: entonces ni ella ni el demonio nos podrían engañar. Si tanto ocupan los cuidados de cosas mínimas, que sirven al cuerpo, mi flaco corazón, ¿cómo tendrá fuerza para darse todo á Dios, como su Majestad lo pide?»

«Si la falta de una cosita que pido y deseo, y no me la dan, me da tanta solicitud é inquietud, y en la oracion y fuera de ella me trae tan ocupado é inquieto, ¿cuánto más me darán otras cosas de más peso, que deseo y no me las dan? «Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor (1).» Este tal se podrá dar todo á Dios, y tanto más cuanto más muerto estuviere á sí mismo: este tendrá más paz y será más obediente. Estos tales son los que en la santa religion no tienen ningun cuidado de sí, estando todos resignados en Dios y en sus Superiores que en lugar de Dios están; y estos son los que verdaderamente van acertados y por el camino derecho, porque en esto hacen la voluntad de Dios, y en lo contrario pueden ir engañados haciendo su voluntad, y en esto

(1) Apoc. XIV, 13.

no. ¡Santo Dios! ¡cuán lejos estará el corazón para darse á Dios, y cuán flaco el espíritu, yéndose toda la fuerza y virtud de nuestra alma por ese otro caño del cuidado corporal.»

«No le llamó Dios al religioso ni le sacó del mundo para que tuviera cuidado de las cosas de su cuerpo, sino para que no tuviese de él ningún cuidado, pues Dios y su Superior le tienen hartos, sino solo de contentar á Dios. Este gran Señor tiene cuenta de su alma y de su cuerpo, y para esto las reglas le dan aviso de cómo lo ha de hacer, y después dejarse como un muerto sin replicar ni hacer instancia por sí ni por otro: y el que no hace esto, no guardando esta regla, iluso y engañado va. Más vale lo espiritual que lo corporal; y en caso que algo se ha de perder, no se ha de hacer caso del cuerpo por el bien del espíritu. No le trajo Dios á la religión para que tuviese cuidado de sí, sino para obedecer; y el que va regido por la obediencia, de todo saca fruto: y lo que á él le pareciere que á él le hará daño con la pasión que tiene, no lo crea, pero por obedecer lo que á él le parecerá que es para él dañoso le será medicina por virtud de la obediencia; como aconteció á los enfermos del desierto, que los que obedecieron y fueron á segar quedaron sanos; y los que no obedecieron, quedaron como antes enfermos: por lo cual no hemos de reparar, aunque perdamos algo de nuestro derecho, á poner la carne á cualquier riesgo; y para medrar mucho en este ejercicio y vencerse el hombre á sí mismo, ha de ir acompañado este ejercicio con la presencia de Dios, porque de ahí le ha de venir el valor, como mar de donde salen y se derivan todos los bienes del alma, que es el amor de Dios y la grande familiaridad del alma con Dios y el

valor en las obras exteriores. Porque si un religioso no se deja llevar y regir, sino que quiere salir con la suya so color de virtud, al cabo de la vida pensará tener bienes, y hallarse ha sin el fruto precioso de la obediencia: pues si esto le falta, ¿qué bienes podrá tener con que agrade á Dios? La cual estimó en más Cristo Nuestro Señor, que no la vida: pues lo que él más pide es la obediencia, porque ella sola basta para plantar en el alma las demás virtudes, ahora sean las cosas difíciles y que parece que van sin razon; harta y grande razon y mucho agradable á Dios Nuestro Señor es la obediencia. Dichoso el religioso que Dios le metió en este tan alto ejercicio de que todo su cuidado sea de contentar á Dios. «Déjate á tí, y hallarme has á mí,» dejándose todo á la obediencia de Dios y de su Superior, que en lugar de Dios le tiene para que le rija y le gobierne. Pues ¿qué más se puede querer ni desear para acertar y nunca errar, sino dejarse llevar y regir por Dios Nuestro Señor, pues lo que la obediencia ordena es ordenanza de Dios? «El que á vosotros oye, á mí oye.»

Y en el número 100 del mismo Memorial dice así: «Le aconteció á esta persona, que estando en la mesa comiendo un día, avergonzado, visto el gran regalo con que era allí proveído de Dios de todo lo necesario, lo cual á muchos allá en el mundo les falta, sobrevínole una grande luz de la gran cuenta que les ha de pedir Dios á los religiosos, si no son los que deben: pues él tiene tan gran cuidado de ellos que no les falte nada para el alma y para el cuerpo, queriendo que pues él toma el cuidado de ellos, que ellos se descuiden de sus cuerpos, como si fuesen muertos; pues él por una parte tiene cuidado de ellos y los Superiores tambien; y que

solo tomen á su cargo el ser santos y contentar á Dios, y que de todo lo demás se descuiden, como un' cuerpo muerto, que no tiene ansia ni busca cosa; y que si no lo hacen, conoció la grande y estrecha cuenta que Dios les ha de tomar, y que el castigo será grande: porque ¿cómo será regalado allá, si acá tambien me regalo? Y el remedio que se le ofreció fué, que acá no se buscase más que un muerto, pues ya hay quien tenga ansia y cuidado de él con gran caridad, y que se mortifique y se olvide de sí, porque buscar acá mis regalos y quereres, gran cuenta ha de tomar Dios de los tales.»





CAPÍTULO XXII

HACE LA INCORPORACION EN LA COMPAÑÍA.—DEVOCIONES Y EJERCICIOS DE ORACION EN QUE SE OCUPABA.—CELO APOSTÓLICO CON QUE PROCURABA LA SALVACION DE SUS PRÓJIMOS

1585-1586

PASADO el tiempo de la tempestad, como escribe Alonso (1), vino otro de bonanza, en el cual no solamente cesó la lucha espantosa que antes había sostenido contra las potestades de las tinieblas, sino que además era visitada su alma con grande elevacion en Dios. Metíale Dios, como ya antes de la tentacion había hecho, en el profundo conocimiento de sus divinas perfecciones, y esto no con discursos, sino con una suave y quieta contemplacion de su bondad, de su poder, de su sabiduría y de los demás atributos propios de la divinidad. De este claro conocimiento de Dios sacaba Alonso dos frutos preciosísimos, es á saber, un encendido y abrasadísimo amor del soberano bien conocido, que le robaba el corazon; y por otra parte un gran conocimiento de sí

(1) Memorial, núm. 37.

mismo, de su propia vileza, impotencia, pobreza y miseria: porque así como lo negro junto á lo blanco se echa bien de ver, por el contraste de los colores; así resalta mucho la humana miseria puesta junto á la majestad de Dios, cuando él se da á conocer con gran perfeccion: de donde resultaba que viéndose su alma tan mala delante de un Dios tan bueno, venía á no estimarse en otra cosa, sino en lo que en realidad veía ser, esto es, muy mala.

Con este cambio tan notable verificado en el espíritu de Alonso, empezó á desaparecer de su cuerpo aquel exterior más de cadáver que de hombre vivo, que tenía en los últimos años de sus tentaciones, y aunque continuaban afligiéndole las penosas enfermedades en aquel tiempo contraídas, pero no le impedían el que pudiese desempeñar el oficio de portero que la obediencia le había encargado ni ocuparse en los demás quehaceres domésticos propios de su grado. Llegó en el mes de Marzo de 1585 al Colegio de Mallorca el P. Alonso Roman enviado por el P. Provincial, Jerónimo Roca, á hacer la visita de aquel Colegio, y á 5 del siguiente mes recibió los últimos votos del H. Rodriguez y de otro, llamado Diego Ruiz, muy semejante á Alonso en la santidad, como en su lugar se dirá. Cuán abundante consolacion recibiese nuestro santo portero al ver por fin cumplidos sus vehementes deseos de ser incorporado en la Compañía, no puede fácilmente decirse con palabras: basta recordar la molestia que le causaba el solo temor de ser despedido de la Compañía, y el intenso amor que á esta su madre profesaba; amor que él solo bastaba para hacerle temer continuamente, y para reputar por la mayor de las calamidades que en esta vida le podían acontecer, la posibilidad de ser despedido en algun tiem-

po de la religion. Así lo confiesa en el núm. 89 de su Memorial. Púsose una vez muy de propósito á examinar cuál sería la cosa que más pena podría darle en esta vida; y después de haber recorrido una por una todas las que le parecieron más duras de sufrir, halló que la más penosa y difícil que le podía acaecer, era que le despidiesen de la Compañía. Y, aunque cuantas veces acudía á Nuestro Señor y á su Madre Santísima con este temor, le aseguraban, diciéndole que tal cosa no sucedería; como á pesar de esto no se le quitase aquel temor, ejercitóse, como acostumbraba, en vencer delante de Dios esta pena, mortificando aun en punto tan delicado su propia voluntad. Trájole Dios en este ejercicio á tal estado de su amor y de deseo de dar contento á la divina Majestad, que aunque le despidieran, no pudiera entristecerse, por ver que en ello se cumpliría la voluntad del Señor, á quien tanto amaba, y cuyo gusto y contentamiento era su único contentamiento y gusto: «y así perseveró, concluye; y otros dos que entraron con él no» perseveraron.

Para mostrarse agradecido á Dios Nuestro Señor, que acababa de juntarle tan estrechamente consigo é incorporarle en su sagrada milicia, redobló su fervor en la santificacion de su propia alma y en la de sus prójimos, segun se lo permitía su grado de Coadjutor temporal: porque siendo estos dos los fines del Instituto que acababa de profesar, sentíase interiormente impelido á emplear todas sus fuerzas en la prosecucion de ellos. Para obtener la santificacion de su alma, ocupaba santamente el día de la manera que describe en su Memorial, y es la siguiente:

«Luégo en despertando por la mañana del sueño de

la noche, se pone, dice (1), con Dios y con la Virgen su Madre, y suele decir: *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina. Gloria Patri*, etc.; y á la Virgen María suele decir la letanía, que la sabe de coro. Y vistiéndose y después, se encomienda á Dios, y le pide licencia para entrar en la oracion á negociar con su Majestad, aunque indigno de estar en su presencia por verse tan malo delante de un Dios tan bueno, haciendo allí grandes actos de contricion y pesar de haberle ofendido, y con grande humildad le pide le dé gracia para que todo lo que allí hiciere con su memoria y entendimiento y voluntad vaya todo á honra y gloria suya, y así se lo ofrece todo; y haciendo tres profundas reverencias, como quien tiene ya la licencia, levantando el corazon á su Dios, empieza su oracion.»

«Y lo que trata con su Dios es, que por el grande amor que tiene á su Majestad y á Jesucristo y á la Virgen María Nuestra Señora y á todos los prójimos, suplica esta persona á este Señor le conceda estos cuatro como infinitos amores: amor infinito de Dios, y de Jesús, y de María, y de los prójimos, y con esto la salvacion de todo el mundo, y que le conceda que antes padezca todas las penas del infierno con su gracia por que su Majestad no sea ofendido ni ninguno sea condenado, sino que todos le sirvan y le gocen; y lo mismo pide á la Virgen que se lo alcance de Dios. Esta es la principal oracion que tiene esta persona, que dura tres cuartos: luégo da gracias á Dios por las mercedes que le ha hecho en este tiempo y en toda la vida, y acaba la hora con peticion á Dios Nuestro Señor por las necesidades

(1) Memorial, núm. 60.

que le han encomendado, y de las que tiene obligacion y por las suyas.»

»Las devociones que tiene esta persona, después de la hora de oracion que tiene por obediencia, son las que se siguen:

»Á Cristo Nuestro Señor reza cinco *Pater noster* y cinco *Avenmarías* á sus cinco llagas y á todos sus tormentos y trabajos, suplicándole por todos ellos le dé gracia para que viva como él vivió, y padezca como él padeció, y le sea grande imitador.»

»Á Nuestra Señora la Virgen María reza el oficio de su santa Concepcion, suplicándola ruegue á su santísimo Hijo por la santísima limpieza con que ella fué concebida, antes santa que nacida, que ruegue á su bendito Hijo que le guarde limpio de pecados como ángel para que agrade á Dios. Tambien le reza doce *Salves* y doce *Avenmarías* en memoria de su santísima limpieza, como está dicho, enderezadas á las veinte y cuatro horas del día y de la noche, rogándola que cada hora de estas veinte y cuatro horas ruegue á su Hijo le guarde de todo pecado.»

»Más, se encomienda á veinte y cuatro Santos (1), en los cuales entra el Ángel de su guarda y el Santo de su nombre, á los cuales ruega que cada uno tenga cuidado que la hora que le cabe de las veinte y cuatro ho-

(1) Estos Santos eran los siguientes: «El Ángel de la guarda, San Ildefonso, San Miguel, San Gabriel, San Rafael, San Pedro, San Pablo, San Juan Bautista, San Juan Evangelista, Santiago, San Matías, San José, San Lorenzo, San Francisco, San Cosme y San Damian, San Joaquin, Santa Ana, Santa María Magdalena, Santa María Egipcíaca, Santa Úrsula con las once mil vírgenes, Santa Isabel, San Zacarías, San Antonio y San Blas.» (Obras Es-
pirituales, núm. 52, tomo I, pág. 481.)

ras del día y de la noche, que ruegue á Dios le guarde puro y limpio de todo pecado.

«Tambien reza la corona de Nuestra Señora una ó más veces al día, teniendo salud, por la obligacion de la obediencia ó de otras necesidades.»

«Tambien reza el rosario de la muerte, diciendo: Señor, por tu santísima pasion y muerte te suplico me des muy buena vida, y muy buena muerte á todos mis vicios y pasiones y amor propio, y vistas de tu santa fe, esperanza y caridad.»

»Tambien dice el rosario del nombre de Jesús. Empieza diciendo: *Maria, esto mihi Maria* en lugar de *Ave Maria*; y prosigue: *Jesus, esto mihi Jesus*, y así hasta treinta y tres en memoria de los treinta y tres años de Cristo Nuestro Señor.»

»Acabado esto, ó que no pueda acabar, todo lo demás del día que resta procura de andar en la presencia de Dios como está un amigo con otro, lo cual es gran parte del día, andando y estando con su Dios á solas sin discurso alguno: el cual modo es de gran descanso no solo al espíritu, sino tambien al cuerpo, porque el amor de los dos causa gran presencia del amado, adonde negocia el alma lo que desea para gloria de Dios: este es un modo que tiene de orar.»

»Otro es tratar con Dios con grandes y fervorosos coloquios de amor, con los cuales el alma se enciende mucho en el amor de Dios. Otro modo tiene tambien de orar, y es hallándose con su Dios á solas con fervorosa peticion, y es que mirando el alma á su Dios, como se ve con algun trabajo ó necesidad suya ó ajena, mirando á su Dios, Dios la da allí á conocer cómo el solo es el que la puede remediar, para que desconfíe

de sí y de sus trazas, y confíe en Dios: y así desconfiando de sí, es gran medio para que alcance de Dios lo que le pide. Tiene otro modo de orar, y este al que se le da Dios es gran beneficio y merced; y es, que en un punto se halla el alma con su Dios á solas, y con el deseo fervoroso del corazon es tan grande la fuerza del deseo del corazon con que pide á Dios, que parece como quien hace fuerza á su amado Dios que le conceda lo que pide. Tiene otro modo de orar, que es vocal y mental, como cuando reza el rosario pronunciando las *Avemarias* y los *Pater noster* hablando con Dios y con la Virgen.»

»Tiene otro modo de orar, que es cuando se mortifica, y ejercita las virtudes, y pelea contra sus vicios y pasiones; y es de esta manera, que junta la oracion con la mortificacion que anden las dos juntas; y es de esta manera, que cuando le viene al alma algun trabajo, luego se pone delante de Dios, que es la oracion; y en medio de los dos, Dios y el alma, pone el trabajo presente; y mirando á su Dios, por su amor hace actos interiores con el corazon alegrándose con el tal trabajo por su amor hasta convertir lo amargo del trabajo en dulce, recibiendo el tal trabajo de la mano de Dios y no de las criaturas, y decirle al Señor: «Señor, amaros he yo más y más por la merced tan grande que me hacéis en darme en que yo padezca algo por vuestro amor.» Este ejercicio de oracion y de mortificacion venciendo el hombre á sí mismo haciéndose alguna fuerza, es muy alto: y, si se puede decir, es el más alto y que más agrada á Dios, que es negarse á sí mismo tomando su cruz para seguir á Cristo por el mismo Cristo, y porque el que se niega á sí mismo hace la voluntad de Dios, por

el cual camino trabaja y ora el alma, y alcanza de Dios las virtudes; y sin este ejercicio del vencimiento de sí mismo, yo no sé cómo. Todo es de Dios, y él lo puede dar en un punto; pero quiere que se lo pidan y que lo trabajen.»

»Tambien esta persona (1), desde que despierta por la mañana hasta que se acuesta, procura de ocuparse con Jesús y con María amorosamente, encomendándoles sus cosas y las ajenas, y los halla favorables. Á la noche, de que se va acostar, echa sobre la cama y sobre sí agua bendita, y desde los pies hasta la cabecera la bendice, y asimismo diciendo sobre la cama (haciendo cruces, y sobre sí mismo diciendo *Gloria Patris*): «la bendicion del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo:» y luego dice: *Deus, in adjutorium meum intende*, con el *Gloria Patri*, y encomendándose á la Virgen y al ángel de su guarda: y de que despierta, dice las letanías de la Virgen, que sabe de coro, y después á la mañana tiene su oracion con la gracia de Dios, y después entre día anda velando cómo contentará más á Dios, para con su gracia ponerlo por obra. *Laus Deo.*»

»Tambien se ejercitaba, dice (2), en refrescar los votos sirviendo á misa en el tiempo después de haber alzado la hostia y haber adorado á su Dios hasta que se iba, diciendo así, hablando con el Padre Eterno: «¡Oh Padre Eterno, Dios mío y Señor mío! ¡cuántas veces te he dado esta palabra de pobreza y obediencia y castidad, conforme á las constituciones de la Compañía! Suplícote, Señor mío, me perdones todo lo que yo haya faltado en

(1) Memorial, núm. 170.

(2) *Ibid.* núm. 92.

esta materia de obediencia, y en todo lo demás; y me des gracia para que yo te sirva con gran perfeccion. Y ahora nuevamente digo, que hago voto y promesa á tu divina Majestad, delante de la sacratísima Vírgen María Nuestra Señora y de todos los cortesanos del cielo, de pobreza, obediencia y castidad, conforme á las constituciones de la Compañía; y te suplico que como me has dado gracia para darte esta palabra, me la des muy grande para que te la cumpla con gran perfeccion, y te suplico, si acaso vale algo, lo recibas en hacimiento de gracias por la merced tan grande que me has hecho en sacarme del mundo y traerme á la religion de la Compañía, adonde estoý tan contento.»

«El cual beneficio, añade, es tan grande, que si todos los hombres del mundo buscaran tan grande bien para mi alma y para mi cuerpo, no pudieran atinar á tan grande bien como Dios me ha hecho. Aquí entra el alma con gran ponderacion, diciendo á su Dios: «Pues, Señor mío, ¿adónde está el amor infinito con que os amo, debiéndoos tanto? ¿adónde están los servicios infinitos, con que os sirvo, habiéndome hecho tanto bien? ¿adónde está el agradecimiento á tan grandes beneficios y mercedes, como he recibido de tu Majestad? Aquí se queda el alma anegada y pasmada en su Dios con tan grande luz de lo mucho que le debe y ha hecho á su alma y á su cuerpo, que es como infinito: y al fin ofrece al Padre Eterno en hacimiento de gracias los merecimientos y trabajos y vida santísima de su Hijo Cristo Nuestro Señor y los de la Vírgen María su Madre, porque en sí no halla que ofrecer, como vacía de bienes y llena de males.» Hasta aquí el Hermano.

No contento Alonso con atender con todas sus fuer-

zas á su propio aprovechamiento, se dedicaba, conforme á su vocacion, á procurar intensamente la salvacion y perfeccion de sus prójimos: y puede muy bien decirse que convirtió la portería de Montesion en una escuela de virtud, y en campo, en el cual desplegó un celo verdaderamente apostólico. Algunas personas principales y devotas de la Compañía, atraídas de la fama de santidad de que gozaba nuestro portero, pidieron con muchas instancias á los Superiores, y lo alcanzaron, que el Hermano Alonso enseñase á leer y escribir á sus hijos, para que de tal maestro aprendieran virtud y costumbres cristianas. Y Alonso, que por experiencia había probado cuánto fruto se hace en los tiernos niños con este ministerio, pues lo había ejercitado ya en Valencia mientras allí estudiaba, aceptó gustoso el cargo, y lo desempeñó muy á satisfaccion de los Superiores y de los padres de los niños, y con notable aprovechamiento de estos. El otro medio que tenía de aprovechar á los prójimos era el trato y conversacion de los estudiantes que frecuentaban las escuelas de Montesion. Habíase fundado la Congregacion de Nuestra Señora en 1570 cuando se pusieron las clases de gramática, y en 1586 se agregó á la primaria de Roma. Deseoso Alonso de propagar el culto y la devocion de la Santísima Virgen, especialmente en el misterio de su Concepcion sin mancha, empleaba toda la virtud de su natural elocuencia para atraer á los estudiantes á la Congregacion, para conservarlos en ella, y para hacerles adelantar en el camino de la perfeccion.

En el proceso de beatificacion se leen los testimonios de un gran número de personas graves y doctas, que deponen lo que les había acontecido en este particular cuando frecuentaban las escuelas de Montesion. Dicen

que les reunía Alonso en un aposento que estaba junto á la portería, y ora les leía algun libro de devocion, ora les hacía breves pláticas espirituales, exhortándoles á obedecer á sus mayores, á no faltar á las clases, á aprovechar el tiempo del estudio, á que huyesen de malos compañeros, y á que fuesen muy devotos de la Santísima Virgen, especialmente de su Purísima Concepcion. Enseñábales á rezar el santo rosario, y el método para confesarse y comulgar con aprovechamiento de sus almas. Á los que veía más capaces y mejor inclinados les instruía en la práctica del exámen cotidiano y de la oracion mental, les proponía cuán provechoso medio de santificacion era el ser congregante de la Santísima Virgen, y el maternal cariño con que esta Señora amaba y favorecía á sus congregantes y á todos los que por su amor procuraban conservar la limpieza de alma y cuerpo: para esto les daba una copia del Oficio de la Inmaculada Concepcion, á fin de que lo rezasen cada día, y les hacía sacar nuevas copias para repartir entre otros. Entregábales tambien documentos espirituales, escritos de su mano, adecuados á su capacidad, y conforme á las necesidades de cada uno. Gran número de estos discípulos de Alonso entraron en diversas religiones, y llegaban á ellas tan bien formados en espíritu, que los maestros de novicios luégo reconocían en ellos la mano del santo portero.

Durante el tiempo en que visitó el Colegio el Padre Alonso Roman, admitió en la Compañía á tres de ellos, uno de los cuales fué Rafael Oller, digno de especial memoria por la intervencion que en su vocacion tuvo nuestro santo portero. Sentíase Rafael hacía algun tiempo inclinado á abrazar el estado religioso y á entrar en

la Compañía de Jesús, y á nadie había dado cuenta de este su llamamiento más que al H. Rodriguez, con el cual tenía grande confianza, hija del concepto que de su santidad había formado: y aunque Alonso le aseguraba que aquella era vocacion de Dios y que á ella no podía resistir; vacilaba no obstante el jóven, y proponíale varias dificultades, que desde luégo conoció el Hermano de dónde provenían. Como si barruntase el demonio la guerra que Oller había de hacerle, si entraba en la Compañía, procuraba con vanos artificios estorbarle su entrada en ella y tenerle enredado en los regalos del mundo. Creyó Alonso que la solucion de las dificultades había de venir de arriba; y así determinó haberlo y tratarlo con Dios Nuestro Señor, tomando este negocio muy á pechos y muy de veras. Púsose en oracion fervorosa delante de Dios, entregósele á su Majestad con todas las fuerzas de su alma, suplicándole que hiciese del jóven y dispusiese de él y de este negocio lo que fuese para su mayor gloria. Fué tal el fervor de la oracion y la vehemencia del entregamiento, que antes de salir de la presencia del Señor, conoció claramente que Dios tomaba el jóven á su cargo, y le aseguraba que no triunfaría de él el infierno. El suceso mostró que no era esto una vana ilusion. Rompiendo Oller por todos los obstáculos que se le oponían, preséntase á su maestro, el santo portero, y dícele resueltamente que quiere pedir la Compañía y entrar en ella. Dirígele Alonso al P. Visitador, y como el jóven á una piedad y pureza de costumbres no vulgar añadía un talento y aplicacion más que ordinaria, fué recibido antes de terminar la visita del Colegio, á la que se dió fin en 12 de Junio de 1585.

No desmayó el demonio con esta derrota; antes renovó sus ataques contra el novicio: y fueron estos tan recios, que no hallando el bisoño soldado consuelo en los Padres que de él cuidaban, hubo de pedir que le permitiesen tratar su negocio con el H. Rodriguez (1). Hablóle este con tanta eficacia, que le dejó esforzado para resistir á la tentacion y confirmado en su buen propósito. Tercera vez volvió á la carga el enemigo; pero amaestrado ya el novicio, y apercebido con las armas que le había dado el Hermano, peleó, derrotó á su contrario, y salió vencedor de él.

(1) Memorial, núm. 38.





CAPÍTULO XXIII

CON SUS ORACIONES LIBRA DE UNA GRAVE AFLICCION AL P. JUAN AGUIRRE AUSENTE.—MUERTE DEL P. BARTOLOMÉ COCH.—VE ALONSO ABIERTOS LOS CIELOS PARA RECIBIR EL ALMA DE ESTE PADRE.—CALMA DE REPENTE LA FURIA DE UN HURACAN.—REGALOS DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.—ESCRIBE Á UN NOVICIO UNA CARTA LLENA DE CELESTIAL DOCTRINA

1587-1588

Así como Alonso con sus oraciones libró de un inevitable cautiverio al P. Juan Aguirre cuando estaba en Sóller para embarcarse; así tambien le libró por este tiempo de un peligro espiritual en que se hallaba. El caso pasó de esta manera. Estaba un día el buen Hermano paseándose por un tránsito del Colegio, donde tenía su aposento, absorto en profunda contemplacion, cuando he aquí que oye en el aire una voz clara que le dice: «Ruega por tu amigo el P. Aguirre, que está en grave peligro.» Residía á la sazón el Padre en el Colegio de Gandía. Conoció Alonso de dónde venía la voz: y lo mismo fué oírla, y postrarse ante el divino acatamiento, clamando al cielo, y pidiendo á la Santísima Vírgen el remedio de aquella necesidad. Si-

guió algunos días rogando y ofreciendo para el mismo fin todas sus penitencias, comuniones y las otras buenas obras que hacía; y creyendo haber hecho lo bastante para cumplir con el encargo del cielo, cesó de rogar y de pedir remedio. Llegó el verano de este año de 1587, y fué á visitar el Colegio de Mallorca el P. Jerónimo Roca, Provincial de Aragon; y al tomar la cuenta de conciencia al H. Rodriguez, quedó no poco sorprendido al oírle contar lo de la voz que había oído, y no pudo menos de tenerla por revelacion del cielo; porque precisamente los mismos días en que Alonso decía haber oído la voz, hallábase el P. Provincial en Gandía, y fué testigo de la tribulacion del P. Aguirre (1), el cual vencido de un humor melancólico, que le apretaba en gran manera, dió en un frenesí, que le puso en peligro de morir sin acuerdo y sin sacramentos, y con mucha desconfianza de su salvacion; cosa que por recaer en sujeto tan santo y en tan ejemplar religioso, causaba á todos particular lástima y pena. Dijo entonces al Hermano el Padre Provincial el peligro en que efectivamente se había hallado el P. Aguirre en aquella ocasion, y cómo por aquellos mismos días, que decía él haber oído la voz y rogado por el Padre, había este sanado, y que quedaba con salud para servir, como sirvió después por algunos años, á Dios Nuestro Señor, en la Compañía. De lo cual recibió Alonso un consuelo indecible por lo mucho que amaba al P. Aguirre. Todo el tiempo que estuvo pasando la visita el P. Roca, trató muy íntimamente con el santo Hermano, admiró la solidez y perfeccion de sus virtudes, y la abundancia de singulares mercedes y re-

(1) Memorial, núm. 58.

galos con que el cielo enriquecía y recreaba aquella bendita alma; y quedó con tan alto concepto y tan grande estima de la santidad del portero, que en una plática de comunidad que hizo poco después de llegado á tierra firme, dijo que había hallado en la Provincia un religioso, á quien regalaba Dios no menos que á San Francisco de Asís. Y decía esto refiriéndose á Alonso, al cual no quiso nombrar, porque aún vivía.

Antes de la llegada del P. Roca á Mallorca había el Colegio experimentado dos pérdidas muy sensibles. A 6 de Abril había fallecido el P. Juan Encontra, y á 22 de Julio el P. Coch. El P. Encontra era un fervoroso imitador del H. Alonso, y tan perfecto religioso, que «muy pocos ha tenido este Colegio, dice el historiador de Montesion, que se le hayan igualado.» Siendo prefecto de la Congregacion de estudiantes, instituyó la que él llamaba «Academia de los humildes,» cuyos miembros eran los congregantes más fervorosos. Ocupábanse en ejercicios de humildad, como barrer las clases, dándoles el Padre ejemplo ejercitando con ellos los mismos oficios.

El P. Bartolomé Coch fué el segundo Rector del Colegio, y le gobernó tres veces: la primera desde 1568 á 1573; la segunda, desde 1576 á 1579, y la tercera desde 1585 hasta el día en que murió. En su primer rectorado llegó á Mallorca el H. Alonso, cuyos primeros votos recibió el P. Coch, y durante su último rectorado hizo Alonso su incorporacion en la Compañía. El Padre Coch fué el alma de aquel Colegio: él puso las clases de gramática en 1570, y el año siguiente dió principio á la fábrica del magnífico templo de Montesion, cuyo cuerpo con sus cuatro capillas á cada lado logró ver terminado siendo Rector la segunda vez. Tuvo tanta estima de la

santidad de Alonso, que le miraba como al sosten y columna de aquel Colegio; y solía decir que no le había costado poco trabajo estorbar la salida del santo Hermano de aquel Colegio en muchas ocasiones que le habían pretendido sacar los Provinciales y Visitadores para santificar con su presencia otros Colegios y ciudades. El mismo Alonso hizo de su Rector el siguiente elogio tan breve como cumplido: «Fué, dice, muy estimado por su gran virtud en este reino de Mallorca, y el Obispo hacía gran caudal de él: hizo muchas cuaresmas en la Seo: era único en hacer paces, y en predicar el más famoso; era hombre de gran prudencia: visitóle el Obispo en su enfermedad: vino á su enterramiento el Cabildo de la Seo.»

Pero lo que da más claro testimonio de la santidad de este Padre, es lo que sucedió en su última enfermedad. Hallábase muy al cabo y con los santos sacramentos ya recibidos, cuando fué la comunidad á su aposento para hacerle la recomendacion del alma. Por no caber todos dentro del cuarto, quedáronse fuera algunos, y entre ellos el H. Alonso, que se arrodilló junto á la puerta mientras se estaban rezando las oraciones que en aquellos solemnes momentos se acostumbran rezar: elevóse en seguida en alta y fervorosa oracion, y de improviso vió en espíritu abiertos los cielos, y fuéle revelado que por ser el Padre tan santo y siervo de Dios, y por haber trabajado tanto por amor del Señor, con tiempo se le abrían los cielos, para que fuese á gozar del premio de sus trabajos. «Duraría aquesta vision, añade Alonso (1), medio cuarto de hora.» Tal fué el dichoso

(1) Memorial, núm. 33.

fin de aquel gran siervo de Dios, y con este favor soberano quiso el cielo templar el dolor del devoto súbdito en la pérdida de un Padre, de quien tantos beneficios había recibido. Á la muerte del P. Coch quedó por Vicerector del Colegio el P. Pedro Hosta, de quien hemos hablado ya en el capítulo veinte de esta historia: estaba enfermo dicho Padre, y durante su gobierno interino falleció á los 28 de Febrero del año siguiente. En este tiempo sucedió el caso que vamos á referir, en que se echó bien de ver cuánto valimiento tenía con Dios Nuestro Señor el santo H. Alonso.

Aciaga fué y de tristísimos recuerdos para la isla de Mallorca la noche del 7 al 8 de Diciembre de 1587. Vióse súbitamente sorprendida la ciudad y la isla por una deshecha tempestad solo comparable á los huracanes de las Antillas, á los *ciclones* ó *tifones* de la India y á los *baguios* del archipiélago Filipino. Era tanta la furia del vendabal, que derribó dos cruces de piedra levantadas á las puertas de la ciudad llamadas del Campo y de San Antonio: arrancó de cuajo y trasportó á distancia increíble árboles seculares muy corpulentos, y causó mil desperfectos aun en los más sólidos edificios. Las tinieblas de la noche aumentaban el horror y espanto que el terrible meteoro producía en los ánimos de todos, y el pavor y congoja que se apoderó de sus corazones. Los Padres del Colegio se refugiaron á la Iglesia, y se pusieron á rogar al Señor, que manda á los vientos y á los mares, que librase á su pueblo de aquel espantoso azote. Largo rato permanecieron en oracion; y los vientos, lejos de mitigar su furia, bramaban con furor siempre creciente. Vino á aumentar la congoja de los corazones un espantoso ruido acompañado de lasti-

meros ayes y gemidos y de confusa gritería. Causólos la caída de una pared del Colegio, que cogió debajo de sí unas casas vecinas, sepultando vivos á algunos de sus moradores, y dejando á otros en un estado lastimoso. Salen de la Iglesia los Padres despavoridos sin saber á dónde dirigirse á causa de la oscuridad de la noche. El P. Hosta (1), Vice-Rector del Colegio, conmovido por los ayes de los vecinos, y lleno de angustia por los males que á los de casa amenazaban, como encontrase al H. Alonso que corría al auxilio de los demás, díjole con voz de dolor: «¿Qué hace ahí, Hermano? Váyase al coro, y pida á Nuestro Señor que ponga freno á este huracan.» Dirígesse el Hermano al coro, que allí cerca estaba, en cumplimiento de la orden del Superior: siguióle el H. Alonso Magí como instintivamente, creyendo que en ninguna parte estaría tan seguro como al lado del santo portero: entra este en el coro, arrodíllase, y con fervoroso afecto del corazon suplica á su Madre Inmaculada que libre del azote á aquel pueblo tan devoto de su Concepcion sin mancilla, cuya fiesta se iba á celebrar (2). Contó después el H. Magí que lo mismo fué

(1) El P. Marimon dice que era el P. Matías Borrásá. Esto no puede ser, porque segun la historia de Montesion el P. Borrásá no llegó á Mallorca hasta el 21 de Marzo de 1588.

(2) En las actas capitulares de la Catedral de Palma se lee que á los 12 de Diciembre de 1576 propuso el Sr. Obispo D. Juan Vich la ereccion de una cofradía titulada de la Pureza de la Virgen en honor de su Concepcion Inmaculada: y todo el cabildo aprobó su proposicion. El mismo cabildo en 2 de Diciembre de 1580 accedió á los deseos de una persona devota, que por medio de los Sres. Antonio Vinyes, Bartolomé Mora y Rafael Sabater (procurador el primero, y consiliarios los otros dos, de la cofradía y hospital de San Pedro y San Bernardo, para sacerdotes de la Isla enfermos), pedía se celebrasen por dichos cabildos solemnes Maitines durante la octava de la Purísima Concepcion.

arrodillarse y empezar su oracion el obediente portero, y cesar casi de repente el huracan, y comenzar á serenarse el cielo, no sin admiracion y alegría de todos, aunque ignoraban la causa de tan súbita mudanza. Restablecida la calma en los corazones, no menos que en la atmósfera, volaron todos al socorro de los desgraciados que la pared había sepultado entre escombros y ruinas, sacáronlos de la sepultura y les aplicaron los remedios que exigía la primera cura á los que habían recibido más daño.

Larga tarea sería la de querer enumerar las continuas y soberanas mercedes con que la Santísima Virgen y su Hijo benditísimo regalaban á su querido siervo Alonso. Algunas diré aquí de las muchas que refiere en su Memorial. Hallándose un día rezando con mucha devocion y ternura el santo rosario (1), vió súbitamente en espíritu cómo Nuestra Señora y su bendito Hijo vinieron á él. El Hijo venía al lado derecho de la Madre, y al izquierdo del Hermano Rodriguez, y se aposentó dentro del corazon del Hermano: traía la Virgen consigo otro corazon, y se le puso al lado derecho, y se metió dentro de él: de condicion que dentro de Alonso se aposentaron Jesús y María con tan grande y tan sensible presencia, que por más de doce años le duró el sentirlos en sí sin poderlos olvidar. Este mismo favor recibió otras muchas veces durante su vida.

Cuando pedía alguna cosa á Nuestro Señor poniendo por intercesora á la Virgen, lo cual era en él ordinario, oía frecuentemente á la Señora que respondía (2): «Por

(1) Memorial, núm. 7.

(2) *Ibid.* núm. 122.

tu vida, hijo, que yo lo haré.» Estando un día en la mesa con fervorosa oracion y ejercitando actos de amor de Dios y de la Virgen, hablando con ella le decía con abrasado afecto, de amor: «¡O Señora, y quién te viese allá en el cielo!» Y la Virgen le respondió (1): «Ya me verás.» Otro día tratando con Dios el Hermano, le habló la Virgen y le dijo (2): «¡O hijo Alonso, cómo te quiero con encarecimiento de amor!» Y era tan grande y tan tierno el que la Santísima Virgen y su bendito Hijo le mostraban, que esto mismo le hacía recelar, aunque él procuraba mucho humillarse. Sirviendo á misa se le mostraba la Señora tan favorable, que esto mismo aumentaba su temor; á lo cual la Virgen para animarle le decía (3): «¿No quieres que te ame, amándome tú tanto?» De aquí le nacía aquella segura y cierta confianza, con que en toda necesidad propia y ajena acudía á pedir socorro á la Virgen, y siempre la hallaba propicia y pronta para consolarle, porque siempre le pedía lo que había de ser para mayor gloria de Dios y bien de las almas: y como una vez se admirase algo de la facilidad con que accedía á sus deseos, le dijo la Virgen (4): «Tú me eres fiel, y ¿no lo seré yo á tí?»

Estando una vez comiendo á mediodía tan absorto en la contemplacion de las cosas celestiales, que no se daba cuenta de lo que hacía, se le detuvo en el gáznate un grano de uvas por no haberle bien mascado, y le daba algun tormento, que le parecía que se ahogaba: acudió luégo como instintivamente á su acostumbrado re-

(1) Memorial, núm. 147.

(2) *Ibid.* núm. 121.

(3) *Ibid.* núm. 161.

(4) *Ibid.* núm. 205.

fugio, la Santísima Virgen, pidiéndole que le ayudase en aquel trance; y lo mismo fué invocar interiormente el nombre de María, que hallarse repentinamente libre del peligro (1); cual si estuviese allí con él esperando que la llamase. Y no paró en esto la piedad de la Señora; porque no solo le libró del trabajo, sino que le dejó con particular consuelo en su alma, y con un tan grande amor y agradecimiento á la Virgen, que excedió en mucho al que antes le tenía, pareciéndole que no habría cosa que la pidiese, que no la alcanzase de ella.

Aunque tan singulares eran estas mercedes con que el cielo regalaba á nuestro Alonso; estaba su fervoroso espíritu tan arraigado en la verdadera humildad; que no podía temerse en él peligro de que se ensoberbeciese con favores tan soberanos, y tenía sus pasiones y sus potencias y sentidos tan ordenados y mortificados, que bien merecía tener su trato y conversacion en los cielos el que estaba muerto á todo lo de la tierra. Pintó bien el santo Hermano el sublime grado de perfeccion, á que en este tiempo había subido su bendita alma, en una carta dirigida á un Hermano novicio, antiguo estudiante, á lo que parece, del Colegio de Montesion: en ella se muestra tal, que cualquiera que la lea con alguna atencion, más bien creará oír á un consumado maestro de espíritu, muy versado en la lectura de las sagradas letras y de los Santos Padres de la Iglesia y en la direccion de las almas, que no á un simple lego ocupado en los ministerios humildes de una casa y en la guarda de la portería de un Colegio. Hállase esta carta en el tomo II, página 294, de sus Obras Espirituales, y fué escrita en el mes de Julio del año 1588.

(1) Memorial, núm. 146.

S. A. RODRIGUEZ.

Acerca de la oracion da al novicio estos documentos, que son de lo más sólido que en esta materia se ha escrito. «Díceme en la suya, escribe, que le va bien en la oracion. Á esto respondo, que entonces le irá bien en ella, cuando le fuere bien en la mortificacion; y si viere que no le va bien en la mortificacion, sepa que no le va bien en la oracion, aunque parezca que tiene en ella gracia de entrada: porque el fruto de la oracion ha de ser la grande mortificacion, con la cual trabaje el alma de alcanzar la altísima semejanza de Cristo é imitacion suya así en el padecer por su amor, como en la puridad del alma, viviendo limpio como ángel: y cuanto más se acercare á él en esta imitacion de vida y virtudes, más santo será.» Esta doctrina había aprendido Alonso en la escuela de Cristo Nuestro Señor, y esta practicaba él y enseñaba á los demás. «No está la santidad y perfeccion del alma, dice en otra parte (1), en que una alma tenga muchas visiones, no en que tenga don de profecía, no en que haga muchos milagros, no en que tenga muy ferviente devocion; porque estas cosas y otras semejantes, si Dios se lo da, la cuestan poco trabajo.... La santidad se ha de alcanzar á fuerza de armas y con la gracia de Dios, que la da él á los que se determinan de veras de pelear contra sí mismos por amor de Dios; y esta pelea y vencimiento de sí mismo cuesta mucho trabajo, porque el alma se anda siempre haciendo mal, persiguiéndose hasta tanto que no sienta en sí querer ni no querer, sino solo el querer y no querer de su Dios.»

Y luégo añade: «Más querría yo saber refrenar mi lengua y regirla como Dios quiere, hablando siempre

(1) Obras espirituales, tomo II, pág. 459.

segun Dios, que no hacer milagros, y me haría más provecho. Más querría yo para mí tener mortificada la ira, teniendo mortificado mi corazon que no se altere en cosa alguna contraria que le venga, que esté mortificado como muerto, que no hacer milagros..... Más querría yo tener un corazon tan limpio de pecados como un ángel, y que esté tan determinado de no pecar, por mínimo que sea el pecado, aunque por ello le hubiesen de martirizar y quitar la vida, solo por contentar á Dios, que no hacer milagros. Más querría yo una profundísima humildad de corazon, que tener don de profecía y hacer milagros, porque me haría á mí más provecho y serviría á Dios más con ella. Más querría yo la perfecta caridad y amor de Dios, que todas cuantas cosas se pueden imaginar; y amar al prójimo más, cuando me hace más agravios y me persigue más, teniendo esto por gran beneficio y buena obra, como es la verdad que lo es.» Y así va diciendo otras razones á este propósito.

Pasa luégo en la carta al novicio á enseñarle el amor espiritual con que ha de pretender ser amado de los que tienen el cargo de formar su espíritu, y dice: «Si en el mundo se usa, que cuando una persona ama con amor grande á otra con amor carnal, le hace todo el bien que puede con buenos tratamientos conformes al amor que le tiene, regalándola y honrándola, y si puede hacerla rica lo hace, levantándola á grande estimacion, honra y nombre, cuanto puede, como el mundo y la carne enseña; ¿qué obrará el amor espiritual? Digo esto, carísimo Hermano, para que esté en el caso en su noviciado, que el amor espiritual ha de obrar todo lo contrario. Y así, cuando un siervo de Dios ama á otro con este amor, ha de hacerle todo el bien espiritual que puede, para que

su alma sea rica, graciosa y hermosa á los ojos de Dios, y así sea honrada y estimada por el mismo Dios. El amor carnal da al amado regalos, deleites, honras mundanas, dignidades y estimacion de grande nombre; pero el amor espiritual le hinche de tesoros espirituales con que se enriquezca, que son trabajos, cruces, pobreza, disgustos, deshonoras, menosprecios, penas, tormentos, persecuciones y todos los géneros de trabajos que le convengan, y todo con grande amor; y esto porque mientras más padeciere por Dios, sea más rico, y así medre en grande amistad de Dios, padeciéndolo y abrazándolo por su amor. Y no solamente le dará disgustos para que medre, sino que le quitará los gustos, si algunos tiene, para que salga fuera el bien me quiero.» No sé si puede darse doctrina más claramente expuesta, y más sólida y provechosa no menos á los directores de las almas para que sepan el camino por donde las han de dirigir y los medios por los cuales ellas han de medrar y aprovechar en la vía espiritual, que á los deseosos de su propio aprovechamiento, para que no tomen por desamor y odio de Dios lo que en realidad no es sino verdadero amor y deseo de su bien, es á saber; el que el Señor les envíe adversidades y trabajos, deshonoras y pobreza, enfermedades y dolores, para que sufriendolos con paciencia y resignacion, alcancen las verdaderas y sólidas virtudes, y con ellas la perfecta caridad y amor de Dios.

Cita en confirmacion de tan celestial documento el ejemplo de los santos Padres del yermo, que ejercitaban á sus discípulos en quebrantarles todos sus quereres, ordenándoles cosas no á derechas y que llevasen razon ó que les contentasen, sino á torcidas y que les entristeciesen; no cosas agibles y fáciles de llevar, sino duras de

sufrir é imposibles: y esta aparente crueldad, era verdadera caridad; y de los que en estas cosas se hallaban bien, tenían esperanza de que alcanzarían la perfeccion. «¡Oh! exclama, cuán lejos y apartados que andamos algunas veces de esta doctrina, que nos enseñó Cristo, de padecer y abrazar cruces por su amor! Y ¡cuán metidos que andamos en descansar, huyendo de la cruz, lo cual no es otra cosa que huir del mismo Cristo crucificado! Pregunto yo: ¿adó son las virtudes, si se alcanzan con cruces, y nosotros no las queremos, antes huímos de ellas? ¿Adó el premio y corona, si se da á los crucificados é imitadores de Cristo? Porque de verdad que no parecerán á Cristo sin cruces. ¡Desdichados los honrados, aunque sean santos! ¡Desdichados los regalados y aquellos á quien todos tratan bien, aunque sean santos! ¡Desdichados los que viven sin cruces que pasar por Cristo! ¡Desdichados los que no son reprendidos, perseguidos, tenidos por locos, siendo ellos buenos y cuerdos á los ojos de Dios! Y bienaventurados los que son perseguidos y llenos de cruces en esta vida, porque padeciendo por Cristo, serán amigos de Cristo. Si queremos saber cómo nos va de aprovechar, miremos cómo nos va de tener muchas cruces, y cómo las abrazamos por Cristo; y en esto veremos cómo nos va. Bien nos va, si tenemos muchas cruces, y en ellas mucha paciencia, alegría y union con la voluntad de Dios, la cual hinche el alma de dones y virtudes.»

Palabras son estas que revelan un corazon verdaderamente crucificado con Cristo. Tales documentos no se aprenden en la lectura de libros piadosos, sino en la escuela de la tribulacion y en la práctica constante de las más excelentes virtudes; voces son de un alma levanta-

da á la más alta cumbre de la perfeccion cristiana, guiada á ella por el Maestro divino, que enseña sin ruido de palabras y sin aparato de discursos y argumentos. De los principios antes sentados deduce con lógica consecuencia que «Locura es dar á nuestra sensualidad buen vestido, sino vil y despreciado, dándole deshonras y todo desprecio y mal tratamiento, como á enemiga que siempre nos persigue de noche y de día con sus engaños. ¡Y que queremos bien á quien tanto mal nos hace! Gran locura es. Pero es gran sabiduría andar con ella enojados, regañando, y con odio santo persiguiéndola siempre como á engañadora. ¡Que regale yo y quiera bien á quien me quiere echar en el infierno! ¡Y que llegue hasta esto el bien me quiero! ¿Qué mayor locura y desatino? ¡Que tengamos amor con ella! No se puede sufrir. ¡Que no caigamos en la cuenta de tan gran desdicha! Gran desdicha y gran castigo es de Dios, porque nos amamos con falso amor. ¡Que lleguemos á tanta ignorancia y locura, que lo malo del bien me quiero tengamos y amemos por bueno, perdiéndonos por amarnos mal; y que ganándonos por el aborrecernos, no lo hagamos! Locos somos y sin seso. Pues tanto puede el bien me quiero, y al infierno nos vamos tras nuestra carne. ¡O desdicha, o desventura, o bobería! Que nos perdemos, y no miramos por nosotros: y cuando caemos en la cuenta es muchas veces cuando ya no hay remedio para poderlo remediar. Persigámonos, pues, poniendo acá remedio en lo que no podremos allá, para que no nos perdamos, y seamos engañados por el bien me quiero.»

Termina tan elocuente exhortacion al novicio definiéndole la mortificacion y recordándole lo que al principio le había dicho de la necesidad que tiene de andar

acompañada de este ejercicio la verdadera y provechosa oracion. «Propiamente hablando, dice, mortificacion es un ejercicio, con el cual el alma peleando tiene guerra con todos los vicios. Y por esto es tan amarga, porque es pelea: con la cual, venciendo el alma, alcanza las virtudes y se viste de ellas, viniendo á ser tan hermosa con ellas delante de los ojos de Dios, cuanto lo son las más perfectas y ricas virtudes; con las cuales por medio de esta mortificacion viene á imitar al Hijo de Dios, ayudando la oracion, pidiendo en ella favor para tan alta empresa. Y así es menester andar siempre orando, y trabajando en la mortificacion. Este es el camino de los verdaderos religiosos, y de la gran santidad, y el camino del cielo: allá nos veamos. Amen.»

Esta carta he querido poner aquí por ser la de más reciente fecha entre las que del santo Hermano conservamos, y porque en ella se pinta á sí mismo, como en todas las demás que de él se conservan, y aun lo mismo puede decirse de todo lo que escribió. Nada se ve en ellas de vanos cumplimientos ó que huela á trato aseglarado, nada siquiera indiferente, nada que no sea en gran manera provechoso y sumamente espiritual: al contrario todas sus sentencias son otras tantas erupciones de un encendido volcan de amor de Dios y del prójimo, y descubren, sin pretenderlo Alonso, la solidez de sus virtudes y los ricos tesoros del cielo que Dios Nuestro Señor había depositado en aquella alma endiosada, tan purificada y probada en el crisol de la tribulacion. Grandes ayudas de costa eran necesarias para perseverar constante en el continuo ejercicio de tan heroicas virtudes; y el cielo lejos de mostrarse escaso, se las prodigó con larga mano, como se irá viendo en lo que se escribirá más adelante.



CAPÍTULO XXIV

DOS MANERAS DE CONOCERSE EL HOMBRE Á SÍ MISMO.—
SEIS PROFUNDOS ABISMOS QUE DESCUBRÍA EN EL HOM-
BRE. — INFÚNDELE DIOS EL CONOCIMIENTO PROPIO. —
HUYE LAS HONRAS Y ABRAZA LOS MENOSPRECIOS

EL camino por donde alcanzaba Alonso «más vi-
sitas, luces y regalos de su humildísimo Señor»
dice que era «el humillarse cuanto más podía
delante de él, reconociendo su bajeza y su nada.» Dos
maneras de conocerse el hombre á sí mismo enseña,
amaestrado en la propia experiencia: la primera es, su-
biendo de los efectos á la causa; la otra, viendo la causa
en sí misma como por clara intuición. Si pongo los ojos
en la hermosura y lindeza de la flor que de sí echa el
árbol; si advierto cuán sabrosa es al paladar, y cuán her-
mosa y agradable á la vista la fruta que de aquella flor
se produce, vendré en algún conocimiento de la bondad
intrínseca del árbol. Pero si á uno «Dios le metiere allá
dentro del tronco, dice Alonso (1), y le diese á conocer
de la manera que está dentro del tronco en sí mismo

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 600.

aquella tan hermosa y linda flor con toda su lindeza, y aquella tan hermosa y dulce y sabrosa fruta; allí se admiraría de la bondad y sabiduría de Dios, y amor que tiene á los hombres regalándolos tan abundantemente: y este penetrar esta tan gran cosa parece que no se puede penetrar, ni ver, ni conocer, sino por grande luz del cielo ó por claro milagro.» Lo mismo se ha de decir del propio conocimiento en el hombre.

Alonso desde que entró en la religion, habíase ocupado con todas veras en alcanzar la verdadera humildad y el verdadero conocimiento de sí mismo, que es la raíz de esta hermosa virtud. Este conocimiento procuraba alcanzarlo por la consideracion de la mala fruta que de su propia inclinacion tendía á producir la depravada naturaleza, y lo alcanzó por tres vías: primera, por vía de consideraciones y discursos, por los cuales venía á descubrir algo de su gran vileza y bajeza, flaqueza é ignorancia, y de la gran fealdad y abominacion de su alma y cuerpo, y de la grande incomprensibilidad de su nada y cuán nada valía ni hacía por sí solo que agradase á Dios, como escribe el mismo; lo segundo, por el camino de la oracion, pidiéndolo á Dios Nuestro Señor, por el cual camino Dios le daba gran conocimiento de la humana miseria y de la infinita grandeza y poder de la divina Majestad; y esto se lo daba á conocer sin ruido de palabras, por clara vista del entendimiento, sin consideracion alguna que se la descubriera, sino solo Dios por sí mismo; lo tercero, por medio de los trabajos y enfermedades que Dios le enviaba. «¡Dichosos trabajos! exclama (1), pues por ellos viene (el hombre) á alcan-

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 623.

zar una cosa tan alta y preciosa, como es el conocerse muy de veras; y mediante este conocimiento, la humildad que lleva los hombres al cielo.» Y añade luégo: «Todo lo que Dios la da á conocer (al alma) por este camino dichoso, para que se humille, es semejante á lo que la descubre de su conocimiento en la oracion cuando trata con Dios este negocio, y así la luz de oracion y la de los trabajos viene á ser todo una cosa, luz de oracion y de experiencia.»

Pero estos tres conocimientos ó caminos de conocerse á sí mismo, aunque bastan para fundamento de una profundísima y heroica humildad, no son lo que hay en esta materia de más sólido y excelente. Por ellos se conoce algo el árbol, pero por los frutos que echa de sí, y no en sí mismo, como se conoce por el cuarto camino que explica Alonso por estas palabras (1): «El cuarto conocimiento que Dios comunica al alma es muy alto y de muy grande estima: en el cual da Dios á conocer al alma en sí misma lo que es, viendo en sí misma lo que heredó de Adan, es á saber, sus vicios y pasiones afijadas en sí misma; en la cual vista se ve en sí misma que Dios la puede librar y desnudar de tanto malo como en sí misma ve; y que como la mala tierra que echa de sí abrojos y espinas, así ve que la tierra de su alma no echa de sí sino vicios y pasiones y pecados, diciendo á su Dios: «Señor, yo no hallo remedio en mí para mí,» para que él se lo dé: y así se tiene de verdad por lo que ve en sí allá dentro en lo profundo de sí misma cuán corrupta y estragada está..... Y así como los grandes muladares, adó se echan todas las inmundicias de la ciudad es tan

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 623.

vilísima cosa, así se ve y conoce ser semejante al tal muladar en vileza y hediondez.»

Para mayor inteligencia de la doctrina que aquí enseña Alonso y para conocer mejor la diferencia que va de uno á otro conocimiento, pongamos un ejemplo en materia científica. El conocimiento por discursos y consideraciones puede compararse al que alcanzaría uno que deseoso de saber geometría, tomase un tratado de esta parte de las Matemáticas, y con la lectura y estudio privado fuese aprendiendo los principios y teoremas, y resolviendo los problemas propuestos por el autor. El conocimiento que se saca en la oracion, cuando Dios á solas con el alma la ilustra y enseña, es semejante al que adquiriría el discípulo de geometría, que oyese las explicaciones de un consumado profesor de Matemáticas. Este conocimiento haría mucha ventaja al primero, ya por ser más fácil oír la viva voz del maestro, que penetrar las mudas palabras escritas en un libro, ya tambien porque lo que se oye de un aventajado maestro se percibe más claramente y se graba en la memoria con mayor fijeza. Si á las explicaciones del profesor se añade la verificacion de la teoría por la experiencia, el conocimiento teórico recibe nueva confirmacion y seguridad, y el experimental aumenta el gusto que siente el alma al conocer la verdad. Este corresponde al conocimiento de sí adquirido por medio de los trabajos: y así dice Alonso, que «la luz de oracion y la de los trabajos viene á ser todo una cosa, luz de oracion (ó de teoría) y de experiencia.» Finalmente el cuarto conocimiento será semejante al que resultaría en nuestro geómetra del estudio del cálculo infinitesimal con un sabio profesor, que le hiciese ver como de una simple vista todas las teorías

geométricas en un reducido número de fórmulas sencillísimas y de sorprendente generalidad.

De un modo parecido fué Dios Nuestro Señor introduciendo en el alma de Alonso el conocimiento de sí mismo, y con él la profundísima humildad de corazón, con la cual puso por obra lo que por aquellos conocimientos había aprendido como especulativamente. Ejercitóse en primer lugar Alonso en la consideración de seis profundos abismos que descubriría en el hombre. Primer abismo: lo nada que es el hombre, según lo que dice el Apóstol: «Si alguno piensa que es algo, siendo como es nada, él mismo se engaña.» De aquí que se considerase como una pluma en manos del escribano, como un pincel en manos de un pintor, etc. Segundo abismo: lo impotente y flaco del hombre, como quien no tiene ser: y es así que la nada nada puede. Tercer abismo: que el hombre no tiene en sí cosa buena de sí: todo lo bueno que en él hay, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, le ha de venir de Dios. Cuarto abismo: lo malo que es el hombre por los muchos pecados que contra Dios ha cometido; de aquí le viene el santo aborrecimiento de sí mismo y el creerse digno de todo castigo. Quinto abismo: el de la suma ignorancia del hombre. Sexto finalmente: el de la vileza y hediondez del cuerpo: lo cual mueve á menosprecio y asco de sí mismo. Expone difusamente estas consideraciones Alonso en el tratado de la Humildad, capítulo XIII.

Con la consideración de estas verdades sentíase tan libre de todo movimiento de soberbia ó vanagloria, que al dar cuenta de las mercedes extraordinarias que con tanta frecuencia recibía del cielo, suele terminar con estas ó semejantes palabras: «No por esto se elevó más

que un muerto.» En dos maravillosas conversiones que, como más adelante se dirá, hizo, se consideró como un instrumento movido por Dios para ellas, á la manera del palo, que movido por Moisés hacía tantos y tan evidentes milagros, no el palo, sino Moisés con el palo. En una palabra sabía dar á Dios lo que era de Dios, y quedarse él con lo que era suyo, que era su propia nada.

Para que esta verdad de su propia nada y bajeza, de su pobreza de virtudes, y de su ignorancia, estuviese clara y patente de continuo á los ojos de su alma, ejercitábase todos los días en entrar dentro de sí, y mirar allá en su interior toda su mala vida, reprendiéndose é injuriándose con estas palabras (1): «¡O viejo malo, lleno de pecados y gran bellaco, hediondo y abominable! ¿Cómo pareces entre gentes, siendo tan malo? ¿Cómo no te sorbe la tierra y te traga el infierno? ¿Cómo no te persiguen todas las criaturas del infierno y de la tierra, siendo tú tan malo y bellaco? ¿Cómo no lloras de noche y de día tu mala vida? ¡O ignorante y grosero pecador, todo lleno de vilezas y abominaciones, y abismo de todo mal! ¿Cómo no tienes asco de tí mismo, pues eres tan hediondo y abominable? ¿Cómo te puedes sufrir á tí mismo, y cómo te sufren las criaturas, pues has ofendido tantas veces á tu Dios? Quiérete mal, aborrecete, pues eres tan malo y abominable. Persigue á una criatura tan mala como tú. Castígate, y déjate pisar y hollar como el lodo de las plazas, oh grandísimo bellaco y perverso, digno de todo castigo. Ponte con gran vergüenza delante de tu Dios, postrado á sus pies, no

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 791.

osando alzar los ojos, y dile: *Peccavi in cælum et coram te: non sum dignus vocari filius tuus.*»

Después del conocimiento por discursos, del cual nacía la opinion tan baja que de sí mismo Alonso tenía, le subió Dios Nuestro Señor al otro conocimiento, que da por sí mismo el maestro del cielo en la oracion y trato familiar con su divina Majestad. Excede tanto este segundo conocimiento al primero, segun enseña este gran maestro de espíritu, como la claridad y resplandor de todo el sol á la pálida luz de una candelilla, y aun mucho más. Otra diferencia existe entre dichos dos conocimientos: porque el objeto principal del primero fueron las miserias espirituales y corporales del hombre, nacidas de su nada y de los pecados cometidos contra Dios; pero el de este segundo fueron las perfecciones infinitas de la divinidad, no solamente conocidas en sí mismas, sino tambien contrapuestas á las imperfecciones humanas de cuyo simultáneo conocimiento y del contraste que de él resultaba, perfeccionábase el conocimiento y menosprecio propio, y se inflamaba el corazon en ardentísimo amor de Dios. La primera perfeccion que así conoció, fué el ser infinito de Dios; la segunda, su infinita bondad; la tercera, su infinito poder; la cuarta, su infinita sabiduría; la quinta, sus infinitos tesoros y riquezas: de cuyo conocimiento sacaba el siervo de Dios el de su no ser, de su falta de todo bien, de su impotencia, de su ignorancia y de su pobreza y carencia de todo lo que es algo. Y esto se lo comunicó el Señor con tanta claridad, que jamás se olvidó de aquella luz que el Señor había como impreso en su alma, «para que vea (1),

(1) Memorial, núm. 99.

dice, el alma y conozca claro la diferencia que va de negro á blanco, es á saber, de Dios á ella, para que ame y sirva á tan buen Dios, y se aborrezca á sí misma como á cosa tan mala, que ha ofendido á su Dios tan bueno.» Declara luégo cada uno de los cinco puntos por su orden con una claridad y con un lenguaje tan propio, que más parece hablar un doctor escolástico, que el humilde portero de Montesion.

Finalmente del último y más alto conocimiento habla en esta misma memoria de 1608. «Tambien, dice (1), le comunicó Dios la verdad del verdadero conocimiento de sí mismo que el alma ha de tener de sí, de quien ella es: la cual queda enterada de sus tantos males.»

Declarando las propiedades de este conocimiento, dice que es una vista clara interior del alma que se ve á sí misma tal cual es, á la manera que en una tienda de muchos objetos, en la cual hay un grande espejo, de una vista se ven en el espejo todas las cosas que están en la tienda: así de una vista comunicó Dios á su alma que se viese tal cual era, y todo lo malo, que había en ella, heredado de Adan. Señala luégo tres principales efectos de este tan alto conocimiento: el primero es, que así como por los otros conocimientos había alcanzado el alma, como fruto del conocerse, el menospreciarse y el hallarse como muerta no sintiendo los desprecios y deshonoras; por este subió más alto, esto es, al aborrecimiento y odio, y asco de verse tan hedionda y mala de verdad. El segundo fué, que por este camino la levantó Dios á más alto conocimiento de sus divinas perfeccio-

(1) Memorial. núm. 106.

nes, y por ahí á más alto amor de Dios: [del cual amor tan intenso resultaba crecer en el alma el odio y aborrecimiento que ya se tenía, enojándose consigo misma por haber ofendido á Dios, á quien ahora conocía ser de tan alta majestad, y con afecto tan encendido amaba, de quien tantas mercedes había recibido, á quien ha correspondido con tantos pecados: y así enojada el alma consigo misma, anda regañando y desea vengar en sí este desagradecimiento. El tercer efecto fué, que de este menosprecio verdadero y aborrecimiento de sí le vino el menosprecio de todas las cosas del mundo y de todos sus regalos y placeres y recreos, porque estaba toda el alma puesta en contentar á su Dios, y esto era todo su regalo y contento, cueste lo que costare.

Fué tan profunda la convicción de su nada, de su vileza y de su malicia, que produjo en Alonso este sobrenatural conocimiento, que la compara á la persuasión con que cree un negro de Guinea que en realidad de verdad es negro, porque se ve tal con sus propios ojos. «Si á un hombre muy negro de Guinea, dice (1), le llamase su señor muchas veces: «negro ven acá; negro, haz esto; negro, haz esto otro; este tal es el negro,» pregunto si se enojará porque le llaman negro? No por cierto, porque él lo es. Pero si le alabasen muchas veces de que era muy blanco y hermoso y colorado y lindo, entonces vería que se burlaban de él, y que le mofaban, y se enojaría.» Con esta misma claridad y evidencia se veía Alonso tan digno de todo desprecio, que siempre andaba como enfadado de sí, y con gran trabajo, y apenas se podía sufrir á sí mismo de asco de verse tal y

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 617.

tan malo; no quería que nadie se acordase de él, como cosa la más vil y mala del mundo; quisiera huir de sí, si pudiese ser, como lo podría hacer uno que tuviese un grande enemigo que le había hecho muchas malas obras, el remedio que tendría sería mudarse á otra tierra por no verle; no quisiera estar entre gentes de vergüenza de verse tan malo y hediondo. Por esto se espantaba y estaba como pasmado del engaño en que vivían los demás y de la ceguedad en que estaban, que no veían lo malo que él era, siendo cosa tan clara para sí. Y si lejos de creerle tan digno de desprecio, y odio, le daban muestras de respeto ó de opinion de santidad, aquí era de ver á nuestro humildísimo Alonso cómo se corría y afrentaba de la honra ó regalo que le hacían, creyendo que se estaban mofando y haciendo burla de él, porque llamaban blanco y hermoso, colorado y lindo al negro, esto es, bueno y santo al que era peor que los demonios. Y ya que la caridad no le permitía creer que tuviesen tal intencion los que así le injuriaban con honras y regalos, se lamentaba del peligro en que le ponía la ignorancia en que ellos vivían, porque le eran instrumentos para engañarle y hacerle que se pareciese bueno, contra toda la evidencia que tenía de que era malo en sumo grado. «Pero esto, dice, me sirve para que me meta dentro de mí en la hediondez de mis males y hediondos pecados para hederme más.»

Todo lo contrario le sucedía con los que le menospreciaban y deshonoraban. «O preciosos desprecios y deshonras, exclama (1); porque cuando uno me menosprecia y dice mal de mí deshonorándome, ¿qué otra cosa

(1) Memorial, núm. 118.

es sino avisarme que soy malo? Dichoso tal aviso, para que yo me enmiende y sirva á Dios. Dice de mí lo malo que ve en mí, para que yo mire por mí: esto es de amigo verdadero. Cuando uno me menosprecia, me tiene y estima por lo que yo soy, por vil y bajo y malo, porque lo ve en mí; y cuando me deshonra y trata mal diciéndome mis males, me conoce que soy malo, y me estima por malo, y me desengaña para que me estime y me tenga por malo, para que me enmiende y sirva á Dios: y así los tales me hacen buena obra, y lo debo agradecer mucho.» Esta es fina y levantada humildad, no de vanas palabras con que suele encubrirse la misma soberbia, sino humildad de corazon, que consiste en estar muertos á todas las honras y regalos de este mundo, y vivos á la cruz de Cristo Nuestro Señor. «Con este enfado y asco y odio de mí, añade (1), tengo perdida la afición de todas las cosas de este mundo, y el apetito del comer y de los regalos, ni de vestir, ni de cosa de este mundo: solo descanso y me consuelo con Jesús y con María y con todo lo que querrán hacer de mí. Este conocimiento da vida penosa, pero no inquieta.»

Vida penosa ciertamente da este conocimiento, como se la da al que siendo feísimo, presume de hermoso, la inflexible veracidad de un fiel espejo que tiene ante los ojos. Pero esta penosa vida nada tiene de inquieta, sino que está llena de paz inalterable y celestial: porque el alma anda en verdad delante de Dios y de los hombres: y esto atrae las bendiciones de todos. «Por qué razón, pregunta Alonso (2), es nuestro Señor tan amigo de la

(1) Memorial, núm. 119.

(2) Memorial, núm. 117.

humildad? La razon es, responde, por ser Dios suma verdad; y la humildad es andar el alma en verdad delante de Dios.» Y ¿cómo no tendrá paz con los hombres, quien tiene por inapreciable favor que le mortifiquen y deshonren y afrenten, siendo así que toda la causa de las discordias y pesadumbres que tienen unos hombres con otros suele ser el recibir uno de otro algun mal tratamiento, alguna injuria ó deshonra?





CAPÍTULO XXV

DE OCHO GRADOS POR LOS CUALES DIOS LE SUBIÓ AL
EJERCICIO DEL MÁS PURO AMOR DIVINO

UÍENESE como primer principio en la ciencia del espíritu que el mayor obstáculo que encuentra el amor de Dios en las almas, es el amor que á sí mismo se tiene el hombre. Por esto, segun enseña nuestro Alonso (1), «se debe el alma aborrecer perfectamente, y con lleno corazon pedir ser menospreciada y de todos pisada; ser tenida por muy vil y ser tornada á la nada: y no lo ha de tener en mucho, si no se deleita en sus injurias, y en sus dolores se consuela, y si no desea que los otros crean de estas cosas y otras y deshonras ser muy digna; y á sí misma en tanta manera se abomine, que apenas se pueda sufrir. Y si de esta manera se aborreciere, fácilmente alcanzará el perfecto amor de Dios.» De lo que hemos dicho de la humildad de Alonso, mayormente de la que nació en él del cuarto conocimiento que del propio ser y miseria Dios le infundió, puede entenderse cuán dispuesta estaba aquella alma humildísima para abrasarse en el perfecto amor de Dios. Y para que se vea en qué manera le fué gradual-

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 726.

mente comunicada la perfecta caridad, iremos exponiendo los ocho grados ó escalones por los cuales Dios le subió á lo más puro y ardiente de su divino amor.

El primer grado es, cuando Alonso nuevamente convertido al servicio de su Dios, fué muy visitado y regalado de su divina Majestad en la oracion, con cuya presencia fué muy altamente consolado, haciéndole el Señor grandes regalos como á nuevo, para que gustase cuán suave y sabroso es para los que le buscan. Á este llama (1) «amor de niños y tiernos en la virtud, que se mantienen con leche de regalos y consolaciones.» Por esto le llama tambien «amor de consolacion,» porque en la oracion está Dios recreando al alma con grandes regalos y encendimientos de amor, la cual se derrite en amor y consolacion de su Dios que presente tiene. Y este regalarla tanto y consolarla y dársele á conocer, sirve de prendas para que ella jamás se aparte de su Dios y le sirva de veras, viendo cuán bueno es el Señor, que así regala y trata á los suyos: pero en desapareciendo esta visita y tan grande consolacion, queda el alma tibia, flaca en el amor y triste con tal ausencia: en este primer grado el intento de Dios es consolar al alma y dársele á conocer cuanto ella lo ha menester como nueva en este camino, para preñarla de sí con sus regalos y amor.

El segundo grado es de almas más aprovechadas en la virtud. Este tuvo Alonso á poco de convertido á Dios, viéndose en la oracion con la presencia de Dios muy visitado, estando los dos á solas en silencio y soledad, tratándose muy dulcemente, abrasándose en el amor de su amado ya conocido, que presente tenía. Y

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 624.

no pára este grado en pura consolacion, sino que de este amor se infunde dentro del alma tan grande aficion y amor á su Dios, que de verdad se le ofrece el alma á todas cuantas cosas querrá su Majestad hacer de ella, ó querrá que haga ella y padezca por su amor: lo cual con la gracia de Dios infaliblemente lo pondrá por obra solo por contentarle. Tal fué la grandeza del amor que se le pegó del tratar con su Dios; de donde le vino el deseo de padecer por su Dios conocido y de hacerle grandes servicios.

De aquí subió al tercer grado de amor, el cual es, dice, muy dulce y sabroso, y consiste en una union y transformacion del alma en Dios, que viene á tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es. Era tan grande este amor de union en la oracion, que su alma estaba como fuera de sí, abrazada con su Dios y Dios con ella, ejercitando el alma este encendido afecto de amor en un modo tan alto, que confiesa no sabía cómo declararlo, aunque sí gustarlo: hallábase el alma en este ejercicio y salía de él toda de Dios por el camino del amor, que obraba en ella grandes afectos de perfeccion. Esta union de oracion, aunque muy alta, es union sin prueba, como él la llama; pero la que se siguió á esta fué union probada, en la cual vino el alma á tanto amor de Dios, que ya no se unía, sino que estaba unida con él.

«Mas le aconteció, dice (1), á esta persona, que como él ejercitaba tanto la oracion y trato con Dios, todo su ejercicio era el amor de Dios, y apenas había empezado

(1) Memorial, núm. 17.

á levantar el corazon á Dios, cuando en un punto se hallaba con Dios antes de decir ni hablarle alguna cosa de amor, y solo con mirarle era herido de amor.»

«Algunas veces, añade, acontecen cosas espirituales entre Dios y el alma tan súbitamente y tan sin tiempo, segun la gran prontitud con que vienen, ni acordándose el alma de tal cosa, que no puede haber en ello cosa de la imaginacion: porque no hay tiempo para ello, por estar el alma toda arrebatada y fuera de sí, y toda en Dios y en lo que Dios la comunica. Dígolo, porque le aconteció á esta persona, estando en oracion, como solía, que fué arrebatada una vez con tan grande prontitud y fuerza de espíritu, que le parecía que traspasaba los cielos por la gran ligereza con que era llevada sin darse ella cato de ello, ni jamás haber venido á ella tal pensamiento. Y así fué llevada, segun ella entendió, no solo por el primer cielo, pero fué llevada hasta que se halló encima del segundo; y pasando por el segundo, iba con alguna oscuridad, pasando por la materia de él. Pero de que pasó por el segundo, y se vió encima de él, se halló en una grande luz y resplandor que excedía mucho á la del sol, y esto á su parecer duró poco.»

El cuarto grado, pues, de amor de Dios, ó la union probada es, que de que viene el padecer por el amado, el alma le hace buen rostro, alegrándose con la merced que Dios la hace en darla algo que padezca por su amor, haciéndole gracias por la merced recibida en darla algo que padezca y ella se haga en algo semejante á su santísimo Hijo. Á esta union, que ejercitó todo el tiempo que le duraron los horrendos trabajos padecidos entre los votos del bienio y la incorporacion, y aun en lo restante de su vida, llama «union segunda, y probada con

el toque de la tribulacion,» y «verdadera union probada con los trabajos» á diferencia de la pasada, que es solo de afecto de amor y de oracion sin prueba. En esta segunda union sentía á Dios dentro de sí, segun la promesa de que estaría con el atribulado en el momento de la tribulacion (1), y era altamente visitado del amor divino, y salía más animoso para sufrir trabajos por el amado. En ella alcanzó dos que él llama «muertes interiores:» la una, á la afeccion del amor desordenado de las criaturas, no teniendo más afeccion á ellas que un muerto, sino á solo Dios; la otra, á las repugnancias de los trabajos, amándolos, no sintiendo en ellos disgusto, sino gusto, estando el alma muerta á ellos, teniéndolos por prosperidad, y no por adversidad.

El quinto grado de amor, más alto que el pasado, fué que con el grande amor de Dios, ganado en los trabajos de tan horribles tentaciones y agudas enfermedades que padeció en aquellos años de prueba, todos los trabajos que de la mano del Señor después le vinieron, enseñado ya y fortalecido como estaba, los sufría por el amado sin ningun género de consuelo sensible divino ni humano, antes le parecía que era desamparado de su Dios, y que todo estaba engolfado en el abismo de la tribulacion. «Y este es, dice, el amar fino, porque es probado con la cruz pura sin mezcla de consuelo divino ni humano,» sino que en medio del trabajo está toda puesta el alma en manos de Dios, queriendo siempre que haga de ella á su gusto. Y de este tan alto grado nace el que sigue.

El sexto grado y muy alto, fué que como Alonso fué tan fiel á su Dios, y Dios le había probado y hallado tal

(1) Ps. xc, 15.

como le deseaba, se hizo muy familiar con él, y los dos tenían conversacion muy íntima, con un grande amor de esposa á esposo, y con aquella libertad santa de amor con que se hablan y tratan los dos dulce y sabrosamente: decíale el Señor el grande amor con que le amaba, y le descubría su amor y sus secretos, y se trataban los dos con palabras amorosas y muy dulces coloquios, con llaneza grande, como dos amantes verdaderos: en una palabra, descubríasele Dios como á alma bien probada con el toque de la tribulacion y fidelísima á su Señor.

El séptimo grado de amor de Dios fué un muy subido amor llamado «apreciativo,» que habitaba en el alma de Alonso, y era de este modo: que como el alma con el largo ejercicio de tratar con su Dios había llegado á un tan alto conocimiento de aquella majestad infinita, estimábale en su corazon en tan alto grado de amor apreciativo, que no se apartara de su Dios un punto, segun era grande la estimacion y aprecio que de él tenía: y aunque este Señor le estuviese siempre martirizando y azotando, no por eso le dejara de amar; antes mientras más le azotaba, más le amaba, porque toda el alma estaba llena de su amor y en amor abrasada: y llegaba á tanto este santo amor y deseo de servirle, que su mayor martirio era ver que no le servía como deseaba servirle: y si él supiera y pudiera, y fuera en su mano, le sirviera y amara como le aman y sirven todas las criaturas del cielo y de la tierra juntas; y esto de balde y sin interés propio, solo porque Dios le hiciese esta merced de darle gracia para servirle como él deseaba servirle. Y porque este deseo era como infinito, ofrecíase á su Dios, en razon de obtener esta merced, á padecer todas las penas del infierno por su amor, con su gra-

cia: ¡tan vehemente era el amor que le tenía y el deseo de contentarle!

Estos deseos tan ardientes no eran afectos pasajeros en el corazón de Alonso, sino tan arraigados y tan duraderos que se hallan escritos á cada paso en sus obras espirituales, especialmente en el Memorial, en donde en el número 84 dice: «¡O Señor! si yo supiese y pudiese, te serviría como todas las criaturas del cielo y de la tierra.» Y en el número 156 «Muchas veces, dice, es tan grande el afecto del amor de Jesús y de María, que por contentarlos á ellos, romperá consigo mismo, y con su alma y con su cuerpo, y con todos los temores del mundo, y con todos los respetos de las criaturas y del amor carnal, y con todos los trabajos que de todas las criaturas del mundo le pudiesen venir: y por contentar á esos dos sus amores, con su gracia, se ofrece á padecer todos los tormentos del infierno.» Y añade en el número 165, que estaba su alma tan enamorada de Dios y de su voluntad y de contentarle en todo, «que conocida la voluntad de Dios, no habría cosa en esta vida que le pudiese apartar de cumplirla, con la gracia de Dios, aunque fuesen las penas del infierno; porque mayor contento le daría hacer la voluntad de Dios, que pena padecerlas por amor de Dios: porque el amor es tan grande, que no habría en el corazón por dónde pudiese entrar pena ni tristeza.» «Acontéceme, escribe en el número 262, que á menudo todo mi trato y conversacion es con Jesús y María la Virgen, su santísima Madre y amores de mi alma, dándoles cuenta de lo que pasa por mí: porque yo soy tan nada de veras, y tan grosero é ignorante, que no valgo nada para nada: y acudo á ellos dándoles cuenta de lo que pasa por mí, pidiéndoles que me ayuden y fa-

vorezcan, para que todo vaya hecho á su gusto, y no de otra manera; porque mi corazon está lleno de ansias y deseos de contentar á Dios por el grande amor que le tengo, rompiendo conmigo y con todas las cosas de esta vida por contentar á Dios. Y como él ve mis buenos deseos, y trato con él y con la Virgen, y yo no quiero sino á ellos y á lo que ellos quieren, acudo á ellos, poniéndome á mí y á todas las cosas propias y ajenas todo en sus manos; y así sale todo próspero y segun Dios. Y en el tratar con Jesús y María voy con santo temor, hablando con ellos, y ellos me responden con dulce suavidad, y me enseñan, dándome á conocer su santa voluntad, para que se ponga por obra. Y en esta familiaridad tan dulce con Dios y con la Virgen se ha esta persona como un niño de teta con su madre, que ni se sabe ni se puede elevar, porque es niño. Á este estado viene el alma con la gracia de Dios en esta conversacion, que ni sabe ni puede entonces elevarse más que el niño de teta.» Otros innumerables pasajes podría citar á este propósito, si no temiese hacerme interminable.

Pasemos ya al último y perfectísimo grado de amor de Dios, del cual dice el santo Hermano que «tiene principio de perfeccion y medio de perfeccion y cumbre de perfeccion: y esta cumbre, añade, puede crecer en más y más perfeccion.» En este grado vino su alma á no tener cuidado de sí, por estar toda entregada en su Dios por el camino de la perfecta caridad y humildad: la cual humildad era tan grande, que no basta seso humano á declararla, por estar ya su alma muerta á sí misma y á todas las cosas de esta vida, y viva á solo Dios, y por ser sumamente cuidadosa solo en el amor, servicio y agradecimiento de tan gran Señor: y experimentaba que

cuanto más se olvidaba de sí por la grandeza del amor, tanto más se acordaba del Señor, y más le servía, y más pensaba en él, y se ocupaba en amarle, y crecía la perfeccion de su amor: porque como se había entregado todo á su Dios, el Señor tenía cuidado de darle la perfecta caridad y amor suyo y toda virtud, como á alma que ya era de Dios y él la poseía como cosa propia suya: por lo cual le colmaba de bienes y de gracia en esta vida, y le prometía gran gloria en el cielo. Y decía con el Apóstol: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo, que baste para esto?» No por cierto.





CAPÍTULO XXVI

AMOR Y COMPASION QUE TENÍA DE SUS PRÓJIMOS

EL verdadero amor de Dios no puede andar separado del verdadero amor de los prójimos. Hemos visto la perfeccion del amor de Dios á que había subido el seráfico Hermano, veamos ahora en qué perfeccion tuvo el amor de los prójimos. Uno de los propósitos que procuraba cumplir con toda fidelidad, era el de no juzgar á nadie, ni entristecerle. «Procurarás, dice (1), de no juzgar á alguno, ni menospreciar, ni entristecer, ni dañar, ni vengarte con palabras; antes á todos amarás más que á tí mismo, y procurarás ser el menor de todos y el más sujeto de todos, conociendo el extremo de tu vileza y tu nada, humillándote en todo tiempo profundísimamente, aniquilándote de corazon y de ánimo, y de obra cuando convenga, debajo de todas las criaturas.» Y en el número 78 del Memorial hablando de los medios que usaba para juzgar de todos bien, y estimarlos á todos por santos, y no murmurar de ninguno, dice que el principal era «guardar gran silencio, no hablando sino solo lo necesario para sí ó para otros: porque hombre muy hablador fácilmente es murmurador.

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 433.

El silencio, continúa, y el andar muy ocupado en Dios hablando con él y negociando sus cosas, libra de este mal al que anda ocupado en andar dentro de sí conociendo sus males para remediarlos, murmurando de sí tanto, que no se acuerde de las vidas ajenas para murmurar de ellas, sino de sí, menospreciándose de verdad por lo mucho que verá en sí que enmendar; porque si á mí muchas veces conozco que no me entiendo ni me sé juzgar, ¿cómo sabré juzgar lo que el otro tiene y pasa allá dentro de su corazon, si es ó no es? Solo Dios es el que sabe y penetra los corazones.»

«De estas consideraciones se ayuda esta persona, pareciéndole que es de personas groseras juzgar de otros, pues de lo que pasan en sí mismos no atinan. Y así mira las virtudes de los otros para seguir las, apartando los ojos de no mirar cosa á mala parte, ocupándose en andar delante de Dios mirándole á él y mirándose á sí, y así no mirará ni escuchará, ni será curioso de saber cosas de otros para hacer juicios.»

Estuvo un tiempo tentado de no estimar á algunos en tanta santidad como convenía. Y el remedio que usaba para apartar la tentacion, era entrarse luégo dentro de sí; y eran tantos, dice (1), los males y pecados que dentro de sí veía, que se parecía ser como un demonio: y como en los otros no veía pecados, sino buenas obras, todos le parecían ángeles en comparacion de él; y así los estimaba como á ángeles y á sí mismo menospreciaba, creyendo que no había nadie en el mundo que tuviese tantos pecados como él: y de esta manera crecía en la buena opinion de la bondad de los otros. De aquí

(1) Memorial, núm. 141.

le nacía el deseo de contentar á todos. «Procurarás, dice (1), de contentar á todos en gran manera, dándoles todo lo que te pidieren, y haciendo todo lo que te mandaren (no yendo contra la obediencia, ni faltando á tus reglas), y lo mejor que pudieres. Y si no pudieres contentarlos con obras, en gran manera los contenta con palabras dulces, amorosas y llenas de miel, y por la vida ninguna desabrida; porque si algo los disgustas, se holgará Lucifer mucho, por meter cizaña y romper entre los dos el vínculo y atadura de la dichosa caridad... Ejemplo. Pídete un Padre ó Hermano una cosa: si puedes busca lo mejor, y dáselo con rostro alegre y con palabras dulces y amorosas, siendo algo largo en la cantidad, diciendo: «que me place, por cierto,» «de buena gana,» porque no se tienta. Y si tuvieses orden de la obediencia que no des nada, le responderás dulcísima-mente: «Por cierto, si yo pudiera, con mis entrañas y corazon yo lo hiciera por contentarle; pero tengo orden de la obediencia que no lo haga ó lo dé.» Y lo mismo harás si algo te mandaren contra tus reglas y obediencia. Y si porfiare á que quebrantes obediencia ó regla, responderás lo mismo, ó hazte mudo, haciendo cuenta que no habla contigo sino con otro, y ocúpate todo en amar á Dios, recibiendo con alegría la afrenta y reprehension sin responder á nada.» Era inexorable Alonso, cuando se atravesaba la regla ó la obediencia. En el tiempo en que fué portero tuvo no pocos encuentros con los del Colegio sobre este particular, como en su lugar se dirá.

No menos manifestaba su caridad en sufrir con pa-

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 439.

ciencia las faltas de sus prójimos. «El hombre, decía (1) súfrese á sí sus muchas faltas por el grande amor con que se ama; y las que conoce, las deshace y excusa; y con el grande amor con que se ama no ve las más; pero en los otros, como no los ama como á sí mismo, ve muchas y no las disimula ni sufre, por pequeñas que sean... Y así con ira y enojo reprendemos las faltas ajenas y excusamos las nuestras; y so color de celo muchas veces pecamos, pensando que hacemos lo que debemos en reprender á los otros.» «El hombre, añade (2), ha de ser para consigo cruel y grande perseguidor, pero para con sus hermanos manso, dulce, compasivo y amoroso, teniendo sus entrañas y corazon todo abierto de amor para todos, por amor de Dios, que se vea por obras y palabras; y no que si cae alguno, te espantas, y si tú caes, no te espantas. Si alguno cae, haz cuenta que caes tú, en cuanto es de tu parte, y no te espantarás; pues si igualmente nos deja Dios, todos caeremos igualmente.» Y aunque las faltas cometidas por sus prójimos redundasen en mal de su persona, no solamente no se enojaba con ellos, sino que de ahí sacaba nuevos motivos para amarlos con más amor. «Has de ser sufrido, decía hablando consigo mismo (3), como bestia enfrenada, á toda cosa dura y amarga que te venga, y á todo callando, recibéndolo por gran merced de Dios, que no te deja pasar sin castigo. Y si alguno te persiguieren, maltratare ó deshonnare, le serás muy agradecido, teniéndole por grande amigo y bienhechor, y no por ene-

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 672.

(2) *Ibid.* pág. 675.

(3) *Ibid.* tomo I, pág. 443.

migo y malhechor, agradeciéndole mucho las mercedes que te hace: lo primero, porque te venga de tu mayor enemigo, que es tu carne, maltratándote; lo segundo, porque es medio é instrumento para me enriquecer de virtudes con la persecucion, pues me da ejercicio con que las alcance, que es la persecucion.»

Cuán agradable fuese al Señor este cuidado de Alonso de amar á sus perseguidores y detractores, veráse por el caso siguiente. Solía desde los principios de su vida religiosa ejercitarse á menudo en vencer todas las cosas adversas y contrarias que le venían, á fin de desterrar de su corazon todo lo que le daba pena y tristeza por no estar mortificado, y especialmente toda displicencia y antipatía que le viniese contra alguna persona que le hubiese hecho algun agravio. «Sucedióle (1), pues, que estando ejercitando actualmente de necesidad este alto ejercicio de la mortificacion y vencimiento de sí mismo delante de Dios, para que le concediese lo que él buscaba, que era gozo en los trabajos y amor al perseguidor, súbitamente sin darse cato de ello vino sobre él uno como cometa de fuego, como los que de noche suelen caer del cielo, el cual viniendo de alto, llegó hasta herirle todo el lado del corazon. Y de tal manera dejó abrasado en su corazon el amor del prójimo, que le parecía que no podría querer mal al prójimo, aunque le hiciese más malas obras: y más, que si su prójimo le mata-
ra, y después de muerto resucitara, no pudiera quererle mal, sino mucho bien, haciéndole todo el bien que pudiese. Y así el disgusto que tenía con el prójimo, se le convirtió en gusto.»

(1) Memorial, núm. 25.

S. A. RODRIGUEZ.

De este amor del prójimo le nacía la compasion que le causaban las miserias ajenas, así espirituales como corporales. Parecíale ver en cada hombre todas las miserias del mundo, que son, decía (1), como infinitas, de diversos acontecimientos, á las cuales está sujeto el hombre por el pecado de Adan. Sacaba esto del conocimiento, que Dios le había infundido de la corrupcion y trastorno que aquel pecado causó en la naturaleza humana, y de los peligros tan grandes en que vivimos todos, pues todos somos de una misma masa y naturaleza, y no tenemos más que flaqueza é ignorancia, y pobreza, y somos la misma nada. Aumentábale esta compasion el andar muchas veces engolfado en los trabajos de la otra vida, así del purgatorio como del infierno (2), y en la grandeza de ellos, y cuán poquitos son los que andan derechos al cielo sin pasar por el purgatorio, y cuántos los que van al infierno, y la terribilidad de los tormentos que en él se padecen. El amor de Dios por una parte, á quien tantos trabajos costó la salvacion y redencion del hombre, y por otra el amor del prójimo, expuesto á tantos peligros, ceñían y apretaban su alma, como hace la prensa á lo que ponen en ella, tan fuertemente, que le causaban un gran martirio: asegura (3) que no había mayor martirio para su alma, que el ver que tantos se pierdan y se condenen; y llegaba á tanto su pena y sentimiento, que con grande instancia y fervor pedía á Dios frecuentemente que le diese á padecer todas las penas del infierno (sin perder su gracia) por-

(1) Memorial, núm. 73.

(2) Memorial, núm. 107 y 109.

(3) Obras Espirituales, tomo III, pág. 657.

que su Majestad no fuese ofendido de ninguna criatura, ni ninguna, por miserable que fuese, se condenara; y dice, que peleaba con Dios como otro Jacob para que se lo concediese. Este acto tan heroico de celo de la salvacion de sus prójimos se ve repetido á cada paso en su Memorial, como cosa que le preocupaba mucho. «Y el padecer, con la gracia de Dios, á este fin las penas del infierno, no me da, dice (1), pena, sino contento, por el gran bien que de ello viene á las almas, de gozar de Dios y del amor que les tiene, para que gocen de tan buen Dios... Y como esta persona no se ejercita con gentes (como los Padres), esas cosas de su salvacion, como otras, le suelen dar alguna pena: consuélase con que Dios lo quiere así.» No dejaba de aprovecharse de esta pena el demonio, como lo refiere Alonso en el número 127 del Memorial. «El demonio quiere enfrascarle, dice, en cosas de Dios, cómo ó por qué no hace que se salven todos, pues tanto nos ama; y de otras cosas de Dios, en que me pone dificultades; y esta persona le hurta el cuerpo sin responderle á lo que dice, por no argumentar con él, conforme á lo que dice el Apóstol: «No queráis saber más de lo que conviene saber.» Y dejando al demonio con la palabra en la boca, se va á Jesús y á María, echándose á sus pies, como un niño, no queriendo saber más que un niño de teta, para que me alberguen y hagan de mí á su gusto.»

Y en otra parte (2) confiesa que era tan grande esta compasion que tenía á sus prójimos, que si pasase adelante le parecía que moriría ó reventaría de compasion...

(1) Memorial, núm. 191.

(2) Memorial, núm. 182.

«Y así movido del amor de la salvacion de todo el mundo, con grande afecto se ofrecía á Dios á que escribiría avisos á todas las personas del mundo para ayudarlas al mayor servicio de Dios.» Premióle el Señor este ofrecimiento con un favor de los más extraordinarios, ó tal vez el más extraordinario que se registra en las historias más maravillosas de los Santos. Refiérela el Santo con estas palabras (1): «Esta persona es tan fervorosa en el deseo de la salvacion de las almas, que le acontece que se halla en espíritu como con cuantas personas hay en el mundo en un punto y tiempo, todo en cada una y todo en todas: y tratando con cada una por sí en espíritu, y con todas en un mismo tiempo, tratándolas de la brevedad de la vida, y de las penas del infierno, y de la gloria, y de la bondad infinita de Dios, y de lo mucho que merece infinitamente ser servido, desengañándolos para que todos sirvan á Dios y se salven (2). Es tan grande la compasion y ansia que padece esta persona con el deseo de la salvacion de las almas, que si Dios no le divirtiese en pensar por entonces en otras buenas co-

(1) Memorial, núm. 148.

(2) En el proceso de beatificacion (*Noviss. positio super dubio an constet de virtutibus*, etc. § VI, m. 102 et seqq.) se explica esta comunicacion en espíritu tan extraordinaria por lo que enseña el Cardenal Bona en su *Via compendii ad Deum*, Cap. X, de una altísima contemplacion, en la cual Dios Nuestro Señor atrae y levanta el alma á las cosas divinas sin enigmas ó semejanzas de especies corpóreas por un modo superior é inefable. «Y tal, dice aquel piadoso autor, creo que fué el rapto de nuestro Padre San Benito, cuando con un rayo del sol vió á todo el mundo reunido, *Sub uno solis radio univrsum mundum collectum conspexit*. Pues, como dice San Gregorio á propósito del rapto del glorioso patriarca San Benito, (Lib. II Dialog., cap. 35.) «Para el alma que ve á Dios es estrecho todo lo criado, *Animae videnti Creatorem angusta est omnis creatura*.»

sas, crecería este tormento de compasion tanto, que bastaría á quitarle la vida... Y como se hallase esta persona con tan gran deseo de predicar á todos los hombres del mundo, desengañándolos por que no se condenasen y sirviesen á Dios, le fué advertido que tendría el mérito de ello y de sus buenos y tan grandes deseos, como si los hubiese hecho y puesto por obra.» Preguntado cómo podía ser esto de hallarse en espíritu como con todos los hombres del mundo, respondió que él no sabía cómo podía ser, y que nunca había pensado que pudiese un hombre estar á un mismo tiempo en muchas partes y en todas; pero que en realidad de verdad él se hallaba como con todos los hombres del mundo en espíritu. Y que esto no le aconteció una sola vez, sino muchas, parece deducirse de las palabras con que empieza su relacion; porque no dice que le aconteció hallarse en espíritu como con cuantas personas hay en el mundo en un punto y tiempo, lo cual indicaría que hecho tan maravilloso había tenido lugar una sola vez, sino «acontece, dice, que se halla:» y esto parece, digo, significar que no una, sino muchas veces, le acontecía esta espiritual comunicacion y trato como con todos los hombres del mundo, para ejercitar su celo con ellos. En donde se ve que el ardor del celo de las almas puede hacer de un pobre lego, que no sale de las paredes de un Colegio, un verdadero apóstol, que se comunica con todos los hombres de todas provincias y lugares del universo, y alcanza el mérito de la predicacion apostólica en todos ellos, como confiesa el Santo haber él alcanzado.

No menor compasion tenía de las personas que se hallaban en algun trabajo espiritual ó corporal, como puede verse en los casos siguientes. Estaba una persona

muy combatida de una recia tentacion que la ponía en continuo peligro de perder la gracia de Dios, y no encontraba remedio alguno para su trabajo. Comunicóselo al santo portero, pidiéndole con lágrimas que le alcanzase de Dios el verse libre de aquella molestísima tentacion. Dióle el Hermano buenas esperanzas, y tratando luégo en la oracion con su divina Majestad el negocio que se le había encomendado, encendióse tanto en amor y compasion de aquella alma, que pidió al Señor le quitase aquel trabajo, y se lo pasase á él, que lo padecería de buena gana todos los días de su vida por que el otro saliese de peligro. «Fuéle respondido, dice (1), que no; pero que le daría otro. Y así fué: porque le envió Dios un tan gran dolor de estómago, cual jamás había tenido: el cual dolor desde entonces le venía algunas veces, pero no tan grande como el primero: y cuantas más veces le venía, era menor, hasta que cesó del todo el dolor, y el tentado fué consolado.»

Acompañaba á un Padre á confesar á un enfermo, y le hallaron tan desbaratado, que como si hubiera perdido el juicio, hablaba cosas malas y que significaban la mala disposicion de su alma, y no había modo cómo poderle confesar, porque ni él daba lugar para ello, ni le podían meter en camino. Retiróse un poco el Padre para ver si se calmaba el enfermo y entraba en sí. El Hermano movido á compasion de aquel desgraciado, que estaba en gran peligro de perder su alma para siempre, acudió á Dios Nuestro Señor pidiéndole con lágrimas y gemidos del corazon remediase aquella necesidad. Fué Dios servido que en este poco de tiempo se trocase con rara

(1) Memorial, núm. 15.

mudanza aquel hombre, y se pusiese manso como un cordero, y él mismo pidiese que le confesasen, como en efecto le confesó el Padre.

No se compadecía menos de los trabajos corporales de sus prójimos, como se verá en el caso siguiente, que con su acostumbrada sencillez refiere el mismo Alonso por estas palabras:

«Entre otras cosas le aconteció, que yendo con un Padre á una enferma, la cual trataban de abrirla después de muerta, porque estaba en cinta, para bautizar la criatura, si salía viva, porque ella estaba muy mala; como esta persona vió el gran peligro de la madre, compadecióse tanto de este caso, así de la criatura, como de la madre, que yendo á casa, fué movido á grande compasion y fervor de oracion, rogando á Dios por ellos con clamores del profundo del corazon, diciéndole: «Señor, yo te ofrezco por esta necesidad todos cuantos bienes yo haya hecho en toda mi vida, que sean para ella y por suyos, porque la favorezcas en este trabajo.» El Señor la consoló, porque luégo estuvo buena. Porque pasando esta persona por allí (1) de allí como cuatro días con el Padre, le dijo el Padre á esta persona: «ve allí la mujer que era la que estaba enferma, la que trataban de abrir después de muerta:» la cual estaba á la puerta de la calle.»

Y no se contentaba Alonso con practicar él la caridad con el prójimo, sino que la enseñaba á los demás. Tuvo muchos años cargo de los Hermanos novicios, estudiantes y coadjutores, que se habían criado con él, ó habían venido de otros colegios antes de cumplir los años seña-

(1) Por la calle en que vivía la mujer.

lados; y á todos los imponía en toda virtud y en emplear el tiempo de las quietes religiosamente y con fruto espiritual, encomendándoles siempre que hablasen de Dios: y además de animarlos con su ejemplo, que era efficacísimo, solía platicar con ellos los diez avisos siguientes, los cuales se hallaron escritos de su mano en un papel volante ya casi desechado: dicen así:

1.º Ninguno vaya á tener quiete por su propio querer á otra parte, sino á lo ordinario de todos, y no se pasee fuera de ella; ni en ella, si ya el Superior y los Padres más antiguos no lo hacen. 2.º En la quiete no se ponga en la boca nombre de mujer, si no fuese Santa canonizada, para decir de ella cosa de grande edificacion para los que la oyen. 3.º Que no traiga palillo en la boca ni en la oreja, como suelen los seglares, y estén con mucha modestia y compostura exterior en las manos y pies y no uno sobre otro. 4.º Téngase grande cuenta que la quiete sirva para la quietud y paz, segun su nombre de quiete, segun el intento de nuestro Santo Padre Ignacio en mandarla. 5.º Para el fin dicho, ninguno tome en la boca á otro de los presentes: no parezca quererse burlar unos de otros, que esto suele perturbar la paz y disminuir la caridad. 6.º Que si alguno dice alguna cosa, no le contradiga otro, porque si hay porffias, aunque sean ligeras, no se podrán ir con paz á sus aposentos. 7.º Para no haber porffias, parece importaría que siempre asista á ellas algun Superior, el cual luégo que alguno contradice, le haga besar los pies á todos, y esto cada día. 8.º Con esto las quietes y ayuntamiento de religiosos serán de mucha edificacion y fruto: muy diferente de lo que usan en el mundo algunos mozos ociosos, que se juntan en una casa á pasar tiempo y dicen unos de otros, dán-

dose matraca. 9.º Importa mucho que en este tiempo esté muy sobre sí el siervo de Dios y buen religioso, para que el demonio no salga con la suya inquietándole y aseglarando sus conversaciones, que como el hombre sale de comer, fácilmente se arroja á hablar cosas, que después tiene que llorar, si no pone freno de modestia y moderacion en su lengua. 10. Por tanto, póngase gran cuidado en que todo lo que se hablare sea segun Dios, y en la presencia de Dios, y no de otra manera. Así quedará con paz y edificacion, y volverá á su aposento semejante á un ángel: y si hiciere lo contrario, volverá á él con angustia y pena, como la experiencia de cada día y la razon nos lo enseña.

Estos avisos tenía el H. Alonso escritos de su mano, y Nuestro Señor fué servido que se hallasen en unos papeles desechados. Platicábalos con los novicios, y él los puso en práctica toda su vida con gran provecho de su alma y edificacion de los otros; y sin duda experimentará el mismo fruto quien quisiese observarlos. Con ellos excusaba los males, que suelen originarse en las conversaciones, de hablar de cosas vanas, impertinentes y á veces malas, cuando se habla de faltas naturales ó morales de los ausentes y presentes: y sacaba infinitos bienes que suelen venir de hablar de cosas de Dios Nuestro Señor y de cosas espirituales y del cielo, en lo cual el Hermano Alonso tenía particular talento y dón de Dios, como diremos luégo refiriendo un caso extraño de lo primero, que es impedir la murmuracion, y es como sigue. Había dado la limosna ordinaria á los pobres en la portería el Hermano estudiante Jerónimo Crespín, uno de los que tenían quiete aparte con el H. Alonso, y dijo en ella con algun sentimiento: «No sé cómo se sufre dar

limosna á Jerónimo Llaneras, que además de ir de ordinario beodo por las calles y plazas de la ciudad, aquí pone en confusion á todos los demás pobres; con todos riñe; jura y maldice cada día, que es grande confusion y vergüenza.» Con ser todo esto tan público, que no había ninguno de los que estaban en aquella quiete que no lo hubiese visto y oído muchas veces, el buen H. Alonso sintió tanto que aquel Hermano hubiese hablado aquello de otro alguno cualquiera que fuese, que se alzó en pie, y dijo con grande fervor y sentimiento: «Hermano: ¿por qué habla de esa manera de ese hombre? Yo sé que él es un siervo de Dios, y un santo: y por ser pobre y tratarle muchos de esta manera, no pierde nada, antes puede ganar mucho delante de Dios: y nosotros perdemos en hablar así de cualquier hombre ó persona: y así no lo haga más.» Quedó el escolar enseñado, y todos los otros edificados y admirados así de la caridad del H. Alonso en volver por los ausentes, aunque fuesen tales como era aquel pobre tan conocido y público, como del mucho recato que tenía en no escuchar palabra que fuese murmuracion ó detraccion del prójimo.

No pondré fin á este capítulo sin referir un hecho sucedido por este tiempo; que manifiesta el conocimiento de las cosas naturalmente imposibles de saber, que infundía el cielo al portero de Montesion. Jerónimo Pablo Puigdorfila, caballero Mallorquin, salió el día 8 de Enero de 1591 para Valencia. Durante los tres primeros meses de su ausencia, no llegó ningun buque del puerto de Valencia al de Palma de Mallorca; por cuya causa Margarita Despuig, esposa de Jerónimo, no pudo tener noticias de su marido, y se hallaba en suma afliccion, temiendo no hubiese fallecido ó caído en manos de cor-

sarios. Vase á la portería de Montesion en busca de consuelo, expone al H. Alonso la causa de su afliccion, y el Hermano le responde: «Señora, esté tranquila, y alegre, que su marido vive, y Dios lo conserva para otras cosas.» Fuése consolada Margarita, y al cabo de poco tiempo tuvo cartas de su marido; el cual más tarde volvió sano y sin novedad al seno de la familia, y después de muerto Alonso depuso con juramento el caso que acabamos de referir en el proceso que en Mallorca se hizo en orden á la beatificacion del H. Alonso.





CAPÍTULO XXVII

APARÉCESELE CRISTO NUESTRO SEÑOR, DE QUIEN APRENDE LA PERFECCION DE LA FINA MODESTIA. — REPRÉNDELE LA SANTÍSIMA VÍRGEN UNA FALTA INADVERTIDA DE ESTA VIRTUD. — MEDIOS QUE TOMA ALONSO PARA OBSERVARLA CON PERFECCION. — DOS CASOS SINGULARES CON DOS ENFERMOS. — ES ARREBATADO AL CIELO EL DÍA DE LA ASUNCION DE LA VÍRGEN

1591-1593

DIJIMOS en el capítulo doce de esta historia cuán á pechos tomó Alonso desde su noviciado la continua abnegacion y mortificacion de todos sus sentidos, con la cual vino á alcanzar en grado muy superior la virtud de la modestia. Dignóse el Señor remunerar su diligencia en alcanzarla, con una soberana merced, que le fué al mismo tiempo incentivo poderoso para esmerarse más y más en la guarda de aquella virtud. Estaba un día Alonso sirviendo á misa, cuando súbitamente se le apareció Cristo Nuestro Señor en pie encima del altar al lado del evangelio (1). Vestía el Señor una ropa talar, como la usaba cuando en vida mortal andaba por Judea predicando su sagrada doctrina á los

(1) Memorial, núm. 8.

hombres: tenía el rostro de linda proporcion y no nada redondo, su color algo moreno que tiraba á leonado oscuro como de color de avellana: resplandecía en el rostro y se mostraba claramente una grande divinidad: la modestia de sus ojos, la serenidad de su rostro y la compostura de todo su cuerpo era admirable y divina. Dióle á conocer con luz particular en la modestia de sus ojos grandes tesoros de sí mismo espirituales é interiores, porque en ella se pintan las virtudes todas que están plantadas en el alma, y como en un espejo le mostró las suyas Cristo en sus divinos ojos, para que las aprendiese de él y las ejercitase á gloria de Dios.

Fué de tanta virtud y eficacia esta presencia y vista de Cristo Nuestro Señor de que gozó Alonso, que todas las veces que la traía á la memoria, sentía que se le pegaba modestia y devocion, y que se mudaba en otro hombre así en la composicion del hombre interior como en la del exterior, como suele acontecer al que sale de una devota y fervorosa oracion; y parecíale como que el Señor arrojase á su corazon una viva centella que le hería el alma, y la componía, y la mudaba en otra mejor, resultando en lo exterior esta mudanza. Causábale todo esto una modestia vergonzosa. Recibió Alonso tan singular favor por los años de 1592: y al cabo de doce años, quando en 1604 daba cuenta de él, confesaba que tenía tan fresca la memoria de él, como si entonces acabase de recibirlo, y su recuerdo siempre le producía los mismos efectos y la misma mudanza de bien en mejor, que le causó la vision; y la conservaba tan fija en la memoria, que le parecía no poderse olvidar de ella. Causábale esta vision por una parte recelo y temor, por el peligro y engaño que podría haber en ello, lo qual

nacía de su profunda humildad; y por otra parte le fué un poderoso estímulo para darse de allí en adelante muy de veras no solo á la práctica de la virtud de la modestia, sino tambien á aplicar los medios por do ella se alcanza y perfecciona, que son todas las otras virtudes, y particularmente la continua oracion y presencia de Dios, acompañada con la continua mortificacion y negamiento de sí mismo y desprecio de todas las cosas de esta vida, y anegamiento de toda el alma en su Dios por el camino del amor y del menosprecio y odio de sí mismo y de todo lo visible por solo el amor de la gloria de Dios (1): lo cual todo es señal de que fué del cielo aquel regalo con que fué recreado y enseñado Alonso, porque no son estos efectos que pueda producir en el alma el espíritu maligno.

Cuán perfectamente hubiese alcanzado ya esta virtud de la modestia con la mortificacion de los sentidos, que practicó desde el noviciado, se verá por el caso siguiente. Refiere el P. Colin en la vida de Alonso que cuatro años después de la muerte del siervo de Dios, estando en casa de los condes de Perelada, en Cataluña, con ocasion de dar una mision en los estados de aquellos señores, le contó la Doña Praxedes de Pax, vizcondesa de Rocaberti y madre del conde, que estando con su padre y sus hermanos en el castillo de Bellver, con ser ella niña entonces, por lo que había oído decir de la santidad del H. Alonso, notaba con cuidado sus acciones cuando iba el Hermano de compañero de algun Padre á aquel castillo; y afirmaba que jamás le vió levantar los ojos para mirarla ni á ella ni á sus hermanas, que todas eran

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 433.

niñas; y que los largos ratos que solía estar en aquel castillo, mientras el Padre se ocupaba en los ministerios de su profesion, los pasaba él arrimado á un poyo en tan profunda contemplacion y con tal enajenamiento de sí, que llegaban á posársele encima las palomas sin que ó él lo advirtiese ó las apartase de sí.

Tambien son dignos de memoria los siguientes casos. Iba una vez Alonso por el tránsito superior del Colegio, en el cual había una tribuna que daba á la iglesia, y cerca de la tribuna un crucifijo grande de mucha devocion. Alzó los ojos el devoto Hermano para mirar la imágen de su Dios crucificado, como solía hacerlo siempre que por allí pasaba, por el fruto espiritual que sentía su alma; pero sucedió aquel día que por una ventana, que estaba abierta, vió en la casa de enfrente una reunion, que le pareció de mujeres. Quedó tan penado por esta que él calificaba de falta de modestia, que después en castigo de ella todas las veces que pasaba por aquel punto, pedía perdon á Dios de la falta, y se arrancaba los pelos de la cabeza en penitencia.

Llegóse otra vez á la portería una mujer de unos sesenta años, llamada María Burgués, para hablar con el P. Bolicher, y pidió al H. Alonso que le abriese la iglesia para esperar allí al Padre. Abrióse la Alonso, y al entrar la mujer, le dijo: «Hermano, desearía hablarle unas palabras.» Vuélvele las espaldas Alonso sin contestarle, y se echa á andar hacia la sacristía: la pobre mujer, que estaba pasando una recia tribulacion, y esperaba hallar consuelo en las palabras de Alonso, íbale siguiendo y apretando el paso y llamándole; pero él se dió tanta prisa, que la buena mujer se admiró de la ligereza con que se movía, y no le fué posible hablarle y darle cuenta de su trabajo.

Estábase un día paseando por la huerta del Colegio, rezando, segun su costumbre, el rosario. Levantó al cielo los ojos arrasados en lágrimas de devocion, y vió una mujer en la azotea de una casa, que estaba en la parte de la calle contraria á la huerta, y desde aquel día no quiso bajar más á la huerta, por no ponerse en ocasion de volver á ver aquella mujer.

Un caballero amigo de los Padres tenía postrada en cama una hija doncella gravemente enferma: deseó y pidió que le mandasen al H. Alonso para que la visitase y consolase: ordenóle el Superior que fuese allá en compañía de otro Hermano. Fué, mas no pudo recabarse de él que dijese una sola palabra á la enferma: pidiéronle que la bendijese, y solo después de repetidas instancias, se volvió de manera que sin verla le echó la bendicion haciendo la señal de la cruz, y se despidió de la enferma y de la familia, y se fué á casa.

Y no se crea que fuesen estas nimiedades de un espíritu apocado ó escrupuloso; era voluntad del cielo que llevase Alonso la guarda de la vista hasta el extremo que se ha visto, como consta del siguiente caso. Hallábase una vez poco antes del mediodía en la azotea del Colegio, por habérselo mandado el Superior, para que se calentase al sol que en ella daba. Acercóse la hora del exámen que se hace todos los días en la Compañía antes de la hora de comer. Estaba Alonso tratando familiarmente con Nuestra Señora, como de ordinario solía (1). Apareciósele la Santísima Virgen en el momento en que tocaron á exámen, y le dijo: «Vete, hijo, al exámen, que yo te enseñaré.» Fuése puntualmente; y en cuanto

(1) Memorial, núm. 35.

estuvo recogido en el aposento, representóle la Señora y púsole en la memoria una falta de modestia de la vista que aquella mañana había cometido: y fué, que habiendo salido de casa á acompañar á un Padre operario, yendo por una calle, sin darse cato de ello ni deseando alzar los ojos, levantó un poco la cabeza hacia arriba, y vió una mujer que estaba en una ventana algo baja. Pasó este hecho tan inadvertido por Alonso, que ni se acordaba de haber visto la mujer, ni aunque se acordara, lo tuviera por falta, hasta que en el exámen fué advertido de ella. Y la enseñanza que le dió la Santísima Virgen fué, que cuando anduviese por la calle no extendiese los ojos más adelante de lo que fuese menester para ver por donde iba: y no solo esto, pero que no mirase á un lado ni á otro, ni alzase la cabeza á lo alto, como cuando vió la mujer. Y desde entonces puso el siervo de Dios en práctica este documento celestial, guardando su vista con el recato que hemos dicho, y que á alguno podría parecer exagerado é innecesario.

Animábase á perseverar en este tan penoso ejercicio de la rígida guarda de la vista con los grandes bienes que de ella reportaba. Porque la modestia de los ojos, decía (1), sale á lo de fuera de las muchas virtudes que habitan en el alma y de la gran modestia que se tiene allá dentro, ganada del andar delante de Dios, avergonzado de verse delante de tan infinita Majestad, siendo la criatura tan mala y Dios tan bueno: así que la modestia en el rostro es como un espejo, en el cual se refleja la santidad interior del alma, cuya vista edifica y mueve á los prójimos. Además á los que guardan tal modestia

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 399.

hace Dios muchas mercedes, porque ellos por su amor son fieles en guardarle la palabra, que le han dado, de castidad, huyendo del peligro: y Dios con especial providencia les libra de los peligros de perder aquella virtud. Finalmente estos tales tendrán buena oracion, y los otros, que son negligentes en guardar la vista, no podrán orar con sosiego y quietud, porque llevarán á la oracion lo que con los ojos vieron. Otro gran provecho sacaba Alonso de la guarda de la vista, y era el verse libre de juzgar á otros, porque juzgamos de nuestros prójimos por las acciones que vemos en ellos, las cuales por la corrupcion de nuestra naturaleza somos inclinados á condenar, aunque en sí sean excusables y aun buenas.

Para conservarse limpio de toda falta en la modestia de los ojos, examinábase cada día con un exámen especial acerca de esta virtud, para ver si había cometido la más mínima falta contra ella. Cuando había de salir fuera de casa para acompañar á algun Padre, iba á visitar el Santísimo Sacramento, y se encomendaba á Dios, y le decía: «Muéstrame, Señor, tus caminos.» Esta práctica dice (1) que la aprendió del P. Bartolomé Coch. Puesto delante del Señor sacramentado, oraba así: «Suplícote, Señor, que si tú sabes que te tengo de ofender en este camino, me quites la vida antes que te ofenda, porque yo no tengo ni quiero otra vida, sino á tí, porque tú eres mi vida; que de la del cuerpo no hago yo caso en comparacion de tí; y por no ofenderte á tí, que eres mi vida, perdería yo mil vidas que tuviese.» Y era tan grande el afecto de amor de Dios que sentía, cuan-

(1) Memorial, núm. 36.

do decía estas palabras, que si Dios le hiciese esta merced de quitarle la vida antes que permitir que le ofendiese, no habría cosa en esta vida que tanto gozo y contento le pudiese dar, por contentar á Dios y verse libre de pecado; porque más le espantaba un pecado, aunque fuese venial, que todos los tormentos de esta vida.

Luégo al andar por la calle observaba con toda fidelidad la regla que le dió la Reina del cielo: porque no levantaba los ojos arriba, ni miraba á un lado y á otro, ni los extendía á mirar adelante más allá de lo que bastaba para ver el camino por donde tenía que ir, y para volver el saludo á los que le saludaban; y el alma llevaba toda puesta en Dios. Si alguna vez le era preciso hallarse en compañía de mujeres, estaba entre ellas como si no fuese hombre, sino estatua de madera, que no tiene ojos para mirar, ni cabeza para volverse á una parte ni á otra; fijaba su mente en Dios de tal suerte, que ni siquiera viese las mujeres, sino como sombras: y el hablar, si le pedían que les dijese algo, era de cosas de Dios, y del cielo y del infierno, y de la vanidad del mundo, y que todo ha de tener fin, y de la muerte, y que con ella todo lo de este mundo se acaba y deshace como humo. Así lo hizo una vez que hubo de estar algunos días con un Padre en cierta casa de campo, en donde vivía una familia principal; pues comiendo en una misma mesa juntamente con las señoras é hijas de la casa, estuvo siempre tan recatado y con la vista tan enfrenada, que apenas las veía más que si fuesen sombras.

Cuando iba de compañero de los Padres á visitar enfermos, hacía lo mismo. Poníase á rogar á Dios por el enfermo, y no pocas veces se atribuyó á sus oraciones ó la salud recobrada, ó la santa muerte de los que fallecían.

En 1593 estaba enfermo el Dr. Agustin Andreu: llamaron al P. Bernardo Crespin los parientes del enfermo para que le asistiese: fué allá el Padre acompañado del H. Alonso; y cuando llegaron, estaba ya agonizando el enfermo. Pusiéronse en oracion el Padre y el Hermano, en la cual este perseveró hasta que espiró el moribundo. Atéstiguó después un hermano de Agustin llamado Jorge (el cual fué canónigo de la Catedral de Palma), que estaba el Hermano sumergido en una profundísima oracion, como extático, y como si su espíritu estuviese ausente del cuerpo. Estando él en este modo, murió Agustin, y quedó con un rostro muy hermoso y alegre, lo cual fué tenido por su hermano como señal de su feliz tránsito á la gloria por las oraciones de Alonso.

Otro caso muy singular le sucedió por este tiempo. Hallábase enferma desahuciada Margarita Puig ó Despuig, de quien se ha hablado al fin del capítulo veintiséis (1). Confesábase con el P. Juan Rico, Rector del Colegio, el cual durante la enfermedad de su penitente la visitó algunas veces. Fué un día, acompañado del H. Alonso, y al ver que la enfermedad y la vida de Margarita tocaban á su término, compadecido del desamparo en que la familia iba á quedar, mandó al Hermano que se pusiera en oracion, y pidiese á Dios la vida y la salud de la enferma. Hízolo Alonso con todo el fervor de su espíritu y con el género de oracion que en semejantes casos acostumbraba, que era pedir á Dios que ordenase del enfermo lo que más convenía á la di-

(1) Refiérese aquí este caso por la relacion que tiene con el anterior, pues pudo suceder entre los años 1600 y 1603, en que el P. Rico fué segunda vez Rector de Montesion.

vina gloria y á la salvacion de su alma. Estando en el fervor de su oracion, oyó claramente una voz del cielo que le dijo estas palabras (1): «Mira qué quieres tú que haga, que yo haré todo lo que tu querrás; pero sábetelo, dijo el Señor, que nunca estará mejor aparejada que ahora.» Desde el momento en que comenzó Alonso su oracion, detuvo la enfermedad su curso, y aquella suspension hizo concebir esperanzas de que la enferma escaparía de la muerte, que tenía, naturalmente hablando, muy cercana. Continuaba orando el bendito Hermano: mas en cuanto hubo oído que nunca estaría la buena mujer en mejor disposicion para morir, que ahora estaba, cesó de la santa violencia que hacía al mismo Dios, como otro Moisés: volvió á encomendar la enferma á Dios, y se la entregó toda para que su Majestad hiciese de ella á su gusto. Desde el instante en que acabó Alonso esta segunda oracion, emprendió de nuevo su curso la enfermedad, y muy poco después dió la enferma con mucha paz y quietud su alma á Dios. Y no fué de poco consuelo para la afligida familia la seguridad que les dió Alonso de que Margarita iría á gozar de Dios por toda la eternidad.

El año de 1588 habíase comenzado á celebrar en el Colegio de Montesion la fiesta de la Asuncion gloriosa de la Santísima Virgen á los cielos con una solemnidad extraordinaria. El contento y gozo que este nuevo tributo de amor á la Soberana Reina de los cielos hubo de causar en el pecho de su fiel siervo é hijo Alonso, solo podrá conocerlo quien recuerde el tierno amor con que el Hermano quería á su Madre, y la devocion especial

(1) Memorial, núm. 32.

que á este misterio profesaba aun antes de ser religioso. En el capítulo quinto hemos referido el favor extraordinario con que estando en Segovia al principio de su conversion le regaló la Serenísima Reina de los ángeles el día de su triunfante subida á los cielos. Igual merced le concedió segunda vez por este tiempo la Santísima Virgen, y en igual día. Hallábase la tarde del 15 de Agosto en su aposento considerando la muerte y subida de la Virgen al cielo, y fuéronle representadas tres fiestas que en aquel dichoso día se hicieron á la Madre de Dios. La primera fué, que así como espiró, asistiendo á su muerte los coros de los ángeles, fué llevada y subida al empíreo aquella santísima alma en medio de los regocijos y fiestas que á su Reina hacían ejércitos de espíritus bienaventurados; y al llegar á los cielos, abriéronsele estos, y los ángeles con aquel precioso tesoro entraron en ellos siguiéndolos Alonso en espíritu, sin apartarse jamás de los ángeles ni de la Reina del cielo.

La segunda fiesta fué, que después que los cielos se abrieron y la Virgen tan acompañada de ángeles hubo entrado, fué recibida por otros innumerables ejércitos de ángeles, que allá la estaban aguardando para hacerle un recibimiento digno de su excelsa Reina y Señora. «¡Qué recibimiento, exclama Alonso (1), tan inenarrable sería este, y qué de fiestas y regocijos hechos á su modo, hicieron á su Reina y Señora! ¿Quién lo sabrá contar y declarar? Y más fiestas del cielo, y hechas á la Reina del cielo y Madre de Dios y Señora de todos los ángeles. Estas cosas de allá del cielo mejor se saben gustar y entender en espíritu puro mental, cuando Dios lo comu-

(1) Memorial, núm. 6.

nica al alma en algun rapto, que no contar: y estas cosas no se pueden bien declarar á nuestro modo, como que somos corpóreos, y ellas espirituales.»

«La tercera fiesta, dice, más solemne que las dichas, fué cuando después de la entrada en la gloria, adonde fué tan bien recibida, fué llevada á presentar á la Santísima Trinidad. En este tiempo fué tan grande el gozo y regocijo de todos los cortesanos del cielo, que todos juntos en un punto dispararon su grande música, á modo de ángeles espirituales y no de hombres.»

Todo esto veía Alonso y gozaba de tan solemne fiesta porque se hallaba presente á ella en espíritu: y advierte que con ser tan inmensa la estancia, innumerables los ángeles, y repartidos por toda ella, sentíase la fiesta, música y gozo como si estuviesen todos juntos; más, que de una vista veía á todos los ángeles y bienaventurados y á cada uno por sí en particular cómo se gozaban en aquellos regocijos y cómo hacían fiesta, no de otra manera que si su alma estuviese toda en cada uno, y toda en todos; y á todos y á cada uno conocía como si toda su vida se hubiese criado con ellos, aunque jamás los había oído nombrar: y á sí mismo se decía: «Aquel es fulano, aquella es fulana,» y de esta suerte tenía conocimiento particular é individual de cada uno de los cortesanos del cielo, sin que tanta variedad y muchedumbre de objetos le privase el gozar de la fiesta tan solemne que se hacía á la Virgen Santísima. Con razon concluye diciendo: «Cosa tan alta y divina no hay acá quien lo sepa dar bien á entender.» En este rapto no hubo cosa de cuerpo, sino que todo fué puro espíritu.



CAPÍTULO XXVIII

CARTA DE ALONSO, Á SUS DOS HERMANAS JULIANA
Y ANTONIA

DIJIMOS en el capítulo cuarto de esta historia la numerosa familia que Diego Rodriguez al morir dejó. Solo Alonso y sus dos hermanas Juliana y Antonia vivieron largos años, y todos los demás hermanos, de los cuales tenemos noticia, murieron ó en su niñez ó en su juventud. Juliana y Antonia vivieron una vida tan semejante á la de Alonso, que puede decirse que fueron más hermanas de él en el espíritu que en la carne: y este nuevo parentesco fué causa de que Alonso las amase con un amor entrañable; y ya que no le era posible, á causa de la distancia que le separaba de ellas, comunicarles de palabra de los dones con que se veía su alma enriquecida por Dios, comunicábaselos por escrito, dirigiéndoles á menudo cartas llenas de preciosos documentos espirituales, propios para enfervorizar en el amor de Dios y en el ejercicio de las virtudes. De la santa vida y muerte de estas dos grandes siervas de Dios se dirá en su lugar. Algunas de las cartas que á ellas escribió, hállanse en el tomo segundo de las Obras Espirituales del Santo. Después de impresas estas obras,

han aparecido otras cartas. Una de ellas escrita el año de 1592 (1) pondré aquí no solamente para dar publicidad á un documento tan lleno de fuego celestial, como todos los de Alonso, sino tambien porque da idea de la santidad que adornaba su alma en el tiempo en que la escribió, y del grado de perfeccion en que estaban sus hermanas, á las cuales tan subidos y excelentes ejercicios de virtud proponía su santo hermano. Dice así.

«IHS. El Señor las dé su santa bendicion y gracia, y su santa paz. Amen.— *Per multas tribulationes oportet introire in regnum Dei.* — Hermanas carísimas. Una carta suya he recibido; y leyéndola, empecé á llorar más de envidia que de mancilla. Sea gloria al Señor, que las lleva por camino de trabajos.»

«Sepan que Dios se ha de esta manera con las almas; que así como un padre que tiene un hijito de tierna edad, el cual ama tiernamente y regala sumamente, pero si este hijo va creciendo, vese á la clara que mientras se va haciendo más hombre, que menos le regala, y que cuando llega á perfeccion de hombre, menos: al niño trátale como niño regalándole; y al hombre como á hombre, dándole en que trabaje y medre; esto usa Dios con las almas, que, de que son niñas, las regala mucho, por que no vuelvan atrás en lo comenzado; y como van creciendo, las regala menos, ejercitándolas poco á poco con cosas mayores, y los regalos que las da son como una disposicion que las dispone y ceba con ellos para los trabajos que las ha de enviar, para que con ellos crezcan y dejen ya de ser niñas, y creciendo en toda perfeccion,

(1). Conserva el original de esta carta el P. Eugenio Labar-ta, de la Compañía de Jesús, en Madrid.

vengan con tan alto ejercicio á ser hombre perfecto, haciendo rostro por la gloria de Dios á todos los trabajos y persecuciones y falsos testimonios, que en esta vida les puedan venir, y todo el infierno les quiera dar. Á estas tales no las trata Dios como á niñas regaladas, sino como á hombres. Y ¿qué es lo que hace Dios con ellas? No es lo que hace con los niños, regalarlos, que aquí se acaba casi todo; sino que pasa más adelante descubriéndoles parte de sus secretos como á hombres, comunicándoles cosas de muy grande perfeccion, como vaso que tienen ya adó quepan.»

«¡O váleme Dios! ¡qué grande humildad que es menester tener para tan alto grado, porque el alma no caiga de lo alto y se dé gran golpe! Pero cierto que es verdad que no debe de haber cosa en esta vida, con la cual el alma venga más perfectamente á desengañarse de su estima y humillarse y conocerse de verdad, que son los trabajos, cuando son grandes; por que en ellos experimentalmente se desengaña y toca con sus manos, como dicen, el conocerse de verdad quién ella es, y tenerse por lo que ve en sí y toca con sus manos, humillándose profundamente; porque todos los otros medios que se toman para alcanzarla, causan en el alma una grande luz para conocerse, pero no es como la que dan al alma los trabajos, que es con experiencia, y así en ellos alcanza el alma la humildad más fina, la cual desengaña al alma del todo, y el amor de Dios más fino, haciéndose el alma en ellos una fuerza interior á quererlos y abrazarlos de buena gana por amor del amado delante de él.»

«Y así este es el camino dichoso, por do Dios mete al alma á la imitacion de la vida santísima y trabajos de

su bendito Hijo todo lleno de ellos y sin consuelo; y este es el regalo dichoso que les hace este Señor, como á hombres que vuelven por su honra, no volviéndole en los trabajos las espaldas, sino como buenos soldados viejos van abrazados con sus cruces, siguiendo á su gran capitan Cristo, no regalados sino crucificados como él, para que después habiéndole servido con tan gran fidelidad acá y padecido por su amor, sean gloriosamente coronados. ¿Á qué mayor dicha puede uno venir en esta vida, que á ser semejante al Hijo de Dios? Pues este es el camino para ello, y esta es la joya más preciosa que hemos de tener en nuestro corazon, el padecer por Cristo falsos testimonios, como él los padeció por nosotros con grande silencio no volviendo por sí, y muchos y grandes trabajos; y entonces hemos de amar más á los que así nos trataren y persiguieren, pues son un instrumento para nosotros de tan gran tesoro, y hacerlos buenas obras y rogar á Dios mucho por ellos con lágrimas, y tomar algunas disciplinas por ellos, rogando á Dios que los perdone sus pecados y abrase en su santo amor, y decir bien de ellos como de personas de quien tanto bien hemos recibido.»

«Estas cosas sumamente agradan á Dios; y el alma que así lo hace á semejanza de Cristo que así lo hizo en la cruz, rogando al Padre por los que le crucificaban, alcanzará de Dios por aquí grandes bienes, como lo experimentarán. ¡Válame Dios! ¿Por dónde seré yo algo semejante al Hijo de Dios, si no tengo quien me trate mal y me persiga como á él? Esta dicha de imitar el Hijo de Dios no se alcanza con regalos, sino con cruces y trabajos padecidos por su amor; cuanto hay más de persecuciones, más trabajos, más desamparos, más

falsos testimonios, más duras y horribles tentaciones, y todo sufrido por Dios, más semejante será al Hijo de Dios. Es verdad que estos tales, aunque en la parte inferior no sientan regalos de Dios sino muy á tarde, pero en la parte superior del alma allá dentro tienen un grande afecto y suma estimacion á su Dios, tan grande que es de gran perfeccion y santidad, porque estiman en su alma tanto á su Dios, que de verdad están aparejados á padecer mil muertes por su amor, antes que hacer cosa alguna con que descontenten al que tanto aman, por pequeña que sea. Y este es el fino amor, que no el sentir consolaciones, que van y vienen; pero este amor está afijado allá dentro en el alma, aunque no haya cosa de consuelo y regalo, sino toda cruz. Lo cual causa que el alma sin consuelo esté amando y padeciendo todo junto. Miren y adviertan que la perfecta santidad se alcanza por el camino del negamiento y vencimiento de nosotros mismos, y por eso dijo Cristo Nuestro Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame.»

«Y así más querría yo esto en un alma, lo cual le costará, vencerse, grandes peleas y trabajos, para tenerla yo por santa, que no verla hacer muchos milagros, los cuales obra Dios con ella, y á ella no le cuesta trabajo ninguno, aunque dé vista á los ciegos, y oír á los sordos y hablar á los mudos, y caminar á los cojos, y limpiar los leprosos, y sanar los enfermos y parálíticos, y echar los demonios de los cuerpos, y que resucitar los muertos, y que en tener espíritu de profecía y conocimiento de los secretísimos corazones. No está la perfeccion ni la santidad en estas cosas, aunque todas estas cosas son señales grandes de ella. Pues ¿en qué consis-

te? Digo que consiste en cosa la más trabajosa del mundo de alcanzar, que es en vencerse el hombre á sí mismo, y sujetar con grandes peleas sus sensualidades, y en sufrir con paciencia alegre las persecuciones y falsos testimonios, y en no airarse contra los enemigos, antes amándolos más que antes como á bienhechores, y en refrenar con la razon el desconcertado apetito nuestro sensual, y en tener la verdadera humildad de corazon y la abrasada y perfecta caridad y amor de Dios; que todo esto se alcanza por este camino, vencién dose el alma del todo á sí misma y á todo su amor propio, el cual hace guerra á todas estas cosas. Esto todo en suma es vestirse el alma de las condiciones de Cristo, y con gran pelea desnudarse del hombre viejo y vestirse del nuevo, en lo cual consiste la cumbre de la santidad y la grandeza de los trabajos. Qué todo esto cuesta, no hay quien lo sepa bien del todo declarar: por do se ve la grandeza de perfeccion y santidad que se alcanza por aquí; pero con la gracia de Dios todo se puede alcanzar. Dispongámonos, pues, con la gracia de Dios para alcanzar tan gran perfeccion, pues Nuestro Señor es largo en darla, y esto será tomando nosotros lo amargo por dulce, es á saber, convirtiendo delante de Dios todos los trabajos que nos vengán en dulce, holgándonos con ellos por Dios, y lo dulce por amargo, es á saber, que nos den disgusto y pena las honras y que nos alaben y digan bien de nosotros y que nos traten bien, porque así muertos á todas las cosas, con guerras y peleas vivamos á solo Dios con grande perfeccion y santidad. Para mi gusto más querría yo tener la perfecta humildad y la perfecta resignacion y amor de Dios, que no hacer milagros; y creo que me haría más provecho.»

«Poco le cuesta por cierto al siervo de Dios que Dios le tome por instrumento y que diga á uno muerto: «En el nombre de Jesucristo levántate,» hablando Dios por su boca y obrándolo él; pero cuéstate mucho vencerse á sí mismo y á todo lo dicho; y así la más alta penitencia que un alma puede hacer en esta vida es vencerse á sí misma. Por eso desengañémonos, y abracemos las cruces, que de la mano de Dios nos vengán, con gozo y alegría; porque más agrada á Dios sufrir una grande injuria y falsos testimonios sin murmuracion callando por amor de Dios, que ayunar muchos días hasta las estrellas, y que disciplinarse hasta derramar la sangre, y que traer cilicio por su voluntad: y cuanto uno esté aparejado á sufrir trabajos por Dios, tanto es grande delante de Dios. Gustar de los disgustos que traen consigo los trabajos y cosas contrarias que nos vienen, que la carne no las quiere, gracia de Dios es menester para que esto amargo sea dulce al alma y lo abraçe de buena gana por Dios. Gustar de todas las cosas que le vengán al revés de lo que la carne desea, gran virtud ha de tener el alma alcanzada: y que quiten á la carne lo que ama y desea, y la den lo que aborrece, y que guste el alma de todas estas cosas que la carne huye de ellas, cielo y tierra, y el alma las abraçe de buena gana con gozo y alegría, la gracia de Dios lo ha de hacer, venciendo el alma. Estos tales, tan llenos de trabajos y abrazados por amor de Dios, son los mayores amigos de Dios, tragando tantas amarguras de hieles por su Dios. Y así en más estimó Dios el haberse Job vencido tan varonilmente por Dios en todos sus trabajos padeciéndolos por su amor, que todas cuantas obras buenas había hecho en su vida, que fueron muchas; y en más estimó Dios los trabajos que

San Pablo pasó vencién dose por Dios, que no el verle arrebatado hasta el tercer cielo, viendo los secretos de Dios; porque en todas estas cosas eran más semejantes á su Hijo.»

«Cosa es mucho de ponderar cómo trata Dios á sus muy más amados hijos, que les quita los regalos y los hinche de trabajos; como lo hizo con su muy amado y unigénito Hijo Jesucristo Señor Nuestro. ¿Qué es la causa por que el Padre Eterno dió á su Hijo bendito tantos trabajos como pasó? La causa es porque le había de levantar á grande alteza y honra, y ponerle en cuanto hombre á su diestra con tan gran gloria; y porque él se abajó y humilló tanto padeciendo, su Padre le levantó tanto honrándole. Y á sus siervos ¿por qué da más trabajos á los que más se esmeran en servirle? La razon es porque los ha de poner allá en el cielo con grande honra y gloria, mayor que no á los que no le sirvieron tanto; y por que la merezcan padeciendo, les da tantos trabajos y porque los ama más que á los que no da tantos. Vemos que aquel hermano del hijo pródigo, que su padre le tenía puesto en los trabajos y no le regalaba; y al otro, nuevamente convertido, le regalaba. ¿Qué es la causa de esto, siendo tan fidelísimo á su padre? El mismo padre lo dijo, que por que todo lo que él tenía, era suyo del buen hijo. ¿Qué más le podía dar y regalar, que darle todo lo que tenía? Así usa Dios con sus más amados amigos, que no los da muchos regalos de acá bajo, sino aquel regalo y premio tan grande, que dijo Dios á Abrahan que le daría, el cual premio era á sí mismo: de condicion que los regalos y pago que les da Dios, no es menos que á sí mismo. ¿Qué mucho es que por tan gran premio, como es el mismo Dios, gloria de todos los biena-

venturados y bien infinito, que padezcamos por el mismo Dios todo lo que querrá el mismo Dios, pues él acude con su gracia para ello? Y estas tales almas son las más hermosas y graciosas á los ojos de su Dios, las más amadas, las más santas y las que van más seguras por el camino de Dios. A estas visita Dios y descubre sus secretos, con estas trata muy familiarmente, á estas da grande gracia porque le aman y padecen mucho por él, á estas enseña grandes cosas espirituales, á estas les da mucha gracia y muchos dones y las hace muchas mercedes en esta vida, y después les da gran premio de gloria en el cielo.»

«Los remedios serán estos para cosa tan grande. 1.º Considerar el alma lo mucho que debe á su Dios, para que en hacimiento de gracias de tantas mercedes como de él ha recibido, se determine á abrazar todo lo dicho arriba por su amor. 2.º El otro es, considerar el grande y infinito amor con que nos ama, para responderle con amor; y la más alta correspondencia es el padecer por el amado, como él nos enseñó en la cruz. 3.º El otro es, considerar lo mucho que este Señor merece ser servido y que se haga por su amor, por ser él tan bueno, y hacerlo; y de esto lo más fino es el padecer por su amor. 4.º El otro es, considerar lo mucho que yo merezco pasar por mis pecados; y que todo es poco lo que puedo pasar en esta vida, por más que sea, para lo que yo merezco, para consolarme con ellos, y que con ellos seré libre, con el favor de Dios, de las penas de la otra, que son grandes, trocándomelas Dios por las de acá, que es grande merced, porque Dios nunca castiga dos veces una cosa. 5.º El otro será, que de que me venga el trabajo ó persecucion, que luégo inmediata-

mente me ponga delante de Dios para que me remedie; y allí poner el trabajo y al perseguidor en medio de Dios y de mí, y allí delante de mi Dios haga actos de amor de Dios, arrojados al corazon de Dios, y de amor del trabajo presente y perseguidor, de condicion que todo en un tiempo y punto ame á Dios, y al trabajo y al perseguidor por el mismo Dios que presente tengo, para que lo amargo de la persecucion se vuelva en dulce con el amor de Dios, haciendo grandes actos con el corazon de alegría gozándome todo lo posible de ser perseguido, por padecer algo por Dios que presente tengo. 6.º Y si esto no se sabe hacer, ponerse el alma delante de Cristo crucificado, considerándole todo lleno de dolores y tormentos y persecuciones, padeciéndolas todas con tan grande amor por amor de mí y por mis pecados, y allí ejercitar el mismo ejercicio dicho, hablándole de esta manera: «¿Qué mucho es, Señor mío, que padezca yo estos trabajos por Vos con amor y alegría, siendo Dios, pues tantos Vos con tan grande amor pasastes por mí?» alegrando la voluntad á pasarlo por su amor. 7.º Y después de pasada la borrasca del trabajo, traerle muchas veces á la memoria con el mismo ejercicio, para que el alma se haga más sólida en la virtud, si no se altera el alma allá dentro mucho; y si se alterase mucho, dejarlo por entonces, ocupándose en solo amar á su Dios hasta que se pase la alteracion. 8.º El otro y último remedio es la continua oracion, dando á Dios cuenta de todos los trabajos, pidiéndole siempre favor para ellos y para todas las demás cosas, porque todo lo bueno ha de venir de arriba.»

«Acabo con rogarlas que jamás se aparten un punto de la obediencia y parecer del P. Santander; y que se

acuerden de rogar á Dios por mí tanto como yo le ruego por ellas; y avisenme de todos sus trabajos por amor de Dios. El Señor las abrase en su amor y las haga vencedoras de sus enemigos peleando él por ellas. Amen.»

«Fecha en 12 de Marzo de 1592 años, en la Isla de Mallorca, en el Colegio de la Compañía de Jesús.»

«Avisenme luégo si pasan alguna necesidad. Ahí les envío dos cuentas de las indulgencias ricas de la reina de Bemia (*sic*): otras de estas las he enviado en diversas veces, y no me han respondido que las hayan recibido todas.»

«Su hermano,

ALONSO RODRIGUEZ, de la Compañía de Jesús.»





CAPÍTULO XXIX.

AVISA AL P. RICO ACERCA DE UN SERMON QUE HABÍA PREDICADO.—VOCACIONES DE JERÓNIMO Y DE ANTONIO DE MORANTA.—CONGREGACION DE CABALLEROS Y ARTESANOS.—PLÁTICALES ALONSO EN ELLA, Y Á LA COMUNIDAD EN EL REFECTORIO.—INFÚNDELE DIOS UN VIVO CONOCIMIENTO DE LO QUE PASA Á LA HORA DE LA MUERTE.—CASOS OCURRIDOS CON UN CONGREGANTE ESCOLAR Y UNA PRIMA DEL MISMO

1594-1596

DABIENDO sido nombrado Provincial de Aragon el P. Pedro del Villar en 1594, y pasado á visitar el Colegio de Mallorca el año siguiente de 1595, una de las cosas que dejó ordenadas á su Rector (que desde 1592 lo era el P. Juan Rico), fué que se celebrase con solemnidad la octava de la fiesta del sacratísimo cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Pudo el devoto Padre dar cumplimiento á aquella disposicion del Provincial aquel mismo año, pues la visita comenzó en el mes de Mayo; y en efecto ya en 1595 se dió principio á la celebracion de aquella solemne fiesta, que después fué continuándose todos los años. La ternura y consuelo que la pública veneracion de Jesús sacramentado hubo de producir en el ánimo del santo portero,

no pudieron menos de ser muy extraordinarios, atendida la particular afición que á este sacramento de amor tenía, nacida de los grandes favores que recibió del trato con el Señor en la sagrada Eucaristía. Del copioso fruto que sacaba de aquella solemnidad, se hablará más adelante.

Gobernaba por este tiempo el Colegio de Montesion, como hemos dicho, el P. Juan Rico. Era este Padre gran predicador; y cuando las ocupaciones de su cargo le daban lugar para ello, ejercitaba el ministerio de la divina palabra con notable provecho de los oyentes. Predicó un día en el templo de la Misericordia: acompañóle el H. Alonso á la iglesia y al púlpito, en cuya escalera permaneció todo el tiempo que duró el sermón. Terminado este, rezó el predicador tres *Avenmarías* con los oyentes: arrodillóse Alonso para rezar con el pueblo, y en el mismo momento oyó una voz del cielo que claramente le dijo: «En el purgatorio purgará este sermón tu Rector.» Admiróse el buen Hermano de aquella nueva tan poco lisonjera para su prelado: conocía él bien su santidad por el trato familiar que tenía con el Padre, y por los grandes dones de Dios que conocía haberle sido comunicados ya desde su niñez: por otra parte el sermón, que había sido del perdón de los enemigos, estaba nutrido con gran copia de doctrina, y fué predicado con encendido fervor de espíritu. ¿Cuál podría ser la causa de aquella terrible amenaza? Engolfado en estos pensamientos iba caminando para el Colegio en compañía del Padre, cuando vino á entender que la causa de no haber sido aquel sermón aprobado por el cielo, era el haberse predicado en lengua castellana, no entendida por la mayor parte del numeroso auditorio,

compuesto de gente del pueblo, que solo entendía el mallorquin, en la cual lengua podía haber predicado el Rector, por saber la lengua valenciana, que se diferencia muy poco de la que se usa en Mallorca. Y era así, que el P. Rico era natural de Cullera, en el reino de Valencia, y hablaba el valenciano. Dudaba Alonso sobre lo que había de hacer: decir al P. Rector lo que del cielo había oído, parecíale falta de respeto y ocasion de grave pesadumbre; callárselo, no lo juzgaba conforme á la caridad, pues sabiéndolo el Padre, podría en lo sucesivo evitar aquel perjuicio en las almas y la pena del purgatorio para sí. Para salir de su congoja, vase al Padre Ministro, dícele lo que le ha sido revelado acerca del sermon del P. Rector, y ruégale que lo haga llegar á su noticia. No se atrevió el bueno del Ministro á ir á su Rector con aquella embajada, ni le sufría el corazon que ignorase lo que pasaba: y para salir del apuro, aconsejó á Alonso, que pues á él se le había dado el aviso del cielo, se lo notificase él: hizolo el Hermano, dióle fe el Rector, y desde aquel día no predicó más en castellano, sino en mallorquin, la lengua de la tierra; y no solo no mostró pesadumbre por el aviso que recibió del santo portero, sino que desde entonces le trató aun con más veneracion é intimidad: le consultaba en sus dudas, le pedía consejo en sus dificultades, y una carta escrita y firmada por Alonso, que llegó á sus manos, la conservó como preciosa reliquia todo el tiempo que vivió. Tenía tan alto concepto de la santidad del H. Alonso, que solía decir que cuando le veía ayudar á misa, le parecía ver á San Antonio de Padua. De su observancia regular llegó á decir que si las reglas de la Compañía se perdiesen, se podrían volver á escribir con solo mi-

rar á Alonso. Y una vez abriendo el sagrario para dar la comunión, vió salir de él un rayo de luz, que fué á dar al rostro de Alonso, que estaba en oración en la tribuna pequeña de la iglesia de cara al sagrario.

Á 2 de Julio de este año de 1595 el P. Provincial, poco antes de partirse para tierra firme, recibió en la Compañía á Jaime Jerónimo de Moranta, hijo de un oidor del real consejo del reino de Mallorca y de Práxedes Caldantell, sobrina del P. Jerónimo Nadal. Fué Jerónimo de Moranta uno de los discípulos más queridos del portero de Montesion mientras frecuentaba las aulas del Colegio, y de los que más honraron la escuela de su santo maestro en todo el tiempo que vivió en la Compañía. El P. Juan Mateo Marimon en una extensa relación (1) que dejó escrita de las empresas apostólicas del P. Jerónimo y de su trabajosa vida en la reducción de los indios Tepeguanes en el reino de Méjico, y de la gloriosa corona del martirio que entre ellos alcanzó, dice: «En su niñez aprendió los principios de devoción y oración del santo Hermano Alonso Rodriguez, cuya santidad y milagros venera todo el mundo: y echáronse bien de ver estos buenos principios aun antes de ser religioso, y mucho más después de haber entrado en la religión, en su modestia y compostura exterior, en la moderación y dulzura de sus palabras, humildad y afeblidad con todos, piedad y devoción. El celo de la conversión de las almas fué en él tan singular y ardiente, que desde su noviciado deseó siempre y pidió con instancia á sus Superiores, que le señalasen para la misión

(1) Hállase una copia de ella en la Historia del Colegio de Montesion al fin del tomo primero.

de las Américas; y aun se supo del mismo Padre, que la causa y motivo principal que tuvo de entrar en la Compañía, fué el deseo y esperanza de ir á las Indias.» Movido de su ejemplo otro hermano que tenía, llamado Antonio, discípulo tambien de Alonso, pidió ser recibido en la Compañía, lo cual obtuvo el año siguiente por el mismo mes de Julio, visitando el Colegio el P. Lorenzo Sanjuan en nombre del P. Pedro del Villar. Obtuvo Antonio tambien, como Jerónimo su hermano, la gracia de ser enviado á las misiones, y trabajó en las reducciones del Paraguay como celoso obrero de la viña del Señor, la cual regó con sus sudores, y cultivó con grandes fatigas hasta el día de su muerte.

Una de las obras de mayor gloria de Dios que se hicieron en el Colegio de Mallorca, fué la Congregacion de caballeros y oficiales. Fundóla el P. Visitador Lorenzo de Sanjuan, que llegó á Palma el 3 de Agosto de 1596, y hasta el mes de Diciembre del mismo año se ocupó con preferencia en procurar que dicha obra descansase sobre sólidos cimientos que prometiesen estabilidad y duracion. Tenía la Congregacion por titulares el Espíritu Santo y la Anunciacion de Nuestra Señora. El objeto de ella era por una parte la santificacion de los congregantes, para lo cual tenían cada domingo una conferencia ó plática espiritual, y comunión general el tercero de cada mes; por otra parte la santificacion de los prójimos por la práctica de las obras de misericordia con los pobres, enfermos y encarcelados. Fué el primer Prefecto de esta Congregacion el venerable anciano fray Ramon de Verí, bailío de Mallorca, y fundador del Colegio. El año siguiente de 1597, cuando llegó la patente del P. General Claudio Aquaviva, en que declaraba la

Congregacion agregada á la primaria de Roma, eran ya ciento veintiuno los caballeros y oficiales congregantes y había sacado ochenta y tres presos de la cárcel, y repartido considerables sumas entre los pobres vergonzantes y entre los enfermos del hospital. La fiesta de su agregacion á la primaria se celebró con una comida dada á los pobres del hospital, servida por los congregantes con tanta edificacion de la ciudad, que el Sr. Virey, D. Hernando de Zanoguera, quiso ser inscrito en la Congregacion, y honraba frecuentemente con su presencia las juntas de los congregantes y los actos religiosos que estos practicaban (1). No se puede referir en pocas palabras la reformaion de costumbres que tanto en la nobleza como en el pueblo produjo esta Congregacion: y no tuvo poca parte en este fruto nuestro santo portero, pues por órden de los Superiores asistía no pocas veces á las conferencias espirituales, de que gustaban sumamente los congregantes por el espíritu y vehemencia con que les hablaba, y por el fervor que en ellos encendía, pareciéndoles sus sentencias dardos de fuego, que atravesaban sus corazones y los inflamaban en el amor de Dios y del prójimo. Admiró tanto una vez á los congregantes la respuesta que dió sobre uno de los puntos propuestos en la conferencia, que en cuanto acabó de hablar, levantóse uno de los caballeros, el de más autoridad y más canas, y exclamó: «Estos sí que son los teólogos de Dios.» Y dijo verdad, porque la teología que brotaba de los labios y del corazon de Alonso, no había sido aprendida en el estudio y en los libros de los

(1) D. Hernando de Zanoguera sucedió á D. Luis Vich en el cargo de Virey, que desempeñó desde 1595 á 1606. Sucedióle D. Juan de Villaragut, del cual se hablará más adelante.

doctores, sino enseñada por Dios en la escuela de la oracion y del trato continuo y familiar con la divina Majestad.

Para tener el consuelo de oir á Alonso el P. Prefecto de la Congregacion, y dárselo á los Congregantes, que deseaban ardientemente oir á aquel hombre de Dios, usaba la siguiente traza. Dábase cada mes por suerte á los Congregantes un Santo, á quien se encomendasen como á patron particular. Para esto metíanse varias papeletas con el nombre de un Santo en una cajita, y cada Congregante sacaba una papeleta, y el Santo, cuyo nombre estaba escrito en ella, era su especial abogado durante el mes. Pedía el Padre al H. Alonso que le hiciese la caridad de llevarle la cajita de los Santos de mes, á lo cual nunca se negaba el buen Hermano, y con este santo ardid hacía que subiese á la sala de la Congregacion y que entrase en ella cuando ya estaban reunidos los caballeros para la conferencia ó plática espiritual. Entonces el Padre le decía: «Háganos, H. Alonso, el obsequio de decirnos algo acerca del punto de la conferencia, que es el amor de Dios, la humildad, etc.» Resistíase de pronto el humilde Hermano, alegando que no era sacerdote, y que no le estaba bien á un hombre rudo é ignorate, como él, hablar ante una concurrencia de personas tan principales y tan doctas. Insistía el Padre que solo dijese lo que le ocurriese y el Señor le inspirare; y no osando resistir más Alonso, empezaba á decir lo que se le ofrecía. Era de ver cómo los oyentes se levantaban de los bancos, en que estaban sentados, y se acercaban al predicador para mejor oirle, y le estaban escuchando todo el tiempo que hablaba con grande atencion, fijos los ojos en él y admirados no solo de la sabiduría celes-

tial que brotaba de aquellos labios y hería los corazones del auditorio con los dardos del divino amor y con la espada del temor de la justicia divina, sino tambien de ver sus gestos tan expresivos y vehementes, y el resplandor que salía de su rostro, pareciéndoles que veían á un ser superior ó abrasado serafin: confesaban después, que la excelencia de su doctrina, y el dominio con que rendía los corazones de los que le escuchaban un hombre lego y sin letras, era todo sobrenatural y comunicado de Dios. Extendióse tanto por Mallorca la fama de las pláticas del santo portero, que cuando se sabía que Alonso había de hablar en la Congregacion, no solo no quedaba Congregante sin asistir á ella, sino que la sala, en donde se reunían, se llenaba de personas doctas, seculares y eclesiásticas, de canonistas, de juristas y de doctores teólogos, que iban á aprender de un Hermano lego y sin estudios la doctrina que no habían encontrado en los libros.

Del conocimiento infuso, que de las cosas y cuestiones especulativas de teología tuvo el santo Hermano, tenemos argumentos incontestables. El presbítero don Juan Arbona, doctor en teología y beneficiado de la catedral de Palma, depuso con juramento, que habiendo consultado al humilde portero de Montesion graves cuestiones de teología moral, le había respondido como pudiera hacerlo el teólogo más consumado: y dijo que le constaba que á otros muchos había pasado lo mismo que á él. Otro doctor y beneficiado de la misma santa iglesia, llamado Pedro Gilabert, atestigua que una vez, cuando estudiaba teología en el Colegio, andaba algo decaído y desmayado por no entender un punto muy dificultoso de la materia de la Santísima Trinidad, que

se explicaba en la clase. Estando en este apuro, fué á hablar al Hermano portero, y sin haberle dicho palabra de lo que pasaba en su interior, empezó Alonso á tratar aquel punto, en que él tenía la dificultad, con una maestría tal, como si explicase en la cátedra, y le facilitó la inteligencia de aquella cuestion difícil y de otras que se tratan en aquella materia. Y añade, que no solamente esta vez, sino muchas otras que habló con él, le parecía que dejando Alonso las cosas terrenas y visibles, se levantaba y engolfaba su mente en las invisibles y celestiales, diciendo cuán poderosos motivos tiene el hombre para amar á Dios y cuán estrecha obligacion de servirle: «parecía, concluye, que á cuantos hablaba quería transformar en el ser y conocimiento de la divina Majestad.»

Y no solamente en la Congregacion de los caballeros encendía en fervor á los seglares, sino que la misma comunidad de Montesion oía con no menos avidez que provecho de sus almas la inspirada palabra del humilde portero. Algunas fiestas principales entre año, especialmente en las octavas de San Ignacio, le mandaba el Superior que predicase en el refectorio durante la mesa para consuelo, aprovechamiento y edificacion de los de casa: no le concedían para prepararse más que media hora de tiempo, y muchas veces menos aún; pero la supereminencia de la luz divina le hacía fecundo en las materias, y el amor de Dios, que en su pecho ardía, tan fervoroso en el decir, que dejaba á todos conmovidos y admirados. En el tomo segundo de sus Obras Espirituales hállanse cuatro de estas pláticas, con su texto, su exordio é invocacion de la Virgen, al fin de él su proposicion y confirmacion y epílogo, como si fuesen obras de un retórico; no que el Hermano pretendiese dar á

sus pláticas esta distribucion segun las reglas del arte, sino que imitaba en esto á los predicadores que oía. De las razones que en ellas aduce y de la fuerza con que las propone, se colige el efecto que habían de producir en el corazon de los oyentes al pronunciarlas Alonso con aquella fuerza de conviccion y vehemencia de afecto, que le comunicaba el espíritu de Dios, y el deseo de aprovechar á sus hermanos. «Vez hubo, dice un testigo de vista (1), que habiéndose ya acabado la mesa, le estuvimos todos escuchando casi un cuarto de hora más, admirados del fervor y espíritu con que hablaba de la presencia de Dios Nuestro Señor, y de cuán suave, tierno y regalado sea este ejercicio.»

Era el P. Sanjuan varon de espíritu muy levantado: y como le pareciese muy conveniente fundar bien en humildad una alma tan privilegiada y favorecida de Dios, como era la de Alonso, mandóle un día, al principio de la comida, que subiese al púlpito del refectorio, y predicase mientras la comunidad estaba comiendo. Subió el buen Hermano, abrió su boca, y habló con tal espíritu y elevacion de conceptos, que de pura devocion apenas pudo nadie comer. Después de media hora, díjole el Visitador, que bajase del púlpito; y luégo dirigiéndose á él y violentando su interior afecto para poner el rostro serio, le dice: «Y al fin y al cabo ¿qué ha dicho de las virtudes el Hermano, sino generalidades? ¿Podía esperarse tal de un religioso, que segun su vocacion debiera poseer ya la perfeccion de ellas? En pago de su plática bese el Hermano los pies á la comunidad.» Besólos

(1) H. José Ramohí, en carta al P. Marimon, de 16 de Diciembre de 1618.

Alonso rebosando devocion: con no pequeña repugnancia se los dejaron besar los comensales, que conocían la santidad del predicador y la prueba que de él se hacía; y el Visitador quedó no menos admirado de la humildad y obediencia del siervo de Dios, que de la alteza de la doctrina que les había predicado.

Otra vez para probar la obediencia del H. Alonso, le mandó que subiese al púlpito y predicase en griego, lengua que el Hermano ignoraba. Obedeció con prontitud, y comenzó á decir en voz alta: *Kyrie eleison, Kyrie eleison*, durante un buen espacio de tiempo, hasta que le hicieron señal para que bajase del púlpito. Llegó á tal extremo la admiracion del Visitador por lo que había oído y visto, que no pareciéndole bien que antorcha tan luminosa estuviese escondida en la oscuridad de un Colegio, quiso llevar consigo al H. Alonso á tierra firme para santificar con su presencia y doctrina todas las casas y Colegios de la Provincia; pero respetó su edad y el sentimiento que la salida del Hermano había de causar en Mallorca.

Por este mismo tiempo comenzó Nuestro Señor á ejercitar á su siervo en el santo temor de Dios con soberanas ilustraciones de lo que pasa el hombre en el trance de la muerte. Oigamos cómo refiere él mismo este nuevo estado de su espíritu.

«A esta persona, dice (1), le aconteció tener grande memoria de la muerte, que le parece que no fué adquirida, ni buscada, sino dada: y era tan grande su memoria, que diversas veces reparaba en si por ventura sería tentacion por ser tan continua, porque le ponía en gran

(1) Memorial, núm. 51.

cuidado y temor; porque lo que de allí le sucedía era una tan grande luz de las cosas que allí se pasan y tan espantosas, así de dolores de cuerpo y bascas, como de trabajos del alma, que no bastan entendimientos humanos á saber contar el aprieto y afliccion en que se ve allí el alma. Y como son espirituales, no se saben sino por revelacion ó particular luz de Dios que dé para ello, y así no se sabe bien decir lo que se pasa en espíritu. Y como era esta persona tan visitada en esta memoria y tan á menudo con tan gran conocimiento de lo que se pasa en aquel trance tan amargo, su conversacion con los que trataba era de la brevedad de la vida y de la vanidad del mundo y de la muerte y de la gravedad del pecado y de lo que pierde el alma que pierde á Dios, que es la mayor pérdida que puede perder si acaba en su desgracia, y lo que por su descuido gana, si se pierde, que es penas eternas; ponderando la grandeza de ellas y para siempre, y ponderando el gran bien y tesoro que es Dios y gozar de él para siempre, para que tema, y por el miedo se llegue á Dios y por el premio que da á los que le sirven, para que venga á enamorarse tanto de Dios, que venga ya á servirle sin premio, sino solo por su amor y bondad y merecimiento infinito; para que de esta manera aprovechara ahora el tiempo sirviendo á Dios haciendo penitencia de sus pecados, porque si no, después aunque quiera, no le darán un punto de tiempo, sino que se ejecutará la sentencia sobre él. *Reddet unicuique secundum opera sua.*»

«Digo esto, porque pasando esto por ventura más de diez años por esta persona, mudóla el Señor este ejercicio en otro que parece algo contrario, y cesó este con el que se siguió, que fué que la metió Dios en la segura

confianza en Dios y desconfianza de sí y de toda criatura del todo: y con este ejercicio no temía la muerte que temía antes, ni teme el infierno, pareciéndola con grande luz que su Dios la asegura de su gracia y de su gloria. Entró en este ejercicio, ó que Dios la metiese, deseando sumamente con un subidísimo amor de Dios que este Señor le diese luz y conocimiento grande, con sumo deseo que tenía de agradarle y servirle, para conocer en sí todas sus faltas y pecados de toda la vida y negligencias y descuidos públicos y secretos, para de todo disponer y ordenar su vida á honra y gloria suya, para confesar y hacer de todo á su gusto. Para lo cual se presentaba delante de su Dios, diciéndole: «Señor, yo me fío de tí, y confío en tí, y no en mí ni en criatura alguna, sino en tí y en los ruegos de mi Señora la Virgen María. Yo te ruego que pongas en órden y concierto mi vida, y que me aparejes para bien morir. Mira, Señor mío, qué quieres que haga yo de mi parte por tu amor, que con tu gracia estoy aparejado para todo lo que querrás que haga de toda mi vida, aunque sea padecer por tu amor con tu gracia todas las penas del infierno. Haz, Señor, que anden las cuentas entre los dos claras, es á saber, que estés tú contento de mí; porque si yo supiese y pudiese, te amaría y serviría como todos los ángeles del cielo.»

«Y con esto le venía tan gran luz y conocimiento, que conocía claro que así como un señor pide cuenta á su criado de lo que le ha encomendado, y él se la toma, y halla el señor la cuenta buena y á su gusto, el criado queda contento y el señor tambien; así tambien de que el alma se ofrece toda de todo corazon al cumplimiento de la voluntad de Dios en todas las cosas, entonces el

Señor se contenta de ella, por estar ella tan determinada en todo de servirle muy de veras y contentarle, aunque le hubiese de costar mil vidas, ofreciéndose y entregándose el alma toda á su Dios diciendo: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.*»

Antes de cerrar este capítulo, voy á referir un caso que le pasó con un estudiante de la Congregacion. Don Jaime Sacarés, Presbítero y beneficiado de la Catedral de Palma, cuenta que, siendo diácono y prefecto de la Congregacion de los estudiantes, un día de la Anunciacion de Nuestra Señora se vió acometido de una grave enfermedad que apenas le dejaba hablar una palabra ni dar un paso. Sentía vivamente privarse de la fiesta que aquel día los estudiantes hacían á su Patrona, y haciendo un esfuerzo supremo, se fué al Colegio con tanta dificultad, que al llegar á la portería, apenas podía tenerse en pie ni desplegar los labios. Contó al Hermano lo que le pasaba, y él le dijo: «De ningun modo debía haber salido de casa; pero confíe en Dios, que mañana ya estará bien.» Sentóse en un banco allí mismo en la portería, conversó un rato con Alonso, al terminar la funcion se volvió á su casa, y al día siguiente se halló libre de su enfermedad, conforme se lo había predicho el Hermano.

El mismo don Jaime Sacarés cuenta, que estando una prima suya, llamada Antonia Sastre y Sacarés, gravemente enferma de una aguda fiebre, que la tenía en un continuo estado de delirio, fué á visitarla el P. Bernardo Crespín acompañado del H. Alonso, y hallaron á la enferma tan fuera de sí, que decía mil despropósitos, daba grandes voces y se revolvía con suma inquietud de un lado á otro de la cama. Afligióse el Padre al ver á la en-

ferma en tal estado, y vuelto á Alonso, le dijo: «¿Qué le parece, Hermano Alonso, de Antonia?» Y él respondió: «Demos gracias á Dios, que mañana estará ya buena.» Fuéronse al Colegio; y en cuanto hubieron salido de la casa, empezó la enferma á calmarse y á volver en sí. Llega al día siguiente el médico, tómale el pulso, y admirado de hallarla sin calentura, pregunta: «¿Dónde está la calentura? ¿Á dónde se ha ido?» Teníala él por muerta, y hallóla sana, y no sabía cómo explicarse aquel cambio tan inesperado. Creyóse, y no sin grave fundamento, que aquella repentina curacion se debía á las oraciones de Alonso.





CAPÍTULO XXX

VOCACION DE SALVADOR COSTURER. — UNA CONVERSION NOTABLE. — REVELACION DE LA FELIZ TRAVESÍA DEL P. PEDRO JUSTE, Y DE QUE SE SALVARÍAN TODOS LOS QUE ESTABAN EN LA COMPAÑÍA, SI EN ELLA PERSEVERASEN. — PREDICE LA ENTRADA DE JERÓNIMO CRESPIN EN LA COMPAÑÍA

1597-1599

EL tiempo que duró á Alonso la memoria de la muerte y el conocimiento infuso de las angustias que en ella se pasan, fué de sumo provecho no solamente para su propia alma, sino tambien para las de los otros con quienes trataba; porque su conversacion con ellos era siempre de la brevedad de la vida, y de la vanidad del mundo, y de las penas eternas á que son condenados los que mueren en desgracia de Dios. Estas verdades propuestas con el fervor de espíritu con que las exponía el celoso portero de Montesion, eran espadas de dos filos que atravesaban el corazon más empedernido y menos dispuesto á oír el divino llamamiento. Dejo aparte el gran número de estudiantes que frecuentaban aquel Colegio, y movidos de los ejemplos y exhortaciones de Alonso, dieron libelo de repudio al mundo y á sus vanidades, renunciaron á las más halagüeñas y fundadas esperanzas, y se retiraron á

la soledad de los claustros para vacar al único negocio importante de la salvacion de sus almas. Muchos y muy excelentes fueron los sujetos que en Mallorca entraron en la Compañía durante el tiempo que el Hermano Rodriguez estuvo en la portería; y aseguran los historiadores contemporáneos que todos ó se movieron á abrazar el estado religioso por las conversaciones que tuvieron con Alonso y por los ejemplos de todas las virtudes que en él veían resplandecer, ó por lo menos trataron con él el negocio de su vocacion, consultándole en sus dudas, y pidiéndole consejo en las dificultades que para poner por obra sus santos deseos y buenos propósitos se les ofrecían. Dificil negocio era este de tratar vocaciones con jóvenes inexpertos, que fácilmente se dejan llevar de pasajeras impresiones y fervores poco duraderos; pero tratábalo el santo portero con suma prudencia y discrecion, y segun escribe él mismo (1), jamás les decía: «Entrad en tal religion,» sino que lo encomendasen mucho á Dios, poniéndolo todo en sus benditas manos, para que hiciese de todo á su gusto para gloria suya y bien del alma: decíales que allá fuesen á donde Dios les llamaba, y no á otra religion; que mirasen que á donde habían de ir no los querían sino para que fuesen santos, que era lo único de que habían de tener cuidado para contentar á Dios.

Un caso bien particular le sucedió en esta materia. Frecuentaba las escuelas del Colegio un mozo bien nacido, de agudo entendimiento y amable condicion, y tan dado á las prácticas de devocion y piedad, que se echaba bien de ver que no era para el mundo. Llamábase

(1) Memorial, núm. 42.

Salvador Costurer. Solía acompañarse con otros estudiantes, que estaban negociando su entrada en la Compañía, no faltando quienes por esto y por lo que en él veían, creyesen que también andaba Costurer con la misma pretension. Admirados de que no hablase palabra de esto el jóven, y habiéndose aun el mismo Alonso llevado chasco una vez que de ello le habló, pues se le mostró sumamente frío é indiferente, encomendaron los Padres al portero, que lo negociase con Dios; á los cuales respondió: «Échenmele en las manos para hablarle.» Sucedió que cayó en efecto en sus manos, ó movido él interiormente á hacerlo, ó que le hubiesen dicho que el Hermano le quería ver: hablóle éste de tal manera, y después tomó el negocio á su cargo con Dios con tanto fervor de oracion, que muy pocos días después pidió Costurer la Compañía, y fué admitido en ella, y habiendo procedido muy ejemplarmente en su noviciado y estudios, al fin de ellos se lo llevó Dios Nuestro Señor con prendas muy seguras de su gloria. Llamábale el H. Alonso «Hijo de oracion,» significando que con sus oraciones le había ganado y como engendrado para Jesucristo.

No menos digna de admiracion fué la ruidosa conversion hecha por Alonso en un antiguo discípulo del Colegio en letras, y de su humilde portero en virtud y espíritu (1). Era este un caballero de Mallorca, rico y mozo, que sería de edad como de treinta años, de linda presencia y amable trato: fué casado, y siendo de la edad que hemos dicho, se le murió la mujer. Pasado algun tiempo después de la muerte de la mujer, fué á visitar á los Padres del Colegio; y luégo, al salir, detúvose

(1) Memorial, núm. 45.

á hablar con nuestro portero, al cual conservaba todo el cariño que desde estudiante le había cobrado, y le respetaba con la misma ó mayor veneracion que antes. Llamóle la atencion al Hermano el que siendo viudo el caballero, no vistiese hábito de tal, sino que anduviese ricamente vestido y adornado, lo cual le hizo entrar en sospechas de que el bueno del caballero pretendía contraer segundas nupcias. Empezóle á hablar de Dios, disimulando lo que en su interior sospechaba: pintóle con vivos colores la vanidad del mundo, la brevedad de la vida, la eternidad y terribilidad de las penas del infierno y cuánto conviene que esté el hombre preparado para la última cuenta, cuando el Señor le llamare, y que viva como querría haber vivido en aquella hora: y fijándose en sus preciosos vestidos, y en su traje, más de gala que de luto: «¿Para eso, dice, le llevó Dios la mujer?» como quien dice: No le ha llevado Dios la mujer para que tome otra, casándose segunda vez, sino para que libre de todo impedimento, se recoja á servir á Dios de veras.

La plática fué larga, y muy provechosa. Quedó tan herido Pedro Santacilia (que así se llamaba el caballero), que se determinó á dar de mano á los regalos del mundo y á seguir la carrera eclesiástica. Empezó el estudio de la filosofía en nuestro Colegio con no poca admiracion de sus parientes y amigos, y no menor edificacion de la ciudad, que veía á un jóven de tal edad y de tales esperanzas asistir á las clases confundido con los niños, y con traje sencillo y modesto, bien diferente del que hasta entonces había vestido. Hizo tales progresos en los estudios, que acabado el de la lógica, sostuvo públicas conclusiones de ella, y terminado el curso de las artes, defendió públicamente tambien conclusio-

nes de toda la filosofía. Estudiada la teología, se ordenó de sacerdote, y vivió con grande ejemplo de virtud y no menor edificacion de toda la ciudad. Visitaba á menudo á los Padres del Colegio, sin olvidar jamás al santo portero, por cuyo medio había Dios obrado tal cambio en su persona, y confesaba públicamente y en presencia de Alonso, que á él después de Dios debía su vocacion al estado sacerdotal. «Después de hecho Sacerdote, escribe Alonso con sencillez infantil, dice muy á menudo misa en nuestra casa: y ha hecho para sí un cáliz rico, y dos casullas ricas, la una blanca y la otra colorada, y un alba y lo demás para decir misa; lo cual todo está en nuestra sacristía: y persevera con grande edificacion de virtud. Gloria sea á Dios por todo.» Pedro Santacilia, agradecido al favor que recibió de Dios por medio del santo portero, al morir dejó aquellos preciosos ornamentos sagrados á la sacristía del Colegio.

Vamos ahora á referir una profecía del santo Hermano, cuyo cumplimiento llenó de gozo á todos los moradores del Colegio de Montesion. Había sido nombrado Provincial de Aragon el P. Pedro Juste en Julio de 1597, y en Mayo del año siguiente visitó el Colegio de Mallorca.

Poco después de haberse embarcado para tierra firme, al terminar su visita, parecieron á vista de Mallorca unas galeotas de moros: llevaban una de remolque, y se conjeturó que sería la en que iba el P. Provincial, que al salir del puerto habría sido apresada por los corsarios africanos. Lo que empezó por simple conjetura, no tardó en convertirse en categórica afirmacion; y muy presto se divulgó por toda la ciudad como noticia cierta y averiguada la que no pasaba de simple sospe-

cha, aunque muy fundada. Cundió con la triste nueva el pánico y el dolor entre los habitantes de Palma, que lloraban como cierto el cautiverio de sus parientes y amigos que iban en la nao. No tocó al Colegio de Mcntesion la menor parte de la afliccion y angustia general por la desgracia del P. Juste y sus compañeros. Solo el Hermano portero se advirtió que lejos de estar triste y desconsolado, manifestaba en su rostro una no acostumbrada satisfaccion y alegría. Admirado el Superior al verle tan contento y risueño, y sospechando no fuese la causa de su contento la estima y aprecio que tenía de los trabajos y adversidades de esta vida, por el espiritual provecho que de ellos puede sacar el alma, le dijo: «¿Qué es esto, Hermano Alonso, andamos todos tristes con tan lastimosas nuevas, y solo el Hermano alegre? ¿Le parece de poco momento esto que se dice?»—«De ninguno, respondió Alonso. El P. Provincial con todos sus compañeros están ya en el Colegio de Barcelona buenos y sanos: han tenido navegacion de ángeles: la Virgen Nuestra Señora les gobernaba el timon.» Al cabo de algunos días recibéronse en efecto cartas del Colegio de Barcelona, en que los Padres embarcados daban cuenta de su llegada á aquel puerto y de la felicísima navegacion con que el Señor les había favorecido; calificándola de «navigacion de ángeles,» que fué la misma frase usada por el santo Hermano para significar lo próspero de aquel viaje. Diéronse infinitas gracias á Dios, y reconocióse una vez más el poder y eficacia de las súplicas de Alonso, y el dón de profecía con que el cielo le ilustraba.

La revelacion que acabamos de referir fué de la libertad corporal de algunos pocos, que iban embarcados en

una nave: la que ahora vamos á contar fué de la salvacion eterna de todos los que á la sazón estaban no solamente en el Colegio de Mallorca, sino en toda la universal Compañía. Solía Alonso durante el tiempo de la comida engolfarse con todas sus fuerzas en la contemplacion de las cosas celestiales, para no percibir el gusto de los manjares y ni siquiera advertir que estaba comiendo, con lo cual pretendía espiritualizar y santificar un acto, que si bien por una parte es necesario para la conservacion de la vida humana, pero es por otra muy humillante para los varones espirituales, por ser comun al hombre con los brutos, y por el peligro que ofrece de cometer faltas de templanza, cuya regla y medio traspasa con suma facilidad el apetito desordenado. Pagábale Dios Nuestro Señor esta santa solicitud y cuidado con celestiales ilustraciones y regalos muy singulares, en testimonio de que aprobaba su modo de proceder en esta parte. Corría el mes de Octubre de 1599: un día al levantarse de la mesa la comunidad de Montesion para dar gracias, segun costumbre, todos juntos, interrumpiendo Alonso la alta contemplacion en que había estado absorto todo el tiempo de la comida, puso los ojos en los Padres y Hermanos, que estaban con gran recogimiento y devocion agradeciendo al Señor el beneficio que de su mano acababan de recibir. «Parecíame, dice (1), que en verlos á ellos, veía á unos ángeles: y allí me fué dicho claramente que todos aquellos se habían de salvar é ir al cielo:» y «No solamente estos se han de salvar, pero todos los que están en la Compañía, es á saber, si perseveran en ella.» Añade inmediatamente

(1) Memorial, núm. 34.

te, que tan grande favor «No tenía ganas de decirlo á nadie, si no fuese á alguno que estuviese tentado de salirse, y á este solo lo dijera, desengañándole, afirmándole lo que había concebido en su corazon de su seguridad, cuando se lo dijeron, para que se sosegase y sirviese á Dios con alegría, asegurándole que Dios le haría esta merced tan grande de ayudarle copiosamente para que se salvase.»

Dió Alonso cuenta de esta revelacion en la memoria que escribió el año 1604 de las cosas que habían pasado por su alma, conforme le había sido ordenado por sus Superiores. No consta que á otros la comunicase sino en un caso para confirmar el ánimo vacilante de un escolar del Colegio de Mallorca. Llamábase este jóven Marco Antonio Puigdorfilá. Pertenecía á una de las familias nobles de aquella isla, y había tenido que superar obstáculos increíbles para entrar en la Compañía. Los cuatro años que en ella vivió, fué grandemente molestado de escrúpulos; y atormentáronle estos tan duramente, que trataba ya de abandonar su primera vocacion y pasarse á vivir bajo una regla más austera. Como revolviese en su corazon estos pensamientos, y diese cuenta de sus deseos al H. Alonso, díjole este las siguientes palabras, que el estudiante notó luégo con mucho cuidado: «Mire, Hermano, lo que hace, porque estando un día en oracion, Dios me hizo ver á todos los Padres y Hermanos de la Compañía esparcidos por todo el mundo y ocupados en sus ministerios. Y yo dirigiéndome al Señor, le dije: «Señor, y ¿qué premio les daréis á estos vuestros siervos y obreros, que tan fielmente os sirven?»—«Mira, hijo Alonso, me respondió el Señor, todos estos que ves, como mueran en la Compañía, están

predestinados para el cielo;» y esto me fué mostrado claramente, y se lo digo para que esté firme en su vocacion» (1). Alumbrado y confortado con estas palabras el H. Puigdorfila, perseveró en la Compañía hasta la muerte, que sucedió poco después del hecho que acabamos de referir, como se dirá en su lugar.

Podría alguno dudar, y con razon, si esta revelacion, á que se refiere Alonso en su razonamiento con el joven Marco Antonio, es la misma que tuvo en Octubre de 1599, ú otra distinta de ella. Yo creo que son dos diferentes: y me fundo en que al H. Puigdorfila dice Alonso haberle sido revelada la gracia hecha á la Compañía, «estando un día en oracion;» al paso que la revelacion de 1599 la tuvo «estando los Padres haciendo gracias, como acostumbran después de comer y de cenar.» En segundo lugar, esta parece constar de dos partes: la primera solo comprende á los del Colegio de Montesion, que estaban haciendo gracias después de la mesa, á quienes veía como ángeles; y la segunda, como que fuese extension de aquel privilegio á todo lo restante de la universal Compañía: pero en la que descubrió al Hermano Marco Antonio, de una vez se le representan todos los individuos de la Compañía, esparcidos por el mundo y ocupados en sus ministerios; interviene una pregunta de Alonso hecha al Señor, diciéndole: «Señor, ¿qué premio daréis á estos vuestros siervos y obreros, que tan fielmente os sirven?» Pregunta de que no se hace mencion en la de 1599. Finalmente, en esta de 1599 se promete la eterna salvacion á la pureza de vida de los

(1) Cienfuegos, *Vida de San Francisco de Borja*, libro V, cap. X, § 6.

agraciados, los cuales á Alonso parecía ver limpios y resplandecientes delante de Dios como ángeles del cielo, y no á la fidelidad en el desempeño de los ministerios de la Compañía y al espíritu apostólico propio de su Instituto.

Lo que no puede, á mi juicio, negarse, es que si es una sola esta revelacion, no la entendió Alonso en el sentido restrictivo, y podríamos decir material, que tienen aquellas palabras: «Todos los que ESTÁN en la Compañía se han de salvar,» como si dijese: «Todos los que en este momento son miembros de este cuerpo, si perseveran, se salvarán; pero nada prometo á los que después de este momento se alistaren en ella, aunque perseveren.» Tomadas aquellas palabras en este sentido tan limitado, ¿qué efecto podían producir en el ánimo turbado de un escrupuloso, que para asegurar su salvacion eterna quiere dejar su primera vocacion, y abrazar una vida más austera? ¿Por ventura podía creer Alonso que aquel privilegio comprendía á su discípulo, que tardó once años en entrar en la Compañía después que le fué hecha aquella revelacion? Y ¿qué consuelo podía recibir el atribulado escolar de saber que muchos otros, á cuyo número él no pertenecía, tenían asegurada su salvacion con su perseverancia en la Compañía? Luego forzoso es ó admitir que el sentido de la revelacion tiene mayor latitud, y que comprende á todos los que una vez entrados en la Compañía perseveran en ella hasta la muerte, ó decir que además de la revelacion general y extensiva á la universal Compañía que tuvo Alonso en 1599, hubo de haber tenido otra después de 1611 y de la entrada de Puigdorfla en la Compañía, de la cual le dió noticia al verle temeroso de su salvacion y deseoso de asegurarla más trocando el hábito y género de vida.

Esto he dicho solamente para dilucidar el punto histórico de si fueron dos ó una sola las revelaciones tocantes á la universal Compañía hechas por Dios á Alonso. Otras existen para consuelo de los hijos de Ignacio, que les aseguran la divina concesion de tan envidiable y nunca bastantemente ponderado privilegio. Solo añadiré aquí que tanto esta revelacion de Alonso, como otra con que fué favorecido San Francisco de Borja extensiva á toda la Compañía por espacio de tres siglos (1), fueron confirmadas por Dios Nuestro Señor en la ocasion que aquí diré. Doña Beatriz de Quevedo, como se refiere en la vida de dicho Santo Padre Francisco (2), señora muy favorecida de Dios con ilustraciones del cielo sobre cosas extraordinarias tocantes á la Compañía, asistiendo cierto día á los divinos oficios en una de nuestras iglesias de España, mientras estaba orando con particular fervor, «certificóla (Dios) dos veces que eran ciertas las revelaciones de San Francisco de Borja y del Venerable Hermano Alonso Rodriguez, de que los que murieren en la Compañía en los tres primeros centenares, todos se han de salvar.» Finalmente en el proceso de beatificacion una y muchas veces se examinó la revelacion de nuestro Alonso, y se convino al fin en que nada contenía digno de censura, y que no fuese digno de fe.

Pongamos fin á este capítulo con otra revelacion que tuvo el santo portero de la entrada en la Compañía de un niño de diez años, llamado Jerónimo Crespín, sobrino del P. Bernardo Crespín, que residía en el Colegio

(1) Cienfuegos, lug. cit.

(2) Cienfuegos, *ibid.*

de Mallorca. Refiere el hecho el mismo Jerónimo en una carta escrita al P. Juan Mateo Marimon desde Gandía con fecha 6 de Enero de 1619. Dice así:

«*Pax X.*—Pasando el P. Miguel Julian por este Colegio de Gandía viniendo de ese de Mallorca, hablando los dos á solas del H. Rodriguez, yo le conté una cosa que me pasó siendo yo niño, y díjome que se la escribiese á V. R., porque era argumento de la santidad del Hermano. Yo no he podido hasta ahora por mis ocupaciones de la lectura. Ahora tengo ocasion con Mosen Fiol, que se parte de Gandía para Valencia y me ha dicho encaminará la carta. El caso fué, que siendo mi maestro el señor hermano de V. R., el cual estuvo un tiempo en casa de mi madre, y me acompañaba á mi hermano menor y á mí; saliendo, pues, un día por la portería de la Compañía de este Colegio el dicho señor Marimon, y mi hermano y yo, quedándome yo el último para salir, el H. Rodriguez, que entonces tenía las llaves, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo: «Vmd. ha de entrar en lugar de su tío en la Compañía,» el cual ya había muerto (1), y yo tendría unos diez años. Yo entonces miréle en la cara, y riéndome le dije: «V. R. me encomiende á Dios,» y dicho esto, me salí presto corriendo, porque mi maestro ya estaba lejos: y no me acordé más de lo que me dijo el santo H. Rodriguez, hasta tanto que Dios me hizo tan señalada merced de llamarme á la Compañía, y cuando estuve resuelto de entrar en ella, me acordé de lo que el Hermano me había dicho. Y lo que más me admiró fué, que estando yo

(1) Murió el P. Bernardo Crespín á los 13 de Diciembre de 1602 en el Colegio de Mallorca.

aguardando en la portería en pie mirando y hojeando el libro del P. Plati «Del bien del estado religioso,» aguardando que bajase el P. Juan Torrens, que era entonces Vice-Rector (1), para pedirle la Compañía, pasando el H. Rodriguez mirando yo el dicho libro, me vino por las espaldas, y me dijo: «¿No le parece á Vmd. que escoge mejor estado que no sus hermanos?» Lo cual no era posible que supiera, porque yo aun no lo había comunicado con nadie. Los años que pasaron desde la primera vez que me dijo que yo había de entrar en la Compañía hasta que me determiné, serían unos seis años. Esto escribo V. R., para que si V. R. juzgare que es en abono y honra del santo Hermano, se sepa. Yo procuro por acá publicar su fama y santidad. Y V. R. me perdone, y me mande en su servicio, y encomiende á Dios en sus santos sacrificios y oraciones.—De Gandía, y Enero 6, 1619.—JERÓNIMO CRESPIN.»

(1) Fué Vice-Rector el P. Juan Torrens desde 26 de Enero de 1606 hasta 4 de Febrero de 1607. El H. Jerónimo Crespín fué recibido en la Compañía en 7 de Abril de 1607, siendo de 18 años de edad.





CAPÍTULO XXXI

VE ALONSO EN EL CIELO EL ALMA DEL H. DIEGO RUIZ
RECIENTE MUERTO.—LLEGA Á MALLORCA LA ARMADA DEL
REY ENVIADA CONTRA ARGEL. — ENFERMEDAD CONTA-
GIOSA ENTRE LOS SOLDADOS. — ASÍSTELES ALONSO. —
DESGRACIADO ÉXITO DE LA JORNADA. — CONSUELA DIOS
Á ALONSO CON UNA NOTABLE VISION Y PROFECÍA

1600-1602

POR este tiempo tuvo Alonso el consuelo de ver
otra vez en Mallorca á su antiguo Rector y fa-
miliar amigo, el P. Juan Rico, que en 1596;
terminado su trienio, dejó el cargo, y en compañía del
P. Visitador Lorenzo Sanjuan, había vuelto á la penín-
sula. La ocasion de ir otra vez á Mallorca el P. Rico
fué la siguiente. Había decretado el Soberano Pontífice
Clemente VIII que los Superiores de las órdenes reli-
giosas no pudiesen durar en el gobierno más de tres
años: y observóse en la Compañía esta disposicion de
Su Santidad, antes de obtener dispensa de ella, con tan-
ta exactitud, que en el mismo día y aun en la misma
hora en que un Rector había tomado el cargo, pasado el
trienio, lo dejaba: y como á 20 de Mayo de 1600 termi-
nase el plazo justo del gobierno del P. Matías Borrásá,
que por tercera vez gobernaba aquel Colegio, resignó

el mando en el P. Gabriel Bolicher, sin esperar para ello orden del Provincial Pedro Juste, que tambien acabó su trienio, siendo nombrado para sustituirle el P. Melchor de Valpedrosa en el mes de Julio de este mismo año de 1600. El nuevo Provincial, viendo que á los principios de su gobierno no le era posible ausentarse de la península tanto tiempo como á la sazón se requería para la visita de Mallorca, envió allá en calidad de Visitador al P. Juan Rico, perfecto conocedor de aquel Colegio, como Rector que había sido en él, con el intento de que llevada á cabo la visita, quedase otra vez por Rector, como en efecto lo hizo, y empezó á serlo en el mes de Diciembre de este año. Hace notar el historiador de Montesion, que con la visita del P. Juan Rico y con el gobierno que tomó del Colegio, se encendió nuevo fervor tanto en el aprovechamiento espiritual y en el ejercicio de los ministerios, como en el estudio de las letras y ciencias, que se acrecentaron este año con una lección de Teología Moral, de que hasta entonces el Colegio había carecido. «Porque, añade el historiador, el Padre Juan Rico, por ser varón manso, caritativo, humilde y aplicado á ministerios de predicar y confesar, era muy amado de los nuestros y tambien de los seglares, que le habían conocido en el trienio pasado, que había gobernado.» Ofreció Dios Nuestro Señor al Rector y á los súbditos buena ocasion de ejercitar la caridad, humildad y paciencia, como diremos después que hayamos referido la santa muerte de un compañero é imitador de Alonso, en quien tuvo evidente aplicacion la célebre revelacion de que se ha dicho en el capítulo pasado.

Llamábase este Hermano Diego Ruiz: fué natural de Sopuerta, en la provincia de Vizcaya, diócesis en aquel

tiempo de Burgos, y hoy de Vitoria. Vivió en la Compañía treinta y tres años: él y Alonso hicieron la incorporacion el mismo día 5 de Abril de 1585, y fué cocinero del Colegio casi todo el tiempo en que Alonso fué portero. Murió el H. Diego Ruiz el primer día del mes de Junio de 1601. Luégo al punto que espiró, comenzó el H. Alonso á rezarle las tres coronas ó partes de rosario que prescribe la regla. Acabadas las dos, y queriendo empezar la tercera, fué arrebatado en espíritu, y llevado al cielo, en donde se halló al lado de la Santísima Virgen con el H. Diego Ruiz al otro lado de la Señora. Estuvieron los tres en esta disposicion y solos más de media hora, sin que imaginacion alguna pudiese estorbarle tan santa compañía. Observó Alonso que la Virgen Nuestra Señora se gozaba mucho con su devoto siervo el H. Diego Ruiz, y que este con una modesta sonrisa en los labios y con un rostro risueño manifestaba el júbilo celestial que embargaba su corazon con el gran bien que poseía. Preguntó Alonso si le era permitido publicar lo que había visto para honra del H. Diego y de la misma Santísima Virgen. Respondióle ella que sí. Quiso luégo continuar rezando los sufragios que había comenzado é interrumpido, alegando que así lo exigía la observancia de la regla que lo manda, y díjole la Señora: «Ya no es menester, hijo Alonso, pues tengo á Diego en mi compañía, como tú lo ves.» Al fin de esta relacion añade Alonso el siguiente elogio del H. Ruiz: «Este H. Diego, dice, era tan devoto de la Madre de Dios, que todo el tiempo que podía hurtar, no faltando á sus obediencias, lo tomaba para rezar rosarios y letanías de la Virgen y el oficio de su Inmaculada Concepcion. Yo soy testigo de vista que corrió tanto este pos-

trer año, que á mí me causaba admiracion ver lo que había ganado mortificándose. No sé que en espacio de veinte y nueve ó treinta años haya pedido licencia para recrearse en ir al campo ó de otra manera alguna: y en todo lo demás estaba tan descuidado de su propia comodidad, que vivía como hombre que no cuidaba de sí, y experimentaba siempre la pobreza.» Hasta aquí Alonso. Y buen testimonio de esto último que dice es, que en veinte años que el H. Ruiz fué cocinero, siempre tomó para su sustento la porcion más ruin, componiéndola de las sobras de las otras, las cuales decía que le sobraban á él; y tenía trazas para que nunca se las dejasen de dar, aunque los que servían procuraban excusarlo. Su vestido era el peor de casa. Unas horas de Nuestra Señora, por las cuales solía rezar, eran tan viejas y estaban tan rotas, que tenía necesidad de atarlas con un hilo ó cinta para que no se le cayesen las hojas. Oía casi todas las misas que se decían en la iglesia del Colegio; porque estando entonces la cocina no lejos del coro, él disponía las cosas de tal manera, que bajando á la cocina después de haber consumido el sacerdote, le diesen lugar de volver á subir cuando salía la siguiente misa. Con igual piedad y constancia iba y venía por las tardes para ofrecer los rosarios que continuamente estaba rezando. Para ninguna cosa de su oficio admitía compañero ni ayudante; y él voluntariamente se ofrecía á ayudar y servir á todos los demás. Señalóse mucho en la humildad, mortificacion, pobreza, devocion y caridad, virtudes cuyo ejercicio aprendía del santo portero, y con las cuales corrió ligero la carrera larga y trabajosa de la perfeccion hasta conseguir la corona de la gloria, que Dios mostró al H. Rodriguez. Fué de todos tenido por

santo: después que hubo muerto, un caballero principal, que le había tratado mucho en vida, pidió aquellas horas de Nuestra Señora, de las cuales hemos hablado, y las guardó como reliquias. Pero volvamos á nuestro Alonso.

Los piratas turcos y berberiscos hacían en las costas del Mediterráneo y en las islas Baleares tantos estragos, que los pueblos de las costas clamaban incesantemente á la corte para que pusiera remedio á tamaños males. Fueron al fin oídos aquellos clamores; y en 1601, entretanto que se disponían mayores aprestos, salió á la mar don Martin de Padilla con siete galeras, y dió caza á los piratas de las costas africanas y les apresó varias naves. Salieron tambien de los puertos de Sicilia setenta galeras con diez mil hombres de desembarco al mando de Juan Andrés Doria. Iba dirigido aquel tan respetable armamento contra la ciudad de Argel, nido de piratas; hizo escala en Mallorca, á donde llegaron las galeras los últimos días de Agosto y primeros de Setiembre de 1601. Iba en ellos el serenísimo duque de Parma con toda su familia, el duque de Urbino, y D. Pedro de Leyva, general de las galeras de Sicilia, con toda su casa. Los excesivos calores y la aglomeracion de gente en las naves dieron origen á muchas enfermedades, y el hospital de Mallorca apenas podía contener á los soldados enfermos. Las crecidas limosnas que dieron los duques y otras personas principales, tanto de las que iban en la armada como de los habitantes de Palma, no eran bastantes para atender al socorro de tantos dolientes. Cuatro Padres de Montesion, acompañados de los jurados de la ciudad y de los regidores del hospital, andaban pidiendo limosna en dinero y ropas para los pobres soldados enfermos, y

todos los del Colegio les servían en sus necesidades, incluso Alonso, á quien la edad de setenta años y sus ordinarios achaques parecía que no permitían ejercitar estas obras de misericordia. Asistía á los enfermos de los hospitales, y sin ningun temor de contraer el contagio (temor que á no pocos retraía de aquella obra de caridad), él acompañaba á los Padres, que servían en el hospital, y consolaba á los atacados, y los animaba á sufrir con paciencia la enfermedad, y les preparaba para una buena muerte. Procurábales tambien buenas limosnas, pidiendo él mismo á las personas pudientes, devotas suyas, que contribuyesen al consuelo y alivio de los enfermos. Era tal la confianza que tenían los Superiores en la prudencia y caridad de Alonso, que le dieron licencia para pedir y recibir limosnas, que distribuía él luego no solamente entre los enfermos del hospital, sino tambien entre los de las familias particulares que estaban en necesidad, y entre los pobres que se llegaban á la portería, valiéndose del cebo de la limosna corporal, para cogerlos y ganarlos para Dios con el anzuelo de las exhortaciones espirituales, que para bien de sus almas les hacía. Ayudóles tambien de otra manera, que fué con no interrumpidas y fervorosas oraciones y con incitar á los Congregantes de ambas Congregaciones al ejercicio de la caridad con los enfermos. Es increíble el fervor que entre ellos se encendió. Todos á porfía se disputaban el honor de servir á los pobres. Merece particular elogio un estudiante de la Congregacion, hijo primogénito de padres honrados y ricos, el cual á escondidas de ellos se escapaba al hospital, y servía á los enfermos con una solicitud y un cariño superiores á su edad, y con un celo, que tal vez tenía más de ardiente, que de

discreto, y no había quien pudiese irle á la mano. Contrajo la enfermedad contagiosa: y alegre, como quien había conseguido el logro de sus deseos, que eran de dar la vida por sus hermanos, murió una muerte feliz y envidiable «con señales moralmente manifestas, dice el historiador de Montesion, de que fué á gozar de Nuestro Señor en la bienaventuranza.»

Aumentóse el trabajo de los Padres y el fruto espiritual de los que iban en las galeras con la publicacion del jubileo, concedido por Su Santidad el Papa Clemente VIII á todos los que tomaban parte en aquella expedicion contra los infieles: acudieron á Montesion, deseosos de participar de aquella gracia extraordinaria, innumerables soldados para confesarse; y otro tanto hicieron muchísimos caballeros, y entre ellos el duque de Parma y el general D. Pedro de Leyva, practicando todos con mucho recogimiento y particular devocion, propia de pechos cristianos, los piadosos ejercicios impuestos para ganar el jubileo: abundaron las confesiones generales y las conversiones extraordinarias, entre las cuales fué notable la de un soldado italiano, que había sido religioso, y apostatado de su religion; y tomando ahora mejor acuerdo con la enfermedad contagiosa, que se le pegó, hizo confesion general, y se resolvió á volver á la religion que había abandonado, como después efectivamente lo puso por obra. Á las oraciones continuas y fervorosas del anciano portero del Colegio de Montesion atribuyóse no solo la abundante cosecha de conversiones, sino tambien la salud de nuestros Padres, que la conservaron sin detrimento en medio de tantos trabajos pasados en el servicio de los enfermos en el hospital y de los forzados en las galeras, á donde hubieron de

acudir para auxiliar y consolar á aquellos desgraciados. Tomó parte en las fatigas de sus súbditos el P. Provincial Melchor de Valpedrosa, que en Enero de 1602 llegó al Colegio con su socio el P. Gabriel Álvarez, para hacer la visita. Una cosa se notó en el Hermano, y fué que acudiendo mucha gente á gozar del magnífico espectáculo que ofrecía aquella numerosa armada anclada en el puerto, cosa tan nueva, ó á lo menos tan rara, en aquella isla, jamás quiso dar á su vista el inocente gusto de contemplarla, siendo así que para ello no necesitaba salir de casa, porque le bastaba subir á la azotea del Colegio. Estábase en el rincon de su portería, fijos los ojos de su alma en otros más sublimes espectáculos, esto es, en alta contemplacion de Dios y de sus obras, y negaba á su vista todo solaz ó distraccion que pudiese hallar en cosas de este mundo.

En cuanto estuvieron reparados de sus dolencias los enfermos de las galeras, dióse á la vela la armada entrando ya el año de 1602, con rumbo á Argel, á donde llegó después de una corta y feliz navegacion. No podía llegar en coyuntura más favorable para apoderarse de aquella plaza, porque casi todos los que la habitaban, al saber que se acercaban los españoles, la habían abandonado y dejado sin defensa: pero Dios Nuestro Señor en sus secretos y adorables juicios dispuso que no se llevase á cabo empresa tan fácil de realizar, y que tan poderosamente había de contribuir á limpiar el Mediterráneo de los piratas que lo infestaban. Levantóse una noche tan brava y furiosa tormenta, que en pocas horas estrelló contra las rocas varias de las galeras españolas, y el mismo desgraciado fin hubieran tenido las demás, á no haberse alejado de aquellas costas tan peligrosas. Así lo

hicieron: y dividiéndose la armada en dos escuadras, se retiró la una al puerto de Barcelona, y la otra volvió al de Palma; y así quedó frustrada por completo aquella expedicion, y tan ufanos los moros, que emprendieron de nuevo sus correrías: pues ya en 5 de Julio de este mismo año apresaron un buque mercante mallorquin, que se dirigía de Barcelona á Mallorca, y cautivaron la tripulacion y pasajeros, uno de los cuales era el Hermano Coadjutor Domingo Mateu, que iba destinado por el P. Provincial al Colegio de Montesion.

Llegó á Mallorca la escuadrilla, compuesta de cuarenta y seis galeras, á primeros de Octubre del año de 1602, mandando las españolas D. Juan de Cardona, y las Sicilianas el ya mencionado D. Pedro de Leyva. Es inexplicable la tristeza y desaliento que produjo en aquellos isleños la noticia de la desgraciada suerte de la armada. Y lo peor fué, que los dos meses que estuvieron ancladas las galeras en el puerto de Palma, se repitieron las enfermedades del año anterior, y hubieron de renovarse los trabajos de los Padres y de los Congregantes en el servicio de los enfermos. No salieron los Padres tan bien librados ahora como el año pasado: la mayor parte, rendidos de la fatiga, cayeron enfermos, llegando á ser nueve los que á la vez guardaban cama, y necesitando no menos que ellos este alivio los que se ocupaban en servirles. Murieron dos de ellos víctimas de la caridad: el P. Guillermo Barceló y el P. Bernardo Crespin. Ambos residían en el Colegio de Montesion cuando tuvo Alonso la revelacion de que estaban predestinados los que allí entonces moraban, y daban no pocas esperanzas de su gloria la santidad de su vida y sus no ordinarias virtudes.

Fué el P. Guillermo Barceló natural de la villa de Lluçmayor en la isla de Mallorca. Entró en la Compañía á 18 de Mayo de 1577: hizo los votos de Coadjutor espiritual formado en 4 de Junio de 1598. Leyó retórica en el Colegio de Montesion seis años, y fué Prefecto de las escuelas del mismo por espacio de diez. A los 12 de Noviembre de este año de 1602 cayó enfermo de una fiebre maligna, que se creyó habérsele pegado en el hospital sirviendo á los soldados enfermos. Murió á los 21 del mismo mes, siendo de edad de 41 años.

El P. Bernardo Crespin nació en Palma. Desde muchacho fué devoto y dado á penitencia y oracion, muy honesto, callado, sufrido y austero para consigo. Entró en la Compañía en tierra firme. Hizo la profesion de tres votos en Valencia á 8 de Setiembre de 1568. Cuando Alonso pasó de esta ciudad á Mallorca, fué en compañía de este P. Crespin y del P. Matías Borrásá. Fundó la Congregacion de los estudiantes, y fué operario incansable. Fué muy parecido en el espíritu al santo H. Rodriguez; y había hecho con él un santo convenio, del cual hace mencion Alonso en el folio 156 del libro manual señalado con la letra *I* por estas palabras: «Los rosarios que tengo de rezar son los siguientes: Cada semana por el P. Crespin un rosario; y él me ha de decir á mí una misa. Y si él muere primero que yo, le tengo de rezar toda mi vida un rosario cada semana: más, si muere primero, le tengo de rezar cincuenta rosarios sin los dichos. Él á mí me ha de decir cada mes una misa: y si muero antes que no él, me ha de decir veinte, sin las de obediencia, y cada mes una misa por toda su vida.» No era solo el P. Crespin el que contraía esta clase de mutuas obligaciones con Alonso: en el lugar citado se lee á ren-

glon seguido otro pacto semejante. «Cada mes, dice Alonso, por el H. Panisco le tengo de decir un rosario por toda su vida, y él tambien á mí.»

A 3 de Noviembre de este año de 1602 zarpó del puerto de Palma la escuadra con rumbo al de Barcelona: en ella salió el P. Provincial con su compañero, y llevó consigo al P. Rector Juan Rico, antes que acabase el trienio de su rectorado, para que descansase de sus trabajos y convaleciese de sus dolencias.

No fué pequeño el sentimiento que cupo á Alonso en la triste suerte de la expedicion á Argel. El ardiente deseo de la conversion de aquellos infieles, que devoraba su alma, le había hecho dirigir fervorosas súplicas al cielo por el feliz éxito de aquella importante y grave empresa. Y aunque templaba su dolor la conformidad con las disposiciones de la divina Providencia, que dirige á su mayor gloria todos los humanos acontecimientos, por más contrarios á ella que á nuestro corto entendimiento parezcan; sin embargo plugo al cielo consolar al afligido anciano con la revelacion de que tiempo vendría en que sus santos deseos se verían cumplidamente satisfechos. Mandáronle un día los Superiores que saliese á respirar los aires puros del campo, remedio que reclamaba lo quebrantado de su salud. Llevóle su compañero á una eminencia junto á la playa y poco distante de la ciudad de Palma: es tal la amenidad y frescura de aquel sitio, que los mallorquines le llamaron «Salaverde.» Estando, pues, en esta altura, desde la cual se veía toda la extension de la mar, «Vió en ella, (son palabras de Alonso) (1) una grande armada; y sin darse cato de tal cosa

(1) Memorial, núm. 49.

ni habiéndosele ofrecido pensamiento alguno de tal cosa á deshora que vió la armada, vió tambien que en ella iba Jesús á la delantera de ella, y la armada como llena de un ejército de ángeles, y á la postre la Virgen María: de condicion que el primero era Jesús, y á la postre de todos la Virgen María, que la guardaban como por guarda y retaguarda. Sobrevínole sobre esto la declaracion; y es, que con este tan gran socorro del cielo había de venir el Rey con su propia persona con grande ejército, y que había de conquistar toda la morisma y sujetarla, y ella se convertiría con gran facilidad á la fe de Cristo Nuestro Señor. Y allá dentro de su corazon se le asentaba que pasaría así, sin poderlo contradecir ni echar de sí del todo. Y con haber pasado algunos años ha esta vision (escribía esto Alonso en 1606), y él la desecha de sí, con todo esto no puede desecharla de su corazon que no haya de ser y haber efecto, por más que hace; y que la victoria será tan grande, cual por ventura rey cristiano haya tenido jamás, y resultará en gran gloria de Dios y bien de las almas.» Muy consolado quedó su espíritu con tal vision y tal promesa. Nada se le dijo de la época en que había de tener lugar la suspirada conversion de la morisma á la fe; pero en lo que no pudo dudar fué, que indefectiblemente sucedería, y que conquista tan gloriosa estaba reservada al Rey de España, el cual en persona ha de guiar á sus soldados á la victoria. Hasta el día de hoy no se ha verificado tan extraordinario acontecimiento: plega al Señor de los ejércitos conceder pronto tan envidiable gloria á nuestra abatida España.



CAPÍTULO XXXII

DEJA DE SER PRIMER PORTERO.—PRÉMIALE DIOS NUESTRO SEÑOR EL EJERCICIO DE LA OBEDIENCIA QUE HABÍA PRACTICADO EN LA PORTERÍA.—GRADOS POR DONDE SUBIÓ Á LA CUMBRE DE LA PERFECCION DE ESTA VIRTUD.—ACTOS HEROICOS QUE DE ELLA EJERCITÓ

1604

EL salir de Mallorca el P. Juan Rico dejó por Vice-Rector del Colegio al P. Matías Borrásá, que desempeñó aquel cargo hasta la llegada del nuevo Rector, el P. Gabriel Álvarez, en Febrero de 1604. Llevaba el P. Álvarez orden del P. Provincial Diego Escrivá de examinar con detencion y madurez el espíritu del portero de Montesion, que por ser tan extraordinario, estaba expuesto á los engaños del enemigo. Para proceder con más seguridad en este exámen, mandó el P. Álvarez, conforme á la orden del P. Provincial, que escribiese Alonso todo lo que recordase haberle acontecido en materia de espíritu durante su vida, y que le entregase lo escrito. No fué pequeña la dificultad que sintió Alonso en cumplir esta obediencia, por lo mucho que su humildad repugnaba á descubrir las soberanas mercedes con que el cielo le había favorecido; mas á

pesar de su repugnancia, comenzó á escribir la primera memoria de su vida por el mes de Mayo de 1604. En ella da cuenta de lo que había pasado por su alma desde su niñez, contando las cosas no con el orden con que le habían sucedido, sino con el que le venían á la memoria. Casi todos los hechos que allí refiere se hallan ya distribuidos en los capítulos anteriores segun el orden de tiempo en que poco más ó menos tuvieron lugar. Solos dos he reservado para este capítulo, por no haber podido deducir el tiempo preciso en que han de colocarse.

Es el primero una singularísima merced recibida por Alonso una vez que estaba enfermo, la cual refiere él con estas palabras (1): «Más le aconteció á esta persona, que estando actualmente padeciendo grandes dolores que le atormentaban mucho, y como él en ellos se entregase á Dios y le pidiese su favor, acudió este Señor visitándole y regalándole con su presencia: y como en el aposento, que era de noche, hubiese luz, á deshora, estando el enfermo solo, entró el Señor y su bendita Madre dentro con una nueva luz, que la que había antes era como sombra en comparacion de la que de ellos salía: pusieronse delante de él como hacia los pies de la cama, de manera que los pudiese él ver bien; y venía el Señor á la mano derecha: y estando esta persona en esta sazón bien descuidada de todo esto, y estando con sus trabajos y dolores, con esta visita desaparecieron todos los dolores y trabajos súbitamente con la luz y con el gozo que de esta visita recibió esta persona: porque fué tan grande, que no es posible el mismo que lo gozó po-

(1) Memorial, núm. 26.

derlo declarar; de manera que del gran gozo que recibió el alma con esta visita vino á comunicársele tanto en el cuerpo que actualmente padecía, del alma, en tanto grado que lo más privaba á lo menos: por do le vino á tener el cuerpo tanto gozo, que no sentía el trabajo, sino sumo gozo, todo el tiempo que esta visitacion duró.»

«¿Qué diremos de los abrasados coloquios de amor que tuvo con estos Señores esta persona? Porque fué tan grande el consuelo, que no se pudo tener á no hablar, y ponderar y agradecer la merced, sino que vocalmente habló con ellos con tanta ternura, que el que le oyera de cerca por ventura le pareciera que hablaba desconciertos, del grande amor que le movió la tal vision. Porque él estaba en lo exterior como medio loco ó sin seso de amor, segun las palabras tantas y tan amorosas que con ellos hablaba; que llegó á tanto, que otro, que estaba en otro aposento cerca de él, parece que se levantó á la fiesta que este enfermo tenía con la Virgen y su bendito Hijo, para saber qué era aquello, porque él le sintió: y como en estas cosas parece que no quiere Dios que se hallen presentes sino él y la parte, luégo que este vino á saber qué era aquello, se fué la vision; y el que estaba en el alma y en el cuerpo con tan crecido gozo, en el punto que se ausentó, quedó el enfermo con sus grandes dolores, como antes del consuelo y visita que de Dios tenía. Por do se ve que la causa de no sentir los dolores en el cuerpo era la grande abundancia del consuelo del alma, la cual le comunicaba al cuerpo, y así lo más, que era los consuelos, probó que no podía sentir los dolores el cuerpo.»

«Pues veamos cómo le fué después de haber desaparecido el Señor, y haberse ausentado y desaparecido la

vision, y vino sobre él la prueba. En esta prueba conoció claramente cuán nada era y cuán nada podía, y dirá: *Bonum mihi, quia humiliasti me*: porque así lo usa Dios: de que visita, luego humilla; y de que azota, luego visita y consuela; y cuando él visita, viene la visita consecutivamente con humildad, probando con algun trabajo al alma.»

El segundo es otro favor con que el cielo quiso premiarle un acto de caridad, que ejercitó con un Hermano enfermo. «Teniendo, dice (1), un enfermo necesidad de agua fresca, y estando en un pozo á refrescar una botija, la cual se ponía con una cuerda ó soga grande, que al cabo tenía una lazada, y por la lazada ponían un palo para que aquel palo sustentase la botija metida por la lazada que estaba al cabo; esta persona tuvo repugnancia de sacar el agua, pareciéndole que bien la podía sacar el enfermo; con todo venció la repugnancia, y fué, y sacó la botija del agua. Quiso Dios que el palo, que era fuerte para sustentar la botija, se salió de la lazada, con lo cual era imposible salir la botija, sino quedarse abajo; pero quiso Dios consolar al enfermo, porque salió como en el aire desatada, pesando tanto, y salió hasta arriba de modo que la pudo asir con la mano. El pozo era bien hondo.»

Desde este tiempo empieza para Alonso lo que podríamos llamar un nuevo género de vida. El cargo de primer portero que por tantos años desempeñaba, requería mayor agilidad y fuerzas más robustas que las de un anciano de 73 años, lleno de achaques, y que más parecía vivir en el cielo en compañía de los ángeles,

(1) Memorial, núm. 30.

que en medio de hombres en la tierra. Por esta causa se le descargó del oficio de primer portero, dejándole como segundo para suplir la ausencia del otro en casos precisos, y para recibir los recados en la portería sin tener que subir las escaleras y andar por la casa en busca de los Padres que eran llamados. Pudo tambien contribuir á que se le exonerase de aquel oficio un acto de obediencia que practicó, digno por cierto de admiracion, pero tal que, si lo hubiese repetido, hubiera podido poner en algun compromiso á los Superiores. Fué el caso, que le vino un día un pensamiento de obediencia de esta manera (1): «Si el Superior le mandase, teniendo las llaves de la portería, que no abriese la puerta á ninguno, y en esta ciudad estuviese el Rey, y el Rey fuese á esta casa y quisiese entrar por la portería, y su gran guarda y los que con él venían fuesen á la portería á que le abriesen las puertas para que entrase por allí el Rey, ¿qué es lo que haría? Responderle hía que perdonase, que no podía abrir, porque la obediencia se lo había mandado que no abriese á nadie las puertas, pareciéndole que infaliblemente no abriría al Rey ni á alguno de los suyos, aunque fuese muy mal tratado de ellos y perseguido de todos, pareciéndole que en todos estos encuentros que le podían venir y vendrían, por más alborotos que por ello hubiese, conocía que no se podía alterar su corazon, ni desasosegar ninguna cosa, por tenerle tan sólido y fijo en Dios, que se lo había mandado por su Superior: y que no podría haber roca tan sólida, como él tendría su corazon á la guarda de la obediencia. Verdad es que estaba en esto tan cierto que

(1) Memorial, núm. 43.

Dios se lo había mandado, para estar firme en cumplirlo, como Abrahan en la obediencia de su hijo: y así no fueran bastantes todos los trabajos de esta vida para apartarle de la obediencia; y pues tenía cargo de la causa de Dios, que es el obedecerle, el mismo Señor tomaría á su cargo á su siervo obediente, para que todo resultase en gloria de Dios.»

Como lo propuso, así lo ejecutó. Para inaugurar el curso de filosofía, que iba á comenzar el P. Blas Bailo, recién llegado de la península, representóse el día 10 de Setiembre del año anterior de 1603 por los estudiantes de Montesion un drama alegórico titulado «El triunfo de la virtud.» «Estaban convidados, dice el P. Colin (1), Virey, Obispo, Cabildos, Religiones y otras personas de cuenta. Para que no faltase lugar, mandó el Superior al portero (que era nuestro H. Alonso), que no abriese la portería hasta tal hora; porque suele en semejantes días anticiparse la gente comun y ocupar el lugar de la principal; y añadió el Superior que por obviar inconvenientes, no se apartase un punto el portero de junto á su puerta. Fué el caso, que el Virey y Obispo, que eran los Sres. D. Luis y D. Juan Vique, hermanos, llegaron á la portería antes de cumplirse el término señalado por el Superior. Dieron voces los de la guardia avisando que estaban allí sus Señores, respondió el portero lo que había pensado: y por más instancias que hacían, no hubo remedio ni de que abriese, ni de que se menease de su lugar. No faltó quien fuese de presto á dar aviso al Superior de lo que pasaba. Vino volando, y mandando abrir, dió razon á aquellos Señores de la causa de la tardanza.»

(1) Lib. I, cap. XIII.

A este grado de obediencia había llegado nuestro santo portero con el continuo y fervoroso ejercicio de esta virtud durante el largo tiempo que tuvo á su cargo la portería del Colegio, donde se le ofrecían tantas ocasiones de ejercitarla. Ahora, cuando ya se le concedió algun mayor descanso, quiso el Señor galardónarle sus pasadas victorias con nuevas y más regaladas visitas. «Ha ordenado, dice el mismo Alonso en el número 158 del Memorial, ha ordenado Dios que no tenga tantas obediencias, ni el oficio (de portero); y como esta persona se hubiese ejercitado tanto en ellas, aunque Dios le visitaba mucho en el ejercicio de ellas, después quiso Dios regalarle más sin trabajar como entonces: por donde se ve lo mucho que agrada á Dios, que la mayor paga da después de haber trabajado y vencídose uno á sí mismo.»

Los grados por los cuales fué subiendo á la cumbre de esta virtud, que es la distintiva de un verdadero hijo de la Compañía, fueron los siguientes: «Lo primero, creyendo por vía de fe que lo que su Superior le mandaba era ordenanza de Dios, á ciegas lo ponía por obra, y esto sin luz, sino solamente por vía de fe, que es creer lo que no se ve» (1). En las cuales palabras es bien de notar, que en este primer grado incluye ya el más perfecto de la obediencia de los tres que pone San Ignacio en su admirable carta á los PP. y HH. de la Compañía de Portugal, que consiste en la sujecion del propio juicio, la cual incluye la sumision y prontitud de la voluntad para proceder á la ejecucion de lo que es mandado. Así que los grados más perfectos que siguen, lo son de la perfeccion de la obediencia de entendimiento. El segun-

(1) Memorial, núm. 47.

do fué, que «después le comunicó Dios luz del cielo, con la cual conocía cómo la obediencia procedía de Dios, no mirando ya al hombre, sino á Dios, de do procedía la obediencia.» En este segundo grado, aunque oía la voz del hombre, pero por ella conocía la voluntad no del hombre, representante de Dios, sino la del mismo Dios, cuyo lugarteniente es el hombre. En el tercer grado pasó más adelante: pues «conocía que aquella voz del Superior no era él el que le hablaba, y le ordenaba y mandaba, sino Dios,» como si Dios tomase la voz del Superior para darle una señal sensible, que le manifestase su divina voluntad. El cuarto y más perfecto grado de obediencia, que le comunicó por este tiempo el Señor en premio del grande ejercicio que había tenido de los tres anteriores, fué que «le comunicó Dios una tan grande luz de la obediencia, que se hallaba delante de Dios sin discurso alguno, y veía clara y abiertamente cómo la obediencia era voz de Dios (1), como «que lo vea el alma (como lo ven los ángeles) en el mismo Dios, revelándoselo él en sí mismo, aunque no con tanta luz como á los ángeles que le ven cara á cara» (2).

Esta es la cumbre de la obediencia: y lo que Alonso llama «misterio de la perfecta obediencia,» en el alma, con «la cual asegura Dios (al alma) en la obra, que Dios se lo manda, y que le agrada, y que saldrá con ello, y como si ya estuviese hecho, así tiene (el obediente) esta seguridad cierta en su alma, que parece que no puede tener pinta de temor. Esta tan grande seguridad de ángeles, que causa en el alma tanta paz, tranquilidad y re-

(1) Memorial, núm. 158.

(2) *Ibid.* núm. 47.

posó, es la cumbre de la obediencia. Y es tan grande que no hay seso humano que baste á comprender la grandeza de esta tan grande seguridad, paz y tranquilidad, y certidumbre y reposo, que tiene el alma en su Dios, sino aquel que lo ha probado en la misma obra. De esta seguridad en el obedecer ha comunicado Dios algo á esta persona, sin lo pasado, de lo mucho que suele comunicar á los que trabajan de mortificar y destruir su propio amor y propio juicio.»

Los admirables efectos que produjo en su alma este supremo grado de perfeccion de la obediencia, fueron: primero, que (1) «le imprimió Dios esta verdad en el alma y en el corazon, que Dios lo ordenaba y que de él salía, y que esta era su voluntad, para ponerlo por obra, y que todo el infierno ni todo el mundo junto no fueran bastantes á apartar de su corazon esta verdad, ni por temor ni por amor de alguno, ni respetos humanos de hombres ni de reyes;» segundo, que (2) «le parecía que estaba inhabilitado para hacer otra cosa, sino obedecer á Dios sin temor de nada;» tercero, una decision del ánimo á poner por obra lo mandado, «aunque la cosa sea imposible, ó muy dificultosa, ó inútil;» cuarto, gran prontitud en obedecer, aun cuando «parezcan desatinos ó imprudencias lo que se manda.» Y esto lo declaraba con el ejemplo de Abrahan. Si un amigo de este patriarca le hubiese encontrado cuando subía el monte para sacrificar á su único hijo, y le hubiese preguntado á dónde iba, y él hubiese respondido, que á matar á su querido Isaac, ¿no le hubiera tenido por hombre sin jui-

(1) Memorial, núm. 158.

(2) Memorial, núm. 47.

cio, por padre desnaturalizado, por hombre criminal y asesino? Y es así que en aquello ejercía un acto de obediencia sumamente agradable á Dios, de esperanza heroica, y de mortificacion la más dificultosa que podía exigirse á un tierno padre: por todo lo cual mereció oír aquella tan regalada promesa de que de su descendencia nacería el Redentor del mundo. Y «¿cómo le fuera á Abrahan, pregunta (1), si cuando Dios le mandó que tomase á su hijo y le matase, él usara de epiqueya y argumentara con Dios, estimando más usar de caridad con su hijo, que no obedecer á Dios; y le dijera: Señor, eso no se puede hacer, porque es contra caridad? Y porque no miró á la caridad para con su hijo, sino á poner por obra lo que Dios le había mandado, mereció él tanto; lo cual no mereciera, si usara con su hijo de caridad ó de epiqueya, no poniendo por obra lo que Dios le había mandado: antes por inobediente fuera castigado.»

Esta luz soberana, á cuyos resplandores podría creerse que había de desaparecer la persona del hombre, no disminuía en Alonso el respeto á sus Superiores; antes bien lo aumentaba, segun lo confiesa él por estas palabras (2): «El cómo le va á esta persona con sus santos Superiores, es de esta manera: que como sus Superiores están en lugar de Dios, al cual Señor él desea tanto contentar, les tiene y estima como á tales con grande estima y reverencia interior y exterior: á tanto que como sabe que lo que su Superior le ordena y manda es ordenanza de Dios Nuestro Señor, que habla por su boca, y que aquella voz y ordenanza procede de Dios, aparta los

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 410.

(2) Memorial, núm. 85.

ojos del hombre, su Superior, y mira á su Dios, de do procede lo que le mandan y ordenan: por lo cual ninguna cosa que alguno le pida que haga contra la obediencia, no lo hará, aunque la persona que se lo diga sea muy grave, ó rey ó monarca del mundo; y esto por obedecer á Dios. Mejor es obedecer á Dios, que á los hombres. Más, si le diesen por Superior la más baja criatura y más vil del mundo, igualmente, en cuanto Superior, le obedecería, como si le diesen por Superior una persona muy grave y noble, y con la misma reverencia y estima interior y exterior, por estar en lugar de Dios para que le rija y gobierne.»

Y en otra parte dice (1): «Tambien usaba esta persona el ejercicio de tener gran reverencia á sus Superiores, que tenía en lugar de Cristo, cumpliendo todo lo que mandaban, estando desbonetado cuando le iba á hablar, hasta que le decía que se cubriese: y usaba de esta crianza y reverencia con él, que estándole hablando, se ponía con su imaginacion devota de rodillas á sus pies; y otras veces no solo de rodillas, pero tendido con gran reverencia debajo de sus pies, en el cual tan bajo lugar se hallaba consolado.»

Elocuente testimonio de la verdad de las palabras de Alonso son los heroicos actos de obediencia que desde los primeros años de su vida religiosa había practicado. Ya siendo Rector el P. Bartolomé Coch, sucedió que una vez estando los maestros del Colegio disputando si convendría absolutamente á sus discípulos el uso del nadar, por los inconvenientes que de ello suelen resultar en perjuicio de la honestidad y aun de los estudios y de

(1) Memorial, núm. 93.

la salud, vuelto el P. Rector á Alonso, le preguntó: «¿El Hermano sabe nadar?» «Sí, Padre,» respondió. «Pues veamos, replicó el Padre, cómo se hace.» Al momento se echó en el suelo el buen Hermano, y comenzó á menear con mucha fuerza los brazos, como si estuviera nadando en el agua, hasta que el P. Rector le mandó que se levantase. De lo cual quedaron no poco admirados y edificados todos los presentes.

Otro tanto hizo ahora siendo Rector el P. Álvarez. Fueron una noche de invierno á tener la quiete ó recreacion de después de la cena al cuarto del P. Rector los Hermanos escolares y Alonso. El P. Álvarez, recordando tal vez el acto que el santo anciano había hecho delante del P. Coch, y buen conocedor de la virtud del siervo de Dios, le dijo: «Dícenme, Hermano, que sabe nadar: veamos cómo lo hace.» É hizo exactamente lo que la vez pasada con el P. Coch. Recayó luego la plática sobre lo mucho que se padece y sirve á Dios en las misiones de ultramar, y dijo el P. Rector: «¿Cómo el H. Alonso no ha pedido nunca ir á las Indias? ¿Ha de ser todo estarse aquí mano sobre mano?» Respondió Alonso: «Yo, Padre, nada soy, y para nada valgo; mas pienso que si conviniese, la obediencia me enviaría sin yo pedirlo; y si me enviare, iré con mucho gusto, creyendo que lo manda Dios.»—«Pues váyase á las Indias, dijo el Padre, que yo se lo mando.» Eran más de las nueve de la noche (como escribe el H. Onofre Serra (1), que se hallaba presente): oyendo el bueno del

(1) Este Hermano era natural de Barcelona: llegó á Mallorca el 2 de Setiembre de 1605. Hubo, pues, de suceder este hecho entre dicho día y el 26 de Enero del año siguiente, en que salió para tierra firme el P. Álvarez.

Hermano aquellas palabras, hecho un humilde acatamiento, salió del cuarto del P. Rector, y sin pensar en provision para el viaje, se va á la portería, llama con la campana al portero, á quien había prevenido ya el Padre, y ruégale que le abra la puerta, «que me voy, dice, á las Indias.»—«¿Cómo, le pregunta el portero, solo, sin manteo, sin sombrero, quiere salir de casa á estas horas?»—«Sí, Hermano, dice, que la obediencia me envía ahora, y para cumplirla, toda hora es á propósito.»—«Si tiene el Hermano la patente, dijo el portero, le abriré; que ya sabe que sin ella no nos podemos poner en camino: y si no la tiene, vaya por ella, y podrá salir.» Va en efecto por ella al P. Rector: recíbele este con algun sacudimiento, diciéndole: «Sí, por cierto: aquí no hace sino embarazarnos á todos, y quiere irse á las Indias.» Sonrióse Alonso, como aprobando el juicio que de él fingía formar el Padre. Preguntado otro día si se le había ofrecido alguna dificultad en el cumplimiento de aquella obediencia, dijo que ninguna, y que iba como un bobillo á cumplirla: de lo cual quedó no poco admirado y edificado el P. Álvarez. De allí á algunos años preguntóle otro Rector, que era el P. Miguel Julian, cómo no había reparado en embarcacion ni matalotaje, ó por lo menos cómo no había ido á tomar de su aposento el manteo y sombrero: respondió que no le habían mandado que se apercibiese para ir á las Indias, sino que fuese á ellas; y que pues Dios lo mandaba, él hubiera proveído de bajel y de matalotaje; y cuando no, él se hubiera ido por encima de las aguas, confiado en que el que le enviaba, le hubiera acompañado hasta el fin de la jornada. Esto dijo el fervoroso obediente; y como lo dijo lo hiciera, si no le atajaran los pasos.

De esta manera de obedecer tan á ciegas dió el santo Hermano muchos ejemplos durante su vida; y siendo así que no era de cortos alcances, como se deduce de las obras que nos dejó escritas, parece que al tratarse de la obediencia, no sabía aprehender sino lo que sonaba lo material de las palabras que se le decían, como puede verse en los siguientes casos. Preguntóle un Padre, qué haría si el Superior inmediato le mandase llevar un pliego de cartas al Provincial á tierra firme, y no hubiese embarcacion pronta. Respondió: «Muchas veces he pensado en eso, y otras tantas he resuelto en mi corazon que me echaría sobre las aguas, fiado en que Dios, que por medio del Superior me manda, me llevaría sin embarcacion tan fácilmente como con ella, á imitacion de nuestro Padre San Ignacio, que afirmaba no dudaría atravesar el mar con una barca sin remos, vela, ni mástil, si el Papa (que solo le era Superior) se lo mandase.»

Leyendo una noche en tiempo de la quiete á toda la comunidad unas cartas de edificacion, se hizo señal á salir de la quiete. Levantóse al punto el H. Alonso de su asiento para irse. Díjole el Superior: «Quédese, Hermano, no se vaya.» Acabada la lectura, se levantaron y se fueron todos. El Hermano, porque la última obediencia había sido «Quédese, no se vaya», se quedó, sin advertirlo los demás, en la sala, y se estuvo en ella toda la noche, hasta que por la mañana yendo el despertador á dar luz, como no le hallase en su aposento, avisó al Superior. Dió presto en la cuenta de aquella palabra «No se vaya,» y enviando por él, le hallaron muy contento en el mismo asiento y lugar en que le cogió la obediencia.

Rezaba el miércoles santo la comunidad el oficio en

la iglesia, y había señalado el Superior al H. Alonso para que al fin de los salmos apagase las velas del triángulo, según ordena la rúbrica. Sucedió, pues, que un muchacho, que estaba en las gradas del altar, al fin de cada salmo se levantaba á apagar la vela, sin que nadie le hubiese encargado que tal cosa hiciese. Alonso, aunque veía que la vela estaba ya apagada por el entrometido muchacho, salía con mucha devoción y reverencia llevando su caña con el apagador en las manos, y hacía la ceremonia de matar la luz, ni más ni menos que si la vela estuviese encendida. Y esto hacía para cumplir la orden que el Superior le había dado, de la cual no se creía exento por la travesura, si así puede llamarse, de aquel muchacho.

Estando una vez convaleciendo de una enfermedad, el Padre Ministro le encargó el cuidado de la portería; pero para que no se fatigase subiendo escaleras al tener que dar algún recado, le dijo que los recados los diese otro Hermano más joven y sano, y que él no subiese ninguna escalera. Llegó la noche, y como su aposento estuviese en la parte superior del Colegio, y para ir á él tuviese que subir la escalera, no atreviéndose á ello por temor de faltar á la obediencia, se sentó en un banco de la portería, y allí estuvo hasta que el Superior, llegada la hora de acostarse, y viendo que no le traían las llaves de la portería, averiguó que el pobre portero estaba en ella esperando que le levantasen la prohibición de subir escaleras.

Esta manera de obedecer tan heroica, que al Hermano Alonso era muy familiar, fué causa de no pocos encuentros con las personas del Colegio que no alcanzaban el misterio de la virtud de la obediencia. Hablando Alonso

del tiempo que estuvo en la portería, dice (1): «También le ha acontecido á esta persona, que los tiempos pasados, siendo aficionado á la obediencia, como fué portero más de veinte años, tenía muchas obediencias; y por obedecer con rectitud y prontitud, tuvo con los de casa de contrario parecer hartos encuentros, y él rompía con fervor de la obediencia: y veníanme fervores, volviendo por la obediencia, como de impaciencia de argumentar con los que me iban á la mano, aunque fuesen más teólogos; y reprimíame, y dejábalo.» No faltó persona grave, que le echase una vez en cara que al tomar las obediencias segun sonaba lo material de las palabras, era obedecer como asno. No le pareció mal al fervoroso y humilde Hermano la semejanza; porque precisamente solía él proponerse aquel humilde y sufrido animal como dechado de humildad y sufrimiento. Pero la autoridad del que aquello le había dicho, y el no ser esta la primera vez que se juzgaba desatino lo que él tenía por muy acertado, hubieron de hacerle entrar en duda de si en realidad andaba engañado. Acudió, pues, á Dios Nuestro Señor con fervor de espíritu pidiéndole con instancia y de todo corazon que si andaba engañado en obedecer de aquella manera, se lo enseñase y le desengañase. Dignóse el Señor responderle, y le aseguró por sí mismo que aquella manera de obedecer era muy de su agrado: y plantó y fijó en su alma y corazon esta virtud como con sello con tanta fuerza, como si no tuviera en sí fuerzas para hacer otra cosa sino obedecer, aunque todo el mundo se lo contradijera. Y «esto, dice, ha años que le dura, y creo le durará hasta que se muera, con la

(1) Memorial, núm. 157.

gracia de Dios.» Así lo escribió en la Memoria de 1613. Y conforme á esto, hé aquí lo que en otra parte enseña:

«Cuando los siervos de Dios, dice (1), se determinan á estas cosas tan difíciles y peligrosas, no van á lumbre de pajas, ni son tan bobos ni tan inconsiderados que se atreverían á cosas tales, si no tuviesen prendas de Dios para ello tan á su salvo: á tanto que no se acuerdan de temer, ni les pasa por el pensamiento, por la grande fe que Dios ha puesto en sus almas, la cual fe obra estas cosas y otras mayores: y así si uno fuese mandado por obediencia entrar en un horno ardiendo, y tiene viva fe que Dios se lo manda, no se acordará de temer, por estar muy cierto y seguro que no le dañará el fuego, porque sabe que el fuego no contradirá á lo que su Dios y Criador manda, si el que obedece cree á su Dios que se lo manda, y tiene fe.»

(1) Obras Espirituales, tomo III, pág. 770.





CAPÍTULO XXXIII

PACIFICACION DE LA VILLA DE SÓLLER, Y CONVERSION DE
DON BARTOLOMÉ VALPERGA OBTENIDAS POR ALONSO

1604

UNA gracia muy especial recibió la villa de Sóller este año por las oraciones del H. Alonso. Desde mucho tiempo ardía en bandos y parcialidades aquella villa, que es una de las principales de Mallorca: eran muy frecuentes los homicidios que se cometían de una y otra parte, sin que tanta sangre pudiese apagar la sed de venganza. De día nadie cultivaba su campo que no estuviese bien apercebido de armas para su defensa; y de noche se tenían por tan poco seguros en sus propias casas, que fortificaban las puertas, y ponían centinelas como en frontera de enemigos, y aun los ministros de justicia no se atrevían á dar un paso sin buena escolta de caballos y arcabuceros. No sabiendo qué partido tomar las autoridades para poner remedio á mal tamaño, trataron el Virey y la Audiencia con el P. Gabriel Alvarez que enviase algunos Padres á dar mision, para ver si podrían apaciguarles. Dudó en un principio el P. Rector, por no hallar en el Colegio hombre de tanta eficacia en el decir como el caso requería; mas luego confiado en las oraciones de Alonso, aceptó la peti-

cion, y mandó al Hermano que tomase á pechos aquel negocio. Salieron para Sóller los PP. Cosme Maicas y Mateo Reguer; y el H. Alonso se puso á negociar la causa con la Santísima Virgen, que era su refugio en casos semejantes, y á pocos días se tuvo respuesta de que las paces se harían á satisfaccion. Y así fué; porque el P. Maicas habló en aquella ocasion con tal vehemencia, que á los primeros sermones alcanzó que hiciese instrumento público de perdon una señora á quien le habían asesinado el marido, un hijo y un yerno; y movidos otros muchos por tan heroico acto, imitaron el ejemplo de la señora, y ya no se trataba en la villa sino de hacer penitencia y llorar los pecados.

Llegó á oídos del Virey la nueva del buen principio que tenía aquel negocio, y rogó al P. Álvarez que él en persona fuese á ayudar á los Padres. Fué el P. Rector, acompañado del capitan de la milicia de Sóller, llevando salvoconducto de la Real Audiencia para los bandidos que deseasen ir á los sermones y tratar con los Padres. Aprovecharon aquellos desventurados tan propicia ocasion, oyeron la divina palabra y confesaron sus pecados. Hízose una comunión general con mucha solemnidad y con regocijo universal, y después de ella celebróse en la misma iglesia una reunion de hasta cien personas de las más ofendidas de una y otra parcialidad. Hablóles el P. Rector de las ventajas de la paz y concordia entre sí, tomóles el capitan la palabra, leyó un notario la escritura del perdon, y abrazáronse los enemigos derramando ríos de lágrimas: la parte más agraviada dió un espléndido y fraternal banquete á todos, y quedó la villa en paz por muchos años. Y para que se vea que esta mudanza fué obra del Altísimo, y concedida por su Santí-

sima Madre á las fervorosas oraciones de Alonso, hubo una circunstancia que manifiesta haber sido sobrenatural este suceso. Porque yendo un buen anciano por los montes en busca de dos hijos suyos foragidos, para que entrasen en el acuerdo de las paces, como no los hallase, estaba ya para volverse á su casa; cuando he aquí que de unos matorrales sale un gracioso niño que le dice: «¿Qué buscáis?» — «Busco, dice el viejo, temiendo no fuese el niño espía de los contrarios, busco un jumento que se me entró por estos montes.» — «No buscáis, añade el niño, sino á vuestros hijos. ¿Veis aquel cerro? Allí están; que allí les dejé yo poco ha.» Y dicho esto, no pareció más. Hallólos en efecto el buen padre: contóles lo que pasaba, vínose con ellos á la villa, y fueron de los comprendidos en el trato de la paz.

En el caso que acabamos de referir, Alonso ayudó con sus oraciones á los Padres misioneros de Sóller; en el que ahora vamos á contar, él mismo fué el predicador que con celestial elocuencia trocó el corazon de un hombre de mundo, convirtiéndole en un monje fervoroso. Llamábase este Bartolomé Valperga: era caballero mallorquin, y había servido al Rey en Nápoles en negocios muy delicados y espinosos, conforme á su profesion de jurista, componiendo en varias ciudades de aquel reino graves y ruidosas disidencias, y desempeñando con toda satisfaccion otras comisiones de mucha importancia. Llegó á Mallorca á mediados de este año de 1604 de paso para la corte, á donde iba bien provisto de testimonios de servicios prestados al virey de Nápoles, y de recomendaciones del mismo virey y de otros magistrados, con las cuales y con sus buenas cualidades y talentos estaba tan lleno de buenas esperanzas, que se

prometía uno de los empleos más elevados y con más ambicion pretendidos de aquella isla. Antes de pasar á Italia, siendo estudiantico de gramática y de filosofía en las escuelas de Montesion, había tratado familiarmente con el H. Rodriguez. Fué al Colegio á visitar á sus antiguos maestros y á su amigo el portero, al cual dió parte de sus deseos y pretensiones, y de las fundadas esperanzas que tenía de lograrlas, pidiéndole por remate que encomendase á Dios el buen suceso de su negocio. Estaba oyendo el Hermano aquella plática con más compasion del Dr. Valperga, por verle tan engolfado en sus ambiciosos planes, que ganas de que alcanzase el cumplimiento de sus deseos: y sintiendo mocion de arriba y grandes impulsos en su interior de tratar con el Doctor muy despacio y hablarle de su negocio, le invitó para ello, y él aceptó. Fué otro día, y hablaron los dos á solas y de propósito: dábale Valperga cuenta de los favores que traía para el Rey y la corte, y de las torres de viento que tenía fabricadas en su imaginacion; y cuando hubo acabado, tomó Alonso la mano, comenzó á ponderarle cuán déleznable y fugaz es la presente vida, cuán estrecha y rigurosa la cuenta que de ella hemos de dar, y cuán numerosos y grandes los peligros del estado á que pretendía subir, procurando con singular destreza abatir con el temor de Dios el ánimo orgulloso del pretendiente, al paso que él se iba remontando hasta el cielo con sus vanas esperanzas. «Entróle tanto, dice Alonso, lo que le dije, y movióle Dios tanto su corazon, que del todo fué mudado de la mano de Dios en otro hombre: porque volvió dentro de uno ó dos días tan mudado, que no sé cómo lo encarecer; porque todo lo mudó Dios, y siguió los consejos que le di, y dejando

el camino que iba á la corte y los favores que pretendía, se recogió á penitencias, ayunos y oracion.» Hizo una confesion general, puso en órden las cosas de su casa, y retiróse á la soledad, tomando el hábito de la Cartuja (1) en el convento de Jesús de Nazaret en Valldemosa, sitio muy ameno en la misma isla de Mallorca. En él vivió muchos años con singular ejemplo de virtud, y llegó á ser Prior del mismo convento, á cuya dignidad estaban anejas las de alcaide del castillo de Bellver y del alcázar real de Valldemosa, la de juez conservador del santo hospital general de Palma y la de rector de la iglesia parroquial de Santa Cruz. Envióle varias veces su religion á la corte á negocios de importancia, en donde acabó su vida en opinion de santidad. Antes de su postrer viaje, tuvo muchas entrevistas con su antiguo maestro, el H. Alonso: y como si adivinase que no había de volver más á aquella isla, dejó al Rector de nuestro Colegio un documento firmado de su mano, en que refería lo que le había sucedido con el H. Rodriguez, y la opinion que de su grande santidad tenía. Termina el humilde Hermano su relacion con estas notables palabras: «Mudanza tan grande en tan breve tiempo de dos ó tres días cosa es venida del cielo... Con un instrumento de un palo puede Dios obrar maravillas, como hizo

(1) Segun dice D. Vicente Mut, entró en la Cartuja D. Bartolomé Valperga el 7 de Diciembre de 1604. (Hist. de Mallorca, Lib. IX, cap. XII.) En casa de D. Nicolás Brondo, caballero mallorquin, existe una copia legalizada de las diversas comisiones desempeñadas por el citado Sr. Valperga por encargo del entonces virey de Nápoles, D. Juan Alonso Pimentel, conde de Benavente. La última tiene la fecha de 10 de Marzo de 1604. De donde se infiere que su conversion tuvo lugar á mediados ó hacia el fin de este año.

con la vara de Moisés, y no por eso el palo es otra cosa sino palo.» En las cuales palabras por una parte descubre su profundísima humildad, atribuyendo á Dios toda la gloria de esta conversion tan milagrosa, no considerándose á sí más que como un inerte instrumento movido por la mano de Dios; y por otra parte manifiesta los subidos quilates de su virtud, porque Dios Nuestro Señor no suele tomar como instrumentos de estas obras maravillosas sino á hombres tan muertos á sí mismos, y tan conocedores de su nada, y tan despreciadores de toda honra y estimacion humana, que atribuyan al verdadero autor de ellas toda la gloria que á tales obras admirables acompaña.

Parece que antes de verificarse esta conversion había tenido Alonso conocimiento de ella por revelacion del cielo, como puede inferirse de lo que voy á decir. Tenía Bartolomé una hermana, por nombre Ana, doncella muy virtuosa y recogida, que se sentía llamada al estado religioso, y deseaba ardientemente dar cumplimiento á su piadoso deseo, pero su hermano le hacía toda la resistencia posible. Afligida Ana por esta contradiccion, se fué á comunicar su pena al santo portero de Montesion y á pedirle el socorro de sus oraciones. Tranquilizóla Alonso, diciéndole con toda aseveracion: «No tema, Señora; que su hermano Bartolomé no solo no le impedirá el que éntre ella en religion, sino que él mismo abandonará las pretensiones mundanas, y seguirá su ejemplo.» Imposible le parecía á la virtuosa jóven lo que le predicaba el Hermano; pero el suceso manifestó la verdad de la profecía. Bartolomé entró en la Cartuja, y Ana en el convento de Santa Magdalena, del orden de San Agustín, en la misma ciudad de Palma.

Seis años después de su entrada en la Cartuja, escribió el P. D. Bartolomé al H. Alonso la siguiente carta en la cual muestra claramente el alto concepto que tenía de su santidad y celestial sabiduría. Dice así: «*Pax Jhu. Xri* (1).—Sea en el centro de nuestro corazon, que con ella fácil nos será la humildad, que V. R., Padre mío carísimo y Señor, con vivas obras y encendidas palabras nos enseña, en particular á mí tan falto de ella. Dios pague á V. R. el paternal amor que me tiene acudiendo con tanto cuidado al espiritual sustento de mi alma, conociendo la obligacion que tiene de alimentar lo que ha engendrado en Xro., el cual le tomó por instrumento de todo mi bien. Sea él alabado por siempre. Por cuyo amor le ruego me mande avisar si le parece voy bien con una interior presencia del Señor continua en mi alma adorándole en ella en espíritu y verdad, con una entrega de ella, que causa que entre ella y su alma, que es Dios, no haya criatura alguna, á mi parecer, amándole como su felicidad y todo mi bien, mirándole sin discursos ni razones, pareciendo sinrazones las que quiere buscar para amarle; no que vea algo en mí, que á mí mismo me veo, hallándome á mano sin discurso más bajo de toda criatura, pues no la hallo alguna que me deba sustentar, sirviendo todas ellas á Dios, *Omnia serviunt ei*; y por esto mejores que mi nada y abominaciones, con las cuales desdigo de esta universalidad de servicio: ó si es mejor, dejando este camino, tomar el que V. R. me da en lo que he trasladado de la humildad de corazon, encerrándome en el hediondo aposento de mi miseria con la imaginacion, la cual no siento en mí tan libre que la

(1) Al márgen se lee: «Para el Hermano Alonso Rodriguez.»

pueda atar, ni tan atada que no la pierda luégo de vista por la presencia que he referido, en la cual, á no mortificarme, estaría aunque fuese de rodillas la mayor parte del tiempo en un rincon, por tenerla más á mi gusto. Estas bachillerías escribo á V. R., porque si no me engaño, en las mortificaciones tengo gusto, si bien creo que todo es amor propio y poca luz de mi gran miseria. Suplico ruegue á su divina Majestad me la dé á sentir como ella es y se puede en este valle de ella. Y si á esta merced será V. R. servido echar el sello diciéndonos qué modo de oracion es el de estas octavas que me dieron en Madrid, será para todos nosotros muy singular, á gloria de tan buen Dios, que con tan indignas criaturas se comunica tan liberalmente, cuando halla disposicion en ellas con la gracia que los previene, la cual nos dé á todos con abundancia. Amen.»

«Son, pues, las octavas:

«En una cruz divina y regalada,
Que de espíritu puro está tejida,
Viviendo el alma está crucificada:
Su vida muerte, y esta muerte es vida.
Los clavos que la tienen enclavada
Son este Dios con quien ella está unida.
Y gusta de vivir en el tormento
En tanto que en la tierra tiene asiento.»
«Ya no recibe el gozo y alegría (1):
Que aquellos resplandores soberanos

EXPLICACION DEL H. ALONSO

(1) Ya no recibe gozo y alegría: porque la prueba Dios para que por su amor padezca con alegría.

Otro tiempo le hicieron compañía,
Y ella se la tenía como á hermanos:
Agora los tormentos á porfía (1)
La cercan, y hasta verse entre sus manos
La dejan más segura (2) y satisfecha
Cuanto más en la cruz se ve deshecha.»

«Que ya los resplandores de este estado
Aunque son más estables y encendidos,
Su fuerza y su calor está encerrado
En una fuerte nube escurecidos (3),
Porque con ella el fuego mitigado,
En esta vida pueden ser sufridos:
Sin tan segura sombra ¿quién hubiera

(1) Y agora los tormentos la cercan á porfía: señal es que Dios la ama tanto, que á porfía la da en que no pare en los regalos, sino en imitar á Cristo crucificado y no regalado, y que los regalos sean padecer por Cristo, como lo fueron los suyos por hacer la voluntad de su Padre.

(2) Déjanla al alma más segura: no hay cosa en esta vida que deje al alma más segura y contenta, que haber padecido por Dios; en lo cual claramente conoce que ha hecho la voluntad de Dios y que le ha agradado, y en los regalos no lo sabe: y cuanto más crecen los trabajos y ella se vence en ellos tomando lo amargo por dulce, se desnuda de sí misma y (de su) amor propio, y es vestida de la fineza sólida del amor de Dios probado; y el amor de Dios en los regalos y raptos no es el fino, sino el probado con el toque de la tribulación.

(3) Cuando un alma está, á semejanza de Cristo, desamparada en medio de los grandes trabajos, con los cuales Dios la prueba para que se deje ya de desear consuelos de Dios, que son el padecer por su amor; entonces por mayor prueba vive el alma no con aquella cruz que solía, porque la fuerza y calor de estas visitas de amor está encerrado, que no sale fuera como antes, y oscurecido el entendimiento; pero de tal manera que con el amor que dentro tiene como escondido, puede el alma acometer á todos los trabajos con la gracia de Dios: porque si allá dentro no hubiera este secreto fuego, que guarda el alma, con el cual vence, es cierto que cayera y muriera en la tentación y trabajo.

Que gozando del fuego no muriera?»

«Resplandece en secreto el rayo vivo
Del escondido sol (1) que vive en ella,
Y con fuerza el calor tan excesivo
Despide á veces la centella (*sic*)
Y resulta de aquí mayor motivo
De juntarse la cruz aun más con ella.
Y mientras mayor fuego, más tormento;
Y cuanto mayor era, más contento.»

«Centella deleitosa (2) más que todas
Las que la primavera han hermoseado,
Sol, y segur secreta que las podas,
Llaga terrible, y fuerza sin cuidado,
Herida sin remedio hasta las bodas,
Persecucion dichosa del amado:
Súfrola sin hartarme hasta que vea
La gloria que mi pena ver desea.»
«No tiene gusto el alma, ni recibe

(1) En el secreto del corazon resplandece el escondido sol, que es la caridad y amor de Dios: y como crece en ella el amor de Dios padeciendo por Cristo, con su gran fuerza crecen en el alma más deseos de padecer más y más por Dios, y á la medida de sus santos deseos jútase con ellos más la cruz, porque Dios la cumple sus deseos, y á esta medida crece más el amor probado; y mientras más amor, más tormento, porque el premio y corona sea mayor: y cuanto mayor es la cruz que padece, es mayor el contento que tiene el alma por conocer que ha contentado á Dios padeciendo por su amor.

(2) No hay cosa que más deleite dé á un alma en esta vida: á tanto que se hallarán almas, que después de haber peleado por amor de Dios, es tan grande la visita y el parabien que le envía Dios, que ya ella no lo puede sufrir, y da bramidos á Dios, diciéndole: «Señor, déjame, que me muero de puro consuelo:» y Dios la oye, y se lo quita, porque pudiera morir de consuelo.
Fidelis est.

Consuelo en esta vida, ni le quiere (1):
Y quien la regalaba la persigue,
Y aquel que la sanaba así la hiere.
Dichosa ya, pues que muriendo vive
Y bien puede decir viviendo muere
Más de este pelear con vida y muerte
Saldrá la gran victoria y feliz suerte.»

«V. R., Padre mío, perdone este mi atrevimiento, del cual en lugar de dar gracias, ceso pidiéndolas de nuevo: que como me hallo tan empeñado, tomo por descargo nuevas deudas, suplicando para honra y gloria del Señor la explicacion de estas octavas, que si bien para mí son algaravía y Indias nuevas, no lo serán á V. R., que entiende este lenguaje, y con la gracia de Dios las tiene descubiertas y andadas; y á los como yo que andamos luchando aún en las olas de nuestras miserias, nos consuela en que Dios nos puede llevar allá, para que le amemos sobre todas las cosas, con tan buen piloto como es V. R., á quien él guarde. Amen.»

«De esta Cartuxa, 19 de Julio de 1610.»

«F. BARTOLOMÉ VALPERGA, hijo de V. R., y Cartuxo indigno.»

(1) El alma enamorada de Dios no recibe gusto ni le quiere en esta vida, sino padecer por Dios: y por eso la persigue y la hiere, porque crezca más y más en el amor: porque no hay por donde ella crezca más en él, que en padecer por el Amado; y así la sana de sus vicios y pasiones, y se entrega toda en su Dios para que sea suya y haga de ella á su gusto como de hacienda propia: y él la recibe por suya, y así sale con victoria, y muriendo vive en Dios, adonde descansa y se posa.

A esta carta del P. D. Bartolomé Valperga respondió el santo Hermano con la siguiente (1).

«Al Padre D. Bartolomé Valperga en Cartuxa.—Pax Christi.—En lo que V. R. me pregunta en su carta de lo de la presencia de Dios, *Oculi mei semper ad Dominum*. Esta continua presencia de Dios en el alma es un dón de Dios para alcanzar la perfeccion, como se lo dijo Dios á Abraham: *Ambula coram me, et esto perfectus*. Y para alcanzar esta cumbre, no siento á mi pobre juicio, más alto ejercicio que el que V. R. dice que ejercita, que es una entrega del alma á su Dios, y es el ejercicio más alto y más seguro que yo siento, ejercitando en él el amor y mirándole sin discurso. Este modo de oracion es de gran sosiego y tranquilidad y reposo del alma; y así se ha de dar gracias á Dios por tan grande beneficio.»

«En ciertas maneras se entrega el alma en su Dios estando con él á solas. La primera es esa que V. R. usa, estando el alma en espíritu mental amando á Dios y entregándose á él con el afecto amoroso. La segunda resignacion y trato con Dios es más alto: y es que el alma, puesta de esa manera delante de Dios, se entregue toda con los actos interiores del corazon á su Dios que presente tiene, para todo cuanto Su Majestad querrá hacer de ella y que padezca por su amor. La tercera resignacion aun es más alta: y es, que se imagine el alma algunas adversidades penosas y trabajos como si al vivo pa-

(1) De una copia que se halla en la Residencia de Palma de Mallorca con este título: «Copia de una carta del V. H. Alonso Rodriguez al P. D. Bartolomé Valperga, Monje Cartuxo en la Cartuxa de Mallorca, y se halló en poder de los Monjes de la misma Cartuxa.»

sasen, y se entregue toda á su Dios para que haga de ella á su voluntad, para que de que vengan de veras, la halle apercibida. *Jacula prævise minus feriunt*. «Hombre apercibido, medio combatido.» Otra resignacion hay, que es la cuarta, que es mayor: y es, que cuando viene el trabajo de veras (los cuales todos vienen de la mano de Dios), el alma puesta delante de su Dios se entrega toda para que de aquel trabajo y de todos los demás haga de ella y de ellos á su voluntad. *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*; haciendo en ellos actos de alegría con el corazon, abrazándolos por amor de aquel Señor que presente tiene. La quinta resignacion es un encerramiento en que está el alma, que es el mismo Dios, al cual se dió y entregó; y allí ve ella cómo Dios la regala con trabajos por sí mismo, y allí el alma en espíritu mental se está mirando á su Dios, recibiendo de él con alegría todo lo que la da ejercitándola con trabajos: y allí con su Dios gusta ella de ellos, porque su Dios se los da, y que haga de ella todo lo que querrá; y mientras más la azota, más le ama. Pero como el alma está ya toda entregada á su Dios y de él poseída, y ya no es suya de ella sino de Dios, el Señor la acaba de perfeccionar de grandes dones y perfecciones y de gracia, y después de gloria. Y en este estado cuando el alma está toda entregada á su Dios, gusta de ver que su Amado hace de ella á su gusto por el grande amor que le tiene. Aquí se destruye y asuela todo amor propio: aquí en esta resignacion se da y se entrega toda el alma á su Dios, haciéndole tan señor de sí, que ya ella no sea de sí, ni viva más en sí, sino solo Dios en ella y diga no *Vivo ego*, sino *Jam non ego*. Y como ya ella no es suya, sino de Dios, no tiene cuidado de sí, por ser todo su cuidado contentar á Dios; y así

Dios tiene cuidado de ella en lo del alma y en lo del cuerpo. Esta es la que mortifica las pasiones del alma y mata todo amor propio; esta es el camino más llano y más atajado y más seguro para llegar á la perfeccion; esta el riquísimo joyel, en el cual se engastan todas las piedras preciosas de las virtudes. Porque en ella está la viva fe, en ella la firme esperanza, en ella la encendida y perfecta caridad, en ella la perfecta humildad y la mansa paciencia, en ella la prudencia y fortaleza y justicia, en ella la continua oracion y la imitacion de la vida de Jesucristo, y ella es la que desnuda el alma de sí misma, y la viste del brocado de tres altos de la divinidad, de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es ella sola la quietísima tranquilidad del espíritu. Con esta resignacion delante de Dios se puede ejercitar la humildad y todas las virtudes. Dios nos la dé á todos, y nos abraze en su amor. Amen.—Vispera de Santiago, 1610.—ALONSO RODRIGUEZ.





CAPÍTULO XXXIV

VE GLORIOSO AL P. JUAN RICO.—LLEGA Á MALLORCA PEDRO CLAVER.—SU COMUNICACION CON EL SANTO HERMANO.—DESCÚBRELE EL SEÑOR EL MISTERIO DE SU AMOR EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.—CÓMO SE PREPARABA PARA COMULGAR.—CÓMO DABA GRACIAS DESPUÉS DE LA COMUNION.—MUERTE DE D. GUILLERMO MORANTA

1505-1506

A 3 de Noviembre de 1603 había salido de Mallorca para tierra firme el P. Juan Rico, grande amigo y devoto discípulo de Alonso, y fué destinado á gobernar el Colegio de la Seo de Urgel, en donde antes de terminar el trienio de su rectorado murió el año de 1605. En cuanto Alonso supo la noticia de la muerte del Padre, púsose á encomendarle muy de veras á Dios Nuestro Señor, y súbitamente le vió allá en el cielo muy contento y alegre «á la manera, dice (1), que se ve el sol cuando sale por la mañana, con grande resplandor y hermosura, de la color del mismo sol. Es de notar, añade, que salían de su cabeza y cara, (sobre tan grande hermosura que tenía), unos rayos en

(1) Obras Espirituales, tomo I, pág. 712.

cantidad, y á trechos salían entre ellos otros mayores, en que la corona de estos rayos venía á ser mayor; que es señal de su gran santidad.» Y en otra parte dice (1) que «por la parte del cuerpo le salían unos como rayos, á manera como cuando pintan á Nuestra Señora, que salen de ella estos hermosos rayos. Y aquí se le comunicó cómo estaba en más alto lugar que los ángeles del primer grado. Y esta persona se encomienda á él; y de que se acuerda de él, le ve de la misma manera, y que está con deseo de verme allá con él.» En el lugar antes citado hace un breve elogio del Padre con estas palabras: «Era tan humilde y mortificado, que este Hermano (Alonso), que trataba mucho con él, le parece que se acuerda bien, que un día le dijo que en la mesa no le habían dado porcion; y él era tan mortificado, que aunque le faltara todo, no hablara palabra. También le dijo que un Visitador le daba una reprension por casa, y él callaba, y seguía al Visitador, como quien deseaba que cargase más y no se cansase, porque era hombre de gran mortificacion. Y este Hermano se suele encomendar á él. Era descuidado de su cuerpo; pero temeroso de Dios, y muy cuidadoso de su alma y de contentar á su Dios. También le dijo que estando en el siglo, traía cilicio.» Con las cuales palabras da Alonso á entender, que el P. Rico, Rector y Visitador del Colegio de Montesion, trataba con él las cosas más interiores de su alma como con su director espiritual; lo cual redundaba en alabanza no menos de la santidad y espiritual discrecion del Hermano portero, que de la humildad y deseo de aprovechar del Rector. Efectivamente consta que

(1) Memorial, núm. 86.

desde niño fué muy edificante, recogido y penitente; y en la religion, modelo de fervor y de virtud, de un trato muy apacible, y elocuente predicador.

Suplióle Dios á Alonso la pérdida de este discípulo, con la adquisicion de otro, que era el que más había de honrar á su maestro. Habíase terminado en este año de 1605 el curso de filosofía, que en el Colegio de Mallorca enseñaba el P. Blas Bailo, el cual iba á empezar otro curso á fines del mismo año. Fueron enviados de tierra firme á Mallorca para oír aquella facultad tres escolares, llamados Pedro Claver, Juan Humanes y Gabriel Alegre, que llegaron allá el 11 de Noviembre. Pedro Claver, natural de Verdú, en el obispado de Solsona, tanto en el tiempo de su noviciado en Tarragona, como el año que en Gerona repasó la retórica, había dado muestras nada equívocas de un espíritu superior y de que estaba llamado á una santidad no comun. Por muy indiferente que estuviese á cuanto disponían de él los Superiores, no pudo disimular ahora el gozo que inundaba su corazon al considerar la merced que el Señor le hacía en enviarle á Mallorca, en donde residía aquel venerable anciano, de cuya admirable santidad tantas alabanzas había oído, y esperaba que á la vez que aprendería la ciencia de la naturaleza en la escuela del P. Bailo, había tambien de aprender la filosofía del cielo en la del insigne maestro de ella, el H. Alonso Rodriguez. Tenía Claver 25 años de edad, cuando llegó á Mallorca; pero su compostura y gravedad indicaban una madurez muy superior á sus años. Su primer cuidado, al entrar en Montesion, fué ver y abrazar al H. Alonso: alcanzólo sin dificultad: viéronse, y penetrando cada uno en el interior del otro, descubrió Claver en Alonso una santidad muy superior

á lo que la fama publicaba; y Alonso en Claver una alma escogida para llevar á cabo grandes empresas de la mayor gloria de Dios. El primer deseo de los dos fué el de alcanzar licencia para juntarse todos los días en cierta hora determinada, de manera que el jóven escolar, sin faltar á las obligaciones de sus clases, pudiese comunicar con Alonso las cosas de su espíritu, y el Hermano ir formando un apóstol, que ardiendo en el celo de la salvacion de las almas, realizase con los trabajos del ministerio apostólico lo que él por la condicion de su estado no podía hacer sino con oraciones y santos deseos. Obtuvieron ambos la licencia apetecida, y se aprovecharon de ella á la medida del deseo de su corazon. Los consejos del santo anciano, las sólidas máximas de perfeccion que procuraba fijar en el alma de Claver, las fervorosas oraciones que por él dirigía de continuo al cielo, y más que todo la fuerza irresistible de los heroicos ejemplos de virtud que en todos los actos de su vida resplandecían, traían al jóven escolar abrasado en deseos de amar á su Dios con todas las fuerzas de su corazon. «¿Qué he de hacer, H. Alonso, le preguntaba á menudo, qué he de hacer para amar de veras á mi Señor Jesucristo? ¿Qué haré para agradarle? Él me da deseos vehementísimos de ser todo suyo, y yo no sé cómo hacerlo. Enséñemelo el Hermano, que lo sabe.» Cuánto fuese el gozo del santo maestro al ver el efecto que producían sus lecciones en el alma de tan dócil discípulo, no puede con palabras explicarse.

Avivóse el celo de Alonso con una vision con que Dios Nuestro Señor le regaló por este tiempo. Estaba un día en fervorosa oracion encomendando á Dios á su amado Pedro, cuando súbitamente fué arrebatado al cie-

lo, acompañado del ángel de su guarda: fuéronle mostrados un número sinnúmero de resplandecientes tronos, ocupados por venerables personajes inundados en purísima luz: solo un trono, el más espléndido y majestuoso de todos, estaba vacío. Deseó Alonso entender el misterio de aquel asiento vacío, y oyó una voz que le dijo: «Este es el lugar preparado para tu discípulo Pedro Claver en premio de sus muchas virtudes y de las innumerables almas que convertirá en las Indias con sus trabajos y sudores.» Y desapareció la vision. Holgóse Alonso con tan fausta nueva, y dió cuenta de ella á su confesor, de quien más tarde se supo; y aunque nada de lo visto descubrió á Pedro, y en lo exterior siguió tratándole con la misma llaneza que antes; empero desde aquel día empezó á mirarle con otros ojos y á profesarle profunda veneracion, y redobló sus cuidados en cultivar aquella tierna planta. Eran más largas que antes las ordinarias conferencias, los coloquios de cosas de Dios más ardientes, y no se entablaba jamás razonamiento espiritual sin que el H. Rodriguez fuese á parar á las Indias y á lo muy necesitados de obreros evangélicos que se hallaban aquellos países, encareciendo de paso la dicha del ser destinado á regar con sus sudores y aun con la sangre, si fuese menester, aquellos dilatados campos tan privados de cultivo.

No faltaron ocasiones en que Alonso, tal vez sin darse cuenta de lo que hacía, manifestase algo del secreto que en su pecho tenía encerrado. Estaba un día con el P. Vicente Arcaina en el momento en que entraban en el Colegio los HH. Pedro Claver y Juan Humanes, y vuelto al Padre, «¿Veis, dice, aquellos dos Hermanos? Ambos irán á las Indias, y allí harán grande fruto.» El

suceso mostró la verdad de la profecía, porque el Padre Claver en Cartagena de Indias y el P. Humanes en el Paraguay, hicieron con sus ministerios apostólicos innumerables conquistas para la religion católica y para el cielo. Hallóle otra vez que salía al campo en compañía de otro hermano, llamado Miguel Serra, y dirigiéndose á ellos, les dijo: «¿Vais á pasear? Haced cuenta que á un lado va Jesús, y al otro su Madre Santísima.» Las cuales palabras hirieron el corazon de Claver, como si le hubieran disparado una saeta. En otra ocasion al salir el H. Claver, con otro compañero, parólos el santo Hermano; y después de hacer sobre ellos la señal de la cruz, señalando al pecho de Claver, dijo: «Aquí el Padre,» y señalando al compañero, continuó: «Aquí el Hijo,» y colocando luégo la mano entre los dos, prosiguió: «Y aquí el Espíritu Santo.» Al terminar Alonso estas palabras, quedó el H. Claver en éxtasis y privado de los sentidos. Volvió en sí al cabo de un rato, y sentía abrazarse su pecho en tan vivas llamas, y derretirse su corazon en tan suave y celestial dulzura, que no acertaba á dar un paso; y quisiera retirarse á casa y quedarse aquel día sin paseo, mas no se atrevió por no contravenir á la orden que tenía de su Superior: levantó el corazon á Dios, suplicándole que mitigase aquel exceso de fervor sensible, y le diese fuerzas para obedecer: concedióselo el Señor; pero era tal la impresion que hizo en su alma el celestial favor, que casi á cada paso tenía que detenerse para desahogar su pecho.

Cuánto aprovechó el jóven Claver en los tres años que vivió en Mallorca con el magisterio del santo Hermano Rodriguez, lo demostraron los apostólicos trabajos, que por la gloria de Dios emprendió y llevó á cabo

en Cartagena, y el grado sublime de santidad que alcanzó, por la cual ha sido colocado en los altares, y ahora canonizado junto con su santo maestro. Toda su vida tuvo presente este dichoso tiempo, y conservó viva y fresca la memoria del anciano de Montesion, y estimó como riquísimo tesoro los consejos espirituales que de él recibió escritos. Concedióle Dios una gracia que llenó de purísimo júbilo su corazón. Ocho meses antes de morir, cuando ya sus achaques apenas le permitían levantarse de la cama, el H. Nicolás Gonzalez, que vivió veintisiete años con el P. Claver, y le servía en sus enfermedades, y era su más íntimo confidente, le presentó un libro impreso, y le dijo: «Padre, le voy á dar una grata sorpresa: acaba de llegar de España un libro, que ha de ser muy del agrado de V. R. Hele aquí. Es la vida del venerable Hermano Alonso Rodriguez. Sin duda el bendito Hermano ha querido desde el cielo dar á V. R. este consuelo antes que llegue la muerte.» Incorpórase el Padre en la cama, toma el libro en las manos, aplícalo á sus labios, y luego lo pone sobre su cabeza con muy tierna devocion y encendido afecto de su espíritu. Aprovechó el H. Gonzalez estos momentos de santo júbilo del enfermo para sacarle lo que tantas veces, y siempre en vano, había procurado. «¿Es posible, P. Claver, pregunta, que no tenga V. R. algo que contarme de lo que le pasó en Mallorca con el H. Rodriguez para consuelo de los de la Compañía?» Entonces le contó lo ocurrido cuando al salir á paseo dijo Alonso: «Aquí el Padre, aquí el Hijo, aquí el Espíritu Santo.» Y al pronunciar «aquí el Espíritu Santo,» quedó el P. Claver enajenado de sus sentidos. Cerró los ojos, y empezó á llevar las manos á la cabeza, y de la cabeza al pecho: y esto hizo

muchas veces, sin poder pronunciar una palabra, dando á entender que era tan impetuosa la corriente de celestial consolacion y suavidad espiritual que entonces había sentido y ahora le tenía embargado, que no podía con palabras explicarla. Al verle en esta actitud el Hermano, le dijo: «¿Conque, mucha dulzura, mucha suavidad, mucha gloria, eh?» Inclínaba la cabeza el santo enfermo afirmando, y repetía la accion de llevar el libro de la cabeza al pecho y del pecho á la cabeza. Al cabo de un buen rato, cuando hubo recobrado el Padre el uso de sus sentidos, instóle el Hermano á que continuase la relacion; y él respondió que había sentido aquella vez en Mallorca tal avenida de gozo espiritual y tal ardor del fuego del amor divino, que le desfallecieron las fuerzas. «Y cuando esto contaba, añade el H. Gonzalez, parecía sucederle lo mismo y gozar de nuevo lo que entonces había gozado.»

El mismo H. Gonzalez testifica haber oído del santo P. Claver, que en cuanto llegó á Mallorca, obtuvo de los Superiores licencia para tratar cada noche durante un cuarto de hora con el H. Rodriguez, cuyo espíritu y fervor en la oracion procuraba él imitar; que en algunas de estas conferencias le aconsejó que pidiese las misiones de las Indias y que por su consejo las había pedido; finalmente, que se preciaba de ser discípulo del H. Rodriguez y que leía de ordinario en unos cuadernos en donde estando en Mallorca iba apuntando lo que oía platicar al Hermano acerca de la oracion, presencia de Dios, humildad, mortificacion y abnegacion de sí mismo.

En este mismo año de 1606 recibió Alonso de Jesús sacramentado un regalado favor, que refiere él por estas palabras: «Muchos días ha que Dios dió á conocer á

esta persona la asistencia de Cristo Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del altar con grande conocimiento y sentimiento y amor suyo, lo cual parece que fué como principio de lo que adelante quería hacer con ella: porque estando descubierto el Santísimo Sacramento el día segundo de la Pascua del Espíritu Santo de este año de 1606, esta persona estando arrodillada delante de este Señor con grande fervor de devocion, no se dando cato de ello, súbitamente se le comunicó este Señor, no como antes, por un modo inenarrable del todo, que fué con tan grande visita y comunicacion y luz de su gran majestad, que no hay ni tiene modo de poderlo ni saberlo declarar del todo; y es que súbitamente, sin acordarse de tal cosa ni poder caer en la cuenta, sobrevino sobre ella una nueva luz y conocimiento de este Señor que allí estaba, á manera de un relámpago, aunque no con tanta furia, que la descubrió este misterio tan alto. Y aunque duró poco, la dejó su alma tan abrasada en su amor y con tan grandes sentimientos de este Señor, que no le faltaba sino morir allí de amor: y así sosegadamente empezó á llorar sin ser sentida, y todo de amor sumo, pareciéndola que si los hombres conociesen la grandeza de este misterio por luz del cielo, amarían tanto á Dios, que si Dios no les guardase la vida, morirían de amor.»

«En este ínterin esta persona viendo las maravillas de Dios, con el temor y recelo que suele tener, abrasado de amor clamaba con lo profundo de su corazon á Dios, diciéndole que si allí había algun engaño, le desengañase, porque ella no quería sino amarle á él y servirle; y que si hay algo que le descontente, que aparte de ella todo lo que le desagrade á sus benditos ojos. Acudió luégo la Virgen, y díjola: «¿Por qué no crees á mi Hi-

jo?» Y el Hijo la respondió: «Ya me agrada el temor.» Luégo le sobrevino (como con el temor de Dios es tan celosa de agradar á Dios), como quien la consolaba y esforzaba diciéndola: «Sobre el áspid y el basilisco andarás, y conculcarás el leon y el dragon,» diciéndola que la daría señorío sobre los demonios, y que la guardaría.»

Otros varios favores de este género obtuvo de su amado Jesús en la octava de Corpus. «Tambien aconteció, dice, á esta persona algunas veces la octava de *Corpus Christi*, que habiendo música devota en la Iglesia, estando el Santísimo Sacramento descubierto, era llevada en espíritu allá dentro con este Señor, y se hallaba con él con grandes sentimientos de humildad en su presencia viéndose como una cosa tan mala delante de un Dios tan bueno, y allí delante de él era tan visitada é ilustrada con tan grande luz de su presencia, y recreada de este Señor con tan grande dulzura y consuelo, que la música de la iglesia era para ella como si estuviera muy lejos de ella que apenas se sentía, por estar gustando tanto de su Dios. Y si quería hablarle, él le movía el corazon á ello; y con el deseo del corazon le hablaba, porque no podía pronunciar mentalmente una palabra ó letra, con lo cual se encendía tanto en su amor, que no hay cómo lo declarar.»

«Otras veces de esta manera se hallaba llevado con su Dios allá dentro con él, no imaginariamente, sino espiritualmente, con grande familiaridad con él, declarándola cómo la amaba mucho, y ella siempre humillándose mucho delante de él. En este tiempo sin impedimento se hallaba con grandes regalos con Jesús y con la dulce María y con muchedumbre de ángeles que asistían con su Majestad, y con ser cosas diferentes no le

impedían el estar con ellos el tratar con Jesús. El camino por do alcanzaba más visitas, luces y regalos de este humildísimo Señor, era humillarse cuanto más podía delante de él; y entonces le comunicaba cosas nuevas, que como son intelectuales y espíritu puro, no se saben siempre declarar como el alma lo ve con el conocimiento tan alto y sentimiento tan grande que para ello le daba para que se aproveche; pero ya que no lo sabe contar por este lenguaje diferente del de acá, sábelo gustar, y alabar y amar más al que se lo da, y humillarse siempre por ello.»

«Hacíase digno de tantos regalos este fervoroso devoto del Señor sacramentado por el sumo cuidado y diligencia con que se preparaba para recibirle, y por el amor entrañable y amorosa confianza con que á él se llegaba. Para esto procuraba en primer lugar ejercitarse en la humildad de corazon y andar siempre metido interiormente en el más profundo conocimiento de sí mismo. Lo segundo, procuraba vivir limpio de todo pecado por mínimo que fuese, rogando á Dios que antes le quitase la vida, que dejarle caer en un solo pecado, aunque fuese venial. Lo tercero, pedía á Dios y á la Virgen que aparejasen en su alma una muy agradable morada á sus ojos y bien adornada de virtudes como ellos desean; y á la santísima Virgen suplicaba que acompañase á su bendito Hijo, para que el alma se hallase en la fiesta con los dos que tanto amaba. Solía tambien «muchas veces el día antes de comulgar irse delante del Santísimo Sacramento, y allá delante de este Señor aparejarse para comulgar el día siguiente. Y el aparejo era recibirle espiritualmente con actos de fe y de amor, y era de esta manera: que encaraba su corazon y deseo á Cristo Nues-

tro Señor, y allí con el acto del amor y deseo hacía acto interior con el corazón de traerle dentro de sí por vía de amor. Y así como la piedra iman atrae á sí el hierro, así el acto de amor que ejercitaba esta alma atraía á sí á su corazón á su Dios con el amor hasta meterle dentro de sus entrañas y corazón dentro de sí: y así luego le sentía que había venido y que estaba con ella, sintiendo allá dentro de sí su presencia, la cual presencia sensible la hacía andar velando cómo contentaría más á su Dios.»

«Después de haber recibido á Cristo Nuestro Señor, añade (1), lo que le ha acontecido es lo que se sigue: que diciendo el *Te Deum laudamus*, en llegando á donde dice *Pleni sunt cæli et terra majestatis gloriæ tuæ*, que es en acabando de comulgar, esta persona se mete dentro de sí con su Dios, adó viven los dos á solas, haciéndole gracias por la merced tan grande como le ha hecho en venir á visitarle; adonde le goza con grande luz de su majestad y gloria á su modo; y esto usó intelectualmente hallándose allí con Jesús con grande admiración de tan gran majestad: hállese allí con la Virgen Nuestra Señora que le acompaña y los cortesanos del cielo sin número; y ella se halla entre ellos gozando de los regalos y mercedes que allí la hace. Hállese diversas veces en esta fiesta, después de haber comulgado, metida dentro de sí con su Dios como en una gran sala tan grande que no tiene término ni fin su grandeza, con tanta muchedumbre de ángeles, adonde le cabe parte de su gozo. Aquí se agotan los entendimientos para saber declarar cosas tan altas y divinas que conoce y goza el alma en

(1) Memorial, núm. 55.

medio de tan gran multitud, como sinnúmero de ángeles, que están sirviendo, amando y gozando de Dios. ¿Qué tan gran parte le cabrá allí al alma humilde de este gozo y de los tesoros de las virtudes que su amado la llenará?»

De los favores que recibía de Jesús Sacramentado da cuenta en un manuscrito que se halla en el archivo de la Residencia de Palma de Mallorca, cuya copia pongo aquí: «Lo siguiente ha dejado escrito de su mano el H. Rodriguez:—«Después de haber alcanzado licencia para escribir lo que se sigue, me ha parecido de hacer lo que V. R. me dijo días ha, y es que le diese por memoria algunas cosas de las que me han acontecido del Santísimo Sacramento del altar. Pues una es, que estando el Santísimo Sacramento en la octava del *Corpus* descubierto, adorándole en la custodia algunas veces con gran devocion, movido el corazon al amor de este Señor, era llevado mi espíritu allá dentro de las cortinas con mi Señor, adonde me veía á solas con él, y con la Virgen María, y con toda aquella compañía de ángeles y bienaventurados que le acompañan, gozando allí con ellos como de la gloria, de un gozo como de gloria, á nuestro modo de hablar: y es tanta y tan grande esta dichosa compañía que allí asisten con él, que no parece que hay número de poderlos comprender ni contar. Y es tan grande y tan extendido este lugar y tan glorioso, que me parece que he advertido algunas veces el extenderme á comprender la distancia, y jamás he podido: y todo como lleno de bienaventurados que acompañan á este Señor y á su Santísima Madre, que jamás deja á tan buen Hijo.»

«Preguntará alguno qué saca el alma de aquí. Lo

primero que saca es, que allí se ve delante de su Dios sumamente avergonzada y humillada delante de Jesús y de María: y es tan grande esta vergüenza y humildad y mortificacion que allí tiene, que aunque está allí en el más bajo lugar mirando lo que pasa; pero con todo eso si ella pudiese huir y salirse de allí, lo haría luégo, como indignísima de tal lugar, mirando lo que pasa; pero no puede, ni es en su mano; porque la voluntad de Dios le tiene allí atada; y así está allí avergonzada, viéndose ella tan vil y baja delante de tan noble gente. Y cuanto ella más allí se abaja, más es levantada por Dios. Lo segundo que saca de allí es un gran crecimiento en el amor de Dios y en el gran cuidado de contentarle. Lo tercero que saca es la santidad, que consiste en la gran limpieza del alma; de manera que viene á estar tan aficionada á su Dios, que está de verdadera verdad aparejada á sufrir todas las penas del infierno antes que hacer un pecado venial conocidamente.»

«Más, de otra manera: y es, que puesta el alma delante del Santísimo Sacramento, haciendo actos interiores de amor, le recibe espiritualmente metiéndole por vía de amor dentro de sus entrañas y corazon, sintiendo y conociendo cómo en este ejercicio el Señor viene al alma y se aposenta en ella sensiblemente, como lo siente cuando le recibe corporalmente: y esta venida, siempre es con María, estando los dos presentes en el alma, á los cuales siente dentro de sí su presencia, el Hijo al lado del corazon, y la Madre al otro lado: las cuales dos presencias en un tiempo son de grande fruto para el alma de todas las virtudes. Y esto mismo le acaece cuando le recibe corporalmente.»

«Más, de otra manera: recibíéndole corporalmente

los siente dentro de sí, á Jesús al lado del corazon, como metido en una capillita hecha en la carne, y la Virgen en otra, hecha en la carne al lado derecho. Más: cuando le recibe corporalmente, el hacimiento de gracias que le hace (metiéndose dentro de sí con su Dios) por el gran beneficio que ha recibido de su Dios en haber querido venir á visitarle con su presencia, metida el alma dentro de sí, se halla diversas veces con su Dios, y con la Virgen María, y con todos los cortesanos del cielo espiritualmente, al modo ya dicho atrás, como en la gloria. Aquí se entiende que el alma es llevada en espíritu, y así todo es espiritual, sin imaginacion de cosa; porque entonces descarga Dios más sus misericordias sobre el alma, usando ella de la fe y del amor que tiene á su Dios: y así se halla toda espíritu puro; y esto se ve en espíritu y no imaginariamente, porque el alma huye de cosas imaginarias por el peligro que hay en ellas, porque lo imaginario es cosa buscada, y esto otro es cosa hallada y llevada por el Espíritu, porque *Ubi vult, spirat.*»

«Más: es tan grande la presencia de Jesús y de María dentro del alma, cuando le recibe corporalmente, que entonces más parece evidencia clara y certidumbre, que fe; porque parece que cesa la fe; porque parece que hasta aquí puede llegar la seguridad y certidumbre que el alma está con Jesús y con María consolándose con ellos y pidiéndoles mercedes; y no por eso deja de asistir á la presencia de los bienaventurados que asisten con ellos. Las cosas que aquí pasa el alma con Dios pocas son las que se pueden decir con lenguas de carne, por ser tan altas y tan espirituales: y así se dice como á bulto algo, como decía San Pablo: *Neque oculus vidit,*

neque auris audivit, etc. Y por estar el alma con Jesús y con María, de tal manera está con ellos, que por esto no pierde el estar tambien toda con sus cortesanos, sin impedirla nada el estar toda en muchos cabos, toda en todos y todos en toda.»

«Lo más que aquí hay que notar es la grande dignidad, que Dios descubre aquí al alma, de su Majestad y de toda aquella corte celestial. ¡Qué maravilla que se diga que delante de Dios tiemblan las columnas del cielo, segun es su gran Majestad! La cual no es que téman, sino la grande admiracion de la infinita Majestad que tienen de ver á Dios, se llama temblar; que vienen á estar pasmados.»

«Más: que en confesándose, acordándose que le ha de recibir, le recibe espiritualmente con un acto de amor á Jesús, como si lo hubiera recibido corporalmente: y así le siente luégo en sí mismo, yéndose con el pensamiento al Santísimo Sacramento á hacer el acto de amor atrayéndole á sí por amor.» Hasta aquí el manuscrito.

El mismo segundo día de Pascua de Pentecostés de este año de 1606 sucedíole el caso siguiente. Estaba enfermo de mucha gravedad Guillermo Moranta, hermano de los PP. Jerónimo y Antonio, de la Compañía, de quienes hemos hablado ya en esta historia. Mandó á Alonso el P. Torrens, que entonces era Vice-Rector del Colegio, que pidiese á Dios con mucha instancia la salud del enfermo: obedeció el Hermano: y aunque luégo al principio de la oracion entendió que moriría pronto Guillermo, no dejó por esto de continuar rogando con mucho fervor, por cumplir con lo que le fué mandado, hasta que con clara voz le fué del cielo respondido: «No tienes que porfiar, porque hoy ha de morir; que eso con-

viene para bien de su alma.» Así fué, que de allí á poco rato la entregó á su Criador el buen caballero con muchas prendas de su eterna salvacion, segun de arriba le fué significado al santo H. Rodriguez.

En la memoria escrita por Alonso correspondiente á este año de 1606, refiere que hacía más de veinte años que no había echado sal en la comida, «ni en hierbas cocidas, ni en huevos en cáscara, ni en la carne, ni en ningun género de cosa.» «Tambien se privaba, añade (1), de no tomar ni disponer de nada de la casa. Y una vez siendo enviado por la obediencia, se desmandó, viendo un sembrado de habas, y tomó dos ó tres: y como cayese en la cuenta después, fué á la casa (de campo), y púsolas en la mesa; que no se atrevió á disponer de ellas.»

(1) Memorial, núm. 46.





CAPITULO XXXV

AFLÍGENLE LOS DEMONIOS, Y JESÚS Y MARÍA LE CONSUELAN.—TENTACIONES ACERCA DE LA PREDESTINACION.—CONOCIMIENTO DE LAS PENAS DEL INFIERNO.—ES REGALADO DE DIOS EN UNA ENFERMEDAD.—ENTRADA EN LA ORACION.—HIÉDESE Á SÍ MISMO.—CONSUELA Á UNA SEÑORA AFLIGIDA.—OBTIENE QUE NO ABANDONE LA COMPAÑÍA UN NOVICIO TENTADO

1607

Asi como el fuego, por grande que sea, si no se le echa combustible, acaba por extinguirse del todo; así las virtudes, aunque se hayan adquirido en grado muy perfecto, si se cesa en el ejercicio de sus actos, insensiblemente van remitiendo su fuerza, y pueden llegar á desaparecer del todo del alma que las posee. Al contrario, si van ejercitándose con actos proporcionados á la intensidad y perfeccion de sus hábitos, no solo se conservan las virtudes, sino que van perfeccionándose más y más con nuevos aumentos. Por esto Dios Nuestro Señor con su paternal providencia pone á las almas santas y perfectas en ocasiones de ejercitar actos excelentísimos de virtud, con los cuales las van hermoseando con nuevos adornos espirituales, y enrique-

ciendo con mayores y más abundantes tesoros de merecimientos. Así lo hacía con su siervo Alonso, como se verá en lo que vamos á referir. Sobrevínole en este tiempo una grave indisposicion de catarro: el cual con accidentes pesados de calentura, de intenso dolor de cabeza, y de una continua tos no le dejaba dormir de noche, ni casi reposar de día. Ejercitábase una noche, como otras veces solía en sus trabajos, en abrazar y recibir aquella pena como dón precioso venido de la mano de Dios para gloria suya. Era este santo ejercicio, de oracion y mortificacion juntamente, muy familiar y ordinario al H. Alonso, y de grande alivio, consuelo y provecho para su alma. Pero esta vez sintió en él una profunda tristeza, afliccion y desamparo, pronóstico de lo que luego había de ser, y precursor y aposentador del mal espíritu. Quiso nuestro enfermo levantar el corazon á Dios, y sacudir de su alma el peso de su afliccion y tristeza, cuando se vió rodeado de muchos y feísimos demonios, que con su vista afligían su alma, y con su horror y fealdad angustiaban su corazon: cargaban sobre su cuerpo como unas grandes bestias, y apretábanle el cuello y garganta para ahogarle; unos le daban golpes, otros le mordían como crueles lobos y rabiosos perros: y todos entre sí se burlaban y mofaban de él, diciéndole mil baldones, injurias y vituperios; y con grande risa y escarnio decían: «¿En dónde está ahora tu María?» Era muy familiar y ordinario al H. Alonso, por el grande afecto y devocion que tenía á la Santísima Virgen, llamarla «mi María;» y de esto escarnecían ahora los demonios, y hacían burla; y aun se vengaban dándole de palos y fieros golpes. Mas la piadosísima Señora acudió luego á su afligido y maltratado devoto, y ahuyentó aquellos cruelísimos sayones con la

luz y resplandor de su rostro, y los mandó ir al infierno; y regaló muy amorosa y dulcemente á su querido hijo Alonso, confirmando con hechos y promesas la esperanza y devocion con que el Hermano solía en todas sus necesidades y en las ajenas, acudir al amparo, favor y proteccion de la Purísima Virgen María. Con visita y favor tan soberano quedó libre no solamente de la apretura de los demonios, sino tambien de la indisposicion y enfermedad que padecía, sirviéndole de total medicina la vista y visita de la Madre del Salvador y vida del mundo Jesucristo. Estando ya libre y sano de la pasada enfermedad, asaltóle una terrible tentacion acerca de la predestinacion, trayéndole el demonio, como muchas otras veces hizo, falsas y aparentes razones para hacerle desconfiar de la divina misericordia: renováronsele los antiguos temores de ser despedido de la Compañía, que por tantos años le habían afligido; entró en recelo de si andaba iluso y engañado del padre de la mentira en las cosas extraordinarias que hasta ahora le habían acontecido; y para colmo de su pena aprehendió con nueva y clarísima luz qué cosa es eternidad de infierno, cuán terribles y espantosas son las penas y tormentos que allí se padecen, y la gran desdicha á que viene el alma condenada á ser privada de gozar de Dios para siempre jamás. Es cosa muy digna de notar, que aunque Alonso alcanzó ya en los principios de la vida religiosa la union con Dios Nuestro Señor, y fué ejercitando las virtudes en aquel grado que corresponde á estado tan subido; sin embargo el Señor fortalecía de continuo los cimientos de tan sublime edificio espiritual con el claro conocimiento de las verdades eternas, que son materia propia, aunque no exclusiva, de la que llamamos vía

purgativa. Diez años le duró la memoria infusa y claro conocimiento de la terribilidad de la muerte (1); y el año anterior de 1606 mudóle Dios este ejercicio «en otro que parece algo contrario, y cesó este con el que le siguió, que fué que le metió Dios en la segura confianza en Dios y desconfianza de sí y de toda criatura: y con este ejercicio no temía la muerte que temía antes, ni temía el infierno, pareciéndole con grande luz que su Dios le aseguraba de su gracia y de su gloria.» Ahora le infunde el mismo Señor gran conocimiento de la terribilidad del infierno, al mismo tiempo que permite que el demonio le aflija con tan terribles tentaciones, como hemos dicho, lo cual no podía menos de aumentar sus angustias; aunque con la seguridad que había recibido de su perseverancia en la gracia, sacaba del conocimiento del infierno más bien que temor de su salvacion, pena y afliccion por los pecadores que con sus delitos se hacen merecedores de los eternos tormentos. La sola memoria de la terribilidad de las penas del infierno le endulzaba todas las otras penas. Y así cuando le preguntaban: «¿Cómo va?» respondía: «Bien va: no estoy en el infierno.»

Pero el trabajo mayor que en esta ocasion padeció, es el que refiere por estas palabras (2): «Más: hablándole interiormente, le decían que ya alcanzaría la perfeccion: y como quien le amenazaba, le decía que después había de caer y escandalizar á todo el mundo, lo cual le causaba turbacion y pena, y acogiéndose á la Virgen, como el niño á su madre, sobre el caso, consolándole le decía:

(1) Memorial, núm. 51.

(2) Memorial, núm. 88.

«Donde yo estoy no hay que temer.» Esta persona era muy devota de esta Señora: y esta amenaza que le hacían le causaba pusilanimidad de hablar de Dios; porque como él deseaba tanto la gloria de Dios y salvacion de las almas en tan alto grado, parecíale que mientras más esto buscasse, si después había de perderse, más escandalizaría al mundo, lo cual le causaba temor y encojimiento, porque después la triaca del avisar que todos sirviesen á Dios no se volviese en ponzoña con el mal ejemplo, volviendo atrás; entonces esta persona se iba á la Virgen, como siempre hacía en sus dudas y trabajos, dándola cuenta de ellos, como lo hacen los hijos á su madre, para que los remedie: y ella se le mostraba verdaderamente madre siempre, ofreciéndosele mucho favorable. Y así en esto le consoló, como lo hacía siempre que acudía á ella y respondió diciéndole: «Donde yo estoy no hay que temer,» asegurándole como madre á su hijo. La cual Señora se le mostraba en palabras y obras amarle mucho, con dulzura de palabras, el cual él la amaba á ella en sumo grado tiernamente. Y cuando ella se le mostraba intelectualmente, y no imaginariamente, amarle tanto, que se lo decía en su cara, ¿quién sabrá decir la vergüenza tan rara y tan grande que cubría su cara y sentía su corazon de ver que aquella Señora quisiere hacer caso y amar y honrar, y guardar y enseñar á una criatura tan vil y tan mala? Y la vergüenza era tan grande, que había menester consuelo, viéndose honrado el que conocía que no merecía honra de tan gran Señora, sino castigo de todas las penas del infierno por sus tantos pecados. Suele venir á sentirse esto tanto; que le es al alma martirio, por verse tan mala é indigna de regalo, y digna de infierno por sus tan sucios y tantos

pecados: y diversas veces le hablaba nombrándole por su nombre diciendo «hijo» por el nombre de pila (1), enseñándole y esforzándole y consolándole y ofreciéndole.»

En esta borrasca que pasó por Alonso, se mostró bien á las claras el objeto que se propuso Dios al enviársela. En ella le dió á conocer de un modo particular (2) «el fruto que sacaba de padecer los trabajos, que le venían de la mano de Dios, por el mismo Dios, y sensiblemente conocía lo mucho que agradaba á Dios.» Y en otra parte dice (3) que le acontecía «en sus trabajos y tentaciones como cuando uno tiene necesidad de comer por estar flaco, y comiendo cobra fuerzas: así se siente, continúa, en el alma en sus trabajos y tentaciones; que, como está flaca, tiene necesidad de comer para cobrar fuerzas espirituales; y el comer con que cobra fuerzas es la oracion acompañada con la mortificacion.» La manera como ejercitaba esta penosa comida espiritual, que tanto robustecía las fuerzas de su alma, la declara con las siguientes palabras: «Pues el primer ejercicio es, que cuando le vienen al alma algunos trabajos, ó ella se los imagina como si de veras pasasen, y la entristecen é inquietan, haga luégo un acto de amor y resignacion con el corazon y voluntad delante de Dios, entregándose toda á su voluntad, ejercitando los actos de la fe creyendo que todos aquellos trabajos le vienen de la mano de aquel Señor, ante cuya presencia está, y que se los envía con grande amor, para que con ellos, como cosa tan

(1) Esto es, llamándole «hijo Alonso.»

(2) Memorial, núm. 81.

(3) *Ibid.* núm. 79.

preciosa que son para ella, le sea agradecida; y hablando con Dios, le diga con el afecto amoroso del corazon: «Dios mío y Señor mío, yo te hago gracias, alabo y bendigo por la merced tan grande que me haces en darme algo en que padezca por tu amor:» y con el acto amoroso del corazon y voluntad haga el alma un entregamiento de sí á su Dios y de todo lo que le acaeciére, diciendo así: «Haz, Señor mío, de mí y de todo á tu voluntad, que de eso me gozaré yo,» actuando estos actos de resignacion hasta tanto que alegrando su corazon, abrazando el trabajo, venga á hallar gozo de todo lo que Dios de ella ordenare, por más penoso que sea.»

«El segundo ejercicio es más alto, y es que por aquí la comunica Dios al alma una nueva luz, con la cual ve cómo claramente procede de Dios todo lo que le acaeciére ó viniere en esta vida; la cual luz y conocimiento es tan grande, que pasa los límites de la fe, porque lo conoce y ve claramente, porque fe es creer lo que no se ve. Y con esta luz tan grande los actos de la resignacion y entregamiento el alma toda á sí misma á su Dios, en los trabajos que la envía, son más vehementes para alcanzar la virtud, y hallar gozo en los trabajos: y así cualquier cosa que sea y donde quiera que venga, entenderá el alma venir de la fuente profundísima de su amor, para que alcance virtudes; y así en todas ellas considerará por autor al Señor, y no al prójimo ni al demonio, recibéndolo todo de su mano bendita, y no de las criaturas.»

«El tercer ejercicio es el más alto y divino, con el cual se ejercita el alma y alcanza grandes victorias de sus enemigos y de todos los géneros y espantosos acontecimientos y trabajos y adversidades que le vengan en

esta vida: el cual ejercicio se puede creer ser enseñado por Dios al alma por el gran fruto y vencimiento de sí que saca con él con la gracia de Dios: la cual levantando su espíritu á su Dios, ejercitando los actos de esta virtud de la resignacion se ve en Dios: y allí no usa los actos de la fe que todo viene de la mano de Dios, ni de la gran luz que sobrepuja á la fe; no mira cómo Dios toma instrumentos para que ellos con licencia de Dios ejerciten á los siervos de Dios con trabajos, á los cuales instrumentos que los persiguen los procuran ellos amar más por la merced tan grande que les hacen en darles trabajos en que padezcan algo por amor de Dios; y como el alma está en su Dios, allí ve ella en su Dios cómo él la regala con trabajos, no tomando para ello instrumentos, sino por sí mismo, como causa primera; no mirando á la segunda, sino á la primera que es Dios, y al amor con que la ejercita. Allí el alma en espíritu mental se está mirando á su Dios, y recibiendo de él con alegría todo lo que de ella hace y la da, ejercitándola con trabajos; y allí con su Dios gusta ella mucho que su Señor haga de ella todo lo que querrá; y mientras más la azota y castiga, más le ama; y como el demonio ve que el siervo de Dios no hace cuenta de él, sino de su Dios, como soberbio que es, desaparece luégo y se va.»

«Otro ejercicio hay, que tambien es muy precioso y divino, para imitar á Cristo Nuestro Señor, tomando lo dulce por amargo y lo amargo por dulce por su amor: y es ponerse el alma delante de Cristo Nuestro Señor crucificado, mirándole todo lleno de dolores y derramando por todo su cuerpo toda su sangre, y lleno de tantos y tan grandes trabajos que pasó por mí: y pues tanto le debo, vea lo que debo hacer y padecer por tan

buen Señor que tanto me ama, que dió la vida y pasó tanto por mí: y pues tanto le debo, vea lo que debo hacer y padecer por tan buen Señor que tanto me ama, que dió la vida y pasó tanto por mí: porque amor con amor se paga. Pues lo que se ha de hacer es imitarle, poniéndosele presente el alma en todos sus trabajos, mirando lo mucho que le debo y ha hecho por mí, y en medio de los dos, Dios y el alma, poner los trabajos, y hablando con él en los trabajos decirle: «¿Qué mucho es, Dios mío, que yo padezca por tu amor estos mis pequeños trabajos, pues tú, mi Señor, pasaste tantos y tan grandes por mí?» y actuando en el mismo trabajo ó tentacion el ejercicio del corazon, alegrándole para que padezca con amor por amor de aquel Señor que presente tiene, hasta convertir lo amargo en dulce: y por este camino aprendiendo de Cristo Nuestro Señor, tomará y convertirá lo dulce en amargo, menospreciándose á sí mismo y á todos los regalos y deleites y honras de esta vida terrenales y carnales, para que todo el corazon esté puesto en solo Dios.»

«Otro ejercicio ha tenido, siendo levantado en elevacion sin discurso alguno, y presentado delante de Jesús y de María, con tan grande afecto de amor, que vistas y conocidas allí todas las cosas de esta vida, con la grandeza de amor que allí tenía y tiene á estos Señores, se hallaba tan desapegado de todo, como si no fuesen, por tener todo su corazon y amor en ellos.»

Veamos ahora las singulares mercedes que Dios le hizo en esta enfermedad. Una fué la que cuenta en el número 67 del Memorial con estas palabras: «Estando en la cama, sucedióle una noche, que no sabe cómo ni cómo no, no lo advirtiéndole, que se halló en la iglesia de

esta manera: y es que cuando él había de comulgar, que lo ordinario era á la primera misa, él se iba luégo á su puesto ordinario, para oír la misa, y estábase allí delante del Santísimo Sacramento hasta ir á comulgar; y una noche de estas que estuvo en la cama, súbitamente se halló en la iglesia hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento, como solía. Parece que no fué sueño, sino que él mismo era en espíritu; y estando así de rodillas, fué arrebatado en alta oracion de pureza mental, hallándose en el rapto con gran fervor y visitas de Jesús y de María, estando con ellos á solas gozando de sus visitas, y esto por algun espacio de tiempo: y algunas veces, como dos ó tres, volvía algo en sí, y veía que un muchacho con un palillo le llegaba á los ojos, y decía: «Arrebatado está.» Estas cosas no le mueven más que á un palo, sino á aversion, por estar todo puesto solo en el amor de Jesús y de María y cómo contentarlos, si pudiese, infinitamente.»

Tambien le sucedía (1) que casi siempre que quería, en cualquier cabo que estuviese, sin trabajo ninguno, estaba con su Dios á solas, negociando con él lo que había menester, y esto con gran descanso, amor y suavidad: de tal manera que le acontecía algunas veces estando acostado ponerse en oracion y tenerla, y en este tiempo dormirse bien dormido; y como se dormía estando en oracion, tenía la misma oracion estando durmiendo como cuando estaba despierto. El mismo favor asegura haber recibido otras muchas veces. Otra cosa muy rara le sucedió, y fué, que estando en cama, se hedía á sí mismo con un hedor tan insufrible, que lo comparó al

(1) Memorial, núm. 87.

de un perro muerto de ocho días, que nadie podría sufrir la hedentina de aquel cadáver corrupto: ninguno de los que le visitaban y le servían percibió este hedor, ni notó diferencia de olor en esta enfermedad y en las otras, siendo así que si hubiese sido cosa natural, había de trascender no solo á todo el aposento, sino á toda la casa. Fué que así como Dios le había en tiempos anteriores dado á conocer la corrupcion de toda la masa de Adan con una luz y claridad sobrenatural, así le dió ahora á sentir la fetidez con que aquella masa corrupta olía. Grabósele tanto en la imaginacion este hecho, que en todo lo restante de su vida con frecuencia se parecía oler de la misma manera, y tenía asco de sí mismo, y se avergonzaba de parecer entre gentes, creído que les hedía lo mismo que á sí, y se espantaba de que hiciesen aprecio de una cosa tan vil, asquerosa y hedionda: lo cual le fué un medio muy poderoso para conservarse en su profunda humildad en las obras maravillosas que hacía, y en el dón de profecía con que tanto le ilustró Nuestro Señor.

Una de ellas refiere el mismo Alonso en la Memoria de Enero de 1608 (1), que sucedió de esta manera. Leonor Armadans y Berard, Señora principal, y bienhechora de la Compañía, tenía un hijo, un nieto y un sobrino en la corte romana en prosecucion de sus pretensiones. El hijo era canónigo de la catedral de Mallorca: obtuvo después la sacristía, que en aquella iglesia es la primera dignidad, con la cual volvía muy contento á su patria. Fué Dios servido que estando ya á vista de Menorca, se abriese la nao en que venía embarcado que era

(1) Memorial, núm. 94.

muy grande, y se fuese á pique con pérdida de toda la gente. Causó esta desgracia el sentimiento que se puede pensar en toda la ciudad, y particularmente en el corazon de la madre. En nuestro Colegio hubo tambien mucha tristeza por el daño general y por el particular de la pena de nuestra bienhechora. Encomendóse al Hermano Alonso Rodriguez que tratase con Dios del consuelo de esta señora. Hízolo, y fuéle revelado que las dos prebendas del difunto se repartirían entre el nieto y el sobrino, y que llegarían con bien á Mallorca, y que en ellos tendría la triste madre dos como hijos por uno que había perdido. Dió razon de esto el Hermano Alonso al Superior, y él le mandó que por consolarla se lo diese á entender á la madre. Así lo hizo, y así lo cumplió Nuestro Señor, disponiendo que se diese la sacristía á Don Alvaro Berard y el canonicato al Doctor Juan Lloscos, nieto el uno y el otro sobrino de la dicha Leonor Berard, que por este camino recibió el consuelo y remedio que los Nuestros le deseaban.

No fué menor el consuelo que produjeron en los Padres de Montesion, y el remedio que alcanzaron para un novicio fuertemente tentado contra su vocacion las fervorosas oraciones del H. Rodriguez: lo cual pasó de la manera siguiente. Desde el 3 de Febrero de 1607 hasta el Domingo de Ramos, que cayó aquel año en 8 de Abril, estuvo visitando el Colegio de Mallorca el Padre Pedro Gil, Rector del Colegio de Barcelona, en nombre del P. Provincial Hernando Ponce de Leon. Entre otros admitió en la Compañía el día antes de partirse para tierra firme al H. Jaime Marí.

Entró Jaime para Hermano Coadjutor, y contrajo íntima familiaridad con el bendito Hermano Alonso, y co-

municaba con él sus cosas interiores como si fuese su maestro de novicios, como en realidad se puede decir que lo era de todos los que pasaban el noviciado en aquel Colegio; porque los Superiores hacían tanto caudal de su virtud y prudencia, que no hallaban medio más eficaz que el magisterio del H. Alonso, para alcanzar que los novicios se empapasen bien en el espíritu de la Compañía, y mayormente los HH. Coadjutores se resolviesen á ejercitar y á adquirir las virtudes propias de su grado. Sucedió, pues, que nuestro Jaime, cansado de tanto recogimiento y de la dificultad que sentía en poner por obra los santos consejos de su maestro y en imitar los continuos ejemplos de las más sólidas virtudes que en él veía, empezó á aflojar en el espíritu, á dar oídos á los embustes del maligno espíritu, á fastidiarse de la vida religiosa, y finalmente á titubear en su vocacion. Inútiles fueron las paternales amonestaciones de los Superiores para hacerle entrar dentro de sí; inútiles las reflexiones que le hicieron para darle á conocer que todo aquello era manifiesta tentacion y engaño de Satanás: terco el novicio en su determinacion y propósito de volverse al mundo, se fué resuelto á despedirse del Padre Rector, que en vano se lamentaba de su obstinacion y ceguedad.

Sale del aposento del P. Rector, y quiso Dios que tocase con el H. Rodriguez y que le diese cuenta del terrible paso que acababa de dar. No puede fácilmente explicarse el dolor que recibió Alonso con esta tan triste nueva (1). Movióse tanto á compasion de la desdicha del tentado novicio, que luégo acudió á su ordinario re-

(1) Memorial, núm. 66.

fugio, la Virgen Nuestra Señora, encomendándole apretadamente y con encendido fervor de espíritu aquel trabajo, y pidiendo á la Madre de misericordia que la usase con aquel desventurado: y tal fué la vehemencia con que hizo la peticion, que fué despachada favorablemente por la piadosa Señora, la cual con voz clara aseguró á su devoto hijo Alonso que el novicio no se iría. No satisfecho aún con esta tan clara y favorable respuesta, tornó segunda vez con el mismo fervor de su corazon á encomendarle el negocio; y segunda vez mereció oir la misma consoladora contestacion de que el novicio no se iría. Vuelve tercera vez con santa porfía á importunar á su querida Madre sobre lo mismo, y le fué dicho: «Con esta son tres las veces que te he dicho que no se irá.» No bien hubo oído esta última voz Alonso, cuando se le presenta el novicio lloroso y arrepentido, confesando que veía claramente el precipicio en que iba á arrojar, si salía de la religion, cosa que hasta ahora no había conocido; que él estaba resuelto á quedarse y á perseverar hasta la muerte, por más sacrificios que le hubiese de costar, pues veía vinculada su eterna salvacion á la perseverancia en la Compañía, y su condenacion eterna á la salida de ella. Alegre Alonso con el feliz éxito de su oracion, consuela al afligido Hermano, anímale con poderosas razones á emprender con fervor el camino de la perfeccion, y aconséjale que vaya á calmar la angustia que por su causa estaba afligiendo el corazon del Padre Rector. Obedece el arrepentido novicio, dirígese mustio y cabizbajo al aposento del Padre, entra en él, híncase de rodillas, y hechos los ojos dos fuentes de lágrimas, pídele perdon de su pasado yerro, dícele que reconoce su engaño y que está resuelto á perseverar en su voca-

cion todos los días de su vida. Lleno de júbilo el bondadoso Padre por la vuelta de un hijo al buen camino, llama á su aposento á los demás Padres, que habían participado de su pena, para que se regocijasen con él en la feliz mudanza obrada por Dios en el corazon de aquel Hermano; el cual delante de todos reiteró sus propósitos, y reconoció que había sido seducido y engañado por el astuto enemigo de su alma.





CAPÍTULO XXXVI

ALCANZA QUE UN PREDICADOR HAGA MÁS FRUTO CON SUS SERMONES. — PREDICACION DEL P. BLANCH. — NO PUEDE EXCUSAR LA PRESENCIA DE DIOS. — FRUTO QUE SACA DE LA VISTA DE LAS SAGRADAS IMÁGENES. — FAVORES QUE RECIBE DE JESÚS SACRAMENTADO. — TESTIMONIO DEL H. ONOFRE SERRA. — CARTA AL P. ANTONIO MIRON. — ES ASEGURADO DE SU PERSEVERANCIA FINAL. — PROCURA CONOCER Y EVITAR SUS FALTAS.

1608

Así como con sus oraciones había obtenido Alonso la constancia del novicio Jaime Marí en su vocacion; así tambien con sus consejos, nacidos del celo de la gloria de Dios, alcanzó que un elocuente predicador hiciese mayor fruto en las almas con sus sermones. Predicó el año de 1608 la cuaresma en la catedral de Palma el P. Abdon Ignacio Blanch, que el año anterior había ido á Mallorca para ejercitar el ministerio de la predicacion, como que era excelente orador, y oído con gran satisfaccion por el numeroso auditorio que acudía á sus sermones. Predicaban al mismo tiempo en la villa de Inca los PP. Melchor Miralles y Vicente Arcaina. Encomendábalos Alonso á Dios con mucha ins-

tancia, para que el Señor tocase los corazones de los oyentes, y entendió en la oracion que los predicadores de Inca cogerían abundante cosecha con la santidad de su vida y la edificacion que á sus prójimos daban, más que con la brillantez de sus discursos; pero «del Padre Blanch tuvo, dice (1), gran sentimiento del gran fruto que haría en las almas con su doctrina, si la acompañaba con las virtudes y la humildad.» Veníale delante de Dios por una parte gran contento por los grandes talentos que el Señor le había dado para gloria suya y provecho de las almas; y por otra parte desabrimiento, por notar que los oyentes salían de sus sermones haciéndose lenguas de sus raras dotes oratorias y vastos conocimientos, pero nada deseosos de enmendar sus vidas. Dió Alonso cuenta de lo que en esto sentía al P. Rector, y este le remitió al predicador para que le diese los avisos que delante de Dios juzgara más oportunos. Dióselos el Hermano con aquella humildad que convenía á un lego que aconseja á un sacerdote, pero con el fervor propio de un santo, y el P. Blanch los tomó con agradecimiento. Fué á predicar al otro día, y Alonso en el tiempo que le pareció que estaría engolfado en el sermón, se puso á encomendarle á Dios con encendido fervor de espíritu, poniendo por intercesora á su Madre Inmaculada, y tuvo en esta oracion extraordinarios sentimientos de Dios. «Con el fervor, añade, que le encomendaba á Dios y á la Virgen, se pareció el fervor que Dios allá predicando le dió: y así se supo, después de haber predicado, haber sido así, á gloria de Dios y salvacion de las almas.»

(1) Memorial, núm. 103.

El año siguiente predicaron la cuaresma el P. Miralles en la parroquia de San Jaime, y el P. Blanch en la iglesia del Colegio. Encomendáronse á las oraciones de Alonso, el cual rogando por ellos á la Virgen, viólos junto á ella, y á la Virgen que tenía sus brazos extendidos sobre cada uno de los Padres. Sobrevínole al Padre Blanch al principio de la cuaresma un accidente de pecho, que le impedía continuar sus sermones. Dolióse Alonso del fruto espiritual que por esta causa se perdería, y á petición del mismo Padre acudió á la Virgen por remedio, y dos ó tres veces oyó que le decía: «Alonso, yo le tengo á mi cargo, y le ayudaré, como he dicho.» Así sucedió en efecto: porque lo mismo era subir el P. Blanch al púlpito, que hallarse con fuerzas y con voz clara, siendo así que entre día apenas le era posible hablar, y los días en que por algun motivo no tenía sermon, sentíase sumamente fatigado.

Con el mismo P. Blanch parece que le sucedieron otros dos casos que refiere el P. Marimon, callando el nombre del Padre. El primero fué que teniendo una vez que predicar, y no hallándose con la debida preparacion por haber andado ocupado en un negocio grave y estar delicado de salud, pidió al Hermano que rogase á Dios supliese con su gracia lo que á él le faltaba de preparacion y de salud. Hízolo Alonso con tal fervor, que mereció oír del cielo estas palabras: «Alonso, pierde cuidado; que yo le ayudaré, y predicará hoy el mejor sermon que haya predicado en su vida.» Así sucedió con no poca admiracion del Padre al ver las cosas que se le ofrecían y el fervor y fuerzas con que predicaba.

El segundo caso fué, que habiendo de predicar un día en la parroquia de S. Jaime, rogó al H. Alonso que con

sus oraciones le alcanzase de Dios Nuestro Señor que el sermón fuese de mucho provecho á las almas. Cumplió Alonso el piadoso encargo. Aconteció que una mujer de vida muy libre y desenvuelta, lazo de perdición para muchos, iba á la Seo, y por el camino oía como una voz interior que le decía que fuese á San Jaime á oír el sermón. No sabía ella que en aquella parroquia hubiese sermón, y mucho menos quién fuese el predicador: por otra parte estaba lejos de San Jaime y no le tenía cuenta ir allá. Con esto perseveró en su propósito de ir á la Seo, sin hacer caso de aquella habla interior, hasta que una fuerza oculta la detuvo en su camino de tal suerte, que no pudo dar un paso adelante. Maravillada de lo que le pasaba, volvió atrás, diciendo para sí: «Iré á San Jaime, y veremos qué será esto.» Fué, y entró en la iglesia en el momento en que el Padre subía al púlpito. Oyó el sermón, y sintióse tan tocada de Dios Nuestro Señor, que todo el tiempo que el Padre predicó, estuvo ella derramando lágrimas y arrepintiéndose de su mala vida. Confesóse luego muy despacio, cambió de vida, hizo muy rara penitencia, y con sus buenos ejemplos procuró reparar los daños producidos por el escándalo que antes había dado.

Andaba por este tiempo Alonso casi continuamente enfermo, y con frecuencia tenía que guardar cama. Á sus achaques antiguos añadíase la tensión no interrumpida de su espíritu siempre elevado y puesto en Dios. Él mismo conocía que esta fuerza de atención hacía daño á su salud; pero como era tan intenso el hábito que había contraído, no estaba ya en su mano el divertirse á otra cosa. Estando, pues, en cama enfermo, aconsejóle el P. Rector, Juan Torrens, que procurase aflojar un po-

co el arco, para que con la demasiada tension no se quebrase. En 6 de Mayo de este año de 1608, como no hubiese rezado durante el día las devociones acostumbradas, envió al enfermero al P. Rector á pedirle licencia para satisfacer á aquella que él miraba como deuda: respondióle el Padre por el mismo enfermero que bastaría rezase el santo rosario y que dejase todo lo demás. Como él contaba entre sus devociones la presencia de Dios (que así llamaba él á la oracion mental), se ejercitó en hacerlo así: «pero, escribe (1), tanto cuanto él más huía de andar delante de Dios, mayor era la presencia de Dios que Dios le comunicaba huyendo de él: y así andaban á porfía Dios y él; y así se dejó vencer de Dios.» Y añade: «Así como á otros buscar asistir y andar delante de Dios les cuesta trabajo, á esta persona le da descanso y consuelo no solo al alma, sino tambien al cuerpo cansado; y le es tan fácil, como le es al que tiene buena vista ver una cosa que tiene delante de sí y la ama mucho: y como no le cuesta trabajo, en un punto, cuando quiere, se halla con su Dios á solas, y con la Virgen.» Al día siguiente contó al P. Rector lo ocurrido, y más le dijo (2), que como no le fuese posible huir de su Dios, se puso á rezar el rosario: acabado el cual, dióle el Señor un sueño tan profundo y sosegado, que durmió con grandísimo reposo más de tres ó cuatro horas, y que no tenía memoria de haber jamás dormido tan profundamente y con tanto sosiego y descanso, aunque todo este tiempo estuvo en continua presencia de Dios y oracion mental y altísima contemplacion, engol-

(1) Memorial, núm. 132.

(2) *Ibid.* núm. 117, nota.

fado todo en Dios, gozando de él y de lo que le comunicaba de su amor.

Erá un incentivo poderoso para avivar más y más el espíritu de Alonso, siempre fijo en Dios, la vista de las imágenes de Cristo Nuestro Señor y de su Madre Santísima. Lo mismo era poner los ojos en algun crucifijo, que ver en él las cosas que pasó Cristo por el hombre en este mundo y el abrasado amor con que en su vida mortal trabajó y padeció por el mundo (1). En esto levantaba los ojos de su alma al cielo, y le veía sentado en su trono de inmensa majestad y gloria: miraba luego en la imagen su figura tan afeada y su inocentísimo cuerpo tan maltratado; y juntando estos dos extremos, quedaba pasmado al ver que la infinita Majestad de Dios hubiese hecho y padecido tanto por tan vil criatura, y esto con amor infinito; y herido de amor, exclamaba: «¡Quién Señor, no muere de amor por tu amor, pues tú de amor diste la vida por mí!» Sentimientos semejantes á estos se despertaban en su corazon á la vista de las imágenes de la Virgen. Y por aquí venía en conocimiento del gran bien que viene al mundo por las imágenes de Jesús y de María: «y así, dice (2), le viene gran contento, visto que lo ordenó Dios para que con ellas nos despertásemos á acordarnos de Dios y de su Madre, y de los grandes bienes que de ellos nos han venido y vienen, y para que acudamos á ellos á pedirles favor para nuestras necesidades y trabajos, y para que nos despertemos siempre para andar en su presencia con grande amor y con grandes servicios y grande agradecimiento.»

(1) Memorial, núm. 113.

(2) *Ibid.* núm. 114.

A propósito de la devoción á las sagradas imágenes, refiere el P. Torrens en el proceso apostólico en orden á la beatificación del siervo de Dios, que muchas veces fué á consultarle un caso, que le traía no poco inquieto. Y era, que estaba en duda si cometía falta respecto á lo que la Santa Iglesia practica y enseña acerca de la veneración de las sagradas imágenes: porque si bien era verdad que las veneraba y reverenciaba con gran devoción; sin embargo cometía tal vez en esto alguna falta, porque con mucha frecuencia le acontecía que mirando las sagradas imágenes, como que se le oscureciese la vista y ellas desapareciesen de ante sus ojos; pues en el mismo instante en que los fijaba en ellas, se sentía trasportado al cielo en presencia del Santo, cuya imagen veía en la tierra, y no estaba en su mano el hacer otra cosa: y temía si su modo de proceder en esta parte indicaba poco respeto y veneración á las imágenes sagradas. Y es así que la devoción interior salía á lo exterior de tal manera, que era muy ordinario verle en oración delante de alguna imagen y salir de su rostro gran claridad y resplandor celestial.

Si tan fuertemente conmovían al santo anciano las imágenes de Cristo Nuestro Señor, ¿cómo había de hallarse su espíritu en presencia del mismo Señor oculto si, pero en realidad presente en el sacramento de su amor? Oigamos de boca de este fino amante de Jesús sacramentado los favores que por este tiempo de él recibía. «También le aconteció, dice (1), á esta persona un día de la octava de *Corpus Christi*, que estando arrodillado delante del Santísimo Sacramento, que estaba des-

(1) Memorial, núms. 104 y 105.

cubierto, con la mayor devocion y humildad que podía, se halló allá dentro con el Señor entre sus ángeles espiritualmente en espíritu puro mental por algun espacio de tiempo en la iglesia, adonde fué visitado del Señor de tan dulce y suave gozo en todo el tiempo, por un modo no de los comunes, sino que en alguna manera se semejava en algo al que tienen allá en el cielo los bienaventurados; y así fué la visita del todo extraordinaria á las que otras veces había recibido de Dios. Y á la medida que el alma se dispone aquí con fe y humildad y caridad delante de Cristo Nuestro Señor y limpieza de alma, á esa medida es la visita del Señor en ella, dejándose llevar como niño de teta.»

«Tambien le ha acontecido algunas veces entre día ponerse delante del Santísimo Sacramento, y con acto de amor del alma á Cristo Nuestro Señor, por vía de amor y deseo de le recibir, atraerle á sí dentro de sus entrañas, á manera de la piedra iman, que atrae á sí el hierro, metiéndole el alma con este acto de amor amoroso dentro de sí. Y recibéndole así espiritualmente, muchas veces le ha sentido dentro de sí, como muchas veces le siente dentro de sí recibéndole sacramentalmente, con consuelo de su alma.»

De la vida de Alonso en este tiempo nos da algunos pormenores el H. Onofre Serra (1), estudiante, testigo ocular de ellos. «Con saber yo, dice, los muchos regalos que el Señor le hacía y las revelaciones que tenía, y ofrecerse ocasion de hablar de esto, hablando de ordinario dos y tres veces la semana por espacio de cuatro años, nunca me habló de cosas semejantes, sino solo de

(1) Había llegado á Mallorca el día 2 de Setiembre de 1605.
S. A. RODRIGUEZ.

mortificacion, humildad y padecer mucho por Cristo Nuestro Señor. Hablando de la regla del barrer tres veces la semana, me dijo que él barría cuatro veces: y preguntándole yo la causa, dijo que la regla decía que barriésemos el aposento á lo menos cada tercer día; y así, que quien decía «á lo menos,» que algo más quería; y que por esto barría cuatro veces. Teniendo el Hermano las llaves de la portería y estándose lavando las manos, tocaron á la puerta, y luégo al punto se fué á abrir sin enjugarse las manos. Si hallaba un poco de hilo, aunque no fuese sino de un palmo, luégo lo llevaba al P. Ministro: y si lo había menester, pedía licencia para emplearlo. Díjome el H. Gabriel Alegre, que en gloria sea, que una vez saliendo del exámen, vió al H. Alonso el rostro hecho una ascua de fuego. Estoy en duda si añadió que le salían rayos de fuego del propio rostro. Tenía yo tanta fe en el Hermano, que viviendo pedía al Señor me concediese algunas cosas por el grande amor que tenía al H. Rodriguez. Tenía el Hermano cargo de tocar la campanilla una vez la semana para la plática de los HH. Coadjutores. Y advertí que en todo el tiempo que estuve allí, nunca se descuidó en tocar puntual. Y solíamos decir: «Si el Superior se quiere acordar de alguna cosa, no hay sino encomendarla al Hermano Rodriguez, y descansar; que sin falta, al tiempo y hora que quisiere, se lo hará acordar. Ordenóle una vez el Superior que no dejase quedar cabalgadura alguna en el zaguan de la portería: guardólo de manera, que viniendo el médico á visitar y lloviendo mucho en ese tiempo, el mozo del médico entró dentro del zaguan á la mula. El Hermano, viendo esto, salió y con buen modo procuró que sacase la mula de aquel lugar, y que la

pusiese en el zaguan de una casa que estaba en frente de la portería. Díjole el Superior que cada día se subiese á la azotea y se pasease un rato: el Hermano con tener mal en los pies y padecer mucho dolor en ellos, hizo esta obediencia al tiempo y hora señalados sin faltar día: y lo teníamos observado los de casa. Noté en él una igualdad grande en sus acciones: el semblante uniforme mostrando siempre una alegría modesta que componía á quien le miraba por una parte; y por otra, aquella alegría era causa que se le aficionasen y tratasen con gran provecho de sus almas los que le veían: y me admiraba viendo el respeto que todos le tenían, respetándole como á muy grande santo.» Hasta aquí el H. Onofre Serra.

Vivía por este tiempo en el Colegio de Valencia un Padre mallorquin llamado Antonio Miron, el cual siendo estudiante en Mallorca, había comunicado con Alonso, y con su direccion y consejo entró en la Compañía el 4 de Diciembre de 1580 juntamente con el que después fué el P. Juan Mateo Marimon. Escribió el P. Antonio al H. Alonso pidiéndole le indicase algunos medios para bien obedecer y para aspirar á la perfeccion. Aunque el humilde Hermano se excusaba, pareciéndole atrevimiento que un Hermano lego diese lecciones de perfeccion á un Sacerdote: sin embargo obligado por el Superior, hubo de hacerlo, y le contestó con la siguiente carta.

«*Pax Xri.*—Por haberme mandado escribir esta á mi carísimo Padre la santa obediencia, y que fuese del espíritu y para aspirar á la perfeccion; me he atrevido á escribirla: porque de otra manera fuera atrevimiento que el que debe ser discípulo escriba tales cosas al que puede ser su maestro: y así para cumplir con la santa obediencia, se me ha ofrecido que para aspirar á la per-

feccion, es necesario que el siervo de Dios so color de virtud con el amor propio no sea engañado, y aspire no á la perfeccion, sino á su bien me quiero, que es el camino contrario para caminar á la perfeccion; y así conviene perseguirle, porque suele engañar muchas veces so color de virtud, y necesidad, más á los que tienen gran cuidado de sí y de su cuerpo.»

«¿En qué se fundan los religiosos, si hay alguno que tenga gran cuidado de sí? Parece que no va conforme á razon, sino contra razon, el tener cuidado de sí, teniendo quien tiene cuidado de su cuerpo, y de su alma, y teniendo reglas que le enseñan lo que ha de hacer. Si se busca á sí, ya se hallará, y será para su mal; allá se verá, que estará claro el engaño en que vive el que en la religion tiene cuidado de su cuerpo, pues no lo ha menester, por tenerle tan grande de él sus Superiores y Dios con ellos. Si no tuviese ninguno cuidado del tal, claro está que él le había de tener. Pues para salir de este engaño y alcanzar en breve tiempo gran perfeccion y santidad, es necesario que todo su cuidado y diligencia y ansia y estudio sea remirarse cómo contentar sumamente á Dios, y con este tan grande cuidado se olvidará de su cuerpo, y mudarále en tener gran cuidado de su alma, para que sea santa; y esto, teniendo sumo cuidado de mortificarse y vencerse en el bien me quiero. Yo no sé cómo hay hombre que se quiera bien y se regale, pues ha hecho una cosa la más mala del mundo, que es ofender á su Dios, bondad infinita, de quien tantos bienes y mercedes hemos recibido; y así como á tan malos siempre nos habíamos de perseguir como á malos, y aborrecernos y querernos mal, y no tener cuidado de nuestros cuerpos, sino de nuestras al-

mas y de contentar á Dios en todo. *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo*, es á saber, demos á Dios amor, gloria y honra, y á nosotros el menosprecio, y descuido de nosotros mismos.»

«Otro punto será, para aspirar á la perfeccion, que el siervo de Dios sea muy obediente y gran guardador de sus reglas con obediencia ciega; porque si queremos ser sabios, esa es suma sabiduría, obedecer á ciegas; porque ¿qué mayor sabiduría puede haber en la tierra ni en el cielo, que hacer la voluntad de Dios? Pues esta hace el obediente cuando á ciegas obedece, creyendo que Dios se lo manda y ordena por el hombre: y esta es gran prudencia y discrecion obedecer á Dios en el hombre. Alguno podrá ser que busque en la obediencia sabiduría y prudencia y discrecion; pero ¿á quién creeremos más, á Dios, que no se puede engañar ni quiere engañar, ó á mi juicio y amor propio? Que yo puedo errar, y Dios no. Adonde se ve el gran bien y seguridad que lleva el alma obediente, pues es regida y gobernada por Dios. No hay cosa que más presto lleve al alma á la suma perfeccion, que la obediencia ciega; y por esto el demonio pone tantos disgustos y dificultades.»

«Otro punto será, que el siervo de Dios haga guerra á fuego y sangre á todos los vicios y pasiones: y esto hará con facilidad, si es verdadero humilde; porque como se conoce por tan malo, enójase consigo mismo, porque ha ofendido á su Dios conocido; y así se persigue y mortifica, ayudándose para esto de la oracion, que anden juntas oracion y mortificacion, y esto delante de Dios. *Regnum cælorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*. Sin pelea mortificándose no hay victoria; sin pelea no hay ganancia, ni mérito, ni corona, ni venci-

miento de sí; sin pelea no hay verdadera paz en el alma, ni santidad; sin pelea no hay ejercicio de virtudes; sin mortificacion, que es el pelear venciendo á sí mismo, no hay imitacion de Cristo Nuestro Señor, ni caridad, ni amor de Dios, ni del prójimo; sin pelea no se va al cielo: y con la oracion, y mortificacion y vencimiento de sí, y la gracia de Dios, alcanza el alma de Dios todo lo dicho: esta pelea y vencimiento de sí, y muerte de su amor propio, es la mayor hazaña y penitencia que puede hacer en esta vida, por ser la cosa más difícil y trabajosa y penosa de alcanzar. *Qui non bajulat crucem suam, et sequitur me, non est me dignus:* y así esta es una de las cosas que más agradan á Dios en esta vida. En sus santas oraciones, y sacrificios me encomiendo.—De Mallorca, á 15 de Julio de 1608.»

La doctrina que predicaba á los demás ponía por obra Alonso con todo el fervor de su espíritu: y el cielo premiaba con nuevas mercedes la fidelidad del siervo de Dios en corresponder á las que una vez había recibido. La mayor gracia que puede desear el hombre en esta vida mortal es la de la perseverancia final en la amistad de Dios, la cual le asegura la posesion de la eterna bienaventuranza. Esta gracia inestimable concedió el Señor á su amante siervo Alonso, y no sola, sino acompañada de otra merced muy singular, manifestándole que estaba confirmado en gracia; pues actualmente estaba en ella y jamás la había de perder. Fué el caso que sintiéndose un día Alonso abrasado su corazon en amor de Dios, hablando familiar y confiadamente con él, le dijo (1): «¡O Señor, si yo estuviese en tu gracia!» Fuéle respondido:

(1) Memorial, núm. [121.]

«Ya lo estás, y estarás para siempre.» Estas palabras llenaron de gozo su corazón, y le hinchieron de un amor de Dios tan subido, que le parecía había de morir de amor; y con ardientes deseos rogaba al Señor que le concediese tal género de muerte. Aumentaba el incendio de su corazón el cariño tiernísimo que le mostraba la Santísima Virgen. «Son tan grandes, dice (1), los regalos y visitas que tiene esta persona de Dios y de su Madre en la mesa, que no se pueden del todo declarar, y le hacen parar: y así su comida es casi como de hombre que no está en sí, sino en Dios; y así está olvidado de gustos y de afición de cosa de comer: solo come por necesidad y no por gusto que tenga.»

En medio de tantos regalos no se descuidaba Alonso, ni permitía Dios que le faltase el contrapeso del santo temor. «El cuidado, escribe (2), que esta persona tiene de su alma, lo cual trata con Dios, es que su Majestad le enseñe á conocer acá en este mundo sus faltas, las cuales él no conoce como las vería allá en la otra vida en su juicio, para enmendarlas acá antes que vaya allá.» Y en el mismo número escribe, que las cosas en que hacía hincapié como camino seguro, eran primero, en vivir limpio de todo pecado, por mínimo que fuese, en sus pensamientos, palabras y obras, y si le venía algun pensamiento que no fuese de Dios y por Dios, al instante lo desechaba y quedábase solo con Dios: á este fin guardaba profundo silencio, y examinaba toda palabra que hubiese de hablar, antes de desplegar los labios, y en sus obras todas procuraba contentar á Dios y vencer sus

(1) Memorial, núm. 121.

(2) *Ibid.*,

propios quereres y amor propio; para lo cual tomaba por intercesora á la Santísima Virgen que por su santísima puridad se lo alcanzase, armándose con el amor de Dios y de su bendita Madre, procurando traerlos siempre en el alma y corazon, y tratando con ellos para que le enseñasen á hacer su voluntad con abrasado corazon de contentarles en todas las cosas. En segundo lugar, se abrazaba con la santa humildad, menospreciándose, por el claro conocimiento interior que de su grande vileza tenía; haciendo ascos de la hediondez de su cuerpo y tambien de su alma, que poco antes el Señor le había dado á sentir, oliéndose como perros muertos; y aborreciéndose, odiándose y enojándose consigo mismo por el gran mal que había hecho en ser desleal y traidor á tan infinita Majestad como la de su Dios, digna de ser amada infinitamente.

«Luégo, concluye (1), tras la limpieza y la humildad y el amor de Dios viene el entregamiento de toda el alma á su Dios. Esto todo es lo seguro, y todo lo demás tiene por sospechoso y lo teme, como son visiones, revelaciones, hablas interiores ó exteriores, y regalos espirituales; á todo esto, de que le viene algo, aunque sea á deshora sin darse cato, lo teme y lo da de mano, á tanto que hablando con Dios ó con su Madre, si le viene algo de estas cosas que le parezca que le habla Dios ó su Madre, lo da de mano, de miedo no sea engañado, y los deja con la palabra en la boca; y teme por entonces de tomar á ponerse delante de Dios y de su Madre, por el gran peligro, aunque le hablen con gran ternura nombrándole por su nombre y ofreciéndose favorables.

(1) Memorial, núm. 121.

No quiere otro ejercicio sino amor de Dios y del prójimo, y humildad de corazon, y pureza de alma angélica, y entregamiento de toda el alma y cuerpo á su Dios, que haga de él á su gusto y contento, aunque le eche en el infierno á padecer con su gracia las penas todas, no dando crédito á sí ni á no, sino dejarlo en seco y con temor huir de ello.»

Y más abajo dice: «Tratando del temor de Dios, aunque le han sucedido cosas espirituales que parecían de estima, no se acuerda haberse elevado con ellas: porque nunca deseó cosa de las que le venían, por santas que se mostrasen; antes las temía, y las olvidaba, y si por ventura eran dignas de agradecimiento, tenía algun escrúpulo cómo no sentía en su corazon algun agradecimiento, yendo por el camino del temor de Dios: y mientras más le venían, más temía y huía de ello: levantando el corazon á Dios, le decía: «Bien sabéis Vos, Dios mío, que yo huyo de estas cosas por amor de Vos; que yo no os puedo engañar, y que sabéis la verdad, y que el amor tan grande que os tengo es la causa de huir de estas cosas, por el peligro que hay no os ofenda á Vos, que tanto amo.» Y ha sido tan grande la aversion á estas cosas, que parecía que casi tenía impaciencia de que le venían, por más señales buenas que consigo trajesen; huyendo de miedo, por el gran cuidado y deseo de contentar á Dios, y deseando que le viniese alguna gran persecucion deshaciéndoselo todo como á engañado, para librarse con temor de ser engañado.»

Parece que el Señor oyó la peticion de Alonso de que le viniese alguna persecucion que le deshiciese como á engañado é iluso la opinion que de su santidad se tenía, como se verá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXXVII

CAE EN PODER DE PIRATAS LA NAVE VELINA.—ES TENIDO ALONSO POR ILUSO.—ASEGÚRALE DIOS QUE NO HA SIDO NI SERÁ EN ADELANTE ENGAÑADO

1608-1609

HACIA fines del año 1608 acabó de leer el curso de filosofía el P. Blas Bailo (1) en el Colegio de Montesion; y teniendo que estudiar teología los Hermanos escolares sus discípulos, fueron llamados al de Valencia, en donde se leía aquella facultad. Fueron con su maestro al puerto de Sóller para embarcarse para la península, y hallaron tan poco segura y tan mal pertrechada la nave que debía conducirlos, que no creyeron prudente el P. Bailo y el P. Planes (2) exponerse ellos y sus compañeros á los peligros del mar en aquella embarcacion, y dejaron libres á los Hermanos para embarcarse en aquella nave ó volver á Palma á esperar navegacion más segura. Optaron por lo primero los Herma-

(1) El P. Bailo era natural de Egea de los Caballeros, en el reino de Aragon, y desde Agosto de 1603 enseñaba filosofía en Mallorca.

(2) El P. Pedro Planes era mallorquin: había estudiado en Montesion, y entrado en la Compañía juntamente con el P. Juan Torrens en 1598.

nos Pedro Claver y Juan Humanes con otros tres novicios recién admitidos en la Compañía, llamados Juan Ballester, Antonio Gual y Pedro Juan Ponz, y fué Dios Nuestro Señor servido que tuviesen feliz viaje y llegasen dentro de pocos días al puerto de Salou junto á Tarragona. Los demás volvieron á Palma, en donde estaba anclada desde primeros de Octubre una nave llamada Velina, que salida de Palermo, dirigía su rumbo á Alicante, y arribó á Mallorca, en donde descansaron los navegantes, que venían muy fatigados de los recios calores del verano y de las continuas calmas que habían tenido. Iba en la Velina un hijo del Marqués de Villena, Virey que entonces era de Sicilia, y parte de la riqueza de su casa, para cuya guarda y defensa había puesto en la nave el Virey una compañía de mosqueteros.

Con ocasion de pasaje para la península tan seguro pensó el P. Rector Juan Torrens (1) en enviar por aquella nave á los dos Padres y á los Hermanos que estaban aguardando embarcacion. Propuso su pensamiento á los Padres Consultores, y estos fueron de parecer que no convenía que fuesen en aquella nave, ó que á lo más solo cuatro se embarcasen en ella. Dolíale al Padre Rector dejar pasar aquella ocasion tan favorable de una nave de alto bordo, segura y bien defendida; y entró de nuevo en deseos de aprovecharse de ella. Llamó al Hermano Alonso, cuya santidad y privanza con Dios le era bien conocida, contóle lo que pasaba, hablóle de la seguridad de la nave, del parecer de los Consultores, y de su deseo de embarcar en ella á los Padres y Hermanos

(1) El P. Juan Torrens gobernaba el Colegio desde 26 de Enero de 1606: hasta 4 de Febrero de 1607 fué Vice-Rector, y desde esta fecha Rector.

que habían de pasar á tierra firme; y por fin le mandó que tratase aquel negocio con Dios Nuestro Señor en la oracion, pues era cosa de tanta importancia. Obedeció el H. Alonso con su acostumbrada puntualidad: fué á la oracion, y en ella le respondió el Señor, que si los Padres fuesen, como quería el P. Rector, en aquella nave, tendrían embarcacion de oro.

Llamó después el P. Torrens al H. Alonso, y preguntóle qué sentía en aquel negocio que le había encomendado: encogióse el Hermano, y refirióle llanamente lo que en la oracion se le había respondido. Creído el Padre Rector que se le prometía navegacion felicísima, y concibiendo de ello completa certidumbre, resolvió enviarlos á todos con la nave Velina con tal esperanza y aun certeza del buen suceso de aquel viaje, que dijo: «Desearía que todos los Nuestros, que han de pasar á tierra firme en veinte años, estuviesen en el Colegio, para mandarlos á todos en aquella nave.» Tanta era la seguridad que sentía en sí del feliz viaje que habían de tener. Reunió luego consulta, dió en ella cuenta de su resolucion á los Consultores sin descubrirles la causa que le movió á tomarla, y solo trató con ellos del modo con que habían de ir y de la admision de tres postulantes en la Compañía, en quienes se había tenido algun reparo en la consulta anterior, y ahora fueron admitidos.

Embarcáronse, pues, el día 7 de Diciembre de 1608 los Padres Blas Bailo y Pedro Planes, los HH. Gabriel Alegre, Antonio Marqués, José Fuentes, Onofre Serra y Jerónimo Lopez, y los tres novicios Juan Alcover, Ramon Gual y Ramon Anglada, que habían dado principio á su noviciado tres días antes, y á ellos se agregó un jóven, llamado Miguel Sanseloni, que iba con ánimo de

entrar en la Compañía. Zarpó del puerto la Velina la tarde del mismo día 7, pero hallando viento de proa, entró de nuevo en él la mañana del día siguiente, fiesta de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen. Empezó segunda vez el viaje el día 9 con rumbo á Alicante; y á las pocas horas de su salida ya corrió por la ciudad, aunque como rumor infundado, que la Velina había de caer en manos de los piratas de Argel. Dió luego fundamento á este triste pronóstico el siguiente suceso. Antes de dejar del todo el puerto, y de doblar las puntas que en él entran, aquella misma noche del día 9 divisaron los de la Velina otra nave que entraba en el puerto; y con la bizarría é inconsideracion de soldados bisoños, que ufanos con la grandeza de su bajel y la escolta de los mosqueteros pensaban poder combatir con una armada, dispararon algunas piezas de artillería contra la nave, que entraba, y hacía su camino sin decirles nada: la nao acometida respondió con otros tantos disparos, y con esto terminó aquella escena. Oyóse desde la ciudad de Palma el estampido de los cañonazos, y con la oscuridad de la noche viéronse las chispas: lo cual por la preocupacion en que estaban los ánimos, á causa de los rumores propagados entre día, puso en alarma á los habitantes. El Virey, D. Juan Villaragut y Sans, mandó tocar á rebato, y envió mucha caballería por tierra, y fragatas con gente y municiones por mar, para socorrer á nuestra nave; mas no fué menester por entonces, porque cada uno de los dos buques después de algunos disparos, siguió pacíficamente su rumbo: entró en el puerto la que había sido molestada, y salió de él el día siguiente, dando lugar á sospechar que fuese espía del corsario Simon Dánzer (ó Danza, como suele lla-

mársele,) que infestaba aquellos mares. Renováronse luego los rumores de la caída de la Velina en poder de corsarios, y repitiéronse después diversas veces: que no parece sino que hubo una como revelacion de que por fin había de ser un triste hecho aquel tan constante presentimiento.

Con la ocasion de la alarma y afliccion producida en los habitantes de Palma por el suceso de la primera noche del viaje, y en vista de los rumores nada halagüeños que con tanta insistencia se repetían, el H. Alonso tomó muy á pechos el encomendar á Dios los Padres y Hermanos navegantes. Mostróselos el Señor varias veces muy contentos y alegres en la nave hasta la altura de Ibiza: y desde allí le desapareció la nao y los que en ella iban, y no los vió más: cosa que le causó no pequeña admiracion, y le puso en gran cuidado, y le hizo temer un desgraciado acontecimiento que convirtiese en amarga verdad las tristes sospechas que se habían concebido, como en realidad sucedió. Simon Dánzer, de nacion francés, oriundo de Holanda, luterano en religion, desterrado para siempre de su patria, hombre muy animoso y astuto, habíase puesto á servicio del Turco para recorrer el Mediterráneo, y hacer esclavos á los navegantes cristianos, y apoderarse de sus naves y de las riquezas que en ellas trasportaban. Era á esta sazón capitán de una flotilla de tres buques de guerra, tripulados por 500 turcos tan bien armados, que llevaban cien piezas de artillería, de las cuales sola la capitana tenía 52: aumentó ahora su escuadra con dos buques mercantes que acababa de rendir y apresar. Estando el pirata en las costas de Cerdeña, tuvo noticia del viaje de la Velina, y desde allí la fué espiondo y siguiendo de lejos

hasta que tomó puerto en Mallorca; pero habiendo sabido que la derrota que llevaba era hacia las costas de Valencia, enderezó hacia allá las proas, y se adelantó para cogerla en el paso. Hallábase ya la Velina á vista de Denia, mas sin viento favorable para entrar en el puerto de aquella ciudad; y el enemigo se dió tan buena diligencia, que se acercó á la Velina hasta ponerse á tiro de cañon, y disparando su artillería, le rompió las velas por muchas partes, que fué lo mismo que quebrarle las alas para que no pudiese huir ni escapar. Viendo los cristianos que no les quedaba otra defensa que las armas, libraron en ellas la esperanza de su remedio, y se apercibieron á pelear con valor en defensa de su libertad, sin embargo de que eran tan desiguales las fuerzas, que parecía temeridad oponerse un buque mercante á tres de guerra, y hacer rostro ciento treinta hombres, que iban en la Velina entre soldados, marineros y pasajeros, á quinientos soldados turcos de pelea. Trabóse esta sangrientamente: embistieron los turcos con grande algazara y vocería para amedrentar á los cristianos; mas estos se defendieron con tanto aliento, que sostuvieron el combate por espacio de seis horas, sin dar lugar al enemigo á que abordase; antes le rebatieron con heroico esfuero las tres veces que lo intentó. Durante este porfiado y sangriento combate los dos Padres asistían en el puesto en donde más hervía el ardor de la pelea para socorrer á los heridos y confesarlos: y los Hermanos proveían de provision, pólvora y balas á los que peleaban, sin que ninguno de ellos recibiese el más leve daño, y ninguno de los heridos murió sin confesion. Por fin hubo de sucumbir el valor de los cristianos ante el número de los turcos. Entró Dánzer en la Velina, é irritado y enfure-

cido de haber hallado en tan pocos cristianos tan valerosa oposicion y resistencia, con bárbaro furor pasó á cuchillo á todos los cristianos que encontró con armas en las manos. Tuvo lugar este lastimoso suceso el día 14 de Diciembre de 1608. Al tiempo que se rindió la nave á los turcos, nuestros Padres y Hermanos con otros pasajeros se retiraron en lo hondo del bajel para evitar el primer furor é ímpetu de los corsarios enemigos, que entraban vencedores y orgullosos. Cierta persona movida á piedad aconsejaba á los Jesuitas que se desnudasen la sotana, porque siendo luterano Dánzer, y, como tal, enemigo de los Jesuitas, no ejercitase en ellos su crueldad, ó cuando menos no exigiese por su rescate una suma mucho mayor de lo ordinario: dieron de mano ellos á tal consejo, y resolvieron con ánimo valeroso parecer ante el capitan hereje con su traje de religiosos de la Compañía. La primera diligencia de los turcos, luégo que hubieron entrado en el bajel, fué atar las manos por las espaldas á los cautivos con fuertes cordeles y con suma crueldad: así atados los bajaron á la sentina, en donde permanecieron con grande ahogo y apretura los cuatro días que duró la navegacion á Argel: su comida era pan negro y agua hedionda, y tal vez por gran regalo un poco de abadejo crudo. Cuando ya los turcos se hallaron señores pacíficos de la nave, mandó el capitan que sacasen de la sentina á los cautivos y los subiesen á la cubierta atadas las manos, como estaban, para que le diesen obediencia y besasen la mano en señal de rendimiento y esclavitud. Ejecutó esta orden un turco fiero, con su alfanje en la mano; y fueron los primeros que se presentaron ante el capitan nuestros diez religiosos con sus propios vestidos, como

lo habían determinado. Después que todos hubieron prestado obediencia al corsario y cumplido con las ceremonias de rendidos y cautivos, los bajaron otra vez á la sentina.

Muchos días se pasaron sin que se supiese en Mallorca cosa cierta del lastimoso suceso de la Velina, aunque nunca cesaron los temores concebidos desde la salida de la nave de aquel puerto, los cuales iban creciendo de continuo por algunas noticias vagas, y siempre funestas, de aquella navegacion. Cuando en el Colegio se supo con certeza la triste nueva, se apoderó de los ánimos una consternacion tal, que no se puede con palabras explicar. Quien más sintió esta calamidad fué el P. Rector, sobre quien pesaba toda la responsabilidad del cautiverio de los Padres y Hermanos. No poca parte le cupo al santo Hermano Alonso, el cual luégo se fué á tratar el negocio con Dios Nuestro Señor en la oracion, dándole amorosas quejas y diciéndole: «¿Por qué, Señor, ordenaste que por este camino fuesen tantos á Argel con tanta inquietud y desconsuelo?» Respondióle el Señor, que aquella era embarcacion de oro, el cual con el fuego se purifica, y así en el crisol de aquella tribulacion y trabajos del cautiverio purificaría á sus hermanos de la escoria de algunas faltas é imperfecciones. «Yo, añadió, por tus oraciones los guardaré allí á todos, y á su tiempo los sacaré de Argel, sin perder nada ellos ni la Compañía; antes serán á muchos de edificacion y provecho, y á no pocos causa de su salvacion: y ellos mismos ganarán en espíritu, y no perderán aun en la salud del cuerpo.» Así en efecto sucedió, como adelante se dirá; pues el único que murió en Argel no había entrado aún en la Compañía.

Consolóse Alonso con esta promesa, y más aún al ver que ahora alcanzaba lo que había pedido de ser tenido por iluso y engañado; porque fueron no pocos los que al saber que el P. Torrens se había movido á embarcar á los Padres y Hermanos en la Velina por una revelacion del venerable anciano, segun la cual habían de tener navegacion de oro, comenzaron á entrar en sospecha de si realmente era de Dios ó no el espíritu de Alonso; y cuando menos condenaban al Rector, porque en negocio tan grave hacía más caso de una revelacion de un Hermano lego y de edad decrepita, que del prudente consejo de varones graves y espirituales. Al mismo Alonso se le acrecentaron los temores de engaño que siempre había sentido en semejantes cosas extraordinarias. Fuése, como solía en estos casos, á tratar con Dios en la oracion, y estando en ella, le vino «súbitamente á manera de un rayo y relámpago, (son sus palabras) (1), una súbita luz, y con la luz el rayo del temor de Dios, el cual temor de Dios hirió su corazon, y allí sensiblemente quedó plantado como con estampa permanente: y así en este punto se aseguró el alma para de presente y porvenir que no sería engañada, porque Dios por este camino del temor le sacaría libre del engaño; porque para ninguna cosa de estas abriría la puerta, y estaría seguro: y así, concluye, desde este punto descansa.» Juntamente con infundirle Dios esta seguridad de que no sería víctima de ilusiones y engaños, le quitó el temor que hasta ahora había tenido á todo lo que fuese extraordinario, y la pusilanimidad y encogimiento que por su humildad sentía en cosas se-

(1) Memorial, núm. 124.

mejantes, é infundióle vivísimos sentimientos de gratitud á Dios por esta visita y por los maravillosos efectos que en su alma había producido: y así aunque después de esto andaba siempre con recelo y con cuidado de contentar á Dios, quedó su corazon tan penetrado de la grandeza de este beneficio, (á cuya luz descubría la inmensidad de beneficios que en toda su vida había recibido de la divina mano), que parecía sentir en su alma un agradecimiento como infinito á su Dios. «Porque, dice (1), si sube con el entendimiento por esos cielos, se le ofrece una como infinidad de beneficios inenarrables que Dios le ha hecho; y si baja al mundo, en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo se halla abismado de lo mucho que debe á Dios, y le dice: «Señor, ¿adónde está el amor con que os amo? ¡Cómo no muero de amor vuestro que tanto os debo y habéis hecho por mí, en cuanto Dios y en cuanto hombre, en el cuerpo y en el alma?» Y en esto apenas puede haber discurso, sino de una vista intelectual manifiesta la luz al alma lo mucho que Dios ha hecho al alma y al cuerpo de beneficios, como incomprensibles.»

«De allí baja al infierno, y ve cómo Dios la ha librado de aquellas penas eternas tantas veces, conociendo ser merecedor de ser atormentado con todos los tormentos de todos los condenados por sus pecados. Aquí queda abismado de lo mucho que debe á Dios: que no se harta de alabarle y bendecirle, y de hacerle gracias que no le ha castigado y echado en el infierno, por tan grande beneficio, y ¿qué fuera de él ahora, si estuviera allá para *in æternum*? De aquí le vienen grandes deseos, diciendo

(1) Memorial, núm. 125.

á su Dios: «Oh Señor, si Vos fuérades servido, por que no os ofendiera, y fuera tan dichoso que me echárades en el infierno antes que os ofendiera todo el tiempo que Vos fuéredes servido, porque yo no os hubiera ofendido sino servido con vuestra gracia!» segun es el pesar de haber ofendido á Dios y el deseo de servirle y contentarle muy de veras. De aquí se despierta diciendo á su Dios: «Señor, ¿adónde está el amor infinito con que os amo? ¿adónde está el serviros y contentaros con amor infinito? ¿adónde está el agradecimiento con amor infinito? ¿cómo no muero de amor? muera ya yo de amor, porque yo no hago cuenta de mi vida sino de Vos, que sois mi vida: porque de la del cuerpo no hago caso con vuestra gracia, sino de Vos que sois mi vida.»

«Cosa es de pasmo, de que esta persona pasa delante de un Cristo crucificado, y ve en él lo que Cristo pasó por él y por todo el mundo, y levanta los ojos al cielo, y conoce que aquel Señor de tanta gloria y majestad que está tan glorioso en el cielo, es el que pasó todo aquello por él y mucho más de lo que ve en su figura, y despiértasele el corazon, diciéndole: «Señor, ¿quién no muere de amor de tal Señor? y ¿cómo todo el mundo no muere de amor de tal Señor, que de amor ha hecho tal cosa por él y por todos los hombres? y ¿quién no sirve á tal Señor?» De aquí se saca cuán preciosas son las santas imágenes, para que el hombre vea lo que debe á Dios; y por aquí se despierte y conozca lo mucho que debe á Dios, y ha hecho por él y hace, siendo Dios de tan alta majestad, para que se encienda en su amor y en el cuidado de servirle y contentarle y de serle agradecido ; particularmente las figuras de

Cristo y de su Madre, para ver y conocer y amar á quien tanto debe. Y este agradecimiento no ha de ser solo de palabras, aunque es santo y bueno, sino que salga del amor de Dios, que es agradecimiento de corazon; y este agradecimiento es tan grande y agradable á Dios, cuanto es el amor de Dios que tiene en su corazon: porque del amor fino que tiene el alma á su Dios sale el fino agradecimiento que tiene el alma á su Dios y á la Virgen su Madre.»





CAPÍTULO XXXVIII

CARTA DE LAS HERMANAS DE ALONSO Á SU SANTO HERMANO, Y DE ESTE Á ELLAS Y Á SU CONFESOR EL PADRE PABLO MALDONADO

LA desgracia de la Velina y el cautiverio de los que en ella iban embarcados, aunque muy sentida de Alonso, no le quitaba la paz de su espíritu, el cual tenía tan sereno, que se hallaba en disposición de consolar á los que tenían necesidad de consuelo. Así lo hizo con sus dos hermanas, á cada una de las cuales escribió este año de 1609 una carta muy espiritual, como dirigida á personas de muy elevada santidad. Echaráse de ver la subida perfeccion de aquellas dos almas privilegiadas, por la carta que en Octubre de 1607 escribieron á Alonso, la cual me ha parecido copiar aquí. Es del tenor siguiente (1):

«El Señor nos dé su gracia y su santísima paz. Una recibimos de Vmd. con la respuesta de otra que nos encaminó el P. Santander, y con ella nos consolamos mucho. Envíanos á pedir Vmd. que le escribamos de las que recibimos y lo que trataba en ellas; y así para obedecer á Vmd., responderemos á ello. Como nosotras no sabemos escribir, no nos atrevíamos, por no dar cuenta

(1) Tráela al P. Marimon, Lib. I, § 7.

de nuestras cosas á otro. Mas pues Vmd. lo quiere, escribimos de las muchas y muy grandes mercedes que Nuestro Señor ha hecho á estos dos gusanillos, que están en este rinconcillo metidos. Y lo que Vmd. envió á decir en esta última carta fué para nosotras de mucho gusto; porque el alma gusta de esta morada, (que es dón del Señor morar en esta union del alma); que como el Señor entró á puertas cerradas á sus discípulos, así hace el Señor en lo íntimo del alma; y le da el Señor muy grandísima seguridad, que es su Dios. No se puede declarar lo que Dios le da á entender en aquella union, porque sus potencias, entendimiento y voluntad, están tan suspensas gozando de su Dios. Algunas veces le descubre Dios al alma una divinidad, que no hay cosa allí corpórea ninguna; y todo esto pasa en lo interior del alma, y está con tan grande amor de su Dios, que querría estar deshecha en alabanzas de su Dios. Y en lo que Vmd. dice que encomendó al P. Santander, no supimos nosotras cosa que escribir á Vmd. Ahora escribimos que después que está aquí, se ha aflojado una grandísima persecucion que teníamos de algunas: iban á hablar á los que nos confesaban, diciéndoles cosas de nosotras, que si Dios nos dejara en nuestras manos, caeríamos en mucho mayores que aquellas, queriendo impedirnos las comuniones. Nosotras no hablamos más que muertas, porque estamos todas dejadas en Dios: y el mismo Señor movía al que nos confesaba, que con su voluntad todos (los días) comulgábanos; y así nosotras no hacemos más de lo que mandan, porque miramos nosotras que Dios nos manda aquello, y con contentamiento del alma obedecemos al Señor, entendiendo que es aquello su voluntad, la cual se ha de hacer en todas

las cosas, y como saben que el P. Santander nos tiene buena voluntad, no hay tanto como solía. Están algunas muy quejosas de nosotras porque no comunicamos con ellas. A nosotras no nos da gusto, más de con nuestro confesor, porque no entendemos de que Nuestro Señor lo quiera así: y ansí cuanto más nos persiguen, más las queremos; y nunca se las puede cumplir lo que desean, y es que no nos diesen cada día á Nuestro Señor, y así estamos con cuidado de encomendarlas á Dios. Y habemos padecido mucho con confesores que hemos tenido, que preguntándonos, no podíamos dejar de decir la verdad, y no la entendían ni creían: y ahora nos dió Nuestro Señor un Padre de grande perfeccion, que se llama el P. Pedrosa, que tambien nos ha mortificado harto: y mirado que es la voluntad de Dios Nuestro Señor, rogamos á Vmd. nos encomiende mucho á Nuestro Señor, nos haga á todos tres unos grandes siervos suyos para honra y gloria de su Majestad. El Señor encienda á Vmd. en su amor, y le haga una cosa consigo. Las dos cartas que Vmd. nos envió (1), la una de la resignacion y la otra del amor de Dios, las recibimos á 10 de Octubre de 1607. — JULIANA y ANTONIA RODRIGUEZ (2).»

La que escribió Alonso á Juliana es como sigue:

«Una, mi carísima hermana, he recibido del P. Pablo Maldonado, en la cual me dice que tiene algunos escrípulos que le dan pena. El demonio, como ve señales en una ánima temerosa de Dios y deseosa de contentale, que está en gracia de Dios, para apartarla de la gracia

(1) Parecen ser las de los números XI y XII, que se hallan en el tomo II de las Obras Espirituales del Santo.

(2) El sobrescrito decía: «Á mi hermano Alonso Rodriguez en la Compañía de Jesús, Mallorca.»

de Dios, lo que hace es traerle muchos y grandes escrúpulos y tentaciones, para si puede traerla á desconfianza y á que pierda la gracia de Dios. Y lo que Dios aquí pretende, (que por esto da licencia que le atormente), es para que merezca mucho, padeciendo el trabajo por su amor: y lo segundo, para que se fíe de Dios, haciendo grandes actos de confianza en Dios, segura que está en su gracia por su bondad infinita: porque el demonio á los que él sabe que no están en gracia de Dios, no les dice nada porque ya son suyos; y él se guardará bien de traerles escrúpulos para que teman á Dios y le sirvan, sino á los que por la bondad de Dios son de Dios, para sacárselos de sus manos, y jamás podrá; lo cual tengo por señal de su predestinacion. Es gran medio asegurarse por lo que Dios le dice que haga por boca de su confesor en esta parte, y asegurarse.»

«Hay algunas ánimas que son muy combatidas de desconfianza, temiendo de su salvacion, y de angustias y tristezas con temor demasiado de tantas cosas como han pasado por ellas por todo el discurso de su vida, de tan innumerables pensamientos, palabras y obras malas, y que habiéndose confesado, no saben cómo han salido de ellas, si están enlazadas ó si Dios les ha perdonado sus pecados, ó no; viven con estos pensamientos, (como no saben si han hecho para con Dios lo que deben), en grande angustia y pena; lo cual causa el amor propio. La tal alma si ha hecho confesion general, consuélase que Dios la quiere para sí; y si no la ha hecho, hágala, mirándose en ella, que Dios la consolará, y convertirá su tristeza en gozo: y si no está contento con esto, haga actos vehementes con el corazon y voluntad delante de Dios muy de veras, porque esto será andar

con Dios y en verdad, diciendo á su Dios así: «Señor mío, ¿qué quieres que haga para servicio y gloria tuya de todo cuanto ha pasado por mí, desde el día que nací hasta esta presente hora? que yo con tu gracia lo haré y romperé por tu servicio con la vida, si es menester, por contentarte á tí. Si quieres que confiese cosas pasadas, dáme á entender qué quieres que haga, que todo lo pondré por obra con tu gracia por contentarte á tí; y que no habrá cosa en esta vida que me aparte de lo que tú quieras que haga con tu gracia, porque yo no tengo que ver con vida, ni con honra, ni con todos los trabajos que me puedan venir, á trueque de contentarte á tí, que eres mi Dios y todo mi bien: porque si yo supiese y pudiese, yo te serviría como todos los ángeles del cielo con tu gracia.» Y con este propósito y determinacion tan grande, aunque hubiese en el alma algunas faltas secretas, que ella no las penetrase, ó se las perdonará Dios, por más que sean, ó le dará una grande luz y conocimiento claro de ellas, y medio para que las remedie por la vía que Dios quede contento, y esto con grande consuelo y paz del alma, de manera que le parezca que no es ella la que solía, sino otra, porque entró en ella la luz del Señor, y salieron las tinieblas, que es la tentacion. Y cuando no usa Dios con el alma de este medio, crea que no hay que temer, sino de que consolarse; porque ya le usara, si fuera menester: porque yo creo de las tales almas temerosas de Dios, que Dios está contento de ellas, y que serán herederas del cielo: de condicion que parece que obliga á su Dios el alma que está determinada á lo dicho por su amor, ó que la avisará Dios, si lo ha menester, ó que si no la avisa, que no lo ha menester, porque ya está contento por entonces: y esto allá

dentro de su corazon se lo dará á sentir. Los cuales actos vehementes son de grande consuelo para el alma y muy agradables á Dios. El Señor la abraza toda en su amor, y acuérdesse de mí, como yo lo hago de ella, en sus oraciones.—Fecha en la villa de Mallorca, en el mes de Marzo 14, 1609.—Por este camino me ha hecho á mí Dios grandes mercedes en mis grandes escrúpulos que he padecido.»

La otra carta, escrita á Antonia, decía así:

«Carísima hermana: entendido he, que los finos regalos de Dios duran, que son las enfermedades y trabajos que le da y envía de su bendita mano como á regalada y amada suya; estímelo en su corazon en gran precio, pues es cosa tan preciosa; tanto, que si alguna cosa hubiera en el mundo más noble y más preciosa y provechosa á la naturaleza humana que la tribulacion y trabajo, esa diera á Dios á su Hijo. Y pues á él, siendo unigénito, le dió más á padecer en esta vida que á ninguna criatura, ni á todas juntas, claro parece que la tribulacion y trabajo es la cosa más noble y preciosa y provechosa. Pues para que el alma crezca en la fineza del amor de Dios y sólido, son los trabajos que le envía Dios; y la riqueza y el medrar del alma es abrazar los trabajos que la envía Dios, padeciéndolos por su amor. Y este es el camino por donde se alcanza la perfecta caridad y amor de Dios, y grande gracia y grandes coronas de gloria. Porque así como los regalos del cuerpo son las prosperidades de este mundo, honras, riquezas y deleites, y que todo les suceda á su gusto; al contrario los regalos del alma que ama á su Dios, entonces le va mejor con ellos, cuando le va peor, es á saber, cuando le vienen más trabajos que sufrir por Dios: porque las ad-

versidades le son prosperidades, como son todo género de trabajos, persecuciones, tentaciones, enfermedades y dolores, si el alma se sabe aprovechar de este tan grande tesoro, el cual es utilísimo ejercicio, (las adversidades y trabajos de esta vida), para alcanzar las virtudes sólidas y perfectas. Y sin padecer trabajos yo no sé cómo se puede alcanzar el perfecto amor de Dios ni las otras virtudes.»

«No se dirá que le hicieron santo á San Pablo los regalos de Dios, sino con la gracia de Dios los muchos trabajos que por Cristo pasó: y cuando fué tentado, fué tan grande el trabajo que pasó, que rogó á Dios por tres veces que se le quitase; entonces era niño en la virtud, y el Señor le visitó y esforzó, y le dijo: «Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad,» es á saber en los trabajos padecidos por Dios: y así no le fué quitado por entonces. Y como el Señor le enseñó el gran valor de los trabajos, dijo: *Gloriabor in infirmitatibus meis*, gloriándose en el padecer por Dios, y creciendo más y más con tantos trabajos como él cuenta de sí que padeció, que superabundaba en el gozo en las tribulaciones y trabajos que llovían sobre él: y el gran bien que podemos desear es morir y padecer trabajos toda la vida para aprovechar el tiempo por Dios: porque esto es la fineza del servir á Dios, y lo que á él en esta vida más le agrada y contenta: y en esto se ve que el alma ama á Dios; y á la medida del padecer da la gracia y la gloria. Y no hay más que desear, que gracia y gloria, aunque costase el padecer todas las penas y tormentos del infierno.»

«Ya que he dicho los grandes bienes que vienen al alma del padecer por Dios, será bueno decir, cómo se

ha de ejercitar el alma en los trabajos, de que le vienen y la atormentan, convirtiendo lo amargo del trabajo en dulce, y esto generalmente en todos cuantos trabajos le vengan en esta vida, que la quitan la paz, hasta que venga á alcanzar aquella paz, que dice San Pablo que es tan grande, que no hay seso humano que baste á comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado. Pues el ejercicio para tan gran cosa será este, para que el alma alcance la perfeccion y caridad y santidad, y es que el alma con la mortificacion del corazon y con la grande oracion, que todo ande junto, mirando á su Dios, pidiéndole con el deseo de su corazon su gracia y ayuda, y mortificándose, se venza con pelea de sí misma por amor de aquel Señor que presente tiene, que ande todo junto, oracion y mortificacion, y poniendo entre Dios y el alma, en medio de los dos, el trabajo que tiene, ahora sea de persecuciones de criaturas, ahora de tentaciones de los demonios, ahora sea de enfermedades y dolores y de necesidades, ó de otras cosas contrarias y trabajos que vengan al alma, recibéndolo todo de la mano de Dios, y no de la criatura.»

«De esta manera puesta el alma delante de su Dios, y el trabajo que de presente tiene, grande ó pequeño, en medio de Dios y el alma, hable á su Dios y dígame: «Yo, Señor mío, te hago gracias, alabo y bendigo por la merced tan grande que me haces en darme este trabajo para que yo le padezca por tu amor,» y mirarle al Señor cómo él es el que me lo da, que no el demonio ni la criatura, para gran bien mío, como causa primera, si yo me sé aprovechar. Y para aprovechar, mirando á Dios, haga interiormente grandes actos de alegría con el corazon, padeciendo aquel trabajo por amor de aquel Señor que

presente tiene. Y en esto hace la voluntad de Dios, y acto de amor de Dios, y acto de fortaleza, estimándolo por gran dicha, y por gran merced de Dios, que le da en que imite con trabajos á su bendito Hijo crucificado de amor por mí amor. Amor con amor se paga. Y ha de estimar tanto el trabajo que le da, que le diga con el mismo ejercicio al Señor: «Amaros he yo más y más por la gran merced que me hacéis en darme este trabajo, para padecer yo por vuestro amor, y no digo este solo, pero todos los abrazaré con tu gracia, aunque sean de infierno, por contentarte á tí, que tanto amo.»

«Este ejercicio es de grande aprovechamiento, tomando lo dulce por amargo por contentar á Dios venciéndose. Ofrezca todos los trabajos al Padre eterno, y con ellos los de su Hijo, su encarnacion y vida, pasion y muerte, resurreccion y gloria, y sus virtudes, y todos sus trabajos y merecimientos, y sus santísimas lágrimas y sangre que derramó por mí pecador, por estas cuatro cosas, que á ella, y á mí, y á todo el mundo nos lo conceda, que son, sumo amor de Dios, sumo amor á Jesucristo Nuestro Señor, sumo amor á la Virgen Nuestra Señora, y sumo amor á los prójimos, que á todos amemos, y sirvamos á Dios y le gocemos. Amen. — Fecha en la villa de Mallorca, á 14 de Marzo, 1609 años.»

Con estas dos cartas escribió otra al P. Pablo Maldonado, confesor de Juliana y Antonia: en ella le dice algo de lo que pasa por su espíritu y le da noticia del suceso de Argel. Dice así:

«Una de V. R., mi carísimo Padre, he recibido, en la cual dice haber recibido una mía: yo creo que ya habrá recibido lo que en ella iba. En grande obligacion estoy, vista la caridad que usa V. R. con mis hermanas: yo la

tomo por propia: allá lo hallará en el cielo, ya que no valgo nada para responder á tan grandes beneficios; pero la voluntad es grande. En lo que dicen, no lo creo: allá plega al Señor nos veamos todos cuatro en el cielo. Para mí fuera de grande consuelo, verlas sola una hora; pero hágase en todo la voluntad de Dios. Yo quisiera haberlas consolado y ayudado más; y Dios me lo perdone: por ser encogido, no lo he hecho. Con esta van dos ó tres cartas, para cada una la suya.»

«Yo, Padre mío, ando aparejándome, no solo por horas, sino por puntos, suplicando á Dios, y á su Madre que me dé á conocer acá mis males y faltas, como el alma las ve allá salida de esta vida, para remediarlo acá con la gracia de Dios, y acá y allá agrade á Dios. Y el punto de nuestro aprovechamiento para bien vivir y bien morir está en que nosotros nos demos á Dios del todo por suyos con toda determinacion y nos desembaracemos, para que pueda poner y quitar en nosotros lo que querrá como cosa propia: y como Dios no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos: mas no se da él á sí del todo, hasta que nos damos del todo á él. Y como el alma ya se entregó del todo en sus manos, el grande amor que allí le comunica su Dios, la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de lo que Dios quiere hacer de ella. Todo nuestro trabajo está en hurtar el cuerpo á los trabajos que Dios nos envía, en no los querer; porque si los amásemos y quisiésemos, no nos darían pena: y así el gozo en ellos no está en la carne, sino en la voluntad y corazon del que fuertemente los sufre por amor de Dios, diciendo á su Dios: «Haz, mi Señor, de esta hormiguita tuya á tu voluntad, que de esto me gozaré yo.» Y si tuviésemos luz del cielo para

conocer el grande bien que viene al alma de sufrirlos por Dios, y el amor infinito con que Dios nos los envía, desearíamos más y más, hasta convertir lo amargo en dulce: y diríamos con san Pablo: *Absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi*; y veríamos el gran cuidado que tiene Dios de enriquecernos con ellos, y viviríamos en gozo y paz en medio de todos ellos. En esto está nuestra dicha, en lo que tenemos por desdicha, que es tener trabajos, si nos vencemos en ellos por Dios, mirando cómo vienen de la mano de Dios para enriquecernos con ellos, y no de los hombres, ni de los demonios. Y este es el tesoro del alma, padecer por Dios; y aquí halla el alma grandes riquezas espirituales y grande enseñanza del cielo, y conoce que agrada á Dios el padecer por su amor.»

«Acá ha venido un trabajo á este Colegio, y es que aportó aquí una nave gruesa, en la cual venía un hijo del Virey de Sicilia, y con él muchos soldados arcabuceros para su guarda, en la cual se embarcaron diez de este Colegio, y en el camino les salió al encuentro un tirano corsario, y la conquistó, y en la pelea murieron muchos de entrambas partes; y al cabo el corsario la rindió, y la tomó, y llevó á Argel cautivos á los Nuestros: por amor de Dios los encomienden mucho á Dios. Sabemos por carta de un Padre de los cautivos que hacen allá con las almas de los muchos cautivos, que hay allá presos, gran fruto en sus almas, predicando y confesando. El Señor lo encamine todo á su mayor gloria. Amen. Han publicado allá Jubileo, como se hace en las misiones.—Fecha en Mallorca, y Marzo á 15 de 1609.—En sus santos sacrificios y oraciones mucho me encomiendo.»



CAPÍTULO XXXIX

TRABAJOS QUE EN ARGEL PADECEN LOS PADRES Y HERMANOS CAUTIVOS, Y PROVECHO QUE DE ELLOS SACAN.—FRUTO QUE HACEN EN LOS DEMÁS CAUTIVOS CRISTIANOS Y EN LOS RENEGADOS.—CARTA DE ALONSO EXHORTANDO Á LA PACIENCIA Á SUS HERMANOS CAUTIVOS

1609

CON los soberanos favores, que referimos en el capítulo XXXVII, remuneraba el cielo el acto heroico con que pidió Alonso el ser tenido por iluso y por juguete del padre de la mentira, y la paciencia y alegría con que padeció los desvíos de los hombres, desde el momento en que una de sus revelaciones dió ocasion á tan lamentable tragedia como la del cautiverio de los diez de la Compañía. Estos mismos favores fueron como un sello con que el Dios de verdad autentificaba la revelacion hecha á su siervo: y si la calamidad del cautiverio, mirada sola la corteza exterior del hecho, parecía contradecir á la divina palabra de «embarcacion de oro;» bien penetrados los admirables provechos espirituales, que de la esclavitud de los diez navegantes se siguieron, vese claramente que ningun nombre cuadraba mejor á aquella navegacion, que el de «navigacion de oro.» Continuemos la narracion de lo

ocurrido con los cautivos, y de ella resultarán las pruebas de esta verdad.

Llegada á Argel la flotilla del corsario, permanecieron nuestros cautivos siete días aún en su encerramiento en la sentina de la nave, con tantas incomodidades y privaciones, que causaron la muerte á aquel jóven Miguel Sanseloni, que pasaba á tierra firme para pedir su admision en la Compañía. Los Padres y Hermanos sufrían con evangélica resignacion tantas penalidades ayudados y confortados con el ejemplo de su capitan Jesús, cuyo nacimiento en carne pasible y mortal celebraba la santa Iglesia aquellos días. Siete después, fueron desembarcados y llevados á la plaza pública para ser vendidos como inocentes corderos en pública almoneda al mejor postor. Luégo que saltaron en tierra nuestros cautivos, salió á su encuentro un sacerdote catalan, y puesto de rodillas, con demostraciones de inefable gozo y de consuelo, les dijo: «Perdónenme por amor de Dios, Padres míos, que quizá, aunque soy gran pecador, mis oraciones les han traído á esta ciudad para remedio de muchos necesitados. Tengan buen ánimo, y fíen de Nuestro Señor, que no les faltará campo dilatado en que poder ejercitar la caridad, virtud tan propia de su Compañía.» Era este un sacerdote tan celoso de la salvacion de las almas, que siendo así que ya había sido rescatado y estaba libre, no quiso gozar de los frutos de su libertad; ni desamparar á tantos cautivos cristianos, que por falta de sacerdotes y predicadores estaban en peligro de perderse para siempre: y así cada día muchas veces hacía oracion á Dios, rogándole que enviase fervorosos operarios á aquella su viña. Y lo obtuvo.

Fueron los Padres y Hermanos vendidos á diversos

amos, cuyos esclavos quedaron. Lo que en su cautiverio padecieron y trabajaron consta de las cartas que algunos de ellos escribieron, de las cuales nos ha transmitido preciosos fragmentos el P. Juan de la Naja en su voluminosa vida del V. P. Jerónimo Lopez.

«Los diez cautivos (escribía el P. Bailo al P. Provincial Hernando Ponce de Leon) (1), nos hallamos divididos sirviendo á diferentes amos con suma miseria: andamos todos desnudos, y en invierno sin hallar una camisa con que abrigarnos; llenos de molestas sabandijas que nos inquietan y atormentan, y tales, que no nos podemos mirar unos á otros sin lástima y derramamiento de lágrimas. Nuestra cama es el suelo: el pan poco y de cebada: tal vez por gran regalo alcanzamos un poco de toñina, y así no es maravilla que faltando lo necesario para el sustento, y el vestido para el abrigo, falte la salud. Sería nunca acabar querer contar por menudo nuestras miserias: porque son tantas y tan graves, que á cualquiera que las viese se le rasgaría el corazon de dolor por más duro que fuese.»

«Mi mayor desconsuelo (escribía en 12 de Enero de 1609) (2) es no poder visitar con tanta frecuencia como yo quisiera á mis carísimos Hermanos; pero los veo siempre que puedo y los animo y confieso con grande consuelo de mi alma, viendo lo mucho que Dios obra en las tuyas; pero en apartándome de ellos, mis ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas. V. R., mi Padre, nos socorra con oraciones, porque nuestra necesidad es grande: y aunque están más firmes que rocas estos novi-

(1) P. La Naja, *Vida del V. P. Jerónimo Lopez*, núm. 81.

(2) *Id. ibid.*, núm. 133.

cios, con todo eso como la batería es continua, siempre hay que temer: y así por las entrañas de Jesucristo que procure V. R. se abrevie el rescate de ellos, aunque á mí nunca me rescaten, porque confío en Nuestro Señor me dará gracia para llevar con paciencia y aun con alegría los trabajos del cautiverio.»

Muy pronto comenzaron los combates, mayormente de los escolares y novicios, que por ser jóvenes, y de buen parecer algunos de ellos, vieron atacada con repetidos asaltos su castidad y su fe por aquellos turcos lascivos y carnales y enemigos del nombre cristiano. Da cuenta de estas terribles y peligrosas luchas el P. Bailo en sus cartas al P. Provincial. En 30 de Enero de 1609 escribía:

«Todos los Hermanos están animados y aprovechados: y los novicios proceden con notable ejemplo de virtud. El patron del H. Alcover, que es lascivo y cruel sobremana, intentó porfiadamente dormir con él, y viendo que este se resistía valerosamente, se enfureció contra él de tal manera, que arrancando un puñal, hizo amago de atravesarle el cuerpo con él: mas aunque el constante Hermano esperó el golpe á pie quedo, sin moverse, no llegó á ejecutarlo, aunque desfogó la cólera descargando en el Hermano muchos bofetones y coces: y yendo yo después á visitarle y consolarle, le hallé tan contento de haberle Nuestro Señor hecho digno de padecer algo por su amor, que parece no le cabía el corazón de gozo dentro el cuerpo. Estas y otras pruebas permite Nuestro Señor en estos niños, para manifestar su fortaleza en tan flacos instrumentos (1).»

(1) P. La Naja, núm. 137.

En otra carta hablando de las luchas que sostenía el H. Ramon Gual, escribe lo siguiente: «El H. Gual se ha señalado en virtud y constancia entre los demás, y le ha comunicado Nuestro Señor un deseo tan grande de padecer, que nos edifica y admira á todos; y bastan sus ejemplos para encender al más frío. Compróle un turco rico y de gran autoridad en Argel, pero muy torpe y deshonesto: y así por asegurar la pieza, no reparó en el precio que ofreció por él, aunque excesivo, Llevólo á su casa, y díjole: «Estimad, Ramon, la ventura que tenéis, para que me seáis agradecido. Sabed que yo no tengo mujer ni hijos, y que mi ánimo en compraros ha sido no haceros esclavo, sino de mi casa y hacienda, si correspondéis á esta obligacion y tratáis luego de haceros turco.» Dicho esto pasó á las obras, y con violencia y fuerza le vistió ricamente de turco sin que el pobre novicio lo pudiese excusar: mas en viéndose libre, arrojó el turbante con desprecio en el suelo, diciendo á su amo: «Desengáñate, que antes perderé la vida que la fe de mi Señor Jesucristo: y así no te canses en pretender cosa que no has de alcanzar de mí, aunque me despedaces.» Quedó maravillado el turco viendo la resolucion con que le hablaba un niño de 16 años, y así le retiró de sí sin hablarle más palabra hasta que entró la noche: y así esperando que Ramon se acostase en la cama, fué allá á tentarlo fuertemente, valiéndose de todas las armas, de blandura y rigor, de promesas y amenazas, que su desenfrenado apetito le ofrecía para conquistar su castidad. Mas el casto novicio se levantó de la cama huyendo á toda diligencia de su enemigo, y publicando á voces que no se cansase en la pretension de tan feo intento, porque no había de consentir

en semejante abominacion, aunque le costase la vida. Entonces el turco irritado, al paso que se sentía despreciado y burlado, viendo que no podía salir con su intento, trocando el amor en rabia y furor, le arrojó una manta, diciendo: «Maldito, no me parezcas más delante: vete á dormir á un rincon, donde no te vean mis ojos.» El buen novicio tomó su manta, y pasó toda la noche en oracion y lágrimas, pidiendo á Nuestro Señor fortaleza para no ofenderle en tan peligrosas batallas.»

«Vióse á la mañana el efecto de esta oracion: porque el turco mostró hallarse muy trocado interiormente; pues vistió en traje de esclavo al H. Ramon, y le compró unas Horas de Nuestra Señora y libros devotos, con que pasa su noviciado ocupado en oracion y leccion espiritual; y el mismo patron le lleva á oír misa los días de fiesta, y le vuelve á casa, donde le tiene encerrado, sin permitirle salir á otra parte. El otro día, de su motivo quiso hacer una confesion general conmigo, porque tiene buen Maestro de novicios que es el Espíritu Santo, que interiormente le enseña y gobierna.»

«Estos son, P. Provincial, los frutos de esta tierna planta: pero deseo que V. R. se persuada que conviene mucho que estos novicios sean en primer lugar rescata-dos, porque corren mayor peligro, no solamente por ser de pocos años y de buen parecer, sino porque se hallan solos y divididos cada uno en casa de diferente patron; y esto es lo que me tiene atravesado el corazon de dolor y deshecho en lágrimas; que por verlos fuera de peligro, me quedara yo de buena gana cautivo en Argel toda la vida: y V. R. crea que ninguna diligencia será sobrada en orden á abreviar el rescate de estos corderi-

tos, porque quedan en las garras de estos sangrientos lobos (1).»

Repitiéronse las tentativas del feroz patron contra el mismo novicio, como lo dice en otra carta. «El patron del H. Ramon Gual, dice en 3 de Junio, prosiguiendo en su abominable y nefando propósito, lo tentó otra vez con halagos y caricias: y viendo que no bastaban estas diligencias blandas, pasó á las amenazas rigurosas de castigo, y últimamente á las obras, descargando sobre él tantos palos, que rompió el baston, aunque era grueso. Viendo que ni aun con este castigo podía vencer ni ablandar la constancia de su esclavo, ciego de la cólera, por no hallar una cuerda á mano, determinó ahogarle con su mismo turbante, que era de lienzo; y retorciéndolo bien, se lo echó al cuello, y comenzó á apretar fuertemente; mas á la primera vuelta dispuso Dios que se rompiese el turbante, como si fuera de algodón flojo, con manifiesto milagro; porque siendo el lienzo fuerte, y más después de retorcido, no parece que naturalmente se podía romper: mas era tal la ceguera del abominable turco, que no le permitió ver un suceso tan milagroso, pues antes crecía en él la rabia, que la resistencia en el novicio: y así, convertido en lobo rabioso, y trocando el amor en furor, comenzó á morder sangrientamente al inocente corderillo por todo el cuerpo; y como ni aun esto bastase para hacerle mudar de propósito, echó mano al alfange, que ceñía, con intento de degollarle. Al punto que se vió amenazado de muerte el valeroso novicio, doblando las rodillas en tierra, ofreció liberalmente el cuello al cuchillo; y lleno de gozo y alegría ce-

(1) P. La Naja, núm. 134.

lestial, comenzó á cantar el himno *Te Deum laudamus* con el mayor gozo y consuelo de su alma que en su vida había experimentado, segun él mismo me refirió después; pero sucedió aun otra maravilla no menor que la pasada del turbante roto; y fué que la herida que hizo el alfange no pasó de la piel del cuello, dejando en él una señal al modo de cinta roja en testimonio del milagro. Con esto el turco cansado de pelear con el constante novicio, y desesperado de conseguir lo que pretendía, se echó á dormir; y el novicio pasó velando en oracion lo que restaba de la noche, dando gracias á Nuestro Señor por la victoria que le había dado, reconociéndola como singularísima misericordia suya.»

«Luégo que llegaron á mi noticia estas peleas, fui volando en busca del novicio: y él en viéndome cerca, se puso á llorar; y como yo procurase consolarle y enjugarle las lágrimas, me dijo: «Padre mío, no lloro por los trabajos y malos tratamientos que he padecido esta noche pasada, sino por verme indigno de alcanzar la corona del martirio; pues teniéndola tan cerca, se me ha huido de las manos.» Respuesta verdaderamente no de novicio ni de bisoño en la virtud, sino de profeso muy antiguo y perfecto, y de soldado de Cristo veterano y valiente: y al fin respuesta gobernada por aquel Señor, que como cantó David, sabe hacer elocuentes las lenguas de los niños de pocos años (1).»

Los Padres Bailo y Planes tuvieron un patron tan cruel y feroz, que para alcanzar de ellos un crecido rescate, dos veces diferentes por espacio de muchos días les hizo cargar de hierros y cadenas, esposas y grillos,

(1) P. La Naja, núm. 136.

en sendos calabozos, apartados uno de otro, y dándoles solo pan y agua por tasa: además de esto amenazábales que había de romperles los huesos y abrirles las carnes á fuerza de azotes, si no se procuraban un rescate cuantioso y presto. Sufrían los esclavos con cristiana resignacion tantos malos tratamientos, y con la gracia de Dios supieron convertir su cautiverio en una escuela de virtud, cuyos actos habían de ejercitar en grado heroico á cada momento. Visitábanse unos á otros con la frecuencia que les era posible, animándose mutuamente á padecer por Cristo los trabajos del cautiverio. Los Padres se confesaban el uno al otro, y entrambos confesaban á los Hermanos, cuando se ofrecía ocasion oportuna. Comulgaban estos de manos de los Padres, ordinariamente todos los Domingos, en la capilla del cónsul de Francia.

De los ministerios que con los cautivos ejercitaron los dos Padres, habla el P. Bailo en carta de 2 de Marzo: «El P. Planas y yo, dice, ejercitamos aquí los ministerios de la Compañía, predicando y confesando á estos miserables cristianos, haciendo en ellos oficio de párrocos, curas y pastores; y lo habían bien menester: porque había muchos que en 30 y 40 años no se habían confesado, y padecían sus almas extrema necesidad; porque cuando llegamos aquí, no había en Argel sino un sacerdote. Hasta ahora les hemos predicado todos los días de fiesta: y ahora que ha entrado la Cuaresma, les predicó tres veces en la semana sin otros libros que el breviario, porque de todo nos despojaron estos bárbaros, y los breviarios por gran ventura los rescatamos por nueve reales con deseo de no faltar al santo y cotidiano tributo del rezo divino, para que no faltase esta

refeccion y racion espiritual á nuestras almas cada día. Retírome antes de predicar á tener un rato de oracion, y allí aparejo el sermon, y por ventura se hace más provecho que en otras partes con sermones muy estudiados y limados y el socorro de copiosas librerías. Entre día buscamos los cristianos cautivos y los recogemos y los confesamos en una caballeriza, porque no hallamos otro lugar más seguro y quieto. A los cautivos que por hallarse encerrados no pueden acudir á oír misa ni á confesarse, como los demás, los busco en sus casas, y allí los confieso y comulgo con toda la decencia que me permite la ocasion y una tierra llena de enemigos de Cristo. Obro lo que puedo y no todo lo que quisiera en beneficio de estos pobres cautivos cristianos que tan necesitados se hallan de remedios espirituales, y obraría más si nuestro patron no nos fatigase y apretase tanto con el mal tratamiento que nos hace. Publicamos el jubileo de las misiones de la Compañía y el fruto fué tan copioso y extraordinario, que apenas se sintió el trabajo de las confesiones, aunque largas y muchas (1).»

Tales fueron los frutos que en aquella viña inculta se cosecharon: y fué tan grande el número de conversiones y tan ilustres los ejemplos que dieron nuestros Padres y Hermanos aun á los turcos y renegados, que era voz pública que jamás se habían visto en Argel cristianos de tanto ejemplo y de tanto provecho para la religion y las almas, como aquellos.

Estos frutos espirituales de crecimiento en las virtudes en los Nuestros, y de tantas conversiones en los prójimos, demuestran que verdaderamente fué de oro la

(1) P. La Naja, núm. 146.

navegacion de nuestros cautivos, porque por ella recobraron innumerables almas el oro de la caridad y otras lo purificaron más y más, y limpiaron, si algo de escoria lo deslustraba, en el crisol de la tribulacion. No fué poco notable el cambio obrado en medio del cautiverio en el H. Jerónimo Lopez. Este Hermano había entrado en la Compañía siendo de quince años no cumplidos: en los cuatro años que en ella había vivido, siempre procedió con la flojedad y tibieza propia de un niño que no comprendía la alteza y las obligaciones de su vocacion, aunque la amaba con un amor muy tierno. Avisado una y otra vez por los Superiores, no salía jamás de su miserable estado; de suerte que agotados ya todos los medios que la caridad y la prudencia podían sugerir, fué llamado á la península por el Provincial para ser despedido de la Compañía. Con estas disposiciones se embarcó en la Velina el H. Lopez, y salió de los trabajos del cautiverio tan trocado, tan animoso y tan firme en su vocacion, que no se conocía á sí mismo, ni le conocían los demás. Los sentimientos y fervores de Jerónimo ya en el principio de su cautiverio, y la mudanza que en su espíritu se obró, se echan bien de ver en la siguiente carta, que á los 4 de Febrero de este año de 1609 escribió al P. Hernando Ponce de Leon.

«V. R., mi P. Provincial, dice, se asegure que no tanto deseo llegue el tiempo de mi rescate por verme libre del cautiverio, cuanto por salir de una tierra donde no se oye el nombre de Dios ni de santa María.»

«Por lo que toca á mí, gracias á Dios, tengo buen ánimo para sufrir cualquier trabajo en defensa de la fe católica y de la castidad: y doy gracias á Dios Nuestro Señor por haberme hecho digno de que padeciese algu-

nas coces y puñadas en defensa de esta virtud de la castidad: porque como Dios es padre, y tan amoroso y pródigo, acude en estas ocasiones con tan abundante socorro, que casi sin dificultad se resiste. Mucho padecen en esta maldita tierra todos los cautivos; pero mucho más los mozos de pocos años: pues apenas pueden salir de casa sin peligro, por hallarse esta tierra tan contaminada del vicio abominable (1).»

Y en carta de 2 de Junio del mismo año, le escribía: «A mi patron acudieron los moriscos de Valencia para quemarme vivo públicamente, por ser yo de Gandía, queriendo vengar en mí las muertes que se habían ejecutado por causa de la fe y por orden del Santo Oficio en algunos moriscos valencianos; y se hubiera ejecutado así, si mi patron no se hubiera puesto delante la honra, que es la que le detiene, aunque cada día le importunan. No soy yo digno de morir por esta causa. Suplico á V. R. ruegue á Nuestro Señor nos dé á todos los cautivos fortaleza para que no peligren nuestras almas.»

«Padre mío Provincial, añade, con las cartas de V. R. fué tan grande mi consuelo y el de mis compañeros concautivos, que más se puede pensar, que declarar con palabras: porque nos bañábamos de lágrimas de alegría viendo el amor grande que nos muestra nuestra buena madre la Compañía, y los medios que pone para nuestro rescate y remedio; porque si este dependiera de solas las personas de que se ha valido la Compañía, sin duda que ya quedáramos remediados muchos de nosotros. Con todo la gracia de Dios Nuestro Señor nos socorre con tanta abundancia que mil

(1) P. La Naja, núms. 97 y 100.

veces nos obliga á darle gracias cada día. Lo que nuestro patron nos da son dos panes de cebada cada día, sin otra cosa, aunque los PP. Bailo y Planes nos procuran ayudar con sus limosnas (1).»

Mientras tan valerosamente peleaban los cautivos de Argel en aquel campo de batalla, Alonso, cual otro Moisés, tenía levantadas sus manos suplicantes al cielo, pidiendo al Señor alentase y robusteciese á sus soldados. Y no contento con oraciones, añadía penitencias, y aun con sus exhortaciones y consejos les animaba al combate, como se verá en la siguiente carta que escribió á los cautivos con fecha 2 de Abril de este año de 1609.

«Querría, mi carísimo Padre, acertar en escribir esta carta, consolando y esforzando á V. R. y á mis carísimos Hermanos y al P. Planes en sus trabajos, aunque como siervos de Dios, ya saben el gran tesoro espiritual que dentro de ellos está escondido. Veráse claramente cuán preciosa y rica cosa sea la tribulacion padecida por Dios: porque es cosa tan preciosa, que si alguna cosa hubiera en el mundo más noble y más preciosa y provechosa á la naturaleza humana que la tribulacion y trabajo, esa diera Dios á su Hijo: y pues á él, siendo unigénito, le dió más á padecer en esta vida que á ninguna criatura, ni á todas juntas, parece claro que es la tribulacion la cosa más noble, preciosa y provechosa del mundo. Las dos personas que en este mundo hubo más amadas de Dios; fueron Jesucristo y su Madre, y no ha habido en el mundo dos personas mejores, ni más atribuladas que estas dos: y así los atribulados, mientras más lo fueren y sufrieren por Cristo, más semejantes se-

(1) P. La Naja, núm. 114.

rán á Jesucristo y á su Madre. Consuélense, mis carísimos Padres y Hermanos, porque no hay sacrificio más agradable á Dios, que el corazon atribulado: y á los que Dios ama más y quiere levantar á más santidad, los carga más de trabajos, para que ellos, abrazándolos por Dios, vengan á alcanzar más santidad, y mayores coronas de gloria. *Quos amo, castigo.*

La fineza del servir á Dios, y la fineza del contentarle y hacer su voluntad es el padecer por Dios: y esto es hacer algo por Dios: *Per multas tribulationes oportet introire in regnum Dei.* Porque mientras más, mayor será la santidad y mayor la corona. *Modica passio, gloria infinita.* Y así, mi carísimo Padre, su navegacion no fué navegacion desgraciada, sino graciosa, venida de la mano de Dios: no desdichada, sino muy dichosa, si se saben aprovechar; para eso la ordenó Dios: no fué pobre, sino de oro de veinte y cuatro quilates, y de más dicha que si les llamaran á ser monarcas de todo el mundo. Pues que la verdadera riqueza, que para siempre ha de durar allá en el cielo, es el premio de padecer trabajos por Cristo imitándole; que amor con amor se paga: y así se puede tener por embarcacion dichosa para ellos; y esto andando el tiempo allá lo verán, y allá después delante de Dios; que acá, con la pasion y amor que nos tenemos, no se conoce este tesoro escondido; y allá, que lo conocen bien, querrían haber padecido más y más por Dios: y así ahora que tienen las manos en la masa, aprovéchense; y levantando el corazon á Dios en medio de los trabajos, decirle: «Señor, á estos que me atormentan, amarlos he más y más, haciendo actos de amor allá dentro del corazon por la gran merced que me hacen en darme en que yo padezca algo por Vos,

que tanto padecisteis por mí:» y así el tal no es malhechor mío, sino bienhechor mío, y como á tal, rogar á Dios por él, y hacerle con amor buenas obras, y con grande silencio sufrir por Cristo, á imitacion de Cristo. Una de las más altas señales de la predestinacion es el beber el cáliz de los trabajos por amor de Cristo. *Calicem quidem meum bibetis*: porque sois predestinados para el cielo.»

«El padre tiene gran cuidado de sus hijos: y como ellos se olvidan de las cosas necesarias, su padre tiene cuidado de proveerles de lo que han menester, y él está velando por su aprovechamiento, porque los ama mucho. Esto mismo hace Dios, que es nuestro padre, con infinito amor. Los padres carnales velan sobre sus hijos cómo les dejarán honras y tesoros terrenales, que todo es vanidad y locura; pero Dios nuestro verdadero padre, vela sobre sus hijos cómo los levantar y sublimar en riquezas del cielo de gracia y de gloria. Ellos se descuidan de sí, y Dios vela sobre ellos, haciéndolos ricos; y el medio que toma, es dándoles por donde lo sean, que son trabajos.»

«Los hijos bien descuidados están de adquirir trabajos tales, que son riquezas; pero el padre, que es Dios, no lo está de dárselas, por el gran bien que vendrá á sus hijos de ellas, si estos se saben aprovechar; y como somos más amigos de la miel, que no de la hiel de los trabajos, medramos poco. No habíamos de vivir, sino para padecer por Dios, porque todo lo demás yo no sé para qué es bueno: y así, como padre misericordiosísimo, les ha dado altísima materia para enriquecerlos de virtudes, si se saben aprovechar; que les valdrá más que si á cada uno hicieran monarca y señor de todo el mundo, así en gra-

cia como en gloria, que es lo que Dios pretende. *Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis*. Este que se mortifica, si dicen mal de él, calla como muerto; si le reprenden calla y no responde; si porfían con él, calla; si le injurian y maltratan y le dan de bofetones, calla y no responde; si le quitan lo que tiene, no habla palabra.»

«Esta es la mortificacion interior del alma con la cual se plantan é imprimen como con sello en el corazon y alma todas las virtudes, y en él hacen asiento y morada, y toda santidad y perfeccion, y no sin este ejercicio de oracion y mortificacion, negándose á sí mismo, y tomando su cruz, siguiendo á Jesucristo. Y miren no pierdan tan buena ocasion como tienen para ser santos, con tan buen ejercicio de padecer; porque por ventura no hallarán en toda la vida mayor dicha. A estos tales se comunica Dios mucho, porque por su amor pelean y se vencen, y alcanzan, con la gracia de Dios, victoria de sí mismos; y miren que no hay mayor hazaña, ni victoria que vencerse el hombre á sí mismo: y esta es la mayor penitencia que un hombre puede hacer en esta vida, y la cosa en que más se agrada Dios. Por tanto sean muy agradecidos á Dios Nuestro Señor por las mercedes que les ha hecho en darles tan alto ejercicio de merecer coronas y gloria: y esto alcanzarán á Dios rogando con oracion, y con el mazo dando de la mortificacion. Bienaventurada el alma que por amor de Dios sufre trabajos, persecuciones, menosprecios y deshonras, y hambre, sed y frío, desnudez y malos tratamientos.»

«Ya que se han dicho grandes bienes del padecer por Cristo, será bueno ver cómo se ha de ejercitar el alma, cuando le viene el trabajo y le atormenta, convirtiendo

lo amargo del trabajo en dulce, con la gracia de Dios, y esto generalmente en todos cuantos trabajos le vengán en esta vida. Pues para cosa tan grande, y que tanto agrada á Dios, el primer ejercicio será, que el alma se apareje con tiempo para los trabajos, que cree ó sospecha que le han de venir: *Quia jacula prævvisa minus feriunt*: y será de esta manera, que se ponga delante de Dios, y entre Dios y ella ponga los trabajos que sospecha ó cree que le han de venir; y allí delante de Dios, pidiendo para ello su gracia, se ofrezca á abrazar por su amor aquellos trabajos, haciendo grandes actos de alegría, queriéndolos y abrazándolos por amor de aquel Señor que presente tiene. El segundo remedio será, que de que venga el trabajo de veras, (porque lo del pasado, no es de veras, sino imaginado, y este sí), es que con la mortificacion del corazon y con la grande oracion, todo junto en un tiempo, mirando á Dios, y pidiéndole con el deseo de su corazon su gracia y ayuda, y mortificándose, se venza, amando el trabajo con pelea de sí mismo por amor de aquel Señor que presente tiene, andando todo junto oracion y mortificacion: y poniendo entre Dios y el alma, en medio de los dos, el trabajo presente que tiene, ahora sea de persecuciones de criaturas, ahora de tentaciones de los demonios, ahora sea de enfermedades y dolores, ó de necesidades, ó de otras cualesquiera cosas de tribulaciones, y contrariedades y trabajos que le vengán. Puesta, pues, el alma de esta manera delante de Dios, y el trabajo que de presente tiene, grande ó pequeño, en medio de los dos, hable á su Dios, y dígame con humildad: «Yo, Señor mío, te hago gracias, alabo y bendigo por la merced tan grande, que me haces en darme este trabajo, para que yo lo padezca por

tu amor;» y mirarle he cómo él es el que me lo da que no el demonio, ni la criatura, para gran bien mío, y como causa primera: y mirando á Dios, haga interiormente grandes actos de alegría con el corazon de padecer el trabajo por amor de aquel Señor que presente tiene. Y en esto hace la voluntad de Dios, y acto de paciencia, y de fortaleza, y acto de amor probado con el toque de la tribulacion, estimando el trabajo por gran merced de Dios, porque le da en que imite con trabajos á su bendito Hijo crucificado de amor por mí. Amor con amor se paga: y ha de estimar tanto á Dios y al trabajo que le da, que le diga con el mismo ejercicio: «Señor, amaros he más y más por la gran merced que me hacéis en darme este trabajo: por vuestro amor yo le acepto; y no digo yo este, pero con vuestra gracia, aunque sean de infierno por contentaros á vos.»

«Este es camino de grande aprovechamiento, peleando y orando vencíendose, tomando lo amargo por dulce por Dios. Porque mientras más padeciéremos por Dios, mejores pareceremos á Dios. La empresa del amor de Dios no es palabras, sino dolores y crudos tormentos, deshonoras y desamparos de las criaturas y ausencia del amparo del Criador: y con todo esto ha de haber buen rostro alegre, y á semejanza del mártir, que le abrían las entrañas con peines, y no sonaba en sus bocas sino «Jesús,» y en sus corazones «bendito sea Dios.» Dón es padecer por Cristo, y no le da sino á quien él mucho ama. No habemos de querer consuelos en esta vida, sino azotes, porque después será tiempo de los consuelos. Ahora no se quiten nuestros ojos de la Cruz, ni nuestro corazon de quien en ella se puso.»

Á esta carta general para todos los cautivos, añadió

la que sigue para el Hermano Onofre Serra, que le había escrito pidiéndole oraciones y consejos por escrito, como se los pedía de palabra los cuatro años que estuvieron juntos en Mallorca.

«La de mi carísimo Hermano, dice, recibí: y no seré largo en esta, porque en otra que va con esta escribo largo á todos mis carísimos Padres y Hermanos, y tén-gala tambien por suya. En lo que me dice que le encomiende á Dios, y yo tengo de él y de todos gran cuidado; de condicion, que no hay día que no les encomiende á Dios de noche y de día más de setenta veces; y á la Virgen María, encomendándolos que los tomen á su cargo; y así espero que lo harán, y que todos sus trabajos resultarán en gloria de Dios y bien de sus almas y de otros que allá están: que por este camino los quiere Dios ayudar en sus trabajos, enseñándolos y esforzándolos que pasen adelante en el servicio de Dios; y este trabajo es propio para pasar adelante y crecer en la virtud, con la gracia de Dios: no hay que temer, sino aprovecharse del tesoro que tiene para padecer por Cristo y imitarle. Acuérdese de lo que los dos acá tratamos de esta materia de padecer trabajos por Dios. Y porque en la otra he sido largo, en esta no digo más, sino que siempre ande con Jesús y María, poniéndose en sus manos; que ellos harán su negocio con grande ganancia.— Fecha en Mallorca, y de Abril 2 de 1609.»

Andando en estos fervores y caritativos empleos el Hermano Alonso, quiso el Señor consolarle un día estando en lo mejor de su oracion, y fué que le mostró á los diez Padres y Hermanos cautivos en Argel claros y resplandecientes como otros tantos soles, que echaban luz y claridad en medio de aquellas tinieblas espesas de

la morisma (1). También le mostró que habían allí renovado los votos los Padres y Hermanos antiguos, conforme suele usar la Compañía de Jesús á sus tiempos. Entonces vinieron al Hermano Alonso unos fervorosísimos deseos de que alumbrasen los Nuestros con la luz del santo evangelio toda aquella gente tan miserable como bárbara y ciega: rogó con grande instancia al Señor ablandase la dureza del corazon de aquellos moros y turcos, para que se convirtiesen á su fe santa y verdadera creencia: y no fué de poco efecto su oracion, porque los Padres en el tiempo que allí estuvieron, obráronlos muy señalados en beneficio de muchas almas desesperadas: y aunque ellos peleaban allí con los demonios y los vicios de aquel infierno, pero el H. Alonso les alcanzaba de Dios aquellas gloriosas victorias.

Andaba tan puesto en socorrer á nuestros cautivos el Hermano Alonso que no solamente hacía tantas veces oracion por ellos, como hemos dicho, sino que tambien de noche, y estando actualmente durmiendo el cuerpo, negociaba su alma en espíritu muy de veras con el mismo Dios. Entre otras, una noche se halló en una oracion fervorosísima, cuando estaba durmiendo el cuerpo; y cuando volvió en sí y á sus sentidos, le pareció que había estado cuatro horas enteras juntamente durmiendo y en acto fervorosísimo de amor de Dios, tratando con su divina Majestad el negocio y libertad de los Nuestros que estaban en Argel. Luchaba á brazo partido con el Señor en este negocio tan grave, para que el Señor se sirviese de encaminarlo siempre á su mayor gloria y servicio. Instaba tambien á la Sacratísima Virgen y Ma-

(1) Memorial, núm. 128.

dre de Dios, María, Señora Nuestra, que ella intercediese con su benditísimo Hijo por el bien de aquellos angelitos, y se sirviese de consolar á toda la Compañía que con santas oraciones, deseos y diligencias procuraba sacar del cautiverio á sus hijos.





CAPÍTULO XL

EJERCITA RARAS Y HEROICAS MORTIFICACIONES.—ESCRIBE UNA CARTA AL P. GENERAL CLAUDIO AQUAVIVA. — DEVOCION DEL P. JERÓNIMO LOPEZ AL HERMANO ALONSO. — ACOMÉTELE EL DEMONIO CON PENSAMIENTOS DE VANAGLORIA. — PREVÉ LOS FUNESTOS RESULTADOS DE UN TRATADO ENTRE ESPAÑA É INGLATERRA. — FAVORES QUE RECIBE DEL CIELO.—CURACION MILAGROSA DE CATALINA SIMONET

No se contentaba Alonso con solas oraciones á favor de sus hermanos cautivos, sino que á la oracion añadía la mortificacion. Y porque los Superiores por atencion á su avanzada edad y á su salud tan quebrantada no le permitían macerar su cuerpo conforme á los deseos de su espíritu, no faltaron á su fervor ocasiones en que mortificarse y ánimo para aprovecharlas, aunque se le ofrecieron cosas muy duras de sufrir y muy repugnantes á la naturaleza. Oigamos cómo lo dice él en los números 129 y siguientes del Memorial.

«Procura esta persona, dice, de descuidarse de sí por tener todo su cuidado en contentar á Dios, olvidándose

de su cuerpo; y por eso de que está en la mesa, que le den, que no le den, que se acuerden de él, se olviden de él, aunque le falte algo, no lo pide, como le ha sucedido faltarle algunas veces; y ha usado, si tiene que comer alguna cosa sabrosa, hacer actos de asco como si fuese cosa asquerosa, porque no sepa bien lo que come; y de lo que come deja algo de lo mejor por amor de Dios; solo avisa al que sirve, si falta algo al que está á su lado; y de sí, si le falta algo, del todo calla y disimula, mortificándose por amor de Dios; y si le dan fría la cosa ó mal guisada, ó los huevos fríos, disimula y calla, y có-melo como se lo dan. Está corrido y avergonzado delante de Dios de ver cómo es tan regalado y que todo le sobra. Diéronle un día unos huevos en cáscara, y el que servía, no lo advirtiéndolo, se los trajo por hacer, crudos; y esta persona los tocó: y por no perder este lance, se dió prisa, y se los sorbió crudos; y el que servía vino presto por los huevos para hacerlos, y no halló sino las cáscaras.»

«Tambien le aconteció que un día hicieron escudilla de calabazas, y las calabazas, no lo sabiendo el comprador ni el cocinero, eran amargas; y el cocinero las guisó con su carne, y llevando las escudillas y la carne al refectorio, en empezando á catarlo, no lo podían comer de amargo, (porque no creo que hay cosa de comer que sea tan amarga); de condicion que ninguno lo pudo comer: y era tan grande su amargura, que echándolo á los gatos, no lo comieron: y esta persona con el favor de Dios comió tanto, que si no fuera uno á posta á quitárselo, como lo hizo, comiera más de lo que comió de la carne y de la escudilla; y como aquello debía de ser veneno, le revolvió el estómago con tan grande furia, más

que si fuera una recia purga: y quedóle aversion á las calabazas (1).»

«Tambien le aconteció, que pasando años que de noche le daban huevos en cáscara, que le hedían casi siempre, y con todo callaba y los comía, aunque sentía el mal olor de ellos; pero entre otras veces le vino uno un día, que debía de haber sido nidal de gallinas mucho tiempo, el cual estaba podrido, y como tal hedía tanto, á tanto que el huevo no tenía clara ni yema, sino que todo estaba hecho una amarillez de corrupto: y esta persona por mortificarse se lo echó á pechos, y se le sorbió. Yo creo que las cosas contrarias que nos vienen de la mano de Dios, que son tan gran tesoro para el alma, si ella lo abraza por amor de Dios; porque de las prósperas no hay que hacer caso de ellas, porque en ellas, se busca el hombre á sí mismo; y en las adversas á su Dios, si se vence en ellas por Dios. Dios nos abra los ojos del alma. Amen.»

El ruidoso suceso del cautiverio de Argel hubo de llegar á oídos del Padre General, que á la sazón era el P. Claudio Aquaviva. Y como eran diversos los pareceres de los Padres de Mallorca, y aun de lo restante de la Provincia, acerca de la conducta del Rector de Montesion, en haber preferido el dicho de un sencillo Hermano al comun sentir de sus Consultores en negocio tan grave, y que había tenido un éxito á los ojos de la pru-

(1) Comía yo aquel día, dice el P. Marimon, al lado del Superior, y apenas tomé el primer bocado de la calabaza, hube de echarlo con asco, y dije: *Mors est in olla*. Dió el Superior en el caso, y lo primero que se le ofreció fué mandar quitar al Hermano Alonso la calabaza. Van, pero tarde, porque faltaban ya pocos bocados para acabarla.

dencia humana tan desastroso; creyó el P. Juan Torrens, que para tranquilidad del P. General y para propia defensa, convenía que el mismo Alonso enterase á su Paternidad de lo que él sentía acerca de lo ocurrido, y le hiciese ver que en realidad aquella desgraciada expedicion, como comunmente se juzgaba, no era sino una particular disposicion de la divina Providencia para bien de muchas almas. Mandó, pues, el P. Rector á Alonso que escribiese al P. Claudio; y el obediente Hermano le dirigió la siguiente carta:

«*Pax Xri.*—Mi carísimo Padre: por ser mi bajeza tan grande, yo no me atreviera á escribir esta, como indigno de hablar con Vuestra Paternidad; pero por habérmelo mandado la santa obediencia que lo haga, lo hago. Pareciéndome que era atrevimiento, que un hermanillo, viejo, podrido, como yo, hable con V. P.; pero pues que Dios lo ordena así por obediencia, y esta es su santa voluntad, digo, que el trabajo del cautiverio de nuestros Padres y Hermanos, no se ha de tener por desdicha, sino por dicha, y no por adversidad, sino por prosperidad, y no por trabajo, sino por consuelo y descanso: y en esto después caerán ellos mejor en la cuenta del gran bien que habrán sacado de la tribulacion, y conocerán la merced que Dios les hizo en llevarlos á Argel presos, para gloria de Dios y salvacion de las almas que allá viven, y de las propias suyas, con la gracia de Dios. En las misiones de por acá no hay peligro de renegar, y en Argel sí: y así es grande acto de caridad ayudarlos con el favor de los Nuestros, y la gracia de Dios: y así se ha de tener por dicha su trabajo venido de la mano de Dios, y no por desdicha. Lo uno por el gran bien que de ello les viene y vendrá, como se tiene ya por

carta de un Padre sabido. Dichosa mision, no enviada por mano de hombres, sino por el mismo Dios: y si no fuera sino animar á las almas que están en peligro de renegar y perderse, es un tesoro muy grande para ellas, y tambien para las que las ayudan, porque por este camino quiere Dios que sean ayudadas y que se salven. Pues ¿en qué precio se puede apreciar este tan gran bien y tesoro de la salvacion? Y la parte que á los Nuestros vendrá de esto, (padeciendo por Dios), de gracia y de gloria, ¿quién lo podrá declarar, segun es de grande este tesoro, que aquí habrán ganado los Nuestros de gracia y de gloria? De lo cual resultará en más aumento y estimacion de la Compañía, y de su caridad y amor de Dios y de los prójimos. En las Indias han entrado, de donde saldrán ricos de los tesoros de Dios para sí y para muchos: y así estas tales adversidades, llamadas así por los del mundo yendo engañados, pero para los siervos de Dios alumbrados con su luz, no son sino prosperidades y regalos de Dios y mercedes grandes.»

«Al principio de este suceso, sentí alguna pena segun la carne, y fué porque no atiné el fin que tuvo Dios en este trabajo; pero después que caí en la cuenta con alguna particular luz de este suceso de los Nuestros, me consolé y pacifiqué, viendo que los hombres no penetramos los fines de Dios adónde van á parar; que si los penetrásemos, nos consolaríamos con todo lo que de su mano nos viene, dejándonos llevar por él; porque con el tan subido amor con que nos ama, él nos guiaría, y haría nuestras cosas á mayor gloria suya y bien de nuestras almas. Una cosa es mirar nuestros sucesos contrarios, segun el mundo y la carne; otra cosa es mirarlos

espiritualmente segun Dios, y no segun la carne, recibéndolo todo de la mano de Dios, y no de las criaturas ni de los demonios, alegrándose con todo ello, y bendiciendo á Dios, y haciéndole gracias por la merced, diciéndole en todos los acontecimientos prósperos y adversos: *Non mea sed tua voluntas fiat*, y con San Pablo derribado á los pies de Cristo: *Domine, ¿quid me vis facere?* «Vesme aquí á tu servicio.» Dios tenía gana que Jonás fuese á predicar á la ciudad de Nínive para que hiciesen penitencia de sus pecados, y Jonás no quería ir allá: y como Dios lo quería, Dios lo puso en Nínive á pesar de su grado. Así los Nuestros no tenían gana de ir á Argel, y Dios tenía gana que fuesen á ayudar aquellas almas, que allá tienen necesidad de ayuda: y así los llevó á Argel, como á otro Jonás á Nínive, adonde hacen gran fruto en las almas con la gracia de Dios.»

«El camino de la cruz de los trabajos padecidos por Dios, es el camino del cielo: y así la diferencia es mayor de lo adverso padecido por Dios, á lo próspero, aun en cosas santas, que va de un plomo á todo el oro del mundo: y con todo no es amado de todos el padecer por Cristo, con valer tanto: y las cosas prósperas, que llama el mundo, del cuerpo, son estimadas y amadas, y con grandes trabajos buscadas. Las cosas prósperas de la carne nos ciegan con el propio amor y nos elevan; y las adversas nos despiertan para que vamos á Dios y miremos por nosotros: con las adversidades y tribulaciones, con la gracia de Dios, se hace el hombre espiritual y santo, é imitador de Cristo Nuestro Señor, porque es el ejercicio con el cual se alcanza la santidad; y con las adversidades y trabajos padecidos por Dios se merece mucho delante de Dios en grados de gracia y de gloria;

y dirá el alma: «Entonces me va mejor, cuando me va peor» es á saber, cuando tiene más trabajos, y así *Per multas tribulationes oportet introire in regnum Dei*. En los santos sacrificios y oraciones de V. P. mucho me encomiendo.—Fecha en Mallorca, y de Abril 23 de 1609.»

Hasta aquí el obediente anciano. Y cierto bastaría á dar el nombre de «embarcacion de oro» á la expedicion de Argel, el cambio que la desgracia obró en la persona del H. Jerónimo Lopez; el cual en su cautiverio entró tanto dentro de sí y se dió á la práctica de la virtud con tal fervor, que más tarde fué modelo de observancia regular y de varones apostólicos: en Argel se formó, en efecto, aquel célebre misionero de España, que la recorrió toda por espacio de 39 años, é hizo resonar la voz de su predicacion en más de mil trescientas poblaciones.

Quedó el P. Jerónimo Lopez toda su vida tan agradecido á las oraciones de Alonso y á las gracias que por ellas obtuvo del cielo durante el peligroso tiempo de su cautiverio, que conservó por respeto y con gran reverencia una firma del siervo de Dios, y con ella obtuvo algunas veces lo que por otros medios no podía alcanzar. Estando en una mision, le presentaron una pobre mujer poseída del espíritu maligno. Nada pudieron con él los exorcismos de la Iglesia. Recurrió á otras prácticas, y de todo hacía burla el demonio. Entonces sacó del breviario el papel en que tenía escrito el nombre de Alonso, con el cual había muchas veces obtenido prodigios sorprendentes: púsole encima de la cabeza de la endemoniada, y mandó al demonio que pronunciase el nombre que allí estaba escrito. Rehusólo él y con horrendas voces y espantosas contorsiones daba á entender la gran pena que sentía al tenerlo que pronunciar. Al fin

forzado con nuevos mandatos del Padre, hubo de pronunciarlo. Y el Padre le dijo: «Pues en el nombre de Dios y por los méritos de su siervo Alonso Rodriguez, te mando que salgas del cuerpo de esta mujer, y la dejes en paz.» Y dando un horrible grito, salió de aquel cuerpo, y dejó libre á la infeliz mujer.

Con ocasion de los graves sucesos de este año, acometió el espíritu tentador al varon de Dios con varios pensamientos con que le procuraba envanecer ó angustiar. Y en primer lugar, refiriéndose á la seguridad con que Nuestro Señor le había certificado de que en sus revelaciones no había ni en lo porvenir habría engaño, le sugería el maligno, que puesto que tenía verdaderas revelaciones del cielo, que son señales de santidad, por ellas se conocería la suya después de muerto, y sería venerado por santo de los hombres. «Le representaba, escribe Alonso (1), que después de muerto, había de ser honrado, representándole honras de santidad para que las aceptase. Al que no podía derribar en lo presente, quería derribar en lo porvenir. Pero esta persona, como suele, acudió á Jesús y á María, humildísimos Señores, representándoles el caso, y pidiéndoles favor postrado delante de ellos: y oída su peticion, en un punto fué despachado y concedídole lo que quería: y así fué luégo libre de la tentacion, no solo por entonces, pero tambien después, porque no puede hallar lugar por donde entrar.»

La otra tentacion era, que el demonio le sugería este pensamiento: ¿cómo podía ser que Dios amase tanto á los hombres, siendo así que permitía que tantos moros y

(1) Memorial, núm. 133.

renegados en Argel, y tantos herejes en las regiones septentrionales se perdiesen eternamente, pudiendo él salvarles; y á sus siervos, que con todas sus fuerzas procuran servirle, les envía tribulaciones, como las del cautiverio, persecuciones y enfermedades, como con él sucedía, y otras cosas adversas? Alonso hurtaba el cuerpo al astuto tentador que en tales cosas quería enfrascarle y le ponía dificultades, sin nunca responderle ni ponerse á argumentar con el enemigo; y dejándole con la palabra en la boca, se iba á Jesús y á María, echábase á sus pies como un niño, no queriendo saber más, como él dice (1), que un niño de teta, pidiéndoles que le acogiesen é hiciesen de él á su gusto.

Una pena traía atravesado su corazon en medio de tantas otras que por este tiempo le afligían. La causa era esta. Después de veinticinco años de incesante lucha entre España é Inglaterra, reinando en España Felipe III, y Jacobo I en Inglaterra, se firmó entre ambas naciones en Agosto de 1604 un tratado de paz, cuyas principales condiciones fueron entre otras la libertad de comercio entre los súbditos de ambas coronas, y que los ingleses en España no serían molestados por causa de religion, á no ser en caso de escándalo. El trato con los protestantes ingleses no podía menos de ofrecer graves peligros á la fe de los católicos españoles; y Alonso que ardía en vivo celo de la salvacion de las almas, preveía los funestos resultados de aquella libre comunicacion, y por esto de día y de noche clamaba á Dios que remediase «aquella gran desdicha y estupenda que vendrá á nuestra España, si no destierran los ingleses de todos

(1) Memorial, núm. 127.

los estados y tierras de nuestro Rey y de todos los grandes de toda suerte, que uno ni más haya entre los nuestros; y que no nos castigue Dios por nuestros pecados... Dios nos libre, concluye, de tan gran mal y desdicha de las almas (1).» No parece sino que estaba viendo como presente el actual estado de la religion católica en nuestra desgraciada España.

En la octava del *Corpus* del año de 1609, mientras andaba Alonso engolfado en sostener con sus oraciones á los cautivos de Argel, recibió de su amado Jesús un regalo muy singular; pues estando arrodillado delante del altar en la capilla mayor, para recibir la sagrada comunión, representóle súbitamente el demonio que estaba en pecado y que no podía comulgar. Acudió al momento, como solía, á Jesús y á su Madre Santísima; y la Virgen le consoló diciéndole que aquello que le angustiaba le había sido ya perdonado á culpa y pena; y Jesús con rostro amable y cariñoso vino sobre él, le abrazó, le besó en la boca: y con esto Alonso quedó consolado y libre del escrúpulo, y recibió la sagrada comunión (2).

Tambien le comunicó Dios una luz y conocimiento «sensible y visible, intelectual,» como él lo llama, con que le mostró el modo en que se halla el alma cuando está desamparada de la gracia y favor divino y en pecado mortal; el cual estado declara con dos comparaciones. La primera, es, que el alma privada de la gracia no vale nada para nada en el orden sobrenatural, y está hedionda, y es aborrecida de Dios, como el cuer-

(1) Memorial, núm. 128.

(2) Memorial, núm. 143.

po privado de vida queda inútil para todo acto humano, se convierte en hedionda podredumbre, y es arrojado de la vista de los vivientes por el asco que á todos causa. La segunda es, que así como si á un hombre súbitamente le viniese un aire corrupto, con tan grande furia le podría venir, que le quitase en un momento toda virtud natural y le causase la muerte; así el pecado, como este aire pestilencial, súbitamente mata el alma, y le priva de la divina gracia, que es vida del alma, como el alma del cuerpo. Este claro conocimiento de la grave pérdida que por el pecado experimenta el alma, y de la hediondez y miseria del que está en pecado, le estimulaba poderosamente y sin tregua á rogar á Dios Nuestro Señor para que los cautivos sacasen de tan miserable estado á tantos pecadores como en Argel vivían.

A 27 de Setiembre de este mismo año sucedió un caso muy singular que refiere Alonso con estas palabras (1): «Mas le aconteció á esta persona, que estando muy enferma una señora que se llamaba la Señora Samartina (2), mujer de un caballero, siendo avisado que la encomendase á Dios, él lo hizo; y en la oracion le fué respondido con afirmacion (porque él es temeroso) que viviría y que se podía levantar al quinto día, como sucedió. Más: que pidiendo á Dios y encomendándola mucho á la Virgen María y á su Hijo, rogándolos por ella,

(1) Memorial, núm. 136.

(2) «Catalina Simonet de Sanmartin, señora principal, adoleció de una fiebre maligna, que acababa de matar á su padre, de quien ella, por servirle como fiel hija, la había heredado.» (P. Colin, Lib. I, Cap. XXV). Sucedió el milagro en 27 de Setiembre de 1609. En el proceso de beatificacion deponen del hecho siete testigos de vista, entre los cuales se cuentan los médicos, y una hermana y el mismo marido de la enferma. (Summar. pág. 201.)

como suele hacer por todos los que se le encomiendan y por todas sus cosas y de las suyas propias, y es que disponga el Señor y ordene de aquello lo que sea para mayor gloria suya y bien de la tal alma, porque de lo demás no hace caso, porque no hay más que desear: tambien se le ofreció en la oracion delante de Dios, que se lo concedía, y se lo aseguraba allá dentro de su corazon, de esta manera, que si moría de esta enfermedad, que resultaría en gloria de Dios y en bien de su alma, acabando en gracia de Dios; y si no moría, que resultaría en mayor gloria de Dios: y la razon es, porque acabaría entonces con más santidad, y así resultaría en mayor gloria de Dios y mayor bien de su alma, si vivia; y esto con particular seguridad lo sintió en su corazon algunas veces que sería así. A esta persona envió el Padre Rector con la reliquia de la firma de nuestro Santo Padre á visitar esta enferma: y después de haber estado con ella tratando cosas de Dios un buen ratillo, dijo á los que estaban allí, (y allí estaba su marido), que nos arrodillásemos para tener oracion, rezando tres *Pater noster* y tres *Avemarias* á la Santísima Trinidad, y después se rezó á nuestro Santo Padre un *Pater noster* y una *Avemaría*, y después á la Madre de Dios una *Salve*, encomendándoles la enferma: y puesta la reliquia sobre el pecho de la enferma, acabado esto, se despidió, y luégo que nos salimos, obró Dios por los merecimientos de nuestro Santo Padre milagro claro, porque la que ya tenía su marido por muerta, como él se lo dijo después á esta persona, se halló como á deshora sana del todo, y con fuerzas para levantarse, tanto como si no hubiera estado enferma, y mejor y con más salud que antes que enfermase. Gloria sea á Dios. Amen.»

En este caso milagroso de la curacion de Catalina Simonet interviene la circunstancia de la aplicacion de la reliquia de san Ignacio, á cuya intercesion puede atribuirse la salud milagrosa de la enferma. Por otra parte consta de las palabras de Alonso, que Dios Nuestro Señor, le concedió la salud de la enferma, si á él parecía dársela, dejando á su eleccion el que la enferma fuese á gozar inmediatamente de Dios, ó viviese algun tiempo más, y creciendo en méritos, se salvase y fuese al cielo con mayores grados de gloria; y el escoger Alonso esto segundo es lo mismo que haber librado á la enferma de su dolencia mortal. No es raro en los varones ilustres en santidad el ocultar por humildad la gracia de los milagros, con que el cielo les ilustra, valiéndose de reliquias de otros Santos ya gloriosos, ó de su invocacion. San Francisco de Jerónimo obraba sus milagros mediante la aplicacion de las reliquias de San Ciro. ¿Sería temerario sospechar que adoptó Alonso la de su Padre San Ignacio para ocultar con humildad la gracia que Dios le había concedido de hacer milagros, y para pagar por otra parte la devocion al santo fundador de la Compañía? Consta por la Historia manuscrita del Colegio de Montesion que por este tiempo eran tan continuos los milagros obrados en Palma por la aplicacion de una firma de San Ignacio, que se dice allí que casi no podían contarse; y era tal la devocion de los isleños al Santo, que «estaría, dice, bien ocupado un Padre en solo llevar la reliquia del Santo á las casas de los enfermos,» que por la aplicacion de ella solicitaban la salud: y eran tan notorios y patentes los milagros, que el año de 1607 se hizo por autoridad Apostólica jurídico exámen de ellos para el proceso en orden á la beatificacion,

lo mismo que acababa de hacerse en Barcelona, en Manresa y en Montserrat, en los cuales puntos había vivido San Ignacio. Por otra parte sabemos que uno de los empleos de Alonso, mayormente desde que dejó de ser primer portero, fué el de acompañar á los Padres que iban á visitar enfermos; y que los Superiores le enviaban á ejercitar este acto de caridad, rogados unas veces de los mismos Padres, que creían asegurado el fruto de su visita por las oraciones de Alonso; y otras veces por los mismos enfermos ó sus parientes y deudos, por el grande consuelo que de la vista y de las palabras del siervo de Dios recibían. No es, pues, improbable que en los milagros obrados por la aplicacion de la reliquia de San Ignacio, tuviesen una parte, y esta muy principal, las oraciones de Alonso. Lo cierto es, que después de la muerte del Hermano, cuando ya estaba muy arraigada la devocion á San Ignacio ya beatificado (y mucho más después que fué canonizado), apenas se halla en la Historia antes citada uno que otro milagro obtenido por la invocacion del santo Patriarca, al paso que á cada momento se refieren los obrados por intercesion de Alonso.





CAPÍTULO XLI

RESCATE DE LOS PADRES Y HERMANOS CAUTIVOS.—ARRIBAN Á MALLORCA. — LUCHA DEL H. ANGLADA CON SUS PADRES.—CARTA DE ALONSO Á ESTE HERMANO.—LIBERTAD DEL P. BAILO Y DEL H. ALCOVER

LUÉGO que (1) por medio del P. Pedro Cotton, su confesor y predicador, llegó á noticia del rey de Francia, Enrique IV, el rendimiento de la nave Velina, y el cautiverio de nuestros religiosos, comenzó á buscar medios para ponerlos en libertad, aunque eran españoles; porque para hacerles esta gracia y obrar con fineza, le bastaba al rey entender que eran jesuitas. Sucedió, pues, que en este mismo tiempo se hallase en París el agente del corsario y capitan Simon Dánzer solicitando ante el Rey vivamente el perdon del corsario y la licencia para poder volver á Francia, de donde se hallaba desterrado; y entendiéndolo así el Rey, mandó llamar al agente, y careándolo con el canciller de París y el secretario de estado Villeroy, dió orden á estos dos ministros que se le hiciese luégo la gracia, que suplicaba, al corsario y capitan Dánzer, del perdon y restitution á la Francia, pero con expresa condicion que pri-

(1) P. La Naja, Vida del V. P. Jerónimo Lopez, ns. 183-192.

mero, antes de poder valerse de esta gracia, había de poner en libertad á los diez cautivos jesuitas: y aunque pudiera remitir el Rey la ejecucion de esta órden y el cumplimiento de esta condicion al mismo agente del Dánzer, pues era el que tanto deseaba y procuraba la restitution del corsario; con todo esto para que se asegurase y abreviase la libertad de los cautivos, tuvo gusto el Rey de escribir al mismo Dánzer y al cónsul de Francia que asistía en Argel: y para que estas cartas llegasen á manos propias con más seguridad y brevedad, las encaminó su Majestad por medio de Monsieur de Var, primer presidente del Parlamento de Provenza, á quien escribió la carta siguiente, que traducida del francés y pasada á nuestra lengua fielmente, dice así: — «Monsieur de Var:—Habiendo ordenado al cónsul Vías que asiste en Argel, que trabaje en facilitar la libertad de diez PP. Jesuitas que fueron conducidos á Argel á vueltas de Navidad por el corsario Simon Dánzer, de quien (como sabéis) se solicita la reconciliacion conmigo y su restitution á la Francia, escribo á dicho cónsul y á dicho corsario las cartas que os remito, las cuales encaminaréis con la primera ocasion segura, encargando al primero de mi parte el poner toda la diligencia que le será posible, como en cosa que yo deseo, y persuadiendo al segundo la libertad de dichos Padres, asegurándole que con esto me obligará á concederle la gracia que me pide con tanta mayor voluntad, cuanto más llegare yo á conocer que cumple con mayor prontitud la mía. Yo ruego á Dios, Monsieur de Var, que os tenga en su santa guarda. De París, á 13 de Marzo 1609. —ENRIQUE.»

La carta que escribió el Rey al corsario y capitan Si-

mon Dánzer, es del tenor siguiente:—«Capitan Dánzer. —Entendido he que habéis conducido á Argel un número de jesuitas, de que no podéis esperar gran provecho, siendo como son religiosos pobres: y así por esto, como porque me persuado que holgaréis complacerme poniéndolos en libertad, os escribo esta carta por vía del señor de Var, primer presidente del Parlamento de la Provenza, para deciros que amando, como amo, á los religiosos jesuitas, entendáis que no me podéis hacer servicio más relevante y agradable, que hacerlos poner en libertad, como más largamente lo entenderéis del dicho señor de Var. De París, 2 de Marzo de 1609.—ENRIQUE.»

Bastantemente manifestó el Rey en estas cartas así el buen afecto que tenía á la Compañía, como el deseo de que nuestros cautivos fuesen puestos en libertad, aunque no llegó á lograrse su piadoso intento; porque cuando llegó á manos del capitan Dánzer la carta, se hallaba el corsario tan falto de dinero, que no tenía caudal con que rescatar nuestros esclavos; que si los tuviera en su poder, como el Rey se persuadió, sin duda que en recibiendo la carta les hubiera dado libertad sin dilacion, pues por este camino se le abría puerta para conseguir lo que tan ardientemente deseaba y procuraba, que era el perdon del Rey y la licencia para restituirse á Francia y á la ciudad de Marsella, donde se había criado, aunque no era francés, sino holandés: pero halló tan ingrata correspondencia en aquellos bárbaros de Argel, que sobre haber enriquecido aquella ciudad con las muchas y caudalosas presas que había hecho andando en corso hasta llegar á ser terror del mar Mediterráneo y azote de sus bajeles, le trataban tan duramente, que el rey de

Argel lo había entonces despojado de más de 600 escudos en dinero y más en mercadería, con que se le desvaneció con dolor de su corazón una ocasión tan acomodada para ganar la gracia del rey de Francia y de mejorar de país y de fortuna, que era el bien por que más suspiraba: pero aunque es verdad que no llegó á tener efecto el medio de las cartas del Rey en orden al intento principal, que era la libertad de los cautivos, pero sirvieron para otros fines útiles y provechosos; porque considerando así el cónsul de Francia, Pedro Vías, como el capitán Dánzer, que el Rey se había declarado en favor de nuestros cautivos, desde entonces los comenzaron á mirar con otros ojos, atendiendo á sus alivios y socorros con frecuentes y mayores demostraciones de cariño.

Era el cónsul de Francia una de las personas de más autoridad y suposición que había en Argel; y así tenía mano con el Rey: y aunque es verdad que siempre había procurado socorrer y asistir á nuestros cautivos, pero desde el tiempo en que recibió carta del rey Enrique, obró con mayor fineza, no dejando pasar ocasión alguna de favorecer á nuestros esclavos: y hubiera extendido más la mano del socorro, si no se le hubiera perdido en el mar un navío, del cual colgaba la esperanza de su mayor caudal y buena fortuna. Trataba los negocios de nuestros cautivos con el mismo estudio y cuidado que si fueran propios. Por su medio y por haber salido fiador de los Padres Bailo y Planes, los alivió su patron de los grillos y cadenas, los sacó del calabozo oscuro y estrecho, en que los tenía encerrados, después de algunos días de dura prision. Él fué el que libró del remo de la galera al H. Juan Alcover, novicio, que había enfer-

made gravemente del trabajo, y lo llevó á su casa á curar, saliendo fiador por él en caso de fuga. Él fué el que más trabajó en buscar medios para negociar el rescate de nuestros cautivos. En su casa y capilla interior hallaron nuestros Hermanos comodidad y aparejo para hacer con quietud y devocion la funcion de la renovacion de los tres votos de religion, que acostumbra la Compañía hacer dos veces al año. Y finalmente él fué el que en todo el tiempo de su amargo cautiverio les fué su mayor amparo, defensa y alivio en Argel. Y en confirmacion de esta verdad el Padre Blas Bailo en una carta que escribió desde Argel al Padre Hernando Ponce, Provincial de Aragon le escribe así: «La persona á quien más debemos en este triste país es Pedro Vías, cónsul de Francia, porque en lo que más se desvela es en procurar nuestro bien, cuidando de nosotros como si fuésemos sus hijos: y así no sabré encarecer la gran obligacion en que nos ha puesto.»

Casi un año entero duró el cautiverio de nuestros religiosos en Argel, no sin claro testimonio de que era voluntad de Dios se dilatase su rescate, para que con su asistencia, predicacion y ejemplos quedasen remediadas muchas almas de cautivos cristianos, y aun de renegados, que padecían extrema necesidad espiritual: porque á no ser Dios Nuestro Señor el que con particular providencia lo disponía así, desviando las ocasiones del rescate, no era posible que conforme el curso comun de las cosas se desvaneciesen tan poderosos medios que intervinieron para poner en libertad á nuestros cautivos, cuales fueron la intercesion y recomendacion de la serenísima Reina Católica D.^a Margarita de Austria, digna consorte de Felipe III, y gran madre y protectora de la

Compañía, que encomendó mucho el cuidado del rescate de nuestros esclavos á los Padres Trinitarios de la Redencion de Castilla, que pasaron á Argel, y las diligencias que hizo el Cristianísimo rey de Francia, Enrique IV, escribiendo cartas tan apretadas en favor de los cautivos, como queda referido.

Finalmente se concluyó el rescate á costa de grandes sumas de dinero, no habiendo omitido la Provincia de Aragon, como tan piadosa madre, medio alguno de los que podían ayudar á la breve libertad y remedio de sus hijos, tan beneméritos de esta gracia, como necesitados de este consuelo. Trabajaron mucho en que se abreviase este rescate el P. Hernando Ponce de Leon, Provincial de Aragon, el P. Juan Torrens, Rector del Colegio de Mallorca, el P. Pedro Caravajal, Procurador General en la corte de Madrid, por la Provincia de Aragon, y casi todos los Superiores de ella; pero el mayor peso de la solicitud y trabajo de recoger las limosnas para el rescate corrió por cuenta de la caridad y diligencia del Padre Gabriel Alvarez, (bien conocido por los eruditos comentarios con que ilustró al evangélico profeta Isaías), haciendo varias jornadas á Castilla y Andalucía para este fin, como lo manifestaron los buenos efectos de sus fervorosas diligencias: que bien fué menester toda su industria y actividad para llegar á juntar diez mil escudos y algo más, que montó todo el rescate de los diez cautivos, aunque solo fueron vendidos por tres mil al principio de su cautiverio.

Las personas, que con mayor largueza concurrieron y contribuyeron á esta limosna, fueron la Reina Católica Doña Margarita de Austria, que tan cordialmente amaba á la Compañía, como lo manifiesta nuestro Colegio

Real de Salamanca, monumento y trofeo de su piadoso afecto y augusta munificencia. Tambien concurrió á esta limosna D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, mayordomo mayor del Rey Católico, y su primer valido, que murió Cardenal de la Santa Iglesia, y fué gran padre y protector de la Compañía, y el que nos fundó la casa Profesa de Madrid, y el que con su poderosa intercesion hizo traer de Roma el cuerpo de S. Francisco de Borja, que descansa en dicha casa profesa de Madrid en una rica urna de plata, y es visitado y venerado con singularísimas demostraciones de culto y devocion de españoles y extranjeros.

Aunque acabó de ajustar el Padre Blas Bailo por medio del cónsul de Francia el precio del rescate de todos los cautivos, pero sin embargo de esto, y que el Hermano Juan Alcover había sido rescatado el primero antes que los demás por los PP. Trinitarios de la Redencion; ni á estos PP. Redentores, ni al Hermano les permitía salir de Argel el consejo de la Aduana, sino es que primero negociasen la restitucion efectiva de una niña, hija de un turco de Argel de gran suposicion, que estaba detenida en la isla de Córcega, y no la querían allá entregar, á título de que mostraba deseo de ser cristiana: y aunque se representó á los turcos del consejo de la Aduana que los PP. Redentores no tenían mano ni conocimiento en Córcega para hacer venir la niña, ni podían con buena conciencia traerla, atento que quería ser cristiana; pero ninguna cosa de estas bastó para ponerlos en razon, ni quietar la furia de aquellos bárbaros: con que se determinó el Padre Blas Bailo á enviar á España los demás cautivos, quedando él en Argel para que no quedase solo y desconsolado el H. Juan Alcover, no-

vicio, representando el Padre en esta accion heroica de caridad el papel de un perfecto y verdadero Superior: pues habiendo sido el primero en las penalidades del cautiverio, escogía ser el último en los alivios del rescate y en los frutos de la libertad, por no faltar al consuelo y asistencia de sus súbditos, ni dejarlos en medio de tantos peligros de alma y cuerpo, y más siendo plantas tiernas, como queda referido. Fineza grande de caridad, dilatar la libertad propia por redimir la esclavitud ajena.

Despachó, pues, el P. Bailo al H. Jerónimo Lope con los demás cautivos, menos el H. Alcover, asistidos de Pedro Vías, cónsul de Francia, en una saetía francesa, la cual se hizo á la vela el 1.º de Noviembre de 1609 con designio de tomar puerto en las costas de Valencia. Mas aunque comenzaron á navegar alegres y consolados por verse libres de las tempestades del cautiverio, no pudieron librarse de las del mar: pues les sobrevino una tan deshecha tempestad, que les puso en peligro de padecer naufragio; mas quiso Dios que finalmente calmase el viento y abonanzase el mar, con que prosiguieron el viaje, de forma que en breve tiempo dieron vista á España, y descubrieron cerca los Alfaques, puerto de las costas de Cataluña, vecino á la ciudad de Tortosa, y así se persuadieron que al otro día al reir el alba entrarían en los Alfaques. Mas quiso Nuestro Señor que al tiempo que ya no les faltaba sino saltar en las arenas de España, repentinamente y fuera de toda esperanza se mudase el viento, y se trocase la derrota de la saetía, de forma que impensadamente se hallaron delante el puerto de Mallorca y muy cerca de él. Con que resolvieron desembarcar en la isla, y dar este consuelo á sus Hermanos los religiosos del Colegio de Mon-

tesion que tan vivamente habían sentido su esclavitud. Túvose entonces por cosa cierta que el H. Alonso, descubriendo con luz del cielo que pasaban de largo sin tocar en Mallorca, los detuvo, alcanzando de Nuestro Señor que apesar de los vientos contrarios aportasen milagrosamente á Mallorca, gobernando el bajel otro mayor piloto, que fué el Espíritu Santo, á quien el mar y el viento obedecen. Y no careció de fundamento bastante esta persuasion; porque abrazando el H. Alonso á uno de nuestros cautivos, antes que llegase á tener noticia de lo que había pasado en la navegacion, le dijo con la boca bañada en risa. «¿De manera que querían pasar de largo, negándonos este consuelo de abrazarlos y comunicarlos de cerca?» Así lo dice el P. Marimon, el cual añade que Nuestro Señor le mostró otra vez en espíritu en aquella ocasion al H. Alonso á nuestros cautivos navegantes que venían sustentados y regalados en brazos de la Santísima Virgen. Dando á entender con esta fineza, digna de tan piadosa Madre, que los reconocía como á hijos adoptivos, pues les daba el mismo lugar que dió á su Hijo natural cuando era niño.

A 3 de Noviembre saltaron en tierra y entraron en la ciudad de Mallorca y en su colegio con los mismos vestidos y traje de cautivos con que andaban en Argel, y con él prosiguieron hasta dar fin á su navegacion: porque como en el salvoconducto que sacaron de Argel entre otras señas particulares de las personas se hacía tambien mencion del traje que vestían, no convenía hacer mudanza en él, para que en cualquier suceso de encuentro de corsarios turcos constase claramente cómo ellos eran los rescatados de que hablaba el pasaporte ó salvoconducto, y excusasen el peligro de caer en segundo

cautiverio. Al arribo de nuestros religiosos rescatados se alborozó toda la ciudad de Mallorca y señaladamente nuestro Colegio de Montesion, que tan vivamente había sentido y tan amargamente llorado el suceso de su esclavitud: porque como habían salido de allí cuando los cautivaron, así como les hirió entonces de más cerca el dolor del cautiverio, así dispuso Dios que llegasen á gozar de cerca del consuelo de su rescate y de la vista y comunicacion de sus personas. El Hermano Alonso fué uno de los que más se señalaron en las demostraciones de alegría por el dichoso arribo de sus Hermanos: y así en sabiendó que venían, se fué á la Iglesia, y bañado su corazon de consuelo y gozo, que no le cabía en el pecho, en accion de gracias cantó agradecido el *Te Deum laudamus*.

La vuelta de los ocho cautivos á Mallorca, cuenta un testigo de vista, el P. Mateo Marimon, con estas palabras: «Extraordinario fué (1) el consuelo que causó en todos los de este Colegio de Mallorca y en toda la ciudad la venida de Argel y libertad del Padre Pedro Planes y de siete Hermanos de la Compañía de Jesús que vinieron ya rescatados. Mas fué mayor para el Hermano Alonso, aunque para él no fué nueva su llegada, ya que los había visto antes no solamente venir en los brazos y proteccion de la gloriosísima Virgen, sino tambien en el bajel en que venían, y les ayudó con sus oraciones para librarse de los peligros del mar: con todo mostró el Hermano Alonso muy singular contento, y dijo en compañía de todos los del Colegio con grande devocion y ternura el *Te Deum Laudamus* delante del Santísimo Sacramento, cuando entraron por el Colegio.»

(1) P. Marimon, lib. VII, §§ 34-36.

«Todo el tiempo que estuvieron en este Colegio y tierra los encomendaba muy de veras á Dios Nuestro Señor, y más en particular al Hermano Ramon Anglada, que era uno de los novicios, y tuvo en su tierra algunos encuentros muy graves, de los cuales le libró el Señor por las oraciones de su siervo Alonso. Era muy ordinaria y continua esta oracion todos estos días en el Hermano: «Jesús, María, acordaos de mí y de estos angelitos: yo os los encomiendo á ellos y á mí, y más en particular al Hermano Anglada: yo los pongo y entrego en vuestras benditas manos, para que sean todos vuestros, y no nada suyos, que hagáis de ellos y de mí á vuestra voluntad, que de eso me gozaré yo.» Y en esta conversacion hablaba tambien con la Santísima Virgen y Madre de Dios, que estaba allí con su Hijo y Dios Jesucristo: entregábaselos todos, para que ella, como poderosísima, los guardase y ofreciese por sí á su benditísimo Hijo, como siervos ó hijos propios de la misma Señora. Tenía el Hermano grande facilidad y entrada con la Virgen; y así trataba y negociaba esto, para que ella, como piadosísima y solícita Madre, alcanzase del Señor que los tomase por propios.»

«Antes de esto y no mucho después de haber llegado de Argel, tratando el negocio de la inquietud del Hermano Anglada con la misma Señora, se hallaba el Hermano Alonso seco, sin devocion, y sin entrada en la oracion: parecíale que veía á la Virgen Nuestra Señora con semblante severo y algo triste, y menos propicio y favorable con el novicio, de lo que otras veces solía tener. Veía tambien al novicio estar allí en presencia de la misma Señora cabizbajo, pensativo, melancólico y disgustado. Viendo el Hermano Alonso que hallaba las

puertas como cerradas y sin entrada alguna, al parecer, con la Virgen, determinó de porfiar perseverando en la oracion: llamaba é instaba á las puertas de la que es verdadera Madre de misericordia confiado en lo que sabía por experiencia comun de todos y propia suya, que ninguno sale de su presencia sin remedio y consuelo. Con esta nueva fuerza de oracion y particular favor de Dios entró el Hermano Alonso en grande fervor y afecto de devocion, y en un singular calor de amor de Dios y de la Virgen Santísima Nuestra Señora, y como se le abrieron de par en par las puertas de la misericordia y favor divino.»

«Luégo se mudó todo, y vió amanecer como un alegrísimo y serenísimo día: la Reina de los Angeles parece que en todo mudó de semblante y de color en el rostro, y todo el exterior vestida de contento, fiesta y luz divina, como quien aceptaba de buena gana lo que el Hermano le ofrecía, y concedía liberalmente lo que le suplicaba en su oracion, esto es, su favor y proteccion para el novicio Ramon Anglada, para que con su ayuda no solamente pelease con una legion de espíritus infernales que estaban conjurados contra él, pero aun los venciese gloriosísimamente con la gracia de Dios. Allí mismo vió tambien todo mudado de pies á cabeza al novicio, y hecho en todo otro hombre, ó como ángel, alegre, regocijado, esforzado, aparejado para batallar con el infierno. En todo esto no hubo cosa de imaginacion ni forma exterior, sino que pasó todo en espíritu mentalmente en el Hermano Alonso.»

«Con esta mudanza mostró la piadosísima y dulcísima Señora que concedía al Hermano Alonso todo lo que en su oracion le había suplicado con tanta instancia

por aquel novicio, para mayor gloria de Dios y bien de su alma. En este modo de oracion y entrega en que el Hermano ofrecía y entregaba á Dios Nuestro Señor y á la Virgen Santísima los Hermanos que habían venido, tenía una muy segura confianza que aquella benignísima y gran Señora tendría cargo de ellos y los defendería, como lo hizo: aunque no fué sola esta oracion y lucha la que para el buen suceso del novicio tuvo el Hermano Alonso: otra y otras muchas fueron: diremos más en particular de una.»

«Todo el tiempo que estuvieron en Mallorca los Nuestros que venían de Argel con libertad, estuvo el Hermano Alonso en continua y fervorosa oracion instando á Dios que los conservase á todos en su vocacion y gracia, y los librase de las garras de los demonios, que andaban muy listos y cuidadosos para hacer esclavos suyos á algunos que habían salido del cautiverio de los moros.»

«En particular entendió el Hermano Alonso, en la presencia y luz del Señor, que pretendían aquellos espíritus malignos derribar al Hermano Ramon Anglada de su vocacion y hacerle retroceder, tomando por medio á sus padres, para que todos juntamente se perdiesen. Mostróle el Señor que aquel era negocio de grandísima importancia, así para el novicio como para sus padres, porque perseverando aquel en su vocacion y correspondiendo á ella y á la gracia del Señor, se había él de salvar y alcanzar con sus oraciones la salud y salvacion de sus padres: y como el demonio tenía inteligencia de esto, para impedirles tanto bien y causarles grande mal, procuraba con tanto cuidado por sí y por los padres hacerle retroceder del camino y bien comenzado. Por el contrario el Hermano Alonso instaba tanto al Señor por

la perseverancia del novicio, y con todas sus fuerzas y oraciones la pedía á la Santísima Virgen María, entregándoselo en sus manos y poniéndolo debajo de su amparo y sombra, porque sabía muy bien que no era bastante todo el infierno para sacarle de ella.»

«Muchas tempestades y borrascas levantó el demonio al pobre novicio en el tiempo que se detuvo en esta ciudad; pero dos fueron las mayores y más crueles: la una fué en la casa de sus mismos padres, despidiéndose una vez de ellos para embarcarse: la otra fué en el bajel, cuando querían partirse, yendo su padre allá con ministros y poder de justicia para con ella cobrar á su hijo y volverlo á su casa. Estaba el Hermano Alonso en su cámara, y veía toda aquella parte de mar llena de demonios, con el furor y rabia que ellos suelen, trabajando con un asalto general para salir con la suya. No temía el Hermano Alonso, por ver al novicio en los brazos de la Virgen; y así estaba muy confiado que resistiría valerosamente, y vencería con la gracia del Señor aquella legion de espíritus malos.»

«Con todo movido de compasion de ver al que peleaba con tantos y tan crueles enemigos, y con un nuevo fervor y celo contra los demonios, se pasó á tratar con gran afecto y fervor de espíritu con Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre: estando estos á una parte, y los demonios en otra contraria, decíale: «Señor, mostrad ahora quién sois. *Exsurge, Domine; judica causam tuam.* Levantaos, Señor, y volved por vuestra causa y justicia. Estas bestias del infierno se levantan contra Vos; veamos, Señor, cómo los derribáis, vencéis, y los enviáis confusos y deshechos como el humo. *Exsurgat Deus, et dissipentur inimici ejus, et fugiant qui oderunt eum a facie*

ejus (1). Levántese el Señor, y sus enemigos queden destruidos y deshechos; huyan de su cara y presencia los que lo aborrecieren. Tomastes, Señor, Vos en vuestra proteccion y amparo por la intercesion de la Virgen Santísima á este vuestro angelito, ¿cómo, pues, no ahuyentáis con vuestra vista todos estos monstruos infernales? *Sicut deficit fumus, deficiant* (2), desfallezcan como el humo, y pierdan sus fuerzas sin quedarles poder ninguno.»

«Al punto los echó de allí el Señor con sola su vista, y quedó el campo por el novicio que peleaba; y alcanzó una grandísima victoria, siendo los autores de ella y gloriosos vencedores Jesús y María, para gloria de Dios, porque lo habían tomado á su cargo. Estando el Hermano Alonso en grande elevacion de espíritu cuando hacía esta oracion, y hallándose en el cielo entre los ángeles, oyó por dos ó tres veces un nuevo y muy grande regocijo y júbilo que hacían los bienaventurados, y entendió que aquel gozo y tan grande alegría que se hacía en el cielo, era porque entonces había rompido con todo el Hermano Ramon Anglada; y habiéndose vencido primero á sí mismo, juntamente venció, con la gracia de Dios y el favor de la Santísima Virgen, á todos los demonios y á sus padres, y rompió todos los lazos que allí le habían parado los malignos: y en aquel punto quedó, con esta gran victoria, alegre, consolado, y muy firme en su vocacion y propósito. Refiriendo esta vision, acaba el H. Alonso con las palabras que me han parecido muy convenientes para dar fin á esta relacion,

(1) Ps. LXVII, 2.

(2) Ps. LXVII, 2.

y dice así: «Lo que resta es perseverancia y sumo amor y servicio y agradecimiento á Jesús y á María por la merced recibida (1).»

«Con el mirar del Señor desaparecieron todos los demonios súbitamente con una infernal rabia, dejando el aire, que antes estaba oscuro y borrascoso, muy quieto, claro y sereno: y porque su ida no fuese sin daño, (que en todo procuran, como cruelísimos enemigos, hacer el mal que pueden), echaron de la barca al mar al padre del H. Anglada que estaba allí con la misma pretension que ellos: vióse en grande peligro de ahogarse, si la Santísima Vírgen no estorbara á los demonios para bien y salvacion del mismo.»

«La noche que pasó esta gran pelea y victoria naval, (pues aconteció en la mar, estando embarcados nuestros cautivos para pasar á Denia), volvió el Padre Rector al Colegio á las once ó casi la media noche, y como vió las diligencias que hacía el padre del novicio, sospechando lo que fué, habló con el H. Alonso, que estaba ya acostado, y le dijo: «Hermano, ahora es tiempo de encomendar á Dios al H. Anglada, que actualmente pelea con su padre, que quiere sacarle del bajel por fuerza.» Respondióle el H. Alonso: «Vuestra Reverencia esté y duerma descansado, que el H. Ramon está en los brazos de la Vírgen: ella le ha tomado bajo su proteccion, y ella es la que vencerá todo el infierno. Tenga Vuestra Reverencia por tan segura la victoria, como si ya lo viese con sus ojos.» Fué con esto el Padre Rector quieto á su aposento, encomendando tambien á Nuestro Señor el suceso de aquella pelea, que tenía por tan cierta como peligrosa.»

(1) Memorial, núm. 152.

«Por la mañana en tocando á levantar, fué el Padre Ignacio Blanch al aposento del H. Alonso, y le dijo: «Hermano, todo nuestro trabajo y gozo está perdido: anoche fueron á sacar del bajel al H. Anglada, y por fuerza se lo llevaron á su casa. El P. Planes con los otros Hermanos se ha ido, y él se queda fuera.» Había sabido el P. Blanch lo que pasó la noche antes, informado del compañero del Padre Rector, y con el temor y cuidado sacaba por conjeturas lo que podía ser. «No es así, dijo el H. Alonso; no hay nada perdido, antes mucha ganancia: demos gracias á Dios y á la Virgen Santísima, que dieron al H. Anglada una muy ilustre victoria. El demonio con los suyos se fué confuso y corrido con las manos en la cabeza. El Hermano queda con los demás en el bajel, firme y constante como una roca: presto le verá V. R. en casa, para que aquí se celebre el triunfo, antes que se parta la saetía en que irán á España con el favor de Dios.»

«Cuando el Hermano decía esto, aun no era de día, y en el Colegio no se sabía si la saetía había partido ó estaba en su mismo lugar, ni se podía ver de nuestra azotea, de la cual se descubre el puerto. Poco después se vió claramente que no habían partido; y después se supo de los barqueros lo que había pasado de la pelea y victoria, y cómo el padre del novicio, que había ido con tanto calor y fuego para sacar á su hijo de la religion y volverlo á su casa, con la caída en el mar se había vuelto muy fresco y mojado á ella, muy necesitado de reparo, por ser entonces la media noche y en invierno: rato después volvieron todos los ocho al Colegio, y con mucho consuelo de todos dieron gracias al Señor por la misericordia que había usado con el Hermano Anglada;

y habiendo estado algunos días esperando tiempo, se fueron después á España con grande contento de todos y de los padres del novicio.»

«Quedaban en Argel el Padre Blas Bailo y el Hermano Juan Alcover, los cuales salieron después más tarde, y con mayor dificultad, de su cautiverio. Mas al fin salieron todos, como el Señor había dicho al Hermano Alonso, y salieron medrados en el espíritu, y confirmados en la vocacion, y apurados con los trabajos, y aun mejorados en la salud del cuerpo. Todos ocho vinieron sanos; y el Hermano Alegre, que había estado aquí muy enfermo antes del cautiverio, sin haberle aprovechado médicos ni medicinas que se le aplicaron, allí tuvo muy entera salud, y fué con ella al Colegio de Valencia, en donde la perdió, y murió casi un año después que salió de Argel. ¡ Tanto como esto valió para él y para todos los otros vivir y estar entregados en las manos y proteccion de la Santísima Virgen Nuestra Señora!»

Después que hubieron llegado á Valencia los ocho cautivos, el H. Anglada en agradecimiento á lo mucho que por su bien había orado y trabajado el H. Alonso, le escribió una carta dándole las gracias, y participándole lo consolado y alegre que se hallaba gozando de la libertad y lejos de los peligros en que se había visto durante el cautiverio; y finalmente le pedía continuase rogando por él, para que supiese correr con fervor y constancia por el camino de la perfeccion. El Hermano, que le quería tanto más cuanto más le había costado y cuanto le había visto en mayores peligros, le contestó con la siguiente carta, fechada en 7 de Enero de 1610:

«Su carta, mi carísimo Hermano, recibí: lo cual es de gran consuelo el cómo Dios regala y consuela á los que

en sus trabajos acuden á él por favor, y ellos con su gracia se vencen, para que saquemos de ello experimentalmente cómo Dios está con ellos, *Cum ipso sum in tribulatione*, y para de que vengan otros, esté el hombre apercebido, y no los tema, sino que con nuevo ánimo diga con San Pablo: *Omnia possum in eo, qui me confortat*; porque como buen soldado pelee, volviendo por la gloria de Dios, el cual nos envía trabajos para que con tan buen ejercicio alcancemos la perfeccion y santidad, y acá grados de gracia, y allá de gloria; y con tal ayudador, no hay que temer; sino de que vengan, doblemos las gracias por la merced que nos hace en darnos algo en que imitemos á Cristo, padeciendo por él, como él lo hizo por nosotros. *In die malorum, memor esto bonorum*. Tras el trabajo envía Dios el descanso y la alegría: que la da Dios á los que se fían de él en sus trabajos y se ponen en sus manos. Yo le prometo que no les deje caer, sino que él los tomará á su cargo y guardará libres y vencedores de sus enemigos. *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem*. Con todo esto le encomiendo tambien quanto puedo la devocion de la Madre de Dios, que es la puerta por donde hemos de entrar en el cielo, madre y Señora nuestra, y amparo y abrigo nuestro. Particularmente le encomiendo que le rece cada día doce *Salves* y doce *Ave-Marias* en memoria de la santísima y purísima limpieza con que fué concebida en el vientre de Santa Ana, antes santa que nacida; suplicándola ruegue á su bendito Hijo, le guarde puro y limpio de pecado, y le haga gran devoto de los dos, y abrasado en su amor. Las oraciones son veinte y cuatro, y las horas del día y de la noche tambien veinte y cuatro, para que la Virgen tome á su cargo de

guardarle de noche y de día de pecado. Y lo mismo encomiendo al Hermano Gual, y que reciba esta por suya, y que ruegue á Dios por mí: y él haga lo mismo, que yo en mis pobres oraciones ya lo hago. — De Mallorca, á 7 de Enero 1610.»

Quedaban todavía en Argel, como hemos dicho, el P. Bailo y el H. Alcover. El P. Bailo permaneció allí hasta el mes de Junio de 1610; y salió con el sentimiento de tener que dejar en Argel al H. Alcover, que habiendo sido el primero de los rescatados, hubo de ser el último de los que lograron los frutos del rescate y recobraron la perdida libertad. Este Hermano fué uno de los cautivos más duramente perseguidos y atormentados, no solamente porque fué más prolija su esclavitud, pues duró tres años, sino tambien porque cayó en manos de un patron tan feroz, que solo tenía el nombre de hombre y los hechos de tigre; pues le molía á palos porque no consentía en el vicio de la torpeza, y aun le hacía bogar al remo. Pero aquel Señor que si tal vez mortifica para nuestro mayor mérito y corona, finalmente vivifica y conforta para nuestro consuelo, dispuso que al tiempo que ya el cónsul Vías, que lo sacó de la galeaza, se hallaba libre de la obligacion de fiador en que se había puesto por el Hermano, este se huyese; porque un renegado de Tunez se encargó de ponerlo en libertad; y así lo escondió en su galeaza, y lo llevó á Tabarca, isla de la república de Génova, y lo entregó al Gobernador para que con la primera embarcacion segura lo remitiese á Génova ó á España; y aunque es verdad que suelen pasar muchos meses antes de arribar vajeles á esta isla, por hallarse muy desamparada, quiso Dios Nuestro Señor que al séptimo día del arribo del Hermano llega-

se un navío holandés, cuyo capitan ofreció poner en algun puerto de España al H. Alcover; y así se embarcó: mas en el discurso de la navegacion encontraron una escuadra de vajeles enemigos, los cuales se pusieron á punto de pelea; con que el Hermano se persuadió que había de perder la vida ó la libertad segunda vez, porque el enemigo era superior, y que habían de caer en sus manos ó dar fuego al vajele y dejarse abrasar por no hacerse esclavos. Viéndose pues el Hermano tan amenazado de tan grandes peligros, se retiró á un rincon del navío á rogar á Dios Nuestro Señor le librase de ellos; y el Señor oyendo su oracion é inclinado á sus ruegos, dispuso que el viento arreciase repentinamente de tal manera, que en una hora se esparcieron los navíos enemigos sin que pudiesen obrar contra el holandés, y así pudo este proseguir su derrota sin oposicion alguna hasta llegar al puerto de Cartagena, donde desembarcó el H. Alcover á 10 de Setiembre de 1611. De allí pasó á nuestro Colegio de Murcia, y finalmente al de San Pablo de Valencia, poniéndole Dios Nuestro Señor en libertad y en España por medio de un renegado y de holandeses herejes: porque quando Dios quiere favorecer á sus siervos, hace que aun las cosas que parecen contrarias sirvan á su intento y á los fines de su maravillosa Providencia. Resplandeció tanto en este Hermano el celo de la honra de Dios y su venerable nombre, que hablando con el P. Bailo, le confesó que sentía más vivamente las blasfemias que arrojaban los moros contra Dios y su Santísima Madre, que la fatiga del remo que manejaba, quando le obligó su cruel patron á bogar en la galeaza.



CAPÍTULO XLII

ALGUNAS CARTAS QUE POR ESTE TIEMPO ESCRIBIÓ

ACUÑAN los del Colegio, aun los Padres más doctos y graves, al aposento de Alonso para tratar de cosas espirituales: mas era tal el respeto que él tenía á los Sacerdotes, que no se atrevía á hablarles hasta que el Padre le decía: «Mire, Hermano, que el Superior me ha dicho que hablásemos de cosas de Dios.» En viendo el Hermano que estaba de por medio la obediencia, comenzaba á razonar de las virtudes con tanta alteza de conceptos, que admiraba á quien le oía, por espiritual y docto que fuese; y eran tan eficaces sus palabras, que encendían en el alma extraordinaria devocion. «De mí puedo decir, escribía el H. Onofre Serra, uno de los cautivos de Argel, que con haberle hablado muchas veces en particular, siempre que salía de su aposento después de haberle hablado, sentía notable mudanza en mí. Porque si entraba á hablarle indevoto, salía con extraordinaria devocion; si frío, sentía después en mí grande fervor para emprender cualquier cosa en el servicio de Dios. Digo en una palabra, que siempre que le hablé, después de haberle hablado sensiblemente conocía mudanza particular en mí, y movi-

mientos particulares para pasar adelante en el servicio del Señor.»

Y lo que de sí cuenta el H. Serra pasaba á cuantos se llegaban á Alonso para tratar las cosas de su espíritu. Y no solamente los que de palabra comunicaban con él sentían avivarse el fervor de su espíritu, sino tambien los ausentes, que por cartas le pedían remedio en sus necesidades, consuelo en sus aflicciones, y documentos espirituales para adelantar en el camino de la perfeccion; y así de todas partes acudían á Alonso, como á maestro bien experimentado en la direccion de las almas, segun consta de las muchas cartas que tuvo que contestar el Santo acerca de esta materia, de las cuales pondremos aquí algunas.

Sea la primera la escrita á D.^a Luisa de Montalto de Aragon, contestando á otra suya, escrita desde Alicante, en que le daba cuenta de los grandes deseos que sentía de servir á Dios, y le pedía nuevos medios para hacerlo mejor. Dice así: «*Pax Xri.*—Nuestro Señor dé á Vuestra Señoría su santa bendicion y gracia. Amen. Huélgome que tenga V. Sría. tan grandes deseos de servir á Dios, como lo muestra en la carta que he recibido de Vuestra Señoría. Pues para parecer bien á Dios, mire lo que dice san Gregorio del alma humilde: «Tanto es más preciosa cualquiera alma delante de los ojos de Dios, cuanto por amor de la verdad, que es el propio conocimiento, fuere más menospreciada delante de sus propios ojos: y entonces se parece á sí misma mal y vil y hedionda. Y al contrario, tanto se hace más vil á los ojos de Dios, cuanto es más preciosa ante sus propios ojos.» ¿Por ventura hay más que desear, ni mayor dicha en la tierra ni en el cielo, que ser muy preciosa el alma á los

ojos de Dios? Verdaderamente este es grande que se tiene por pequeño; y no hay cosa más desdichada que ser vil á los ojos de Dios y despreciada. Como lo fueron los ángeles, que por su estimacion y soberbia fueron echados del cielo al infierno. No hay que estimar en esta vida las altezas y honras mundanas, y riquezas, y ser estimados en mucho, porque viene la muerte y lo deshace todo. Y esto más se ha de temer que desear, por el peligro de soberbia. Lo que se ha de estimar en mucho es el imitar á Cristo Nuestro Señor humildísimo, que dice que aprendamos de él; que todas estas cosas nos enseñó á menospreciarlas, para que por el camino de la humildad y menosprecio del mundo fuésemos seguros al cielo, el cual da Dios á los humildes de corazon.»

«Todo con la muerte se acaba: y así no se ha de desear cosa que se acaba, sino lo que no se acaba, que es la gloria. Sino mire V. Sría. en qué han parado las riquezas, y dignidades y grandes estados de todos los grandes del mundo después de muertos, sino que ya no hay memoria de ellos: todo ha fin, y se deshace como humo: abramos los ojos, no nos hallemos burlados después de muertos, delante de Dios; y esto, velando de noche y día cómo más y mejor contentemos á Dios; el cual honra y enriquece á los que le sirven, con bienes, tesoros y honras que nunca se acaban, como se acaba lo del mundo. Y para tomar este negocio de la salvacion muy de veras, como cosa muy importante, es cosa de importancia persuadirse luégo por la mañana, que este día será el postrero de la vida (como acontece algunas veces), para vivir tan santamente, como querría hallarse en el juicio de Dios salida de esta vida: porque después no hay remedio de poderlo remediar: y si no

acaba bien, más le valiera al hombre no haber nacido. Porque allá no mira Dios á los que en la tierra fueron grandes para tenerles respeto; sino á los que le han servido y humilládose delante de él, para darles el premio de sus trabajos. Pues quien se menosprecia á sí de verdad y corazon, mejor menospreciará todas las cosas del mundo, y á sí con ellas; pues ellas y él han de acabarse presto, para que solo su estima sean los tesoros del cielo, y todo su cuidado, estudio y diligencia sea contentar á Dios. Esta es gran sabiduría y prudencia y discrecion: porque todo lo demás es vanidad y locura. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* ¡Que por ganar la nada del mundo y hacer placer á la carne se pierda la vida eterna, y que por contentar al cuerpo se pierda el alma en los tormentos eternos del infierno! Hasta aquí puede llegar el desatino de los hombres. Dios nos dé luz del cielo y seso, y nos desengañe. Amen. *Qui sequitur me, non ambulat in tenebris*, dice Cristo.»

«Pues para alcanzar el menosprecio de sí y de todas las cosas del mundo, es bueno lo que se sigue. El primero remedio es pedirlo á Dios y á la Virgen que lo alcance de su Hijo. El segundo es, para conocerse, considerar la muchedumbre de sus pecados, y males cometidos contra Dios. El tercero es, considerar la hediondez de su cuerpo, que no es otra cosa, que una letrina hedionda cubierta, que no sé cómo nos podemos sufrir de asco, porque de la grande hediondez de lo de dentro, sale fuera á la boca, y narices, y por todo el cuerpo con hediondos sudores. El cuarto es, considerar su nada. *Qui se existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit.* San Pablo. Y así se ve, que el hombre no tiene en sí sino la nada y los pecados, que son menos que la nada; y

así la nada no vale nada para nada, no sabe nada, ni tiene ser ni vida, si Dios no se lo da; no tiene bondad, si Dios no se la da: *Nemo bonus, nisi solus Deus*; no tiene fortaleza, si Dios no se la da. En estas flaquezas y vilezas se ha de estimar el alma, y en estas bajezas; porque esto es ella, y no otra cosa.»

«De algunos santos avisos para la limpieza del alma. —*Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. El primero, luégo por la mañana, un rato de oracion mental luégo en levantándose, de algun misterio de la vida y pasion de Cristo Nuestro Señor, aparejándose para ello antes.»

«Entre día andar en la presencia de Dios, acordándose siempre que Dios la está mirando, para que ande velando sobre la guarda de su alma: para que todos sus pensamientos, palabras, y obras agraden á Dios.»

«Hacer á la noche, antes de acostar, el exámen de la conciencia de todos sus pensamientos, palabras y obras, y de los bienes que ha dejado de hacer, procurando la enmienda con el favor de Dios.»

«Confesarse cada ocho días, y comulgar cuando lo dijere el confesor.»

«Será muy devota de la Virgen María madre de Dios, particularmente de su santísima Concepcion, rezándole cada día 24 *Salves* y 24 *Avemarias*, para que cada hora del día y de la noche, que son 24 horas, ruegue á su bendito Hijo le guarde de todo pecado limpia en memoria de su santísima puridad.»

«Tambien tenga devocion á 24 Santos, con el Santo de su nombre, y el ángel de su guarda, rezando á cada uno un *Pater noster* y una *Avemaria*, rogándoles que rueguen á Dios lo mismo, que la guarde Dios de todo

pecado, encomendando á cada uno su hora de todo el día y de la noche; para que así por este camino y ejercicio santo, Dios dé á V. Sría. en esta vida mucha gracia y en la otra gran gloria. Amen. Nuestro Señor abraze á V. Sría. y á todos en su divino amor.—Fecha en 21 de Febrero, 1610 años.

A un Padre, llamado Juan Rubí (1), que le consultaba acerca de dos beatas, que decían tener revelaciones, escribió la carta siguiente:

«*Pax Xri.*—Una de mi carísimo he recibido. Dice que vive con temores de su salvacion. En cuanto es de nuestra parte, bien hay que temer, por ser tan flacos y pobres é ignorantes. Pero en tener á Dios por padre y á la Virgen por madre hemos de consolarnos que nos ayudarán y enseñarán hasta colocarnos allá en el cielo. Hagamos, pues, actos de confianza, entregándonos en sus benditas manos, fiándonos y asegurándonos en tan buen padre que nos ama con amor infinito.»

«Dice que va con gran deseo de acertar: este deseo nace de amor de Dios; y el temor, de humildad y del propio conocimiento. Todo es bueno. Lo que resta es, que todo su cuidado sea acudir á Dios y á la Virgen, rogando á Dios que le enseñe á hacer su voluntad, y le dé gracia para ponerla siempre por obra; que ya lo hará, y fiese de Dios, y descanse.»

«En lo que dice V. R. de las dos beatas, este es negocio de grande peligro de ser engañadas, si ya no lo están: porque Satanás se transfigura en ángel de luz para

(1) Había sido estudiante en Montesion; entró en la Compañía á 29 de Agosto de 1587. Residió mucho tiempo en los Colegios de Urgel y de Perpiñan.

engañar las almas: y creer que este sea buen espíritu, no conviene, porque no es dado al espíritu humano, por sabio y santo que sea, juzgar con certidumbre y verdad los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura ó Iglesia de Dios: aunque sea arrebatada hasta el tercer cielo, no sea segura, sino que tema, cuanto más mayores y santas parecieren. Por tanto conviene mucho vivir en santo temor de Dios para no ser engañados, y así dice el Espíritu Santo: «Bienaventurado el varon que siempre vive en temor y recelo;» le libra Dios de engaños del demonio en las visiones y revelaciones y hablas interiores y exteriores, y de otros engaños. Porque la santidad no está en visiones ni en revelaciones, ni en el dón de profecía, ni en hacer milagros. Estas cosas no le cuestan al hombre nada de trabajo, porque Dios es el que obra los milagros: y así estas cosas no es la santidad, porque la santidad cuesta mucho de alcanzar, padeciendo muchos trabajos, venciéndose el hombre á sí mismo por Dios con gran pelea, convirtiendo lo amargo de los trabajos en dulce con la gracia de Dios, plantando en el alma las virtudes, como es la caridad y amor de Dios, y su santo temor, y el amor del prójimo, y la paciencia, y la profunda humildad y resignacion de toda el alma en su Dios, y todas las demás virtudes; y esto con continua mortificacion y oracion, pidiéndolo á Dios, hasta desterrar de sí todo amor propio, hasta que ya no viva ella, sino Dios en ella.»

«Pregunto ¿qué sacará el alma de visiones y revelaciones, y de saber cosas por venir, sino peligro de ser engañada, ni hablas interiores, y exteriores, adonde Satanás se transforma en ángel de luz para engañar, si cree que es Dios, si es Satanás? Y ¿qué fruto viene al alma de los

milagros, sino peligro de soberbia? Pues el remedio de todo esto es, huir de todo esto cielos y tierra, y conservarse en el santo temor de Dios, que asegura al alma que no sea engañada. En estas cosas no podemos decir que hace algo el alma por Dios, pues no le cuestan ningún trabajo; y así con ello no merecerá nada con ellas delante de Dios: y este podemos decir que hace algo por Dios, que padece algo por él; y este hace más por Dios, que padece más por él, y este es más santo: y así uno de los grandes y mayores regalos y favores que Dios da al alma es probarla con grandes tribulaciones, persecuciones, enfermedades, desconsuelos, tentaciones y todos los géneros de trabajos, que no visiones, ni revelaciones, ni dón de profecía y milagros, para por aquí con este ejercicio de trabajos subirla á la cumbre de la santidad y amor de Dios y del prójimo, recibéndolo todo de la mano de Dios, y no de las criaturas, y por regalos grandes y mercedes de Dios. Aquí no hay engaños, sino aumento de gracia y de gloria; todo es oro fino: lo otro no sé si vale una blanca: antes hay peligro de desvanecerse, y de desmerecer y volver atrás: y así de ninguna cosa que le acaezca, por buena que parezca, aunque sea ser subida hasta el tercer cielo, ha de mezclar en todo el temor de Dios, porque no sea engañada.»

«No por ser uno gran teólogo, ni por ser santo, atinará con certidumbre, por señales que vea buenas, si es buen espíritu, ó no: porque ya las puede traer el demonio para debajo de aquello hacer su hecho, y engañar, como lo hace el que pesca, que encima del anzuelo pone el cebo, de manera que no se vea el anzuelo, y el pescado va á picar el cebo, y queda puesto en el anzuelo. Fuéle dicho á S. Antonio, que todo el mundo estaba lle-

no de lazos, y preguntando quién se libraría de tantos lazos, le fué respondido, que el humilde. Pero es menester saber cuál es la humildad que libra al alma de tantos lazos y engaños. A esto responde el Espíritu Santo, que es el santo temor de Dios, diciendo: *Beatus vir, qui semper est pavidus*: y esta joya tan preciosa, la cual es la fineza de la humildad, siempre anda acompañada con el santo amor de Dios; y cuanto más crece este amor de Dios en el ánima, más crece en ella el temor de Dios; y cuanto más crece el temor de Dios, más crece en ella el cuidado de contentar á Dios; y así huye no solo del pecado, por mínimo que sea, espantándose de la sombra de él: pues ¿qué hará del pecado? Y pues en las revelaciones y visiones y otras cosas semejantes puede haber engaño y pecar, el remedio es huir cielos y tierra de dar crédito á estas cosas, y con esto estará libre de engaño. Si quieres vivir seguro, persevera siempre en temor de Dios: y este temor de Dios, siempre agrada á Dios, y al alma libra de engaños y de toda soberbia. *Qui amat periculum, peribit in illo*. Si yo puedo estar seguro de engaño, ¿por qué no huírle de él? Y esto es santidad, y lo otro no, y consejo del Espíritu Santo, pues ¿por qué no le tomaré? No mire, pues, á las señales que vea, no las crea, temiendo: no sé yo de qué servirá de bueno al alma de examinar si estas cosas es buen espíritu ó malo, sino de embarazarla, porque nunca atinará: y venir al alma estas cosas lo tendría por desdicha, que no por dicha; porque en estas cosas, por más santas que parezcan y del cielo, no está la santidad. Amor de Dios y temor de Dios anda todo junto á las parejas: y esto es lo que libra al alma de pecados y de engaños, y la hace muy amiga de Dios.»

«Este es grande remedio para desengañar á los que van por este camino de visiones y revelaciones, para que no sean engañados. Acontecerá querer librar á un devoto de los lazos y engaños, diciéndole que examine las señales para conocer el buen espíritu y malo, y esto será meterle en los lazos, como al pájaro, y que quede preso: porque no atinará á conocerlo, por más que haga y tenga más letras: y el diablo le engañará. Bienaventurado, dice el Espíritu Santo, *qui semper est pavidus*. En más estima Dios una alma que sufre injurias y malos tratamientos de otro por su amor, ó cualquier trabajo, por pequeño que sea, que no el hacer milagros: porque en esto y en tener revelaciones ó visiones y dón de profecía, no está la santidad, porque en esto no hace nada el alma por Dios. Pero en sufrir por Dios, en lo cual consiste la santidad, hace mucho el siervo de Dios, peleando por amor de Dios contra sí mismo, venciendo á sí mismo: esto es santidad sin engaño, siguiendo á Jesucristo que dice: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum*. Esto agrada mucho á Dios, y es otras cosas no sé valgan algo de gracia ni de gloria, porque no le cuestan nada, como el sufrir trabajos por Dios; y lo que no le cuesta nada de trabajo, no le valdrá nada de mérito; porque nos desengañemos, que tenemos por gran santidad lo que no lo es; y lo que es gran santidad, como es sufrir tribulaciones y trabajos, no lo tenemos por santidad, sino por desgracia lo que es regalo y merced de Dios, que nos da parte de lo mucho que dió á su Hijo desde que nació hasta que murió: no miramos sino lo exterior, y Dios mira lo interior del alma y del corazón, que es el padecer por su amor: y esto es la santidad, y á estos se dan las coronas de gloria, que no á las revela-

ciones, ni á las visiones, ni á los milagros, ni al dón de profecía. *Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei*; que no con otras cosas. Ruegue á Dios por mí, que yo lo hago por V. R.—De Mallorca, y de Marzo á 4 de 1609.—En lo de la penitencia, si no lo hace por órden y consejo de su confesor, sino por su voluntad, errada va.»

A una religiosa, que le pedía algunas devociones, le contestó:

«*Pax Xri.*—Una de Vuestra Reverencia he recibido, en la cual me pide que la escriba algo de provecho para el servicio de Dios y provecho del alma: y así envío á V. R. algo de lo que he leído. Dios me dé gracia para que lo obre: porque aunque es cosa santa el leer cosas provechosas para gloria de Dios y bien de las almas; pero el ponerlo por obra es lo que más importa: y así es menester hacernos fuerza con la mortificacion venciéndonos, porque en esto hace el alma la voluntad de Dios, y esto es trabajar por amor de Dios. La vida es breve: y así es menester, antes que se acabe, darnos prisa en servir á Dios, porque los hechos valen. *Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis*, y esto á Dios rogando y trabajando. En lo de encomendarlas á Dios en mis pobres oraciones, yo tomo el cargo de ello; y las encomiendo mucho que hagan por mí lo mismo por amor de Dios.—Fecha á 4 de Enero.—ALONSO RODRIGUEZ.»

A Sor Úrsula Mas, Priora del convento de la Concepcion, en Sineu, que andaba fatigada de escrúpulos, escribe:

«*Pax Xri.*—Una de V. R. he recibido: y aunque algo tarde, respondo. En lo que toca á lo de los escrúpulos,

digo, que hay algunas ánimas que son muy combatidas en sus escrúpulos de desconfianza, temiendo de su salvacion, y muy combatidas de angustias y tristezas con temor demasiado de tantas cosas como han pasado y pasan por ellas por todo el decurso de su vida, de tan innumerables pensamientos, palabras y obras malas; y que habiéndose confesado, no saben cómo han salido de ellas, si están enlazadas, ó si Dios les ha perdonado sus pecados ó no; viven con estos pensamientos (como no saben si han hecho para con Dios lo que deben) en grande angustia y pena: lo cual causa el amor propio. La tal alma si ha hecho confesion general de toda su vida, consuélase, que Dios la quiere para sí; y si no la ha hecho, hágala, remirándose en ella, ejercitándose para ello en grandes y fervorosos actos de contricion y pesar de haber ofendido á Dios, y propósito firmísimo de no le ofender jamás; y Dios la consolará, y convertirá su tristeza en gozo: y si no le satisface esto, haga actos vehementes con el corazon y voluntad delante de Dios de veras diciendo á su Dios así: «¿qué quieres que haga para servicio y gloria tuya de todo cuanto ha pasado por mí, desde el día en que nací hasta esta presente hora? que yo con tu gracia lo haré, y romperé por tu servicio con la vida, si es menester, por contentarte á tí. Si quieres que confiese cosas pasadas, dame á entender lo que quieres que haga, porque yo no tengo que ver con vida, ni con honra, ni con todos los trabajos que me pueden venir, á trueque de contentarte á tí, que eres mi Dios y todo mi bien. Porque si yo supiese y pudiese, yo te serviría como todos los ángeles del cielo.» Y con este propósito y determinacion tan grande, aunque hubiese en el alma algunas faltas secretas, que ella no las

penetrase, ó se las perdonará Dios, por más que sean, ó la dará una grande luz y conocimiento claro de ellas, y medio para que las remedie por la vía que Dios quede contento; y esto, con grande consuelo y paz del alma, de manera que le parezca que no es ella la que solía, sino otra, porque entró en ella la luz, que es el Señor, y salieron las tinieblas, que es la tentacion. Y cuando no usa Dios con el alma de este medio, crea que no hay que temer, sino de consolarse; porque ya le usara, si fuere menester. Porque yo creo de las tales almas, que Dios está contento de ellas, y que serán herederas del cielo. De condicion que parece que obliga el alma á su Dios, que está determinada á lo dicho por su amor, ó que la avisará Dios, si lo ha menester, ó que si no la avisa, que no lo ha menester, porque ya está contento por entonces: y esto allá dentro de su corazon se lo dará á sentir: los cuales actos vehementes son de gran consuelo para el alma y muy agradables á Dios.»

«Esto es la una cosa de lo que pide V. R. en su carta, la segunda cosa que pide, con esta va; y envió un tratadillo de la oracion, y de algunos avisos, que creo, que se servirá Dios de ello, si se guardan. Es encaminado á que tengan de matizada (*sic*: esto es, á la madrugada) una hora de oracion por los misterios de la pasion de Cristo Nuestro Señor, para imitarle, y las haga verdaderas y santas religiosas, que para eso las sacó del mundo. Por tanto respondan con agradecimiento y obras á tan grande beneficio; y si no tienen oracion y gran silencio, no serán santas, y Dios les pedirá cuenta, si no responden con obras á tan gran llamamiento. Pueden juntar á la oracion del tratadito, si quieren tener dos veces al día recogimiento de oracion, la consideracion de

sus pecados, poniéndolos presentes todos juntos, considerando la gravedad de ellos, y mi maldad tan grande, y que yo haya hecho tantos males contra un Dios tan bueno, haciendo muchos actos de contrición y pesar de haberle ofendido, y propósito de no ofenderle jamás, considerando el gran castigo que hizo Dios con los ángeles malos, que por un pecado les echó del cielo al infierno para siempre jamás á penas eternas: y á Adán, también por un pecado, del paraíso; y á mí, que tantos pecados he hecho contra Dios, ¡que no me haya castigado, sino esperado para que haga penitencia y le sirva para llevarme al cielo! ¡Qué agradecimiento ha de sacar de aquí á su Dios! ¡qué de lágrimas, qué de angustias y de dolor ha de sacar, visto haber sido tan malo contra un Dios tan bueno, y qué propósitos tan firmes de servirle de veras y no le ofender jamás! Otras veces considerar la brevedad de la vida y vanidad del mundo, que todo pasa y se deshace como humo lo de este mundo; pensando en la cuenta que tengo de dar á Dios de mi vida, para enmendarse, que sea tal que agrade mucho á Dios; pues de ello me darán el premio de gloria. Porque después no hay tiempo de remediar ni ganar nada, y ahora sí; considerando cómo este Señor merece ser servido, y yo se lo debo por lo mucho que ha hecho por mí, para desvelarnos de noche y de día en contentarle y servirle muy de veras, pues es negocio que nos va en ello el gozar de Dios para siempre, ó perdersenos; ó considerando las penas del infierno que para siempre sin fin padecen los que van allá, las cuales son mayores que todos los trabajos juntos de este mundo; ó considerar en el juicio, y la cuenta que ha de dar á Dios de toda su vida; ó considerar el premio que Dios da á los que le sirven,

que es su gloria para siempre: y al que más se esmera en servirle es mayor el premio de gloria que le da; para que por aquí se encienda y abraze el alma más y más en el amor de Dios Nuestro Señor, que me quiere para el cielo, si yo no lo pierdo pecando. De esta oracion ha de sacar el alma con fervor grande el ejercitarse en todas las virtudes, imitando á Cristo, aprendiendo de él; porque el hombre se humilla ante aquella majestad, allí cree, allí espera, allí ama, allí teme, allí reverencia al Señor, allí adora, allí alaba, allí da gracias por los beneficios recibidos, allí se resigna y ofrece en las manos de Dios, allí se acusa y arrepiente de sus pecados, allí propone la enmienda de ellos, allí se confirma y determina más en el bien, allí pide gracia y fuerzas para ello, allí finalmente ruega no solamente por sí, sino tambien por todos sus prójimos, vivos y difuntos.— Á 28 de Enero, de 1610.»

Los documentos que da en esta carta á los molestados de escrúpulos, los sacaba de su propia experiencia. He aquí lo que á este propósito refiere el H. Onofre Serra, otras veces mencionado: «Hablando un día, dice, los dos acerca de los escrúpulos, me dijo (el H. Alonso) que había sido notablemente combatido de ellos y que no le dejaban sosegar, y que por esto se había determinado de hacer una confesion general (á más de la que había hecho) muy de propósito, examinando cuanto pudo toda su vida, escribiendo todos sus pecados. Hecho esto, pareciéndole que quedaba muy satisfecho, y que había hecho todas las diligencias que moralmente podía hacer, se fué á confesar; y sacando el papel para hacer la confesion general, le preguntó el Padre qué quería hacer. Respondió el Hermano: «Padre, confesar-

me generalmente por escrito; que con esto quedaré satisfecho.» Díjole el Padre: «Déjelo, Hermano, y rasgue el papel, y confiésete como suele.» Hízolo el Hermano: rindió su juicio confesando solo lo que se le acordaba de dos ó tres días que había que no se había confesado. Y desde aquel punto se le quitaron todos los escrúpulos sin quedar rastro de ellos.» Así remuneró Dios el rendimiento de juicio de su siervo, que suele ser la mayor dificultad en materia de escrúpulos.





CAPÍTULO XLIII

PRÚEBASE LA VIRTUD DE ALONSO.—INTELIGENCIA DEL MIS-
TERIO DE LA TOTAL RESIGNACION DE LA PROPIA VOLUN-
TAD EN LA DIVINA.—NUEVOS TEMORES DE ESTAR ILUSO.
—TRES EJERCICIOS PARA CONSEGUIR LA RESIGNACION.—
ADMIRABLES EFECTOS DE ELLA.—EFICACIA DE LAS ORA-
CIONES DE ALONSO.—MUERE EL VIREY, Y VE ALONSO SU
ALMA EN BRAZOS DE LA VÍRGEN.—REMEDIA Á UN NECE-
SITADO.—EL P. MATEO REGUER.—ALGUNOS PORMENORES
DE LA VIDA DE ALONSO EN ESTE TIEMPO

1610

HABÍA cesado en el cargo de Provincial de Aragon
en Agosto de 1609 el P. Hernando Ponce de
Leon y sucedídole el P. José de Villegas, que
estaba en la Provincia de Castilla. Como el triste suceso
de los cautivos de Argel había sonado tanto en España,
y el espíritu de Alonso, cuya revelacion influyó tanto en
aquel lamentable acontecimiento, era objeto de diversos
y aun entre sí contrarios juicios y apreciaciones, creyó
prudente el P. Villegas esperar á poderse cerciorar por
sí mismo de la santidad del siervo de Dios, para tomar
en vista de los hechos las disposiciones que delante de
Dios juzgare más oportunas. Al efecto pasó á Mallorca
á hacer la visita de aquel Colegio, al cual llegó el día 2

de Agosto de 1610. Aunque en el Colegio no podía haber quien dudase de la santidad del anciano, que era el alma de todo él; con todo bien parecía á algunos que en la revelacion de la navegacion de oro hubiera podido haber algo de ilusion, ó cuando menos podía tildarse de menos prudente el Superior, que en negocio tan grave, contra el parecer y las razones de personas tan autorizadas como los Consultores, había tomado aquella resolucion, fiado en una revelacion privada de una persona particular.

El P. Provincial, examinado el caso con la madurez y prudencia que su gravedad y la de las personas que en él habían intervenido, requería, hizo al Rector las advertencias que juzgó necesarias; y creyendo que algunos se dejaban llevar con demasía de la piedad en razon de hacer aprecio de los escritos del Hermano, y de conservar y venerar sus cosas como reliquias, reunió á la comunidad, y haciendo salir á Alonso del lugar de la reunion, una vez estuvo fuera, dió en ello la órden que le pareció conveniente. Quiso luégo hacer una prueba de la humildad de Alonso, (que es esta virtud la piedra de toque de la verdadera santidad), y tomó para ello ocasion de un hecho bien insignificante. Como Alonso por su amor á la humildad y á la pobreza vestía siempre una sotana vieja y remendada, habíale mandado el Superior que le hiciesen otra nueva, para que siquiera se presentase con más decencia delante del P. Provincial. No fué pequeña la lucha que surgió entre el Superior y el súbdito con ocasion de esta sotana nueva: porque cada vez que iba el sastre al aposento de Alonso á tomarle la medida para hacerle alguna prenda de vestir, ocurría una escena, que mostraba bien su amor á la humildad y á la

pobreza. Pedíale Alonso que volviese á otra hora, porque antes tenía que hablar al Superior. Íbase luégo á él, decíale que era un viejo, que pronto había de morirse; que era superfluo vestirle con ropas nuevas, y que podían muy bien servir los vestidos viejos y remendados para cubrir su cuerpo lo poco que le restaba de vida. Y cuando volvía el sastre y le decía que el Superior, á pesar de las razones alegadas, ordenaba que se le hiciese vestido nuevo, doblaba los brazos, se encogía de hombros, y respondía: «Hermano, haga lo que le han mandado,» y se dejaba tomar la medida.

La sotana de los Hermanos Coadjutores, segun la regla, ha de ser medio palmo más corta que la de los Padres; y fuese que el sastre no hubiese tomado bien la medida, ó que por lo encorvado que andaba el venerable anciano por el peso de sus años, bajase la sotana más de lo que correspondía á su medida, lo cierto es, que la nueva sotana, que con harta repugnancia y solo por obediencia se había puesto Alonso, parecía más larga y cumplida de lo que prescribe la regla. Como el buen Hermano andaba continuamente absorto en Dios, y por otra parte en lo que tocaba al trato de su cuerpo se había como un muerto, tomando lo que le daban y tal cual se lo daban; no reparó en la hechura de la sotana. Llámale el P. Provincial al lugar de la reunion, y una vez entrado en él, con tono algo áspero allí delante de todos le dice: «¿Cómo se entiende, H. Rodriguez, que una persona tan antigua en la religion, que debiera ser la edificacion de toda la casa, y espejo de virtud en que todos se mirasen, les es ocasion de desedificacion y escándalo? ¿Qué pensarán de la observancia regular los jóvenes, al ver que el Hermano más antiguo lleva la

sotana larga; qué de la humildad, al ver que quiere equipararse con los Sacerdotes; qué de la pobreza, al verle con una sotana nueva y flamante, como si en tantos años de Compañía no hubiese aprendido aún á despreciar las vanidades del mundo? ¿No es eso hacer todo lo contrario de lo que aconseja á los demás de palabra y por escrito? Y ¿qué es eso, que pierda tanto tiempo un Hermano en escribir, como si este ejercicio no fuese propio y exclusivo de los Sacerdotes, como es propio de los Hermanos el ocuparse en oficios domésticos, bajos y humildes? Desde ahora mando al Hermano que lleve á mi aposento todos sus escritos, y que en adelante no tome la pluma en la mano para cosa ninguna fuera de las que á V. R., P. Rector (dijo al P. Torrens), dejaré señaladas. Y ahora venga el Hermano sastre con las tijeras, y cercene de la sotana del H. Rodriguez todo lo necesario para el cumplimiento de la regla.» Fué por las tijeras el sastre, recortó la sotana; y el humilde Hermano, á ejemplo de su divino Maestro, gozándose interiormente con aquella humillacion, no abrió la boca en todo este tiempo. Estaba la comunidad conmovida y con los ojos fijos en aquel que veneraba como á ejemplar de santidad, edificándose de su paciencia y mansedumbre, y creciendo en la estimacion de sus virtudes; y Alonso conservó una serenidad admirable y un semblante alegre y risueño, que manifestaba bien la abundancia del consuelo interior en que durante aquella prueba estaba su alma bañándose. El P. Francisco Collin, entonces escolar, que había llegado á Mallorca en compañía del P. Provincial para empezar su curso de artes, hallóse presente á este espectáculo, y dice: «Yo soy testigo de que salió tan vana la diligencia del Pro-

vincial en razon de que no se guardasen por reliquia las cosas de Alonso, que allí mismo hubo algunos que con disimulacion recogieron las cercenaduras de la sotana,» para conservarlas como prenda de mucho valor.

Aunque esta pública humillacion fué muy del gusto de Alonso; sin embargo la prohibicion de escribir para otros se le hizo muy sensible, y dió ocasion al enemigo para sugerirle pensamientos que tendían á quitarle la paz y á perturbarle. El ardiente celo del bien de los prójimos le impelia á aprovecharles con sus escritos, ya que por no ser sacerdote, no podía ayudarles con el ministerio de la palabra; el fruto que experimentaban todos aquellos para quienes escribía avisos, exhortaciones y consejos, era abundante y saltaba á la vista; la revelacion relativa al suceso de Argel, causa de la agitacion que se había promovido, y de la prohibicion de escribir que se le acababa de dar, no contenía la menor ilusion ó engaño, segun había entendido del cielo el siervo de Dios: por otra parte la orden del Provincial era terminante, y la divina voluntad estaba en ella evidentemente manifestada. «¿No quiere Dios el bien y salvacion de las almas? Pues ¿cómo él mismo impide y prohíbe ahora que con mis escritos trabaje en bien de mis prójimos?» Esta duda, por la turbacion con que le dejaba, conocía claramente ser del demonio, y la resistía con los remedios ordinarios. Para tranquilizarle respecto de los primeros pensamientos, hízole el Señor un inestimable regalo, manifestándole con luz superior un nuevo y supremo grado de perfeccion en el camino espiritual, hasta ahora escondido á sus ojos. Innumerables eran los actos de las más sólidas y perfectas virtudes que había practicado hasta este tiempo el santo anciano; muchos

de ellos llevamos referidos, que manifiestan haber alcanzado Alonso las virtudes en el grado heroico, y no cualquiera, sino el que él llama «misterio de las virtudes perfectas en el alma.» Y ¿cómo es posible, podría aquí preguntarse, que todavía le faltase el conocimiento, y por lo mismo la práctica, de un grado superior de perfeccion?

Para entender algo en materia tan levantada, recordemos que los varones santos, aun en el ejercicio de las virtudes más perfectas, pueden estar sujetos á desórdenes espirituales muy sutiles: porque así como un hombre imperfecto por la inclinacion de su apetito á la comodidad y á la honra mundana, por ejemplo, suele ser arrastrado á ejercitar actos contrarios á la voluntad de Dios; así el varon espiritual y perfecto puede sentirse vehementemente impulsado á ejercitar actos virtuosos por la inclinacion de la misma virtud á ejercer sus actos: los cuales aunque en sí son buenos, como que son actos de virtud; pero en determinados casos pueden oponerse á la voluntad de Dios que prohíbe que se hagan: y entonces el acto, si se practicase contra la voluntad de Dios, sería desordenado y aun podría ser pecaminoso. En semejante aprieto se halló ahora Alonso. El celo de la honra de Dios y del bien del prójimo le impelía á escribir: antes de prohibirle el Superior que escribiese para otros, obraba virtuosamente cuando con licencia del Superior escribía, porque dichos actos, además de ser buenos en sí mismos, estaban conformes con la voluntad de Dios manifestada por el Superior; pero desde el momento en que intervino prohibicion del P. Provincial, hubiera faltado en ejercitar su celo con la pluma, porque hubiera escrito contra la voluntad y beneplácito de Dios.

Esta doctrina, pues, le enseñó Dios Nuestro Señor con ocasion de la órden del P. Provincial: y la manera fué la siguiente. Convocó el P. Provincial un día del mes de Agosto por la tarde á la comunidad en la iglesia del Colegio para hacerles una plática espiritual. Rezadas de rodillas las sólitas preces antes de empezar la plática, sentóse el Provincial, y lo mismo hizo la comunidad. En los breves momentos que mediaron entre el sentarse y el comenzar á hablar el Padre, vió Alonso súbitamente por el aire uno como relámpago muy resplandeciente que bajaba del cielo, y sintió que le hería el corazon, y hacía presa en él un rayo, que era símbolo de la divina voluntad: la cual le quedó desde entonces tan impresa, como con sello, en el alma, que de allí en adelante no estaba en su mano tratar de otra cosa más que del cumplimiento del divino beneplácito, pareciéndole que ya no era él el que obraba sus acciones, sino Dios el que miraba por sus ojos, y escuchaba por sus oídos, y hablaba por su lengua, y obraba por sus manos, como si Dios fuese el alma, y Alonso el cuerpo que Dios usaba como instrumento (1). «Fué la vision, dice el P. Colin (2), espiritual: con todo eso le causó una alteracion y mudanza exterior tan particular, que la notamos los que estábamos presentes, y me parece no estaba muy lejos de prorrumpir en voces. De esta vez quedó como endiosado y sellado con el sello de la divina voluntad sin tener otro querer y voluntad que la de Dios, que es el punto más levantado de la vía unitiva.»

Declarando Alonso la naturaleza de esta total resig-

(1) Memorial, núm. 160.

(2) Lib. I, fol. 112.

nacion de la propia voluntad en la divina (1), dice que «Es un entregamiento de toda el alma con los actos de la voluntad en las manos de Dios; un darse toda á su Dios; un dejar ya de ser suya, y ser toda de Dios; un no vivir ya ella, sino su dueño en ella, que es Dios; un ser ya hacienda de Dios y no de ella. Esto es estar el alma resignada, no ser ya suya, ni buscarse á sí, sino de su Dios: y así él hace de ella como de hacienda propia sin ella contradecírselo; no vive ella, sino Dios en ella: y así está ya muerta á sí misma y á todas las cosas, y vive á solo Dios; y todo, por estar ya desnuda de todo amor propio y llena del amor de Dios, que la hace salir de sí, y entregarse y darse toda á su Dios.»

A esta absoluta y total resignacion de sí mismo en Dios entendió que el Señor quería levantarle, por consistir en ella la cumbre de la perfeccion que el hombre puede alcanzar en esta vida; pero conocía tambien que no lo había de hacer todo Dios, sino que debía ayudarse él con el ejercicio interior del alma delante de Dios mortificando su propia voluntad, y entregándose del todo á la divina. Comprendía Alonso lo arduo que era este ejercicio; y así un día ayudando á misa al P. Rector Juan Torrens en la capillita interior del Colegio, se puso muy de propósito á encomendar á Dios este negocio; y fué tan altamente visitado del Señor sobre este punto, que le hablaba interiormente con grande encarecimiento del gran valor de esta entrega del alma á su Dios, y del subidísimo y divino grado de perfeccion que en él se encierra, para atraerle y animarle á procurar su adquisicion: decíale que no temiese la dificultad grande que en

(1) Obras Espirituales, tomo II, pág. 727.

ello había y el trabajo que le había de costar el alcanzarlo, porque él mismo se ofrecía á ayudarle con el auxilio especial de su gracia, y le aseguraba que nunca le olvidaría (1). La grandeza de esta visita, y la enseñanza tan sublime que en ella recibió, le causaron uno como miedo y encogimiento de profunda humildad, que le duró no poco tiempo; y pasó tan adelante este miedo, que llegaba á hacerle materialmente temblar, por el peligro de que en cosa tan alta y levantada no se encubriese algun engaño del enemigo, que le hiciese caer en soberbia, y pecar, y ofender á su Dios, á quien amaba con tanto exceso de amor.

Acudía á Dios, cuando se hallaba oprimido de estos temores, rogándole que no le permitiese caer en engaño; y siempre le respondía el Señor, que no temiese, que estuviese seguro, porque no consentiría él que fuese engañado. No satisfecho con tan propicia respuesta, acudió un día sobre lo mismo á su refugio ordinario, la Santísima Virgen, la cual le respondió: «Donde yo estoy, no hay que temer: tengo cuidado de tí: haz lo que te ha dicho mi Hijo en la misa.» Y desde este momento mismo se dió á ejercitar con todas sus fuerzas el andar delante de Dios con afecto del corazon amando la voluntad divina para todo lo que ordenare de él, para que ya no fuese él el que vivía, sino Dios el que vivía en él.

Desde el instante en que fué plenamente asegurado Alonso de ser voluntad de Dios que emprendiese aquel camino, por el cual había de subir á la cumbre de la santidad, y que no era esto ilusion ó engaño de su soberbia, se ofreció á dar principio á la obra; y procuróle

(1) Memorial, núm. 160.

el Señor varios ejercicios para que pudiese alcanzar bien pronto su objeto. Porque en primer lugar, como lo escribe él mismo: «Permitió Dios que fuese tentado de Satanás con los juicios divinos, trayéndole al retortero cómo ó porqué Dios permitía ó quería tales cosas, y que unos se salvan y otros se condenan, pudiendo hacer que todos se salvaran: y estando embarazado en estos pensamientos, levantó el corazón á Dios huyendo, para librarse, de razones: y que Dios es infinitamente bueno y sabio, y que nos ama con amor infinito; todo lo que permite y ordena es santo y bueno, y yo soy tal, como si no fuese ni tuviese ser. Pues el tal ¿qué hará para librarse de engaños y peligros, sino irse á asegurarse?»

«Y esta seguridad es de Dios, como lo hizo en este caso esta persona, y encerróse en Dios, entregándose en su Dios, y el demonio quedó solo y burlado: y así venció la tentación con el favor de Dios; y como Dios está tan pronto para ayudar á los que van á él á pedirle su favor, luego le comunicó Dios su favor: y fué que con acto fervoroso fué levantado y llevado en su presencia, y allí le comunicó de esta materia cosas grandes, y de grande consuelo y provecho de su alma, que por ser todo en espíritu mental, no se puede bien declarar: de donde le quedó, con la luz que allí recibió para si volviere, en un punto, con la gracia de Dios huyendo, dejar burlado al demonio y hallarse en puerto seguro con su Dios.»

El segundo ejercicio fué, que al mismo tiempo que le prohibió por medio del Superior ejercitar su celo escribiendo documentos espirituales para otros, cosa que era muy del agrado del siervo de Dios y sumamente conforme á sus deseos de adelantar á todos en el camino de

la perfeccion, le renovó el precepto de escribir lo que pasaba por su alma, y de descubrir las grandes visitas y gracias extraordinarias que por este tiempo recibía, lo cual le era tan penoso y repugnante como se ve en estas palabras suyas (1): «Es tan grande la aversion que tengo á estas cosas, que ni hablar de ellas, ni escribirlas, ni que las supiese nadie, no lo querría; porque antes son peligrosas que provechosas, y el mundo hace de ellas gran caudal, como tienen poca luz, habiéndole de tener de las sólidas virtudes, estando toda por amor hecha una voluntad con Dios y entregada el alma toda en todas las cosas á la voluntad divina, porque en lo otro hay peligro de soberbia y de caída, y en esto no; porque yo no sé qué fruto ni provecho viene al alma de estas cosas y otras semejantes; y por tanto, de que le viene algo de esto, con el temor que tiene, de amor, hurta el cuerpo á estas conversaciones, levantando el corazon á Dios diciéndole: «Señor, yo no quiero sino vuestro amor y hacer vuestra voluntad: y de esto que os encomiendo, os ruego que hagáis aquello que sea para mayor gloria vuestra y esta persona os sirva mejor,» no teniendo cuenta con el cuerpo, sino con el alma; y á esta petition Dios da siempre lo que se le pide.»

Declara el tercer ejercicio en el número 164 del memorial, diciendo: «Y para venir á alcanzar tan gran perfeccion, como atrás está dicho, le ha proveído Dios un ejercicio para alcanzarla con su gracia, el cual como creo que es el más penoso de todos los trabajos de esta vida, así es el medio más alto para alcanzarlo; el cual parece ser todo espiritual, como si el alma á sus solas lo

(1) Memorial, núm. 163.

pasase, durmiendo el cuerpo y velando: y esto es que, ordenándolo Dios, se halla el alma tan combatida de las cosas que al paso de la muerte suele tener el que pasa de esta vida, y es tan grande el trabajo, que los trabajos y persecuciones del mundo no se le llegan, por grandes que sean, ni todos los géneros de tentaciones que todo el infierno invente no llegan, como esta persona ha pasado por todo por algunos años de horribles trabajos; pero este excede á todos, y así con la gracia de Dios excederá en mayor aumento de gracia y de gloria, si él se sabe aprovechar; ni las enfermedades y dolores, por grandes que sean, son de poco monto, porque son en el cuerpo, y esto pasa todo en el alma con grandes desamparos. El remedio que tiene es, como mejor puede, levantar el corazon á Dios con el deseo grande que tiene de servirle, diciéndole: «Señor, cargad tanto, cuanto resulte en mayor gloria vuestra, y yo os sirva mejor: y haz de mí, pues soy todo tuyo, á tu voluntad, que de eso me gozaré yo; y amaros he yo más y más por la merced tan grande que me hacéis en darme este trabajo, para que yo le sufra por vuestro amor;» abrazando el trabajo con acto interior de amor, todo puesto los ojos en Dios, recibiendo todos los trabajos de Dios, y no de las criaturas ni de los demonios. Y en esto hace el alma la voluntad de Dios, y le agrada mucho, y resulta todo en gloria de Dios y en gran bien del alma, porque esto es la fineza del servir á Dios por el mismo Dios, venciéndose á sí mismo; del cual ejercicio viene á entregarse toda el alma en su Dios y ser poseída de él y ser toda suya, de lo cual gusta mucho el alma y descansa en su Dios, y él tiene cargo de ella como de hacienda propia, y ella es consolada é iluminada de Dios,

y ve y conoce los grandes tesoros que están escondidos en el padecer por Dios, para que los abracemos por amor de Dios, y le hagamos gracias por la merced cuando nos los dé.»

Pasemos ya á declarar los maravillosos efectos que produjo en su alma el santo ejercicio de la resignacion total de su voluntad en la de Dios. Fué el primero un especialísimo amor que le mostraron Jesús y María, del cual da cuenta en el número 161 del Memorial por estas palabras: «Es tan grande el amor que el Señor me muestra, que ya me hace temer, por más que me humille, y particularmente más tiernamente la Virgen. Y sirviendo á misa, se mostraba tan favorable, que mientras más, más temo yo: y temiendo yo, le decía á esta persona la Virgen: «¿No quieres que te ame, amándome tú tanto?» Y este aviso y enseñanza del entregamiento á la voluntad divina, ayudando á misa, por dos ó tres veces me lo repitió otro día: y así cosa tan grande no se alcanza holgando, sino trabajando, venciéndose y mortificándose; y para eso envía Dios al alma trabajos y desamparos, (los cuales son el ejercicio de las virtudes, porque este es el camino), y enfermedades y dolores, así secretos como públicos, como lo hizo el Señor, para enriquecerla con su ayuda.»

El segundo fué un ardiente deseo de verse aborrecido de todo el mundo para darse á solas y con más libertad al cumplimiento de la voluntad divina. Así lo dice en el mismo lugar. «Es tan grande el descontento que tiene de sí de verse tal y digna de ser aborrecida de todo el mundo y de sí mismo, que le da pena y tormento ver cosa tan vil y mala, que no se querría ver á sí mismo, y que nadie se acordase de él en el mundo, y que todo

le faltase; porque huyendo de todos y desamparado de todos, hiciese su negocio entregándose todo á su Dios, andando con él á solas para ser todo del todo suyo. Acordarse de acostarse le da pena, y en rostro el ir á comer; y va porque la obediencia le obliga: y está tan desapegado del mundo y de sus cosas, que le da en rostro y le causa admiracion cómo siendo tan vano hay quien le ame ni sus cosas, pues todo se deshace como humo; y se dejan de ocuparse en los tesoros eternos de Dios, que le parece que está el mundo loco y sin juicio.»

El tercero, un notable acrecentamiento de amor de Dios. «Está, dice (1), el alma tan enamorada de Dios y de su voluntad y de contentarle en todo, que conocida la voluntad de Dios, no habrá cosa en esta vida que la pueda apartar que no la cumpla con la gracia de Dios, aunque fuesen las penas del infierno; porque mayor contento le daría hacer la voluntad de Dios, que pena padecerlas por amor de Dios: porque el amor es tan grande, que no habría en el corazon por donde pudiese entrar pena ni tristeza, por ser tan grande el deseo que tiene de que haga Dios de ella á su voluntad de él, y que no se haga jamás la de ella. Dios nos ama con amor infinito, y así no puede querer para el alma sino cosas buenas y saludables, y no mal alguno. Luego síguese que no hay más que desear y amar sino que Dios haga de nosotros á su voluntad, para que todo resulte á gloria suya y bien del alma; y que escogerá Dios para el alma lo que más le conviene, como á cosa tan amada, si ella lo acepta como cosa venida de la mano de Dios

(1) Memorial, núm. 165.

y no de las criaturas, y se sabe aprovechar de todo lo que la envía, diciendo á su Dios: «Señor, hágase tu voluntad, y no la mía,» con amor y hacimiento de gracias por la gran merced y beneficio, teniendo el ojo puesto al fin por que Dios envía el trabajo al alma, que es amor y para gran bien de ella, para darla, si lo abraza por su amor, grados acá de gracia y allá de gloria. Este es el fin para que se los da los trabajos, y para que por este camino alcance perfeccion y santidad: y dándose el alma toda á su Dios, le diga: «Recíbeme, Señor, por tuya, y haz de mí á tu voluntad, Dios mío, y tóname á tu cargo, porque vaya todo á tu gusto, pues soy toda vuestra.»

El cuarto, un aprecio particular de la obediencia. «De aquí, continúa (1), le nace á esta persona amar tanto á la gran virtud de la obediencia, porque el obedecer á su Superior es hacer y poner por obra la voluntad de Dios seguramente; lo cual es gran cosa contentar á Dios haciendo su voluntad. En esto y en padecer por Dios trabajos es cosa clara que el alma hace la voluntad de Dios: y si á esto añade el alma otro punto, con la gracia de Dios, alcanzará con su favor grande santidad en breve tiempo, haciendo la voluntad de Dios; y es, que se remire mucho el alma, para contentar á su Dios que tanto ama, en que en todos sus pensamientos y palabras, y obras y negocios suyos y ajenos, busque la voluntad de Dios, y le diga: «Señor, haz de mí á tu voluntad, que de eso me gozaré yo: y haz que yo siempre haga tu voluntad y no la mía;» y á esta causa ruega á Dios que le perdone sus pecados, y que si le ha de ofen-

(1) Memorial, núm. 165.

der, que antes súbitamente se caiga muerto: y con instancia lo ruega á la Virgen que se lo alcance de su Hijo, y esto por que no ofenda á quien tanto ama: para lo cual procura, primero que hable ó haga negocio suyo ó ajeno ú otras obras y cosas, de entrar dentro de sí, poniéndose delante de Dios encomendándose; y si allá dentro se le queja el alma, no lo hace, porque es cierto que no agrada á Dios, y es señal cierta; y cuando no se queja, y después queda con paz, es señal que agradó á Dios: y con este ejercicio en que anda el alma deseosa de contentar á su Dios, alcanza gran paz y enseñanza de Dios antes y después de haberlo hecho.»

Buen ejemplo de obediencia heroica dió en el caso que inmediatamente refiere, y dice así: «Más le aconteció á esta persona, que estando sentado á la mesa, y tenía delante de sí una escudilla, y el Superior le envió á decir que comiese la escudilla; y él tomó el cuchillo y empezó á raer la escudilla: y como lo viese otro, le dijo que ¿por qué hacía aquello? Respondió: que el Superior había dicho que comiese la escudilla; y al otro le pareció que lo de dentro había de comer, y no la escudilla: y así por su causa lo hizo, comiendo lo de dentro y no el barro.»

El quinto finalmente, grande privanza con Dios, alcanzando de él todo cuanto le pedía. «El órden, dice (1), que tiene para que Dios le conceda lo que le pide para sí ó para otros que se lo encomiendan, es que tenga grande amor de Dios y de los prójimos: y así pedirá á Dios para sí y para su prójimo lo que fuere para mayor gloria de Dios y más provecho del alma: y entonces lo

(1) Memorial, núm. 168.

dará siempre, porque como ama tanto Dios al alma, mira por su bien; y si es para bien de ella, se lo concederá y de ello resultará en gloria de Dios; y así lo que pide á Dios es, que sea para gloria de Dios y salvacion del alma; y pedido á este fin, no teniendo respeto á carne ni á sangre, lo concede. Fuera de esto no hay que pedir á Dios para sí ó para otro, porque esto es lo que vale mucho para el alma y para el cuerpo, y lo demás segun la carne no vale nada: y así pidiendo á Dios para sí ó para otro, dirá á Dios: «Señor, yo te suplico que dispongas y ordenes de este negocio ó cosa aquello que fuere para tu gloria y bien del alma, y yo te sirva mejor:» y él te lo dará.»

De la eficacia de su oracion y de su valimiento con Dios es prueba lo que le sucedió al H. Alonso en el mes de Diciembre de este mismo año de 1610. Hallábase enfermo de peligro D. Juan de Villaragut, virey de Mallorca: y su consorte, D.^a Ana Pardo, que tenía alto concepto de la santidad del H. Alonso Rodriguez, se valió de sus oraciones con deseo de que le alcanzase de Nuestro Señor la salud de su marido. Hizo oracion el Hermano Alonso á esta intencion, y perseverando en ella, se halló en una gran suspension de sentidos y elevacion de espíritu; y en esta ocasion descubrió á la Virgen Nuestra Señora con el enfermo en sus brazos, y oyó que le decía: «Yo tomo á este enfermo, por quien ruegas, á mi cargo.» Murió el enfermo poco tiempo después, con grandes prendas de su salvacion: y aunque algunos, movidos por las palabras que dijo la Virgen, se habían antes persuadido que había de vivir y quedar libre de aquella enfermedad, Nuestro Señor le declaró después al mismo H. Alonso el sentido verdadero de la revelacion,

diciendo, que el haberle ofrecido la Virgen que tomaría á su cargo el enfermo, no había sido á fin de dilatarle la vida temporal, sino de asegurarle la eterna: porque había muerto muy bien dispuesto y aparejado para hacer la jornada de la eternidad de gloria.

Vióse tambien la eficacia de las oraciones de Alonso en otros dos casos (1). Un caballero honrado de la ciudad tenía un pleito de importancia, y estaba de su parte la razon y la justicia: había gastado tanto en él antes de la sentencia, que ni él ni los cinco ó seis de su familia tenían de que comer, ni para pagar el alquiler de la casa; tanto que los dueños les echaban de ella, y no sabían á dónde acogerse. Su posicion no le permitía pedir limosna, ni aun de secreto, á personas conocidas; y el caballero se avergonzaba solo de pensarlo. Vase á Alonso, expónele lo triste y desesperado de su situacion, y pídele que encomiende á Dios á él y á su familia. Movido á compasion el buen Hermano, acude á la Virgen y ruégale con mucha instancia que se encargue ella de remediar aquella necesidad, porque ya no tenía remedio humano. No habría acabado Alonso su oracion, cuando el Señor proveyó de una persona que les pagase el alquiler de la casa, y otras que les abasteciesen de los alimentos necesarios, con indecible consuelo y agradecimiento del antes afligido caballero y de toda su casa.

«Tambien le aconteció, dice Alonso (2), que un siervo de Dios vino á tratar con él un gran trabajo espiritual y corporal que tenía, el cual le afligía mucho, y era persona de mucha suerte, para que le encomendase á

(1) Memorial, núm. 183.

(2) Memorial, núm. 184.

Dios; y él le consoló y esforzó dándole buenas esperanzas con la gracia de Dios, y él tomó á cargo este negocio, que era de peso, encomendándole con fervor á Dios; y en el discurso de la oracion fervorosa por tres veces le fué respondido que ya estaba bueno, y que aquel trabajo no le tendría más: y así después de unos pocos días, vino á hablar á esta persona muy alegre y contento de lo que Dios había obrado de bienes en su alma y en su cuerpo, y creo que ha de ser para mucha gloria de Dios la gran mudanza y determinacion que tiene de aprovechar á su alma y á las ajenas.»

Estos fueron los admirables frutos que reportó Alonso de la prohibicion del P. Provincial José de Villegas; el cual terminada la visita, salió á 4 de Setiembre, para tierra firme, llevándose consigo dos Padres muy devotos y admiradores de Alonso, de quien habían recibido singulares beneficios. El uno fué el P. Ignacio Blanch, del cual hemos hablado en el capítulo XXXVI. El otro fué el P. Mateo Reguer, natural de Belcaire, en Cataluña, que vivía en Mallorca desde el año 1594. Estuvo muy angustiado este Padre un tiempo por un trabajo que tenía cuando celebraba, y era que no podía pronunciar bien las oraciones y lo demás que había de decir, en lo cual pudiera haber nota de la gente que se la oía. No hallando remedio á su mal ni en los consejos de su director, ni en las fervientes súplicas con que lo pedía al cielo, se resolvió á ir á tratar su negocio con el Hermano Alonso y á pedirle sus oraciones y consejos. «Él lo encomendó á Dios y á la Virgen, dice el Hermano; y teniendo entrada con ellos, (que parece que para él no hay puerta cerrada), en yendo á tratar este negocio para encomendarlos este trabajo y afliccion tan grande que

tenía, no podía tener entrada; antes, como si las puertas fueran de bronce, así lo hallaba todo cerrado sensiblemente: solo hallaba algun alivio para él, cuando esta persona (Alonso) oía en la iglesia su misa; porque él le estaba encomendando á Dios y á la Virgen, colgado de ellos sin cesar. Y si acaso interrumpía la oracion, por poquito que fuese, luégo estaba con él la turbacion.» Parecióle á Alonso que esto podría ser castigo de algun movimiento de vanidad que habría tenido el Padre en decir bien la misa con la buena voz que tenía, porque añade: «Él contaba de sí cuán bien decía antes la misa con su buena voz. Pregunto, termina, si no ha hallado remedio, si sería bueno que se examinase si diciendo antes tan lindamente la misa, si tenía de ello presuncion y vanagloria, para que si la tenía, sane esta enfermedad humillándose á los pies de Jesús y de María.»

Pongo fin á este capítulo con la narracion de algunos pormenores de la vida de Alonso durante este tiempo, los cuales refiere un testigo de vista: «El año 1610, dice el H. Colin (1), siendo ya el Hermano tan viejo y aquejado de achaques, que apenas podía andar, vi que un día se llegó al P. Juan Torrens, que era Rector, y con muchas veras le propuso que le mandase dar algun oficio trabajoso en casa, representándole que estaba muy ocioso en el Colegio, y que por amor de Dios le mandase emplear. Y el P. Torrens, como le viese tan desconsolado, le concedió que por aquella vez fuese á tener cuenta de la portería en tiempo de la primera mesa. En este mismo tiempo tenía cuidado de proveer las pilas de agua bendita y avisar á los que habían de hablar al Prefecto

(1) Carta autógrafa de 21 de Setiembre de 1618.

de espíritu: y jamás se advirtió en él la menor tardanza del mundo, sino una suma solitud en estas cosas. Muchas veces al encontrarme, me preguntaba qué hora era ó á cuántos estábamos del mes, para ir trazando conforme á esto sus obediencias. Los días que se toca á confesar, en oyendo la campanilla, ora estuviese el Padre en casa, ora no, luégo se iba y se paraba inmóvil á la puerta del confesor. Advertí en él, que los días que no tañía á confesar y era víspera de su comunión, muchas veces á las cuatro horas de la tarde ya estaba en busca del P. Marimon; y por no estar en casa el Padre, acaecía muy de ordinario que le veíamos estar horas enteras á la puerta de su aposento ó cerca de ella en algún ángulo del cuarto aguardándole.»

«Era tan puntual en hacer sus devociones, que noté muchas veces que en tañendo á salir de la primera quiete de mediodía, luégo aun antes de haber acabado de salir de su lugar, ya comenzaba á rezar ciertas devociones: las cuales y el rosario, siempre que sin ser notado lo podía hacer, rezaba con voz medio alta. Y supe de algunos Padres que vivían al lado de su aposento, que á cualquier hora de la noche en que despertasen, le oían rezar.»

«Estando él ya tan viejo y enfermo, un día pasando delante de su aposento, le oí que se estaba disciplinando con tan buen brío, como si fuera un mozo de veinte y cinco años. Cuando algún Superior ó sacerdote pasaba cerca de él cuando se lavaba, con las manos mojadas y sin enjugarse se quitaba luégo el bonete, como lo vi y noté muchas veces. Muchas veces me encontré, al pasar alguna puerta, con él; y jamás hubo remedio de que pasase delante: lo cual guardaba con todos los Hermanos estudiantes y mucho más con los Sacerdotes.»



CAPÍTULO XLIV

ALCANZA DE DIOS QUE SUS DOS HERMANAS VAYAN AL CIELO SIN PASAR POR EL PURGATORIO.—SU SANTA VIDA Y PRECIOSA MUERTE.—VÉLAS ALONSO EN EL CIELO.—NUEVAS LUCES ACERCA DE LA PERFECTA RESIGNACION.—MÁNDALE LA VÍRGEN QUE ESCRIBA.—TEMORES DE FALTAR Á LA OBEDIENCIA.—ELOGIO DE ALONSO POR EL P. JUAN TORRENS.—FRAGMENTO DE UNA CARTA DEL P. COLIN

I6II

LA eficacia de las oraciones de Alonso y lo presto que estaba Dios Nuestro Señor á otorgarle todo cuanto le pedía, se echó bien de ver en un caso, que no pudo menos de henchir del gozo más puro el corazon del santo anciano. Ya dijimos en otra parte que de diez hermanos que tuvo el santo, dos hermanas solamente, que fueron Juliana y Antonia, llegaron á una edad avanzada. Vivieron estas una vida muy semejante á la de su hermano Alonso. De las cartas que se conservan escritas á ellas por Alonso, se echa de ver que las amaba muy tiernamente; y esto, no tanto por el parentesco carnal que con ellas tan estrechamente le unía, cuanto por el levantado espíritu que reconocía en ellas, y por los singulares favores con que el cielo las

regalaba. En este tiempo, pues, en que tan á pechos había tomado el ejercicio de cumplir en todo la voluntad de Dios, y en que por lo mismo tenía tanta entrada en la oracion, rogó al Señor que sus dos hermanas, cuando saliesen de esta vida, no solamente fuesen al cielo, sino que fuesen allá derechamente sin pasar por el purgatorio: y el Señor se dignó responderle (1): «Yo te lo prometo que no irán al purgatorio, sino al cielo.» Promesa tan singular es clara señal de la santidad de aquellas dos almas dichosas, santidad en cuya consecucion tuvo no pequeña parte nuestro Alonso, por lo mucho que con sus cartas las animaba á subir la áspera cuesta de la perfeccion evangélica: y por esto me ha parecido poner aquí dos cartas de su confesor el P. Pablo Maldonado, dirigidas al P. Juan Mateo Marimon, Rector del Colegio de Montesion, en las cuales hace una breve reseña de la santa vida y muerte preciosa de las dos siervas de Dios. La primera es del tenor siguiente:

«*Pax Xri.*—El P. Rector me ha dicho le ha escrito V. R. pidiéndole le avise de lo que por acá se sabe de dos hermanas siervas de Dios, que tuvo aquí nuestro santo Hermano Alonso Rodriguez, que se llamaron las beatas Juliana y Antonia Rodriguez, deseando escribir algun capítulo de ellas en la vida de su santo hermano; y por haberlas yo confesado, comunicado y tratado muchos años, me ha ordenado lo haga yo: lo cual haré, aunque defectuosamente, porque, por mi corta salud, que lo es mucho, no hice lo que cerca de esto deseé, que fué escribirles las vidas, por ser muy dignas de ser escritas, ni tengo memoria de muchas cosas de que pu-

(1) Memorial, núm. 177.

diera, y fuera conveniente tener; mas diré lo que me acordare, y como mejor supiere.»

«Las beatas Juliana y Antonia, hermanas menores del santo Hermano Alonso Rodriguez, nacieron en esta ciudad el año de 1546 poco más ó menos, y comenzaron á darse á Nuestro Señor siendo de edad de veinte á veintin años, (al tiempo que su hermano, habiendo enviudado, comenzó á hacer lo mismo), leyendo en fray Pedro de Alcántara y fray Alonso de Orozco con direccion del P. Juan de Leon (1), de nuestra Compañía, que ha años pasó á las Indias, y allá creo murió. Comunicóseles Nuestro Señor los dos primeros años de manera que estando en sus ocupaciones de manos, estaban siempre en continua oracion y consideracion de algunos misterios de la vida, pasion y muerte de Cristo Nuestro Señor, pasando así todo el día, leyendo por la noche lo que habían de meditar el día siguiente, y leyendo tambien á ratos entre día. Los dos años siguientes padecieron ambas una gran sequedad de espíritu. Pasados estos dos años, se les tornó Nuestro Señor á comunicar, haciéndoles camino desde sus almas al cielo, de manera que (segun me refirió la Antonia por estas palabras) desde acá á allá todo era un camino de gloria, y allá un continuo y abrasado amor y union con Dios. Pienso que precedió á esto una continua presencia del mismo Dios y Señor nuestro. De esta suerte fueron procediendo desde los 20 ó 21 años hasta que murieron (que debieron de morir de cosa de 68 ó 69 años), andando todo el día y casi toda la noche en una continua oracion vocal ó mental,

(1) Fué el P. Juan de Leon el segundo Rector del Colegio de Segovia, y gobernó aquel Colegio desde 1566 á 1569.

ó en la presencia de Nuestro Señor, ó unidas con él. Levantábanse á las dos ó á las tres de la mañana, y estaban en su casa en oracion hasta que en la Compañía (de donde vivían cerca) tañían á la primera misa, y entonces se venían á ella, y estaban allí, ya oyendo misas, ya en oracion, de la manera que he dicho, toda la mañana, hasta que se acababan las misas, que entonces se volvían á su casa, y comían. Después de comer, mientras tuvieron vista para poderlo hacer, se ocuparon por cosa de tres ó cuatro horas en coser y remendar nuestra ropa blanca (y faltándoles la vista, que les faltó entrando en edad, aunque no del todo, convirtieron este tiempo en oracion); después de esto rezaban el rosario y corona de Nuestra Señora con una grande pausa y consideracion de lo que hacían; y en esto y en oracion en las formas dichas pasaban hasta las ocho de la noche, en la cual hora cenaban: desde las ocho tornaban á estar en oracion hasta las diez ó las once, que se acostaban. De suerte que su dormir era de cuatro ó cinco horas. Al principio no sé qué comuniones hacían: cuando yo las comencé á tratar, que ha muchos años, comulgaban dos ó tres días cada semana; después comulgaban tres ó cuatro, hasta que vinieron á comulgar cada día; y cuando esto hacían, se reconciliaban dos veces cada semana, aunque pudieran muy bien no lo hacer por la pureza de la vida: ayunaban tres días cada semana, demás del adviento, que le ayunaban todo con una comida muy moderada. Traían cilicio y tomaban disciplinas uno ó dos días cada semana. Su comida los días que no eran de ayuno era un poquito de carnero á medio día, y á la noche unas pasas ó un poco de fruta con un poco de pan.»

«Vivían, como he dicho, cerca de la dicha Compañía

en una casita pequeña sin compañía de otra persona alguna ni para su servicio, porque lo que era dentro de casa ellas lo hacían, lo de fuera hacían algunas criadas de personas que por su virtud las tenían aficion. No visitaban ni querían ser visitadas de otras personas, aunque fuesen religiosas. Los domingos y fiestas pasaban mañana y tarde en nuestra iglesia en oracion en la forma dicha, excepto el tiempo en que para comer se iban á su casa. Los días de entre semana tenían la mañana en nuestra iglesia, y la tarde en su casa, de la cual no salían para otra parte, si no era el Jueves Santo á comulgar á la parroquia, y alguna rara vez á alguna iglesia vecina, donde estuviese el Santísimo Sacramento descubierto ó hubiese otra devota festividad. Tenían las dos hermanas entre sí una grande hermandad, conformidad, y union: dormían en una cama, aunque estuviese alguna de ellas enferma. Su trato era con tanta llaneza, que no había entre ellas lenguaje más que «Antonia, haz esto,» «Juliana, haz estotro.» La Juliana fué un tiempo fatigada de escrúpulos, y escribiólo á su santo hermano Alonso Rodriguez, y él la respondió diciéndola el modo con que se había de haber con ellos tan cuerda y acertadamente, como lo pudiera hacer un docto y experimentado teólogo. La Antonia, que era la menor, no tuvo cosa de esto; mas tuvo los últimos años de su vida mucha falta de salud con continuos dolores y fatigas, lo cual llevó con mucha paciencia y conformidad con la voluntad de Nuestro Señor. Aunque estas dos santas hermanas corrieron parejas en las obras de virtud que hicieron, teniendo un mismo tiempo y modo de oracion, y un mismo número de confesiones y de comuniones, de ayunos, disciplinas y cilicios mientras tenían salud; en lo natural

la menor hacía alguna ventaja á la mayor, porque tenía más apacibilidad y más caudal de entendimiento, con que era más agradable y de más provecho á las personas y almas que le comunicaban: y aun parece se aprovechó y aventajó más en la virtud y santidad, y la hizo Nuestro Señor algunos favores que no sé los hiciese á la mayor, como fué suplicándole por las almas de algunas personas difuntas, que se le encomendaban, manifestaba que estaban en el cielo; lo cual ella de ordinario suplicaba, y Nuestro Señor se lo manifestaba en esta manera. Comulgaba á esta intencion, y habiendo comulgado, se recogía y ofrecía á Nuestro Señor aquella comunión por aquella alma, suplicándole, lo mejor que podía, que si estaba en las penas del purgatorio, la sacase de ellas; tras esto acontecía que su espíritu era llevado al cielo, y allí se le mostraba gloriosa el alma por quien suplicaba: esto me refirió haberle acontecido cosa de diez veces, rogando por las almas de diez personas: con otra me dijo haberle sucedido lo mismo no precediendo comunión, y de esta me dijo que veía que se había ido al cielo derecha, porque así como oyó decir, que este, cuya era esta alma, era muerto, (que fué luego como espiró), hizo oración á Nuestro Señor por él, y le fué mostrada su alma gloriosa en el cielo: este fué un Padre de la Compañía, natural de esta ciudad y muy siervo de Dios, y se llamaba el P. Bartolomé del Hierro, cuya alma me dijo era la primera que de esta manera se le había manifestado gloriosa. También me dijo la habían sido mostradas juntas muchas almas de personas de la Compañía en el cielo.»

«Otra vez me dijo que oyendo la primera misa en nuestra iglesia, estando rezando al Santísimo Sacramen-

to y el rosario de la Santísima Trinidad, vió ante la custodia del Santísimo Sacramento, estando cerrada, una claridad y una blancura celestial, y que duró esto lo que duró la primera misa. Otra vez me dijo que había visto con la vista interior del alma un resplandor que venía desde Mallorca, donde su santo hermano estaba, hasta ella; del cual colegía ella la santidad de su hermano. Otra vez vió á las dos de la mañana dentro de su aposento una luz y resplandor muy grande, y dentro de él uno como sol, que no sabe lo que fuese más de que la dió un gran consuelo, y que esto á su parecer no lo vió su hermana, aunque estaba en oracion en el mismo aposento, porque no la dijo cosa de ello. Esta hermana menor murió primero que la mayor de una aguda fiebre, de que por su mucha flaqueza no pudo ser curada: entiendo que supo la hora de su muerte por algunas cosas que dijo aquel día por la mañana. Murió por la tarde (1), y acordóse de enterrarla el día siguiente por la mañana; y diciendo yo á la hermana dónde quería estar aquella noche, porque, como mujer, re- celé que temiese quedar con la hermana difunta, respondióme que con su hermana, que era santa, y por eso no temía; y así quedó con ella junto con otras personas que la hicieron compañía, y la mañana siguiente se fué á nuestra iglesia, y oyó la primera misa y comulgó, y se volvió á su casa mucho antes que viniesen por el cuerpo de su hermana para enterrarle. Muerta la hermana menor, me dijo la mayor que lo que la quedaba de vida era ya poco, y que deseaba hacer más peniten-

(1) Del 7 de Julio de 1614, segun escribe el P. Janin. Libro III, cap. III.

cia; que la diese licencia para ayunar lo que le restaba á pan y agua: yo deseando que gozase el mérito de ello, con cumplida determinacion le dije que me vería en ello, y después la respondí (si bien me acuerdo) que lo hiciese un día, pero que no prosiguiese sin avisarme cómo le había ido: lo cual dije así, para cuando me avisase, decirla que no prosiguiese, como lo hice. Dentro de dos meses y medio escasos de como murió la hermana menor, llevó Nuestro Señor á la mayor de repente, aunque no con muerte improvisa, pues con tanto cuidado de su alma vivía. Habíase reconciliado y comulgado aquel día: y á la tarde yendo á su casa una mujer que ella había pedido la acudiese para lo que había menester, llamando, no la respondió; temióse lo que había sucedido: entraron con una escalera por una ventana, y halláronla caída al pié de la escalera de su aposento difunta, que con el mal de la muerte ó bajando ó subiendo cayó y se quedó muerta.»

«El crédito de santidad que estas dos santas hermanas tuvieron en esta ciudad fué muy grande: por lo cual á sus entierros concurrió la gente principal de hombres de ella, llevándolas en hombros hasta nuestra iglesia, donde estaba lo principal de mujeres para verlas y asistir á sus oficios. Iban en las andas descubiertas y vestidas con el hábito de beatas que traían en vida. Fué tanto el concurso de gente principal y comun que allí llegó á cortar de sus vestidos para reliquias, que apenas podíamos defender los cuerpos para enterrarlos. Están enterrados en ataúdes cerrados en una capilla de Nuestra Señora, que es la primera de nuestra iglesia, junto á la mayor, al lado de la epístola.»

«Esto es lo que breve é imperfectamente se me ofrece

decir de estas santas hermanas: de lo cual podrá Vuestra Reverencia tomar lo que bien le pareciere para el fin que pretende, y disponerlo á su gusto. Nuestro Señor, etc.— De Segovia, 8 de Febrero 1619.—PAULO MALDONADO.»

«V. R. perdone la mano ajena: que la falta de salud es la causa de ello.»

La segunda carta del P. Maldonado contiene una copia de la carta de Alonso, en que habla de la gloria de sus santas hermanas. Dice así: «*Pax Xri.*—A los primeros meses de este año envié á V. R. una relacion que V. R. pedía de la vida de la beatas Juliana y Antonia Rodriguez, hermanas del santo H. Alonso Rodriguez, que me dijo el P. Rector de este Colegio la pedía V. R. para hacer un capítulo de ella en la historia del santo Hermano: y aunque pudiera entonces escribir lo que ahora pretendo, no lo hice, porque en la relacion que se imprimió de su vida me parece que lo vi escrito, y así presumí que se tendría de ello bastante noticia en ese Colegio para poderlo sacar en su historia; pero considerando de unos días á esta parte que por ventura no se tendría tan entera noticia, me ha parecido escribirlo, y será con las mismas palabras que me lo escribió el santo H. Alonso Rodriguez por orden del P. Rector que entonces era de ese Colegio.»

«Digo, pues, que en la relacion que envié de estas dos hermanas escribí su vida y muerte, después de la cual, habiendo dado parte de ella á su santo hermano por una carta mía, me respondió en la forma siguiente: «Una de V. R. he recibido, y antes de ella yo creo haber escrito á V. R. dos cartas avisándole cómo acá por mis dos hermanas difuntas se habían dicho misas y oraciones. Démonos, mi carísimo Padre, á servir á Dios:

hagamos, pues, ahora acá lo que después de muertos queríamos haber hecho allá. Yo creo, mi carísimo Padre, que ellas están gozando de Dios. Acuérdomé que una vez acordándome de ellas, fuí llevado en espíritu allá adonde estaban, y vi allí á mis dos hermanas que estaban juntas, arrodilladas con gran devocion, vestidas entrambas de una vestidura que las cubría todas, muy preciosa, de color de oro fino. Las vestiduras significan el grande amor de Dios con que amaban á Dios desde niñas; y la grande union de entre las dos y amor, y la oracion, que tenían arrodilladas, significa la grande oracion y presencia de Dios que tantos años tuvieron acá, gozando de Dios, comunicándose con él, y ahora contemplándole, viéndole cara á cara, dándolas el premio de sus trabajos. Dios nos lleve allá y le gocemos. Amen.» Lo que toca á lo que dice de sus hermanas, me parece será á propósito para rematar lo que de ellas se escribiere: y esto me ha movido á escribirlo, por si llega á tiempo que se pueda poner en el libro de la vida de su santo hermano.—Nuestro Señor, etc.—De Segovia, 21 de Diciembre, 1619.—PAULO MALDONADO.»

Volvamos á nuestro Alonso, al cual conforme iba adelantando en el ejercicio, aprendido del cielo, de buscar y cumplir en todo la voluntad de Dios, el Señor le iba sugiriendo nuevas y más eficaces maneras de ocuparse en aquel santo ejercicio. Considerando Alonso que lo que en el hombre más resistencia hace al conocimiento y á la ejecucion de la divina voluntad, es el aprecio de sí mismo, muy á menudo se representaba delante de Dios, y allí mirando á aquella infinita majestad, y á su propia alma llena de malezas y pecados, y la nada y flaqueza de todo su ser, con gran temblor y re-

verencia hablaba á Dios y le pedía el menosprecio de sí mismo, y juntamente todo en un tiempo, dice (1), hacía actos de menosprecio de sí; y si los actos eran continuados, añade, se le comunicaba Dios con más largueza. Y en esta peticion á Dios juntaba la del menosprecio de todas las cosas del mundo; en lo cual le daba Dios tan claro conocimiento de la vanidad de ellas, que todas le daban en rostro. De aquí subía á Dios pidiéndole suma é infinita estimacion y adoracion de su bondad y excelencia, y agradecimiento infinito á sus beneficios.

Ejercitábase además interiormente en la entrega total de su alma á Dios diciéndole: «Señor, pues soy todo tuyo, haz de mí á tu voluntad, que de eso me gozaré yo.» Aquí delante de Dios se le representaba la omnipotencia infinita del Señor y cómo todas las cosas vienen de su mano santísima: y así con profunda humildad le entregaba toda su alma, para que con su infinita omnipotencia hiciese de ella á su gusto; hacía allí con Dios actos vehementes de amor de la divina bondad, y aceptaba con alegre corazon todo lo que quería hacer de él, por más amargo y penoso que fuese, bastándole que viniese de la divina mano y que fuese voluntad de Dios.

Estos dos puntos, de la humildad y de la entrega que de sí hace á Dios el alma, dice que son muy esenciales, porque son una preparacion con que el alma se apareja para que cuando vengan de veras los menosprecios y deshonras, las persecuciones y tentaciones, esté prevenida para pelear y vencer á sus enemigos, abrazando todos los trabajos, cuando vengan al vivo, con el ejercicio interior de los actos de las mismas virtudes, hasta con-

(1) Memorial, núm. 171.

vertir lo amargo en dulce y lo dulce en amargo con la pelea interior y el auxilio de la divina gracia.

Era tal la humildad que con este ejercicio alcanzaba, que á pesar de que advertía haberle sucedido cosas extraordinarias, que el vulgo del mundo canoniza y estima en mucho, y lo tiene por santidad, como son visiones, revelaciones, dón de profecía y milagros, confiesa (1) que él no hallaba en ello cosa de santidad; porque la santidad, dice, cuesta de alcanzar muchos y grandes trabajos de peleas interiores; y estas otras cosas, añade, yo no sé que cueste ningun trabajo ni interior ni exterior: y así se había en ellas como si lo hubiese con una sombra ó con uno que estuviese lejos, y no con él. Lo que hacía era quedarse con la memoria de ello para dar cuenta de lo que pasaba por su alma, y lo demás echarlo en olvido.

Para ejercitar con más perfeccion el cumplimiento de la divina voluntad, redujo todos los casos que le podían suceder á dos cabezas. La primera, de todas las cosas adversas y trabajos que podían venirle de mano ajena independientemente de su voluntad: abrazábalo todo por amor de Dios y por ser esta su voluntad, haciendo durante el trabajo frecuentes actos de alegría y contento de padecerlo por amor de aquel Señor que tenía presente: y si el trabajo era de tentaciones, luégo el demonio se huía corrido. La segunda cabeza era de todas las cosas que salían de él, como son pensamientos, palabras que hubiese de hablar ó responder, ó consejos y avisos que hubiese de dar á los que le consultaban, y finalmente negocios suyos que tuviese que tratar: en estos casos

(1) Memorial, núm. 181.

antes de la obra, acudía á Dios pidiéndole que le enseñase á hacer en todo su santísima voluntad, y que le diese su licencia para ello, la cual claramente conocía que le daba el Señor cuando era su divina voluntad que hiciese la obra, y que se la negaba, cuando no lo era. Y esto lo conocía por la paz interior que sentía antes y después de hacer la obra que Dios quería, y por cierta inquietud y angustia que sentía cuando la obra no era conforme á la voluntad de Dios. Y hacía consistir la fina sabiduría, prudencia y discrecion en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, segun aquello de san Pablo: «No seáis imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios (1).»

No faltó Dios á ofrecer á su siervo ocasiones de poner por obra este ejercicio, permitiendo al demonio que le molestase con diversas tentaciones. Una de ellas fué la misma con que al principio de su vida religiosa le dió tan cruel batería: mas tenía Alonso tal dominio sobre el tentador en esta materia, que cuando le traía algo de esto estando delante de otros, con grande imperio de severidad de ojos y rostro, como por señas, le mandaba que se quitase de allí, y luégo desaparecía (2).

De otra tentacion habla así (3): «Le suelen algunas tentaciones venir de que oye los Evangelios ó lee cosas de Santos, que le vienen algunas dudas y disgustos. A estos hurto el cuerpo luégo, y acudo á Dios y le digo: «Ahora os tengo de servir mejor,» porque me entibian del amor y servicio de Dios: y á los demonios hago

(1) Ephes. V, 17.

(2) Memorial, núm. 174.

(3) *Ibid.* núm. 175.

fieros, menospreciándolos; y como soberbios, huyen luégo.»

Renovóle tambien la antigua tentacion de ser despedido de la Compañía, pero le salió tan mal este lance al enemigo como puede entenderse de la siguiente relacion de Alonso (1): «Tambien algunos días ha que me vino una tentacion; y como la materia es grave y de peso, suele dar gran pena: y es, quando la tentacion es de ser despedido de la Compañía, como le vino este temor á esta persona: y apretóle tanto, que él se animó con la gracia de Dios, que tomó á pechos este negocio con Dios muy de propósito, poniéndole todo en sus manos y á él con el negocio, para que hiciese de él y de su persona aquello que le diese más gusto: de lo cual le vino en su alma una tan gran tranquilidad, y reposo; y como él no quería sino lo que Dios quería, él le visita tanto, que en poquitos días que le duró el ejercicio con Dios, le hizo Dios más mercedes que en dos años; y así la tentacion desapareció: y esta persona parece que deseaba que no se hubiera ido, segun lo mucho que Dios le comunicaba en su pelea. Después de algunos días tornó, y no tuvo ánimo para detenerse y pelear, visto que Dios le ayudaba en la pelea.»

Hallábase Alonso á los ochenta años de su edad, y la memoria se le había enflaquecido notablemente, y las provechosísimas enseñanzas que recibía del cielo solo con gran dificultad podía retenerlas. Deseara él poderlas escribir, ya para recordarlas fácilmente y aprovecharse más de ellas, ya tambien para mostrar su agradecimiento al autor y dador de todo bien; pero la prohi-

(1) Memorial, núm. 176.

bicion que tenía de escribir, le hacía apartar este pensamiento como una tentacion del enemigo. Vino á quitarle el error, en que en esta parte estaba, la Santísima Virgen con la ocasion que aquí diré (1). Estaba un día Alonso dando gracias después de comer, que era el momento en que solía tener más visitaciones celestiales: hallóse súbitamente en presencia de la Virgen, la cual le mandó que para gloria de Dios escribiese las devociones que con ella tenía. Fuése Alonso de la mesa con no poca zozobra y temor; porque no le parecía que podía dudar de la voluntad expresa de su adorada Reina, y por otra parte no podía escribir sin faltar, segun él creía, á la obediencia y á la órden contraria que del Provincial tenía. Este no podía ser consultado para que declarase el sentido y la extension de su mandato, porque había dejado su cargo. Puesto en estas angustias, fuése á tratar negocio tan importante en la oracion con Dios Nuestro Señor y con su Madre Santísima, rogán-doles le librasen de todo engaño é ilusion diabólica. Estando en el fervor de su oracion, dignóse el mismo Señor declararle la voluntad del Provincial, diciéndole que la prohibicion comprendía solamente los escritos que para otros escribiese, y no los que pertenecían á su propio consuelo y aprovechamiento.

No quedó por esto tranquilo el fidelísimo obediente, reflexionando que en esta visita del cielo y habla interior podía ocultarse algun engaño, al paso que obediendo á la órden del Provincial, estaba del todo libre de error. Ocurriále tambien que aunque escribiese para sí y no para otros, podría acontecer que con el tiempo fuesen

(1) Memorial, núm. 207.

sus escritos á parar en otras manos, y otros se aprovechasen de ellos.

No disgustaba á Jesús y á María este temor de su siervo Alonso y su deseo de no apartarse un punto del cumplimiento de la obediencia: y para sacarle de toda duda y perplejidad, le dijo la Virgen: «Ve, hijo Alonso, al P. Rector, á quien dejó bien declarada su voluntad el P. Provincial, consúltale el caso, y verás cómo te dice lo mismo que te decimos nosotros.» Parecióle buen medio este para salir de su apuro: vase, pues, al P. Torrens, pregúntale si en la prohibicion del P. Villegas estaban comprendidos los escritos que tocaban á su propio espíritu para su aprovechamiento: y el P. Rector le respondió que solo se le había prohibido escribir para otros. —«Segun esto, dice, si la Virgen me manda que escriba las devociones que con ella tengo, no faltaré á las órdenes del P. Provincial escribiéndolas.» — «No, responde, que no fué tal la intencion y voluntad del Padre, como á mí claramente me declaró.» Quedó Alonso del todo satisfecho y consolado con tal respuesta, tan conforme con lo que le habían dicho Jesús y María, los cuales en el mismo momento «Juntos le abrazaron, dice, con abrazo tierno.»

No hallo que se levantara á Alonso la prohibicion del P. José de Villegas; pero tengo por indudable que no le duró mucho tiempo, y que volvió á escribir para otros; pues los utilísimos y altísimos documentos con que el cielo le favoreció con ocasion de aquella orden, como hemos visto, se hallan escritos de su puño y letra no solo en los cuadernos en que apuntaba sus luces y sentimientos espirituales para su propio aprovechamiento, sino tambien en los otros que escribía para utilidad de

los demás. Pudiera ser que á la muerte del P. Villegas, tranquilizados ya los ánimos con el próspero suceso del rescate de los cautivos de Argel, y conocido mejor el espíritu y santidad de Alonso, se le permitiese otra vez escribir. Esto se hace más probable al considerar que en Agosto de este año de 1611 fué á gobernar el Colegio de Montesion el P. Pedro Gil, varon de elevado espíritu y santidad no comun, que ya años antes le había visitado, y con esta ocasion había conocido bien á Alonso, de cuya santidad era admirador y panegirista entusiasta, no menos que el P. Torrens, el cual lo fué tanto, como puede inferirse de lo que escribió de él años adelante.

«Era tal el amor de Dios que ardía en su pecho, dice el P. Torrens, (que trató íntimamente á Alonso por espacio de catorce años), que lo manifestaban bien sus palabras, con las cuales se inflamaban los corazones de cuantos le oían, por indevotos y fríos que se hallasen. De mí sé decir, añade, que ningun libro espiritual me causaba tanta devocion, como el conversar un rato con el H. Alonso; y no recuerdo haberle pedido que me encomendase una sola vez á Dios, que en seguida no experimentase consolacion espiritual, y la mayor parte de las veces con grande abundancia. Por esto cuantas veces venía el Hermano á mi aposento por algun recado, al salir, le pedía que me encomendase á Dios. Otros muchos confesaban que cuantas veces le habían pedido oraciones para alcanzar de Dios alguna gracia, la habían obtenido por la intercesion del Hermano. Una vez se me pidieron Padres para dar una mision en una villa: escaseaban aquellos, y hallábame yo con poca salud para soportar los trabajos de la mision: pero confiado en Dios

y en el valimiento de Alonso, me animé á ir allá: durante la mision desapareció mi enfermedad, y cobré fuerzas para emprender otras misiones. No recuerdo, concluye, que jamás le oyese hablar de cosas indiferentes, sino siempre de Dios; y esto lo hacía con todas sus fuerzas y con todo su corazon, sin que jamás se cansase de ello ó remitiese su fervor, porque vivía una vida toda sobrenatural, á manera de un ángel del cielo. Y de la santidad y virtudes con que plugo al dador de todo bien enriquecer el alma de su siervo, y de las maravillas que obró por él en vida y en muerte, y cada día va obrando, es pública la fama y pueden presentarse innumerables testigos.» Esto dice el P. Juan Torrens en la declaracion que escribió como testigo de vista y de lo que había oído para el proceso de beatificacion y canonizacion del H. Alonso.

Pondré fin á este capítulo con la relacion de algunas cosas que por este tiempo le sucedieron. El H. Francisco Colin en carta de 21 de Setiembre de 1618, escrita desde el Colegio de Barcelona al P. Juan Mateo Marimon, afirma haber encontrado un papel escrito de mano de Alonso en el cual se leía: «Que estando encomendando á Nuestro Señor al P. Blanch, que entonces estaba con vahidos de cabeza, le fué respondido que se había de haber vuelto loco; más que Dios por su intercesion le concedía salud bastante para ejercitar los ministerios de la Compañía para tanto tiempo (que no pudimos leer cuánto por estar rasgado.» Y de otro Padre llamado Juan de Ávila, mallorquin, que había estudiado gramática y retórica en el Colegio de Montesion y entrado en la Compañía el año 1586, dice el H. Colin en la misma carta, que «Encomendándole Alonso á Nuestro Señor por orden del

P. Rector, cuando al Padre le tomó por primera vez el mal de que estuvo por cuarenta y tres horas sin sentido, le fué respondido que el Padre había de haber muerto aquella vez, pero que por sus ruegos Nuestro Señor le concedía que viviese tanto tiempo (que tampoco pudimos averiguar qué termino señalaba.) Yo vi, continúa, cómo estando el P. Ávila de aquella suerte sin sentido, el Hermano Alonso, por orden del P. Rector, se llegó á su cama, y hizo la señal de la cruz sobre ella, y rezó un *Gloria Patri* y no sé qué otras oraciones, y después al Padre se le fué aliviando el mal hasta que volvió totalmente en sí.»

«Trataba con Dios cosas muy secretas y escondidas á los ojos de todos. El año 1611 me acuerdo que por espacio de cinco ó seis meses le duró que al tiempo del exámen de la noche daba unos suspiros tan grandes y agrios, que se oía de la mayor parte del Colegio: y yo, que moraba en otro cuarto, la primera noche que lo oí, no sabiendo aún lo que eran aquellos suspiros, fuí hacia aquel cuarto, y vi que era él, y que estaba junto á la puerta de su aposento, que tenía oscuro y abierta la puerta: y aunque deseábamos mucho todos saber qué novedad era aquella, jamás lo pude rastrear.»





CAPÍTULO XLV

OFRÉCELE EL SEÑOR NUEVAS OCASIONES DE EJERCITAR LA RESIGNACION DE SU ALMA EN DIOS.—VE Á LA COMPAÑÍA RESPLANDECIENTE COMO EL SOL ENTRE LAS ESTRELLAS

1612

LAS virtudes en el alma además de ser adornos espirituales con que ella se hace agradable á los ojos de Dios, son tambien instrumentos para hacer grandes obras en su servicio, enriqueciendo el alma de méritos para la gloria. Cuando, pues, Dios levanta á sus fieles siervos á la cumbre más sublime de las sólidas y perfectas virtudes, no permite que aquellas fuerzas estén ociosas, sino que las hace ejercitar; y no de cualquier manera, sino de modo que ejerzan actos proporcionados á su robustez é intensidad. Hemos visto cómo las alcanzó todas Alonso en grado muy heroico; cómo le enseñó Dios á ejercitarlas del modo más perfecto, esto es, resignándolas todas en su Dios, para no usar de ellas en ninguno de sus actos sino conforme al beneplácito de su Divina Majestad; finalmente cómo desde que recibió aquella soberana luz (1), que le hizo com-

(1) Véanse los dos capítulos anteriores.

prender la excelencia del cumplimiento de la divina voluntad, á imitacion del Hijo de Dios, cuya comida era hacer la voluntad de aquel que le había enviado y buscar en todo el beneplácito del Eterno Padre, tomó á pechos y como único empleo de su vida el cumplimiento de la voluntad de Dios; y el Señor por su parte le fué ofreciendo ocasiones de trabajos, tentaciones y desamparos, para que su fiel y devoto siervo se fuese perfeccionando en aquel tan soberano ejercicio, que fué el carácter distintivo del espíritu de Alonso en los últimos ocho años de su vida, de los cuales en pocas palabras podría decirse que fueron un continuo ejercicio del cumplimiento de la divina voluntad en los trabajos y adversidades que el Señor le envió.

A la medida que con tan soberano ejercicio se robustecía más y más el fervoroso espíritu de Alonso, eran más arduos y dificultosos los casos que se le ofrecían: y desde este tiempo lo fueron tanto, que antes de que se le ofreciesen, tuvo por bien el Señor prevenirle, para que su siervo se aperciese á la pelea. Estaba un día Alonso oyendo misa, y siendo así que en este santo ministerio solía siempre sentir grande acrecentamiento de devocion, esta vez se halló algo desconsolado: admiróle este cambio, y hablándole Dios con voz clara, le dijo (1): «Alégrate, Alonso, y padece ahora que á la hora de la muerte te consolaré.» No puede con palabras explicarse el consuelo y alegría que causaron en su corazon estas palabras, por la nueva certidumbre que concibió de que había de morir en amistad y gracia de Dios.

Desde este día fué la vida de Alonso uno como mar-

(1) Memorial, núm. 188.

tirio continuado. Una de las grandes penitencias secretas que tenía, dice él que era el que habiéndole Dios metido en el propio conocimiento de sí por vista clara sin discurso alguno, veíase él tal, tan hediondo, tan malo y abominable, que como á tal se aborrecía en sumo grado, y no quisiera verse de puro odio y aborrecimiento que de sí mismo había concebido; y si pudiera huir de su carne, enemigo tan malo, y ausentarse de él en lejanas tierras por no verle, lo hiciera de buena gana: porque esto de no verle, ni oírle, ni tratarle fuera para él de gran consuelo; y tenía por trabajo insoportable el no poder huir de un enemigo, que de día y de noche le andaba persiguiendo é incitándole á que hiciese su propia voluntad, aunque fuese contraria á la divina: y traer siempre á costas á tan odiado enemigo sin poderle echar de sí, era para él un tormento intolerable (1). Y con tenerse á sí en tan baja opinion, sentía de los demás tan altamente, que cuando se topaba con alguno de dentro ó de fuera de casa, los tenía por ángeles, y decía á Dios: «¡O quién fuera como este! (2)»

Pasaba las noches con agudísimos dolores: y confiesa que este era el menor trabajo que de ordinario tenía de día y de noche, y con deseo de padecer más, pidió á Dios más trabajos, y él se los concedió; y en el trabajo pedía con gran fervor que cargase Dios sobre él tanto, cuanto fuese para mayor gloria suya y él le sirviese mejor: y asegura que desde que se acostaba hasta que se levantaba de la cama, era más atormentado, que si toda la noche estuviese despedazando su cuerpo con

(1) Memorial, núm. 200.

(2) Memorial, núm. 189.

sangrientas disciplinas. «Y este trabajo, dice, no tenía otro remedio sino padecerlo por amor de Dios, haciéndole gracias por la merced que le hacía en darle este tesoro por amor de Dios.»

No menor tormento le causaba la comida. «En lo de la comida, dice (1), soy tan arruinado, que más se puede llamar penitencia que no regalo el comer algunas cosas, por no poderlas mascar.» Sucedióle en este punto un caso bien singular. Como el santo anciano no tenía por su mucha edad ningun diente ni muela, los que comían á su lado, movidos á compasion, cortaban la corteza del pan, y quedándose con ella, daban la miga á Alonso, el cual con mucha humildad y con grande llaneza lo recibía y comía: cuando hé aquí que un día «Vínome, dice (2), súbitamente sobre mi cabeza una luz tan grande, que me descubría claramente que el recibirlo era contra obediencia, como si estuviera á mi oído una persona que me lo dijera y enseñara claramente; porque no se puede disponer ni dar cosa de la casa, ni tomar, sin orden del Superior; y porque no se haga, hay orden que si en la mesa algo falta, el que está á su lado avise al que sirve para que lo provea, y no lo dé él, ni tome.» Y desde este punto no tomó jamás en la mesa ni recibió cosa de nadie, excepto del que servía, aunque todo le faltase.

Otra cosa le sucedía en la mesa, y era que todo manjar, por bien condimentado que estuviese, le hedía como la inmundicia más hedionda, y solamente por obediencia lo comía. Más: entre día percibía tan vivamente el

(1) Memorial, núm. 192.

(2) Memorial, núm. 179.

hedor de lo que había comido, que harto hacía en poderse sufrir á sí mismo. «Véome tal, dice (1), que no hallo gusto en mí ni en cosa de este mundo, sino en asistir de noche y de día con mi dulce Jesús y mi dulce María, encomendándoles las cosas ajenas y después las mías, y siempre los hallo favorables, entregándoles lo mejor que yo puedo á mí mismo para que yo sea siempre todo suyo y nunca jamás nada mío.»

Vióse en este tiempo muy atormentado de escrúpulos que afligían en gran manera su alma. Y aunque algunas veces era grandemente favorecido y regalado, y le aseguraba Dios que viviría y moriría en su amistad y gracia; otras veces sin embargo se veía tan seco y desamparado, como si para él no existiese Dios. No fué pequeña cruz para este devoto de Jesús Sacramentado el verse privado de comulgar con la frecuencia acostumbrada. Fué la ocasion de esto la continua enfermedad que padecía; pero le consoló el Señor de la manera que declara Alonso por estas palabras (2): «Un Hermano enfermero le dijo que el Padre Rector había dicho que no comulgase sino los domingos, (porque antes solía comulgar no solo los domingos, pero tambien los martes y los jueves), y él luégo lo empezó á guardar, y guardará hasta que le manden otra cosa. Pasados, pues, unos poquitos de días, parece que le comunicó Dios un modo para comulgar espiritualmente mentalmente siempre que quisiese, y fué que sensiblemente sentía en sí á Jesús y á María, su bendita Madre, el Hijo al lado del corazon y á la Virgen al lado derecho; y como en medio el

(1) Memorial, núm. 192.

(2) Memorial, núm. 190.

Hermano, ejercitando el recibirlo dentro de sí con un acto de amor, y hablando con Jesús y con María su Madre, les pedía con instancia una infinita humildad de corazon, y aborrecimiento de sí mismo, y la limpieza del alma de toda la vida pasada y de la presente y de la porvenir, y un abrasadísimo amor de Dios, y pidiéndoles que muriese por su amor.»

Recreóle el Señor una vez con la vision que cuenta él así (1): «Estando oyendo la misa de la comunión el día de Todos los Santos, y los Hermanos con él, él encomendándose á la Virgen, como siempre lo suele hacer, y á su madre Santa Ana, y á San Joaquin su padre, y á su santo esposo San José, y á todos los Patriarcas y Profetas, y á todos los Mártires y Confesores, y á todos los espíritus bienaventurados, rogándolos que rogasen al Señor que todos los Hermanos que habíamos de recibir al Señor en aquella misa, (que serían todos), que nos aparejase para que le recibiésemos á gusto suyo, presentándoselos todos; y esta petición iba al mismo Señor que todos habíamos de recibir. Sucedió que después de haberle recibido, veía con particular luz cómo estaba en cada uno, y en un punto y tiempo le veía con aquella su majestad suya en todos, y por sí en cada uno.»

De los remedios que usaba en sus adversidades y tentaciones, dice lo que sigue (2). «Cuando le aprieta la tentacion mucho, como en desamparos del Señor, el único remedio sensible que halla, es con profunda humildad acudir á su Dios con la ignorancia de niño, que en sus trabajitos acude á su madre que le favorezca, pos-

(1) Memorial, núm. 209.

(2) Memorial, núm. 215 y siguientes.

trándose á sus pies; y acudiendo á la Virgen, en lo cual siempre la halló favorable; olvidando al demonio y á la tentacion, cualquiera que sea: y allí derribado á sus pies y desconfiado de sí del todo, se entrega todo á la confianza de su Dios tan presente: y luégo, como él cuelga todo de Dios, viendo el gran cuidado que tiene de él, y así vive luégo con tranquilidad y reposo, porque el Señor toma á su cargo el negocio, porque se fió de él y acudió á él por favor.»

«De otro género de remedio y aviso usa, y es general para todos los géneros de trabajos que en esta vida le vienen y pueden venir, que son como innumerables, con que Dios le prueba, y muchas veces inenarrables, para que su corona sea mayor, para salir con gran fruto de ellos, que es como una mina muy copiosa de oro de virtudes y santidad, si se trabaja en ella peleando y venciendo con los actos interiores del alma delante de Dios por el mismo Dios, tomando lo amargo del trabajo por dulce, haciéndose fuerza; y lo que hace es, que en viniendo el trabajo, levanta el corazon á Dios, viendo y mirando cómo viene de su mano, y que él se le envía con su grande amor, para que se aproveche de él y hacerle rico de coronas de gloria: y lo que hace para abrazar este tan gran tesoro, es ejercitarse delante de Dios alegrando su corazon, abrazando el trabajo por amor de aquel Señor que presente tiene, y hablándole le dice: «Señor, yo te hago gracias y alabo y bendigo por la merced tan grande que me haces en darme este trabajo para que yo le abrace por tu amor,» alegrando su corazon con el trabajo, abrazándole por contentar á Dios que presente ha de tener, para que vaya juntamente en el ejercicio oracion y mortificacion todo junto, hacién-

dose fuerza venciéndose, tomando lo amargo por dulce.»

«Otro ejercicio tiene á su tiempo, (porque unos ejercicios son para unos tiempos, y otros para otros, conforme á la disposicion y necesidad del alma), y es el ejercicio, que de que viene la tentacion ó trabajo espiritual ó corporal de enfermedades y dolores ó persecuciones, levanta el corazon á Dios y entrégase el alma toda á su Dios, para que haga de ella toda y del trabajo presente á su voluntad, con los actos interiores del entendimiento y voluntad, hasta hallar gozo en el padecer el trabajo ó trabajos por amor de aquel Señor que presente tiene, gozándose el alma interiormente que Dios haga de ella á su gusto, pues es toda suya, diciéndole con los actos interiores del corazon y entrega: «Haz, Señor mío, de esta hormiguita tuya á tu voluntad, que de eso me gozaré yo:» y con esta entrega en Dios descansa su alma en Dios, y él toma á su cargo no solo los trabajos presentes, pero su alma y su cuerpo para gloria de Dios y gran bien del alma.»

Cuando estuvo algo recobrado de su enfermedad y empezaba ya á levantarse, mandóle el Superior que por algunos días no se levantase, sino que se quedase quieto en cama todo el día. Vínole en esto un pensamiento que le llenó de congoja y turbacion. Y fué qué haría si en estos días que le mandaban quedarse en cama cayese algun domingo ó fiesta ó día de oír misa: porque si no se levantaba para oírla, parecía que no cumpliría con el precepto eclesiástico; si se levantaba, faltaría á la obediencia y no cumpliría la divina voluntad manifestada por el Superior. «Este escrúpulo y pensamiento le apretaba, dice (1), y atormentaba mucho: y él acudió á Dios

(1) Memorial, núm. 185.

rogándole que le rigiese y enseñase lo que en tal caso debía hacer: y él lo hizo con tanta claridad y seguridad interior del alma, que quedó la afligida con suma paz y certidumbre que era Dios el que le revelaba aquel secreto, y que podía estar seguro de pecado en el tal escrúpulo,... asegurándole Dios que lo que el Superior le ordenase, eso era su voluntad que hiciese... Y esto, concluye, pasó entre los dos, Dios y el alma, á solas.»

Tuvo por este tiempo nuevos y altísimos sentimientos del valor y mérito de la obediencia, y vehementes deseos de que en la Compañía se conservase y acrecentase la estima y el ejercicio de esta virtud, que tanto facilita el cumplimiento seguro de la voluntad de Dios, y que san Ignacio la propuso é inculcó á sus hijos como virtud característica de la Compañía. Y así como en otro tiempo manifestó Dios á santa Margarita de Cortona la religion seráfica brillando entre las demás religiones como el sol entre las estrellas, así tambien á Alonso le puso ante los ojos del alma la Compañía resplandeciente como un sol que ilumina todo el mundo con los rayos de la predicacion evangélica entre gentiles y herejes, dándole á entender que tanto se conservaría en su esplendor, cuanto procurase imitar la humildad y obediencia de su Capitan Jesús (1).

(1) Memorial, núm. 193.





CAPÍTULO XLVI

DERRÍBANLE LOS DEMONIOS DE UNA ESCALERA ABAJO.—
ELOGIO DEL P. FRANCISCO COLIN.—SEQUÍA Y HAMBRE
REMEDIADA POR LAS ORACIONES DE ALONSO.—ALCANZA
SENTENCIA FAVORABLE EN UN PLEITO DEL COLEGIO.—
CONSUELA Á UN AFLIGIDO DEVOTO SUYO.—EJERCICIOS
DE LAS VIRTUDES, ESPECIALMENTE DE LA OBEDIENCIA

1613



QUEDÓ Alonso tan esforzado con la promesa que el Señor le hizo de consolarle á la hora de la muerte, que desafiaba los trabajos, y llamaba á sí á los perseguidores para que los descargasen sobre él. «Vengan, decía, sobre mí trabajos, levántense persecuciones, aflíjanme las enfermedades, púdranse en el cuerpo los huesos y corrómpanse mis entrañas, salgan de los infiernos los ejércitos de inmundos espíritus armados con todo su poder y cierren contra mí; que si Dios está conmigo, ¿qué temeré? En él solo confío, en él espero, y no saldré confundido.» Al ver Dios Nuestro Señor que su soldado andaba tan animoso y estaba tan confiado de su soberano auxilio, empezó á dar licencia á los malignos espíritus para que acometiesen al denodado atleta, y ellos desahogaron su rabia contra el siervo de Dios, por quien tantas veces habían sido ignominiosamente derrotados.

Era una tarde del mes de Enero de 1613. Había estado Alonso en el refectorio leyendo las reglas de la Compañía á algunos Hermanos Coadjutores que no sabían leer; terminada su tarea, dirigióse á su aposento á vacar á la oracion, segun tenía de costumbre. Subió la escalera, que llevaba al dormitorio, sin más dificultad que la correspondiente á su edad avanzada y á lo encorvado que por la misma causa y por sus ordinarios achaques andaba. Estando ya en lo alto de ella en el último escalon, asieron de él invisiblemente los demonios, derribáronle con grande ímpetu, haciéndole dar como una vuelta en el aire, y al caer dió de cabeza en el primer descanso ó rellano de la escalera, quedando muy mal herido. Acudieron al ruido unos Hermanos, que tenían sus aposentos cercanos á la escalera; y pensando que habría quedado muerto de la caída, tocaron la campana de comunidad á fin de que acudiesen los Padres y Hermanos á ayudarle en aquella necesidad. Acudieron todos con alguna turbacion, por tocarse á hora desusada, y más por ver que les llamaban aprisa, para ayudar al H. Alonso que estaba sin sentido. Lleváronlo en brazos á su aposento, y llamaron médico y cirujano, los cuales tuvieron por cierto y aseguraron que moriría de aquella caída, así por ser ella muy grave y mala, como por recaer en sujeto tan flaco, y ya de edad de más de ochenta años. Sobrevínole luégo calentura muy recia: las llagas de la cabeza y del cuerpo, no había ninguna buena vía de curarlas, ni tampoco se corrompían, ni iban empeorando. Pasaron así algunas días, sirviendo esta dilacion de acrecentar la cruz y dolores del enfermo: y mucho más otra cosa que los médicos no podían atinar, y menos remediar, es á saber, que todo el tiem-

po de esta enfermedad le fueron importunísimos los demonios, acometiéndole con tentaciones, visiones horrendas, blasfemias, desesperaciones, sin dejarle reposar un punto, de día ni de noche. Parece que ejecutaron ahora la resolucion que tantos años atrás habían tomado los malignos espíritus de quitar la vida al siervo de Dios si ya no á poder de tormentos, á lo menos con no dejarle dormir ni descansar un momento.

En la enfermedad que esta caída le produjo dió muchos ejemplos de rara virtud que los moradores del Colegio notaron con particular cuidado. El P. Jerónimo Lagaria le oyó decir en ocasion en que estaría el enfermo acosado de alguna tentacion ó representacion que el demonio le pondría delante: «Déjame que esté con más vigor, que tú me la pagarás.» Y otra vez le oyó exclamar: «Más dolores, Señor, más, por vuestro amor.» Lo mismo asegura el H. Carrió, que era á la sazón su enfermero: y añade que todo el tiempo que lo fué, no solamente no vió jamás en él primer movimiento de impaciencia, sino que aun preguntándole muchas veces de qué gustaría, nunca respondió otra palabra sino esta: «Lo que al Hermano pareciere.» La misma resignacion mostró siempre en todo lo que tocaba al trato de su cuerpo. Solo se quejaba, cuando le presentaba alguna cosa particular ó de regalo, diciendo que por qué usaba de particularidad con él y le regalaba tanto, dándole con ello materia de mayores padecimientos en el purgatorio.

«Estando (Alonso) enfermo de la enfermedad que le vino por la caída, escribía el H. Francisco Colin desde el Colegio de Barcelona en 21 de Setiembre de 1618, me mandaron una noche que le hiciese compañía en el

aposento: y porque yo estaba deseoso de saber el modo con que el bendito Hermano pasaba la noche y tomaba el sueño, por lo mucho que de esto había oído decir en casa, noté muy de propósito cuanto hizo; y vi que toda la noche estaba repitiendo oraciones jaculatorias y hablando con Dios. Si paraba un poquito y parece que dormía, ya luego le tornaba á oír diciendo salmos y otras oraciones. A la media noche, habiéndole de dar una bebida, antes de tomarla me preguntó si sabía qué hora era, y que procurase certificarme, porque no le impidiese la comunión del día siguiente. Respondíle que no tuviese pena, que bien podía tomarla, y que el enfermero me había mandado que se la diese á aquella hora; y luego sin replicar la tomó, aunque parece era muy contra su gusto. Fuéme acordando algunas veces en la noche, que tuviese cuidado de acordar que luego por la mañana le diesen la comunión: y preguntándole por la mañana si había padecido mucho aquella noche, me respondió: «Como si estuviera en el infierno.» Con lo cual entendí me quería declarar los dolores que había tenido. Y esta misma mañana ú otra durante aquella enfermedad, oí decir al P. Juan Torrens le había dicho lo mismo. Con ser verdad que padecía tanto, era de ver cómo siempre deseaba más y más trabajos, y el afecto con que hablaba de esto.»

Y á propósito de su amor á los trabajos, continúa el H. Colin y dice: «Un día estando por otra enfermedad en la cama, le fuí á visitar; y hallándole solo, por saber que padecía una sequedad tan grande de boca, que le era muy pesado el hablar, no me atrevía á meterle en plática: solo le pregunté cómo se hallaba: y no sé cómo se me escapó en la salutación esta palabra «trabajos.» Fué

cosa rara cómo en oyéndola, se levantó un poco, y arremetido á la almohada comenzó con fuerza extraordinaria á hacerme un discurso de los trabajos, que duró más de un cuarto, discurriendo por los de San Pablo, y declarando aquel *Angelus Satanae, qui me colaphizet*, y el *Cupio dissolvi, et esse cum Christo*, y lo que pretendió Dios enseñarle cuando le dijo: *Sufficit tibi gratia mea, etc.*, descubriendo en aquel discurso no menos su altísima sabiduría, que el encendidísimo deseo de padecer.» Hasta aquí el H. Colin.

Y el H. Jerónimo Crespin dice: «Me acuerdo que oí contar al P. Rector Pedro Gil, que cuando estaba enfermo de la caída, le ordenó el médico y el P. Rector que no meditase ni tuviese oracion, porque le dañaba la cabeza. Fué tan puntual su obedecer, que comenzó á hacerse fuerza para poderse olvidar y divertir de la oracion. Y como no pudiese cumplir esta obediencia, llamó al P. Rector y le dijo: «Padre, yo me hago fuerza y no me puedo olvidar de Dios.» De modo que viendo que más daño recibía de esta suerte, le dijo el P. Rector cómo no quería sino que no se hiciese fuerza en el meditar: y él entonces me parece respondió que más fuerza se hacía en lo contrario.»

Así como el origen de esta enfermedad no había sido natural, así tampoco lo fué el remedio y fin de ella. Porque una noche estando Alonso en lo más recio de sus dolores corporales y de sus espirituales combates con las potestades del infierno, súbitamente le apareció Cristo Nuestro Señor, y con voz de imperio mandó á los enemigos que le dejasen en paz, y con palabras de ternura y con una avenida de celestiales consuelos le dió el parabien de la nueva victoria que acababa de alcanzar, y le

restituyó súbitamente la salud. Al volver la mañana siguiente el cirujano, halló casi del todo curada la llaga que tantos días, y aun semanas, había estado sin mejorar ni empeorar, y que la tarde anterior había visto muy abierta. Y admirado de lo que ahora veía, dijo: «Estas heridas y llagas de los Santos Dios es quien las permite y envía, y Dios mismo las sana, y no las entendemos nosotros, ni podemos curarlas. El H. Alonso está bueno: yo ya no tengo que hacer con él, ni hay para que haya de volver á visitarle.» Y así fué: no hubo ya necesidad de médico ni de cirujano en aquella enfermedad.

Profesaba el H. Alonso una particular predileccion al H. Colin, maestro de retórica durante este tiempo, no solamente por la mucha caridad con que le servía y de noche le velaba cuando estaba enfermo, sino tambien por la inocencia y la virtud no ordinaria que en el jóven Hermano reconocía. Manifestó el cielo al santo anciano la pureza angelical del fervoroso escolar de la manera que escribe el mismo Alonso en el número 258 de su Memorial con estas palabras: «Un día del martes fuí á la iglesia á comulgar con algun aparejo que pude: y arrodillándome con alguna devocion, con el favor de Dios, después de acabada la misa para comulgar, el Hermano que servía á la misa se juntó conmigo para comulgar tambien: y fué tan grande la luz que vino sobre mí de su santidad y pureza, que me parecía que era más que ángel, ó que pasase al grado de los arcángeles: y verle tan santo ha sido para mí de grande edificacion, estimándole en mi alma en grande estima y opinion. Pues ¿qué diré de lo que pasó viéndome junto á él para comulgar, viéndole tan lindo y santo, y á mí á su lado,

siendo tan sucio y lleno de pecados, no mereciendo estar á su lado? Las cosas de él y de mí que pasaron allí, mirando su bondad de ángel, y á mí y mi maldad, no basto á decirlo. ¡O cuánto vale la bondad de este santo y su grande edificacion! Á mí se me imprimió tanto verle como ángel del cielo, que hasta que me muera me durará, para imitarle, con la grande opinion que le tengo, viéndole visiblemente é interiormente lindo como ángel del cielo. Ruego yo á Dios que le imite yo. Este es el que me alivia á mí indigno en mis necesidades, el H. Franco (1) estudiante.»

Por este tiempo echóse de ver la virtud y eficacia de la oracion de Alonso en una de las mayores calamidades públicas padecidas en la Isla de Mallorca, cual fué la sequía que la afligió el año de 1613. Ya en el anterior había sido tan escasa la cosecha de granos, que los Padres del Colegio, constreñidos de la necesidad, tuvieron que salir á pedir limosna por las villas y lugares de la Isla, en los cuales no había sido tan notable la carestía.

(1) Fué el H. Colin natural de Ripoll, en el Principado de Cataluña. Nació en 1592, entró en la Compañía en 1606 á los catorce años de edad. En 1610 pasó á Mallorca, en donde estudió filosofía y enseñó retórica, y fué discípulo espiritual del Hermano Alonso. Más tarde enseñó teología moral en Gerona y filosofía en Zaragoza. Pero ardiendo en celo de predicar el evangelio y en deseos de derramar su sangre por Cristo, pidió ser enviado á Filipinas, para donde se embarcó en 1625. Estuvo algun tiempo en Manila, y luego pasó á la isla de Mindanao, de donde fué llamado otra vez á Manila para Rector del Colegio, y más tarde fué Provincial de aquella Provincia, la cual gobernó por espacio de cuatro años. Fué sabio, humilde, manso, lleno de caridad para con los demás y severo para consigo, por no decir cruel, segun eran terribles las penitencias con que maceraba su cuerpo. Quebrantadas sus fuerzas por los trabajos y austeridades, se retiró al Noviciado que tenía la Compañía en el pueblo de Macati, junto á Manila, en donde murió en 6 de mayo de 1660.

Aumentó esta en el de 1613 por la falta de aguas. Estaba para espirar el mes de Febrero, y no había aún llovido; y á juicio de los labradores ya no podía salvarse la cosecha, aunque lloviese. Afligióse Alonso á la vista del hambre que amenazaba á aquellos pobres habitantes; pedía incesantemente al cielo que remediase aquella necesidad, y fuéle respondido que no temiese, porque aunque había de ser estéril aquel año, proveería el Señor que no hiciese el hambre los estragos que se preveían. Adelantaba el año, y el cielo no enviaba el agua que necesitaban los sembrados; y si bien la humedad de las nieblas contribuyó á que los trigos creciesen y produjesen hermosas espigas, pero el grano fué tan escaso por una parte, que aunque hubiese sido bueno, no hubiera bastado para cubrir las necesidades de la Isla; y por otra parte fué tan raquítrico y desmedrado, que molido no daba harina. Un crecido número de personas hubo de alimentarse de algarrobas; y sus duras pepitas hervidas llegaron á apetecerse y comerse como plato sabroso. Una legua al rededor de los poblados no se encontraban yerbas comestibles; porque era tal el hambre, que hacía que se buscasen con grande ansia. No pocos enfermaron por haber comido alimentos poco saludables obligados por la necesidad.

Muchos naturales de la Isla se vieron forzados á abandonar su patria para escapar á una muerte que veían inevitable; y de los pueblos de las costas y del interior afluyeron tantas familias á la capital, que agravaron notablemente la triste situacion de los habitantes de ella. Los Padres del Colegio socorrieron de su pobreza á muchos de aquellos necesitados, y movieron á los principales de la ciudad á que con sus limosnas aliviasen á los otros, que no podían ser socorridos por ellos.

Para implorar la misericordia del Señor, el Obispo de Mallorca por insinuacion del P. Rector del Colegio, ordenó tres días de ayuno, que fueron el 6, 8 y 9 de Febrero, y procesiones de rogativas durante los mismos días, á las cuales asistieron con mucho recogimiento y edificacion la Congregacion de caballeros y la de los Sacerdotes, fundada recientemente por el P. Pedro Gil poco después de su llegada á Mallorca. Los Sacerdotes congregantes tuvieron además una hora de oracion en comun reunidos en Montesion. Como estos medios no bastasen para obtener del cielo el remedio apetecido, el P. Rector llamó al H. Alonso, expúsole la crítica situacion en que toda la Isla se hallaba y especialmente los pobres, y le mandó que no cesase de llamar á las puertas de la divina misericordia para que remediase tanta necesidad. Cuantas veces hacía oracion Alonso segun este mandato del Superior, oía siempre aquella voz: «No te aflijas, Alonso, que no les faltará lo necesario, aunque vaya mezclado con trabajos.» Y así fué efectivamente. El historiador de Montesion, que dejó consignado este hecho en su historia, observa que cuatro cosas parecieron providenciales, si ya no milagrosas, en este lamentable acontecimiento. La primera, que desde Setiembre de este año hasta Marzo del siguiente, apenas había pasado semana en que no aportase á la Isla por lo menos una nave, y algunas semanas dos, cargadas de trigo, unas nacionales, otras extranjeras, las cuales iban allá como al acaso; así que el trigo con tanta importacion apenas subió de precio. La segunda, que cuantas veces las autoridades habían resuelto enviar naves á Sicilia ó á Francia, por escasear ya el trigo importado, tuvieron que desistir de la empresa, por llegar naves aventureras car-

gadas de aquel grano. La tercera, que siendo tan desmedrado el trigo de la cosecha, como hemos dicho, pues no daba sino salvado; sembráronlo los labradores, y con las abundantes lluvias que cayeron en Octubre y Noviembre, y con los extraordinarios fríos y nevadas, apenas conocidas en la Isla, que hubo en los cuatro meses siguientes, arraigó tanto, y creció luégo con tal lozanía y con tanto fruto, que jamás se había visto cosecha tan abundante. La cuarta, finalmente, que desde Octubre de este año hasta Marzo del siguiente el trigo se sostuvo á un precio regular y relativamente barato. Termina esta relacion con aquellas palabras del Salmo: «La diestra del Señor hizo esta obra:» á él se dé la gloria. La opinion comun de toda la ciudad atribuyó el feliz desenlace de aquella lamentable tragedia á las oraciones del anciano de Montesion, cuya santidad era conocida de todos, y en verdad no se engañaban.

La oracion de Alonso alcanzó remedio á un mal público en el caso que acabamos de contar: en el que vamos á referir lo impetró para un mal temporal tambien y particular del Colegio.

«Habiendo pleito, dice el historiador de Montesion, entre este Colegio y los RR. PP. Cartujos por los diezmos de nuestras tierras de San Juan y el Rafal, por razon de la Rectoría de Santa Cruz, que dichos PP. Cartujos tienen unida; fué este Colegio condenado que los pagase con tres sentencias, y la última fué en la corte: y como pendiese lite (*sic*) en la liquidacion de lás pagas de los años pasados que no habíamos pagado, determinó el P. Rector, con parecer de todos sus Consultores y otros letrados de fuera, de tratar de concierto: y para ello el P. Rector en compañía del P. Juan Forteza fué á

la posesion dicha de «Son Babiloni,» que está á medio camino del monasterio de la Cartuja, donde estaban esperándonos el P. Don Prior Fr. Bartolomé Valperga con el P. D. Gual Conrer con otros dos Padres. Concordaron que el Colegio pagase cien libras, etc.» No comprendiendo el P. Rector Pedro Gil cómo en causa para él evidentemente muy justa había salido condenado el Colegio, en Noviembre de este año puso pleito á los Padres Cartujos, y quiso que en este negocio se hiciesen otra vez informaciones y se viese de nuevo la causa. Hízose así, y no fué menor la sorpresa del Rector, al tener indicios de que tambien esta vez iba á recaer sentencia contra el Colegio. Llama al H. Alonso, expónele el aprieto en que se halla, y mándale que encomiende á Dios aquel asunto. Hízolo Alonso, y á la mañana siguiente al ir á ayudar la misa al P. Rector, le dijo: «Padre, ¿no se puede informar al juez?» «Bien se puede, respondió el Padre, porque la sentencia no está publicada: y ahora en este punto va cierto letrado á informar.» «Vayan, pues, á informar, respondió el Hermano, que el juez mudará sentencia.» Como él lo dijo, sucedió, con no poca admiracion de los que intervenían en la causa, y muy grande del mismo juez, que era D. Francisco Pacheco, de que en un momento viese tan claro y evidente todo lo contrario de lo que tanto tiempo había visto.

Con este empeño tomaba á su cargo los asuntos temporales el bendito Hermano, cuando se lo mandaba la obediencia, siendo así que él estaba tan engolfado en los eternos y celestiales, que todo lo que no era celestial y divino no era á sus ojos más que sombra y nada.

Era el Señor D. Francisco Pacheco muy devoto

del H. Alonso, el cual le había consolado en una ocasión en que estaba bien necesitado de consuelo. Tuvo en Mallorca muchos y poderosos émulos, que procuraron ponerle mal con el Rey y hacerle concebir sospechas sobre su fidelidad y entereza. Lograron su objeto de tal suerte, que el Rey mandó que se visitase á don Francisco, el cual salió en efecto condenado y exonerado de su empleo. Sintió en extremo el inocente magistrado tan terrible golpe, no tanto por el daño que recibía su fortuna, como por el agravio hecho á su honra. Comunicó su pena con Alonso, al cual tenía en grande opinion de santo, pidiéndole consejo sobre lo que pensaba hacer, que era pasar á la corte á defender su justicia y su honor amancillado. Después de haber hablado en esto un buen rato con Alonso, díjole este que fuese á la corte, que hiciese su defensa, y que confiase en Dios que saldría con honra de aquella calumnia que le habían levantado; que él le encomendaría muy de veras á Nuestro Señor. Fué D. Francisco, hízosele justicia, y se le restituyó en su antiguo cargo, en el cual permaneció hasta que fué nombrado Regente de Cerdeña. Este hecho fué público y notorio en toda la ciudad é isla de Mallorca. Y el Sr. Pacheco en memoria de este feliz suceso que el H. Alonso le había predicho, hizo pintar un retrato del mismo Hermano, y lo tenía en la cabecera de su cama, cual si fuese la imágen de algun Santo ya canonizado; y desde entonces apenas podía hablar del Hermano sin derramar lágrimas de consuelo y de ternura.

Por este tiempo andaba ya Alonso tan embebido en las cosas celestiales y tan endiosado, que no parecía hombre de este mundo sino cortesano del cielo. Una vez

que se puso á leer un libro que trataba de la humildad, quedóse dormido, y estando en profundo sueño, fué herido de tan vehemente amor de Dios, que le parecía iba á morir de amor (1). Pedía á menudo cuatro amores: amor infinito de Dios, amor infinito de Jesucristo en cuanto hombre y en cuanto Dios, amor infinito de la Santísima Virgen, y amor infinito de las almas, por las cuales se ofrecía continuamente á padecer las penas del infierno para que ninguno se condenase (2). Era tanta la compasion que tenía de los que se condenaban, que traía en continuo tormento su corazon, y confesaba que no había penitencia tan áspera para el cuerpo, como era penosa para el alma la angustia nacida de esta compasion, á semejanza, dice, de Cristo, que dijo de sí: «Triste está mi alma hasta la muerte,» y llegó á sudar sangre de pena que tenía de los que se habían de condenar (3). Acometíale nuevamente el enemigo con aquella pregunta: «Pues ¿por qué permite Dios que se condenen, amándolos tanto?» con la cual quería entibiarle en la caridad. Como no era teólogo, dice, no sabía responderle á esta pregunta y tentacion: y dejando al demonio con la palabra en la boca, anegábase y encerrábase todo en su Dios; y si algunas palabras decía al demonio, cuando le traía cosas malas, eran estas: «Ahora serviré á Dios más y mejor;» y vuelto al Señor, le decía: «Señor, amaros he más y más por la merced tan grande que me hacéis en darme este trabajo para que yo lo padezca por vuestro amor con vuestra gracia:» porque basta que Dios sea

(1) Memorial, núm. 206.

(2) *Ibid.*, núm. 208.

(3) *Ibid.*, núm. 213.

Dios de infinita bondad, para que todas sus cosas sean como de tan buen Dios (1). Tambien en las tentaciones y grandes desamparos acudía al Señor y á su Madre Santísima con profunda humildad con la ignorancia, dice, de niño, que en sus trabajitos acude á su madre para que le favorezca: en lo cual á la Virgen de un modo particular siempre la hallaba favorable: como le sucedió un día que le estaba rezando el rosario, y tenía afligidísimo su espíritu, y diciendo aquellas palabras: *Mater Dei*, añadía: *Memento mei* (acuérdate de mí): díjolas una vez con voz tan recia, por la apretura en que se hallaba, que bajó del cielo la Señora, y como cariñosa madre consoló y regaló á su devoto hijo, y dejó su espíritu tan serenado y tranquilo, como si no hubiese padecido afliccion alguna. Vióse tambien algunas veces visitado de Jesús y de María en espíritu y los dos le tenían abrazado.

Ejercitábase muy á menudo en el santo temor de Dios, pero temor no servil, sino de hijo, el cual temor, dice, «es pacífico, dulce, y suave y amoroso» (2). «¿Qué es la causa, dice, por que esta persona teme tanto á su Dios? La causa es, porque le conoce y ama mucho, como á tan buen Padre, y témele con amor filial, como hijo: mucho ama, pero tanto teme como ama. Pues dirá el alma á su Dios: «Pues, amado de mi alma, hiéranme tan grandes heridas de amor y de dolor, para que padezca por tu amor: no me dejes, ni te desvíes de mí, porque no puedo vivir un punto sin tí: persíganme todas las criaturas, porque todos los trabajos que vengan

(1) Memorial, núm. 214.

(2) *Idid.*, núm. 225.

sobre mí serán como echar aceite en el fuego, que arde más, y así con ellos mi alma arderá más y más en tu amor, aunque la carne lo sienta mucho. Mira, Dios mío, que no es otro mi regalo, sino contentarte á tí más que á las telas de mi corazon. ¡Cómo no muero ya de amor y temor, pues mientras más te temo, más me hieres y abrasas en tu amor! ¡O Dios mío, y amores de mi alma! muera ya de amor, pues sabes tú que yo deseo morir muchas veces por tu amor, porque aparejado está mi corazon á padecer con tu gracia todas las penas y trabajos antes que ofenderos.»

«La suma, pues, de este negocio sea fundarse esta persona en este santo temor de Dios, no solo del pecar, sino de la sombra: y quien esto tuviere muy arraigado en su alma, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere.»

En vista de sus enfermedades y falta de fuerzas por su avanzada edad dijéronle los Superiores que no se barriese el aposento ni se hiciese la cama, y en la mesa mandáronle tomar un plato especial, que para él se guisaba á parte. Causóle tan grande vergüenza y tristeza esta singularidad, que á pesar de su exactísima obediencia, no pudo disimularla. Preguntóle el P. Torrens por qué andaba tan avergonzado, y él respondió: «¿Cómo quiere V. R. que no lo ande, si un Hermano me barre el cuarto, y otro me compone la cama, y otro me sirve la comida, y yo no hago nada de provecho, sino comer?» Procuró el Padre consolarle, diciéndole que ya había trabajado cuando podía, y que se conformase con la voluntad del Señor, que así lo disponía por medio de los Superiores. Tranquilizóse Alonso al ver que era esta la voluntad de Dios: y una vez que estaba fuera de casa

el Hermano que le hacía la cama, quedó esta por hacer, y Alonso por no faltar á la obediencia, se acostó sobre las desnudas tablas sin extender el colchon, y así pasó toda la noche. Otra vez al presentarle el otro Hermano el plato particular que para él se guisaba, le dijo: «Más quisiera que me trajese un plato de la inmundicia de los lugares, que no este.» Mandáronle tambien que por la mañana tomase un bocado para desayunarse. Entendiólo tan á la letra, que tomaba un solo bocado de lo que hallaba en el refectorio, y se iba satisfecho. Notóse esto, y se le señaló la cantidad que poco más ó menos había de tomar, y él se iba al refectorio, y muchas veces como no hallase nada preparado, sentábase, y allí estaba aguardando como una estatua, elevado su espíritu en Dios sin hablar palabra, hasta que le servían lo que había de tomar. Esta conducta observaba ordinariamente, no pidiendo nunca cosa alguna de comer, de beber, de vestir, ó del aposento y cama, por mucho que la necesitase: lo más que hacía era proponer sencillamente su necesidad á los Superiores, cuando se conocía obligado á ello por la regla, y entonces si no querían causarle molestia, habían de darle lo más ruin, lo más viejo y despreciado, en una palabra, lo peor de la casa, porque se consideraba indigno aun de lo peor y más desechado.

El H. José Ramohí, que estudió en Mallorca el curso de filosofía y fué el primero que enseñó la lengua griega en Montesion, escribiendo desde el Colegio de Valencia con fecha 16 de Diciembre de 1618 al P. Juan Mateo Marimon, Rector de Mallorca, le dice: «No es menos admirable el ejemplo de obediencia ciega y paciencia que apuntaré ahora, que los que vienen en la relacion de su vida. El mismo H. Carrion me ha conta-

do, que siendo su enfermero, le ordenaron una noche acompañase á V. R. que había de ir á la cárcel á consolar y disponer para la muerte á un sentenciado. Fué el Hermano á proponer al P. Rector señalase quién daría de cenar al H. Rodriguez, que aunque se vestía, no salía de su aposento: nombraron á otro que le diese recado, el cual habiéndole dado á cenar, no cuidó más de él; fué sin hacerle la cama. Como el H. Rodriguez tenía orden del Superior que no hiciese, ni levantase jamás su cama, por su mucha vejez, y como por otra parte se desvelaba en buscar su mayor mortificacion en todas las cosas, no dejó pasar por alto esta tan buena ocasion; ni hizo su cama, ni pidió se la hiciesen: y sentado sobre las tablas se reclinó hacia la cabecera de la cama, do estaba recogido el colchon; y de aquella manera pasó toda la noche muy contento. A la media noche, cuando volvió el Hermano enfermero de la cárcel, no quiso ir á verle por no estorbarle el sueño: fué en amaneciendo, y hallóle de la manera que está dicho, penetrado de frío (porque era en el invierno), con grande gozo de su alma: y preguntándole por qué no se había acostado, respondió que porque tenía orden de no hacer la cama, por no contravenir á esa obediencia; y añadió que no tuviese pena de ello, porque él había pasado la noche muy á su placer.»

«No es pequeño indicio de su continua mortificacion lo que muchos en él observamos, que de cualquier cosa que comía en la mesa dejaba siempre algo y eso de lo mejor: y en esto puedo yo decir que jamás le ví comer, que no lo hiciese así: de ser esto tan ordinario en el Hermano debían los Superiores tomar ocasion para enviarle á decir algunas veces, comiese todo lo que le da-

ban; y entonces prevalecía la obediencia á la mortificación: si ya empero no era esta para él mayor mortificación.»

Pongamos fin á este capítulo con un ejemplo de obediencia ciega que dió el santo anciano por este tiempo, segun lo testifica su Rector el P. Gil en el proceso de beatificación.

Hallábase Alonso una tarde en una de las tribunas de la iglesia sentado en un banco oyendo un sermón que se predicaba en la iglesia. Entró el P. Gil en la misma tribuna para oír aquel sermón, y Alonso al ver entrar el P. Rector, hizo ademán de levantarse para cederle su lugar, y él le dijo: «Estése quedo, Hermano, siéntese, no se mueva.» Terminado el sermón, se fué el Padre á su aposento; y al toque de la cena bajó al refectorio, y después á la quiete. Tocaron á segunda mesa, y ni en la primera ni en la segunda pareció Alonso. Al notar esto el P. Redó (1), ministro del Colegio, fué al P. Rector á preguntarle si había enviado fuera de casa al Hermano Rodriguez, pues no se le había visto ni en primera ni en segunda mesa. Sorprendió esta noticia al Padre Gil, y respondió que no le había enviado fuera. Insistió el P. Ministro, y preguntó si le había ordenado algo en virtud de santa obediencia; también respondió que no. Por fin le dijo el P. Redó: «Vea V. R. si le ha dicho ú ordenado algo.» Pensó un poco el P. Rector, y recordando lo que le había pasado aquella tarde en la tribuna, respondió al P. Ministro: «Esta tarde durante el

(1) El P. Miguel Redó había estudiado en Montesion y entró en la Compañía en 1591 con el P. Melchor Miralles. En 1600 volvió de Gerona á Mallorca para enseñar gramática.

sermon, porque se levantaba al entrar yo en la tribuna, le dije que se sentase y no se moviese.» «Allí está sin duda,» dijo el Ministro.—«Pues, vayan por él, dijo el P. Rector, y díganle que baje á cenar.» Van á la tribuna, hállanle sentado en el banco como se estaba durante el sermon, dícenle que el P. Rector manda que vaya á cenar, y al instante se levantó y se fué al refectorio.

Otra vez estando Alonso sentado en el patio de la cisterna en tiempo de quiete, le pasó otro caso semejante. Acercóse á él el P. Rector, levantóse Alonso, díjole el Padre que no se moviese, y allí se quedó mucho tiempo después de la hora de quiete solo y sentado, hasta que avisado el P. Gil, le mandó decir que no había sido su intencion ordenarle que no se moviese de allí; así que se retirase: y así lo hizo Alonso. Preguntado por el P. Rector cómo era que al oir la campana para ir á cenar, ó la de fin de quiete, no entendía que era voluntad de Dios que fuese á cenar en el primer caso, y se retirase á su aposento en el segundo; Alonso, encogiéndose de hombros, respondió: «Soy un bobillo y un necio y la misma nada.» Tuvo el P. Gil tan alta opinion de la santidad de Alonso, que salido de Mallorca, le escribió una carta pidiéndole humildemente oraciones y algun documento espiritual para conservar el espíritu durante los continuos viajes que por obediencia tuvo que emprender.





CAPÍTULO XLVII

AMOR Á LOS TRABAJOS.—PRIVANZA CON JESÚS Y MARÍA.—
ES LLEVADO AL CIELO.—PREDESTINACION DE LOS DEL
COLEGIO.—UN CASTIGO DE LA POCA CONFIANZA EN DIOS.
—ES SENSIBLEMENTE MARTIRIZADO POR LOS DEMONIOS.
—TRABAJOS INTERIORES Y EXTERIORES.—REVELACION
DE LA LLEGADA DEL P. JULIAN.—MUERTE DEL H. PUIG-
DORFILA, CUYA ALMA VE ALONSO EN EL CIELO.—LA COM-
PAÑÍA Y LA INMACULADA CONCEPCION.—QUE ALONSO
DESPUÉS DE MUERTO HARÁ MUCHOS MILAGROS EN MA-
LLORCA.—DESPIDO DEL H. COLIN.

1614 - 1615

Los cuatro postreros años de la vida de Alonso fueron un continuado martirio, con el cual quiso Dios Nuestro Señor purificar más y más aquella alma santa, y enriquecerla con nuevos aumentos de méritos para la gloria. Cuánta fuese la estima en que Alonso tenía los trabajos padecidos por Dios, descúbrenlo las palabras siguientes que se leen en el número 249 de su Memorial: «Tener regalos en el alma y en el cuerpo, yo los temo, y hay bien que temblar; pero tener trabajos en el alma y trabajos en el cuerpo, bien hay de que se consolar, si me sé aprovechar, padecién-

dolos por Dios, y recibéndolos de su mano, y no de las criaturas, y peleando vencéndolos con oracion y la gracia de Dios, tomando lo amargo por dulce por amor de Cristo, que tantos padeció por mí. Padeciendo, será premiado de gloria; y de los regalos no sé si merecerá algo acá ni allá. *Vigilate*, para que no se aparten nuestros ojos de la cruz del padecer por Cristo, ni el corazon del que en ella se puso, imitándole lleno de trabajos y no de regalos ni de consuelos. Pues si Dios nos lleva por el camino que él fué, tengámonos por dichosos; y por desdichados, cuando fuéremos regalados. Yo me hallo mejor y más asegurado delante de Dios, cuando me hallo cargado de trabajos de alma y de cuerpo, ejercitándome en acudir á Dios poniéndome en sus manos, y en padecerlos interiormente por su amor; porque la fineza del servir á Dios es el padecer por su amor con los actos interiores del corazon.»

En medio de sus trabajos no dejaba de consolarle y esforzar su flaqueza Dios Nuestro Señor, y especialmente la Virgen Santísima, en cuya tierna y filial devocion cifraba toda su esperanza. «Dichosos cierto son, exclama en su Memorial, número 271, los devotos de la Madre de Dios, porque ella los tomará á su cargo hasta que la vean allá en el cielo con su muy amado Hijo Jesús, y sean gloriosos para siempre.» Y en otra parte (1) dice: «En el tratar con Jesús y María, voy con santo temor, hablando con ellos, y ellos me responden con dulce suavidad, y me enseñan, dándome á conocer su santa voluntad, para que se ponga por obra: y en esta familiaridad tan dulce con Dios y con la Virgen se ha esta

(1) Memorial, núms. 262, 263 y 264.

persona como se ha un niño de teta con su madre, que ni se sabe elevar ni puede, porque es niño. A este estado viene el alma con la gracia de Dios en esta conversacion, que ni sabe ni puede entonces elevarse más que el niño de teta.»

«Cuando tiene esta persona alguna cosa dudosa que la da pena, acude luego á Jesús y á María, encomendándolos la tal cosa: y luego lo que le ponía oscuridad, que no entendía, luego con paz y luz le viene el desengaño y se deshacen las tinieblas que le daban pena, y queda consolado y desengañado, por verlo claro con nueva luz del cielo, y desaparece la oscuridad: y así no hay ya tinieblas, sino la luz que le desengaña, viendo claro la verdad con la luz; y así queda desengañado y sosegado con la gracia de Dios. Y tratando con Jesús y con María, interiormente le hablan y esfuerzan, encaminándole á la perfeccion y santidad; aunque siempre vive en el temor santo de Dios, con grandes deseos de contentarle siempre, para asegurarse y no ser engañado: y de que voy á ellos para pedirles favor con algun temor, respóndenme que no hay que temer, asegurándole: y así luego se va el temor vano, y queda sosegado, entregándose todo en Dios, y él le toma á su cargo, y hace su negocio: y así va la cosa de bien en mejor, á gloria de Dios y bien del alma.»

«Una vez en el aire oí una voz que me decía que había de caer, y espantándome. No sé qué espíritu haya sido. No le respondí palabra, sino que me fuí á dar razon á Nuestra Señora de lo que había pasado; y consolándome Nuestra Señora, me respondió estas palabras, diciéndome: «Donde yo estoy no hay que temer.» Donde se ve el gran cuidado que tiene de rogar á Dios por

mí, y que se cumplan mis deseos, como yo se lo suplico tan á menudo, que antes con su gracia padezca yo todas las penas del infierno, que yo le ofenda; y que antes me caiga muerto, que yo le ofenda: y pongo por interesora á la Virgen que me lo alcance, porque el amor que tengo al Hijo y á la Madre, parece que es como infinito. para esta limpieza del alma, experimentando con la gracia de Dios y favor de la Virgen á ser muy devoto de ella y de su Concepcion, antes santa que nacida, sin pecado original: y las devociones suyas que tiene son rezarla cada día el oficio de su Concepcion: lo segundo es rezarle al mismo fin doce *Salves* y doce *Ave-marias* á su santísima limpieza: tambien cada día las letanías de la Madre de Dios.»

A 24 de Enero de 1614 dijo al P. Juan Torrens, prefecto de espíritu en el Colegio, que el Señor le hizo merced de llevarlo en espíritu por el cielo algunos días, que segun el P. Colin fueron quince: al un lado de Alonso iba la Virgen Santísima y al otro Nuestro Señor Jesucristo, los cuales le daban grande esperanza de descanso eterno en aquella region celestial después de su muerte, y le animaban y exhortaban á padecer durante lo poco que le restaba de vida. En otra ocasion le dijo que había sido arrebatado no sabía hasta qué cielo, pero sí se acordaba que vió la esencia divina, aunque con cierto límite, como si la divina esencia tuviese dos velos delante, los cuales han de ser levantados ambos para ser ella vista claramente como la ven los espíritus bienaventurados; que él la vió con solo uno de los velos levantado, y por consiguiente con alguna imperfeccion; pero fué tal lo que vió y la felicidad de que gozó en verla, que no hay ni lengua que lo pueda explicar ni entendimiento que lo llegue á comprender.

Estando una vez temeroso de la vida pasada, hablando con Dios y deseoso de contentarle, le decía (1): «¿Qué queréis, Señor, que haga de la vida pasada?» Y fuéle respondido: «Yo estoy contento por tu vida. Ya te son perdonados tus pecados á culpa y á pena. No temas: que yo te quiero para mi gloria.» «Acontecióle tambien, dice (2), que saliendo del refectorio todos los que cenaron á la primera mesa, los miró, y con amor tierno amándolos de veras como á ángeles, le tomó un gran deseo de verse allá en el cielo con ellos, de puro amor que los tiene y tierno: y tratándolo con Dios, allí cuando salían de cenar, le fué respondido que sí que ya lo vería, y afirmándoselo no una vez sola. Yo lo creo: porque á mis ojos son como ángeles del cielo; porque yo para humillarme y crecer con la gracia de Dios en santidad, no he menester con la gracia de Dios sino mirarlos á ellos y á sus virtudes, y en ellos veo lo que me falta á mí. ¡Dios me haga como ellos son á mis ojos! Amen. Después de esto, me lo tornó á afirmar, tratándolo con Dios. No resta sino morir de amor de Dios y de la Virgen María, mi Señora, amada y querida mía.»

No dejaré de contar aquí un caso para que se vea cuánto disgusta á Nuestro Señor que los hombres, mayormente sus siervos, desconfíen de su paternal providencia. Paseando una tarde el H. Alonso por la azotea del Colegio por particular orden que tenía para ello de los Superiores, y estando en profunda contemplacion, como solía, vió venir de hacia el poniente una nube espesa cargada de demonios, que con grande algazara le

(1) Memorial, núm. 253.

(2) *Ibid.*, núm. 248.

venían haciendo gestos, y con escarnio le decían: «No nos impedirás ahora, viejo malo, ni te valdrá tu María: comision traemos de talar todo el término: no quedará en él hoja verde, y menos en la viña del Colegio.» Entróse el Hermano en los corredores ó capillas altas de la iglesia, que sacan puerta á la azotea ó mirador. Suplicó al Señor y á la Virgen su Madre que enfrenasen aquellas crueles bestias, y que no les permitiesen hacer el mal que pretendían. Fuéle respondido que el daño no sería mucho, y que la mayor parte cabría á la heredad del Colegio, por la poca confianza que el Rector tenía en la divina providencia, á cuyo cargo está el sustento de los religiosos. Fuése luégo al Prefecto de espíritu, y pidiéndole secreto, le contó lo que había visto. Y cuando él decía esto, había empezado ya á descargar en muchas viñas una lluvia de granizo ó «piedra seca,» que llaman, tan grande, que en menos de un cuarto de hora destruyó toda la vendimia, que se esperaba muy abundante; y no solamente no se cogió aquel año, pero segun razon natural decían que no se cogería en otros dos. Mas Dios Nuestro Señor fué servido que el siguiente diese mucho fruto, debido sin duda á las oraciones del H. Alonso, que pidió á Nuestro Señor alzase la mano del castigo, pues con el que había hecho quedaba el Superior bastante advertido. Gusta Dios de corazones desahogados, y siente mucho que no se fíen de él sus ministros, como lo atestiguan clarísimos ejemplos en unas y otras Escrituras.

Con nueva licencia que dió el Señor á los demonios, ejercitaron estos su crueldad en Alonso con exquisitos tormentos. Unas veces cargaban sobre él como pesados montes. Otras le cortaban visiblemente las carnes, des-

pedazándole todo el cuerpo como si de él hiciesen rajas. Otras le baldaban los miembros parándole los brazos secos y duros, como si fuesen de carrasca, y las piernas y grande parte del cuerpo duras y frías, como si fuesen de mármol ó de diamante, lo cual le causaba intensísimos dolores. Invocaba en medio de ellos á sus dulcísimos amores Jesús y María, y ellos acudían luégo, antes que en aquellos tormentos espirase, y á su presencia desaparecía en un punto toda aquella canalla del infierno, y con la luz y regalo del cielo cesaba todo el dolor y pena, quedando no solamente enteros y del todo sanos los miembros, pero aun con notable suavidad, y sin señal ni rastro de lo que en ellos había padecido. Otro día con mayor crueldad y fiereza quisieron probar en el afligido y cansado cuerpo del H. Alonso los tormentos y martirios que en la primitiva Iglesia se ejecutaron en los santos mártires, de azotes, escorpiones, peines, uñas de hierro, planchas ó láminas encendidas y otros horribles instrumentos de fuego: todos estos presentaron los demonios al H. Alonso y los emplearon en él con increíble crueldad. Paráronle la cama como un caballete ó potro, y estirando en ella su cuerpo encorvado por la vejez, lo azotaron de diferentes maneras, lo desgarraron con peines y uñas, y lo asaban con fuego manso tan penetrante y ardiente, que por más que el H. Alonso con el corazon y la boca pidiese á Dios más y más trabajos por su amor, pero aquí vino á desfallecer con el fuego, y á faltarle del todo las fuerzas y la vida para resistirle: y así duró muy poco tiempo, por faltarle casi la vida, por quitar Dios á los demonios la licencia de pasar adelante. Acudióle el Señor con su acostumbrada y paternal piedad y regalo, acariciándole, y juntamente sanán-

dole en un momento. Humillóse mucho y se confundió delante de su Dios nuestro Alonso, confesando su flaqueza y su nada, porque deseando tanto y pidiendo muchas veces padecer y sufrir mucho por amor de Dios, le faltaban tan pronto las fuerzas y la vida, para cumplir enteramente su voluntad y deseo.

Pero lo que más le martirizaba era una tribulacion que solía á veces padecer en su espíritu. Sobrevinóle una vez un terrible pensamiento de desesperacion, y fué tan grave el peligro, que dudaba mucho si quedaría vencido. Acudió por remedio al Señor, y oyó una voz que dijo al demonio que le tentaba: «Ese es mío.» Fué tal el imperio de esta palabra, que huyó el demonio, y cesó la tentacion sin quedar rastro de ella.

Acontecíale hallarse dentro de la cama de la misma manera que uno se halla al paso de la muerte, y dice que debe de ser este el mayor trabajo del mundo: duróle este trabajo, aunque no tan fuerte, por algunos días; y entendió que el Señor se lo enviaba para que se aparejase para aquel trance, que muy pronto había de pasar.

Ya que reconocía su flaqueza para padecer los terribles martirios con que le atormentaban los demonios, no dejaba pasar las ocasiones de padecer que le daban los hombres. Iba á afeitar y cortar el pelo á los del Colegio un oficial barbero muy diestro en su arte, y llevaba consigo un aprendiz, jóven travieso, y, á lo que parece, de poca aptitud para su oficio. Cortó este una vez el pelo á Alonso, é hízolo tan mal, que con las tijeras le cortaba más bien la carne, que el pelo. No quiso el santo anciano perder el lance tan favorable, que se le presentaba, de padecer un nuevo martirio; y en los dos úl-

timos años de su vida no permitió que le tocasen la barba ni la cabeza otras manos que las de aquel aprendiz. Al entregarse á ellas, quedábase el Hermano absorto en alta contemplacion, y el barbero pareciéndole que estaba dormido, cortábale varias veces de propósito, diciendo entre sí: «Ya le despertaré yo.» Y Alonso ni una sola vez en tan largo tiempo desplegó los labios para avisarle que no le cortase, ni dió la menor señal de disgusto ó de queja, sino que con grande paciencia y humildad sufrió las travesuras de aquel verduguillo.

A fines de Noviembre de 1614 hallábase en Valencia el P. Miguel Julian, nombrado Rector del Colegio de Mallorca, esperando la orden de pasar á la isla para tomar posesion de su cargo. Al mismo tiempo salió de aquel puerto el P. Provincial Pedro Juste para visitar el Colegio de Montesion. Llevó consigo el P. Juste algunos Padres y hermanos, uno de los cuales era el Hermano Ramon Gual. Encargó el P. Julian á este Hermano, que al llegar á Mallorca, dijese al H. Rodriguez que le encomendase muy de veras á Nuestro Señor. Prometió el H. Gual cumplir el encargo de su futuro Rector; mas se olvidó de su promesa de tal suerte, que hasta mediados de Marzo del año siguiente no se acordó de hacer el encargo á Alonso. Oigamos cómo refiere el mismo H. Gual lo que en esta ocasion le sucedió, segun lo hallo escrito de su mano en un papel suelto, perteneciente al archivo de la Residencia de Palma. Dice así:

«Estando el H. Rodriguez en la cama enfermo por Febrero ó Marzo (1) en Mallorca en 1615, le dije que

(1) Era en Marzo, como consta por la Hist. ms. del Colegio de Montesion, y por lo que se dice en la adjunta nota.

encomendase al P. Miguel Julian á Nuestro Señor. El Padre se aguardaba para ser Rector de aquel Colegio. Era esto á la noche. A mí me vino en aquella hora á la memoria lo que el Padre me había dicho cuando partí de Valencia para ir á Mallorca, que le dijese al H. Alonso Rodriguez, de santa memoria, que lo encomendase á Dios: y yo díjele que le encomendase á Dios para que tuviese buena embarcacion. Respondiíme: «Ya estará presto aquí» con tal aseveracion, que yo reparé algo, y le dije: «¿Cómo estará presto?» y afirmó lo mismo. El día siguiente (1) entró en el Colegio; y yo entonces reparé más en lo que el H. Rodriguez me había dicho.—RAMON GUAL.»

Sigue luégo una nota, de mano, segun parece, del P. Francisco Colin, que dice: «Hase de advertir, que cuando dijo esto, no había hombre en todo el Colegio que imaginase la venida del P. Julian por entonces, que era Marzo y tiempo rigurosísimo: y al mismo tiempo que el Hermano dijo esto al P. Gual, estaba el P. Julian padeciendo una tan cruel tormenta, que siempre ha tenido por milagro haber salido de ella y podídose escapar en tal tiempo con un vassel de tan poco reparo como es un bergantin.» Lo cual induce á creer que el Hermano Alonso no solamente tuvo revelacion de la pronta llegada del P. Julian á Mallorca, sino que además con sus oraciones le libró del peligro que dicho Padre corrió de naufragar.

El primer cuidado del nuevo Rector al entrar en el Colegio de Mallorca, fué el de visitar al santo Hermano. «Deseando yo, dice el mismo Padre, con grande

(1) Á las diez de la mañana.

ansia verle y gozar de su conversacion, por más de una hora estuve con él tratando de Dios, aunque estaba el siervo de Dios enfermo y con una grave calentura. Preguntéle si el hablar le cansaba la cabeza: respondiéndome que sí. Entonces yo le dije: «No hable, pues, Hermano.» Tomó tan al pie de la letra estas palabras, que cuantas veces fué el enfermero á preguntarle si se le ofrecía algo, otras tantas tuvo que volverse sin obtener del enfermo una respuesta. A la mañana siguiente, al ver que continuaba en su silencio el H. Rodriguez, díjole: «Como á enfermero que soy, Hermano, debe contestar á lo que le pregunto.» Al verse como atascado entre la obediencia del P. Rector y la del enfermero, respondió: «Sépalos antes el Rector.» Fué el enfermero al P. Julian á darle cuenta de lo que pasaba, el cual edificado y admirado de la singular obediencia de Alonso, fué á su aposento, y le dijo: «Desde ahora puede, Hermano, hablar.» No fué necesario más para que respondiese á las preguntas del enfermero.

Dos años antes de su feliz tránsito tuvo el consuelo de ver morir en la Compañía, y gozar de Dios en el cielo, á un Hermano, que le debía su perseverancia en la vocacion. A 13 de Agosto de 1615 murió el H. Antonio Puigdorfila, de linaje ilustre en el reino de Mallorca. Estando en lo más florido de su edad, le llamó Dios tan eficazmente á la vida religiosa, que para facilitar su entrada en la Compañía, no dudó hacerse segunda vez niño y frecuentar las escuelas de gramática, que mucho antes había dejado. Dióse tanta prisa en estudiar, que presto se halló con la suficiencia que se requería para su entrada. Y para abreviarla, determinó ir en busca del Provincial. Su padre hizo extraordinarias diligencias, hasta

valerse del Virey, para estorbarle sus intentos. De todo salió con victoria, y fué recibido en la Compañía. Hecho el noviciado con mucha edificacion, volvió á continuar los estudios en el mismo Colegio de Mallorca, donde al principio del estudio de artes halló el fin de su vida. En su última enfermedad le apretaban los escrúpulos, de que había sido molestado el tiempo que vivió en la religion. Y era tanta su virtud, que no osaba pedir á Dios que se los quitase en aquella hora. Y así después de oleado, preguntó al confesor si podría sin escrúpulo de amor propio pedir al H. Alonso Rodriguez rogase á Nuestro Señor que le quitase los escrúpulos: díjole que sí. Hízolo, y alcanzó por este medio una paz y serenidad tan grande, que murió riendo. Había negociado con los Superiores que mandasen al H. Alonso no se apartase en aquel trance de su cabecera, como se hizo; é importóle tanto esta diligencia, como se vió por el efecto: porque poco después de haber espirado, se lo mostró Nuestro Señor con mucha gloria en el cielo por espacio (según dijo el Hermano) de una hora; y notó que le miraba con rostro alegre; dándole á entender se verían presto juntos. Los que conocieron á este buen Hermano y notaron la prisa que se dió en acaudalar merecimientos, no dudaron que fué muy conforme este dichoso fin á la religiosa y ejemplar vida que hizo.

El P. José Ramohí, que había vivido en compañía de Alonso, en una carta escrita al P. Marimon desde el Colegio de Valencia con fecha 16 de Diciembre de 1618, dice hablando del H. Puigdorfila: «El H. Marco Antonio Puigdorfila antes y después de su entrada en la Compañía fué muy íntimo del H. Rodriguez. Desde que Nuestro Señor le llamó á ella, tomó tan á pechos

corresponder á su vocacion, que se puso á estudiar gramática con grande humildad y grandes veras, apañándose á tratar y disputar en medio del aula con los niños, sin tener empacho de otros iguales suyos, que de ello hacían donaire y burla, y haciendo después la instancia, que muchos de los que viven en ese Colegio saben, para ser recibido en la Compañía, cuando estorbándole su Padre la embarcacion por medio del Virey, se vino á nuestra casa llorando tan amargamente, como si en ello le fuera la vida, sin haber remedio de echarle de casa. Las demás cosas de su vida y muerte mejor las saben ahí VV. RR. El P. Lagaria me ha dicho que salió en compañía de un Hermano á Sóller, al tiempo que el H. Puigdorfila estaba enfermo de la enfermedad de que murió: y que yendo á visitarle el día antes que saliese, le rogó el Hermano le dijese una misa: prometió el Padre que lo haría, y despidióse del enfermo. De allí á pocos días estando en la ermita de la Trinidad para decir misa, con intento de decirla por el Hermano, sin saber nada de su muerte, á las diez ú once horas, cuando ya iba á revestirse, se halló trocado interiormente, sintiendo como que le dijesen que el H. Puigdorfila no tenía ya necesidad de aquel subsidio: y fué tan vehemente este sentimiento, que tiene por cierto el Padre que no dijo por entonces aquella misa por el Hermano. Cuando llegó al Colegio, supo haber muerto el Hermano el mismo día y casi á la misma hora.»

En varios lugares de esta historia hemos visto á Alonso ferviente devoto de la Concepcion sin mancha de la purísima Madre de Dios, y celosísimo propagador de la devocion á esta singular prerogativa de la Virgen. Así como se derretía de ternura al ver que era honrado

y venerado este privilegio de su Madre y Señora; así se angustiaba su corazon al saber que alguno sentía menos bien de él ó le impugnaba, aunque fuese con buen celo y recta intencion. Claramente se vió esto en un ruidoso acontecimiento, que á fines de este año de 1615 tuvo lugar en Mallorca. Habíanse defendido en Montesion y en San Francisco conclusiones públicas de la materia de *Auxiliis* durante el mes de Noviembre de dicho año. Quisieron los Padres de otra esclarecida orden tener su acto público, propugnando en él doctrinas opuestas á las defendidas en los dos actos mencionados, figurando entre ellas la que negaba haber sido María concebida sin mancha de pecado original. Lo mismo fué aparecer en público los carteles en que se anunciaba aquel acto, que ponerse en conmocion toda la ciudad. Eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, todos se escandalizaron de que en un reino y ciudad tan devotos de la Inmaculada Concepcion hubiese quien se atreviera á contradecir la creencia general del pueblo, y á negar á la Madre de Dios tan hermosa prerogativa. No era otro el tema de todas las conversaciones públicas y particulares; y solo se pensaba en hacer solemnes demostraciones de la fe del pueblo mallorquin en la Concepcion sin mancha de la Virgen Santísima.

Hablaban un día los Padres de Montesion durante la quiete de lo que pasaba en la ciudad: hallábase presente el santo Hermano, y al oir que algunos intentaban contradecir en acto público y solemne aquel singularísimo privilegio de su Señora, «Turbóse tanto, dice el P. Marimon (1), testigo de vista de lo que refiere, que fué co-

(1) Lib. VII, § 49.—Véase el Apéndice, núm. 4.

sa admirable ver lo que hizo, y oir lo que dijo, y el fervor y celo con que se encendió hablando en defensa de él: levantóse en pié, alzó el brazo, ojos, y voz, diciendo: «No se tomen con la Madre de Dios, que aunque es tan benigna y la misma suavidad y dulzura, Hijo tiene muy celoso de la honra de su Madre, y ángeles sin número que volverán por su Señora y defenderán su limpieza é hidalguía.» Fué diciendo á este tono varias cosas, y añadió después: «Que una de las causas porque Dios había enviado á la Compañía á este mundo, entre otras era muy principal esta, para que enseñase y defendiese esta verdad en la Santa Iglesia.» Y como hablaba con tanto afecto y veras, le dijo un Padre de los que allí estábamos: «Hermano Rodriguez, ¿cómo sabe esto, que Dios envió la Compañía para defender la doctrina de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora?» Él respondió: «Yo lo sé de cierto:» y alzando la mano y los ojos al cielo, dijo: «De allá de lo alto me lo han dicho (1).»

«Cayó algunos meses después enfermo gravemente el H. Alonso: y porque no muriese sin declarar más lo que en esto sabía y pasaba, el P. Miguel Julian, que entonces era Rector y tambien estaba actualmente enfermo en la cama, envió al H. Francisco Franco, con quien trataba mucho el H. Alonso y comunicaba fácilmente sus cosas, para que le preguntase en nombre del Superior cómo había sido aquello que algunos meses antes había dicho en la quiete, que sabía de allá de lo alto que

(1) Segun el P. Colin, que estaba presente, añadió: «Y si el P. Rector me da licencia, yo lo iré á predicar por las calles, yo lo iré á predicar por la ciudad.»

entre otras causas muy principales había Dios enviado la Compañía para enseñar y defender la doctrina de la Concepcion Inmaculada de la Virgen María, Reina y Señora Nuestra. Respondió el H. Alonso: «Hermano carísimo, bien me acuerdo de lo que entonces pasó, y es mucha verdad que yo dije eso que él me refiere; pero yo entonces no vi cosa ni tuve revelacion corporal ó exterior alguna, sino que me vino aquel gran impulso, que yo conocí ciertamente que era del cielo, y que aquello, que yo decía, era verdad de lo alto: y tengo aún ahora por cierto que es así como entonces dije.»





CAPÍTULO XLVIII

EXTIÉNDESE POR ESPAÑA LA FAMA DE LA SANTIDAD DE ALONSO Y VENÉRANDSE COMO RELIQUIAS SUS COSAS. — ACUDEN MUCHOS EN SUS NECESIDADES Á BUSCAR REMEDIO EN LAS ORACIONES DEL HERMANO. — ELOGIO QUE DE ÉL HACE DON CÁRLOS COLOMA. — REVÉLALE DIOS QUE DESPUÉS DE MUERTO HARÁ MUCHOS MILAGROS EN MALLORCA. — DESPIDO DEL H. COLIN. — CURACION DEL P. RIPOLL

1616

QRANDE era la fama de santidad que desde mucho tiempo gozaba dentro y fuera de casa el Hermano Alonso, y conservábase como reliquia cualquier objeto de su uso. «Era tanto, escribe el Hermano Onofre Serra, el concepto que todos los de casa teníamos de su santidad, que catorce años á esta parte que le conocí, muchos del Colegio recogían cosas suyas para guardarlas por reliquias: y cuando le cortaban el cabello, ibanlo recogiendo para el mismo efecto, hasta las plumas con que escribía, pedazos de papel que hubiese tocado: y le sacaban firmas, diciéndole que escribiese su nombre para ponerlo en la tabla de la portería. En las casas de los seglares había algunos que acompa-

ñando el Hermano á algun Padre, tenían cuenta dónde el Hermano se sentaba, y después recogían la silla, guardándola por reliquias.» Muy celebrada fué una de estas sillas, en la cual solía sentarse Alonso, cuando acompañaba al P. Melchor Miralles á casa de Mateo Mas, curtidor, vecino de Montesion, cuyo padre estuvo mucho tiempo sepultado en la cama. Jamás permitió el citado Mateo que persona alguna se sentase en ella. Hallándose próxima al parto su esposa, y padeciendo indescibibles dolores, llena de fe en los méritos de Alonso, creyó que sentándose en aquella venerada silla, había de tener feliz éxito en aquel trance. Y en efecto así sucedió con no poca admiracion y gozo de la paciente y de toda su casa. Ya desde entonces, aun en vida del Santo, fué aquella silla el refugio ordinario de todas las mujeres que solían tener partos desgraciados ó peligrosos. «Si se hubieran de escribir los felices y bien alumbrados por la devocion á la silla, dice el P. Marimon, ocuparían gran parte de su historia: y así se dejan con decir que es ordinario llevar esta silla á los partos por la dicha devocion.» Actualmente ha desaparecido esta venerable reliquia, sin saberse á dónde ha ido á parar ó si ha sido destruida.

En la sacristía del Seminario de San Carlos de Zaragoza, antiguamente Colegio de la Compañía, se conserva hasta el día de hoy un cuadro con la estampa de la Santísima Virgen, delante de la cual solía orar el santo Hermano. Es una imágen de la Inmaculada Concepcion semejante á la pintada por Juan de Juanes que se venera en la nueva iglesia de la Compañía de Valencia. En el lado izquierdo del marco en líneas horizontales se lee lo siguiente: «Dióla al H. Jaime Sitjar el H. Anto-

nio Mora, discípulo del V. H. Alonso Rodriguez; y por muerte del H. Jaime Sitjar pasó al H. Vicente Ximenez en 1506 (1); y por muerte de este pasó al R. P. Bartolomé Fullana en 1731. Por muerte del P. Fullana pasó al Dr. Miguel Fullana, y por muerte de este, al P. Sebastian Figuerola, y el P. Sebastian Figuerola la dió al Padre Joseph Andosilla.»

En el papel pegado á la tablilla se lee: «Esta Imágen de Nuestra Señora la tuvo el V. H. Alonso Rodriguez, y después paró en diferentes manos, y últimamente en el P. Joseph Andosilla Vice-Rector de este Colegio, como se verá en el y el que está á la espalda de Nuestra Señora, y dicho P. V. Rector la dió á la Sacristía en 8 de Julio de 1754.» Tal era la estima en que ya desde un principio, y aun en vida del Santo, se tenían sus cosas.

Lo mismo pasaba con los retratos del siervo de Dios, que sin saberlo él se sacaron viviendo aun. «Viviendo el santo Hermano, continúa el H. Onofre Serra, citado poco ha, se sacaron muchos retratos suyos. Y no faltó quien pusiese uno en pública calle, habiendo de pasar una procesion por ella. Acertó el Hermano á pasar por allí, y vió su figura, y dijo al compañero: «¡Válame Dios, y qué feo han pintado á nuestro Beato Padre!» pareciéndole sin duda que aquel no era retrato suyo, sino de San Ignacio.

Y no solamente gozaba Alonso de esta fama de santidad con el pueblo mallorquin, sino tambien con las personas más autorizadas, como eran los vireyes, y con

(1) No puede menos de estar equivocada esta fecha: será 1706.

las más insignes en santidad, que por entonces ilustraban la isla.

Un Padre de la Cartuja muy espiritual y de grande oracion llamado Don Vicente Mas, de quien se hizo mencion en el capítulo diecisiete, de cuya santa vida y muerte imprimió algo el Padre Don Fray Bartolomé Valperga, llegando á su celda la fama de la santidad del H. Alonso Rodriguez, deseó en gran manera verle y comunicarle cosas de su espíritu. Alcanzólo por medio de una persona grave, la cual trazó que se juntasen en una granja del convento. Estuvieron juntos más de cuatro horas, y después de ido el Hermano, preguntó aquella persona al Padre don Vicente ¿qué le parecía del Hermano Alonso Rodriguez? Respondió: «Muchas cosas había oído decir de él, pero todo es poco. Paréceme que no hay hoy en el mundo otro mayor santo, y que si el Superior le mandase andar sobre las aguas, lo haría sin hundirse.»

El Maestro Fray Antonio Creus, de la orden de Predicadores, inquisidor que fué muchos años en Mallorca, venerado en vida y en muerte por santo, solía decir cuando le visitaba alguno de los Nuestros: «¿Qué hace aquel santo y grande Hermano portero de su Colegio?»

El Padre Fray Rafael Sierra, de la orden de San Francisco de la observancia, Provincial que fué diversas veces de su Provincia de Mallorca, en donde fué tenido por oráculo, en vida y en muerte honrado de Dios con no pequeñas maravillas, como tambien el Padre Maestro Creus, tenía al H. Alonso en el catálogo de los varones insignes en santidad, y buscaba ocasiones de tratarle. Viéndole un día en su convento, acompañando á un Padre, se lo estuvo mirando gran rato, y después se llegó

á hablarle. Preguntándole de dónde era natural, respondió Alonso: «Padre mío, mi patria natural es el cielo, si fuere allá,» y no dijo más. De allí á un rato tornó á preguntarle cuántos años tenía: «Padre, dijo Alonso, si yo hubiera servido á Dios, pudiera contar los años. No lo hice, y así mal podré decir cuántos años tengo.» Apartó entonces el Padre Fray Sierra al que iba en compañía del H. Alonso, y aludiendo á un esclarecido santo lego de su órden, dijo: «Vuestras Reverencias aquí tienen otro Fr. Gil.» En otra ocasion le dijo el mismo Padre: «Deseo saber, Hermano Rodriguez, qué haría, si Dios le diese á escoger, ó irse al cielo luégo, ó quedarse más tiempo en este mundo.» «Yo, Padre, dijo el Hermano, escogería hacer la voluntad de Dios.»—«Y si Dios lo dejase en sus manos, para que hiciese en esto su voluntad, dándole libre licencia de escoger lo que quisiese, ¿qué haría?» «Pues digo, Padre, que no querría sino la voluntad de Dios; porque más vale esto, que todo cuanto puede tener un hombre en el cielo, si fuese á él sin la voluntad de Dios.» Quedó el buen Padre muy edificado de la solidez de nuestro Hermano, y hablaba siempre de él con grandes alabanzas. Es privilegio de Santos conocerse unos á otros, y verse las almas y la hermosura de la divina gracia en ellas.

El Santo Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, espejo de príncipes eclesiásticos en nuestros tiempos, escribió algunas cartas al Hermano Alonso, pidiéndole la ayuda de sus oraciones, y algunos consejos para cumplir perfectamente con el oficio pastoral que Dios le había encargado, y pidió muchas veces á los Superiores que lo llevasen á Valencia, para tratarle más de cerca. Cardenales, Arzobispos,

Obispos é Inquisidores, que ó le conocieron ó tuvieron noticia de su santidad por relacion de personas fidedignas, le escribían, pidiéndole lo mismo que el santo Patriarca. Pero volvamos á los retratos.

La vireina D.^a Juana Pardo, esposa de D. Juan Vilaragut, tenía aun en vida del Hermano un retrato de estos en su oratorio, y dijo á su confesor que no podía pasar delante de él sin hacerle reverencia, y que tenía escrúpulo de que no sentía tanta devocion, cuando pasaba por delante de las imágenes de otros santos ya canonizados.

Otro de estos retratos envió el P. Miguel Julian, Rector de Montesion, á la Sra. Duquesa de Gandía (1), juntamente con una carta para ella, y otra carta y un rosario para su hijo D. Gaspar de Borja y Velasco, Cardenal Obispo de Albano y embajador del Rey en Roma. La estima que de tales prendas hicieron, y el alto concepto que formaron de la santidad del H. Alonso y del poder y eficacia de sus oraciones, demuéstranlo bien las cartas que en agradecimiento á tal merced escribieron al P. Julian. Con fecha 17 de Mayo de 1616 escribía á dicho Padre D.^a Juana de Velasco:

«Padre mío: alabado sea el Santísimo Sacramento y la purísima Concepcion de la Santísima Virgen María. ¿Cómo diré yo, Padre mío, lo que me he holgado con su carta y con el retrato del H. Alonso Rodriguez, y con los rosarios y cartas para el Cardenal? Luégo le enviaré el secretario y sus cartas. He trasladado la de el

(1) Doña Juana de Velasco, hermana de D. Juan Fernandez de Velasco, sexto condestable de Castilla y quinto duque de Frías.

Hermano para quedarme yo con el traslado. Hanos hecho Vuestra Paternidad singularísima merced, como de amigo viejo. Vuestra Paternidad le pida mucho que nos encomiende á Dios mucho y muchísimo. A el Cardenal que pida á Dios que nos le guarde, y dé mucha vida y salud á el dicho Cardenal. Tambien le pida Vuestra Paternidad mucho que encomiende á Dios á los demás hermanos. He visto á el P. Forteza (1), y le serviré en todo de muy buena gana y á ese Colegio y á Vuestra Paternidad, que le quiero mucho y deseo verle por acá ya. Escribame Vuestra Paternidad, y respóndame Vuestra Paternidad á esta carta: á quien guarde Nuestro Señor muchos años.—De Madrid, y Mayo 17.—D.^a JUANA DE VELASCO.»

Tres días después añadía la misma Señora esta posdata á la anterior. «Padre mío: con la devocion del retrato y memoria de las mercedes que la Santísima Virgen hace al H. Alonso Rodriguez, suplico á V. P. nos haga merced de mandarle por obediencia que pida á la Santísima Virgen que á un hijo que-mi señora la duquesa de Frías (2) tiene, que se llama D. Luis, le alcance

(1) El P. Juan Forteza, pasó de Mallorca á Madrid por causa «de ciertas diferencias criminales, dice la Hist. de Montesion, que entre los fundadores de este Colegio, los Sres. Verí y los Fusters allí se habían de decidir.» Á su vuelta á Mallorca en Diciembre del mismo año padeció tan recio temporal que tres veces se tuvieron por perdidos los de la nave, y habían ya echado la ropa al mar. Llegaron al fin salvos y buenos los que se creían ya perdidos «á lo que se entendió, añade el historiador, por las oraciones del H. Alonso Rodriguez.»

(2) Doña Juana de Córdoba, con quien casó en segundas nupcias Don Juan Fernandez de Velasco. Llamábase su primogénito Don Bernardino, que heredó los títulos de su padre Don Juan.

de su Santísimo Hijo habla y oído, que es sordo, y todos estamos con esta pena: es hijo de mi hermano el condestable, que haya gloria: y que lo haga con gran fervor y ahinco, pues nos importa tanto, y confío de su misericordia que sería para servirle mucho. Harános V. P. gran caridad en esto y en mandárselo por obediencia. A mi Cardenal envió su carta y rosario hoy, y á el P. Forteza serviré en cuanto me quisiere mandar de bonísima gana: y guarde Nuestro Señor á V. Paternidad, que es amigo viejo, y déjenosle ver acá.—De Madrid, y Mayo 20.»

Al mismo Padre contestó el Sr. Cardenal desde Roma lo siguiente. «Recibí la carta de V. P. de 28 de Abril: y aunque tardó mucho en llegar á mis manos, alegráronme las nuevas que me trajo de la salud de V. P., porque se la deseo muy entera: y todo lo que me dice V. P. del cuidado que tiene de encomendarme á Dios Nuestro Señor, procurando haga lo mismo el Hermano Alonso Rodriguez, con que me he consolado en extremo, por la necesidad que tengo de este socorro y confiar mucho de él. Hízome particular regalo V. P. con el rosario, que estímole como es razon por la bondad de su dueño, á cuya carta respondo y quisiera estar donde pudiese gozar de tan santa compañía. V. P. vea en qué le pueda servir; que lo procuraré con entrañable voluntad en cualquier ocasion.—Guarde Dios á V. P. muchos años en su santo servicio.—De Roma, á 5 de Agosto de 1616.»

«Mucha merced me ha hecho V. P. con su carta y con asegurarme de lo que ruega por mí el H. Alonso: harto lo he menester en tierra donde me obligan á tan-

to lo que soy del P. Francisco (1). Vea se acuerde de nuestra amistad vieja.—EL CARDENAL DE BORJA Y VELASCO.»

Con el fin de obtener que el H. Alonso alcanzase de Dios con sus oraciones la salud de los hijos de la duquesa de Frías, escribía el P. Hernando Lucero: «*Pax Cli.*—Sea V. R. muy bien venido, y con la salud que yo deseo y esa Provincia ha menester, que después de tan largo camino y tanto trabajo vivir con ella nos obliga á dar gracias á Nuestro Señor como por singular merced.»

«Mi Señora la duquesa de Frías tiene dos hijos. El mayor es condestable de Castilla; que aunque es como mil oros, tiene poquita salud y complexion delicada. El segundo es el señor D. Luis de Velasco, el cual es mudo desde su nacimiento: y estando una casa tan grande pendiente solo de un heredero y tan delicado, se deja fácilmente entender el cuidado con que mi señora la Duquesa vivirá. Ha tenido Su Excelencia noticia del H. Alonso Rodriguez, que está en Mallorca, y de su santidad, y obras maravillosas que Nuestro Señor por medio suyo hace; y como tan señora mía y que tanta merced hace á la Compañía y tan devota de nuestro Santo P. Ignacio, le da Nuestro Señor esperanza que por las oraciones del Hermano ha de alcanzar de su Majestad la habla para el señor D. Luis. Su Excelencia escribe á V. R. pidiendo encargue mucho al H. Alonso Rodriguez tome muy á su cargo este negocio, para suplicarle á Nuestro Señor que si ha de ser para su servicio, nos oiga y consuele á todos. Y yo de mi parte suplícole

(1) Era nieto de San Francisco de Borja.

á V. R. se lo prescriba y mande al Hermano, para que su oracion, yendo por obediencia, sea más acepta á Nuestro Señor: que en esto nos ayudará V. R. á satisfacer algo de lo mucho que á mi señora Duquesa y á su casa debe la Compañía; y yo recibiré muy gran caridad de V. R.: en cuyos santos sacrificios y oraciones humildemente me encomiendo.— Madrid, Mayo 21 de 1616.— HERNANDO LUCERO, S. J.»

En muchas otras personas graves y autorizadas despertó extraordinaria devocion y segura confianza en las oraciones de Alonso la vista de su retrato y la lectura de sus cartas. Una fué el P. Bartolomé Velez, como puede verse en la siguiente carta al P. Julian.

«*Pax Cti.*—Yo soy un sacerdote teólogo de la Compañía, que estoy aquí en Madrid, á cuyas manos llegó el retrato del H. Alonso Rodriguez y la carta suya y de V. R.: para el Cardenal Borja, que me las envió su madre, la duquesa de Gandía. En ellas decía V. R. la grande devocion que ese Hermano tiene con la Reina del cielo, y tan encarecidamente, que nos alegró mucho á todos en ver que no supiese V. R. de otro que lo fuese más: por esta razon yo que he deseado siempre ser muy devoto de esta Señora, estando muy apretado de una enfermedad que ha diez meses que padezco, tal que no me deja hacer accion interior ninguna ni exterior, habiendo hecho muchas diligencias por mi persona y por los de otros para que Nuestra Señora, que siempre fué mi amparo, me diese salud para vivir con consuelo en la Compañía, y estando anegado en estos males que crecen cada día, por último remedio luégo que vi la imagen del Hermano, me determiné de escribir á V. R. pidiese al Hermano, pues soy, aunque indigno, del número de sus

devotos, que me alcanzase de ella salud para no vivir con tanto desconsuelo en la Compañía, que cada hora se me hace un siglo: pues para que me conceda ella esto, es bastante motivo que queriendo dejar la Compañía, ella lo estorbó; y así corre por su cuenta el tenerme con el consuelo general que los demás tienen. Esto he dicho así, para que V. R. lo haga con más veras, y para que se lo pida al Hermano más encarecidamente; que ella es por cuya mano ha de alzar Nuestro Señor el castigo de mis pecados. Tendráme V. R. por siervo toda su vida, y mis sacrificios y oraciones serán siempre de V. R., de quien me consolaré mucho en tener buen despacho y respuesta muy en breve; en cuyos santos sacrificios también me encomiendo.—Madrid, 24 de Mayo de 1616.—Podrá venir la respuesta al noviciado de Madrid, á donde había venido por predicador, y no ha sido posible ejecutarlo.—BARTOLOMÉ VELEZ, S. J.»

En esta carta pide el P. Velez remedio para una necesidad propia: en la que vamos á copiar lo pide para una necesidad ajena el P. Francisco Portocarrero. Dice así: «*Pax Xri*.—Estando en la casa de probacion de la Compañía de Madrid, me envió la Sra. Duquesa de Gandía el retrato de nuestro santo H. Alonso Rodriguez, que V. R. le envió: y certifique á V. R. que en viéndole, mi alma juzgó de él aun más de lo que se dice. Dios le dé el fin como su santa vida merece. Por esta causa me atrevo á escribirle la que va con esta, pidiéndole que comunique cierto negocio de importancia con Nuestro Señor y con su bondadosísima Madre, y alcance de Él y de Ella lo que yo le escribo en la carta que V. R. verá. Suplico á V. R. me haga tanta caridad de pedirle lo haga con veras: y por no cansar al Her-

mano Alonso, solo le digo que es para una persona que era gran sierva de nuestro Señor, y de un accidente ha tres años que está en una cama, cerrados los ojos, sin hablar, ni comer por sus manos, cubierto el rostro sin dejarse descubrir, y por otra parte, aunque enajenado el entendimiento, tan en sí para saber cuándo es viernes, vigiliass, cuaresma, viernes santo y fiestas, sin decirselo nadie, y ayunar en todos estos días con gran rigor, y los viernes santos sin comer bocado, que nos tiene á todos admirados. Aunque yo (como quien la ha confesado diez años) estoy satisfecho que está en la inocencia bautismal, y sé cosas muy particulares del espíritu que el Señor le comunicaba; con todo esto sin cesar todos estos años he suplicado á Nuestro Señor y otros muchos siervos suyos la vuelva en su primer estado, para que confiese y comulgue, y que después haga de ella su Majestad lo que fuere servido, y no hemos merecido ser oídos; no he perdido la esperanza, y háseme aumentado, persuadiéndome que este negocio lo tiene Dios guardado para ese su siervo. La persona es beata, y comulgaba cada día, de raro ejemplo y mortificacion, y de mucha familiaridad con Nuestro Señor y con su Madre. No le han faltado los trabajos: y este es muy grande para ella y para sus padres y para todos los que la conocían. V. R. *siquid potes, adjuva nos* con el Hermano para que el Señor nos oiga. Él guarde á V. R., y me mande en esta casa profesa de Toledo. Si el P. Provincial estuviere ahí, déle V. R. mis encomiendas.—De Toledo, Junio 4 de 1616.—FRANCISCO PORTOCARRERO, S. J.—Lo que respondiere el Hermano me escriba V. R.»

Añadiré á las cartas anteriores otra de un Padre residente en Sevilla, en la cual da muestras de su sólida

virtud no menos que de la confianza en el santo Hermano, que le inspiró la lectura de una de sus cartas llenas de espíritu y de fervor. Escribióla al mencionado P. Rector de Montesion: es del tenor siguiente:

«*Pax Chti.*—Aunque no nos conocemos, Padre mío Rector, ni de nombre ni de letra, nos basta ser todos de la mínima Compañía de Jesús para que unidos con el vínculo de la comun caridad que en ella se usa, nos ayudemos los unos á los otros, máxime en cosas que redundan en gloria de nuestro buen Dios y salvacion de nuestras almas. Es el caso que yo he tenido por vía de Madrid copia de una carta que V. R. escribió á otro Padre de la Isla, que reside en aquella corte, donde le da cuenta de las maravillas y cabida que tiene con Nuestro Señor un súbdito de V. R. por nombre el H. Alonso; y leyéndola, me dió Nuestro Señor deseo de encomendarme á las santas oraciones del Hermano, y suplicarle me alcance de Nuestro Señor algunas cosas que ha años suplico á su Majestad por mí y por terceras personas me conceda: y como con mis muchos pecados y culpas pasadas y presentes estorbo la consecucion de mis deseos, procuro poner rogadores *omnium acceptione* mayores con su Majestad, para que *multiplicatis intercessoribus largiatur*. Y porque deseo siempre tener fe en la obediencia, me pareció que escribiendo yo esta, con ella y mandando V. R. allá como Superior al dicho H. Alonso, concurrirá Nuestro Señor como quien él es.»

«Tres cosas deseo de Nuestro Señor, y V. R. ha de dar orden cómo de hecho inste por ellas aqueso santo Hermano con todas las veras posibles; que si yo estuviera en su presencia se lo pidiera la boca por el suelo, y desde acá lo hago de rodillas. La primera es, que su Ma-

jestad me dé auxilios abundantísimos y eficaces para que yo le sirva de veras y con perfeccion lo que me queda de vida. La segunda, que me dé clara y distinta memoria de los pecados graves, ciertos y dudosos, de que su Majestad sabe que no me he confesado ó no me he confesado bien, para confesarlos y hacer verdadera penitencia de ellos. La tercera, que me dé tan grande dolor de haberle ofendido, que yo muera de puro dolor de mis pecados porque son ofensa suya. Las dos cosas deseo para luégo; pues para luégo es tarde: y la tercera para cuando Dios fuere servido, aunque tomaría de buena gana que el dolor y pena comenzaran luégo, para que me atormentaran más tiempo; pues cuanto ha sido en mí he atormentado mucho á mi Dios.»

«Y no le parezcan á V. R. estas cosas muy grandes: pues á Dios se le han de pedir cosas grandiosas, y esperarlas de mano tan liberal, que las ha hecho con muchos sin que se lo hayan pedido ni puéstole intercesores. Más hizo Dios por mí en ponerse en una cruz y en quedarse en el Santísimo Sacramento para mí y en librarme del infierno: y así debo llamar á sus puertas con confianza en aquella su misericordia infinita, y debo ponerle delante á sus amigos para que intercedan. Lo que pretendo en pedir estas cosas es honrar á Dios; porque pidiéndoselas, le confieso por poderoso para hacerlas, que es darle honra, satisfacer en esta vida algo de lo mucho que le debo, y estar por su eternidad alabándole en el cielo independientemente de mi interés y comodidad: de suerte que si por imposible *daretur gloria* sin alabarle, ó alabarle sin gloria, con su divina gracia escogiera y escojo estarle alabando por toda su eternidad y dándole gloria, aunque yo carezca de ella: y así, pues los fines son bue-

nos, razon es que V. R. favorezca los medios; y por hacerme caridad, mande que el dicho Hermano tome la mano en este negocio, acabándolo con Nuestro Señor. Y para que V. R. le aficione á ello, le diga cómo soy muy devoto toda mi vida de la purísima Concepcion de Nuestra Señora, y se la pido á esta benditísima Señora por su santísima Concepcion.»

«Yo quedo encomendando á Nuestra Señora que esta carta llegue á manos de V. R.; y espero respuesta de ella aquí en la casa profesa de Sevilla, donde ha muchos años que resido. Podrá venir con las que V. R. escribe al Padre que está en Madrid, encargándole que me la remita aquí con mucho cuidado, y en ella me avise V. R. si el Hermano toma esto de veras, y si lo ha comenzado á hacer: y si mi poca ventura fuese tan poca, que cuando esta llegue á manos de V. R., el Hermano se hubiere partido al cielo, póngase esta mi peticion sobre su santo sepulcro, que con esperanza quedo de que aprovechará. Y porque esta no es para más, no me alargo: y suplico á Nuestro Señor abrase á V. R. con sus divinos dones: en cuyos santos sacrificios, *etc.*—Sevilla, día de Todos los Santos de 1616.—PEDRO SUAREZ, S. J.»

El mismo efecto que en la duquesa de Gandía produjo en la de Feria una carta y un rosario del H. Alonso, que envió á dicha Señora el P. Julian, como se puede ver en la siguiente carta que escribió á dicho Padre.

«Atribuya, dice, V. P. la tardanza de esta (en respuesta de su carta de 12 de Junio) á la poca salud con que he andado después que la recibí: ya, gloria á Dios, me hallo mejor y muy contenta con la carta y rosario del H. Alonso Rodriguez; que con lo uno y lo otro he holgado mucho, y me ha hecho V. P. mucha merced, por

ser de tan santa persona. Yo le respondo, y pido continúe el escribirme: V. P. le persuada á ello y á que en sus oraciones se acuerde del Duque mi señor, y del Marqués y de mí, suplicando á Nuestro Señor le rija y guíe para mejor acertar en este gobierno, y á todos nos encamine para que le acertemos á servir: y á V. P. suplico haga lo mismo y á esos Padres. Y si por acá se ofreciere en que servir á V. P., crea que en esta casa se acudirá á ello con mucha voluntad. El P. Moncada hace días que se fué á Madrid, como V. P. habrá sabido: de él he tenido algunas cartas, y sé que está bueno. Nuestro Señor guarde á V. P.—Del Real de Valencia, 14 de Octubre de 1616.—LA DUQUESA DE FERIA.»

Si tan saludables efectos producían en los ausentes un objeto que hubiese usado el venerable anciano de Montesion y la vista de su figura y sus palabras escritas en un papel, ¿cuáles serían los que había de causar en los presentes que contemplaban aquel rostro iluminado con la luz celestial que rebosaba de su alma, y oían aquella voz que encendía en devocion á cuantos le escuchaban, y abrasaba sus corazones en el amor de Dios? Testigos son todos los moradores del Colegio, y los que sin gozar de su continuo trato, tenían sin embargo con él alguna comunicacion. Un testimonio aduciré aquí de un ilustre personaje, de reconocida cristiandad y religion, bien conocido en la república literaria como historiador insigne, y como esforzado capitan en las guerras de Flandes. Hablo de D. Carlos Coloma, que fué virey de Mallorca en los últimos tiempos de la vida de Alonso, con quien tuvo trato familiar, y cuya heroica santidad admiró. Contestando á una carta de un Padre de Montesion escrita por orden del P. Juan Mateo Marimon,

que escribía la vida de Alonso poco después que hubo muerto, hace del siervo de Dios el siguiente elogio.

«Por responder, dice, á su carta de Vuestra Paternidad, y obedecer á lo que en nombre del P. Rector de Mallorca me manda, digo que desde el día que llegué á aquella Isla, que fué el de los dos de Septiembre del año de 1611, concebí una certísima opinion de la santidad del H. Alonso Rodriguez, fundada en la relacion que traía de tierra firme, la cual se me confirmó mucho más cuando le ví y traté, pues sus ejercicios y conversacion parecían más de ángel que de hombre: á cuya causa procuré que un hijo mío de seis años, de mi nombre, que comenzaba á enseñarse á leer, pudiese alabarse, cuando fuese hombre, de haberle tenido por maestro: y así le enseñaba con mucha voluntad y amor, y le enseñó hasta que lo supo.»

«En todo el tiempo que estuve en Mallorca, que fueron cerca de seis años, no le vi fuera del colegio; y en él muchas veces que iba á ver á los Padres, y algunas á comer con ellos, procuraba trabar conversacion con el bendito Hermano, la cual era siempre de cosas de Dios, de lo que todos le debíamos, y de la obligacion que nos corría de corresponder á tantos beneficios; y esto con un rostro tan alegre y un fervor tan grande, que muchas veces de ternura y devocion ni él ni yo podíamos contener las lágrimas. Y acuérdomé que cuando hice las fiestas de la Inmaculada Concepcion, que Vuestra Paternidad sabe, por ocasion de los encuentros sucedidos en varias partes aquel año, especial en Mallorca, donde no consentimos yo ni la Audiencia que se defendiesen ciertas conclusiones, donde se procuraba dar á entender lo contrario, me dijo muchas veces: «Esté ale-

gre, Señor Virey, que á buena Señora sirve, que no dejará de pagárselo acá y en el cielo.» Y una vez estando juntos todos los Padres ó mucha parte de ellos en el aposento del P. Rector Miguel Julian, y preguntándole él qué le parecía de aquellas cosas, metido en una cólera santa, dijo: «¿Qué me ha de parecer sino que los que impugnan una opinion tan recibida y tan pía no deben de pensar que ofenden á la Virgen? Que si lo pensasen, ¿quién duda que no lo harían? Pero no sé yo si esta ignorancia les servirá de disculpa delante de Dios, habiéndoles dado tan grandes talentos como tienen estos Padres.»

«El último año que estuve en Mallorca, que fué el de 1616 hasta Marzo de 17, casi todo lo pasó el santo Hermano en la cama con la enfermedad que entiendo le acabó, y muchas veces le visité en ella, y me consolé de ver la invencible paciencia con que estaba padeciendo increíbles dolores, y la serenidad y alegría del rostro que mostraba: y cierto que con ser tan viejo y estar con tantos achaques, (que el menor de ellos era haberle agujereado los huesos la carne en muchas partes de su cuerpo), poniendo algunas veces mi rostro harto cerca del suyo, y teniéndole muy de ordinario las manos y besándoselas siempre que podía hacerlo sin nota de afectacion, jamás me pareció que trataba con enfermo, ni el olor que despedía su cuerpo era sino como de un niño de teta muy sano y muy limpio. Fuera de esto, la comun y constante fama de santidad en toda la ciudad y reino que el bendito Hermano tenía y ha tenido, á lo que entiendo, más de veinte años continuos, es tan grande, que me obligó á mí y me obliga, como á todos los demás, á tenerle por tal. Y así como á quien entiendo que está

gozando de Dios, le encomiendo muy de corazon diversas veces mis negocios delante su divina Majestad: y lo mismo hace, aunque con mayor ternura, D.^a Margarita (1); la cual ha traído consigo un retrato del santo Hermano, y siempre le ha tenido y tiene á su cabecera: y en este último parto, sin embargo de haber sido casi todo el preñado muy combatida de melancolía y temores de que había de morir en él, no hallaba mayor consuelo en otra cosa que en mirarle y encomendarle intercediese con Dios por su salud y la del hijo que esperaba. Y su divina Majestad (á lo que píamente cree) se la ha dado y conserva á entrambos por la intercesion del bendito H. Alonso Rodriguez. Y cuando estaba para partir de Mallorca, por hallarse encinta de ocho meses y temiendo el pasaje de la mar, donde siempre que entra padece grandes vómitos y otros accidentes peligrosos aun en sana salud, pidió al P. Rector Miguel Julian que la consolase con dejársele ver y encomendarse en sus oraciones: hízolo el P. Rector, haciéndole traer á la tribunilla baja, donde suelen asistir las Vireinas, en una sillica: y allí después de haberla animado santamente á entrar en la mar, habiéndole dicho ella que pidiese á Dios la hiciese merced de que no pariese en el camino y que nos diese buen viaje, con un rostro lleno de risa le dijo estas palabras: «Vaya, Señora, muy consolada, que Dios les dará muy buen viaje, y no dará á luz en el camino.» Con esto quedó ella tan consolada, que aunque en la mar tuvo todos los achaques que temía, nunca le pasó por el pensamiento temer el mal parto, ni en Vinaroz, adonde estuvo muy mala, lo temió: con que

(1) Doña Margarita de Liedekerke, esposa del Virey.

fué Dios servido por intercesion (á lo que creo) del bendito Hermano, de que al fin librase más de un mes después en Valencia, y que tuviese el mejor parto que había tenido en su vida.»

«Esto es, Padre mío, lo que por agora se nos ofrece que responder á su carta de Vuestra Paternidad. Y así lo firmamos entrambos de nuestros nombres.—De Cambray, á 20 de Mayo 1619. — DON CARLOS COLOMA. — DOÑA MARGARITA COLOMA.»

Tal era la opinion de santidad de que gozaba aun en vida el santo Hermano dentro y fuera de la isla de Mallorca. Y aunque no se le ocultaba, ni podía ocultársele del todo, la estima en que era tenido; estaba él tan profundamente sumergido en el abismo de su miseria, de su vileza y de su nada, que ninguna cosa de este mundo bastaba á producir en él un movimiento de propia estimacion. Bien se manifestó su profundísima humildad en un favor muy especial que recibió del cielo por este tiempo. A 27 de Noviembre de 1616 dijo al P. Torrens que pocas semanas antes, estando dentro de su aposento, le mostró el Señor toda la isla de Mallorca, y de una vista todos y cada uno de los pueblos y villas de ella; y le dijo: «¿Ves esta tierra? Después de muerto has de hacer grandes y muchísimos milagros en toda ella.» Y él estaba muy confuso y avergonzado de ver que á una cosa tan baja, tan vil y tan hedionda como él, que se tenía por lo más malo del mundo, se le dijese aquello; y así metido en el abismo de su nada, se quedó sin un movimiento siquiera de presuncion ó alegría por ello.

Dábale no obstante mucha pena cualquiera demostracion que se le hiciese del concepto de santo que de él se tenía, como se verá en lo que le pasó con el H. Francis-

co Colin, segun cuenta él mismo: y fué que estando para partirse de Mallorca á España por Octubre de 1616, entró un sábado por la noche á despedirse del Hermano Alonso, el cual estaba ya tan malo, que no salía de su aposento. «Halléle, dice, recostado sobre una tarima de tablas, tan trasportado, que pude por despedida besarle los pies sin que él lo advirtiese, hasta que ya no lo pudo estorbar: compungióse mucho, y diciéndole cómo me partía, y que me diese algun documento espiritual por recuerdo del tiempo que habíamos vivido juntos, respondió: «Cuando quisiere alcanzar de Dios algo, pídale á la Virgen con confianza: séale muy devoto, y tenga por cierto que todo le irá bien.»

En la devocion á la Inmaculada Concepcion tenía puesta Alonso desde muy antiguo su esperanza para alcanzar gracias no solo espirituales, sino tambien corporales. Testifica el P. Pedro Onofre Ripoll (1), de la Compañía de Jesús, morador del Colegio de Mallorca, que estando afligido porque no podía trabajar en bien de los prójimos por arrojar en gran cantidad sangre por la boca, fué á consolarse con el santo Hermano, y que este le aconsejó que hiciese voto de ayunar á pan y agua la víspera de la Concepcion, y la Santísima Virgen le restituiría la salud y las fuerzas para trabajar, como él deseaba. Hizo el voto el Padre con permiso de los Superiores: y en cuanto lo hubo hecho, bajó á notificárselo al H. Alonso, que estaba enfermo en cama, y él le dijo: «No tema V. R., que recobrará la salud, y podrá traba-

(1) Llegó á Mallorca con el P. Forteza en Diciembre de este año. Iba enfermo de tisis: había estudiado en Montesion, y entró en la Compañía en 16 de Marzo de 1607.

jar mucho y servir á la Compañía.» Y en efecto, dice el Padre, desde entonces he podido cumplir todo lo que la obediencia me manda, doy misiones, predico á menudo y sin cansarme, estoy muchas horas sentado en el confesonario, y predico cuaresmas en la ciudad y fuera de ella.





CAPÍTULO XLIX

ÚLTIMO AÑO DE LA VIDA DE ALONSO.—SU POSTRERA ENFERMEDAD Y SANTA MUERTE.—EXEQUIAS.—ENTIERRO DEL SANTO CUERPO

1617

A principios del año 1617, que fué el postrero de la vida de Alonso, le derribó en la cama un tropel y cúmulo de enfermedades y dolores tan recios, que apenas tenía parte en el cuerpo en la cual no sintiese particular dolor. Informando por obediencia de sus males, dijo que tenía dolores de estómago, riñones, piedra, ijada, y piernas, las cuales no podía menear y solamente le servían de causarle gravísima pena. Algunos días le afligía la calentura, otros le dejaba, si bien cuando estaba sin ella, no carecía de dolores; de suerte que los médicos se hallaban confusos, y confesaban que no entendían la enfermedad. Quiere Dios á los que mucho ama mártires del amor; y así cuando falta el cuchillo del tirano, suele postrarlos por largo tiempo en una cama como en cuestion de tormento, donde sin golpe de bárbaro ó de hereje tengan ocasion de que merezcan ceñir sus sienes con corona de mártir. Esto hizo con su siervo Alonso particularmente este último año de su vida. La

paciencia y valor con que él lo llevaba, se conocerá por el deseo intensísimo que tenía de padecer. Estuvo algunos días desvelado por un gran dolor de cabeza que le sobrevino. Entraron en esta ocasion á visitarle los Hermanos estudiantes, y preguntándole uno de ellos que le comunicaba más familiarmente ¿cómo le iba en el dormir? respondió: «Un cuarto de hora he dormido, y ya me pesa, porque todo este tiempo he dejado de padecer.» El día siguiente tratando de la granjería de los trabajos, añadió: «Yo sé de cierta persona que no podía dormir días había, y después durmió un cuarto, y le fué revelado que aquel cuarto había dejado de merecer. ¡O Hermanos! ¡Cuán gran bien sería para el hombre ó nunca dormir ó que durmiendo padeciese mucho, y con la voluntad lo abrazase por amor de Dios, para que así no perdiese el merecimiento, que es bien incomparable!» Hallábase presente á esto el Hermano que el día antes le había preguntado si podía dormir, y entendió claramente que el fervoroso paciente hablaba de sí mismo.

Los demonios, que toda la vida le habían perseguido tan cruelmente, no se descuidaban por este tiempo; antes como echaban de ver que se les acababa el plazo, reforzaban la batería, enderezándola no ya al cuerpo con tormentos, como antes, sino al entendimiento y razon, procurando ofuscársela para sacarle algun movimimiento de impaciencia ó desconfianza. Por Enero de 1617, que fué el año mismo en que murió, se sintió muy afligido con una tentacion de desconfianza molestísima, más por el temor de caer en alguna culpa, que por otra causa. Procuraba levantar su alma y avivar su esperanza fundado en la misericordia divina y en los bienes prometidos á los que se desean ayudar y corresponder á los

divinos llamamientos. Volviendo á molestarle tristes pensamientos que le inquietaban, alzó los ojos al cielo, donde estaba su remedio, y pidiólo á aquel que solo le podía remediar, y con el rayo de su luz desterrar las tinieblas, y deshacer los nublados, y traer á su alma la serenidad y día deseado. No tardó el Señor en consolar á su siervo, porque luego oyó una voz que dijo á los espíritus de las tinieblas que en ello andaban: «¿Qué hacéis?» Con eso le dejaron y cesó la tentacion.

Tuvo tambien en esta última enfermedad una falta de memoria tan grande, que no se acordaba aun de las ordinarias oraciones. Juntóse con esto mucha sequedad y desconsuelo espiritual. Era cosa que causaba compasion y lástima ver á tan grande siervo de Dios con tanta falta de memoria, que no acertaba á rezar el *Pater noster*, y con tanta sequedad, que apenas tenía aliento para levantar el corazon á Dios. Conoció de dónde le venía el daño, y que todo era ardid del demonio para derribarle, y procuró vencerle humillándose mucho delante de Dios y de los hombres. Pedía á los Hermanos que le trasladasen algunos versos de David y soliloquios breves de S. Agustin, y estos hacía que le leyesen los que le visitaban, con lo cual se animaba á llevar con paciencia aquella sequedad y olvido. Tras este trabajo le acometió el enemigo con otro de un escrúpulo que por su singular recato le causó gravísima perturbacion. Sintiéndose afligido de mal de orina, socorrió alguna vez con las manos la parte más lastimada, obrando en ello naturalmente con la fuerza del dolor: reparando después en lo que había hecho, agravóle el demonio el caso, de suerte que ya era mayor que el mismo dolor la pena de pensar si se había tizado con alguna culpa. Juntos es-

tos dos trabajos, el espiritual del escrúpulo y sequedad, y el corporal de la enfermedad y dolores que padecía, avivando lo uno y otro el soplo del maligno espíritu, fué tal su congoja, que ya no podía más. Trazaba Dios todo esto para hacerle mártir del amor y de la pureza, y así acudió con su favor y ayuda en la mejor ocasion. Apareciéronsele Jesús y María en su aposento vestidos de celestial resplandor. Entretuviéronse con él una hora, consolándole con su presencia y con palabras de mucha ternura y regalo, animándole á padecer, y ofreciéndole que desde entonces les hallaría cerca de sí para lo que hubiese menester. Y así fué, porque (según dijo después él mismo al Superior) le hacía Dios tanta merced que todas las veces que quería tratar con la Virgen Santísima y con su Hijo, les hallaba á su lado. Así lo depone con juramento el Padre, á quien dió cuenta de ello, por estas palabras: «Eran los consuelos á medida de los trabajos y tormentos, decía, y con este término, que no era señor de alzar los ojos á Jesús y María que no les tuviese luego presentes; y que siempre que se quería recoger y pedirles algo, les hallaba aparejados para socorrerle, en particular á nuestra Señora; y que cuantas cosas pedía, todas salían bien despachadas. Y estándome dando cuenta de la conciencia, y hablando de estos favores y regalos que recibía del cielo, en particular de la Virgen, dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Ya ya siento sus favores, ya viene, ya viene:» y entonces yo me salí del aposento por no privarle de aquella tan grande visita, que estando yo presente creo sin duda que se lo impediera.»

Pasó esto por el mes de Abril. De allí adelante crecía por momentos la enfermedad, aunque por modos tan

extraordinarios, que hacía perder el tino á los que le asistían. Era la calentura unos días muy ardiente; otros no sentía grandes ardores; sin saberse á qué atribuir tal variedad y mudanza. Con ella pasó cinco meses muy conformado con la divina voluntad. Habíanle vuelto con la visita que le hicieron Jesús y María la memoria y su antigua devocion y ternura: y así rezaba sus devociones y tenía la oracion con el mismo cuidado que si estuviera sano. Confesaba y comulgaba tres veces cada semana, disponiendo Nuestro Señor que en tan larga enfermedad no le sobreviniese accidente que le estorbase esta devocion: antes se notó que en el mismo tiempo que no podía revolverse en la cama por la gravedad de los dolores, particularmente los tres últimos meses, que siempre estuvo de un lado, á la hora de comulgar tenía vigor y fuerza para componerse y reverenciar el Cuerpo Santísimo del Señor, cuando se lo daban. Otros advirtieron que nunca llegó á la cama á hablarle Superior ó Sacerdote, que no se quitase el bonetito ó cofia de lienzo que tenía en la cabeza, mostrándose hasta en esto perfecto observador de la regla que manda quitarse el bonete á los Sacerdotes los que no lo son. Cuando le dejaban solo, hablaba en voz alta con Dios haciendo tiernos coloquios. Particularmente decía: «Más dolores, Señor, más, con más caridad y paciencia en ellos.» En presencia de otros suplía este su fervor con actos interiores y haciendo que le leyesen por sus cartapacios ú otro libro devoto algun punto de espíritu, con lo cual pasaba el tiempo bien ocupado sin apartarse jamás del trato y presencia de Nuestro Señor.

Ocho días antes de morir le avisaron de parte del Superior que ya parecía tiempo de recibir el santo óleo:

dijo, que bien: aunque en el semblante dió á entender que aun no estaba en el postrer trance. Confesóse para mejor disponerse á recibir aquel último socorro espiritual, y respondió al Sacerdote con tanto sosiego, como si fuese otro el oleado. Por indirectas le sacó el Hermano Miguel Serra, enfermero, que moriría dentro de ocho días: que aunque no faltó quien se lo preguntase derechamente, él lo sintió mucho, rechazándolo como tentacion del demonio y cerrándose desde entonces de tal suerte, que ni aun despedirse quiso de los que con tanta caridad le servían. La manera como el H. Serra entendió de Alonso que tenía revelacion del día de su muerte, fué tomando para ello ocasion de la lectura espiritual que le hacía. Leíale cierto día la vida de la Beata Catalina Tomasa, religiosa agustina del convento de Palma, que poco antes había muerto con olor de santidad, y un día, acabada la lectura, le dijo: «Hermano Alonso, esta religiosa dijo unos días antes de morir el de su muerte.» Y el Hermano respondió: «En esta materia suele haber engaño y no provecho.» Instó otro día el enfermero acerca de lo mismo, y respondió el enfermo: «Esto es una tentacion: la vida es de Dios, y él enviará la muerte, cuando bien le parezca. Ojalá nos encuentre bien preparados para aquel terrible trance.» Viendo que le salían frustradas sus tentativas, probó fortuna tercera vez, y le dijo: «El P. Miguel Redó (ministro del Colegio) desea asistir á su muerte, y por esta causa ha diferido los ejercicios que iba á hacer en la casa de campo.» «Muy bien ha hecho el P. Ministro, respondió Alonso: yo le doy las gracias por su caridad, porque me encomendará á Dios, y así podrá asistir á mi muerte.» Quedó victorioso el enfermero, y no dudó que antes de

los ocho días había de morir, y que tenía conocimiento del día de su muerte.

De los últimos días de su santa vida y de los sucesos que acompañaron y siguieron á su no menos santa muerte, escribe como testigo ocular el P. Juan Mateo Marimon la siguiente relacion (1).

«El Hermano Alonso había sufrido una inmensidad de penas y trabajos en todo su cuerpo, muchas aflicciones en su alma, grandes tormentos y asechanzas del demonio que le atormentaba en el cuerpo y en el alma: había padecido mucho, como Dios lo había dicho. Ahora había de ser muy consolado; pues es más liberal el Señor en dar bienes á los suyos, que en enviarles ó permitir trabajos y males en ellos, principalmente habiéndole prometido el mismo Dios, no una sino diversas veces, que le consolaría en su muerte: y aunque para cumplimiento de esta promesa bastaba el premio que en la muerte del cuerpo suele el Señor dar á los suyos, cuando al dar á sus cuerpos el sueño y quietud de la muerte,

(1) P. MARIMON, Vida ms., Lib. VIII, §§ 5-13. El Padre Juan Marimon fué natural de Sineu, villa de las mayores del reino de Mallorca. Entró en la Compañía en 4 de diciembre de 1580 á los 17 años de edad. En el Colegio de Montesion leyó dos cursos de artes, nueve años teología moral, fué tres años Ministro y dos veces Rector (de 1618 á 1622, y de 1625 hasta que murió). Fué grande amador del silencio y enemigo de toda murmuracion; en su vestido demostraba el grande afecto que tenía á la pobreza; en sus acciones fué muy grave, compuesto y recatado. No podía hablar ni oír hablar de las virtudes del H. Alonso, cuyo primer biógrafo fué, sin que se resolviese en copiosas lágrimas de ternura y devocion. Fué gran imitador y devoto del apóstol de las Indias S. Francisco Xavier. Murió en 1627 el mismo día en que había muerto el santo apóstol, esto es, el 2 de diciembre, teniendo 64 de edad, y 47 de Compañía. Su muerte fué muy sentida por toda la ciudad y lo más principal de ella honró con su asistencia los funerales del P. Marimon.

da desde luégo á las almas la heredad prometida del reino de su gloria, segun aquello *Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hæreditas* (1); con todo el Señor quiso en esta vida tambien regalarle aun antes de llevarlo al cielo y de su dichosa muerte.»

«Así tres días enteros antes de ella, habiendo comulgado la última vez, le pararon de una todos los dolores, y el rostro se le puso al Hermano Alonso mucho más claro y blanco que cuando estaba con su entera salud, colorado y más venerable y hermoso de lo que le habíamos visto en tantos años los que aquí le habíamos conocido y tratado. Estúvose (á lo que pensamos y creímos todos) en un altísimo y suavísimo raptó, gozando aun en vida de aquellos soberanos bienes que tan presto había de poseer perfectamente. De cuando en cuando abría los ojos muy alegres y decía: «¡ah Jesus!» Si le hablaban no respondía á nadie, por alto que le hablasen, ni daba muestras de oír lo que le decían, si no era cuando el enfermero le quería dar algo de caldo, abría la boca, y se lo engullía sin ninguna dificultad. En todo aquel tiempo no mostró señal de dolor alguno, como solía antes, por los muchos y muy intensos que tenía, y mostró después poco antes de morir, como diremos; y el pulso en aquellos tres días no hizo mudanza alguna en flaqueza, antes se mostraba más reforzado y vigoroso. Acudíamos los de casa con gran consuelo á guardarle y velar aquel suave y santo sueño, comunicándose los relieves del bien, que nuestro Hermano tan altamente gozaba, á los que le asistían, como se veía en la devoción, piedad y afectos santos que causaba en todos aquella su

(1) Ps. CXXVI.

vista y presencia: en estos días se llamó un pintor escogido y sacó su retrato muy al propio, como luégo diremos.»

«Estuvo el Hermano Alonso con aquella su admirable quietud y raptó hasta el fin de los treinta de octubre y principio de los treinta y uno, que entraba ya la vigilia de Todos los Santos: entonces como quien despertaba á las voces y clamores de los ángeles y criados de su amado *Ecce sponsus venit*, despertó con un suavísimo «Jesús» en la boca: y al momento le acometieron de una, y como si estuvieran represados, todos los dolores, de ijada, cólico, de piernas, y de todo el cuerpo: mostraba mucho sentimiento de ellos, quejándose con voz muy lastimera, diciendo sola esta palabra que siempre repétia: «¡Jesús, Jesús! ¡ah Jesús, mi Jesús!» Levantóse luégo el pecho y el pulso faltó: y conocieron claramente todos que era llegada la hora en que aquella alma santa adornada de tantas virtudes había de ser trasladada á la casa y palacio de su esposo.»

«Los Padres y Hermanos que estaban presentes avisaron al Superior y á algunos Padres que sabían deseaban hallarse en su dichoso tránsito; y al ruido de estos acudieron muchos otros al aposento del Hermano Alonso. Pusieron sobre él y en el cuello y manos los rosarios por el concepto y opinion que tenían de su santidad, para guardarlo después por reliquias. Estuvo así el Hermano Alonso casi media hora peleando con aquellos grandes dolores y bascas, y quando acabábamos de rezarle la recomendacion del alma, adorando una devota imágen de Cristo crucificado que tenía en las manos, abrió los ojos, que de ordinario tenía cerrados; y entonces los abrió mucho, y nos miró á todos con una vista

más clara, viva y alegre que hubiese tenido en su vida: y volviéndola sobre el Cristo que tenía, inclinándose á besarle, pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús en voz alta y muy prolongada, «Jesuuús,» espiró.»

«Pensamos que fué merced muy particular del Señor, y nuevo favor alcanzado con muchas oraciones en aquel rapto, el morir con tales dolores, porque el que había sido en vida tan grande amador de la cruz y mortificación, predicador de los trabajos, amador é imitador de Jesús, espirase en esta nueva cruz, á imitación de su capitán y maestro Jesús crucificado, y que no pareciese con aquella consolacion y regalo del Señor en el rapto haber bajado de la cruz, en que por espacio de más de cincuenta años, y particularmente el último de su vida, había estado enclavado, para morir con aquella quietud y reposo que el Señor le ofreció; pues Cristo verdadero Dios, por más que le instaron los pontífices y ancianos del pueblo, no quiso bajar de la suya, en que por nuestro amor se había puesto. Murió el Hermano Alonso felicísimamente, dejando á todos los que le asistíamos bañados con una devocion tierna y ternura muy devota, y deseosos de seguir á nuestro santo Hermano. Quedó con rostro mucho más hermoso que cuando vivía, más venerable, y que apegaba devocion á los que lo miraban, su cuerpo tan tratable y suave al tacto, como si viviera; y así se estuvo hasta la noche siguiente poco antes de la misma hora en que había espirado, cuando lo depositamos en una bóveda.»

«Para consuelo nuestro y devocion de los que reverencian la santidad del Hermano Alonso ha ordenado Dios Nuestro Señor que se acertase mucho en sacar sus retratos, porque todos son muy al natural y propios, que

no hay hombre que haya conocido al Hermano Alonso cuando vivía, que no lo reconozca luégo por su retrato. Es verdad que en ellos se advertirá alguna diversidad. Porque unos se sacaron viviendo el Hermano Alonso, algunos años antes de su muerte; y estos son más morenos y con más sombras, los ojos y lagrimales más encendidos y casi quemados, y era así entonces que con la abundancia de lágrimas que en la oración y continua presencia de Dios derramaba, tenía los ojos y párpados, y aun parte del rostro, tan colorados, que parecían carne. Los otros retratos se sacaron estando el Hermano Alonso en el rapto de los tres días; y estos son más blancos y colorados y vivos, y muy venerables, y que apegan mucha devoción.»

«La estatura del Hermano Alonso fué mediana y proporcionada, pero por los trabajos y enfermedades y larga vejez había muchos años que iba muy encorvado, y los pies arrastrando por los dolores y llagas que desde muchos años acá ha tenido en ellos, aun cuando era portero: porque se entienda que lo mucho que andaba en aquel oficio le causaba mucho dolor, y el Hermano se holgaba de servir á Dios y cumplir su oficio y obediencia con aquel trabajo, para que le fuese más meritorio.»

«La misma noche se desocupó el aposento en que había muerto el santo Hermano, y vestido con su sotana y manteo le pusieron en unas andas, en que estuvo hasta la tarde del día siguiente. En apuntando el día de la vigilia de Todos los Santos, se hizo señal, y tocó á muerto la campana de nuestro Colegio al modo ordinario que se hace con los otros; pero fué cosa extraordinaria que con no oirse de muy lejos, se supo en un momento por toda la ciudad que el Hermano Alonso Ro-

driguez había muerto. Acudió lo mejor y más principal de toda ella á ver y venerar su santo cuerpo con muy grande concurso y devocion: estuvo su aposento lleno de gente desde el amanecer hasta la una después de mediodía, cuando por la devocion del pueblo se puso en la iglesia. Acudieron aquella mañana á verle y besar la mano el Sr. Virey D. Pedro Ramon Zaforteza, los jurados de la ciudad y reino, los magistrados, los doctores del consejo real, nobles, caballeros, y ciudadanos, y de todos los otros estados lo más y mejor de ellos: el estado eclesiástico, como más devoto y santo, hizo en esto más: vinieron las dignidades, canónigos, rectores (1), doctores, sacerdotes y muchos de todas las sagradas religiones, de los cuales por la mañana vinieron muchos á ver su cuerpo santo, y después todos juntos por sus órdenes y capitularmente, como después diremos.»

«Era tan conocida y reverenciada de todos la santidad del Hermano Alonso, que no solamente le besaban todos la mano (sabiendo que era Hermano lego) sacerdotes y canónigos; pero con grande devocion tocaban sus rosarios y pañizuelos; venían enfermos y liados para besarle la mano, y para alcanzar salud del Señor por su intercesion en el cielo.»

«Fué esto de manera, que un sacerdote honrado, que había venido con los otros, aunque no con tanta devocion, reparó mucho en lo que tantos hacían, y le pareció exceso. Tenía buen concepto del Hermano Alonso y conocíale por religioso virtuoso y ejemplar; pero no por tan santo que se hubiese de hacer con él lo que todos hacían con aquel concurso y piedad extraordinaria:

(1) Párrocos, que en Mallorca llaman Rectores.

en particular reparaba más en que, siendo Hermano lego, le besasen las manos seglares, clérigos y religiosos: veía á todos que lo hacían, y á él le parecía mal en todos, y no podía hacerlo por su juicio, y no osaba dejarlo de hacer por no ser singular. Estuvo grande rato luchando consigo mismo sobre lo que había de hacer: pesábale de haber venido, y por otra parte no podía salir de aquel aposento: el ver á canónigos, doctores, caballeros y á todo el pueblo que le besaban las manos, le hizo resolver á dar solas muestras de hacer lo que todos hacían, y salirse sin nota de singularidad.»

«Tenía el bendito cuerpo del Hermano Alonso entre las dos manos un devoto crucifijo: determinó el clérigo besar el crucifijo ó la cruz, para que así pareciese haber hecho lo que los otros hacían, y salir de aquella su interior pelea. Acercóse con este intento, é inclinando la cabeza para besar la cruz, le mostró el Señor la dignidad y santidad de aquella santa reliquia. Vió allí el rostro del Hermano Alonso muy hermoso y resplandeciente, que mirándole, se sonreía: y con aquella risa le enseñó tanto, que le mudó en un punto todo el sentido y el corazón. Vió al Hermano vestido con una riquísima ropa más que si fuera de oro y de perlas, echando de sí rayos de claridad: quedóle tan devoto, que no solamente allí le besó las manos, sino que si pudiera le besara muchas veces los pies y los zapatos. Aquella mañana no podía salir de aquel aposento, mirando al Hermano que ya tenía por grande santo; y después á la tarde se estuvo siempre en la iglesia, en donde se puso el cuerpo en un tablado, y después cuando fué puesto en su bóveda, era muy continuo en hacer oracion en el lugar de su sepultura: y ya que él no podía ser continuo en

aquella capilla, por no perder punto de su devocion hizo pintar esta aparicion y ponerla en una tabla en la capilla en donde yace el santo Hermano.»

«Lo mejor que de esta mudanza resultó, es haber mejorado mucho la vida y ejercicios de este buen clérigo; porque se ejercita después acá muy de veras en oracion, leccion espiritual y en otros ejercicios espirituales, que el Hermano Alonso, cuando vivía, solía encomendar á los eclesiásticos devotos que trataban familiarmente con él: esos mismos ejercicios le enseñó en aquel breve rato que estuvo en besarle las manos, y el Señor se los imprimió perfectamente en el corazon para gloria y honra de su divina Majestad.»

«Como nuestro Colegio estaba lleno de hombres que acudían á reverenciar el santo cuerpo del Hermano Alonso, así estaba la iglesia llenísima de gente, principalmente de mujeres y todas las señoras principales, las cuales como no podían entrar en el lugar en donde estaba, instaban que se pudiese en público. Con acertado consejo se armó un tablado casi de la altura de un hombre: cubrióse él y las escaleras de bayeta negra. Por la instancia de la gente, antes de la una después de mediodía sacamos en procesion de su aposento á la iglesia el cuerpo del siervo de Dios: estaba el claustro llenísimo de gente, y ya tuvimos en él muchísimo que hacer en guardar orden de procesion hasta la iglesia; mas cuando estuvimos en ella, fué tanto el concurso, que ni se oían las voces, ni hubo remedio de guardar concierto: y era tanto el ímpetu de la gente, y entre ella las señoras principales que querían verle y besarle las manos, que estorbaron é impidieron del todo la procesion y el poder llevar el cuerpo al lugar. Tomóse por expediente

apiñarnos y unirnos todos al rededor del cuerpo, y con fuerza romper por la gente, y como en escuadron cerrado pasar hasta el tablado; y así llegamos al cabo de un buen rato: como era alto, y quedaron en él cuatro Padres en guarda para no dejar subir á ninguno, quietóse la gente, contentándose con ver de lejos al Hermano Alonso, que estaba eminente, puesto en unas andas. Ardían en el túmulo buen número de hachas blancas, que enviaron personas devotas; y una, que por sus oraciones había cobrado salud, le envió cuatro.»

«Estando ya en público, comenzaron á venir las religiones con sus cruces en forma de procesion, y al rededor del túmulo cantaron con música muy concertada y devota sus responsorios: vinieron todos los religiosos con tan grande caridad, afecto y devocion, que admiraba, y en ellos los más antiguos y graves con más afecto y voluntad: no solamente se acordaban de lo que el santo Hermano, siendo portero y ellos estudiantes de nuestras escuelas, les había enseñado de devocion y de espíritu; sino que tambien lo predicaban, y se alegraban de aquel concurso y pública aprobacion de la virtud y santidad de su espiritual maestro. El cabildo de la iglesia mayor de esta ciudad determinó venir capitularmente en forma de cabildo con toda la clerecía y cruces de la Seo y de todas las parroquias. El Sr. Obispo, que aquellos días estaba indispuerto, sabiendo la determinacion del cabildo, mandó que viniese toda la música de la Seo, porque se cantase á canto de órgano, y con esto supliese el no poder venir su Señoría. Vino el cabildo, sin faltar dignidad ni canónigo, con las cruces de la Seo y de las otras parroquias, y un numerosísimo coro de más de trescientos clérigos. Estaba nuestra iglesia llenísima de gen-

te (sin haber más en ella y sin ser convidados), el señor Virey, jurados, magistrados y toda la nobleza que por la mañana habían venido á venerar su santo cuerpo. En esto se empleó toda la tarde en que se comenzó el oficio y nocturnos de los difuntos para el entierro.»

«Entretanto que estuvo el cuerpo del Hermano Alonso en la iglesia, era cosa de grande admiracion ver la devocion y cuidado con que de todas partes tiraban rosarios, pañizuelos, cintas de seda á los Padres que estaban en el tablado en guarda para que no subiesen; pedían pedazos del manteo, medidas del cuerpo del Hermano, que ellos veneraban por santo. Fué de manera, que estando cuatro Padres ocupados en esto, sin poder satisfacer á la devocion y deseo de todos, subieron dos Padres del orden de predicadores, muy graves y muy estimados por su virtud y doctrina y devotos del Hermano Alonso, y ayudaron á los nuestros á tocar rosarios por las manos y rostro del siervo de Dios, y volverlos á sus dueños: parecería cosa increíble, si se contaran los millares de rosarios que aquel día tocaron por devocion y como reliquia el cuerpo del Hermano Alonso, y el afecto y devocion con que los procuraban y pedían no solamente la gente vulgar y plebeya, sino la más principal y noble de la ciudad, caballeros, doctores, religiosos. Y porque se vea que aquel su afecto y devocion nació de principio superior y divino, referiremos algunos milagros que entonces acontecieron. Como se daban rosarios, pañizuelos, cintas de seda para medidas y otras cosas que tocasen al santo, se podía poner por cosa muy rara y milagrosa que tirando envoltorios de rosarios de muchas partes y muy aprisa (que se juzgó pasarían de ocho mil), ninguno le trastocó ni le perdió

entre tanta muchedumbre de hombres y mujeres, y cosas diversas que se tiraban. Con los rosarios procuraban tambien las mujeres que tenían niños con algunas enfermedades y accidentes, que los subiesen al tablado y besasen la mano y tocasen al Hermano Alonso, prometiéndose remedio y cierta salud por su intercesion, y Nuestro Señor condescendió con el deseo y piedad de algunos dándoles lo que pedían...»

«Varios milagros acontecieron en el mismo día con los pañizuelos y lienzo que habían tocado al Hermano Alonso, y otros espirituales con su intercesion, los cuales pondremos después con los otros, por no interrumpir tanto la narracion del entierro. Quedamos en los nocturnos de difuntos que los Nuestros cantaban en la capilla mayor ó presbiterio, porque estaba tan llena la iglesia, que no había lugar en el coro ni en las mismas capillas. El extraordinario concurso del pueblo, y el cuidado y deseo de los que procuraban allegarse al tablado para dar y tomar rosarios y otras cosas semejantes, tenía la iglesia más inquieta de lo que pedía la devocion y el deseo de los Nuestros. Con todo era tanto el respeto y reverencia que todos tenían, que se notó por cosa rara que entre tantos que habían concurrido y estuvieron tantas horas en la iglesia, ninguno se cubrió la cabeza entonces ni entretanto que duró el sermon. Habían entretenido la tarde los responsorios que se hicieron, y por esta ocasion los maitines se acabaron á la oracion de las *Avemarias* con haberse corrido en ellos más que medianamente. Habíase de comenzar el sermon antes del entierro, y pareció inconveniente detener la gente tan de noche en la Iglesia; y así pidió el señor Virey y los jurados que se dejase el sermon hasta el viernes siguiente,

que sería el día primero desocupado después de la fiesta de Todos los Santos y de la conmemoracion de los difuntos; entonces sería el sermón y el entierro con oficio más solemne.»

«Pareció necesario conceder lo que tan justamente se pedía, y para satisfacer en algo con la devoción y deseo del pueblo, esperar á tres de noviembre. Pero el diferir el entierro tenía grande inconveniente, porque no había quien sacase la gente de la iglesia, quedándose en ella el santo cuerpo: por esto se quiso depositarlo en una bóveda que estaba aparejada, y dejar la otra solemnidad para su día. Subió al púlpito el Padre Juan Torrens para despedir al pueblo y decirle lo determinado, más que para predicar. Con la expectacion y deseo, en viéndole arriba, hubo una quietud y silencio en la iglesia como si no hubiera persona alguna: habló poco más de un cuarto de hora, y convidó á los presentes para el día señalado, y dijo que entonces se depositaría el cuerpo del Hermano Alonso en su lugar.»

«Habiéndose acabado aquel breve razonamiento, salimos todos los Padres y Hermanos del Colegio en forma de procesion con otros muchos clérigos y religiosos que se nos habían ayuntado. Entrábamos en la iglesia por la puerta del claustro: mas luégo al entrar se deshizo la procesion, porque no pudimos romper por medio de la gente, que estaba tan apretada, que aunque deseaban, no podía remediarse á darnos el lugar necesario. Pensábamos llevar el cuerpo del siervo de Dios del tablado á la capilla de Nuestra Señora, en donde estaba abierta una bovedilla, para depositarlo; pero fué imposible cumplir lo que deseábamos; era muy poco el trecho que había desde la puerta del claustro por donde entrábamos hasta

el tablado, pues había solamente la mitad de lo ancho de la iglesia, y con todo nos costó casi media hora el poder llegar allá. Cuando estuvimos y cantábamos el oficio de la sepultura, fué tan grande la apretura de la gente que con fuerza se puso para verle y besar la mano al pasar, que se vió era del todo imposible llegar del tablado á la capilla de Nuestra Señora: y como por ir entrando la noche deseásemos que se fuese tanto concurso, se echó voz que no sería por entonces el entierro, y con la fuerza y maña que pudimos, cuando la gente estaba descuidada, por la parte contraria volvimos el cuerpo dentro del Colegio, y puesto en el primer aposento, que era del Padre Rector, se cerraron todas las puertas por no dejar entrar á ningun seglar dentro de casa; y con buenas palabras se procuró persuadir á la gente que se fuese, asegurándoles que no sería entonces el entierro; fueron algunos tan porfiados, que no nos dieron lugar á cerrar la iglesia, aun á las ocho de la tarde, por más que se procuraba; porque eran ya casi tres horas después que había entrado la noche. Del claustro y sacristía aun á las nueve no pudimos sacar los hombres seglares.»

«Al fin se fueron, y el Padre Rector tuvo su consulta y acuerdo de enterrarlo muy de noche y en secreto, porque habiéndole de enterrar el día siguiente, que era el día de Todos los Santos, ó el viernes, cuando se había de hacer el oficio y honras, que dicen, y el sermon; nos habíamos de ver en mayores aprietos: porque en el pueblo, cuanto más iba, crecía más el deseo de verlo y de reverenciarlo, y juntamente crecía la razon de desearlo ver, por los milagros y cosas que se decían del Hermano Alonso. Con esta ocasion estuvimos los más de casa muy de espacio en el aposento del Padre Rector con

aquel santo cuerpo tan lleno de las insignias de la mortificación, penitencia, y de la cruz de Jesucristo. Unos tomaban de los cabellos, otros de su ropa, todos sacábamos rosarios, imágenes y medallas, triunfando gloriosamente la humildad y virtudes de un Hermano Coadjutor y lego de todas las letras, talentos y dones de tantos que estábamos allí lectores de filosofía y teología, predicadores, Rectores y Padres muy antiguos y graves. Allí compusimos en un ataúd de buena madera el cuerpo de nuestro Hermano Alonso Rodriguez, y nos despedimos de él con mucha confianza de verle en el cielo con grandísima gloria.»

«Llevámosle en procesion y con luces, cantando con voz baja por no ser oídos de algunos que habían hecho diligencias de esperarse en las puertas de la iglesia; llevámoslo al lugar de la sepultura, que fué una capilla á parte del vaso ordinario en donde se entierran los Nuestros. Allí se hicieron todas las ceremonias de la santa iglesia, bendíjose el lugar con las oraciones y antífonas del ordinario romano con mucha devocion y ternura. Eran ya las once, no lejos de la media noche, poco antes que entrase el día de Todos los Santos (aunque el oficio ya había entrado á las primeras vísperas), cuando se comenzó el oficio de la sepultura del Hermano Alonso, y le llevamos, con la solemnidad que está dicho, á la iglesia, porque entrase en ella al mismo tiempo que se celebraba la fiesta de Todos los Santos, en cuya compañía creemos píamente está nuestro Hermano Alonso.





CAPÍTULO L

OBRA DIOS POR LA INTERCESION DEL SANTO MUCHOS MILAGROS.—ELÍGELO MALLORCA POR SU ESPECIAL PATRON.—PRINCIPIOS DEL CULTO DE ALONSO.—SU BEATIFICACION Y SOLEMNE CANONIZACION

LABÍA el Señor prometido á su siervo Alonso que después de su muerte ilustraría su nombre y su memoria en la Isla de Mallorca con hechos admirables y portentosos obrados en beneficio de los que en sus necesidades invocasen el nombre bendito del que en vida tanto se había interesado por el bien de su segunda patria. Desde el instante de su feliz tránsito á la gloria hízose glorioso el nombre de Alonso con tanta muchedumbre de milagros que podría llenarse un voluminoso libro con la narracion de ellos. Algunos referiré aquí con la mayor brevedad posible, segun los hallo escritos en la historia de Alonso escrita por el P. Marimon, y en dos cuadernos del archivo de la Residencia de Palma de Mallorca.

Antonina Seguí, niña de nueve meses, tenía en los ojos una inflamacion, que le pasó luego á la garganta, causándole una fuerte calentura y suma desazon é inquietud, y la condujo á las puertas de la muerte. Su abuela, Salvadora Seguí, había estado en la iglesia de

Montesion el día del entierro del H. Alonso, en cuyo rostro había aplicado un rosario y un pañuelo; y vuelta á su casa puso el dicho pañuelo al cuello de la niña con grande confianza y devocion. Estaba Antonina desazonada y llorando en los brazos de su madre: y en cuanto su abuela le hubo puesto el pañuelo en el cuello, se quietó, durmió muy tranquila toda la noche siguiente, y al otro día fué hallada del todo sana con no poca alegría y admiracion de toda la familia.

El mismo día logró Gabriel Genovard un pedacito de la sotana del santo Hermano y pudo aplicar una venda de lienzo en sus manos y rostro. Vendando luégo con dicho lienzo á un hijo suyo de siete meses, que estaba quebrado, y poniendo el pedacito de sotana en el lugar de la quebradura, todo aquel día y el siguiente, que era el de Todos los Santos, lo pasó el niño sin llorar ni dar muestras de dolor. El día de la conmemoracion de los difuntos, al ir su madre á cambiarle la venda, halló sano al niño sin rastro ni señal de su enfermedad. Llamó á todos sus vecinos la madre fuera de sí de gozo por la curacion de su hijo, y todos alabaron al Señor, y reconocieron que por los méritos de su siervo Alonso se había obrado aquel milagro. De la misma dolencia curaron otros dos niños, por la intercesion del santo Hermano. Con otro pedazo de la sotana se curó Francisca Alemañ, mujer de Antonio Ginard, un pecho enfermo, que le causaba agudísimos dolores, y lo tenía muy hinchado y duro. Tenía esta mujer muy poca confianza en el poder del H. Rodriguez; mas luégo que á instancias de su marido hubo aplicado la reliquia y sanado de su enfermedad, se encendió en grande amor y devocion á su médico celestial.

Otra mujer, llamada Ana Figuerola, padecía hacía quince días una maligna calentura que no la dejaba descansar: debilitábansele sensiblemente las fuerzas, y no se veía lejana su muerte. Animada con la relacion que había oído de los muchos milagros obrados á la invocacion del H. Alonso, llama á un hijito suyo, llamado Juan, y dícele: «Ve, hijo, á la iglesia de Montesion, reza el rosario ante el sepulcro del H. Alonso, pon el rosario en el lugar del sepulcro, y después tráemelo acá.» Obedeció el niño. A su vuelta toma la madre el rosario con mucha devocion, bésalo, é invocando el nombre de Alonso, pone el rosario en la parte más dolorida de la cabeza, y al mismo instante se siente notablemente aliviada. Esto sucedía por la tarde. Llega la noche, y ruega con nuevo fervor la enferma al santo Hermano, que se compadezca de ella y de su familia, y que lleve á su término la curacion empezada. En este momento se le aparece el H. Alonso, rodeado de celestial resplandor. En viéndole la enferma, rebosando de gozo su corazon, le dice: «¡O santo Hermano! Por la muerte y passion de Jesucristo N. S. os ruego que me deis salud para educar estas criaturas» (mostrándole tres niños que tenía allí en su cuarto). Miróla el Hermano con rostro alegre y resplandeciente, y sin decir palabra, inclinó la cabeza en señal de que le concedía lo que le acababa de pedir. Durmió tranquila toda aquella noche la buena mujer: á la mañana siguiente despertó sana, pidió la ropa para vestirse, se levantó de la cama, ocupóse en los quehaceres domésticos, con no poca admiracion y asombro de parientes, amigos y vecinos, que sabían cuán grave y debilitada se hallaba el día anterior. Ella no cesaba de agradecer al Hermano tan singular favor y de publicar el beneficio recibido por su intercesion.

No menos que en las enfermedades corporales se manifestaba el poder de Alonso en las necesidades del espíritu. Pleiteaba una mujer con un sobrino suyo, el cual con no sé qué malas artes había logrado apoderarse de las escrituras y demás instrumentos con que su tía pudiera defender su derecho, y ó los tenía escondidos ó los había quemado. Encendióse en el pecho de la mujer tal odio contra su sobrino, que no podía extinguirlo, por más que lo procuraba, porque deseaba frecuentar los sacramentos, como tenía de costumbre, y no se atrevía, conservando aquel rencor en su pecho. Hallóse en Montesión el día del entierro de Alonso: asistió al día siguiente á las honras fúnebres; y conmovida con lo que oyó en el sermón y lo que la otra gente refería del Santo, encomendóse á él, pidiéndole que le alcanzase del Señor fuerza para vencerse á sí misma y gracia para confesarse. Alcanzó lo que pidió: confesóse el día siguiente con grande pesar y dolor de sus pecados y con indecible paz y tranquilidad, quedando con mucho consuelo tanto ella como su confesor por tal mudanza obrada por la diestra del Altísimo con la intercesion del santo Hermano. Gracia parecida á esta alcanzó otra mujer de vida muy disoluta, tan sumergida en sus vicios, que le parecía imposible salir del lodazal inmundo en que por muchos años se estaba revolcando. Con una novena que dos buenas hijas hicieron ante el sepulcro del Hermano, alcanzaron que su anciana madre entablase una vida verdaderamente cristiana, después de haber vivido algunos años casi enteramente olvidada del cumplimiento de sus deberes. Por fin otra mujer por intercesion del siervo de Dios logró una mudanza inesperada en su marido.

Cuánto creciese la devocion del pueblo mallorquin al

santo portero de Montesion con el auxilio que de él recibía en todas sus necesidades y trabajos, no se puede fácilmente con palabras explicar. Testigo de ella el Padre Luis Vida, Rector del Colegio, á 9 de Noviembre de 1632 presentó al Real Consejo una memoria, en la cual después de exponer cómo el venerable H. Alonso Rodriguez había vivido en Mallorca por espacio de más de cuarenta y seis años, y cumplido en aquella isla el curso de su vida religiosa, y cómo había favorecido á sus habitantes con tan señaladas mercedes y obras maravillosas, suplicaba al gran Consejo, que siendo Alonso por tantos títulos acreedor á la honra de ser considerado como abogado y defensor de Mallorca, se dignase admitirle y colocarle entre los defensores de aquel reino, y le eligiese por su especial patron. Hízose cargo el Consejo de las razones alegadas por el P. Vida, aprobólas, y por unanimidad decretó que se aceptase el contenido de la proposicion. Y no contentos con esta pública demostracion de afecto, piedad y reconocimiento, á 26 de Octubre del año siguiente tomó el grande y general Consejo una determinacion muy digna de su generosa piedad. Véase el acta de la sesion en sus propios términos en el número 5 del Apéndice.

No fué solamente en Mallorca donde se experimentó la eficacia de la intercesion de Alonso. En Valencia, con la aplicacion de una reliquia del Santo, cobró repentinamente la salud un Hermano Coadjutor, que se tenía por muerto: en Madrid curó de un tabardillo un Padre llamado Villacis, que estaba ya desahuciado de los médicos: en Urgel á una señora que tenía una pierna baldada sin poderla mover y se encomendó fervorosamente al siervo de Dios, se le apareció y le curó la pierna instan-

táneamente: en Huesca cobró salud por la aplicacion de una reliquia del Santo el P. Juan Catalan, de cuya salvacion daban los médicos muy pocas esperanzas.

Aun fuera de España se propagó rápidamente la fama del humilde portero de Montesion y de los prodigios que por su intercesion el cielo obraba. Poco después de la muerte del Santo Hermano, siendo gobernador de Flandes D. Carlos Coloma, de quien se ha hablado en otra parte de esta historia, sucedió en Cambray, que á la mujer de un soldado español se le puso tan malo un pecho, que el dolor le hacía dar gritos como si estuviese loca, y fueron inútiles todos los recursos de la medicina para calmárselos. Hacía más de un mes que padecía la buena mujer tan penosa enfermedad, cuando subió un día su marido al castillo para pedir cierta licencia al teniente; y entrando en aquel lugar, vió que estaban varios soldados sentados al rededor de uno que leía y escuchándole con mucha atencion. Movidó de la curiosidad, sentóse tambien y oyó la lectura, que era de una relacion de la santa muerte de Alonso y de los milagros que por su intercesion después de ella se habían obrado. Envióse áquel escrito desde Mallorca al Padre Diego Salas, confesor del Gobernador, que había tambien conocido y tratado mucho al H. Alonso.

Vuelto el soldado á su casa, halló á la pobre mujer como frenética dando lastimeros gritos. Contóle algunos milagros de los que había oído, y la exhortó á que se encomendase al santo Hermano y esperase del cielo el remedio que no hallaba en la tierra. Salió de la casa el marido para sus negocios: la buena mujer reflexionando sobre lo que le había aconsejado su esposo, sintió alentarse su corazon, avivarse la confianza en el siervo de

Dios y despertarse en su alma afectos de devoción. Arrodíllase, y con encendido fervor invoca al bendito Hermano, y ruégale que se apiade de su aflicción y trabajo y le alcance del Señor remedio para su mal. No había terminado su oración, cuando de repente se le quitó el dolor: echó luego todas las medicinas que le habían recetado los médicos, protestando no querer usar otra que la protección de Alonso. Con este solo remedio adelantó tanto, que no le volvió el dolor, y á los cuatro días tuvo el pecho del todo sano sin rastro de tumor ni cicatriz, y pudo darlo á su hijo que criaba. Divulgóse el caso por toda la ciudad de Cambray y de un modo particular entre los amigos del marido, y desde entonces quedaron todos aquellos soldados del castillo devotísimos del santo Hermano Alonso. La Sra. Gobernadora, doña Margarita Liedekerke, y su hijo D. Carlos, antiguo discípulo del Santo, deseosos de contribuir á la propagación de la gloria de Alonso, escribieron el caso al Padre Juan Mateo Marimon, Rector del Colegio de Mallorca, en Junio de 1618, á fin de que lo publicase en la vida del santo Hermano que estaba escribiendo.

Los continuos milagros que se obraban á la invocación del siervo de Dios encendieron de tal manera la devoción del pueblo mallorquin, que desde luego se vió atestada de ex-votos y otras señales de gracias obtenidas la capilla en que el santo cuerpo estaba enterrado; y con permiso de la autoridad eclesiástica se expuso en el mismo lugar á la veneración de los fieles un retrato del nuevo taumaturgo con la Santísima Virgen en actitud de aparecérselo. Mas sobreviniendo después los decretos de Urbano VIII, en que se prohibía dar culto público á los siervos de Dios no beatificados ó canonizados, en

1634 tuvieron que retirarse el cuadro y demás señales de culto que existían en la iglesia del Colegio, entretanto que se activaba el proceso de beatificación, incoado luégo después de la muerte del santo portero. Examináronse los manuscritos de Alonso, y en 10 de Julio de 1717 aprobó Clemente XI la sentencia de la Congregación de Ritos, en que se declaraba no hallarse cosa digna de censura en los escritos del Venerable Hermano. En 1760 á 25 de Mayo fueron reconocidas como heroicas sus virtudes por Clemente XIII: y no se hubiera tardado en colocar á Alonso en los altares, si la tormenta que en el siglo pasado tan furiosa se desató contra la Compañía de Jesús, no hubiese arrancado de Clemente XIV el Breve de supresion.

Nuevamente restablecida la Compañía por Pío VII, quiso el Soberano Pontífice Leon XI darle una prueba de afecto colocando en los altares al humilde hijo de ella Alonso, y escogió para esto el día 31 de Julio de 1824, fiesta del glorioso fundador, como él mismo lo dice en la Bula de Beatificación. «Escogimos, dice, de propósito aquel día para que con nuevos y admirables testimonios constase que en la Compañía por Ignacio fundada, y ahora nuevamente restablecida para gloria de Dios, utilidad de la Iglesia, propagacion y defensa de la fe, instruccion de la juventud cristiana y restauracion de la piedad, crece de día en día en sus hijos la santidad primitiva.» Hasta aquí la Bula.

Con el mismo fin de dar á la Compañía una nueva prueba de su paternal amor, nuestro Santísimo Padre Leon XIII, no contento con haber confirmado de nuevo el Instituto de la Compañía y todas las gracias á ella otorgadas por los Soberanos Pontífices, sus predecesos-

res, ha querido solemnizar las fiestas jubilares del quincuagésimo aniversario de su elevacion á la dignidad sacerdotal, con la solemne canonizacion del Beato Alonso, de su discípulo el Beato Pedro Claver, y del angélico jóven Juan Berchmans. Durante tan ruidosas fiestas, cuando los soberanos y los pueblos todos del mundo acudían á Roma á ofrecer riquísimos presentes al Vicario de Jesucristo por tan fausto acontecimiento, cuando las miradas del mundo todo se fijaban en el augusto prisionero del Vaticano, el día 15 de Enero de este año 1888, fiesta del dulcísimo nombre de Jesús, el Vicario de Jesucristo, con la tiara en la cabeza, sentado en su Cátedra soberana, rodeado de Cardenales, de Arzobispos y Obispos venidos de todas las regiones del mundo, como Doctor infalible y Cabeza de la universal Iglesia, pronunció el siguiente decreto: «A honra de la Santísima é individua Trinidad, para exaltacion de la Fe Católica y aumento de la Religion Cristiana, con la autoridad de Jesucristo Nuestro Señor, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Nuestra, después de madura deliberacion é implorado muchas veces el divino auxilio, y con el consejo de Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos presentes en Roma, decretamos y definimos que son Santos los Beatos... Pedro Claver, Juan Berchmans y Alonso Rodriguez, y los colocamos en el catálogo de los Santos, y ordenamos que todos los años sea su memoria celebrada con piadosa devoción por la universal Iglesia, conviene saber, la... de Pedro el día 9 de Setiembre, la de Juan el 13 de Agosto, y la de Alonso el 30 de Octubre. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.»

Gloria sea dada á aquel Señor que levanta del polvo á los humildes y los coloca entre los príncipes de su pueblo, en donde gozarán del premio de sus virtudes por eternidad de eternidades.





APÉNDICE

I

CARTAS DEL P. FRANCISCO DE CORRAL, RECTOR DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE SEGOVIA, AL P. JUAN MATEO MARIMON, RECTOR DEL DE MALLORCA, SOBRE LA FE DE BAUTISMO DE SAN ALONSO RODRIGUEZ

I

Pax Xri.—Singularísima caridad me ha hecho V. R. con su carta y con el compendio que con ella vino de la vida de nuestro buen H. Alonso Rodríguez; y por haberse detenido más de lo que otros pliegos suelen este de V. R., y temer que si me detengo en responder avisando del recibo, estará V. R. con pena; solo diré en esta que con mucha puntualidad haré la averiguacion que V. R. manda, y en teniéndola hecha se la remitiré: y creo que habrá algunas cosas de consideracion de las dos hermanas del H. Alonso; porque el P. Pablo Maldonado las observó, y ya comienza á escribirlas para enviárselas á V. R. con brevedad.

El nacimiento del Hermano procuré averiguar, cuando se hizo la informacion, que V. R. habrá visto y yo envié al P. Provincial de esa Provincia habrá dos meses, y nunca se pudo descubrir el libro del bautismo donde había de constar jurídicamente. Ahora volveré á hacer nuevas diligencias, y de lo que resultare avisaré á V. R.,

á quien doy las gracias debidas por la caridad que en la suya me hace y por el trabajo que ha tomado en escribir la vida de nuestro Hermano; y le suplico que si por acá valiere para servirle, me lo mande, que será para todo este Colegio y para mí muy en particular singular favor y caridad. La que V. R. ofrece hacerme del retrato del santo H. Alonso estimo sobre mis ojos, y todos los de este Colegio la estiman de la misma manera. Páguesela Nuestro Señor á V. R. y le guarde, como deseo y se lo suplico.—De Segovia y Enero 5 de 1619.—FRANCISCO DE CORRAL.

II

Pax Xri.—Por haber andado muy falto de salud el P. Pablo Maldonado, y habérsele muerto estos días un hermano, no ha podido averiguar lo que sabe de las hermanas del santo H. Alonso Rodriguez hasta ahora: ya se lo escribe á V. R. en ese pliego. V. R. perdone la tardanza, y vea si parece le podamos servir en algo.

Muy grandes diligencias se han hecho para hallar el libro del bautismo del santo H. Rodriguez, y no se ha podido hallar: que como cosa tan antigua, está olvidada. Si por ventura se tuviese alguna más noticia, se lo avisaré á V. R.; que por falta de cuidado estoy cierto que no quedará.—Guarde N. S. á V. R., como deseo y se lo suplico.—De Segovia y Febrero 9 de 1619.—FRANCISCO DE CORRAL.

III

Pax Xri.—Muy grande caridad hemos recibido todos los de este Colegio y yo con el retrato de nuestro santo H. Alonso Rodriguez que V. R. nos ha enviado, y espero en N. S. que ha de ser causa de que en todos se aumente la devocion que á este su siervo comunicó, por medio del afecto tan vivo que el retrato tiene, que sin

duda es tal, que á quien le mira le inmuta y enciende grandemente. Pague N. S. á V. R. tan grande caridad y le dé fuerzas para acabar la obra que trae entre manos, que confío ha de ser de mucha gloria suya y lustre de la Compañía y de esta ciudad en particular. Y ojalá que pudiéramos desde acá servir á V. R. en algo en orden á la historia, que lo hiciéramos todos con singular consuelo; pero como á V. R. escribí los meses pasados, no hallamos más noticia del Hermano, de la que el P. Pablo Maldonado envió á V. R., ni hemos podido descubrir el año en que nació, aunque lo hemos procurado y hecho mil diligencias para alcanzarlo. V. R. vea si podemos ser de provecho para su servicio, y nos lo mande, que lo tendremos por particular caridad y favor. Y guarde N. S. á V. R., como deseo y se lo suplico.—De Segovia y Julio 27 de 1519.—FRANCISCO DE CORRAL.

A estas cartas puede añadirse el testimonio del provisor ordinario de Segovia, que se halla en el proceso de beatificacion. Es del tenor siguiente. «Por certificacion dada por D. Joseph Patricio, cura propio de la mencionada iglesia de santa Coloma, se verifica, que habiendo registrado con la mayor atencion y cuidado los Libros de Baptizados, Confirmados, Casados, Difuntos y demás que existen en el Archivo de la misma Iglesia, ha hallado entre ellos un Libro de Baptizados, que dió principio el año pasado de mill quinientos y ochenta, y que es el más antiguo; sin haber encontrado otro alguno antecedente al referido; y que por esta razon no parecen dichas partidas del Baptismo y Confirmacion del prezitado Ven. Hermano Rodriguez, ni las de otras personas, que en dicha Iglesia de Santa Coloma se baptizasen y confirmasen desde el expresado año de mill quinientos y treinta y uno hasta el citado de mill quinientos y ochenta, mediante no hallarse Libro alguno correspondiente á aquellos tiempos.»

2.

PREDICACION DEL BEATO PEDRO FABRO EN SEGOVIA

Es un hecho innegable que siendo Alonso de diez ó doce años de edad, estuvieron en Segovia Padres de la Compañía que dieron mision en aquella ciudad, durante la cual se hospedaron en casa de Diego Rodriguez, y después de terminada su tarea apostólica, se recogieron unos días en una casa de campo de dicho Don Diego. Así lo refirió Alonso no pocas veces durante su vida religiosa, y en particular al fin de ella lo contó al Padre Juan Torrens como un singular favor recibido de la mano de Dios en haberle ofrecido ocasion de tratar en sus primeros años con aquellos Padres. Dejó escrita el P. Torrens esta noticia al fin del libro del siervo de Dios que contiene su Memorial, en donde se lee lo siguiente escrito de mano de dicho Padre: «Para el principio de su vida. — Es de notar, antes de la carta del P. Maldonado que tengo, que siendo el H. Alonso de edad de cerca de 10 ó 12 años (1), vinieron dos Padres de la Compañía á Segovia; y el padre del H. Alonso les acogió en su casa, porque era hombre muy honrado, pío y devoto: los cuales Padres se retiraron algunos días en un *rafal* (*sic*, esto es, en un predio ó casa de campo) del padre; y allá fué el H. Alonso con ellos algunos días, donde estuvo muy consolado con dichos Padres; y se entiende que el padre ya le envió á ese intento que tomase buenas costumbres y virtud con el trato de los Padres: y tambien se entiende que gustaba de hacerles servir no solo de criados, sino tambien de su hijo mis-

(1) El P. Marimon en la segunda copia de los tres primeros libros de la vida de Alonso, dice que esto sucedió: «Siendo ya Alonso grandecito de OCHO ó DIEZ años.» Lib. I, § 5.

mo. Túvolo á grande dicha siempre el Hermano de haber habitado con aquellos santos en el *rafal* de su padre, porque ya desde niño era santo. Lo de los Padres habrá como 73 años: porque el Hermano era de diez ó doce años ó cerca, y tiene ahora que se acaba su vida 85. De 85 quitados 10 ó 12, quedan 73 ó 75. Y como la Compañía ha hoy 77 años que fué fundada, no había cuatro años que era fundada cuando el Hermano ya la servía, y les tenía aficion habría dos años ó cuanto á mucho (*sic*) tres ó cuatro años. No se acuerda cómo se llamaban los dos Padres que iban por España y llegaron á su casa: y dice que les tenía grande aficion.» Hasta aquí el P. Juan Torrens en el libro citado pág. 238.

De esta nota ó de lo que habría oído al mismo Hermano Rodriguez sacó el P. Juan Mateo Marimon lo que refiere en la vida de Alonso que escribió. Tambien el P. Francisco Colin, y el P. Juan Eusebio Nieremberg en las que imprimieron, consignan este hecho. El nombre de los misioneros jamás pudo recordarlo Alonso, por más que lo procuró, ni averiguarlo el P. Colin, apesar de haber hecho para ello muchas diligencias. Veamos cómo de las historias de aquellos primeros tiempos de la Compañía puede venirse en conocimiento del nombre de los misioneros. Servirá de un modo especial para esta investigacion la Chrono-historia de la provincia de Toledo, escrita por el P. Baltasar de Alcázar, porque en ella dejó consignados los hechos, aun al parecer los más insignificantes, de los primeros Padres de la Compañía, que en los principios de ella entraron en España. Segun este historiador, el orden con que los Padres de la Compañía ó vinieron á España, ó estuvieron en ella de paso para Portugal, es como sigue.

I.º El P. ANTONIO ARAOZ. «Veinte y dos días (1), dice, después de aprobada y confirmada la Religion (de la Compañía) por el oráculo pontificio, envió el Santo

(1) Lib. prelim. cap. VII, § II.

Fundador á España al P. Araoz, para que concluyese las dependencias suyas con otros Padres españoles.» Habiendo aprobado la Compañía *vivæ vocis oraculo* Paulo III en 3 de Setiembre de 1539, síguese que el P. Araoz fué enviado á España á 25 del mismo mes y año. Estuvo en ella todo el año siguiente de 1540 y gran parte del 1541; pues escribiendo San Ignacio al P. Pedro Fabro con fecha 20 de Setiembre de 1541, le dice: «Araoz habrá veinte días que vino, trayendo consigo dos mancebos, etc.» (1).

2.º El P. SAN FRANCISCO JAVIER. Dice el P. Alcázar (2): «Aun no se habían cumplido seis meses después de la partida de Araoz á España, cuando San Francisco Xavier y el Maestro Simon fueron destinados para las Indias... y porque Xavier en su viaje había de pasar por Azpeitia, le dió Ignacio para su hermano la carta de crédito que se sigue.» Copia la carta, que es de fecha 16 de Marzo de 1540. El P. Simon con el P. Pablo de Camerino hicieron el viaje por mar: San Francisco Javier, que iba en compañía del Embajador de Portugal con toda su servidumbre, viajaron por tierra.

3.º El BTO. P. PEDRO FABRO. «Sabiendo San Ignacio que estaba para volverse (de Alemania) á España el Dr. Pedro Ortiz, ordenó al P. Fabro que le acompañase para que diese á conocer á la Compañía en estos reynos... Partiósese de Wormes por el mes de Julio (1541)» (3).

4.º El H. FRANCISCO DE VILLANUEVA y el H. DIEGO MIRON con otros seis. «El H. Villanueva con otros y con el P. Diego Miron, que no siendo aún sacerdote, iba nombrado por primer Rector (del Colegio de Coimbra en Portugal), se embarcó á 3 de Noviembre (1541) en Civita Vieja, con la proa á Génova, y desde allí á

(1) Cartas de San Ignacio, Tom. I, Carta XXVI.

(2) Lib. prelim., Cap. VII, § III.

(3) Dec. I, Año I, Cap. I, § III.

España» (1). Y San Ignacio en la citada carta al P. Fabro le dice, que por todo el próximo Octubre envía cinco sujetos para Portugal, los cuatro á los estudios de Coimbra, y el quinto para las Indias: y añade que de París, había enviado á Rojas y á otros dos para los estudios de Coimbra. Como una tormenta hubiese arrojado á las costas de Francia á los cinco que se embarcaron para Génova, continuaron estos su viaje por tierra, y se encontraron con los tres que venían de París, y juntos entraron en España por el Norte, pues pasaron por Estella de Navarra, en donde dejaron enfermo al H. Villanueva, como refiere el P. Alcázar en el lugar citado.

5.º Los Padres ARAOZ (segunda vez) y DIEGO DE EGUÍA. «Por la primavera de este año (de 1542) en una misma noche llegaron á Barcelona el P. Fabro con sus dos nuevos compañeros (que venían de la corte y pasaban á Alemania) y el P. Doctor Antonio de Araoz con el P. Diego de Eguía, que venían de Roma» (2). El Padre Araoz volvió á Roma el año siguiente de 1543. El mismo año de 1543 pasó de Portugal á Alcalá el H. Villanueva.

6.º En 1544 vinieron á Valencia, para dar principio al Colegio, desde Coimbra el P. DIEGO MIRON, y de Castilla (segun el P. Álvarez, en la Historia de la Provincia de Aragon) el P. FRANCISCO ROJAS. Pasó para Portugal el P. Doctor de Araoz, á donde había llegado á 24 de Agosto el P. Fabro, que estaba antes en Flandes: y ambos saliendo de Évora, llegaron á Valladolid á 4 de Marzo del año siguiente de 1545.

Para determinar cuáles de los citados Padres pudieron predicar una mision en Segovia y retirarse algunos días á la casa de campo de Diego Rodriguez, advertimos que todos los historiadores de Alonso que hablan

(1) Dec. I, Año I, Cap. I, § IV.

(2) Dec. I, Año II, Cap. I, § III.

de aquella mision y del trato del niño con los que la dieron, afirman que este hecho fué anterior á su ida á Alcalá para estudiar gramática bajo la direccion del Hermano Villanueva. Ahora bien, el año que estuvo en Alcalá Alonso no pudo ser antes del de 1544 á 1545: porque fué el último de la vida de su padre; y este vivía en Agosto de 1545, como consta de un documento firmado por él en esta época, último que se encuentra, lo cual induce á creer que murió á fines de este mismo año de 1545. Luego el hecho de la predicacion de los Padres en Segovia es anterior al año 1544, y por consiguiente quedan excluidos del número de los misioneros de Segovia los Padres que en este año pasaron por España. Ni parece compadecerse con la prontitud de la obediencia de aquellos Padres el que se entretuviesen en dar misiones y en retirarse á una casa de campo algunos días, al ser enviados por San Ignacio á las diversas ciudades á que se dirigían y con las especiales comisiones que les había encargado. Veamos ahora cuáles pudieron ser de los que en los años anteriores estuvieron en España ó pasaron por ella.

Y en primer lugar no parece probable que fuese San Francisco Javier: pues los escritores de su vida y los historiadores de aquellos tiempos, que bajan á muchos pormenores al referir el viaje del Santo, ni una palabra dicen de su predicacion durante su camino á Portugal y su paso por España. Además, yendo en compañía del Embajador, ¿cómo podía detenerse á predicar y confesar en las ciudades por donde pasaba, y recogerse algunos días en una casa de campo? No son creíbles interrupciones de este género en un viaje con persona tan autorizada.

Tampoco pudieron ser de los ocho que iban al Colegio de Coimbra: porque estando, como estaban, de paso, y siendo aguardados con ansia en Coimbra para dar principio al Colegio, no es de creer que durante el viaje empleasen el tiempo en dar misiones y en descansar al-

gunos días en una casa de campo para hacer ejercicios. Y si á Villanueva le dejaron solo y enfermo en Estella, lo cual parece indicar que tenían orden de no detenerse por el camino y de llegar cuanto antes á Portugal, ¿cómo podían demorar parte de ellos tantos días en Segovia, y aun desviarse del camino para ir á esta ciudad? Añádase á todo esto, que es lo más probable que ninguno de los ocho fuese sacerdote, pues ni siquiera el que iba nombrado Rector estaba revestido de aquella dignidad. Contra Villanueva militan razones especiales. Primera, que no solo no era sacerdote, sino que ni siquiera había estudiado gramática. Segunda, no es de creer que Alonso se hubiese olvidado de su nombre, si le conoció en Segovia, habiéndole tratado luégo en Alcalá por espacio de un año, durante el cual le hubiera reconocido. Alonso en la relacion que del hecho hacía, suponía que los Padres conocidos en Segovia eran otros del que trató en Alcalá.

Queda, pues, la cuestion reducida á los PP. Araoz y Fabro. Por lo que toca al P. Araoz, la segunda vez que estuvo en España, esto es, desde la primavera de 1542 hasta el año siguiente de 1543; consta que no llegó á Castilla, sino que permaneció siempre en Barcelona, desde cuya ciudad volvió á Roma. Cuando vino la primera vez á fines de 1539, no tenía más que veintitres años de edad, como nota el P. Nieremberg, ni había recibido aún las sagradas órdenes, pues segun escribe el P. Alcázar (1), en Barcelona «casi por fuerza le obligaron á predicar en público. Y aunque procuró en balde excusarse por falta de experiencia y no tener órdenes sacros, hubo de condescender, y predicó al pueblo, etc.» Cuando pasó por Castilla para ir á Guipúzcoa, no iba tan de espacio que pudiese recogerse algunos días en una casa de campo, ni entretenerse en dar misiones el que por

(1) Chron. Dec. I, Año II, Cap. I, § III.

no tener órdenes sagrados, solo obligado y casi por fuerza predicaba, como tambien lo hizo en Valladolid y en Burgos, segun testimonio del mismo historiador en el lugar citado: «Por la urgencia de sus negocios, dice, se partió (de Barcelona) á Castilla; predicó en Valladolid, y en Burgos á las Señoras Infantas,» y el mismo ministerio ejercitó en Vergara y en Azpeitia el tiempo que estuvo en Guipúzcoa. No se dice una palabra de que diese misiones; iba sin compañero; no era sacerdote; y el hacer constar como cosa no usada, que predicó en algunas ciudades, deja bien entender que no predicó sino en las que se notaron.

Cambia la cosa de aspecto en lo que toca al P. Fabro. Este era ya sacerdote: iba á España no de paso, ni á negocios particulares, sino para estar de asiento y «para que diese á conocer la Compañía en estos reinos:» conforme á este encargo de su Padre y Maestro Ignacio se detenía algunos días en las ciudades principales por donde pasaba, como Zaragoza, Medinaceli, Torrijo, Sigüenza, Guadalajara, Alcalá, Madrid, del cual viaje y del fruto que en él iba haciendo da cuenta muy por menudo á los Padres de Roma en una carta escrita en Madrid á 27 de Octubre de 1541. En otra, con fecha 4 de Noviembre, escribe que de Madrid pasó á Galapagar, pueblo situado casi á la mitad del camino entre Madrid y Segovia, y que era beneficio curado del Dr. Ortiz, en cuya compañía iba el P. Fabro. «Estamos, escribe, en Galapagar: digo yo, porque el Doctor dos días después partióse de Madrid. Tres veces y en tres lugares ya he predicado en esta messe (mies, jurisdiccion) del Doctor, y dádome á muchas confesiones.» Desde esta fecha hasta el mes de Enero del próximo año de 1542, en que se puso en camino otra vez para Alemania por orden expresa é inesperada del Soberano Pontífice, ¿es posible que estuviese mano sobre mano en Galapagar aquel celoso propagador de la divina gloria y tan activo obrero de la viña del Señor? ¿Es probable que teniendo, como

tenía, encargo del santo fundador de dar á conocer la Compañía en estos reinos de España, y habiendo cumplido con tanta exactitud y fidelidad su cometido en cada una de las ciudades por donde pasó desde su entrada en la península hasta Madrid, redujese el teatro de sus apostólicos trabajos á los estrechos límites de pueblos tan oscuros como el de Galapagar y sus circunvecinos, y dejase á Segovia, ciudad tan principal, de tanta nombradía y celebridad, mayormente en aquellos tiempos, y distante de Galapagar solo algunas leguas? Así como las circunstancias, y aun el objeto principal, del viaje de los otros Padres arriba mencionados hacen improbable su estancia y su predicacion á manera de mision en Segovia, y su retiro de algunos días en una casa de campo para hacer ejercicios, por los años que Alonso tenía solos diez ú once de edad; así por el contrario tanto el fin principal del viaje del P. Fabro, como todas sus circunstancias inducen á tener como cosa fuera de toda duda, que efectivamente estuvo en Segovia, y que predicó una como mision en aquella ciudad á ultimos de 1541, ó á principios de 1542, en que Alonso, nacido en 25 de Julio de 1531, tenía diez años cumplidos de edad, ó lo que es lo mismo, once no cumplidos. No creo que en un hecho histórico, que no conste por documentos positivos, pueda exigirse mayor número y más solidez de razones que las aducidas en la presente cuestion, para tener el hecho por históricamente cierto y verdadero.

El que Alonso, por más esfuerzos que para ello hiciese, no pudiera durante su vida religiosa recordar el nombre de los misioneros, que tanto bien hicieron á la ciudad de Segovia, no tiene nada de extraño. El P. Fabro era extranjero, y su nombre *Fabro*, ó *Le Fevre*, ó bien *Faber*, no tenía nada de comun con los apellidos más comunes en Castilla; y la edad de Alonso no era para fijarse en nombres propios, mayormente extranjeros. Añádase á esto el poco tiempo que sobrevivió el P. Fabro á esta su estancia en Segovia, pues murió el día pri-

mero de Agosto de 1546, cinco años no cumplidos después de su estancia y predicacion en Segovia, quando Alonso tenía solos quince años de edad, y tardó todavía veinticinco antes no entró en la Compañía; y en su vida religiosa no es de maravillar que no oyese hablar de un Padre, que tantos años antes había muerto, y de cuyos trabajos apostólicos en su primera venida á España no tuvo por testigo á ninguno de los de la Compañía con quienes trató Alonso en lo restante de su larga vida.

Porque aunque Alonso estaba en la persuasion de que pertenecían á ella los dos Sacerdotes misioneros, mas esto no era así. Ya en el viaje de Alemania á España, que hizo Fabro acompañando al Dr. D. Pedro Ortiz, sucedió en más de una ocasion que las gentes tomaban á dicho Doctor por de la Compañía, por la mucha semejanza que en el exterior de ambos advertían. Y lo mismo sucedió en Segovia, á lo menos con Alonso. Había el P. Fabro dejado tan prendado de la santidad de su trato á dos capellanes de las Infantas Doña María y Doña Juana, hijas del Emperador Carlos V, que ambos determinaron seguir las huellas del siervo de Dios, y renunciando á su actual posicion y á sus futuras esperanzas, entrar en la Compañía de Jesús. Llamábase el uno Juan de Aragon; y Alvaro Alfonso el otro. Ambos se le ofrecieron no solo por compañeros del viaje que por orden expresa del Sumo Pontífice, como hemos dicho, hubo de emprender segunda vez para Alemania, sino tambien por hermanos en religion. Admitiúles en efecto el Padre Fabro, y los dos vivieron en la Compañía, trabajaron con apostólico celo y fruto no vulgar en la viña del Señor, y murieron en ella tan santamente como habían vivido. Compréndese sin dificultad que ahora el uno, ahora el otro de estos dos celosos Sacerdotes, ú otro tan fervoroso como ellos, acompañasen al P. Fabro en las correrías apostólicas que hizo durante su residencia en Galapagar, y que las gentes por la uniformidad que en

el porte exterior en ellos observaban, y por el celo infatigable con que les veían dedicarse á promover la gloria de Dios y la salvacion de las almas, juzgasen que eran hijos de una misma madre los que tanto entre sí se parecían.

3

CARTA DEL P. PABLO MALDONADO AL P. JUAN TORRENS
ACERCA DE LA VIDA DE ALONSO EN SEGOVIA

Pax Christi.—Una de V. R. recibí de 29 de Octubre de 1611 habrá cosa de un mes, á la que no he respondido antes por satisfacer á lo que por ella me pregunta del H. Alonso Rodriguez, y tambien por esperar 28 pesetas de Madrid cerca de los 160 reales que V. R. me escribe pidiese al P. Caravajal (1) en nombre de ese Colegio para las hermanas del Hermano Alonso, para quien él los tiene ahí, y poder reescribir á V. R. sobre todo.

Respondiendo, pues, á lo primero, digo, que el Hermano Alonso Rodriguez fué hijo de Diego Rodriguez y María Gomez, su mujer, mercaderes honrados de esta ciudad, los cuales se ocuparon en el trato de los paños, en el cual se ocupa aquí gente muy honrada. Dejaron mediana hacienda y once hijos, de los cuales fué el segundo el H. Alonso: el cual casó en esta ciudad con una mujer de su calidad, con la cual estuvo casado un poco de tiempo, ocupándose, como sus padres, en el trato de los paños. Murióse con brevedad la mujer dejándole uno ó dos hijos, los cuales murieron poco después

(1) El P. Caravajal era el Procurador general de la Provincia de Aragon en Madrid.

que la madre. Como los hermanos del H. Alonso fueron tantos, aunque quedó mediana hacienda de sus padres, dividida entre ellos, cupo poco á cada uno, lo cual y sucederle el trato no muy bien fué ocasion de que viniese á faltarle la hacienda, por cuya causa, creo, se ausentó de aquí, y se fué á Zaragoza ó Valencia con ánimo de estudiar, adonde lo comenzó; aunque sintiendo dificultad en la prosecucion de ello, lo dejó y se entró en la Compañía. Así como enviudó se comenzó á dar más á Nuestro Señor, (que siempre debió ser buen hombre), y le sucedieron tres cosas notables, que dicen. La una fué, que estando un día, á lo que se cree, encomendándose á Nuestro Señor, le fué mostrado en vision un hijo, que le había quedado, muerto, estando al presente sano y bueno; y dentro de pocos días se le llevó Nuestro Señor: otra fué, que rezando el Rosario de Nuestra Señora, diciendo el *Pater noster*, vió una rosa colorada muy hermosa, y diciendo el *Ave María*, otra blanca de semejante hermosura, diciendo él esto á dos hermanas suyas muy siervas de Dios, que la una se llama Juliana y la otra Antonia Rodriguez, que son á las que él suele escribir aquí, que entonces se comenzaban á dar á Nuestro Señor: y tratando con ellas del modo con que rezaba el rosario, le dijeron ellas cómo ellas le rezaban considerando los misterios, lo cual él entonces, á lo que entiendo conforme á lo que se me ha dicho, tomó de ellas, con que pienso que dió principio á tener oracion: la última es, que se le mostró en vision una pájara blanca muy hermosa, con un Jesús muy lindo en los pechos, á la cual otras muchas aves negras combatían con los picos, y ella se defendió de ellas. Diciendo él esto á un Padre de la Compañía, su confesor, que creo se llamaba Bautista Martinez, dicen que le dijo que aquel era pronóstico que había de ser de la Compañía: estas cosas me han referido estas dos hermanas suyas, de quien pienso se podría escribir otra poco menos notable historia que del H. Alonso Rodriguez, su hermano.

Cuanto á lo segundo que V. R. me escribe de los ciento y sesenta reales que el H. Alonso Rodriguez tiene ahí para estas sus santas hermanas, yo escribí al Padre Caravajal diciendo lo que V. R. me escribía, de que se los pidiese á cuenta de ese Colegio. Respondiome que él no tenía dineros de ese Colegio, y que no los teniendo, no los podía dar. V. R. verá el orden que convendrá dar sobre esto.

Del H. Alonso Rodriguez ha días que sus hermanas y yo no hemos tenido cartas, no obstante que V. R. por la suya dice que el Hermano ha recibido dos mías. Suplico á V. R. me haga gracia de decirle que nos la haga de responder, porque sus hermanas están con notable deseo de ello, por ser este uno de los grandes consue-los que pueden tener; y yo tambien le recibiré muy particular. Nuestro Señor, etc.

De Segovia, 8 de Enero 1612. PAULO MALDONADO.

Después de escrita esta, me leyó el P. Rector de este Colegio un capítulo de una del H. Cosme Oltra, en que dice tiene dados á una persona, con que yo me correspondo, 164 reales para que me los envíe para las hermanas del H. Alonso Rodriguez. No he tenido aviso de esta persona de que tenga estos 164 reales: yo la escribo hoy, y avisaré si se me dieren.

4

RELACION DE LAS FIESTAS HECHAS EN MALLORCA EN HONOR DE LA CONCEPCION INMACULADA DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA EL AÑO DE 1615 (1)

Con ocasion de unas conclusiones que ciertos PP. Religiosos pretendieron defender contra la Concepcion Inmaculada de la Virgen María á 3 del mes de Noviembre

(1) Sacada de la Historia manuscrita del Colegio de Montesion, tomo I, folios 127 y siguientes.

de 1615, y de otras á quien el P. Arcaina presidió en nuestra iglesia de la materia de *Auxiliis* á los 9 del mismo Noviembre, mañana y tarde, con asistencia del Señor Virey, Audiencia Real, Cabildo de Canónigos, y mucha nobleza de esta ciudad, defendiéronse en ellas nuestras opiniones de *Auxiliis* y de *Scientia Dei* con mucha quietud y satisfaccion del auditorio. Las cuales opiniones ya este mismo año se habían defendido en San Francisco, que de ordinario van muy conformes con nosotros. Y como había ya más de año y medio, que se leía tambien la materia de *Auxiliis* en el convento de Santo Domingo, y aun allí no habían tenido conclusiones de esto; con ocasion de cierto Padre Dominico que sobrevino de Castilla, y allá se habían mostrado conclusiones públicas, pretendieron tambien aquí sacarlas á plaza, y que defendiese conclusiones en todo opuestas á las de San Francisco y nuestras; y habíalas de presidir el Maestro Fray Juan Bautista Femenía, aunque ya no leía. Fueron, pues, impresas: y en algunas excedían los límites de la modestia religiosa. Y por esto creyeron muchos, que ordenó el Señor, que no se hayan logrado; mayormente habiendo puesto la conclusion contra la Inmaculada Concepcion de la Virgen. Acerca de lo cual parece les debiera bastar por escarmiento lo que les había acontecido este mismo año en Sevilla. Pero créese que pretendían no perder la posesion de su opinion, de todos ya desechada; pues en Sevilla y en otras partes no habían podido salir con la suya. Y aquí pensaban salir con ella, por tener de su parte al Señor Obispo, que había firmado las conclusiones, y al Inquisidor, que á la sazón era de su orden; pero no les ha salido como pensaban.

Las conclusiones, pues, se imprimieron con acuerdo de los más de su convento, y con mucho secreto: y aun el mismo que las había de defender, temiéndose del temporal, dijo al impresor: «Creo que estas conclusiones serán muy nombradas, y que llegarán hasta al Rey, y á

Su Santidad.» Y por ventura no se ha engañado. Fijadas las conclusiones algunos días antes que se habían de defender, (que había de ser el día de Santa Catalina mártir, á los 25 de Noviembre), luégo que por la mañana se advirtió la conclusion contra la Purísima Concepcion que comenzaba con estas palabras: *Omnes homines contrahunt originale peccatum, Christo excepto*, se conmovió toda la ciudad. Los Jurados en su sala determinaron impedir las con todas las veras posibles, y hacer una solemne fiesta á la Purísima Concepcion de la Virgen para aplacar al pueblo, que todo estaba alborotado. Sobre lo cual hicieron una embajada al Señor Virey y al Padre Rector de nuestro Colegio, para que hiciese componer poesías, jeroglíficos y otras letras para más regocijar la fiesta. El Señor Virey, como tan aficionado á la pía, mandó llamar á Fray Francisco Quint, Prior de Santo Domingo, y al Presidente de las conclusiones Fray Femenía, y les rogó que borrarasen aquella conclusion, que era contra la Inmaculada Concepcion de la Virgen. Y que si lo hacían, les ofrecía que él y la ciudad asistirían á ellas, y que cuando no lo quisiesen hacer á buenas, les estorbaría con todas sus fuerzas, y les amenazó con los edictos reales, que mandan sean desterrados de este reino los que pretenden defender contra la puridad de la Concepcion de la Virgen. Despidiéronse el Prior y Fray Femenía muy sentidos del Virey, mostrándose firmes en su opinion, y en que habían de defender las conclusiones así como estaban.

El otro día por la mañana las conclusiones, fijadas la noche antes en los sitios públicos y acostumbrados, amanecieron ensambenitadas con unas cruces de tinta de dos dedos de ancho que las cruzaban de parte á parte, y aun enlodadas. De esto se sintieron mucho los Frayles, y luégo Fray Femenía fué á verse con el Señor Obispo, que á la sazón estaba en visita de la parte forana por esas villas, á darle razon de lo que pasaba. Y como vieses la dificultad que había en defender las conclusiones (por-

que ya el Virey en forma jurídica por el notario Real había intimado al Prior de Santo Domingo y á su convento, las pragmáticas reales de destierro, si pretendían defender las conclusiones) resolvieron no defenderlas, y á procurar de impedir la fiesta que los Jurados habían determinado hacer en la plaza de Cortes, delante de la casa de la ciudad: y de hecho lo alcanzaron: porque cediendo algunos de su primera determinacion (aunque los dos principales contradijeron), se concluyó que no se hiciese la fiesta: diciendo que parecía ser en oposicion del Señor Obispo y de su Religion; y que se podían temer algunos inconvenientes. Pero como los mismos Jurados habían ido al Virey á que se hiciese la sobredicha fiesta, y aun cada uno de ellos había ofrecido diez libras para ayuda de costa, y otros caballeros habían ofrecido tambien su parte, y todos lo habían firmado con su nombre, y el Señor Virey había ofrecido suplir todo lo que faltase y fuese menester, juzgó que la fiesta se había de hacer en todo caso. Y que si los Jurados no la querían hacer en la plaza de Cortes, se haría en el patio del castillo y palacio, donde el mismo Virey habita, que es á propósito y harto capaz para poderse celebrar una solemne fiesta en él. Y en esta determinacion convidó al cabildo de los Señores Canónigos, y suplicó que la procesion, que se acostumbraba hacer cada año el día de la Concepcion, entrase en el patio; y el cabildo lo ofreció con mucho gusto. Y con esto el Señor Virey se hizo cabeza de dicha fiesta, y convidó á los Jurados y otros oficiales Reales, para que asistiesen á ella; los cuales tambien ofrecieron hacerlo, y cada Jurado envió para los gastos lo que había ofrecido.

Mandó el Señor Virey aderezar el patio del castillo con gran diligencia, y que se aparejase todo lo necesario para salir la fiesta, conforme á su deseo, con mucha solemnidad. Para lo cual á los 7 de Diciembre, víspera de la Concepcion, en el susodicho patio del castillo se armaron dos grandes tablados: el uno en medio del pa-

tio, sobre el cual se puso un deforme dragon con siete cabezas grandes, en cuyas bocas estaban trompas de pólvora, y todo el cuerpo, cola y cuellos de las cabezas cubiertos de varias *piulas* (1) y cohetes. En el otro tablado había una hermosa imagen de bulto de Nuestra Señora, mayor que la estatura de mujer, vestida de blanco, sembrado el vestido de estrellas de oro, con una clava en la una mano, y en la otra una azucena, símbolo de su pureza. Hecho esto, con los otros aparatos, á la noche concurrieron de toda la ciudad á la fiesta: y estando en sus puestos el Virey, Jurados, Audiencia y otra gente innumerable de todos estados, repicando las campanas del castillo, de las parroquias, y de todos los conventos, con las de la iglesia Mayor, comenzaron á encenderse los fuegos, que había no solo en el castillo real y su contorno, sino tambien en otras muchas partes de la ciudad. Y encendidos los fuegos y oyéndose diversidad de músicas, de clarines, menestriles y otros instrumentos, juntamente se veían volar por los aires multitud de cohetes, que por ser de noche, la hermoseaban como estrellas. Había hecho mucho viento todo el día, y á la noche se quietó, y serenó el cielo, que ayudó mucho para la solemnidad de la fiesta.

Estando entretenida la gente en esto, la imagen de Nuestra Señora, que estaba en pie, opuesta al otro tablado, con ingenioso artificio fué hacia el dragon (figura del pecado original), llevando la clava que tenía encendida, en la una mano, y con ella levantando el brazo, pegó fuego á una de las cabezas del dragon; y habiéndola encendido, se retiró. Fué de ver aquella bestia vomitando fuego por siete bocas, que despedían rayos y truenos sinnúmero con el fuego que saltaba por todo el cuerpo. Lo cual se ilustró más con muchas granadas de fuego, que cada una de ellas daba muchas respuestas, casi tan grandes como piezas de artillería. Pero lo

(1) Buscapiés.

más grave y vistoso de esta noche fué una encamisada de la mayor parte de la nobleza de la ciudad, que hicieron los caballeros por su devocion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen. Salieron muy bien aderezados con vistosas y ricas libreas, hachas encendidas en las manos, y variedad de criados con sus libreas á pie. Llegaron al patio del castillo, donde entre la variedad de cohetes, fuegos y granadas de fuego, se entretuvieron galopando buen rato, y después corrieron delante del castillo y plaza de la Seo, de donde partieron en orden, discurriendo por las principales calles de la ciudad: y llegando á la plaza de nuestra iglesia, en cuya puerta estaban muchos de los Nuestros, habiéndonos saludado, como la plaza estaba con parrillas de fuego clara como el día, dieron dos carreras cada uno de los de la encamisada; y volviéndonos á saludar, se despidieron con mucha cortesía y consuelo nuestro, viendo la devocion con que estos buenos caballeros regocijaban la fiesta. La salutacion era con estas palabras: «Alabada sea la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Nuestra Señora.» Con esto se remató la fiesta de la noche.

La mañana siguiente, á los 8 de Diciembre, día de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, se celebró oficio solemne en la iglesia Mayor que la tiene por Patrona. Acudió gente sin número. Predicó el Ministro de la órden de la Trinidad con notable aplauso. Probó con muchas autoridades de Santos muy bien su intento. A lo cual ayudó el dicho y parecer de Mahoma, que confiesa la verdad de la Inmaculada Concepcion de la Virgen: y añadió con mucha gracia: «¿Y habrá ahora quien se atreva á decir lo contrario?» Toda esta mañana y la noche antes, pasados los fuegos, se atendió con mucha diligencia á aderezar el patio del castillo para recibir en él la procesion por la tarde. Vistiéronse las paredes de ricos damascos, terciopelos, paños de Flandes, y con 30 cuadros, que el señor Virey ha hecho pintar para los palacios de Denia del Duque de Lerma, que son hermo-

sísimos y á la vista muy plausibles y de grande entretenimiento, por verse en ellos ya bellos palacios, ya bravas tempestades en el mar, ya nevadas en la tierra, ya diversidad de fortalezas y ciudades, y todo pintado al natural en género de pintura de lejos: los paños de las paredes estaban sembrados de variedad de poesías, que pasaban de ciento, casi todas de dos pliegos de marca mayor, muchas de cuatro, rodeaban el patio por encima de los paños con muy buena perspectiva, y las pinturas de los jeroglíficos. Armóse un altar de la Concepcion en el puesto más acomodado del patio, con las piezas más ricas de esta ciudad, relicarios, candeleros, cazoletas, cirios, hachas, con tal orden, que parecía un retablo del cielo. Celebráronse por la tarde las vísperas solemnes. Vino la procesion general de la Concepcion: y al abrir las puertas del patio, acudió tanta gente, que peligraron algunos en las puertas, y allí se estuvo sin poderse ir á sus casas hasta cerrada la noche. Y como al día siguiente por la mañana fuese el mismo concurso y aun mayor, para gozar más despacio de la hermosa vista, se determinó continuar la fiesta por todo este segundo día.

Para lo cual se sacó en procesion el cuerpo de Santa Praxedes, que está depositado en la iglesia del mismo castillo; y el oficio de los pelaires, á cuyo cargo está, con no haberles avisado más que dos horas antes, acudieron todos, puestos de fiesta, con hachas blancas, y la clerecía de la capilla real y musica de la catedral: se ordenó una muy devota procesion, en que se puso patente en el altar el cuerpo de la Santa con grandísima veneracion, y con asistencia de los Jurados, Cabildo, Magistrados, etc. Por la tarde se cantaron solemnes vísperas, con regocijo de música y estruendo de *masquetes* (1) que se dispararon. Llevaban muy mal en todo el pueblo que se hubiese de descomponer tan presto aquel altar y

(1) Morteretes.

patio tan bien aderezados: para condescender con su devocion y fervor, se determinó que al día siguiente se cantase misa solemne allí mismo y que hubiese sermon, el cual aquella noche encargaron al P. Miguel Julian, Rector de nuestro Colegio. Todo lo mejor y más granado de la ciudad acudió este tercer día á la fiesta, porque en favor de ella había mandado el Señor Virey que todos estos días fuesen feriados y se cerrasen las cortes. Dióse principio al oficio, y al Evangelio, se fijaron dos papeles en nombre, aunque disimulado, de la Compañía, escritos en muy grandes caracteres, los cuales contenían el hacimiento de gracias y la congratulacion al Señor Virey por la fiesta que hacía á la Pureza de la Virgen: y como se fijaron á vista de todos, luégo fueron leídos con mucho aplauso. Predicó el P. Rector tan al propósito y tan bien, que dejó pasmados á los oyentes. Eran de mucho consuelo las bendiciones que todo el pueblo echaba al Señor Virey por haberse mostrado tan devoto de la Virgen.

Desearon los Padres de S. Francisco que no se descompusiera el altar y patio hasta el domingo siguiente, en el cual ellos habían de hacer su fiesta, y querían que su procesion entrase en el castillo. Mas porque no les fué posible, por no perjudicar á los pleiteantes, *maxime* en víspera de fiestas, determinaron venir á nuestra iglesia de Monte-Sion. Y así el domingo, después de vísperas, salió de su iglesia la procesion en que iban primero las cofradías y oficios con sus pendones, cirios y hachas blancas; después seguían más de cien religiosos franciscanos, de los cuales unos sesenta llevaban capas, y entre todos iban repartidas las insignias de la Concepcion: por delantera guiaban Scoto y el B. Ramon Lull: luégo venían un gran número de caballeritos con hachas blancas, muy bien puestos. El escuadron era guiado por los hijos del Virey. Tras estos venía el tabernáculo de la Concepcion de la Virgen, vestida de seda, con perlas y piedras finas: la acompañaban el Virey, Jurados, etc.

Así llegaron á nuestra iglesia, que estaba lo mejor que estuvo jamás. Allí cantó la capilla de la Seo un motete en alabanza de la Concepcion, y al mismo tiempo ya allá en San Francisco entraba la procesion por el claustro con mucha abundancia de fuegos, y abrasándose un dragon, unas galeras, una nave, etc. Ni faltaron allí poesías, jeroglíficos y sonetos, entre los cuales había no pocos muy picantes contra los adversarios, que allí con más libertad les cargaron la mano.

A esta fiesta, que salió tan á gusto de toda la ciudad, se le siguió ocho días después la que nuestros estudiantes congregados hicieron en nuestra iglesia, que fué á los veinte del mismo Diciembre: la cual estaba que no había más que desear, porque todos afirmaban no poderse componer mejor un altar y capilla. Repartiéronse por toda la iglesia en buena proporcion más de setenta papeles de poesías y jeroglíficos, y aun por las puertas de la misma, para entretenimiento de los muchos que no podían entrar. Víspera de la fiesta, cantadas completas solemnes, sucedieron los fuegos, luminarias, cohetes, mascletes y repique de campanas para avisar al pueblo de la fiesta del día siguiente. Venida la mañana, acudieron á nuestra iglesia el Virey, Magistrados, caballeros y los Superiores de las Religiones con muchos de sus conventos; ni faltaron los de Santo Domingo. Después de los divinos oficios, misa, completas y letanías de Nuestra Señora por la tarde, todo con la música de la Seo, que es la mejor, (en que no fué de poco gusto que sobre los tiros de mascletes disparados al alzar, cada vez que en las oraciones se nombraba la Inmaculada Concepcion de la Virgen, volaba por el aire un grande tropel de tercetos y redondillas con el testimonio de algun santo, en abono de la prueba de la Concepcion de la Virgen), y haberse hecho dos sermones que contentaron muchísimo, el del P. Rector por la mañana, y por la tarde el del P. Oller; habíase levantado en la plaza de nuestra iglesia un tablado, y cuando empezó á ser de

noche, todas las cuatro calles que están frente de esta plaza, estaban llenas de gente, y por las ventanas lo principal de la ciudad, Virey, Audiencia y muchos Religiosos, que habían acudido á la fama de los fuegos, que esta noche se habían de hacer.

Después de encendidas las parrillas por la plaza y calles vecinas, disparándose copia de cohetes, comenzaron á descubrirse grandes luces que venían por la calle principal, con hachas blancas encendidas, y oírse atabales, trompetas y cascabeles de una gran tropa de gente acompañando á ocho hombres que venían caballeros, á lo que parecía, en los que aquí llaman *cavalls cotoners* (1) con sendas hachas blancas. El guion y alferez llevaba un rico pendon de la Concepcion, para representar los sagrados Doctores y Santos que no quieren admitir el pecado original en la Virgen, como lo mostraba un grande rótulo, que cada cual traía en la espalda, con el nombre del Santo Doctor que representaba: y en el adarga se veían cortadas letras grandes con el dicho del Santo. Subieron los ajustadores al tablado, que no era muy alto, y con gentil orden dieron sus carreras y vueltas en torno de un gran dragon, que representaba el pecado original, y daba mucho que ver, porque meneaba la cabeza y paseaba por el tablado, como si fuera vivo. Tras esto los ocho caballeros, dando á los criados de librea las hachas, tomaron lanzas en las manos, las cuales estaban huecas y llenas de pólvora, á modo de trompas, y pegándoles fuego por su orden, y vomitando ellas por las puntas el fuego, cercaban y amenazaban al dragon, vestido de cohetes, que tenían en medio: y acabando de arder las trompas dieron fuego á las adargas, que tambien estaban compuestas de cohetes, las cuales ardían despacio, y daban respuestas sonoras á ratos; y de esta suerte estuvieron escaramuzando buen

(1) Se llamarían así los caballos que servían para transportar el algodón, que en aquel tiempo se cosechaba en la Isla.

rato, hasta que se pegó fuego al dragon, cuyas trompas, que tenía en la boca y orejas, comenzaron á arder: y levantando la cabeza, parecía un vivo demonio, el cual poco á poco comenzó á arder por todo el cuerpo y las colas con grande estruendo y tanto ruido de cohetes atronadores, que dió muy grande contento á los que lo miraban.

Entretanto con mucha diligencia estaba uno continuamente echando agua al hombre que estaba dentro del dragon porque no se abrasase ni peligrase. Quemado el dragon y desocupado el tablado, los ocho caballeros jugaron con mucha destreza alcancías, yendo unos contra otros en señal de victoria: y cuando iban bajando del tablado, se vió bajar de un ángulo de la plaza una navecilla ardiendo, la cual dió fuego á una vistosa galera que tambien estaba en el aire. Aquí fué mucho de ver el alboroto de todos, por la muchedumbre de truenos y rayos que la galera por todas partes despedía, no viéndose más que fuego y humo por todas partes: esta se puso en representacion del linage humano; y así la gobernaba un grande dragon, figura del pecado original, que estaba en el gobernalles, al cual abrasó la navecilla venida del cielo. Luégo parece que se estremeció la tierra y turbó el aire, con el estampido de muchas granadas de fuego y alquitrán, las cuales hicieron tanta riza, que la gente forzada de la violencia, desamparando la plaza á oleadas, fué llenando las calles circunvecinas. Con esto y muchos cohetes voladores se dió remate á los fuegos, y con ellos á la fiesta con tan general aplauso y consuelo de los bien afectos, que todos la calificaban por la más señalada, que en estos y otros muchos años pasados en Mallorca se vieron.

5

ACTA DEL CONSEJO GENERAL DE MALLORCA ADOPTANDO
COMO Á ESPECIAL PATRON AL V. H. ALONSO.—FIESTAS
QUE EN SU BEATIFICACION HIZO MALLORCA

*Die XXV mensis Octobris anno a nativitate Domini
MDCXXXIII.—In Dei nomine et ejus divina gratia. Amen.*

Sia á tots cosa manifesta com vuy dimars que contam als XXV dies del mes de Octubre any de la nativitat de Nostre Senyor Deu Hiesucrist MDCXXXIII, convocat y ajustat lo Gran y General Consell del present Regne de Mallorca, ço es, los Consellers de la part forana mitgensant lletres citats, e los de la ciutat mitgensant so de cimbol ó relotge de la dita ciutat; e apres, congregat aquell ab so de trompeta, com es acostumat, en la Sala Superior de la casa de la Juraría de la Universitat: en lo qual Consell foren presents los Molt Illustres y Magnífichs Senyors Jurats y Consellers, axí de la ciutat com part forana debaix escrits, y son mes de las dos parts del dit Gran y General Consell. Jurats: lo Magnífich Señor Lluís de Vilallonga, donzell, *reliquis omissis*.....—Consellers militars: lo Sr. D. Antoni de Verí, *reliquis omissis*.....—Consellers ciutadans: lo Magnífich Augustí Palou, *reliquis omissis*.....—Consellers mercaders: Guillem Lull, *reliquis omissis*.....—Consellers menestrals: Guillem Fons, sucrer, *reliquis omissis*.....—Consellers de la part forana: los honors Jaume Rubí de Llucmajor, y Rafel Gastas de Sineu, síndichs clavaris, *reliquis omissis*.....—pera tratar, difinir y determinar en comú sobre las necessitats y altres coses concorrens y concernens lo be y utilitat y conservació del present Reyne: essent assentat y reposat lo dit Consell, y fet silenci, per aquel, fonch per lo magnífich el Dr. Joan Moll, Jurat, en nom y per part dels altres Magnífichs Senyors Jurats sos socios

proposadas las proposicions debaix escritas, las quals apres foren llegidas per lo notari infrascrit y son del tenor seguent:

«Jhs.—Molt Ills^{es}. SS.—Lo Regent militar del Hospital General Antoni Verí, *omissis aliis*.—Jhs.—En diversas ocasions té determinat est Gran y General Consell pendre la protecció de St. Cabrit y St. Bassa, del Illuminat Dr. y Martir Ramon Llull, y dels Venerables Sor Caterina Thomasa y Alonso Rodrigues. E com de prompta se hajan de celebrar degudas festas á dits Sants y Venerables Personas; per ço se proposa á Vossa Saviesa pera que determina si le aparexara que de assí al devant en cada una de ditas festes no es gaste mes de lo que será menester per música, murta, cera y predicador: y que 's pach del diner, del cual se acostumen pagar las caritats que per semblants festes Vossa Saviessa delibera, y permet la Reyál Pragmática: puis desta manera en lo devenidor ni se dilataran ditas festes, ni en ellas hi haurá los excessos que moltes vegades causen que 's fan fora de temps.»

Sobre la qual proposició passaren y discorregueren los vots y parers de dits Consellers, de un al altre, com es acostumat, y fench conclus, difinit y determinat per tot lo dit Gran y General Consell, ningú discrepant, ab lo vot y parer del Sr. D. Antoni de Verí, que 's fassa lo contingut en la proposició.

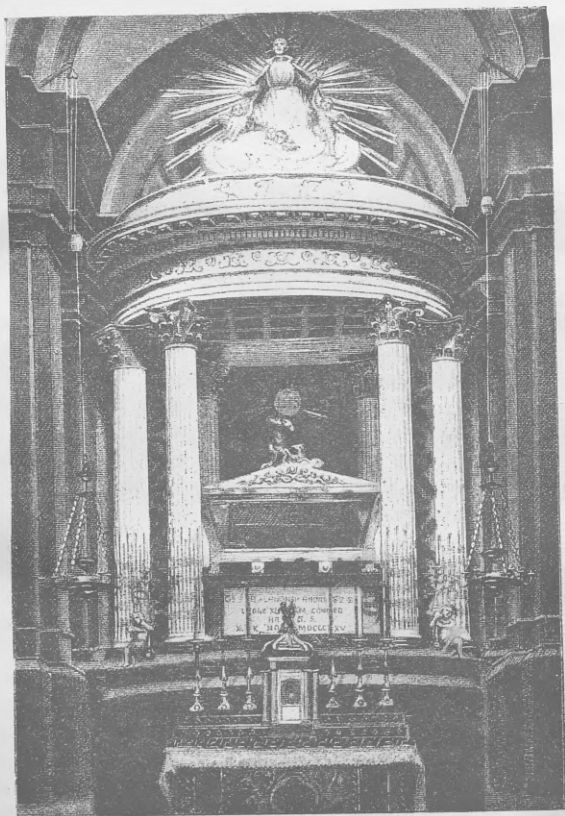
Tots los quals actes, despres de fets y continuats, toren llegits y publicats ab alta veu, per tot lo dit Consell intelligible, per mi Nicolau Terrassa, per lo discret Mossó Femenía, Notari Escrivá de la Universitat; presents per testimonis Antoni Gonsales y Pere Valls, Veguers.—(Ita habet in suo orig. ff. 19. Llinás Not. Universitatis Maj. et secret.)

De las fiestas celebradas en Mallorca en la beatificacion del Siervo de Dios da una ligera noticia la siguiente comunicacion del ayuntamiento de Palma al de Segovia. Dice así:—Ilmo. Señor: Cuando en 6 de Agosto de este

año participé á V. S. I. la satisfaccion que me cabía por el decreto de Nuestro Santo Padre Leon XII de 20 de Mayo del mismo, en que Su Santidad beatificaba al Venerable siervo de Dios Alfonso Rodriguez de la Compañía de Jesús, no dudé ni un momento que sería una de aquellas felicidades de que V. S. I. y yo debíamos tomar el mayor interés, y de júbilo para entrambos el más completo.

V. S. I. logró de la Divina Providencia el haberle visto recibir el ser natural, y yo poseo su venerable cuerpo, el que el 21 de Octubre por la tarde, señalado por el Señor Vicario general, Gobernador del Obispado, para la traslacion de las reliquias del Beato desde el aposento donde murió, y en cuyo paraje han estado depositadas tantos años, á la urna de su magnífica capilla, lo que se verificó por el mismo Señor Vicario general Gobernador, siendo testigos especiales para aquel acto el Exmo. Señor Capitan General, Señor Intendente de Policía, varios SS. Canónigos, Regidores y Dignidades y otras personas distinguidas, las que, como prevenía su Santidad, las trasladaron desde dicho aposento á la mencionada urna con velas encendidas, cantando salmos y tributándole incienso, y concluyó con su oracion propia que Su Santidad tambien le tenía señalada.

El día 23, que estaba determinado para descubrir las reliquias del Beato, por la tarde y á la vista de un inmenso gentío, que apenas permitía el tránsito por la capacísimas Iglesia de Montesion de PP. Jesuitas, el Sr. Vicario general Gobernador del Obispado tiró de su mano de la cortina que cubría la urna donde estaba encerrado el cuerpo del Beato Alfonso, cantándose la antifona y oracion que Su Santidad ha señalado á su culto; y pasando después al altar mayor, se descubrió igualmente la figura del Beato Rodriguez, que en él había, y se cantó el *Te Deum* por la música. Después, concluido este acto, ambos Cabildos fueron en cuerpo á adorar tan preciosas reliquias. El día siguiente 24 se cantó la misa con



CAPILLA DE SAN ALONSO.

asistencia mía y del venerable Cabildo eclesiástico, que siempre es mi compañero en estas festividades, y por la tarde hubo *Te Deum* general de cuenta del Ilmo. Cabildo eclesiástico, que desde su iglesia fué á Montesion: y concluido, pasando ambos Cabildos á la iglesia de Padres Jesuitas, se cantaron completas, y el día siguiente 25 por la mañana se dijo otra misa mayor por el venerado Cabildo y con asistencia mía.

Estos tres días hubo iluminacion y repique general de campanas. Todas las parroquias á la puerta de sus iglesias, y los conventos de ambos sexos en sus porterías, pusieron sus altares con algun paso de la vida del Beato, que quedaron iluminados toda la noche, y la mayor parte de los vecinos iluminaron tambien sus casas, dándome á entender con ello la gran memoria y estimacion que profesan al Beato Rodriguez.

Los días 26 y 27 fueron fiestas de los PP. de la Compañía, en cuyo primer día asistí: los que cedieron el altar y púlpito, el primero á los PP. Dominicos, y el segundo á los PP. Franciscanos: y posteriormente el 30, que fué el último día señalado, los alumnos de las escuelas de la Compañía pagaron la festividad, y ocupó el altar el P. Vice-Rector de Jesuitas, acompañado al púlpito de los PP. de San Felipe Neri. Y el 26 por la noche la comunidad de Predicadores fué á obsequiar al nuevo Beato con un magnífico rosario, que se dirigió de su convento á la mencionada iglesia de Montesion con su competente música, al que asistió la oficialidad de voluntarios realistas.

En todos estos cinco días hubo sermon, en que esplayaron su elocuencia escogidos predicadores, quienes se esmeraron en dar á conocer á sus oyentes las virtudes de nuestro Santo, á quien he contado y honrado entre mis paisanos, como á tal, desde su venida á esta, y que muchos prodigios he visto alcanzar por su devocion.

Mi especial complacencia hubiera sido el poder tener

connmigo á V. S. I. para venerar unidos á sus bienaventuradas reliquias; lo que solo puede suplirse con la congratulacion recíproca de esta nuestra comun alegría, á cuyas demostraciones se ha adelantado V. S. I. con tanta mayor fortuna como se sirve V. S. I. comunicarme, y principalmente con la asistencia de nuestro amado Soberano y Real familia.

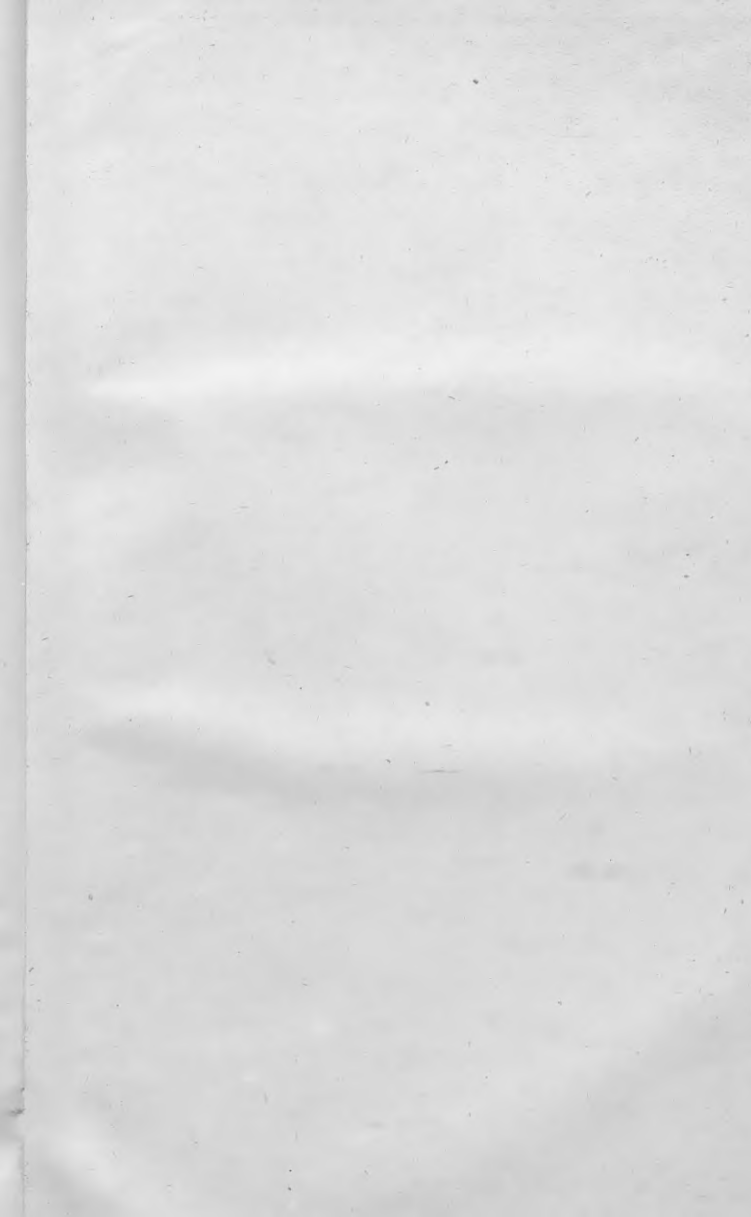
Nuestro Beato Alfonso Rodriguez no dudo patrocinará nuestras felicidades. Estas las deseo á V. S. I. á la par de las de esta Isla, pues unos y otros debemos confiar de él por su recuerdo de unos terrenos que conoció y protegió en vida tan particularmente. — Dios guarde á V. S. I. muchos años. — Palma de Mallorca, 3 de Noviembre 1825.—Ilmo. Sr. Corregidor y Ayuntamiento de la M. N. y L. ciudad de Segovia.

A. M. D. G.



FE DE ERRATAS.

PÁGS.	LÍNEAS.	DICE.	CORRÍJASE.
27	27	subime	sublime
42	22	llamada	llamaba
164	17	súbitamante	súbitamente
297	24 y 25	ignore	ignorante
362	9	1505-1506	1605-1606
424	28	contentale	contentarle
427	18	diera á	diera
441	29	predicó	predico
484	21	es	si
638	17	XI	XII







G 63479